

SARA HALLEY

CHICAGO COPS

LUKE

Liberación

CHICAGO COPS
LUKE
Liberación

SARA HALLEY

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: Luke. Liberación. Chicago Cops, 2.

©Sara Halley 2019

Diseño de portada: Adyma Design.

Imagen de portada: Shutterstock.

Maquetación: Adyma Desing.

Corrección: Carol RZ.

Esta novela fue registrada en el Safe Creative con el código de registro 1812289429569.

Esta novela fue autopublicada en Amazon en Enero de 2019.

ISBN-13: 9781792847301.

A Rodrigo y Paula

porque hacéis girar mi mundo.

CONTENTS

[Prólogo](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Capítulo Veinticuatro](#)

[Capítulo Veinticinco](#)

[Capítulo Veintiséis](#)

[Capítulo Veintisiete](#)

[Capítulo Veintiocho](#)

[Capítulo Veintinueve](#)

[Epílogo](#)

[¿Quieres un poco más?](#)

[Playlist](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

Prólogo

Nos dirigimos hacia el pasillo que nos indicaron nada más llegar y, cuando las puertas automáticas se abrieron, todo lo demás quedó relegado a un segundo plano. Vi al fondo a un grupo de personas, pero aún no conseguía vislumbrar a la que más me importaba. Ni siquiera pensé en Mia o hablé con ella mientras caminábamos lado a lado, ambas con paso apresurado y la respiración agitada. Mi corazón tartamudeaba dentro de mi pecho desde el instante en el que colgó el teléfono y me habló del tiroteo. Me sentía como si estuviese dentro de una burbuja llena de agua desde donde podía ver todo lo que me rodeaba y al mismo tiempo los sonidos, olores y formas estuvieran difuminados. Ahogados.

No podía perderlo.

Me negaba a hacerlo. De hecho, rechazaba de plano un mundo, un futuro o una vida de la que él no formase parte. No importaban nuestras idas y venidas, tampoco cuántas veces me hubiese dicho a mí misma que aquello se había acabado. Jamás terminaría. Siempre habría un «nosotros», siempre lo hubo y así sería hasta que exhalase mi último aliento, esa era una de las pocas certezas que tenía en la vida. De pronto, vi que Mia salía disparada hacia un Ethan que la recibió con los brazos abiertos. Sonreí temblorosa al mirar a aquellas dos personas que se amaban con una intensidad de la que pocas veces había sido testigo y que no temían mostrarlo al resto del mundo; de verdad esperaba que solucionasen sus problemas. Desplacé la mirada por el resto de sombríos y abatidos rostros hasta que allí, apoyado contra la pared de azulejos de la izquierda, encontré al que buscaba con desesperación y temor. Me falló el paso y me detuve cuando vislumbré aquellos ojos verdes clavados en mí con intensidad y también dolor.

Por primera vez en mucho tiempo, me sentí insegura acerca de cómo proceder. Sabía lo que mi corazón demandaba y lo que mi cuerpo me pedía a gritos, pero no tenía tan claro cómo sería recibida. Apreté los puños a los costados y froté mis dedos entre sí, sin saber qué hacer mientras ambos nos manteníamos la mirada con una de nuestras conversaciones silenciosas.

«Estás bien» le dije, al tiempo que avancé otro pequeño paso hacia él.

«Lo estoy, cariño», respondió con una diminuta y triste sonrisa.

«Yo... Lo siento». Me froté el pecho con una mano, justo sobre mi corazón.

«No».

«Pero...».

Enderezó la postura, se apartó de la pared y ladeó la cabeza. Fue toda la señal que necesité para echar a andar con rapidez hasta casi estrellarme contra él. Envolví los brazos en torno a su cintura y él hizo lo mismo, apretando con fuerza mi espalda y hundiendo el rostro en el hueco de mi cuello, mientras yo aspiraba aquel aroma que tanto amaba con la nariz pegada a su pecho.

—Creí que... —musité con un hilo de voz, incapaz de hablar—. Cuando tu madre llamó...

—Lo sé, cariño —respondió besando con suavidad la piel de mi expuesto cuello—. Lo sé.

Permanecemos algún tiempo en la misma postura, con nuestros cuerpos alineados y tan pegados que parecíamos uno solo, ignorando los murmullos y bajas voces de las personas a nuestro alrededor. Dos corazones acompasados, latiendo al unísono. Tan solo sintiéndonos, otorgando y recibiendo fuerza y consuelo.

Pasados unos minutos, por fin recordé dónde nos encontrábamos y lo que nos había llevado allí. Sin romper el contacto entre nuestros cuerpos, me eché hacia atrás y elevé el rostro para poder mirar sus ojos.

—¿Qué ocurrió? —pregunté con las palmas extendidas sobre su tonificado y cálido pecho.

Me miró durante un par de segundos y apretó la mandíbula con fuerza antes de responder. Sus manos descendieron en una lenta y reconfortante caricia desde mis hombros hasta los codos, para volver a subir y repetir el proceso.

—No lo sé —contestó con tono duro, y en él también se adivinaba frustración—. Lo teníamos todo atado y perfectamente planeado para cogerlos, joder. —Sacudió la cabeza y miró en derredor—. Todo se fue a la mierda y se desató el infierno, lo de esta noche... —Cerró los ojos y se pasó una mano por el rostro—. Fue como si nos estuvieran esperando, de otro modo, no habrían tenido el tiempo de reacción suficiente como para responder con esa contundencia. —Frunció el ceño con la vista clavada en el suelo. Aunque supuse que era algo más que el suelo lo que estaba viendo—. De hecho, fueron ellos los primeros en abrir fuego.

Intuí lo que quería decir y no pintaba nada bien.

Pero había algo más que necesitaba saber. Acaricié su rasposa barbilla y, con suavidad, giré su rostro hacia mí.

—Luke, ¿quién está herido? —En mis prisas por llegar hasta él, ni siquiera reparé en el resto. Solo en Reed y porque vi cómo Mia se lanzaba hacia él.

Una expresión de auténtico dolor pasó por su rostro y sus ojos adquirieron un brillo inesperado mientras me miraba en silencio. Esperé lo peor.

Como no respondía, intenté girarme para ver al resto de los muchachos, pero intensificó su agarre en mi cintura impidiendo así que me moviera. Me acercó más y bajó la cabeza para apoyar su frente contra la mía. Cerró los ojos y dejó salir un aliento entrecortado.

—Terry —respondió con voz ronca—. Le dieron a Terry y no sabemos... —Tragó con fuerza—. Maldita sea, no sabemos nada y me estoy volviendo loco. Por Dios... Terry.

Cerré también los ojos y enmarqué su rostro entre mis manos, acariciando con suavidad sus mejillas con los pulgares, sintiendo en las yemas de mis dedos aquel rastro de barba de un par de días. Traté de absorber parte del dolor que sabía que estaba sintiendo, lo asimilé como propio porque, de hecho, también lo era y la preocupación y el malestar crecieron en mi interior al pensar en que a ese magnífico hombre le sucediera algo que lo arrancara de nuestras vidas.

El dulce, gentil y leal Terry, alguien que encarnaba para mí a un perfecto hermano mayor. Una maravillosa persona siempre dispuesta a escuchar y ayudar, siempre ahí, atento y protector, inmiscuyéndose solo lo suficiente como para guiarte, pero jamás para hacerte sentir violenta.

—Se recuperará —declaré, y yo misma necesitaba creer aquellas palabras. Por ambos, pues sabía que cualquier otro escenario destrozaría a Luke.

—Tiene que hacerlo. —Sus palabras sonaban a súplica. Mi alma se agrietó un poco al escucharlo.

No dije nada más ya que, para bien o para mal, muchas veces el silencio es toda la respuesta que necesitamos y otras, es todo cuanto puedes ofrecer. Estaba allí, junto a él, por y para él, y sabía que eso era suficiente. Al menos de momento.

—Me salvó la vida. —Aquel murmullo atormentado provino de nuestra derecha—. De no ser por mí, él estaría bien. Esto no tendría que haber pasado, joder.

Cuando miré, vi a Tucker sentado en una de esas incómodas sillas de plástico, con los codos apoyados sobre las rodillas y el rostro escondido entre sus manos... manchadas de sangre seca. Giré ligeramente entre los brazos de Luke para obtener una mejor vista y casi perdí el aliento, porque repasándolos a ambos con la mirada, me di cuenta de que había pasado por alto la sangre que lucían en algunas zonas de piel expuesta. Me llevé una mano a los labios, preguntándome hasta qué punto estaba herido Terry.

—No vuelvas a decir eso —espetó Luke, con voz dura.

Tucker levantó el rostro y, aunque no se movió del sitio, distinguí perfectamente el dolor que reflejaban sus enrojecidos ojos. Estuvo llorando, sin duda alguna.

—Es la puta verdad —respondió de vuelta y con voz demasiado tranquila.

Luke me apartó con suavidad y de inmediato eché en falta el calor de su cuerpo, muy diferente al asfixiante y cargado ambiente que se respiraba entre las paredes del hospital. Vi su perfil cuando giró para encarar a Tucker, en un fluido movimiento lo sujetó por la camisa del uniforme y, sin aparente esfuerzo, lo levantó de su asiento hasta que quedaron cara a cara.

—Escúchame bien, a Terry lo hirieron cuando cumplía con su deber. Todos lo hacíamos y sabíamos a lo que nos exponíamos. Ese es nuestro maldito trabajo. —Lo sacudió un poco antes de acercar sus rostros hasta que sus narices prácticamente se rozaban, pese a que Luke lo superaba un poco en estatura—. Olvídate de la culpa y honra a nuestro amigo estando aquí para él. Honra al compañero que se interpuso entre esa bala y tú.

Tucker ni siquiera lo miraba, permanecía cabizbajo, con la vista clavada en el brillante suelo de linóleo. En parte escuchando lo que su amigo le decía y en parte reviviendo momentos acaecidos esa misma noche, supuse.

—Y estoy aquí para él, pero no puedo dejar de revivirlo una y otra vez, joder.

Cuando habló, se le veía tan absolutamente desgarrado por la culpa que me solidaricé con él, pues lo entendía. Si Luke no lo hubiese abrazado en ese instante, yo misma habría ido hacia él para intentar consolarlo. Lo estreché entre sus brazos, palmeando con fuerza su espalda una vez de ese modo tan típico entre los hombres y que utilizan tanto en los momentos de euforia como en los de apoyo. Vi que Tucker apoyaba el rostro sobre su hombro justo antes de que su cuerpo comenzase a sacudirse a causa de un silencioso llanto que, estaba segura, aliviaría un poco la carga que esa noche llevaba sobre él.

Le dirigí una pequeña sonrisa a Luke cuando me miró. Un músculo palpitaba en su mandíbula y supe que Tucker no era el único que se sentía de ese modo. Conociéndolo, probablemente se responsabilizaba de todo lo que había salido mal en ese operativo que puso sus vidas frente a una fina línea demasiado fácil de traspasar, porque ese era él: siempre protector, siempre al mando y cuidando de los suyos. Algo que podía resultar tan reconfortante unas veces como asfixiante otras, pero que le salía con la misma facilidad que respirar.

Pasados unos momentos, Tucker se limpió todo rastro de lágrimas antes de volver a ocupar su anterior lugar en la silla. Luke se sentó junto a él y cuando me hizo un gesto para que me acercase, no lo dudé. Lo que sí me sorprendió fue que

antes de que siquiera me diese tiempo a apoyar el trasero sobre la silla, me sujetó por la cintura y me guio hasta que quedé sentada de lado sobre su regazo. En un principio me tensé, desacostumbrada por completo como estaba a que mostrase cualquier tipo de afecto hacia mí en público, pero cuando lo miré, nuestros rostros estaban a tan solo un suspiro de distancia. El suyo no solo estaba contorsionado por el dolor y la preocupación por su amigo, sino que sus ojos reflejaban determinación y el amor que en el fondo sabía que sentía por mí. Dio una pequeña sacudida con la cabeza y envolvió los brazos en torno a mi cintura con más fuerza cuando me removí sobre él, pensando, supuse, que pretendía levantarme. Ni mucho menos era esa mi intención y para demostrarlo, pasé el brazo por sus hombros y bajé la cabeza para apoyar mi frente contra su sien.

—Estoy donde tengo que estar —musité en voz baja, solo para que él me escuchase.

Giró un poco el rostro y acarició con ternura mi mejilla con la nariz.

—Te veo, mi pequeña guerrera.

Cerré los ojos al escuchar esas palabras que significaban para mí más de lo que él pudiese imaginar. O quizás sí lo sabía y fue precisamente por eso que las dijo.

Porque fue lo único que siempre le pedí.

Que me viera.

«Te amo», pensé mientras permanecíamos allí entrelazados.

Pero fui incapaz de poner voz a ese sentimiento. Aún no podía hacerlo.

Los minutos pasaron con una lentitud agónica mientras esperábamos noticias acerca del estado de Terry. Pero eso es lo que sucede con las esperas, sin importar que se trate de buenas o malas noticias, de alguna retorcida manera el tiempo parece alargarse, como si se estuviera burlando de nosotros, como si quisiera poner a prueba nuestra paciencia estirándola al máximo para ver cuánto somos capaces de soportar antes de rompernos. Después de que el médico, con aspecto cansado y contrito, nos hablase acerca del resultado de la operación y nos dijese que tendríamos que esperar hasta saber más, los chicos recibieron una llamada del capitán. Tenían que volver a comisaría. No me extrañó en lo más mínimo pues llevaba años viviendo con los Sullivan y conocía de cerca cómo funcionaba aquello, máxime teniendo en cuenta el modo en el que se torcieron las cosas esa noche.

Tucker se negó a moverse del sitio queriendo velar por su compañero allí mismo. Todos lo entendieron y a nadie se le ocurrió replicar lo más mínimo. El señor Sullivan se ofreció a llevarnos a casa y Mia, que parecía abatida tras ver a Reed marcharse, aceptó sin rechistar ni una sola vez. Yo, sin embargo, solo necesité echar una ojeada a nuestro amigo para saber lo que tenía que hacer.

—Me quedaré a hacerle compañía.

Luke estaba junto a mí y tenía su brazo envuelto alrededor de mi cintura, gesto que el señor Sullivan no se perdió y observó durante algunos segundos con el ceño fruncido antes de mirar entre ambos tratando de discernir lo que allí ocurría.

—¿Estás segura? —Luke me miraba como si quisiera discutir y enviarme a casa. Me erguí, lista para discutir—. Pareces cansada.

No lo parecía, de hecho, estaba agotada.

—Lo estoy, no quiero que se quede aquí solo toda la noche.

Pasaron unos segundos, pero finalmente asintió. Mentiría si dijera que aquello no me sorprendió y es que supongo que estaba tan acostumbrada a que criticase cualquier decisión o palabra que salía de mis labios, que era casi como algo rutinario el discutir.

Cuando soltó mi cintura, volvió a hacer algo que ni en un millón de años habría esperado: acunó mi rostro entre sus grandes y fuertes manos y, con una delicadeza indescriptible, rozó sus labios contra los míos. Hay quien ni siquiera lo consideraría un beso por la suavidad con la que lo hizo, la más tierna de las caricias mientras nuestras narices se tocaban y nuestros cálidos alientos se entremezclaban. Lo hizo con una ternura demoledora y aquel pequeño contacto fue como la más dulce ambrosía que mi hambrienta alma pudiera recibir.

Fue breve, pero también lo fue todo.

Cuando abrí los ojos, vi aquellos orbes mezcla de verde y miel clavados en mí con una intensidad abrumadora. Sus manos continuaban en mi rostro y sujeté sus muñecas.

—No te vayas sola, ¿de acuerdo? —Fruncí el ceño por la petición—. Sabemos que esos cabrones nos han estado vigilando, lo cual te incluye. De modo que antes de poner un pie fuera del hospital, me llamas y en caso de que yo no pueda venir, enviaré a alguien a recogerte.

Está bien, aquello no era una petición, sino más bien una exigencia. Típico de él.

—Sabes que las órdenes no van bien conmigo, ¿verdad? —lo reté, arqueando una ceja.

De inmediato se tensó y entornó los ojos.

—Jen...

—Luke.

—No me jod...

Reí con suavidad antes de atraerlo hacia mí y besarlo. Es curioso, pero en el lapso de unos pocos minutos se había mostrado tan relajado y seguro con respecto a nosotros que, por primera vez en toda mi vida, me sentía libre de actuar con aquella espontaneidad sin temor a nada.

—Solo estoy jugando contigo, Sullivan. —Estaba de puntillas, mirándolo, y percibí la más ligera contracción en sus labios, como si tratase de reprimir una sonrisa—. Relájate, tendré mucho cuidado y no saldré sola. Te lo prometo.

Me abrazó por la cintura y me izó hasta que nuestros rostros quedaron a la misma altura.

—Vas a seguir siendo un dolor en mi trasero, ¿cierto, Gray?

—Puedes apostar por ello —respondí con una ladina sonrisa.

Su pecho vibró a causa de una baja y ronca risa.

—No te querría de ninguna otra manera.

Antes de que pudiera acabar de asimilar sus palabras, me volvió a besar, esta vez de forma breve pero intensa. Uno de esos besos que te dejan con ganas de más y que suponen una promesa de lo que está por venir.

De esos.

Sin una palabra más, me soltó y lo vi alejarse por el pasillo. Era una visión deliciosa no solo porque estuviese enamorada de él, sencillamente lo era. Su amplia espalda, cubierta por una camiseta negra y el chaleco del CPD, los fuertes brazos que caían a los costados, sus gruesas piernas revestidas de *jeans* también oscuros... Sí, era la imagen de un magnífico hombre, en todos los sentidos. Suspiré con el corazón acelerado y un nudo en el estómago, esta vez a causa de la emoción porque su modo de actuar esa noche me había dicho más que cualquier palabra. Porque por fin se había acabado el huir de lo nuestro y de lo que sentíamos.

Cuando desapareció tras las puertas, todo lo demás pareció cobrar vida y vi que Mia se acercaba a mí con una temblorosa sonrisa antes de abrazarme con fuerza.

—Acabáis de hacerme muy feliz —susurró junto a mi oreja, justo antes de darme una fuerte palmada en el trasero—. Pero estoy molesta contigo. —Se echó hacia atrás y me miró a los ojos. Parecía triste—. Ya hablaremos tú y yo largo y tendido.

Sí, sabía que le debía muchas explicaciones. Por supuesto que se las daría, era mi hermana, después de todo.

—Lo haremos. —Apreté su mano, deteniéndola cuando intentaba alejarse—. ¿Te encuentras bien?

Sacudió la cabeza, al tiempo que sus ojos se anegaban de lágrimas.

Maldita sea, parecía que al final sí que tendría que patearle las bolas a Reed.

Sin una palabra más, se alejó con los hombros encorvados.

Cuando miré a mi izquierda, el señor Sullivan se hallaba a unos metros de distancia, con los brazos cruzados y un profundo ceño en el rostro. De repente

me sentí... ¿tímida?

Maldita sea, prácticamente acababa de darme el lote con su hijo ante sus narices. Por el amor de Dios...

—Eh... ¿lo veo después, señor Sullivan? —Aunque quise decirlo como una afirmación, en realidad solo me salió aquella estúpida pregunta.

—Ajá —asintió. Descruzó los brazos, se acercó hasta mí y me dio un beso en la frente—. Por supuesto que sí, Jen. Le diré a Alda que te prepare algo de comer.

Entorné los ojos y él sonrió burlón antes de palmearme el hombro y dar media vuelta.

Se marchó murmurando algo por lo bajo que no entendí. Y quizás fuese mejor así.

Suspiré y me encaminé hacia Tucker mientras pensaba en todos los comentarios que estaban por venir. Conocía a las mujeres de esa familia y no tenía la menor duda de que, sobre todo la señora Moretti, nos daría un infierno que pasar. «Especialmente a Luke», pensé.

Me senté en una de esas incómodas sillas y me retrepé al tiempo que cruzaba los tobillos. Observé la espalda de Tucker y le pasé la mano con suavidad para tratar de consolarlo. Pese a que yo misma no era muy dada a las muestras de afecto a menos que se tratase de un contado número de personas, necesitaba hacer aquello tanto como él necesitaba recibirlo.

—Se va a recuperar —hablé con tono tranquilizador y él levantó el rostro de sus manos y me miró de reojo—. Solo debes tener un poco de fe, se pondrá bien. Ya lo verás.

Dios, de verdad esperaba que así fuera.

En un principio no respondió y yo tampoco presioné, sabía que necesitaba su tiempo a solas consigo mismo. Un rato después imitó mi postura y cruzó los brazos sobre su amplio pecho.

—Así que Sullivan y tú, ¿eh?

Bueno, eso no me lo esperaba. Al menos, no de él.

—Es... complicado.

Rio por lo bajo y sacudió la cabeza.

—Con Sullivan todo suele ser complicado. —Exhaló con fuerza—. En realidad, me preguntaba cuándo demonios daría el paso y te reclamaría de forma oficial.

¿Reclamarme? Sabía que no era el momento y que ni mucho menos pretendía ofenderme, pero aquello me sonó tan arcaico que reprimí las ganas de darle una colleja. Pero, cuando lo miré, tuve que detenerme unos segundos y analizar por primera vez al hombre junto a mí.

Su cabello oscuro estaba revuelto, fruto de haber pasado las manos por él en repetidas ocasiones a causa de los nervios y la preocupación. Tenía los ojos, aquella bonita mezcla de azul oscuro y gris como el mar en un día de tormenta, apagados y enrojecidos, su rostro no mostraba aquel gesto pícaro al que tan acostumbrados nos tenía a todos. De hecho, no había ni rastro del Tucker despreocupado y coqueto con el que llevaba años topándome, aquel que siempre tenía una sonrisa, broma o absurda frase para ligar lista en la recámara. En cambio, un hombre absolutamente destrozado y angustiado ocupaba su lugar, y me di cuenta de que en realidad no lo conocía. En absoluto. Creo que todos nos quedamos en la superficie en lo que a él se refería y lo más triste de todo era que Tucker estaba perfectamente bien con eso, dejándonos creer que no se preocupaba por nada y que no estaba atento a lo que sucedía a su alrededor.

Estaba a punto de remediar aquello.

—¿Cómo te llamas? —pregunté de súbito.

Ni siquiera sabía eso, maldita sea.

Se echó hacia atrás, sorprendido, y enarcó las cejas. Transcurridos unos segundos, respondió.

—Bruce... me llamo Bruce.

Ladeé la cabeza, analizándolo.

—Uhm, pues no tienes cara de Bruce.

—¿Y de qué tengo cara, si puede saberse?

—No lo sé, pero no pareces un Bruce.

Rio y agachó la cabeza.

—Mi madre estaba loca por Bruce Springsteen, de ahí mi nombre.

Bueno, eso tenía sentido.

—Puedes dar gracias a que no le gustaba Iggy Pop.

Me miró espantado un momento antes de dejar escapar una sonora y profunda carcajada.

—Joder, estoy deseando ver cómo vuelves loco a Sullivan —murmuró, sacudiendo la cabeza divertido.

Ya, estaba convencida de que en algunos momentos ninguno de nosotros disfrutaría cuando eso sucediera, aunque sin duda el viaje sería interesante.

—Estoy segura de que él no estaría muy feliz de escuchar eso.

Asintió, suspiró y agachó la cabeza con la vista clavada en el suelo antes de apoyar los codos en las rodillas y entrelazar las manos. Sabía que su mente se encontraba a unos metros de distancia, en la habitación en la que su amigo y compañero se debatía entre la vida y la muerte. Por eso me sorprendió cuando de repente inquirió:

—No, en serio, ¿de qué crees que tengo cara?

Reí y después de eso la charla fluyó con naturalidad, hablando de esto y de aquello. Creo que fue la primera conversación real que tuve con él. Descubrí a un Tucker nuevo, diferente, y me molestó darme cuenta de que, pese al tiempo que hacía que nos conocíamos, hasta esa noche me había perdido al estupendo hombre que se escondía debajo. No sé cuánto tiempo pasamos allí, pero en un momento dado los señores White —los padres de Terry— fueron llevados a una sala destinada para la familia; nos ofrecieron acompañarlos, pero preferimos quedarnos allí y dejarles privacidad en aquel duro trance.

Era alrededor de la una de la madrugada y todo permanecía en silencio, excepto por los ocasionales pasos de las enfermeras que deambulaban por allí controlando a los pacientes y el sonido de máquinas. Por eso, cuando escuché el sonido de las puertas del pasillo al abrirse, no tardé ni dos segundos en girar el rostro y mirar hacia esa dirección.

Me quedé helada.

La persona que venía caminando hacia nosotros con el rostro desencajado por la preocupación, era la última que esperaba ver. De hecho, era la única a la que jamás esperé encontrarme de nuevo porque en un momento de mi vida me arrebató lo único que yo quería, y que estuviese allí, en ese preciso instante, no presagiaba nada bueno.

Me levanté cuando llegó hasta nosotros y crucé los brazos.

—¿Dónde está? —inquirió con evidente ansiedad—. ¿Se encuentra bien? No he sabido nada más desde que recibí la llamada y me contaron lo sucedido. ¡Dios! —Se llevó una mano al pecho—. Dime que está bien, por favor. No he podido llegar antes.

Me sujetó por los antebrazos y resistí el impulso de apartarme de ella. Bueno, en realidad lo hice, pero con más suavidad de la que quería emplear.

—Hola, Alice.

Tucker se puso en pie y miró entre nosotras, extrañado.

—Lo siento —se disculpó—. Ni siquiera he...

—No te preocupes por eso.

—¿Dónde está?

Miré a los ojos de aquella mujer y no supe cómo sentirme. Cómo reaccionar. Lo único que puedo decir de aquel momento es que una frialdad como hacía tiempo que no sentía se apoderó de cada parte de mi ser, hasta tal punto, que ni siquiera pude responder a esa sencilla pregunta.

—¿Por quién preguntas? —dijo Tucker.

—Por Luke —respondí yo, mirándola a los ojos y sin darle tiempo a abrir la boca siquiera.

Supuse que presintió que algo no iba bien porque un segundo después sentí

la mano de mi amigo en la espalda en señal de apoyo, reconfortándome.

—Está bien, hace rato que volvieron a comisaría.

—¡Gracias a Dios! —exhaló ella, visiblemente aliviada.

No podía quedarme allí. Ni un segundo más. De lo contrario era muy probable que montase un espectáculo, incluso si ella no se lo merecía.

Me giré hacia Tucker y acerqué los labios a su oreja.

—¿Estarás bien si me marchó?

Se echó hacia atrás y me miró a los ojos antes de asentir con cierta renuencia.

—Ten mucho cuidado, ¿vale? —Asentí en silencio—. Espera, llamaré un taxi.

—No es necesario —repliqué colgándome el bolso al hombro.

—Sí, lo es.

Alice miraba entre nosotros sin entender ni una palabra.

—Estaré bien, Tuck. —Me puse de puntillas y lo besé en la mejilla—. Te prometo que tendré cuidado.

—Más te vale —advirtió, antes de devolverme el gesto.

Cuando me giré, ella me miraba con sorpresa al ver que me marchaba de forma tan precipitada.

—Supongo que ya nos veremos —murmuré—. Cuídate, Alice.

Sin más, eché a andar para salir de aquel hospital, de un lugar en el que perdí incluso más de lo que encontré en el pequeño lapso de unas horas.

Sí, probablemente debería hablar con él antes de sacar conclusiones precipitadas.

Sí, quizás me estaba equivocando.

Sí, sin duda estaba rompiendo la promesa que le había hecho esa misma noche.

Pero estaba tan furiosa como triste y necesitaba estar sola, pensar, porque la última vez que ella me pilló por sorpresa, todo mi mundo y mis ilusiones se vinieron abajo en menos de un parpadeo. Creí tenerlo todo y acabé siendo apartada a un lado y con el corazón hecho añicos. Me negaba a sentarme para ver si esta vez el resultado era el mismo. Que ella estuviese allí, que hubiera recibido la llamada avisando de lo sucedido, me dijo todo cuanto necesitaba saber.

Al menos lo básico: se estaban viendo.

Otra vez.

Y yo no pude evitar que los recuerdos acudiesen a mí en tropel. Algunos buenos, otros no tanto.

Así que, ¿sabes qué?

A la mierda.

I Parte

(Conoce su pasado, para entender su presente)

Así comenzó todo...

«Dejé de sentirme niña cuando al mirar sus ojos, supe que era todo cuanto quería ver cada día de mi vida».

Jenna Gray.



«Cuando de verdad la vi, entendí que no habría vuelta atrás para ninguno de los dos».

Luke Sullivan.

Capítulo Uno

Once años...

—¡Hola! —Detuve el proceso de guardar los libros en la mochila que había junto a mis pies y miré la mano extendida hacia mí—. Soy Mia. —No me moví ni hice amago de estrecharla, por lo que ella la sacudió ligeramente—. Mia Sullivan.

Al mover nuevamente la mano, algo tintineó. Ladeé la cabeza y observé con atención. Allí, aquella era la fuente del sonido: varias pulseras adornaban su muñeca y eran... eran preciosas. Las más bonitas que hubiese visto nunca. Era como un estallido de color, un pequeño arcoíris en aquel brazo flacucho, cada una con distinta forma y hechas de diferentes materiales, desde madera a pequeños cristales, pero todas hermosas a su manera.

Nunca había tenido algo así.

Al menos no que yo pudiese recordar.

—Hola. —Apenas la miré antes de continuar recogiendo mis cosas, no estaba interesada en entablar conversación.

Pareció vacilar unos segundos y, de reojo, vi que bajaba la mano y se abrazaba a la carpeta que sostenía frente a su pecho.

—Y tú eres Jenna, ¿verdad?

Suspiré.

No parecía dispuesta a darse por vencida. Yo no tenía ganas de hablar, no estaba interesada en las nuevas amistades, al menos de momento; la noche anterior fue horrible y que aquel fuese mi primer día de clase en esa escuela tampoco ayudaba. Todo el mundo siempre parecía señalar a la chica nueva.

—Sí, me llamo Jenna Gray. Acabamos de mudarnos y es mi primer día en esta escuela. —Me levanté y quedé frente a ella sin dejar de mirarla a los ojos—. No, aún no conozco a nadie y tampoco necesito una visita guiada.

La niña abrió la boca para hablar y volvió a cerrarla. Parecía que por fin se

había quedado sin palabras, pero poco más duró el silencio porque volvió a sonreír brillante, como si no acabase de despacharla.

—¡Bien! —Rebotó emocionada sobre sus talones—. Soy Mia Sullivan.

—Eso ya lo has dicho —murmuré mientras me colgaba la mochila al hombro. Le di la espalda y comencé a caminar entre los pupitres para salir del aula, que ya se encontraba vacía a excepción de nosotras.

—Es verdad. —Rio. ¿Por qué me estaba siguiendo?—. ¿Quieres que comamos juntas? Puedo guardarte un sitio si quieres, yo odio comer sola. Además, puedo presentarte a...

Ella seguía y seguía con su incesante parloteo, pero yo no le prestaba atención. Leí el papel en mi mano y observé a mi alrededor buscando la dirección a seguir para ir a la próxima clase.

—Mira. —Giré sobre mis talones para enfrentarla. Se calló, por fin—. No me interesa ser tu amiga, ¿vale? Solo quiero llegar a tiempo a mi clase, que pase el día de una maldita vez y marcharme de aquí. Nada más.

Me miró con los ojos muy abiertos, como si fuese una loca y nada de lo que había dicho tuviese el menor sentido.

—Pero...

—Pero, nada.

Me giré sobre mis talones y le di la espalda. No tenía ni idea de lo que pensaba decir, pero no quería continuar allí, no tenía por qué dar más explicaciones y ella era tan... burbujeante, que chocaba directamente con mi negro estado de ánimo. Quizás en un futuro tendría tiempo de arrepentirme, pero de momento necesitaba estar sola.

Cuando me aseguré de que estaba sola en el vestuario, cerré mi taquilla y me dirigí hacia el espejo. Maldije la clase de gimnasia, al profesor que la impartía y, especialmente, a mi padre. Hice una mueca cuando levanté la camiseta y reprimí las lágrimas al ver los tonos púrpuras que adornaban mi costado. Dolía. Dolía mucho. Jamás lo reconocería y, por supuesto, no me convenía que se supiera, por lo que preferí que el profesor pensara que no era más que una vaga con pocas ganas de seguir sus instrucciones, en lugar de hacerle partícipe de mi particular tormento.

Nada bueno podía salir de aquello.

Eso era lo que siempre decía mi madre. Le pedí muchas veces que lo denunciase y otras tantas estuve a punto de hacerlo yo misma, pero siempre acababa reculando. ¿Quién me creería? No era más que una niña y mamá no

parecía muy dispuesta a ceder en ese aspecto.

Giré un poco para poder ver mejor una de aquellas horribles marcas, la peor de todas, que comenzaba en las costillas y continuaba hasta la mitad de mi espalda. Era como si hubiesen puesto sobre mi pequeño cuerpo un candente semicírculo de hierro por el simple placer de señalarme, de dejar su firma sobre mí.

Y lo había hecho.

Normalmente me dejaba tranquila si me quitaba de en medio a tiempo, pero la noche anterior algo me hizo entrometerme. Por primera vez, sentí la necesidad de entrar en la pelea, de defender a mi madre ya que ella parecía incapaz de ayudarse a sí misma. No me arrepentía, jamás podría, pero sin duda aprendí hasta dónde era capaz de llegar mi padre para que nunca olvidásemos quién mandaba en casa, la voluntad de quién imperaba en el espacio que compartíamos.

Cerré los ojos.

Me sentí tan impotente mientras me golpeaba... tan pequeña.

—Lo siento.

Ni siquiera escuché la puerta abrirse; esa disculpa murmurada fue lo que me arrancó de golpe de los amargos recuerdos que tanto me asfixiaban. Abrí los ojos y miré a la niña que, parada tras de mí, tenía la vista clavada en mis marcas. Rápidamente me bajé la camiseta, aunque sabía que ya era tarde; vio algo que quería ocultar a toda costa, algo que me provocaba no solo dolor, sino también vergüenza.

Cepillé mi cabello con los dedos, ignorándola, como si no hubiera pasado nada, como si aquello no tuviera la menor importancia. Ella por fin apartó la vista de mi costado, pero ahora esperaba a que le prestase atención con una mirada que era mezcla de curiosidad y pena clavada en mí.

—¿Qué? —No quería su compasión.

—¿Estás... estás bien? —Su voz sonaba tan pequeña que no había rastro alguno del entusiasmo de esa misma mañana más temprano, de hecho... me fijé con atención y observé sus ojos enrojecidos, los rastros de lágrimas que aún recorrían sus redondeadas mejillas y caí en la cuenta de que el temblor al hablarme no solo se debía a lo que había visto en mi cuerpo.

—¿Qué te ha pasado? —Me giré para mirarla de frente. Pasó la mano bajo uno de sus ojos, pero las lágrimas seguían llegando. Sacudió la cabeza y tuvo que tomar un par de profundas respiraciones antes de conseguir hablar.

—Es... es que... —sollozó. No sabía qué hacer, ni siquiera la conocía, pero me sentí mal por ella—. Me las han quitado.

No entendía nada.

Me acerqué un poco más.

—¿Qué te han quitado?

Hipó y sorbió ruidosamente por la nariz antes de abrir una de sus manos y enseñarme lo que con tanto afán protegía. Pasé uno de mis dedos por las pequeñas cuentas de cristal; miré su muñeca y me di cuenta de que no había ni rastro de aquel precioso arcoíris que tanto me había llamado la atención más temprano. Ahora, sin embargo, estaba desnuda, desprovista de cualquier rastro de color o alegría. Fruncí el ceño y di un paso atrás.

—Se ha roto —explicó, aunque ya había llegado yo sola a esa conclusión—. No quería que también se la llevaran y... —hipó de nuevo—, al... al tirar... se rompió.

Comenzó a sollozar y me enfurecí. No con ella, sino con quien fuese que le hubiese hecho aquello.

—¿Dónde están las demás? —Me miró sin entender—. Las otras pulseras —aclaré—, esta mañana tenías varias, ¿dónde están?

Se limpió la nariz con el dorso de la mano e hice una mueca.

Ugh, qué asco.

—Brittany Wells. —A pesar de las lágrimas, escupió el nombre con furia.

Sabía de quién hablaba. Era la típica chica dorada, la favorita de los profesores, siempre con una sonrisa beatífica que nada hacía suponer la abusiva niña que se escondía detrás. Solo necesité una mañana, unas cuantas horas, para saber que no era el tipo de persona con la que me gustaría relacionarme. Tampoco es que teniendo en cuenta mi aspecto ella me quisiera cerca de su círculo de amistades, así que supuse que ya teníamos algo en común.

La niña pasó junto a mí, colocó la mochila sobre el lavabo y con mucho cuidado, como si de un tesoro se tratase, comenzó a guardar las cuentas de colores en un pequeño bolsillo.

—¿Ella te las quitó?

Me miró a través del espejo y asintió antes de sollozar de nuevo.

—Y Lucas se va a enfadar tanto... —Sacudió la cabeza y agachó la mirada—. No quiero que se meta.

Su voz sonaba muy pequeña. Puede que fuese por mi propio infierno personal, pero cuando mencionó ese nombre y pareció hacerse aún más pequeña, me tensé.

—¿Quién es Lucas? —No sabía por qué de repente me importaba tanto lo que le sucediera a esa niña, ni siquiera nos conocíamos.

—Mi hermano. —Cerró la mochila y se la colgó al hombro—. No quiero que se meta en esto, solo lo hará todo peor para mí.

Fruncí el ceño y hablé antes de siquiera pensar las palabras.

—Vamos. —Ella se quedó parada—. Muévete.

—¿Adónde vamos? —Aceleró el paso para ponerse a mi altura.

—A recuperar tus pulseras.

—¿Por qué? —Me detuvo con una mano en mi brazo y me miró confundida.

—¿No quieres recuperar tus cosas? —No entendía qué hacíamos allí paradas.

—Claro que sí. —Ladeó la cabeza y su forma de mirarme me puso nerviosa—. Pero esta mañana dijiste que no querías tener nada que ver conmigo.

Abrí la boca para responder y volví a cerrarla. Tenía razón, solo unas horas antes la había despachado sin miramientos, pero eso no significaba que no la defendiera si creía que lo necesitaba. Odiaba con toda mi alma a las personas abusivas.

—No me gusta lo que te han hecho y te voy a ayudar, ¿es eso tan malo?

¿No podía callarse de una vez y seguirme? ¿Tan difícil era?

—¡Por supuesto que no! —respondió con rapidez. La misma brillante sonrisa que lucía esa mañana más temprano volvió a asomar a sus labios—. Pero eso significa que ahora somos amigas.

Gruñí y reanudé el paso. Sí, supuse, ahora éramos amigas y, pensándolo bien, no me vendría mal alguien con quien relacionarme; además, ella no parecía del tipo de persona que juzgaba a los demás, no, si no los conocía. Me gustaba eso.

—Vamos, date prisa —apremié acelerando el paso—. Con suerte las encontraremos a la salida y tendrás tus pulseras de regreso.

Tal como supuse, encontramos a Brittany antes de que llegase el autobús escolar. La encaré y exigí que le devolviera a Mia sus pulseras, y no solo se negó, sino que con una petulante sonrisa tuvo el descaro de mostrarnos su muñeca donde ahora las lucía. Mi recién descubierta amiga dio un paso adelante, pero antes de que nadie supiera lo que estaba ocurriendo o pudiese reaccionar, me abalancé sobre la otra. Y así fue como me vi envuelta en una pelea con ella, dos de sus amigas, otro chico de clase y también Mia, quien no sabía muy bien si trataba de ayudarme o de acabar con aquella locura. Tal como siempre pasaba con las peleas, no tardamos en obtener audiencia; poco más que un grupo de carroñeros acudiendo a la llamada de la sangre y el escarnio. Por supuesto, para nada interesados en ayudar o mediar en la trifulca, tan solo ávidos de un buen espectáculo y si este tenía como una de sus protagonistas a la chica nueva,

mucho mejor. Por eso, aunque me asusté por la forma en la que todo se descontroló, no podía permitirme titubear. Si olían un poco de debilidad, sería carne de cañón, su saco de boxeo y objeto de mofas durante los años que tuviésemos que seguir compartiendo espacio. Me negaba a ser fuera de las cuatro paredes que componían mi prisión lo mismo que ya era y sufría dentro de ellas.

Jamás.

Grité, golpeé, arañé y, en algún momento, tiré con toda la fuerza que tenía de la coleta de alguien. ¿A quién pertenecía? No tenía ni idea, solo esperaba no haberme equivocado y atacar a la misma persona a la que estaba tratando de defender.

Con la sangre rugiendo en mis oídos y los silbidos y gritos de nuestro pequeño grupo de espectadores, apenas si podía concentrarme en nada que no fuese defenderme y esquivar los golpes y arañazos que me lanzaban. Sin embargo, sí distinguí una profunda voz que, enojada, se alzó por encima de todas las demás.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —Yo continué concentrada en no dejarme golpear. Mi costado se resintió por el esfuerzo, pero de ninguna manera les dejaría saber lo dolorida que me sentía. No a ellos. A nadie—. ¿Mia?

De reojo pude ver cómo apartaban a mi nueva «amiga» de la refriega, incluso cuando se resistió.

—¡Lucas, ayúdala!

Oh, de modo que se trataba de su hermano.

Segundos después, unas fuertes manos me sujetaron por los brazos. Me revolví furiosa por la sensación de impotencia; no soportaba sentirme así.

—Chist... —susurró una voz junto a mi oreja. Sacudí la cabeza para apartar el pelo de mi rostro y Mia apareció ante mí con expresión preocupada—. Chist... cálmate, está bien.

Me revolví un poco más, hasta que finalmente me liberó.

—¡Suéltame! —Las manos que me mantenían prisionera no desaparecían—. ¡Que me sueltes!

No quise que el pánico se notase en mi voz, pero algo debió percibir puesto que, de inmediato, me vi libre.

—¡Ey, tranquila! —Al principio solo vi unas manos en alto, como si intentase apaciguarme—. Todo está bien.

No, no estaba bien, porque cuando alcé la mirada me recibió una de las imágenes más hermosas e impresionantes que había visto en toda mi vida. El sol quedaba a su espalda y se reflejaba en los revueltos mechones de cabello castaño, haciéndolos parecer dorados; unos ojos verdes me observaban con

preocupación, quizás no muy seguro acerca de cómo tratar conmigo. Abrí la boca y la cerré. No podía hablar. No podía moverme. Solo quería mirarlo.

—Oh, Dios mío. ¿Te han hecho daño? —Mia se acercó a mí preocupada y ambos, tanto aquella especie de ángel como yo, la miramos.

Por fin encontré mi voz.

—No, estoy bien. —Aparté la mirada, sintiéndome incómoda con tanta atención.

—Mia —habló el ángel—. ¿Qué demonios ha pasado?

Fruncí el ceño y estaba a punto de responder por ella, cuando una voz a mi espalda se me adelantó.

—Pasó que la china se volvió loca. —Me giré y fulminé con la mirada a Brittany Wells. Ella se sacudía la ropa, como si mi simple contacto la hubiese ensuciado—. Eso es lo que pasó.

Ni siquiera lo pensé antes de lanzarme a por ella. Otra vez.

No la conocía y ya podía decir que nuestra relación no sería ni mucho menos amable. Ni tan siquiera cordial.

—¡Para de una vez! —Unos fuertes brazos se envolvieron en torno a mi cintura y mis pies patearon el aire. Furiosa por no haber llegado a mi objetivo, grité y me sacudí intentando deshacerme de su agarre—. ¡Estate quieta, maldita sea!

—¡No me digas lo que tengo que hacer!

Podría parecer un ángel, pero ni siquiera a él le permitiría darme órdenes. Menos cuando estaba en aquella situación por intentar ayudar a alguien que no podía hacerlo por sí misma. Sabía lo que se sentía y no quería eso para nadie.

—Muy bien, muy bien. —Volvió a levantar las manos, apaciguador. Sin embargo, una media sonrisa adornaba su rostro—. Eres una pequeña guerrera, ¿no es así?

¿Se estaba burlando de mí?

—¿Ya está? —gritó una voz chillona a mi espalda, algún imberbe en plena transición a la adolescencia—. ¿Eso es todo?

Un profundo ceño apareció en su rostro y cualquier gesto amigable que hubiese lucido momentos antes quedó en el más absoluto olvido. Se giró hacia el patético grupo de espectadores y me moví, mi cuerpo lo hizo sin apenas ser yo consciente de ello, no queriendo perderme ninguna de sus expresiones.

—Tenéis cinco segundos —espetó entre dientes, recorriendo a todos y cada uno de ellos con su verde mirada—, para desaparecer de mi vista, antes de que patee vuestros escuálidos y patéticos culos.

Eso fue todo. Tardaron incluso menos del tiempo establecido.

Miré con una mezcla de incredulidad y fascinación el ahora vacío

estacionamiento de la escuela. Después volví a observarlo a él, tan hermoso como un ángel salvador. O vengador. No lo sabía y no me importaba.

Watashi no tenshi.

Mi ángel.

Capítulo Dos

Trece años...

Observé a través de la ventana cómo Luke y Mia se divertían en el patio trasero. Se suponía que él iba a instalar esa pequeña piscina que ponían cada verano, no daba para mucho, pero sí lo suficiente como para poder refrescarse y permanecer en el agua mientras leían o sencillamente tomaban el sol. «Un pequeño capricho» lo llamaba la señora Sullivan que era quien, por supuesto, más la disfrutaba.

Había tubos metálicos de distintos tamaños dispersos aquí y allá, una enorme lona azul apenas extendida y no pude contener la risa cuando vi que mi amiga, en lugar de ayudar a su hermano mayor mientras este gruñía y maldecía porque no encontraba no sé qué pieza, se limitó a coger la manguera y regarlo de pies a cabeza. Él se quedó congelado, probablemente sorprendido cuando el primer chorro de agua fría lo golpeó en la espalda sin piedad; aunque bien era cierto que hacía bastante calor y seguramente agradecía el descanso, conociéndolo, jamás reconocería lo bien que le había sentado que lo refrescasen, incluso si fue hecho a traición y con intención de molestarlo. Mia había salido preparada al jardín tan solo ataviada con unos pequeños *shorts* y la parte de arriba del bikini, anticipando lo que ya era una guerra en toda regla. Trató de convencerme para que la acompañase, pero le dije que no me sentía muy bien y prefería ser testigo de aquella pequeña trastada desde la seguridad que me otorgaba la cocina. Ella sabía perfectamente cuánto me gustaba chingar a Luke en cada oportunidad que veía, de modo que, si mi negativa a unirme a ella la sorprendió, no dijo nada al respecto.

Sonreí cuando tras perseguirla durante varias vueltas, él la agarró por la cintura y, sin esfuerzo alguno, la izó en el aire mientras ella pateaba y chillaba divertida; el tono de los gritos cambió a uno aún más estridente —y ahogado— cuando él sujetó la manguera sobre su cabeza y la empapó, mojándose ambos en

el proceso, por supuesto. Por extraño que resulte, deseaba ser ella, quería ocupar su lugar en ese preciso momento. Desde que Mia entró en mi vida había sido partícipe de situaciones como esa en más ocasiones de las que podía contar, porque con los Sullivan todo fluía de la forma más natural, haciéndome sentir siempre como una más, como otra hija, hermana, nieta... Hermana... Ella lo era, sin duda. Y supongo que él también puesto que desde que lo conocí no fue más que un tremendo y sobreprotector dolor en el trasero, mi hermoso ángel de la guarda particular, alguien que llegó a mi vida para velar por mí y atormentarme a partes iguales. Era insufrible la mayor parte del tiempo, pero lo adoraba. Sin embargo, de un tiempo a esta parte había comenzado a notar cosas a las que antes ni siquiera les daba un segundo pensamiento, como el modo en el que sus ojos brillaban a la luz del sol, cómo su cuerpo era más el de un hombre y menos el de un niño como aquellos con los que compartía clases; me fijé, mientras jugaba con su hermana, en la forma en la que los músculos de su espalda se ondulaban, cómo su húmeda piel relucía...

Dios, era hermoso. ¿Y era una especie de hermano mayor? ¿Era extraño que hubiese comenzado a fijarme en él de ese modo? ¿Había algo malo en mí por verlo de aquella manera? Quizás sí. Seguramente el problema estaba en mí. Solo sabía que quería estar ahí fuera, quería salir y jugar, provocarlo e irritarlo hasta que la vena en su cuello pareciera a punto de reventar, pero también deseaba que dejase de mirarme como esa irritante niña con la que tenía que lidiar la mitad del tiempo, aquella a la que tenía que sacar de problemas, quería...

—¿Por qué no estás ahí fuera jugando con ellos?

La pregunta me sorprendió y sentí mis mejillas encenderse como si aquellos pensamientos pudiesen verse reflejados en mi rostro. Me giré, sin cuidado, y apreté los dientes para contener el gemido de dolor.

—Hace demasiado calor —respondí con una sonrisa contenida.

La señora Moretti cabeceó, poco convencida, y se colocó junto a mí para lavarse las manos antes de ponerse el delantal. De reojo, no me perdí el modo en el que me escrutaba con la mirada ya que mi ropa iba en directa contraposición tanto con el clima, como con mis palabras.

—Bueno, de eso se trata, *giusto?*

Sí, sabía a lo que se refería, al igual que no tenía ninguna duda de que mi patética excusa significaba poco para ella, puesto que Antonella Moretti era capaz de ver a través de las personas cualquier secreto que estas trataran de ocultar al resto del mundo. Puede que por eso mismo, más a menudo de lo que me gustaría, tenía que luchar con la necesidad de contarle todo... *todo* acerca de lo que ocurría. Pero el miedo siempre acababa ganando la batalla.

Unos instantes pasaron en un cómodo silencio, tan solo interrumpido por el

sonido de las risas provenientes del jardín, hasta que ella decidió romperlo.

—Pronto es tu cumpleaños.

Me puse rígida.

—Sí, en unos días —respondí en voz baja. El cuatro de julio, para ser más exactos.

—¿Hay algo en especial que desees?

—No. —Me encogí de hombros, sin apartar la mirada de la ventana—. La verdad es que ya tengo todo lo que necesito.

Una verdad a medias. No del todo falso, pero tampoco completamente cierto. Siempre hay algo que deseamos, algo que queremos, algo... más. En cierto sentido, no mentí con aquella respuesta puesto que en los últimos años obtuve más de lo que alguna vez imaginé. Conseguí una familia, buenas personas que me querían y me acogieron sin preguntar, solo necesitaron ver la relación entre Mia y yo para abrirme las puertas de su hogar. Nada más.

Bajo el falso pretexto de un padre ausente y obsesionado con el trabajo, acabé pasando más tiempo en el hogar Sullivan que en mi propia casa; tan solo mi amiga conocía la realidad de mi vida y no porque yo se lo hubiera contado, sino por accidente, puesto que era un secreto a voces entre las dos. Ella sabía lo que ocurría, no los detalles, jamás se me habría ocurrido hablarle de eso, pero era inteligente y observadora, y los días en los que notaba mis movimientos más rígidos de lo normal se limitaba a cargar también con mi mochila; sin dudar, sin preguntar, siempre estaba ahí sin importar qué. Sabía que si yo necesitaba hablar de ello, lo haría, de modo que nunca me presionaba por respuestas. Y no sabía hasta qué punto le estaba agradecida por ello.

—Algo debe haber. —La voz de la señora Moretti me devolvió al momento. Cierto, estábamos hablando de mi cumpleaños. Nadie, hasta ellos, se había interesado alguna vez por saber qué era lo que yo quería. Qué deseaba o necesitaba.

—¿Qué tal una lección de cocina italiana? —inquirí ausente, tan solo por contentarla.

Además, amaba su comida y pasar tiempo con ella entre fogones.

Pasaron segundos en silencio y salté cuando su voz, justo a mi espalda, exigió con voz dulce y ronca:

—Mírame, *bambina*. —Suspiré y cerré los ojos un instante antes de obedecer y girarme—. ¿Qué ocurre?

—Nada —respondí con rapidez.

Sus ojos, una dulce mezcla de marrón y miel, me observaban con atención. Tenía ganas de retorcerme en el lugar porque, si Mia era tan intuitiva, definitivamente ese rasgo le venía de familia. No sé qué vio en mi rostro, pero

cuando tras un momento por fin habló, sentí que se me encogía el corazón.

—Sabes que también eres mi niña. —Asentí. Se acercó un paso y ahuecó mi rostro entre sus ajadas, aunque dulces, manos—. ¿Has sabido algo de ella? —Negué apretando los labios ante la mención de mi madre—. Bueno, definitivamente ella se lo pierde. Sin embargo, si algo te duele o te preocupa, estoy aquí. *Estamos* aquí —se corrigió de inmediato—, eso es la familia, dulce Jenna. —Sonrió antes de hablar con más seriedad de la que jamás había visto en ella—. Y si alguien, quien sea, vuelve a poner en ti esta aura de tristeza que te rodea, tendrá que vérselas conmigo, *capisci?*

Apreté los dientes y tragué con fuerza mientras luchaba contra el escozor en mis ojos. No aparté la mirada de los suyos, que me observaban con amor, pero también con la determinación y fuerza que la caracterizaban, proyectando esos sentimientos directamente en mí, ofreciéndomelos como un salvavidas. ¿Podía ella ver que me estaba ahogando? ¿Que, pese a mi corta edad, me sentía terriblemente cansada? Era indiscutible que necesitaba ayuda y no es que el orgullo me impidiese pedirla, no. Era el miedo lo que me paralizaba, el terror más absoluto a lo desconocido, porque no tenía ni la más remota idea de en qué podría desembocar todo aquello si dejaba salir lo que durante tanto tiempo me había guardado para mí misma. Había escuchado y leído las suficientes historias como para que mis temores estuviesen justificados; no quería que me apartasen de las personas más importantes de mi vida y sabía que, sin importar qué ocurriese durante el camino, ese sería el final más probable.

Minutos después de que ella se pusiera manos a la obra tras depositar un suave beso en mi frente, yo permanecía en el mismo lugar, observando cada uno de sus fluidos y seguros movimientos, escuchando su tintineante tarareo italiano, absorbiendo los aromas que salían de las cacerolas, mientras los gritos y las risas continuaban en el patio haciendo que ella sonriera mientras miraba por la ventana a dos de las personas que, bien sabía yo, iluminaban cada uno de sus días. Tal y como lo hacían con los míos.

Desde que conocí a Mia casi tres años atrás, hubo momentos en los que la envidié de verdad; no hablo de algún sentimiento malsano, al contrario, porque gracias a ella, a su tenacidad e insistencia para que dejase de ser un malhumorado trasero, hoy contaba con un refugio y con personas que sabía me tenían en alta estima y se preocupaban por mí. Pero sí anhelé llegar a mi propia casa y poder disfrutar de lo mismo, deleitarme con la calidez y seguridad que un hogar debería proporcionar a cualquier persona, especialmente a alguien de mi edad, tener unos padres que me amasen sin reservas o que... que me amasen, sin más.

Al principio de conocer a mi amiga, cuando fui testigo del amor que se

respiraba entre los miembros de su familia, de forma inevitable más y más a menudo me preguntaba por qué no podía tener yo eso mismo, por qué la vida repartía las cartas de forma tan poco equitativa. Pero con el paso de los días, las semanas, me di cuenta de que no estaba siendo justa, que no debía llorar o enfadarme por lo que no tenía y comenzar a agradecer lo que me había sido dado. Que era mucho.

—¡Lucas Aldo Sullivan!

Parpadeé y me enfoqué en la señora Moretti que, con los brazos en jarras, reprendía con la mirada a quien se encontraba detrás de mí. Me giré y ahí estaba Luke, empapado de pies a cabeza, con su tonificado pecho elevándose y cayendo debido a la respiración agitada, con sus claros ojos chispeantes de diversión.

Me miró con las cejas enarcadas y deje burlón, pero rápidamente volvió a enfocarse en su abuela.

—*Nonna*... —Abrió los brazos y dio un paso adelante—. Dale un abrazo a tu nieto favorito.

Bufé divertida.

—Para eso tendría que salir al jardín y buscar a tu hermana.

Su sonrisa se ensanchó cuando dio un paso hacia mí y retrocedí.

—Ni se te ocurra dar un paso más en mi cocina —reprendió su abuela señalándolo con un dedo—. Estás mojando todo el suelo, *vattene!*

—Ya has oído a tu abuela, *birdie*... Al patio a jugar. —Reí mientras bordeaba la mesa de la cocina para acercarme a la señora Moretti.

Debí haberlo sabido mejor antes de provocarlo, porque no llegué muy lejos. La risa se convirtió en un jadeo ahogado cuando mis pies abandonaron el suelo y fui izada en el aire por un Luke que gruñía divertido junto a mi oreja:

—¡Tú te vienes conmigo!

Escuché la risa de su abuela cuando la puerta mosquitera se cerró tras nosotros, también los divertidos aullidos de Mia cuando vio a su hermano cargándome por los escalones del porche, pero yo solo podía concentrarme en los brazos que sentía como bandas de acero envueltos en torno a mi cintura y costillas.

—¡Suéltame, Luke! —Pataleé y traté de apartar sus brazos con mis pequeñas manos, pero era imposible.

—¿Qué ocurre, pequeña guerrera? —inquirió burlón—. ¿No puedes con un simple pajarito?

—Luke —gruñí intentando que me soltara—. ¡Bájame! ¡Bájame, Luke!

Vi que Mia cogía la manguera, preparada para mojarnos y continuar con el juego. A mí me faltaba el aire, apenas podía respirar en medio del cegador dolor que sentía en aquel momento.

Porque dolía. ¡Dios, como dolía!

—De eso nada —replicó él, completamente ajeno a mi calvario.

—Luke, bájame. —Traté incluso de desenredar sus dedos, sin resultado—.
¡Bájame! ¡Bájame, maldita sea!

Me retorció y pateaba, pero de nada servía. No importaba cuánto gritase, él pensaba que estaba jugando, intentando librarme de la guerra de agua. Sin embargo, vi cómo la sonrisa de Mia se apagó cuando se percató de mi expresión y supo que algo serio me ocurría; ella lo sabía, o al menos lo intuía, puesto que con rapidez soltó la manguera y se acercó hasta nosotros dejando cualquier juego o broma que tuviese preparado en el olvido.

—¡Suéltala, Luke, la estás lastimando!

Él se congeló a medio paso.

—¿Qué? —Su agarre se aflojó, muy poco, pero me dio un leve respiro—.
Yo no est...

—Suéltame —resollé—. Por favor.

Eso lo consiguió. Él sabía que yo nunca rogaba y aún menos cuando estábamos en medio de algún juego, por lo que supongo que imaginó que algo serio ocurría.

De inmediato, mis pies conectaron con el césped y sus brazos desaparecieron de mi alrededor. Siempre era muy cuidadosa con no mostrar nada que pudiese ponerlos en alerta, pero me resultó imposible no encorvarme e inhalar bruscamente en medio del dolor mientras me agarraba el costado. Los dos primeros días siempre eran los peores, Dios...

—¿Qué demonios...? —Sonaba consternado.

—¿Jen? —Sentí la pequeña mano de Mia en mi espalda.

—Estoy bien —la tranquilicé. No lo estaba y ambas lo sabíamos.

Abrí los ojos y de reojo pude ver que los hermanos estaban muy cerca de mí, directamente en mi línea de visión. Mia a un lado, Luke al otro, fui subiendo la vista desde sus pies descalzos, por las piernas, las bermudas que seguían empapadas, su tonificado estómago... En otro momento me habría deleitado con esa vista, la habría disfrutado e incluso saboreado, pero justo ahí mi mente comenzó a correr buscando alguna explicación convincente, algo que sabía que él no tardaría en demandar.

—¿Se puede saber qué carajo está ocurriendo?

Y ahí estaba.

—¡Lucas! —Ella y su aversión a las maldiciones.

—No me vengas con esas, Mia —espetó. Tomé una respiración profunda antes de enderezarme y enfrentarlo—. Es evidente que algo le ocurre y seguro como el demonio que no tiene nada que ver con mi forma de sujetarla.

—Tuve una estúpida caída el otro día —expliqué mirando sus hermosos ojos. Aparté el brazo de mi costado y sonreí tentativa—. Es solo una tontería.

—Apenas puedes mantenerte erguida —rebatí con sospecha—. Me parece que es más que solo una tontería, Jen.

—No es nada.

Mia apretó los labios, molesta por lo que sabía que no era más que una enorme mentira, pero no dijo nada. Apartó la mirada y sacudió la cabeza, gesto que Luke no se perdió ya que miraba entre ambas con recelo. Separó ligeramente las piernas y se cruzó de brazos entrando por completo en modo policía, aunque aún ni siquiera había entrado en la academia.

—¿Qué está pasando aquí?

—Ya te he dicho que es solo una tontería, una mala caída.

—Ya. —Me ignoró y decidió centrarse en su hermana—. *Piccola?* ¿Puedes decirme qué ha ocurrido?

—Ella... —respondió con un suspiro, incapaz de mirarlo a los ojos—. Se cayó.

Luke agachó la cabeza y la sacudió, frustrado por no saber qué estaba pasando exactamente. Lo mataba no poder atar cabos, él, que siempre creía estar en poder de la absoluta verdad.

—Bueno, ¿qué te ha dicho el médico? —inquirió traspasándome con la mirada.

—Nada —desestimé con una sacudida de mi mano—. Solo debo tener cuidado con no hacer movimientos bruscos y en unos días estaré como nueva.

Ni siquiera me había visto uno, pero eso él no necesitaba saberlo. No hay duda de que se vive mucho mejor en la ignorancia. Casi siempre.

Frunció el ceño y entrecerró los ojos, probablemente tratando de desentrañar el significado oculto tras mis palabras, algo que se le estuviese escapando. Me miró el costado y, de inmediato, aparté el brazo con el que de forma instintiva y casi inconscientemente me protegía. Le sonreí con dulzura cuando me miró a los ojos antes de volver a clavar la vista en mi torso.

—Déjame ver —pidió. O exigió, más bien.

Quizás le sonreí demasiado dulcemente.

Mierda.

Di un paso atrás.

—No creo que sea necesario. —Reí con nerviosismo, manteniéndome fuera de su alcance.

—Solo quiero ver qué tan herida estás —aclaró y continuó su avance.

—En serio, estoy bien.

—No parecía eso hace un momento.

—Luke...

—Jen.

Maldición, era terco.

Como continué retrocediendo sin mirar por dónde iba, tropecé con la manguera que en algún momento había quedado olvidada y de no ser por los rápidos reflejos de Luke, que me sujetó a tiempo, me habría caído y con toda probabilidad mi ya dañado costado se habría resentido aún más por el golpe.

—Gracias —suspiré cuando conseguí estabilizarme. No soltó su agarre en mis brazos y me enfurecí todavía más con mi situación cuando, por culpa de haber tenido que vestir manga larga a pesar del tremendo calor, no pude disfrutar de su contacto todo cuanto me gustaría.

—Debes tener más cuidado.

Soplé un mechón de cabello de mis ojos y lo miré. Aproveché la cercanía y respiré su aroma, él continuaba observándome serio y aunque sabía que su gesto se debía a las revelaciones anteriores y, por ende, a su preocupación por mí, también era consciente de lo que veía cuando me tenía delante.

Una niña. La mejor amiga de su hermana, una pequeña guerrera... como a él le gustaba llamarme, alguien que, desde su punto de vista, no paraba de meterse en más problemas de lo que le convenía. Si supiera el modo en el que yo lo veía a él...

—Levántate la camiseta y déjame echar un vistazo.

—¿Qué?

Me retorcí para escapar de su agarre, pero me fue imposible; me sujetaba con firmeza, aunque sin dañarme en lo más mínimo, él jamás haría algo así, y la determinación que reflejaba su mirada me dijo que no lograría escapar indemne de aquella situación.

—No te lo pediré otra vez.

—Tú no pides, tú solo das órdenes —espeté, alejándome otro paso.

—Jenna —advirtió.

¿Sabes qué?

Cedí. No por su tono de voz. No me preguntes la razón, porque incluso a día de hoy no estoy muy segura de por qué le mostré aquello que durante largo tiempo y con tanto ahínco me había ocupado de ocultar. Porque no quería preocuparlos, por mi bien, porque en cierto modo me negaba a perder lo único bueno que tenía y sabía que, si todo se destapaba, ese sería el desenlace más probable.

Tomé un tembloroso aliento y, con cierto desasosiego, comencé a levantarme la camiseta sin dejar de mirarlo a los ojos ni un segundo; frunció ligeramente el ceño ante mi intensa expresión, pero es que no sabía... él no tenía

ni la más remota idea de lo que aquel gesto suponía para mí, el enorme salto de fe que estaba dando. Pasados unos segundos sus ojos me abandonaron, aspiró una brusca bocanada de aire y aparté la mirada dividida entre el miedo, los nervios y la vergüenza. Sabía lo que estaba viendo, yo misma observé las marcas solo unas horas antes ante el espejo. No hacía ni veinticuatro horas, pero había pasado el tiempo suficiente como para que un oscuro, enorme y horrible moretón apareciera en mi costado derecho. Era tan espantoso que cuando lo vi aquella mañana me asusté, de verdad lo hice. No era la primera vez, pero sin duda sí se trataba de la peor, al menos hasta el momento. Dolía al moverme, dolía al respirar. Demonios, dolía incluso cuando solo estaba tumbada. Mis ojos se cruzaron con los de mi amiga, nos miramos en silencio y me dolió ver cómo los suyos se anegaban de lágrimas tras ser testigo de lo que mi ropa ocultaba; ella sabía lo que aquel momento significaba para mí, puesto que nunca, *jamás*, en los tres años que hacía que nos conocíamos le permití alguna vez ver las pruebas de mi particular tormento. No por miedo a que traicionase mi confianza, sabía que ella guardaría cualquier secreto y parte de mí que decidiera mostrarle, sino por... Maldita sea, sé que puede resultar difícil de comprender, pero me resultaba vergonzoso mostrar aquella faceta de mi vida, ¿de acuerdo? Porque, ¿cómo podía permitir que alguien me hiciese aquello? ¿Cómo era posible que quien se supone que más me debía amar y proteger fuese la misma persona capaz de causarme tal daño?

Le dirigí una sonrisa a mi mejor amiga, a mi hermana, en un intento de tranquilizarla, de hacerle saber que todo estaba bien, pero ella no me la devolvió y me mató ver una solitaria lágrima resbalar por su mejilla. Era de cosas como esas de lo que intentaba protegerla cuando la mantenía en la oscuridad.

—Maldita sea —masculló un furioso Luke. Cerré los ojos cuando sentí sus dedos acariciar mis marcas, lo hizo con suavidad, casi con miedo de dañarme más; su contacto fue tan delicado como un susurro y sin embargo alimentó mi alma como pocas cosas más podrían hacerlo.

No respondí, ¿qué podía decir? La evidencia estaba allí, grabada en mi piel y ahora expuesta a dos de las personas más importantes de mi vida.

Poco después sentí que se alejaba y abrí los ojos al tiempo que volvía a cubrirme con la camiseta mientras él continuaba con la vista clavada en mi costado, como si a pesar de estar tapada, pudiese ver la horrible huella de mi tormento. Sacudió la cabeza, consternado y molesto, y esperé a que dijese algo, lo que fuera. Pasados unos segundos, lo hizo.

»Dudo mucho que eso haya sido por una caída. —Tomé una respiración temblorosa mientras sacudía la cabeza sin dejar de mirarlo a los ojos, confirmando su suposición.

El silencio se extendió entre los tres y, a pesar de sentirme aterrorizada por un sinfín de razones, estaba a punto de hablar cuando se me adelantó con su profunda voz.

»¿Quién ha sido? —Apreté los labios. Quería decírselo. ¡Dios! Quería hacerlo, pero ¿qué ocurriría después? Las palabras pugnaban por escaparse y me encontraba a punto de hacerlo, de derramarlo todo, cuando habló—. Jen, tienes que dejar de hacer esto.

Fruncí el ceño.

—¿Qué? —Dirigí una rápida mirada a Mia, cuya confusa expresión rivalizaba directamente con la mía.

—Si continúas metiéndote en líos... —Suspiró decepcionado antes de mirarme a los ojos—. Ya eres lo suficientemente mayor como para entender que debes tener cuidado. —Lo observé con incredulidad, dolida más allá de las palabras—. Ni mucho menos justifico esta salvajada, de hecho, tengo intención de partirle la cara a quienquiera que te haya hecho esto y me importa una mierda los aprietos que me pueda acarrear, pero debes intentar mantenerte alejada de los problemas. Parece que te persiguen allá donde vayas, joder.

Se me cayó el alma a los pies.

—Luke, eso no es... —Levanté una mano. No necesitaba que Mia explicase nada.

Ahí estaba yo, descubriendo una parte de mí que nadie más había visto y él no se daba cuenta, no apreciaba el enorme esfuerzo que suponía para mí. Por supuesto que no. Apreté los dientes y peleé contra las lágrimas, negándome a que ninguna de ellas cayese.

Maldito imbécil.

Sí, es cierto que me había metido en varias peleas... está bien, en bastantes peleas, pero jamás lo hice porque sí, solo cuando lo consideré realmente necesario y cuando creí justo defender a alguien que lo necesitaba. Nada más.

No sabía por qué me sorprendía que él no fuese capaz de verlo, quizás esperé demasiado. Puede que fuese tan tonta como la mayoría de las chicas de mi edad y albergase la esperanza de que el chico por el que suspiraba fuese capaz de ver más allá de mi dura fachada.

Quizás solo quería que me viese.

A mí. A quien era, a mis temores, a mis anhelos.

Todo.

Tonta.

Él no lo sabía, pero aquel día le di más de mí que a cualquier otra persona en este mundo y lo ignoró.

No lo apreció.

Me miraba, pero nada más.

A la mierda.

Compuse una tensa sonrisa y no me molesté en sacarlo de su error.

—Claro, *birdie* —convine—. No te preocupes, trataré de mantenerme alejada de los problemas.

Gruñó por el apelativo, pero ni siquiera pude reírme como habría hecho en cualquier otra situación. No sé qué más quería decir y no me quedé para averiguarlo. Ni mucho menos permanecería allí ni un segundo más para que pisotease el poco orgullo que me quedaba, de modo que giré sobre mis talones y volví a la cocina. Lo dejé con su errónea impresión acerca de mí, no le daría más si no quería ver lo que realmente se escondía bajo la superficie.

Después de todo, no era más que una niña tonta, ¿verdad?

Capítulo Tres

Luke, veintitrés años...

Ahugué un gemido de puro placer en el momento en el que entré en la cocina y los aromas de los diferentes guisos me invadieron. Si bien es cierto que me sentía ansioso por empezar la formación en la academia de policía, echaría de menos como un maldito loco la comida casera.

La de mi *nonna*, por supuesto. Lo que mamá cocinaba apenas si se podría considerar como algo comestible, no importaba cuánto empeño pusiera, era incapaz de preparar algo medio decente ni aunque su vida dependiera de ello.

Sin pensarlo demasiado, aproveché que la abuela estaba distraída explicándole algo a mi hermana de espaldas a mí y cogí un buen trozo de alguna especie de masa que reposaba sobre la encimera.

—¡Dios, está buena! —Cerré los ojos, saboreando. Ni siquiera fui consciente de haberlo dicho en voz alta hasta que la *nonna* me golpeó en el brazo.

—¡Saca tus manazas de mi comida!

Reí y le rodeé los hombros con uno de mis brazos para acercarla a mí. La estreché con cariño y besé su sien.

—Sabes que no puedo evitarlo, cocinas como los ángeles.

Enarcó las cejas y elevó la vista para observar mis ojos. Se resistió, pero finalmente no pudo hacer otra cosa más que sonreír. Si algo la hacía feliz, era saber cuánto amábamos lo que con tanto cariño preparaba para nosotros.

—No hay duda de que has heredado el encanto de tu abuelo. —Sonrió con nostalgia al mencionarlo al tiempo que, con suavidad, me palmeaba la mejilla. Sujeté su mano y la besé antes de que se girase dándome la espalda—. Y gracias a Dios por ello.

Mi hermana y yo reímos conscientes de que se refería a mi padre.

Levanté la tapa de una de las ollas, que desprendía un delicioso aroma, y

cuando vi lo que había dentro, miré a mi abuela con atención.

—Sabes que papá odia los garbanzos, ¿verdad?

—Uhhh —murmuró sin mirarme.

—*Nonna*... —advertí divertido, aguantando la sonrisa al igual que mi hermana.

—Ese guiso se ha preparado en mi familia durante generaciones —respondió con las manos en las caderas—. Se lo comerá, créeme.

Levanté las manos mientras reía y dejé el tema.

Entonces, al mirar alrededor de la cocina, reparé en algo.

—¿Dónde está Jen?

Le encantaba encerrarse en la cocina con ellas, así que era extraño no encontrarla allí. Eso y que la chica pasaba más tiempo en nuestra casa que en la suya, aunque no es que me importase, en absoluto. De hecho, era un miembro más de nuestra extraña y curiosa familia.

—Está fuera, necesitaba un poco de espacio.

Fruncí el ceño y miré a través de la ventana de la cocina que daba el patio.

—No está ahí —apunté lo obvio.

—En el porche de fuera —explicó mi hermana mirándome por encima del hombro—. Está con Shadow.

Eso lo explicaba todo. Sin embargo, algo de lo que dijo antes...

—¿Por qué has dicho que necesita espacio? —Mia se mantuvo en silencio y la abuela me lanzó una mirada preocupada—. *Piccola*? —Continuó afanada en su tarea—. Mírame y cuéntame qué ha ocurrido.

Suspiró y se giró para encararme al tiempo que se limpiaba las manos con un paño.

—Jen ha... ha tenido algunos problemas hoy. —Joder, otra vez—. Tuve que esperar con papá en el coche hasta que terminó su castigo en el aula de detención.

Me froté el rostro. Era como otra hermana pequeña solo que, a diferencia de Mia, ella no paraba de meterse en problemas.

—¿Y? —insistí—. Mia, ¿qué demonios ha hecho esta vez?

—Lucas, suena como si ya la estuvieses condenando antes de conocer los hechos —reprochó la abuela—. No es propio de ti y mucho menos teniendo en cuenta que en solo unos meses te convertirás en policía.

Me crucé de brazos, pero asentí reconociendo que llevaba razón. Ella me sonrió y volvió a su tarea, dándonos espacio y muy atenta, por supuesto. Tanto si ya conocía la historia de lo ocurrido como si no, mi *nonna* se preocupaba por Jen de un modo tan profundo como lo hacía por nosotros dos puesto que la consideraba, a todas luces, una nieta más. De hecho, la adoraba. Volví a mirar a

mi hermana pequeña puesto que no pensaba moverme hasta obtener todos los detalles.

—Se metió en una pelea con Brittany Wells y algunas de sus amigas.

—Maldita sea, ¿otra vez? —Me pellizqué el puente de la nariz, maldiciendo para mis adentros y entonces...—. Espera, ¿has dicho que la pelea fue con varias personas?

La abuela detuvo lo que estaba haciendo y se giró para mirar a Mia, también esperando por su respuesta.

—Sí, ella y dos de sus amigas. —Se cruzó de brazos e irguió la postura, señal de que pensaba defender a su amiga, sin dudar—. Siempre andan atosigando a alguien y ahora es el turno de una novata de primer curso que... —dudó, buscando las palabras—. Bueno, ella es un poco gordita y, Luke, deberías haber visto lo que le hicieron a esa pobre chica.

—¿Qué ocurrió, *bambina*? —La abuela se acercó a ella y colocó un mechón de cabello tras su oreja, reconfortándola y alentándola con su sola presencia.

—Ellas... ellas llenaron su taquilla con imágenes de cerdos y cuando la abrió, habían colocado dentro varios dulces a medio comer. Se puso a llorar justo allí, en mitad del pasillo, mientras algunos se reían de la broma —explicó con lágrimas de pura rabia en los ojos—. Cuando Jen la defendió, le dijeron que, ya que el gobierno permite la entrada de chinos en el país, al menos podrían preocuparse de que cumplieran unos mínimos requisitos. —Mierda, estaba furioso—. Fue increíble —continuó con una orgullosa sonrisa y frunció el ceño—. Sin mediar palabra, arrancó cada imagen de la taquilla, las tiró a la papelera y después cogió uno de los dulces y se lo estampó a Brittany en la cara. Después de eso, se desató el caos y solo tuve tiempo de apartar a la chica, que aún seguía llorando. —Sacudió la cabeza, molesta—. Se armó tal revuelo, que ni siquiera pude llegar hasta Jen antes de que el director y otros dos profesores se acercasen.

Volví a maldecir todo cuanto se me ocurrió. No fui el único.

—¡Cobardes! —masculló mi *nonna*—. Si hubiera sido ella sola, nuestra Jen habría pateado su huesudo trasero.

—¡Abuela! —Lo último que necesitaba era que alentase a las chicas a comenzar más peleas—. ¡No las animes, así no ayudas! —Miré a mi hermana—. ¿Cómo es que castigaron a Jen si estaba sola contra varias chicas?

—Cuando el director llegó, Jen tenía a Brittany en el suelo con la cara llena de chocolate. —Se encogió de hombros y sacudió la cabeza—. Intentamos explicarle lo que había pasado, pero se negó a escuchar. Lo justificó diciendo que, además de que no se podía demostrar que Brittany y sus amigas fuesen las culpables, el comportamiento de Jen era inaceptable.

—*Maledetto asino!*

Tenía que estar de acuerdo con la abuela, ese hombre era un auténtico asno. Me acerqué hasta mi hermana pequeña y la besé en la frente. Todo estaba bien, pero sabía cuánto le molestaba no haber podido ayudar a su amiga, la misma que la defendía a ella con todo lo que tenía de esas mismas estúpidas chicas. Desde luego, no echaba de menos los años de instituto.

—Iré a hablar con ella.

Estaba a mitad del pasillo cuando la abuela me llamó. Se acercó hasta mí con semblante severo, mientras se limpiaba las manos con un trapo de cocina. Su sola expresión ya me puso en guardia, pues Alda Moretti tenía una edad, sí, y también era pequeña, sin embargo, ella sola podía lograr que te encogieras como si estuvieses enfrentando a cinco luchadores de MMA. No importaba mi edad, eso no cambiaría jamás.

—Cuida tus palabras cuando hables con ella, *capisci?* —advirtió, mirándome a los ojos—. Esa chica hizo lo correcto hoy al defender a quien no podía hacerlo por sí misma. No puedes reprocharle nada de lo que ha ocurrido.

—Sí, hizo lo correcto, pero no puede resolver todos los problemas peleando.

—¿Y si no le dejan más opción que esa? —rebatí, suavizando la voz—. Piensa un poco, *il mio angelo*. Las cosas no siempre se resuelven como nosotros queremos, además... —Sacudió la cabeza con una suave sonrisa en los labios—. Todo lo que digas significa un mundo para ella, no la juzgues.

Entendía que la quisiera, yo también lo hacía, pero estaba tan equivocada.

—No pensaba regañarle, *nonna* —rodeé sus hombros con el brazo y besé su coronilla—, pero creo que te confundes de chica. Jen jamás escucha nada de lo que le digo o no se metería en tantos problemas, te lo aseguro.

Rio y me palmeó el pecho con afecto. Pero era el tipo de risa que te pone en guardia, ese que te hace fruncir el ceño porque da la impresión de que te estás perdiendo algo importante y que además está a la vista.

—Al final va a resultar que sí te pareces a tu padre más de lo que yo pensaba.

Depositó un suave beso en mi hombro y, con una astuta sonrisa en los labios tras haber soltado esas últimas palabras, se encaminó hacia la cocina tarareando alguna alegre melodía italiana. Completamente desconcertado, me quedé allí parado, observando durante largos segundos el lugar por el que aquella pequeña mujer había desaparecido instantes antes. Algo que tenía claro sobre mi abuela era que no solo podía manejar y enfrentar cualquier tipo de situación que probablemente haría retroceder a la mayoría de los que conocía, sino que no daba puntadas sin hilo. Todo lo que decía, cualquier cosa que hacía

siempre tenía un porqué. El modo en el que eso pudiera afectarnos al resto era otra cuestión completamente diferente, ella siempre caminaba sobre seguro y el hecho de que me hubiese comparado con mi padre... Yo lo amaba y respetaba, por supuesto, pero ella, por lo general, pasaba su tiempo buscando formas de martirizarlo, de modo que no sabía muy bien cómo tomarme aquello.

Sacudí la cabeza y decidí que era mejor no pensar demasiado en ello. Cuando salí al porche, efectivamente, allí estaba Jen sentada en uno de los escalones, acariciando con delicadeza la cabeza de su fiel Shadow, que en el momento en el que me escuchó, pasó de la relajación más absoluta a estar totalmente en guardia. Levanté las manos mientras me acercaba y él retrocedió poniendo espacio entre nosotros y dándome la oportunidad de sentarme junto a ella. Resultaba increíble que tuviese que pedirle permiso para sentarme en mi propio porche a un perro callejero, o más bien debería decir que el permiso lo pedía para acercarme a Jen. Sabía que no me atacaría, no a menos que él me considerase peligroso para ella de alguna forma y es que ese perro, lo quisiera ella reconocer o no, le pertenecía. Se trataba de algún cruce de pastor australiano con algo más y, hasta donde sabía, ellos sencillamente conectaron después de que ella lo cuidase y alimentase tras haber sido golpeado; desde ese momento se habían vuelto inseparables hasta el punto de que por increíble que parezca, ese maldito perro iba y venía a su antojo solo para estar con ella; demonios, incluso sabía llegar al instituto donde ella y Mia estudiaban.

—No sé cómo lo consigues —apunté, mientras el chucho y yo manteníamos un duelo de miradas—. Este perro no deja que nadie se le acerque, excepto tú. De hecho, no es solo que te tolere, es que te adora.

No quería apartar la mirada, pero lo hice cuando ella extendió la mano hacia él, lo cual supuse que me convertía en el perdedor de nuestra particular competición. Él me observó ladeando la cabeza con la lengua asomando por un lado y yo enarqué las cejas. Joder, si no fuese imposible, diría que el maldito perro estaba sonriendo.

—Supongo que nos entendemos —respondió con una sonrisa en la voz cuando él se le acercó—. Lo veo como es, no lo juzgo y lo respeto, siente mi cariño y sabe que no lo encerraré ni obligaré a hacer nada que no quiera.

La observé con atención, su perfil, pues aún no me miraba; había algo en su voz, en aquellas palabras y el modo en el que las dijo que inmediatamente me puso en alerta.

—¿Hablas de él o de ti? —Fui directamente al grano.

—Supongo que de ambos. —Me miró y se encogió de hombros antes de apartar la vista—. Solo que uno de nosotros es más afortunado que el otro.

Terminó en voz muy baja y supuse que lo había dicho más para sí misma

que para que yo lo escuchase. Había algo jodidamente mal con ella, no sabía qué, pero sin duda ocurría algo, dejando a un lado lo acaecido ese día en el instituto. La chica que estaba junto a mí no era la Jen a la que estaba acostumbrado. La que yo conocía, aunque reservada en muchos aspectos, también era vivaz, insolente, divertida y me retaba a la menor ocasión. Desprendía vida y fuerza por cada poro de su piel. Esta... esta chica estaba apagada, de alguna manera parecía vencida, esa es la mejor palabra que se me ocurre para describir lo que sentí al mirarla, al escucharla. Ser testigo de eso, el verla tan abatida, hizo que una indescriptible sensación de hundimiento se asentara en mi estómago. Sabía que debía proceder con cuidado pues, tal como he dicho, era muy reservada y si sentía que me entrometía demasiado, se cerraría en banda.

—¿Por qué el nombre de Shadow? —Aunque hacía varios meses ya, nunca se me ocurrió preguntarle antes. O puede que hubiese estado tan absorto en mi propio mundo que no me di cuenta de lo que sucedía a mi alrededor.

—Porque en cierto modo es como una sombra. —Me dirigió una pequeña sonrisa—. Puede que muchos lo miren en algún momento, pero pocos lo ven por lo que realmente es. No se paran a pensar el reflejo de qué son o qué se oculta detrás. Además —frotó entre sus manos el hocico del animal y acercó su nariz a él, juguetona—, es muy bueno escabulléndose y ocultándose entre las sombras. Supongo que le va perfecto, nada más.

A veces, cuando la escuchaba hablar, era como si se tratase de alguien con más edad, no la chica de quince años que se sentaba junto a mí; la mejor amiga de mi hermana, la misma que no paraba de hacer travesuras que me sacaban de mis casillas y que disfrutaba pasando tiempo en la cocina con mi *nonna* tanto como si te la hubieras llevado a un parque de atracciones. Siempre tuve claro que ambas eran muy maduras para su edad, el complemento perfecto la una para la otra por el distinto modo de enfrentar tanto la vida como los problemas. Mia era amor y razón, mientras que Jenna era fuerza y pasión. Solo que esta tenía que aprender a canalizarlo.

—¿No has pensado en quedártelo? —Hice un movimiento de cabeza para señalar al chucho que, aunque disfrutaba de las caricias de Jen, no me quitaba los ojos de encima. Azul y marrón, uno de cada color y ambos clavados en mí con una abrumadora intensidad.

Ella rio sin humor, aún sin mirarme.

—Creo que, al menos de momento, deberemos seguir con esta especie de acuerdo, solo unos años más y podrá vivir conmigo si eso es lo que quiere. —Sacudió la cabeza, apesadumbrada—. Además, él jamás lo permitiría.

—¿Te refieres a tu padre? —No respondió—. No es más que un perro, si

quieres puedo hablar con él y tratar de conv...

—¡No! —Se giró hacia mí con sus rasgados ojos bien abiertos—. No... no es necesario que... —dudó. Se aclaró la garganta. Se tocó el cabello—. No lo harás cambiar de opinión, así que es mejor que no te molestes.

Fruncí el ceño. Nunca la había visto tan nerviosa.

—Bueno, puedo hacer una caseta para que esté cómodo en vuestro jardín, si ese es el problema. Ni siquiera notará que está ahí y Shadow tendrá un lugar para descansar y estar cerca de ti.

No puedo describir la expresión de su rostro cuando me miró. Era... joder, era como si viera a alguien completamente diferente a mí. Su hermoso y joven rostro se iluminó casi como si estuviera viendo a alguna especie de héroe. Me sentí mal, abrumado.

—¿De verdad harías eso? —inquirió con una luz ahora completamente diferente.

—Por supuesto que sí, pequeña guerrera. —Sonreímos por el cariñoso apelativo con el que solía llamarla dada su faceta peleona.

En silencio, me observó durante varios segundos. Miraba mis ojos buscando algo, no sé muy bien qué, pero, por increíble que parezca, una niña de quince años consiguió intimidarme hasta el punto de que fui el primero en apartar la mirada. Ya tenía algo en común con su perro.

—Gracias —musitó. Encogió las piernas, miró hacia la lejanía y envolvió los brazos alrededor de las rodillas abrazándolas a su pecho—. Pero no me lo permitirá y tampoco quiero darle algo para usar contra mí.

Tardé un poco, pero finalmente sus palabras calaron mi embotada mente.

—¿Tienes problemas con tu padre? —Suspiró y vi cómo apretaba los labios. Abrió la boca como si se hubiera decidido a hablar, pero con las mismas volvió a cerrarla—. ¿Jen? ¿Tiene algo que ver con lo que ha ocurrido hoy?

—Oh, va a estar muy, pero que muy furioso por lo de hoy. —Se pasó la mano por la mejilla y rio sin una pizca de humor—. Créeme. Pero eso es lo de menos, ya estoy acostumbrada. —Miró al perro que, a su vez, no perdía detalle de su dueña—. No pienso ponerlo en su punto de mira sabiendo que lo usará para hacerme daño.

Me erguí.

—¿Por qué tu padre utilizaría a Shadow para hacerte daño? No tiene ningún sentido. Lo de hoy...—No quería que se sintiera mal ni que pareciera que le estaba echando la bronca, pero necesitaba decirlo—. Mia me contó lo ocurrido y, aunque es admirable que defendieses a esa chica, debes tener cuidado, Jen. Es increíble la facilidad que tienes para meterte en este tipo de situaciones.

Jamás imaginé que una mirada, una expresión, podría hacer que quisiera retractarme de mis palabras. Sí, sabía que llevaba razón, al menos desde mi punto de vista así era y, sin embargo, no fue hasta que me miró a los ojos que deseé poder retirar lo dicho.

Tardó varios segundos en responder meditando lo que quería compartir y debo decir que para nada esperaba lo siguiente que dijo.

—Yo no busco los problemas, Luke —comenzó con voz serena y mirándome a los ojos—. Tampoco me voy a justificar diciendo que los problemas me persiguen a mí, pero estoy muy familiarizada con la sensación de impotencia que viene cuando eres incapaz de defenderte. —Sacudió la cabeza e irguió los hombros—. Ya que no puedo ayudarme a mí misma, si veo que se están aprovechando de alguien, pelearé sin importarme las consecuencias que pueda acarrear, porque al menos le estaré enviando a esa persona el mensaje de que no está sola.

Creo que esa fue la primera vez que fui consciente de lo estúpidos que somos al subestimar a ciertas personas basándonos, por ejemplo, en su corta edad. De nuevo, una chica de quince años acababa de darme una auténtica lección de valentía. Aunque sabía cuánto le molestaba que se metieran con su ascendencia asiática —a pesar de que no era china, sino mitad japonesa—, ni siquiera le importó que la insultasen a ella, tampoco que la castigasen, no. Su única preocupación era la otra persona. No sé por qué me sorprendí tanto con aquella declaración, puesto que era más que consciente de que algunos de los problemas en los que se vio envuelta fueron el resultado de defender a mi propia hermana. Supongo que seguía viéndola como la pequeña niña rebosante de agallas a la que tiempo atrás conocí, hasta tal punto que me costaba darme cuenta de la mujer en la que poco a poco se estaba convirtiendo. Una cuyo coraje e integridad hacían de ella una persona temeraria, aunque no fuese esa su intención. Quería que entendiera que ni mucho menos mis palabras eran un reproche hacia sus acciones, más bien se trataba de mi preocupación por ella tomando el control. Sin embargo, había otra cuestión que debíamos abordar.

—Dices que no puedes ayudarte a ti misma. —Apretó los labios y dio un corto asentimiento—. ¿Alguien te está dando problemas? Porque si es así, sabes que puedes hablar conmigo, ¿verdad? Siempre voy a estar aquí para ti, eres como mi otra hermana pequeña.

Me observó en silencio.

—Tu hermana —repitió con un hilo de voz.

—Por supuesto que sí. —Choqué suavemente mi pierna contra la suya—. ¿Acaso lo dudabas?

Si bien momentos antes había mostrado la firme determinación que

quienes la conocíamos asociábamos con ella, fue solo cuestión de un latido que esta cambiase radicalmente para dejar paso a la misma aflicción que reflejaba su rostro cuando la encontré allí sentada minutos antes con la única compañía de su fiel mascota.

Sacudió la cabeza con suavidad y apartó la mirada, fijándola en algún punto lejano. Mientras, Shadow se acercó más a ella dando golpecitos con el hocico en su mano reclamando atención; yo decidí no insistir, además, de reojo pude ver que en un par de ocasiones abría la boca, como si estuviese dispuesta a hablar para poco después volver a cerrarla. Resoplaba, asentía o negaba con la cabeza mientras mantenía alguna conversación silenciosa consigo misma... y conociéndola como lo hacía, sabía que se estaba frustrando y que, por muchas ganas que pareciera tener de hablar conmigo, algo en el último segundo la hacía retroceder.

Y aquello, lejos de hacerme recular, no hacía más que alimentar mi curiosidad por saber qué demonios le ocurría.

Esa noche tenía una cita y me estaba quedando sin tiempo, pero estábamos hablando de Jen, de modo que esperaría allí sentado con ella cuanto fuese necesario hasta que se sintiera preparada para hablar conmigo. No sé cuánto tiempo pasó, supongo que solo unos pocos minutos, pero desde que la conocía, jamás la había visto tan nerviosa como en ese instante.

—Si te cuento algo, tienes que prometerme que no dirás una palabra a nadie.

Fruncí el ceño. No podía prometer algo cuando ya vaticinaba que no me iba a gustar lo que fuese que se estaba guardando.

—Si se trata de algo grave, no puedo hacer eso.

—Entonces no hay trato. —Se cruzó de brazos y volvió a clavar la vista en la calle.

—Jen...

—Si no me das tu palabra de que no repetirás nada de lo que hablemos, no puedo contártelo.

—¿Por qué? —Tenía que saber qué era eso que tanto temía si alguien más se enteraba de su secreto.

—Porque es probable que pierda todo lo que quiero si alguien más lo descubre —respondió con voz temblorosa, mirándome a los ojos—. Por eso.

El hombre que se preocupaba por ella quería hacerle esa promesa, pero el policía en potencia que habitaba en mí se revelaba contra dicha petición. Pero, demonios, quería descubrir qué era lo que tan preocupada, e incluso me atrevería a decir asustada, la tenía. Me odiaría si rompía mi silencio, pero primero necesitaba escuchar la historia, después tendría tiempo para valorar hasta qué

punto era necesario traicionar su confianza, incluso si lo hacía con buenas intenciones. Algo que ya sabía que a ella le importaría un carajo por más que se lo explicase.

—Muy bien, te escucho —accedí. Ella frunció el ceño y me miró con desconfianza.

—Quiero que lo digas, quiero que me des tu palabra de que no repetirás nada de lo que te cuente.

Era astuta la niña.

—Sí, sí, tienes mi palabra. —Hice un gesto con la mano, dándole paso—. Ahora desemb...

Shadow comenzó a gruñir y abandonó su posición junto a Jen, para colocarse justo delante de ella en actitud protectora.

—Mierda —maldijo por lo bajo.

Miré hacia la calle y vi el sedán de su padre junto a la acera. Vestido con traje, aunque sin corbata, el señor Gray se bajó del coche y tras abrir la verja, se encaminó hacia nosotros. Tenía la vista clavada en su hija y, a decir verdad, no se le veía muy feliz.

—Señor Gray —saludé tras un incómodo y tenso silencio—. No sabía que recogería a Jen, en realidad pensaba llevarla a casa yo mismo más tarde.

—Como puedes ver, eso no será necesario, Luke. —Apenas me miró de soslayo antes de fijar sus ojos azules en su hija—. Acabo de tener una interesante conversación con tu director.

Bueno, eso explicaba su poco amistosa expresión.

—Papá, escucha, no ha sido como ellos te han contado —explicó, mientras se ponía en pie.

—Recoge tus cosas —exigió con voz dura. Shadow se erizó y gruñó.

—Pero, papá...

—He dicho que recojas tus cosas. —Se adelantó un paso—. No pienso volver a repetírtelo, Jenna. —Ella no se movió—. ¡Ahora!

Joder, sabía que era su padre y, aunque no tenía ni idea de qué historia le habría contado el director del instituto, podía hacerme una idea de cómo había ido la conversación.

Jen palmeó la cabeza del perro para calmarlo, supuse, y, en silencio, entró en casa para hacer lo que le habían ordenado. Ninguno habló, él por sus propias razones y yo porque, ¿qué diablos se suponía que le tenía que decir?

Además, tenía más ganas de echarlo de mi casa que de hablar por el modo en el que se dirigió a ella.

Instantes después, cuando ella salió de la casa me levanté. No sé muy bien por qué, pero teniendo en cuenta el modo en el que llegó, no consideré que su

padre mereciese tal muestra de cortesía por mi parte. Su hija, sin embargo, era otra historia.

Fruncí el ceño y crucé los brazos ante el escueto gesto de despedida y la sonrisa temblorosa de Jen. Su padre, el muy cretino, no dijo ni una palabra, tan solo se dirigió hacia el coche a sabiendas de que su hija le seguiría tal y como él esperaba que hiciese. Shadow se movió junto a Jen y ella, al darse cuenta, se detuvo y se agachó para besar su cabeza.

—Quédate aquí, chico. —El perro lloriqueó—. No me pongas las cosas más difíciles, quédate con Luke.

Una vez este se hubo sentado, me dirigió una última mirada antes de encaminarse hacia el coche.

Me quedé allí de pie, observando lo poco que podía ver del perfil de Jen y percatándome de que ambos, con gesto sombrío, no pronunciaban ni una sola palabra. Al menos desde aquella distancia eso fue lo que pude ver, labios apretados y semblantes serios. Cuando el vehículo se puso en marcha, un extraño impulso —que aún a día de hoy no puedo explicar— me hizo moverme y dirigirme hasta la acera para ver cómo desaparecían en la distancia. Shadow, aunque apenas me toleraba en el mejor de los días, se movió conmigo y en el mismo instante en el que el coche giró la esquina y se perdió de vista, echó a correr sin darme tiempo a reaccionar.

—¡Shadow! —grité, pero me ignoró. Otra cosa más que al parecer tenía en común con su dueña.

Me crucé de brazos, me moví inquieto, me pasé la mano por el cabello... Estaba nervioso, intranquilo. Muchas preguntas quedaron sin respuestas aquella tarde, demasiadas señales de que algo andaba rematadamente mal con Jen y... joder, no lo sabía. No tenía ni puta idea de nada, solo sabía que no me gustaban absolutamente nada las sensaciones que me invadían en aquel instante.

Sí, era consciente de que era su propio padre con el que acababa de marcharse y de que yo solo era el hermano de su mejor amiga.

Entonces, ¿por qué sentía que no debería haberlo permitido?

Capítulo Cuatro

Luke, veinticuatro años...

—¿Qué ocurre, *piccola*?

Mia no paraba de dar vueltas por la cocina, mirando continuamente la pantalla de su teléfono móvil. Estaba inquieta, preocupada. Cuando me miró, abrió la boca y volvió a cerrarla varias veces. Vi su indecisión, el temor a hablar, lo cual solo hizo que me preocupase aún más.

»¿Qué? —Me acerqué hasta ella y puse las manos en sus hombros mientras me agachaba ligeramente para que nuestros ojos conectasen—. Sabes que puedes hablar conmigo de lo que sea, siempre estoy aquí para ti.

Se mantuvo en silencio varios segundos, solo mirándome, hasta que, con un suspiro derrotado, comenzó a hablar.

—Se trata de Jen. —Fruñí el ceño y asentí para que continuase. Farfulló algo ininteligible antes de hablar—. Es que... Me va a matar. —Dio un paso atrás y se cruzó de brazos.

—Mia, me estás poniendo de los nervios, ¿qué demonios le ocurre a Jen?

—Ella... —Suspiró—. Ella lleva dos días sin aparecer por clase, no he tenido noticias suyas y estoy realmente preocupada, Luke.

—Puede que esté enferma.

«Gilipolleces», me gritó mi instinto.

—Ni siquiera responde al teléfono, lo tiene apagado. —Sacudió la cabeza—. Tampoco ha contestado a los mensajes. Ni uno solo en dos días. No sé nada desde que se marchó el domingo de aquí.

En ese momento, papá entró en la cocina y poco después lo hizo mi abuela. En el instante en el que percibieron la tensión en el ambiente, ambos se pusieron en marcha.

—¿Qué está pasando? —inquirió mi padre. Tenía el ceño fruncido mientras miraba entre mi hermana y yo.

Pasamos a explicarle lo que me había dicho Mia y, aunque resultaba extraño tratándose de Jen, adujo lo mismo que yo momentos antes acerca de que pudiera estar enferma. Los ojos de mi hermana se aguaron y el policía que había en mí se puso en alerta.

—¿Qué no nos estás contando?

Miró entre papá y yo antes de responder, pero la preocupación derribó las reservas que pudiese tener.

—Temo que su padre le haya hecho daño. —A pesar de que su voz fue poco más que un susurro, consiguió que el frío descendiera sobre la habitación y que, durante algunos segundos, se hiciese el silencio.

—¿Su padre? —preguntó el mío, con el ceño fruncido.

—Creo que la golpea —aclaró ella. Sacudió la cabeza—. No, sé que la golpea, pero pensaba que las cosas estaban mejor, hacía tiempo que no...

Mi abuela se acercó y rodeó sus hombros con uno de sus brazos mientras por la mejilla de mi hermana resbalaba una sola lágrima.

—Termina, *bambina*.

—Sabéis cómo es Jen. —Me miró directamente—. Ella preferiría soportar cualquier cosa antes de que la gente supiera lo que ocurre. Ni siquiera es algo que hayamos hablado —explicó levantando la voz con evidente molestia—. Simplemente lo sé, ¿de acuerdo? He visto las marcas y también cómo había días en los que se encogía por el solo hecho de tener que caminar.

Joder, ¿cómo no lo había visto? ¿Cómo era posible que ninguno de nosotros se hubiera percatado de lo que estaba ocurriendo? Ella era familia, maldita sea. Deberíamos habernos dado cuenta.

—¿Por qué coño no has dicho nada antes? —Estaba furioso, joder.

—¡Luke! —Mi abuela, el fiel amortiguador.

Miré a mi padre.

—Tenemos que ir a su casa —sentencié.

—Soy policía, tengo que dar aviso de lo que está ocurriendo.

—Si haces eso y solo se trata de una falsa alarma, empeorarás las cosas y no podrás demostrar nada.

—Las cosas no se hacen así, Luke —espetó, tan molesto y preocupado como me sentía yo—. Hay un procedimiento a seguir en estos casos, hay un...

—¡Me importa una mierda el procedimiento! —Me palmeé el bolsillo, asegurándome de tener las llaves de mi coche ahí—. Contigo o sin ti, voy a asegurarme de que Jen se encuentra bien. No pienso sentarme a esperar y joder más las cosas.

Vi la tormenta en sus ojos, la lucha que se libraba en su interior, debatiéndose entre su deber como agente de la ley y el amor que sentía por

aquella chica a la que quería como una hija.

—Muy bien, vamos —asintió. Por fin.

—Voy con vosotros. —Mi hermana nos seguía por el pasillo. Ni siquiera me detuve, solo le respondí por encima del hombro mientras abría la puerta de casa.

—Tú te quedas —sentencié.

—¡He dicho que voy con vosotros! —Me giré para encararla, pero hablé antes de que ni una sola palabra saliera de mis labios—. Es mi mejor amiga y, si tengo razón, va a necesitar que esté ahí para ella por mucho que se niegue a admitirlo o por muy molesta que esté por habérselo contado.

Poca discusión más al respecto. Mi padre no opuso mucha resistencia e, incluso si lo hubiera hecho, mi hermana habría acabado por conseguir lo que quería.

Desde que Mia nos habló de sus sospechas y de la realidad de la vida de Jen, un profundo sentimiento de aprensión se había instalado en mi estómago. Me sentía como un mierda por no haber reparado en su ausencia durante esos días en casa, desde luego no era normal no encontrarla por allí revoloteando. Durante el trayecto pretendí justificarme interiormente aduciendo que desde que estaba tan inmerso con la academia de policía era normal no reparar en según qué detalles, sin embargo, aquello no me hacía sentir mejor.

Nos bajamos del coche y conseguimos convencer a mi hermana para que esperase ahí subida hasta que averiguásemos qué estaba sucediendo exactamente. Aunque mi padre y yo pretendimos actuar como si todo aquello fuese alguna falsa alarma, la verdad era que ambos estábamos mentalizándonos para enfrentar el peor de los escenarios, conscientes de que mi hermana no traicionaría la confianza de su mejor amiga por nada a menos que lo considerase lo suficientemente grave. Cuando el señor Gray abrió la puerta apenas si le di una mirada, escuché el profundo retumbar de la voz de mi padre, las escuetas respuestas del otro, pero lo que atrapó mi atención fue la hermosa chica que, sin que nadie más que yo fuese consciente de ello, se había deslizado de forma silenciosa por las escaleras, quedando así a la espalda de su padre. Apreté los dientes cuando vi su rostro golpeado. Ese cabrón le había pegado. Tenía el labio hinchado y partido, y un oscuro moretón en el pómulos izquierdo. La miré y luché conmigo mismo por no entrar ahí y sacarla de ese jodido lugar en el que, ahora no tenía la menor duda, no la trataban como ella merecía. Nadie merecía eso, menos, cuando era tu propio padre quien te lo hacía.

—Jen, ¿estás bien, cariño? —Mi padre había reparado en su silenciosa presencia e ignoró al otro cabrón. Ella se limitó a asentir aún con la mirada clavada en mí—. Bien, prepara una bolsa con lo que necesites, te vienes con

nosotros.

La autoridad en su voz no daba lugar a discusiones, sin embargo, la hubo. Por supuesto que sí.

—Ella no va a ninguna parte —escupió el señor Gray, encarándose con mi padre.

Joder, quería golpearlo. Miré a ese imbécil y después dirigí la vista hacia Jen, que lucía más insegura de lo que jamás la había visto; le di un firme asentimiento para que hiciese lo que mi padre le había dicho. Obedeció sin una palabra y desapareció escaleras arriba. La disputa continuó, más intensa con cada segundo que pasaba, y por más que deseaba intervenir, dejé que mi padre manejase la situación. Poco después, ella regresó cargando su mochila y un bolso de deporte. Cuando se disponía a salir de la casa, su padre la agarró con fuerza del brazo y la retuvo.

»He dicho que tú no te mueves de aquí. —De un tirón, la acercó a él, sus narices casi rozándose; cerniéndose sobre ella haciendo alarde de superioridad. Oh, joder, no—. Eres mi hija y harás lo que yo te diga.

Di un paso adelante dispuesto a golpearlo, a lo que fuese necesario para apartar sus jodidas manos de ella, pero en un borrón de movimiento del que apenas fui consciente, mi padre ya lo sujetaba por el frente de la camisa y lo empujó con fuerza hasta que su espalda golpeó con un ruido seco la pared a la izquierda. Sin pensarlo, cogí la mano de Jen, entrelazando nuestros dedos, y la coloqué a mi espalda. Escuché la puerta del coche, lancé una mirada sobre mi hombro a Mia y sacudí la cabeza, se detuvo en el acto observando la escena con los ojos bien abiertos.

—Vete con mi hermana y esperad en el coche —ordené, aunque intenté suavizar el tono. No necesitaba más mierda, ya había tenido suficiente de eso.

—No —replicó con voz firme. De inmediato me giré hacia ella—. Me quedo contigo.

Joder.

—Jen... —advertí. No era el mejor momento para retarme.

—Es mi vida de lo que están hablando, así que me quedo.

Y ahí estaba la chica que tan bien conocía.

Por más que me frustrase, tenía que admirar la fuerza y determinación de las que hacía gala cuando otras chicas habrían huido despavoridas a la menor oportunidad. Cuando miré sus ojos, supe que lo decía en serio y que el único modo de conseguir que se metiera en el coche sería si yo mismo la cargaba hasta allí. Acaricié con el pulgar el lugar en su pómulo donde estaba grabado el tormento al que ese hijo de puta la había sometido; aspiró una bocanada de aire y aparté la mano pensando que la había dañado, pero me sujetó la muñeca y volvió

a acercarla a su mejilla.

—No... —musitó justo antes de cerrar los ojos—. Por favor.

El tono con el que lo pidió, cómo se acercó más a mí hasta que quedamos a escasos centímetros y el modo en el que pareció estremecerse cuando nuestra piel volvió a estar en contacto me hizo fruncir el ceño, confundido. El sonido ahogado de las voces masculinas me devolvió al presente, al problema que teníamos entre manos.

—¿Te atreves a tratar así a tu hija ante mis propias narices? ¿Delante de un policía? —gruñó mi padre furioso. Apretó el agarre en su camisa y lo golpeó de nuevo contra la pared—. ¿Después de lo que le has hecho? Me das asco —escupió y jamás lo había visto tan fuera de sí—. No eres más que un cobarde hijo de puta.

Volví a colocar a Jen a mi espalda mientras los encaraba, pero ni dos segundos pasaron antes de que se colocase junto a mí. Buscó mi mano y entrelazó nuestros dedos tal como yo hice cuando la saqué de esa casa. Si necesitaba eso para sentirse segura, sin duda no se lo negaría. Jamás.

—Quítame las manos de encima —dijo el señor Gray. Mi padre profirió un gruñido por respuesta—. ¿Tengo que recordarte que eres policía, Sullivan? —Hijo de perra...—. No puedes venir así a mi casa, no puedes golpearme sin una buena razón, aún menos estando fuera de servicio —prosiguió con voz venenosa—. Aquí no ha ocurrido absolutamente nada que requiera de tu presencia, Jen... —La miró burlón—. Bueno, la chica es un poco torpe y se cayó el otro día por las escaleras, ¿verdad, cariño?

Aunque irguió los hombros, no me perdí el modo en el que su cuerpo se estremeció. Apretó los labios, negándose a responder esa mierda que todos sabíamos que no era más que una puta mentira, y le mantuvo la mirada. En silencio, pero firme.

—Ni siquiera la mires —amenacé, colocándome delante de Jen para romper el contacto visual entre ellos.

—¿Qué es esto, Sullivan? ¿Necesitabas traer respaldo para amenazarme? —Ladeó la cabeza y me observó ladino—. Aún no eres policía, ¿cierto, chico?

—¿Amenazarte? —escupió mi padre. De un empujón, soltó el agarre que tenía sobre él y lo apuntó con un dedo—. Ni siquiera he empezado. Cuando lo haga, créeme: lo sabrás. Como bien dices, soy policía, conozco gente, algunos buenos y otros no tanto. —Sonrió de una forma que hizo que incluso mi sangre se helara—. Cosas desafortunadas ocurren cada día a las buenas personas, no hablemos ya de los mierdas como tú. —Señaló a Jen, aunque no apartó la mirada del otro tipo—. Si vuelves a tocar un solo cabello de su cabeza, si me entero de que la has dañado de cualquier forma, no habrá placa ni ley ni Dios que me

impida venir a por ti y destrozarte.

La piel del señor Gray se había vuelto pálida. Un tenso silencio se instaló entre los cuatro. Cuando miré a Jen, vi que tenía los labios apretados y contenía las lágrimas observando a mi padre con lo que solo podría describir como amor. Admiración. Gratitud.

—Jen se viene con nosotros —sentenció, sin un ápice de duda—. No se te ocurra hacer ninguna estupidez ni intentes joderme, ¿estamos claros, George? — Cuando el otro se limitó a asentir, miró a Jen y suavizó la mirada—. ¿Estás bien con eso, cariño?

Tardó unos segundos en responder, no porque tuviese dudas, estoy seguro, sino porque creo que era incapaz de articular palabra alguna.

—Claro, señor Sullivan. —Intentó sonreír, pero hizo una mueca y con la mano que tenía libre se tocó el labio. De repente, se llevó la mano al pecho, se soltó de mi agarre e hizo amago de salir corriendo para bordear la casa por el jardín. Se detuvo y se sujetó el costado.

—¿Qué ocurre? —De inmediato estuve a su lado, preocupado por el gesto de dolor que contraía su rostro.

—No es nada —jadeó e intentó marcharse, pero la retuve.

—¡No me digas que no es nada, Jen! —La preocupación hizo que mi voz sonase más dura de lo normal—. Estás dolorida y no me...

—Shadow —explicó. Fruncí el ceño y señaló con la cabeza en dirección a la parte trasera de la casa—. Shadow está ahí, tengo que cogerlo.

Joder.

—Muy bien, quédate aquí. Yo iré a por él.

No le di tiempo a replicar nada. De hecho, había estado tan inmerso en todo lo demás, que no fue hasta ese momento que escuché los gruñidos y gemidos del animal. Lo que me encontré solo hizo que mis ganas de golpear a ese cabrón aumentasen. El perro estaba atado a un árbol, cojeaba de una de sus patas traseras y se encontraba visiblemente demacrado. Estaba rodeado de heces y el calor hacía que el olor en aquella zona fuese casi insoportable. Al principio gruñó cuando me acerqué, pero Jen, intuyendo su comportamiento dada la conexión que tenían, comenzó a hablarle en voz alta diciendo que todo estaba bien y pronto eran gemidos lo único que emitía el animal en su necesidad de llegar hasta ella. Cuando lo desaté, no importó qué tan dañado o dolorido estuviera, salió despavorido en busca de su dueña.

Al regresar con Shadow mi padre enarcó las cejas, pero no hizo mención alguna al respecto; ya lo conocía más que bien puesto que pasaba en nuestra casa casi tanto tiempo como Jen.

Sin una segunda mirada, nos dirigimos hacia el coche donde nos esperaba

una inquieta Mia que de inmediato se acercó para abrazar y ayudar a su amiga. Entonces, la voz de ese imbécil que no merecía llamarse padre hizo que el mío y yo nos detuviésemos.

—No puedes hacer esto, Sullivan —escupió ahora envalentonado dada la distancia que nos separaba—. No puedes llevártela y pretender que me quede de brazos cruzados. Es mía.

Mi padre se giró, pero lo retuve con una mano en su pecho. Estaba hasta las pelotas. Y furioso.

Joder, me hervía la sangre en las venas.

—Tienes razón en una cosa —hablé con una calma que rivalizaba directamente con el modo en el que me sentía.

—¿No me digas? —Me miró con desdén, como si no mereciera un segundo de su tiempo.

—Mi padre es policía y se debe a su placa —acorté la distancia entre nosotros—. Pero yo no, hijo de puta.

Ni siquiera lo vio venir.

Con toda la fuerza que logré reunir, le di un puñetazo en su maldita cara. Tal fue el golpe, que lo tumbé y quedó desmadejado sobre el césped con un patético gemido lastimero. Quería más, necesitaba más. Deseaba dar salida a toda la furia contenida que tenía cada terminación nerviosa de mi cuerpo en alerta máxima. Quería hacerle ver lo que suponía enfrentarse con alguien de su tamaño y en igualdad de condiciones, no con una chica de apenas dieciséis años.

»Si vuelves a tocarla de cualquier forma... —me acuclillé ante él, que se frotaba el mentón y me miraba con odio—, te arrancaré las pelotas. ¿Me has entendido? Yo no soy mi padre. Este es el único aviso que tendrás, pedazo de mierda.

Sin más, volví hacia el coche donde me esperaban el resto, todos excepto Jen, que permanecía de pie, con la puerta abierta y mirándome con un extraño brillo en los ojos. Me acerqué a ella, le acaricié con cuidado la mejilla y, aunque me costó destensarme, le sonreí.

—Vámonos a casa, pequeña guerrera.

Transcurrieron largos segundos en silencio en los que solo me miró. Reconozco que me sentí inquieto, puesto que nunca, jamás en toda mi vida, nadie me había mirado como ella lo hacía en ese momento. No hablé, no emití sonido alguno, solo asintió antes de entrar y sentarse junto a mi hermana en el asiento trasero con su fiel Shadow al otro lado.

El viaje transcurrió en un tenso silencio. Sabía que mi padre estaba contemplando las diferentes opciones y vías de actuación, siempre, por supuesto, pensando en lo mejor para Jen. Cuando llegamos a casa la cosa no mejoró, y

menos cuando vimos el alcance de sus lesiones y ella nos habló de los años que llevaba sufriendo malos tratos por parte de ese cabrón. Los mismos que hacía que su madre los había abandonado, dejándola sola con ese animal y convirtiéndola en su nuevo objetivo ahora que no tenía a otra persona con la que desquitarse. Ahí entendí mejor el rencor que ella sentía hacia su madre, no solo la había abandonado sin una sola palabra o explicación, sino que lo hizo siendo consciente del infierno en el que la estaba dejando. También la odié por ello esa noche.

—Debemos ir al hospital —declaró mi madre, mientras palpaba con sumo cuidado el costado de Jen—. Podrías tener alguna costilla fracturada.

—¡No! —Sacudió la cabeza con vehemencia y dio un paso atrás—. No hay nada roto, lo sé. Pero no podemos ir al hospital.

—Jen, eso debería decirlo un médico —intenté razonar y me acerqué un paso hacia ella—. Podría haber más daño de lo que crees. Además, así daremos parte de lo que te ha estado haciendo. Tiene que quedar constancia d...

Me detuve cuando sacudió la cabeza con sus oscuros y rasgados ojos anegados de lágrimas, pese a que no se permitió derramar ni una sola. Podría estar equivocado, pero juraría que era decepción y dolor lo que reflejaba su rostro mientras me miraba. Miré a mis padres, a mi *nonna*, en busca de ayuda y lo que vi en sus rostros mientras la miraban solo consiguió tensarme más. Aceptación. Pero aceptaban ¿qué? ¿Acaso no pensaban denunciar a ese malnacido?

—Señores Sullivan... —Se alejó de mí y miró entre ellos, retorciéndose las manos con nerviosismo—. Señora Moretti, por favor... *por favor*, no lo hagan. No me obliguen a hacer eso, *por favor*.

Me mató escucharla rogar de ese modo, pero era lo mejor. Tenía que hacerse. Miré a mi padre.

—Jen, cariño...

—Sabe lo que pasará si damos parte —interrumpió a mi padre.

—Lo sé.

—No puedo hacerlo —se opuso—. No lo haré, lo siento.

—*Bambina*, no tienes que disculparte. —Mi abuela se veía completamente desgarrada por la situación. Mia, apoyada en una pared lejana, observaba la escena con silenciosas lágrimas recorriendo sus mejillas.

—Jen, hay que informar, es lo mejor para ti. —Mi padre no se veía mucho mejor.

—Puede que crean que es lo correcto, pero seguro que eso no será lo mejor para mí. —Volvió a negar mirando a mi padre—. Lo siento, pero... pero, si hacen eso, lo negaré todo.

—Jenna... —Mi hermana dio un paso adelante.

—¿Te has vuelto loca? —espeté ya desesperado porque no viera la gravedad de la situación. Joder, ella más que nadie debería querer que pagara por el daño que le había hecho—. No vamos a dejar esto así, Jen. Denunciaremos y contarás la verdad.

Mi sentencia solo pareció encenderla y sacar a relucir ese carácter del que tan a menudo hacía gala.

—No, no lo haré y tú no podrás obligarme.

Joder.

—¡¿Por qué?! —levanté la voz, encolerizado—. ¡¿Por qué coño querías seguir viviendo así?!

—¡Porque si lo denuncio me apartarán de lo que más quiero! —gritó mirándome a los ojos. No se escuchaba ni un solo sonido en la sala, nada, excepto nuestras respiraciones aceleradas—. Servicios sociales se hará cargo y me llevarán. Así que no, no pienso denunciarlo.

—Buscaremos una solución —expuso mi abuela.

—¿Qué? —No podía creer lo que escuchaba—. ¿Papá? Dime que ni siquiera lo estás considerando.

—Señor Sullivan...

—Maldita sea... —Se frotó el rostro con fuerza—. Dejadme pensar un poco.

Mamá se acercó a él y puso la mano en su hombro en señal de apoyo mientras le hablaba en voz baja con los labios cerca de su oreja. Miré a Jen, furioso y frustrado porque me sentía impotente, nada de lo que allí sucediera o se decidiera dependía de mí. Mi palabra y opinión no valían un maldito carajo.

—No puedes pretender volver allí y que no hagamos nada. —Al principio no me miró, pero mis siguientes palabras hicieron que se girase para encararme—. No podemos mirar hacia otro lado sabiendo lo que está ocurriendo... lo que te ha hecho.

—Llevas mucho tiempo mirándome sin verme realmente. —Bajó la voz—. Así que supongo que puedes seguir en tu línea, Luke.

—¿De qué demonios estás hablando?

—De nada.

Giró para darme la espalda, pero la retuve sujetándola por el brazo con suavidad.

—Explícate.

Me miró a los ojos, buscando algo o quizás decidiendo qué palabras utilizar.

—Nunca has sido capaz de verme, eso es lo que te estoy diciendo. —

Sacudió la cabeza con suavidad—. Lo de esta noche lo demuestra.

Los remordimientos volvieron a aparecer con toda su fuerza y me sentí como un mierda.

—Lamento muchísimo no haberme dado cuenta de lo que sucedía. —Posé las manos en sus hombros y no aparté la mirada queriendo que viese la sinceridad de todo cuanto le decía—. De haber imaginado antes lo que tu padr...

—Sigues sin entenderlo. —Dio un paso atrás y sonrió con tristeza—. No me refiero a él, sino a ti.

—¿Qué? —Fruncí el ceño, sintiéndome estúpido y perdido—. Pues dime qué es l...

—Muy bien. —Mi padre me interrumpió y, pasados unos segundos, Jen apartó la mirada y se giró hacia ellos, expectante ante lo que tuviese que decir—. Esto es lo que vamos a hacer. —La miró—. Te quedarás aquí, con nosotros. Luke pronto se incorpora al cuerpo y ya ha conseguido su propio apartamento, de modo que puedes quedarte en su habitación, estoy seguro de que no le importará.

—Yo... yo no quiero ser una carga. —Se retorció las manos mirando entre mis padres y mi abuela—. Además, ¿qué pasará con mi padre?

—Eres parte de esta familia, niña. —Mi *nonna* se acercó y rodeó sus hombros con el brazo, estrechándola contra su costado con cariño—. Jamás podrías ser una carga, no digas eso.

Jen sonrió temblorosa y la abrazó, escondiendo el rostro en el hueco de su cuello; Mia no tardó en acercarse y unirse al abrazo. Ellas tres tenían una conexión de las que raras veces se encuentran, se complementaban a la perfección y era algo raro y maravilloso que ver, incluso si algunas veces daban miedo, especialmente al sexo opuesto.

Joder, todo aquello me estaba matando.

—No te preocupes por ese... —Mamá se aclaró la garganta y le dio un codazo en el costado. Él la miró de reojo y rectificó—. Por tu padre. Esperaré un par de días y le haré otra visita. No nos dará problemas y no volverá a ponerte una mano encima si sabe lo que le conviene.

—No dará parte, ¿verdad? —Jen levantó el rostro y lo miró, aún insegura de su porvenir.

—Por supuesto que no lo hará —atajó mi abuela con una seguridad aplastante. Mi padre la fulminó con la mirada antes de hablar.

—No, de momento no lo haremos —explicó, suavizando la expresión cuando miró a Jen—. Es la única forma de mantener fuera de esto a los servicios sociales. Dentro de nuestras posibilidades, evitaremos que se involucren.

—Oh, Dios... —sollozó ella sin poder contenerse más. Se lanzó hacia él y

mi madre se apartó del camino cuando lo abrazó con fuerza—. Gracias... muchísimas gracias por todo lo que están haciendo por mí. No sé cómo pagarles esto.

—Solo tienes que ser feliz y vivir, niña —murmuró mi padre, visiblemente emocionado mientras le devolvía el abrazo—. Eso es todo lo que queremos para ti.

—Joder... no me lo puedo creer —murmuré por lo bajo. Les dediqué una última mirada y solo vi el rostro herido de Jen cuando abandoné la estancia como un vendaval.

Escuché a mi *nonna* llamarme, también a mi madre, pero las ignoré antes de cerrar con fuerza la puerta de entrada tras de mí.

No me molestaba que Jen se quedase en nuestra casa, en mi habitación, no. Lo que realmente me tenía furioso más allá de las palabras era que pretendiesen que me quedase de brazos cruzados después de averiguar lo que ese mierda le estuvo haciendo a su propia hija durante años, todo delante de nuestras narices, aunque fuésemos unos ciegos que solo alcanzaban a ver a la chica fuerte y decidida que siempre se empeñaba en mostrar. La entendía cuando decía que no quería que se la llevasen los servicios sociales, joder, yo tampoco quería eso para ella. Ni para nosotros, puesto que era parte de nuestra familia. Precisamente por eso no pensaba quedarme quieto, siempre las había protegido a ella y a Mia en la medida de lo posible, aunque no fuesen conscientes de ello la mitad de las veces. Mantener alejados a matones, alborotadores y chicos deseosos de sacar la polla de los pantalones fue relativamente fácil. Esto... esto era más, muchísimo más; aún me faltaban unas semanas para ingresar en el cuerpo de policía como un agente de pleno derecho y, aunque aquello me podía acarrear problemas, me importaba una mierda.

Jen obtendría un resarcimiento por todo lo vivido, incluso si ella jamás llegaba a saberlo.

Capítulo Cinco

Dieciséis años...

Por primera vez en mucho tiempo, la vida iba bien.

Más o menos.

No estoy segura de lo que el señor Sullivan le dijo a mi padre, qué palabras o amenazas usó para convencerlo de que me dejase en paz, pero lo hizo. Cuando se lo pregunté se limitó a sacudir la cabeza, darme un torpe abrazo y decirme que era mejor para mí no conocer los detalles, que estaba en casa.

Casa.

Aunque no fuesen mi familia, o al menos no lo que por lo general se entendía como tal, yo los sentía así. Amaba estar allí, los amaba a ellos y jamás, en ningún momento, me hicieron sentir que aquellos sentimientos no fuesen recíprocos.

Se acabó el andar de puntillas, el encerrarme en mi habitación a limpiar lo que ya estaba limpio, a desordenar solo para poder recolocar todo de nuevo y así sentir que tenía el control sobre algo, por pequeño y estúpido que aquello pudiese parecer. Ahora volvía a una casa en compañía de la que yo consideraba a todas luces como mi hermana; a un lugar en el que no había golpes ni gritos ni furiosos insultos susurrados por el simple hecho de existir. Un lugar en el que ocultaba una sonrisa siempre que la señora Moretti sacaba de sus casillas al señor Sullivan con aquel temple y gracia que la caracterizaban; un lugar en el que la señora Sullivan flotaba en su propio mundo, siempre dulce, sonriente y cavilando, siempre creando, siempre viendo algo más que al resto se nos escapaba. Un hogar en el que recibía lecciones de cocina, gruñidos incoherentes del cabeza de familia cuando nos reíamos de su frustración por no entender los insultos en italiano, horas de risas y confesiones con mi mejor amiga hasta bien entrada la madrugada y también alguna de las creaciones de la señora Sullivan que ahora adornaban mi cuello o muñecas.

Sí, todo marchaba bien.

Sin embargo, me faltaba algo.

Luke.

Desde que se marchó unas semanas atrás, sentía un vacío en mi interior que nada más podía llenar por más colmada de cariño que me sintiera. Después de su furioso arrebato aquella noche, no fue hasta la mañana siguiente que volví a verlo; no supe dónde había dormido, solo importaba que estaba en casa, *su casa*; también que nuestro tiempo era limitado puesto que él ya tenía su propio apartamento y, de hecho, casi todas sus cosas faltaban de la habitación que ahora yo misma ocupaba. Sabía que seguiría viéndolo, no tanto como antes, pero si por algo se caracterizaba esa familia era por los fuertes lazos que los unían; la nota positiva de todo el asunto era que al menos me ahorraría el tener que verlo salir a citas con otras chicas. No era que normalmente llevase a alguna de ellas a casa, pero sí lo veía a él prepararse para esas noches de conocerse, de sonrisas, de primeras veces, de manos entrelazadas y sonrisas cómplices, y todo sabiendo que no podía hacer nada. Nada en absoluto. Nada, aparte de sentarme como una silenciosa y contrariada espectadora que sentía que jamás le llegaría el turno de ser la protagonista. Al menos no con quien ella deseaba. Lo único bueno de tener que regresar a mi casa después de haber pasado la tarde o el fin de semana en el hogar Sullivan era el rato que conseguía a solas con Luke en el coche. Por más que rezaba, nunca se alargaba el tiempo, siempre pasaba demasiado rápido, los minutos volaban como si fueran segundos; porque todo siempre me sabía a poco en lo que se refería a él. Y, además, ahora ya ni siquiera contaba con esos minutos robados en el coche puesto que vivía con sus padres.

Quizás por eso, cuando aquella mañana lo vi afeitado con algo a través de la ventana de la cocina, logré reunir la determinación suficiente para hacer lo que había pospuesto durante demasiado tiempo. Observando su ancha espalda, el trasero y fuertes piernas revestidas de *jeans* y los músculos de sus brazos ondularse cuando pasó la mano por su demasiado corto cabello castaño, me dije que no más. Jamás fui alguien que se conformase y ahora que todo había salido a la luz, me convencí de que no esperaba ni un segundo más porque justo eso, la espera, fue lo que me llevó a soportar más de lo debido a manos de mi padre.

—*Bambina*, ¿todo bien?

Salté con el sonido de la voz de la señora Moretti. Me observaba con la cabeza ladeada y una pícara sonrisa en los labios. Fruncí el ceño, ¿por qué demonios me miraba así?

—Sí, por supuesto —respondí antes de volver a mirar por la ventana al objeto de mis sueños.

Transcurrieron varios segundos en silencio mientras yo volví a lo que

mejor sabía hacer y ella no me quitaba la vista de encima. Decidimos que, para evitar preguntas y sospechas, lo mejor sería dejar pasar esa semana sin ir a clases hasta que las marcas de mi rostro disminuyeran. No obstante, me levantaba cada mañana para desayunar con la familia, era algo aprehendido pese a lo dormilona que era, puesto que me acarreó más de un golpe el simple hecho de remolonear en la cama. Demasiado pronto aprendí que si él estaba levantado, yo también. Sin discusión. Eso me llevó a convertirme en una madrugadora de manual, y nada más despuntar el alba ya estaba saltando de la cama, ni siquiera daba tiempo a que el despertador sonara.

Tan perdida estaba en mis recuerdos y en la magnífica visión ante mí que al principio no me di cuenta... Fruncí el ceño y acerqué más el rostro a la ventana. ¿Qué...?

La señora Moretti me habló, qué fue lo que dijo no tengo ni la menor idea y aunque me sentí mal por ello más tarde, en el momento tampoco me importó. Yo solo podía mirar fijamente al hombre frente a mí, a los tableros de madera, el modo en el que se ondulaban sus músculos mientras unía, ensamblaba y golpeaba con el martillo; a pesar de que era temprano en la mañana, ya podía vislumbrar incluso desde aquella distancia una pátina de sudor que hacía brillar su magnífica y fuerte espalda.

En silencio, como si en un trance me encontrase, salí al porche. La puerta mosquitera golpeó tras de mí al cerrarse, pero apenas si la escuché, solo caminé. Un pie delante del otro, un paso más cerca, otro, otro más... Me detuve y Shadow, que hasta el momento había permanecido sentado y muy atento a lo que allí ocurría, se acercó hasta colocarse prácticamente pegado a mis piernas; me dio un ligero toque en la mano con su húmedo hocico demandando atención y, una vez más en piloto automático, hice lo que se esperaba.

Él sabía que no estaba solo, o eso supuse, puesto que debería haber escuchado el sonido de la puerta momentos antes, pero no se giró a mirarme. Cuando hablé, tras deshacerme del *shock* inicial por lo que mis ojos estaban viendo, mi voz sonó tan ronca como la grava debido a la emoción que me obstruía la garganta.

—¿Qué...? —Lo intenté de nuevo—. Luke, ¿qué estás haciendo?

Se giró para encararme y, cuando los materiales con los que trabajaba quedaron ocultos tras él, tuve que obligarme a arrancar la mirada de su muy tonificado y delicioso estómago y mirarlo a los ojos, a esos preciosos orbes de jade en los que relucían pequeñas motitas doradas debido a la luz del sol. Tomó una respiración profunda y se pasó el antebrazo por la frente para deshacerse de unas gotas de sudor que resbalaban por su piel.

—Esta es mi forma de decirte que lo siento —explicó con su profunda voz

—. Sé que no lo compensa, pero supongo que es un comienzo.

No entendía nada.

—Tu forma de compensarme —repetí como una auténtica lerda y sacudí la cabeza—. Lo siento, pero no te sigo.

Pasaron segundos durante los cuales nuestros ojos quedaron anclados, lamenté la pérdida cuando por una minúscula fracción rompió el contacto antes de retomarlos con la determinación reflejada en su apuesto rostro.

—Estoy intentando por todos los medios llegar a un acuerdo con el hecho de que te hemos fallado durante demasiado tiempo. —Sacudió la cabeza y vi un músculo palpar en su mandíbula—. Yo te he fallado —rectificó. Abrí la boca para hablar, pero se me adelantó—. No entiendo cómo demonios pasamos por alto todas las señales y estoy furioso. Conmigo por no verlo, con Mia por no hablarme antes de sus sospechas y... contigo, por no confiar en mí, en que haría cualquier cosa por ayudarte. —Aquello no era justo para ninguno—. Creía que había dejado claro que siempre te cuidaría y protegería como otra parte más de mi vida y de mi familia, pero supongo que también fallé en eso cuando ni siquiera consideraste la opción de acudir a mí para contarme lo que te estaba ocurriendo. —La furia iluminó sus facciones—. Lo que ese hijo de puta te estaba haciendo pasar.

Quizás debería haberlo corregido. No el insulto a mi padre, eso estaba más que merecido y justificado, e incluso me atrevería a decir que era demasiado suave para lo que de verdad se merecía. No. Debí decirle que no era culpa suya, con repentina claridad me di cuenta de que no era de nadie más que de ese cabrón que se alimentaba del dolor ajeno, del de su propia hija. Debí decirle que confiaba en él, que, de hecho, mil veces intenté decírselo, que le mostré las marcas de mi tormento y aunque él no supo verlo, no lo culpaba. En realidad, no. Era imposible que imaginase la verdad que se escondía tras ellas. Sin embargo, parada en mitad del césped, con los distintos materiales y herramientas dispersos a nuestros pies, miré a ese hombre... ese por el que vivía y respiraba desde que tenía once años, aunque hasta ese momento solo lo hubiese admitido para mí misma.

—¿Es... eso es una caseta para *Shadow*?

Aparcó la furia de instantes antes y medio sonrió al responder.

—Es mi regalo de bienvenida, para los dos. —Asintió y cambió el semblante a uno más serio—. También mi disculpa, no solo por... —Gruñó y sacudió la cabeza, como si necesitase deshacerse de ciertos recuerdos—. No quería que te quedases con la impresión de que me molestaba que te quedases a vivir aquí, estaba furioso por ti y por el conocimiento de que ese cabrón iba a escapar indemne. —Soltó el martillo y se sacudió las manos mientras mascullaba

por lo bajo—: O eso pensaba él.

—¿Qué?

—Nada. —Sonrisa cegadora, pregunta olvidada—. Solo espero que no conviertas mi dormitorio en alguna especie de museo plagado de fotos de hombres medio desnudos.

Oh, si él supiera...

Mi mente hizo una abrupta parada.

¿Y qué ocurriría de ser así? ¿Qué pasaría si le dijera la verdad? ¿Y si resultaba que él también se sentía igual y el miedo lo ataba? Yo tenía dieciséis años, ya no era ninguna niña y él era policía y se había mudado, por lo que si el principal problema radicaba en cómo se vería desde el exterior nuestra relación al considerarnos en cierto modo «hermanos», bueno, eso ya no era ningún obstáculo. Y estaba cansada de ocultarme.

«Pues ya no más», me dije. Durante demasiado tiempo, *años*, había permitido que el miedo y el temor a lo desconocido guiasen mis acciones, y a causa de ello me provoqué un sufrimiento innecesario y que con toda probabilidad me podría haber evitado si hubiese confiado en las personas que conformaban mi familia y que sabía que me querían. Es un mal consejero, el miedo. Al principio, con ciertas reservas, le abres la puerta diciéndote a ti misma que lo haces solo por protección y que únicamente lo harás por esa situación en concreto. Después llega otra que te abrumba tanto como la anterior y te has vuelto tan buena en la negación que te acabas convirtiendo en un drogadicto cuando se dice a sí mismo: solo una vez más, un poquito más y se acabó. Con el tiempo, aunque eres consciente de ello, no sabes cómo demonios escapar de esa espiral en la que se ha convertido tu vida; una en la que existes sin llegar a experimentar todo lo que tienes ante ti, siempre justificándote y diciéndote que es lo mejor para ti y para los que te rodean, un modo de evitar sufrimiento y más daños. Al final, llega ese momento de revelación, esa especie de epifanía que te golpea con la fuerza de un maldito rayo en la que te das cuenta de que todo eso no son más que patrañas y te vuelves consciente de todo lo que has perdido por el camino mientras te escondías del mundo. De ti misma.

Bueno, pues ahí estaba mi momento de claridad. Justo ante mí, y no lo dejaría pasar.

Traté de mentalizarme para lo que estaba por hacer. Hice una cuenta regresiva, respiré hondo, abrí la boca y volví a cerrarla.

Maldita sea, era difícil.

Miraba a todos lados y no fue hasta que atrapé unos preciosos ojos verdes que me observaban con curiosidad y un ceño fruncido, que me olvidé de todas mis reservas y me deshice de los miedos que, una vez más, trataban de tomar el

control de la situación.

Nunca más.

—Luke, yo... —Dios, iba a vomitar.

No sé qué vio en mi cara, pero caminó hacia mí con la preocupación dibujada en el rostro.

—¿Jen?

—Te quiero.

Se detuvo a medio paso, de hecho, fue como si se hubiese quedado congelado en el tiempo. Lo dejé salir como una exhalación, claro pero rápido, como cuando quitas una tirita y quieres que todo acabe lo antes posible o perderás el valor, así como la oportunidad de hacerlo cuando debías y sabes que ese momento no se volverá a repetir.

Me miraba fijamente e incluso me atrevería a decir que ni siquiera parpadeaba. El silencio se extendía entre nosotros como un grueso y asfixiante manto, con cada segundo que pasaba me ponía más y más nerviosa, y me debatía muy seriamente entre salir corriendo de allí a causa de la vergüenza o golpearlo y sacudirlo para que dijese algo. Cualquier cosa.

Momentos después, sus deliciosos labios que hasta ese instante estaban en una tensa línea recta, dibujaron la más suave y preciosa de las sonrisas impidiéndome apartar la mirada de ellos. Avanzó y cuando sentí sus fuertes brazos envolverse en torno a mí, dejé salir el aliento que había estado conteniendo. ¿Podría ser? ¿De verdad aquello estaba sucediendo? ¿A mí? Quería llorar, pero esta vez a causa de una indescriptible felicidad que tenía mi corazón a punto de explotar. Rodeé su cintura con mis brazos y hundí más la nariz en su pecho cuando apoyó la barbilla en la cima de mi cabeza, empapándome de su aroma, absorbiendo cada parte de él y su esencia, todo lo que siempre había identificado con Luke. Giré un poco el rostro y pegué la oreja a su pecho escuchando el fuerte y constante latido de su corazón y, cuando hablé, sentí su voz retumbar atravesándome y... también enfriando mi sangre.

—Yo también te quiero, pequeña guerrera. —Acarició con suavidad mi espalda—. Eres mi hermanita, ya lo sabes.

¿Qué?

Oh, no. No, no, no.

Aunque me negué a romper el contacto entre nuestros cuerpos, sí me deshice del abrazo, coloqué las manos en su estrecha cintura y me incliné hacia atrás para mirarlo a los ojos. Quería que entendiera... necesitaba que supiera que aquello no era a lo que me refería.

Por más que busqué, su expresión permanecía en blanco excepto por esa estúpida sonrisa.

—No, espera, Luke... —Sacudí la cabeza, sin dejar de observar sus ojos del color de la hierba fresca—. Eso no es lo que yo...

Dio un paso atrás y recogió el martillo descartado en el suelo al tiempo que preguntaba sin mirarme:

—¿Cuándo es el examen?

¿De qué demonios estaba hablando? El abrupto cambio de tema me estaba mareando.

—¿Qué?

Seguía de espaldas a mí, solo me lanzó una mirada por encima del hombro antes de aclarar:

—¿El examen de conducción?

Oh, sí. Cierto.

¿A quién le importaba el maldito examen? A mí no, desde luego. Mientras él volvía al trabajo y yo acariciaba la peluda cabeza de Shadow cuyo aliento caliente golpeaba mi pierna, observé la nuca de Luke con ojos entrecerrados. ¿Era esto alguna forma de evasión?

—¿Has escuchado lo que te he dicho? —inquirí dando un paso hacia él.

Y sí, la pregunta estaba más que justificada. No quería que me oyese, sino que me escuchase, que entendiese de verdad lo que mis palabras significaban. Del mismo modo que no solo quería que me mirase, sino que me viera, que no se dejase engañar por mi fachada de chica dura y desenfadada y contemplase a la persona que lo había querido cada día de su vida desde cinco años atrás.

—Sí, por supuesto —murmuró, aún de espaldas a mí. Estaba acuclillado levantando tableros y buscando algo—. Esta mañana me han informado de que debo incorporarme antes de lo previsto al trabajo, pero tengo algo de tiempo si necesitas que te dé unas clases para que vayas mejor preparada al examen.

¡Crack!

Sentí el crujido, la nueva y diminuta grieta que acababa de abrirse en mi ya dañado corazón al saberse no solo ignorado, sino también ninguneado. Por alguna extraña razón que no soy capaz de explicar, sabía... *sabía* que él había entendido perfectamente lo que había querido decirle, que no me estaba refiriendo a ningún tipo de amor fraternal, sin embargo, decidió obviarlo. Como si no hubiera ocurrido, como si no acabase de abrirle mi corazón.

¡Maldito cretino!

Estaba furiosa... ¡Oh, tan furiosa!

Pero le di la bienvenida puesto que esa ira que tenía lágrimas picando mis ojos era mejor que la alternativa. ¿Quería darme clases? Muy bien.

—¡Oh, eso es perfecto! —chillé con falsa alegría y di una palmada—. No sabes cuánto te lo agradezco, Luke.

Aún en cuclillas, se giró y me observó con las cejas enarcadas ante mi repentino estallido. Demonios, incluso Shadow me miraba con la cabeza ladeada sin entender un carajo acerca de lo que allí ocurría.

—Muy bien —asintió. Me regocijé al ver la sospecha en sus ojos.

—¡Perfecto! —Volví a aplaudir. Parecía una maldita *cheerleader* con tanto gritito y saltito—. Esta tarde me parece genial.

Sonreí, asentí y giré sobre mis talones para salir de allí antes de lanzarme sobre él y golpearlo.

—¿Esta tarde? —inquirió sorprendido. Percibí su voz justo a mi espalda, así que supuse que por fin había abandonado su posición y caminaba hacia mí. Bien—. Bueno, eso en realidad es un poco precipitado y además tenía planes para...

No lo dejé acabar. Giré para encararlo y me di cuenta de lo cerca que estábamos el uno del otro. La única barrera era Shadow que, por alguna razón, nunca permitía que se me acercase más de lo que él creía conveniente.

—En serio, Luke, no sabes cuánto te agradezco todo lo que estás haciendo por mí. —Palmeé la cabeza de mi fiel amigo—. Y por Shadow, por supuesto.

Tenía la mandíbula apretada, ¿por qué? Me importaba un bledo. Tomó un par de respiraciones antes de hablar.

—Con respecto a lo de esta tarde...

Lo interrumpí para impedir que cualquier excusa o cita que pudiese tener acabase con mis planes.

—Un par de horas antes de la cena creo que sería el momento perfecto —atajé con una sonrisa almibarada—. No quiero que tu abuela se enfade por llegar tarde.

No le di la oportunidad de replicar. Con afecto —y puede que con algo más de fuerza de la que era necesaria—, palmeé su mejilla un par de veces y lo dejé plantado en mitad del jardín. Shadow le dedicó un bajo y corto gruñido antes de seguirme al interior.

En serio, a veces creía que estaba directamente conectado con mis sentimientos y estado de ánimo.

Lástima que fuese el único.

—Para, Jen. —Lo ignoré—. ¡Frena, maldita sea! —Sus nudillos estaban blancos mientras se aferraba al salpicadero con la vista clavada en el cristal

delantero—. ¡El jodido semáforo se va a poner rojo, frena!

Ups, tenía razón.

Con un chirrido de las ruedas me detuve evitando por poco golpear al coche parado justo delante de nosotros. En ningún momento lo miré, aunque podía sentir sus ojos clavados en mi rostro, probablemente cavando un agujero en mi cabeza. Muy bien, aquí está el *quid* de la cuestión: quizás mi estado de ánimo aquel día no era el mejor para tomar clases de conducción. Menos, si mi instructor era el mismo hombre que solo unas horas antes me había rechazado de la peor forma posible, ignorando el trascendental momento en el que de forma voluntaria me hice vulnerable y dejé caer mis barreras para decirle que lo amaba.

Sí, definitivamente no debí propiciar aquello. Lo del coche, quiero decir. Me sentía un poco... ¿volátil? También furiosa, irritada y más dolida de lo que me quería admitir a mí misma.

—Relájate, Luke —murmuré con voz dulce—. ¿Ves? Ya hemos parado, no hay que ponerse nervioso.

Un segundo, dos, tres... ¡Bang!

—¿Nervioso? —rugió. De reojo lo vi señalar con un dedo por la luna delantera—. ¡Me vas a provocar un maldito ataque cardíaco! —Mordí una sonrisa y lo miré con expresión inocente—. No me extraña que aún no hayas obtenido la licencia, conduces como una maldita lunática, joder.

Está bien, también estaba emocionada por pasar tiempo con él y excitada con solo sentir su cercanía y el profundo timbre de su voz. Sin embargo, esa maldita actitud estaba empezando a irritarme. Y ese no era el plan.

—No hay necesidad de maldecir tanto —respondí con una suavidad que distaba mucho del modo en el que me sentía—. Estamos perfectamente bien.

Con un resoplido se dejó caer contra el asiento, cerró los ojos y se pellizcó el puente de la nariz.

—Joder... —murmuró. Shadow gruñó desde el asiento trasero—. ¿También era necesario traer al maldito chucho?

—No le hables así, es muy sensible. —Mi pequeño amiguito apoyó la cabeza en mi respaldo, acaricié su hocico y sonreí.

—Está llenando el asiento trasero de babas y pelos —masculló lanzándole una mala mirada.

—Somos un *pack* —respondí. Metí primera al ver el semáforo en verde—. Donde yo voy, va él y fuiste tú quien insistió en las clases, así que supéralo.

Por primera vez desde que me subí al coche, dejé que percibiera la tensión que yo también sentía. Me miró con el ceño fruncido, aceleré haciendo rugir el motor sin levantar el pie del embrague. Solo quería molestarlo, ponerlo nervioso, estábamos hablando de su Ford F-150 después de todo y sabía cuánto adoraba

ese coche.

—Jenna —advirtió. Sonreí aún más—. No te atrevas a...

Fake it de Seether sonaba en la radio cuando subí el volumen para ahogar el sonido de su voz justo antes de hundir el pie en el acelerador y salir disparados por la carretera.

Ya había tenido suficiente, decidí. Estaba molesto y nervioso. ¿Qué digo? Estaba más que furioso, puede que también un poco asustado, pero yo no estaba mucho mejor; sí, quizás sentí algo de satisfacción al saberme responsable de su penoso estado de ánimo, pero eso no significaba que mi dolor hubiese menguado, y el estar encerrada junto a él en un espacio tan reducido donde era consciente de cada gesto, respiración y mueca que hacía tampoco me ayudaba. Incluso antes de que él me lo ordenase —porque sí, él no pedía, sino que demandaba—, ya había puesto rumbo hacia el hogar de sus padres para dar por finalizada nuestra clase.

En el momento en el que entré en la calle y pude vislumbrar su casa, di un último acelerón e ignorando sus improperios y gruñidos, aparqué el coche —de forma impecable y en una sola maniobra, debo añadir— con un frenazo y el correspondiente chirrido de los neumáticos. Shadow salió disparado y sentí cómo se estrellaba contra mi asiento; miré hacia atrás para asegurarme de que se encontraba bien y, aunque parecía ligeramente descompuesto por el viaje, por lo demás estaba ileso.

—Tranquilo, chico. —Le palmeé la cabeza con afecto—. Ya hemos llegado.

—¡¡Y una mierda, tranquilo!! —bramó Luke. Parecía fuera de sí.

Bien.

—Bueno, muchachote. —Le palmeé la pierna imitando el gesto de momentos antes—. Relájate, todo está bien.

Gruñó algo, pero lo ignoré, me desabroché el cinturón y silbé a Shadow para que saliera. ¿Podría haberle abierto la puerta trasera? Por supuesto, pero entonces no habría pisoteado el asiento del conductor.

Comencé a caminar hacia la casa tratando de alejarme lo más rápido posible de Luke, pero él se movió a grandes zancadas hasta quedar frente a mí. Y, ¿sabes qué? Incluso tan furioso como estaba, seguía siendo la más maravillosa visión del mundo.

—¿Se puede saber cuál demonios es tu problema? —escupió con el ceño fruncido—. Te juro por Dios que yo mismo meteré entre rejas al imbécil al que se le ocurra aprobarte el maldito examen de conducir.

—Tampoco ha sido para tanto —repliqué a la defensiva.

Me crucé de brazos. Bueno, igual sí era para tanto, pero lo había hecho a

posta, de modo que no contaba. Claro que él eso no lo sabía.

—¿Qué no ha sido...? —Sacudió la cabeza con incredulidad—. ¡Que no ha sido para tanto, dice! Te encerraré en casa bajo llave si es necesario, pero te aseguro que no volverás a conducir un coche en lo que te resta de vida.

Aquellas palabras acabaron por encender mi ya volátil temperamento.

—¡No se te ocurra hablarme así! —Le pinché con mi dedo índice en el pecho—. Ya tuve un carcelero y se congelará el infierno antes de permitir que otro hombre me diga lo que debo o no debo hacer, mucho menos darte la llave para que me mantengas controlada, ¿me estás oyendo?

Cuando analizó lo que me había dicho, se pasó la mano por el rostro. Tratando de recomponerse, imagino. Luke era alguien que, por lo general, sabía controlarse sin importar lo estresante que fuese la situación en la que se encontraba. Y el verlo así me indicó hasta qué punto había presionado sus botones aquella tarde.

—Joder —murmuró y dio un paso hacia mí. Retrocedí, no por sus palabras, sino porque en aquel instante no podía permitir que me tocara o me vendría abajo—. Lo siento mucho, Jen, pero es que... —Sacudió la cabeza y me miró a los ojos—. ¿Se puede saber qué te ocurre? Esto no es propio de ti.

—Nada —mentí y aparté la mirada. Vi a Shadow a escasos cinco metros sin perderse nada de lo que allí ocurría.

—Déjate de estupideces y dímelo.

—El problema es que ya te lo he dicho, pero no me escuchas.

—No te entiendo.

—Por supuesto que no —reí sin humor y, Dios, quería golpearlo—. Tú nunca entiendes nada cuando se trata de mí.

—Eso no es justo.

—¿Y qué lo es? —repliqué de inmediato—. ¿De verdad quieres saber lo que me pasa? ¿Me escucharás o ignorarás lo que salga de mis labios en este momento?

Tardó unos segundos durante los cuales la seguridad que le caracterizaba, y que siempre asociaba con él, pareció menguar de alguna manera. Finalmente asintió sin dejar de mirarme a los ojos.

—Te escucho, pequeña guerrera. —Que me llamase así en ese momento sí que era injusto—. Sabes que siempre lo hago.

Tan solo los sonidos del barrio interrumpían nuestro silencio. Un coche que se alejaba, niños jugando y chillando en algún jardín cercano, una puerta que se cerraba con demasiada fuerza, la brisa de finales de primavera meciendo las ramas de los árboles que nos proporcionaban un refugio seguro, como si fuese alguna especie de burbuja donde podíamos aislarnos del resto del mundo. No

aparté la mirada en ningún momento, me negué a hacerlo incluso si eso suponía que él viese el brillo en mis ojos a causa de las lágrimas no derramadas. Absorbí la imagen frente a mí como si fuese la última oportunidad que tendría de hacerlo. Más de metro ochenta, el cabello rubio oscuro cuyos largos y ondulados mechones extrañaba como una loca, justo del mismo color que la barba de dos días que lucía su mandíbula, labios carnosos, nariz recta salpicada por algunas casi imperceptibles pecas y sus ojos... esos ojos en los que podría perderme a cualquier hora del día y que conseguían que me olvidase del resto del mundo. ¿Era perfecto? Por supuesto que no, nadie lo es, pero eso no suponía impedimento alguno para mí. Porque era mi mundo, por triste o necesitado que esto pueda sonarte.

—Te amo, Luke Sullivan. —Me aseguré de que sintiera la verdad e importancia de aquellas palabras—. Cada parte de ti, incluso las que me exasperan y me vuelven loca. —Me acerqué un paso—. Eso era lo que trataba de decirte esta mañana.

Solo me miró, en silencio... Ese maldito silencio.

Se me cayó el alma a los pies cuando, en esta ocasión, fue él quien retrocedió para interponer más distancia entre nosotros.

—No puedes decir ese tipo de cosas, Jen —respondió pasados unos segundos. Lo hizo con voz suave, como cuando hablas con un pequeño niño al que no quieres asustar—. Eres demasiado joven y aún no entiendes lo que significa el amor ni las repercusiones que declaraciones como esta pueden tener en la vida de las personas.

—Que sea joven no significa que no sepa lo que es el amor —repliqué a la defensiva.

—¿Has estado enamorada antes? —Me lanzó una bola curva en forma de pregunta.

—Amo al mismo hombre desde hace cinco largos años. —Quise devolverle sus palabras—. Y tú, ¿has estado enamorado? —Bien sabía yo que no. Él solo se dedicaba a salir en citas y tontear aquí y allá, nada más. No le di tiempo a responder—. El hecho de que no te hayas enamorado de alguien, ¿implica que se tengan que menospreciar tus sentimientos llegado el momento?

—No es lo mismo y lo sabes. —Sacudí la cabeza con suavidad—. Soy ocho años mayor que tú. He vivido más, he experimentado cosas que aún tienes que descubrir por ti misma, de modo que sí, me considero con la suficiente potestad como para afirmar que no tienes ni idea de lo que estás hablando. Además, eres como mi her...

—No te atrevas a repetir eso —atajé molesta—. No soy tu maldita hermana y nunca te he visto como tal.

—Muy bien, no lo diré —respondió con las manos en alto y tono conciliador. Demasiado para mis nervios—. Pero sí creo que confundes tus sentimientos hacia mí. No lo sé... —Apartó la mirada un segundo, antes de volver a clavar sus ojos verdes en mí—. Supongo que en mi afán de protegerte y tratarte como una parte más de esta familia, me ves como... joder, no lo sé... puede que creas que soy el hombre idóneo para salvarte de tu vida, alguna especie de rescatador, y esa es ya de por sí una razón completamente equivocada para querer comenzar una relación.

¡Crack!

Solo otra grieta más. Ese crujido, ese punzante dolor en mi pecho me avisó de que tenía que alejarme de él cuanto antes si no quería acabar destrozada. Una triste y patética mujer suplicando cariño, igual que mi madre.

Lo miré en *shock*, sin poder creerme lo que acababa de decir. Habría estado bien con que se hubiese limitado a rechazarme de forma cortés. Bueno, en realidad no habría estado bien, pero sin duda habría recibido mucho mejor esas palabras. Pero esto... ¿mi salvador? ¿Quién demonios se creía que era?

Apreté los dientes y tragué con fuerza intentando deshacerme del nudo que atenazaba mi garganta antes de hablar. Que me condenasen si permitía que viese ni una sola lágrima salir de mis ojos.

—Puede que sea joven, pero no soy estúpida y ni mucho menos estoy confundida en cuanto a mis sentimientos hacia ti. —Volví a dar un paso más cerca de él y esta vez no se movió. Se limitó a cruzar sus fuertes brazos—. ¿Mi salvador? Entérate de esto, héroe de pacotilla: he vivido... he sobrevivido por mi cuenta durante dieciséis años sin necesidad de pedir ayuda. No quiero a alguien que me rescate, pero sí a un hombre que me vea por lo que soy y admire a la mujer en la que me he convertido a base de golpes y desengaños. —«Alguien que me quiera», pensé. Sacudí la cabeza con decepción—. Está claro que ese no eres tú puesto que no eres capaz de ver más allá de tus narices.

Sin una segunda mirada, pasé por su lado y de forma deliberada choqué nuestros hombros para que se apartase de mi camino. De inmediato sentí a mi fiel Shadow junto a mí y ambos nos detuvimos al unísono en las escaleras que subían hacia el porche cuando volvió a hablar.

—Sé que ahora mismo estás enojada conmigo, Jen. Lo entiendo, créeme. —Permanecí de espaldas a él, furiosa y al borde del llanto—. Pero estoy convencido de que lo estás malinterpretando todo, y algún día me lo agradecerás y nos reiremos de esta situación.

Hijo de...

Le lancé una mirada por encima del hombro, antes de escupir con una venenosa sonrisa:

—Que te jodan, Sullivan.

Que malinterpretase eso si podía, el muy cretino.

Sin una palabra más, entré en la casa dejando en aquel jardín una parte de mi corazón que sabía que jamás recuperaría.

Capítulo Seis

Luke, veinticinco años...

Paré el motor y maldije por enésima vez desde que recibí la llamada de mi padre minutos antes. Habría venido él mismo, pero un aviso en el último momento se lo impidió. Cuando mencionó unas semanas atrás que estaba pensando en retirarse me quedé en *shock*, era algo que jamás habría imaginado, pero justo ahora lo agradecía puesto que me evitaría tener que enfrentar estas situaciones de mierda. Otra vez.

—Hombre, creo que deberías calmarte un poco antes de entrar ahí.

Miré a Terry, sentado en el lugar del copiloto. Sabía que tenía razón, pero él no lo entendía y el verlo tan calmado no hizo más que encender mi temperamento.

—Es fácil para ti decirlo. —Sacudí la cabeza y clavé la vista en la fachada del instituto—. Siempre está metiéndose en líos, joder. Llegará el día en el que se la traguen y no estemos allí para ayudarla. —Cuando se quedó en silencio lo miré y fruncí el ceño porque me observaba de forma muy extraña con la cabeza ladeada—. ¿Qué? —exigí.

—Nada. —Se encogió de hombros y bajó del coche. Lo imité y nos miramos con el vehículo como barrera entre nosotros—. Es solo que suena como si ya la hubieses condenado antes de conocer los hechos. No es muy propio de ti, eso es todo.

Conocía esa canción.

—No la he condenado —gruñí—. Pero es que ella...

—Sí, sí, lo sé. Siempre está igual, no lo repitas otra vez. —Desestimó lo que trataba de decir con un gesto de la mano. Giró y se apoyó contra el coche mirando hacia el instituto en el que también nosotros estudiamos en su día—. Aunque fueron buenos años los que pasamos aquí... —sacudió la cabeza—, ni loco volvería a esa época. Todo es confuso, sucede demasiado deprisa y pasas

por alto las cosas importantes.

Entendía a qué se refería.

—Sí, lo sé —coincidí con una sonrisa. Fueron buenos tiempos—. Crees que lo tienes todo cuando ni siquiera has empezado a ver lo que el mundo tiene para ofrecerte.

No me gustaba ni un poco la sonrisa sabionda con la que me observaba, por lo general precedía a una figurada patada en el culo.

—Nosotros pertenecíamos al grupo de los populares, no sabíamos nada acerca de problemas reales. —Se encogió de hombros y miró a la distancia—. Proveníamos de familias con padres que nos amaban y nos protegían. No como Reed, por ejemplo.

—Reed enderezó su vida y ahora es policía, al igual que nosotros.

—Exacto, tú lo has dicho. —Cambió de postura para que quedásemos frente a frente y cruzó los brazos sobre el techo del coche—. Pero también estuvo perdido antes de encontrar su propio camino, no lo olvides.

—Terry... —Me pellizqué el puente de la nariz—. Estoy seguro de que hay algo muy concreto de lo que quieres hablar, así que te agradecería que dejases de dar rodeos y fueras directamente al grano.

—Cabrón malhumorado —bufó divertido. Enarqué una ceja y me crucé de brazos, a la espera—. Lo que quiero decir es que deberías ser igual de tolerante con Jen. Piensa que no lo ha tenido fácil en la vida. De hecho, si lo piensas, todo lo que le ha sucedido es bastante jodido así que, del modo en el que yo lo veo, lo está haciendo bastante bien dadas las circunstancias.

—Sí —convine—, pero siempre se está metiendo en problemas.

—Cierto —asintió solemne—, y siempre es por defender a alguien más. Pelea por aquello que considera justo y siempre para defender algo en lo que cree. —Ambos nos movimos al mismo tiempo y comenzamos a caminar hacia el edificio. Me palmeó el hombro—. Por alguna razón, siempre consigue sacarte de tus casillas, pero espera hasta obtener la historia completa antes de juzgarla y condenarla.

—Porque es demasiado terca. Y atrevida —gruñí enumerando todo lo que me volvía loco—. Indisciplinada y además no piensa en las consecuencias de sus actos.

—¿Como cuando te dijo que estaba enamorada de ti? —inquirió burlón.

Joder, nunca debí contarle aquello.

Me detuve en las escaleras y lo miré, molesto, antes de entrar.

—Cree que está enamorada de mí —aclaré—. Hay una diferencia.

—Ya. ¿Por eso la has estado evitando durante estos meses?

Abrí la boca para responder, pero de inmediato volví a cerrarla, porque

¿qué demonios se suponía que le tenía que decir? Gruñí y abrí la puerta mientras su risa resonaba a mi espalda.

Cabrón sabelotodo.

Pero, joder... en cierto modo tenía razón, pensé mientras caminábamos por los desiertos pasillos. Aunque sabía que la dañaba, durante los últimos meses la evité todo lo posible reduciendo nuestras interacciones al mínimo, limitándolas a los momentos en los que pasaba por casa de mis padres y a las comidas y reuniones familiares. Todo, con la esperanza de que se olvidase de esa especie de absurdo enamoramiento infantil que parecía sentir hacia mí. ¿El primer problema? Por un lado, la mirada de dolor en su rostro cuando ella percibió la distancia que interpuse entre nosotros, tanto emocional como física; también había momentos en los que era incapaz de ocultar su molestia y hacía todo lo posible por llevarme al límite de mi paciencia, supongo que con la esperanza de obtener reacciones por mi parte. Por supuesto, lo conseguía. De hecho, casi me atrevería a decir que se había especializado en ello. Por último, estaba la indiferencia, y aunque era consciente de que eso era solo su intento de sentir que ella también tenía en cierto modo el control de la situación, puedo decir que esos momentos no eran agradables, en absoluto.

Y llegábamos al segundo problema, ese que me estaba volviendo jodidamente loco. Que quería a Jen era un hecho que no admitía discusión. La adoraba, joder. La conocí cuando no era más que una niña de once años con más agallas que sentido común, que se enfrentó a un grupo de chicos por defender a una desconocida sin importarle lo que le ocurriera a ella en el proceso o los problemas que pudiese acarrearle. Pero, maldita sea, desde que dijo que me amaba aquel día no pude dejar de fijarme en pequeños detalles que hasta el momento siempre había pasado por alto. Poco quedaba de aquella niña, ahora cada vez que la miraba veía a la mujer en la que se estaba convirtiendo. La mujer que ya era. Una hermosa, terca, vivaz e insolente mujer a la que no podía dejar de mirar y admirar por su modo de enfrentar el mundo. Porque amaba con una abrumadora fiereza de la que cualquier persona querría ser receptora.

Y me sentía como un puto pervertido, joder. Porque aquello estaba mal. Porque era imposible y no podía ser. Porque sería mejor que me cortasen las pelotas antes que permitirme tocarla de aquella forma. Porque por más que hubiese comenzado a apreciar ciertos detalles de ella, hasta ese momento nunca la había visto como algo más que la mejor amiga de mi hermana pequeña. Otra hermana por la que velar y a la que proteger. Nada más.

Me froté el rostro con fuerza porque por más vueltas que le daba, nunca llegaba a ninguna conclusión que me satisficiera.

—Oye. —Terry apoyó la mano en mi hombro y nos detuvimos ante la

puerta de secretaría—. ¿Te encuentras bien, hermano?

Ese hombre al que tanto apreciaba y quería era demasiado receptivo, y por más confianza que tuviera en él, había ciertos temas que debía preservar solo para mí.

—Sí —murmuré abriendo la puerta de un tirón—. Hagamos esto de una vez.

Entré y fue como retroceder en el tiempo porque todo continuaba tal y como lo recordaba. Un mostrador de madera —un tanto deslucida— era lo primero que encontrabas nada más entrar, sillas alineadas en las paredes, la oficina del director justo a la derecha, archivos en verde musgo y estanterías repletas de archivadores que probablemente tenían más años que yo, dos enormes ventanales justo al fondo por los que entraba la luz del sol y que aportaban claridad a la sala y...

—¿En qué puedo ayudarles?

Tanto Terry como yo nos quedamos de piedra observando a la mujer frente a nosotros.

—¿Señora Stone? —preguntó mi amigo con incredulidad. Ella levantó la vista de los documentos que hasta el momento revisaba y nos evaluó a ambos hasta que por fin nos reconoció.

—Señor White... —Miró de uno a otro—. Señor Sullivan, ¿por qué será que no me sorprende verlos juntos a ustedes dos?

—Tan encantadora como siempre, señora Stone —dijo Terry con tono edulcorado.

Me tragué la risa.

¡Por todos los demonios! Esa mujer ya era vieja cuando nosotros estudiábamos allí y que continuase en el mismo puesto era de lo más surrealista. Parecía como si hubiese salido directamente de una máquina del tiempo proveniente de los años sesenta; seguía llevando las mismas gafas de pasta negras con rabitos en los extremos y pequeños brillantes adornándolas, el entrecano cabello recogido en un estirado moño, blusa y rebeca bien abrochadas hasta arriba para no dejar ni un poco de piel expuesta y... —me apoyé sobre el mostrador y me asomé—. Sí, las mismas faldas de tablas por encima del tobillo.

—¿Qué diantres está mirando, señor Sullivan? —Retrocedió sujetando su falda con recato, como si tuviese miedo de que me abalanzase sobre ella.

Iba a responder haciendo alarde de mi encanto natural, cuando alguien se aclaró la garganta a mi espalda y me giré. Primero vi a Mia, que se levantó y aunque no me perdí las señales que indicaban que había estado llorando, en realidad parecía ilesa, incluso furiosa.

—Luke, gracias a Dios —exhaló y envolvió los brazos en torno a mi

cintura.

La abracé. Le iba a preguntar si se encontraba bien cuando mi vista aterrizó en Jen, que me observaba con una intensa mirada sentada en una de esas incómodas sillas de plástico de brazos cruzados y...

—¿Qué demonios te ha ocurrido? —Rompí el agarre de Mia y me acerqué a ella. Tenía el labio partido, joder. Continuó mirándome en silencio, tensando aún más mis malditos nervios—. Jen, empieza a hablar ahora mismo, ¿quién te ha hecho esto?

—Luke...

Levanté una mano y ni siquiera miré a mi hermana cuando hablé.

—Deja que sea ella quien responda.

Percibí el momento en el que Terry se acercó y comenzó a hablar con Mia, escuchaba sus voces ahogadas a mi espalda, pero yo solo podía enfocarme en la chica frente a mí. Me acuclillé ante ella para quedar al mismo nivel. La última vez que la había visto en un estado similar fue cuando descubrimos todo el asunto de su padre, si ese cabrón se había acercado a ella... Mirándola más de cerca, me percaté de un pequeño bulto al final de su ceja izquierda. Aparté un mechón de cabello para obtener una mejor vista y acaricié con suavidad la zona. Se estremeció, pero no dijo una sola palabra.

»Jen, será mejor que empieces a hablar de inmediato y me digas qué demonios ha pasado.

—¿O qué? —Se enderezó en su sitio y me miró desafiante.

Suspiré y agaché la cabeza.

—Maldita sea, no hagas esto. Ahora no. —Suavicé el tono. Reconozco que a veces carecía de tacto—. No quiero empezar una discusión, solo necesito saber qué demonios ha ocurrido y quién te ha golpeado.

Tracé su labio inferior con el pulgar sin llegar a la zona en la que tenía la herida, incapaz de apartar la mirada de ellos; aspiró un aliento entrecortado y cuando la miré a los ojos me quedé paralizado. No me preguntes por qué ni qué ocurrió exactamente, porque no tengo una respuesta, ninguna jodida idea, solo sé que fue como si estuviésemos solo nosotros dos.

«Te extraño», parecían decir sus ojos.

«Siempre estaré aquí, mi pequeña guerrera», quise transmitirle.

«No, no así. No como yo quiero». Suspiró, apartó la mirada y se reclinó contra el asiento rompiendo el contacto entre nosotros. Me enderecé cuando la voz de Mia rompió el trance en el que me había sumido momentos antes y me giré para encararla.

—Luke, necesito que me prometas que no vas a enloquecer. —Ninguna situación manejable comienza con una frase así.

Joder, tenía que ser malo.

—No puedo hacer eso, *piccola*. —Crucé los brazos y separé las piernas—. No, hasta que tenga todos los datos de lo que ha sucedido aquí.

—¿Por qué no me sorprende? —murmuró Jen con desgana. Cuando la miré, ella alzó las manos al aire antes de señalarme—. Oh, vamos, Sullivan. Admite que ya habías emitido sentencia antes de entrar por esa puerta.

Apreté los dientes porque, maldita sea, tenía razón. En el instante en el que recibí la llamada comencé a culparla de forma inconsciente por cualquier problema en el que se hubiese metido, incluso Terry me lo advirtió. Sin preguntar, sin datos ni hechos. Nada.

Eso, sin embargo, era algo que ella no necesitaba saber y menos dado el estado en el que se encontraba.

—Todavía no he abierto la boca al respecto —me defendí, mirándola—. Os estoy preguntando qué demonios ha ocurrido, quiero que alguna de las dos empiece a hablar y lo quiero ahora.

Entrecerró sus oscuros y rasgados ojos no comprando ni por un segundo mi alegato; nos conocíamos demasiado bien, fueron demasiadas discusiones y sermones a lo largo de los años por esto mismo. No fue hasta mucho después que descubrí que alguna de las marcas que en su día vislumbré no se debían a peleas en el instituto, sino a su maldito padre. Apreté los dientes, ella frunció los labios e hizo una mueca de dolor antes de llevarse los dedos a la zona.

Maldita sea, ese tuvo que ser un buen golpe.

—Mia. —Me giré hacia ella—. Será mejor que empieces a hablar ahora mismo.

—No sé muy bien por dónde empezar.

Me froté el rostro, exasperado.

—Prueba por el maldito principio.

—Lucas Sullivan —espetó poniendo los brazos en jarras—. Cuida el modo en el que me hablas, ¿entiendes?

—Joder —murmuró un risueño Terry—. Es como una mini Alda Moretti.

A mí no me hacía ni puta gracia.

—Mia... —advertí.

—Un tipo de último año la acorraló en los vestuarios de las chicas después de nuestra clase de gimnasia.

Me quedé muy quieto tras escuchar las palabras de Jen, y lo mismo ocurrió con Terry, que miraba entre ella y mi hermana con un profundo surco entre las cejas; ni siquiera respondí a la señora Stone cuando anunció que el director nos atendería enseguida. Me importaba mucho más lo que las chicas tuvieran que decir.

—¿Qué quieres decir con que la acorraló? —preguntó mi amigo.

—Quiero decir exactamente eso —respondió Jen. Estaba molesta y se percibía en su voz con total claridad—. Al ver que se retrasaba, entré a buscarla y ese imbécil la tenía acorralada contra los casilleros mientras intentaba meterle mano.

Apreté los puños, cerré los ojos y traté de calmarme lo suficiente como para no poner del revés todo el maldito lugar, pero cada músculo de mi cuerpo estaba tenso y preparado. Ella continuó hablando y me evitó tener que volver a preguntar por lo sucedido, era como si de algún modo quisiera ponerme tan furioso como ella se sentía porque mientras hablaba, me di cuenta al abrir los ojos, no apartó la mirada de mí en ningún momento. Como si fuésemos las dos únicas personas en el lugar.

»Mia le estaba diciendo que se detuviese, pero el tipo no la escuchaba, él seguía tocándola y tratando de quitarle la ropa. —Sacudió la cabeza—. Eso no debería haber ocurrido.

Tenía razón, no debería haber sucedido, pero el modo en el que lo dijo...

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que si yo no me hubiese ido a mi taquilla para buscar el teléfono, habría estado con ella y a ese imbécil no se le habría ocurrido atacarla.

—¡Jen, eso no es justo y lo sabes! —replicó mi hermana, dando un paso hacia ella y colocando la mano en su brazo en un gesto tranquilizador—. De no ser por ti... no sé... —Cerró los ojos y respiró hondo—. Es gracias a ti que no llegó más lejos.

Habían intentado abusar de mi hermana pequeña. En el instituto. Algún pequeño mierda con ínfulas de violador... Joder, iba a explotar de un momento a otro.

Miré a Jen y Terry se adelantó a la pregunta que yo mismo iba a hacer, aunque supongo que todos los allí presentes conocíamos la respuesta.

—Puede que esto no sea más que una descabellada suposición —dijo con tono despreocupado, intentando aligerar el tenso ambiente entre los cuatro—, pero ¿imagino que te enfrentaste a ese tipo?

—¿Qué otra cosa se suponía que tenía que hacer? —replicó ella a la defensiva, mirando entre ambos.

¿Acaso esperaba una reprimenda por mi parte? ¿Después de ayudar a mi hermana como lo había hecho? Yo nunca... Oh, joder, ¡a la mierda! Por supuesto que lo esperaba puesto que era lo que siempre hacía cuando se metía en alguna pelea sin importar que lo hubiese hecho para defender a alguien más. No podía recordar una sola ocasión en la que no la hubiese juzgado por ello y, una vez más, me sentí como un imbécil al darme cuenta de lo injusto que había sido.

Solo porque las otras veces lo hubiese hecho por alguien que no fuese mi hermana, no significaba que Jen estuviese equivocada.

Maldita sea.

Vi el desafío en sus ojos, la postura defensiva que adoptó al ponerse en pie, lista para la batalla y para cualquier estupidez que esperase escuchar saliendo de mi boca. Lo que no sabía era que lo único que quería era disculparme con ella por todas mis meteduras de pata y eso fue justamente lo que traté de transmitirle con la mirada. Ella frunció el ceño, pero enseguida ambos nos distrajimos con la voz de mi hermana.

—Deberíais haberla visto —manifestó emocionada y observando a Jen con orgullo—. Le saltó sobre la espalda y comenzó a golpearlo. —Rio, antes de sacudir la cabeza—. Ese cretino ni siquiera sabía de dónde le venían los golpes.

—Puedo hacerme una idea —sonrió Terry. Señaló a Jen con un gesto de cabeza—. ¿Cómo te hiciste eso?

Ella se encogió de hombros y pasó los dedos por su dañado labio inferior. Ni siquiera me miraba ya.

—Me golpeó contra las taquillas para que lo soltase —explicó señalando el pequeño bulto al final de su ceja—. Cuando lo conseguí me abofeteó y este fue el resultado —terminó, refiriéndose al labio.

Estaba hirviendo y cuando miré a Terry pude ver la misma furia en sus ojos. No importa lo apacible o prudente que pudiese parecer, porque él amaba a mi familia como si fuese la suya propia y sabía que haría cualquier cosa por proteger a estas chicas a las que quería como a hermanas.

La puerta al otro lado de la sala se abrió y por ella salió el director Truman seguido de un hombre de buena apariencia que rondaría los cincuenta, y a continuación un muchacho no mucho mayor que las chicas, aunque sin duda las diferencias físicas eran notables.

Reed tenía razón. Ahí estaba ese pequeño mierda, el típico chico dorado de buena apariencia, y me jugaba las pelotas a que no solo era el capitán del equipo de fútbol, sino también el señor popularidad entre aquellas paredes. A nadie se le ocurriría señalarlo como responsable ante cualquier altercado o problema como el que teníamos entre manos, pero seguro que no dudarían en condenar a otro chaval de aspecto problemático, incluso si este nunca había dado razones para ello. Peor, puede que llegasen hasta el extremo de culpar a unas chicas que se diferenciaban del resto precisamente porque no se dejaban guiar por las opiniones de los demás, sino por lo que ellas consideraban mejor o más justo.

Caminé decidido hacia ellos sin tratar de ocultar lo furioso que me encontraba en ese momento; por desgracia, el director se encargó de despedirlos con rapidez antes de que los alcanzase, así que solo pude taladrar un enorme

agujero en la jodida nuca de ese imbécil mientras salía de secretaría.

—Señor Sullivan. —Estreché la mano del director y me costó Dios y ayuda mantenerme en el lugar y centrarme en él. Miró a Terry, que se posicionó a mi izquierda, Mia a mi derecha y Jen junto a ella, aunque algo más rezagada—. Creo que no lo conozco, señor...

—Terry White —acabó por él, estrechando también su mano.

—Muy bien —asintió el señor Truman. Se hizo a un lado y señaló hacia su oficina—. Si me acompañan podremos hablar acerca del desafortunado incidente de hoy. —Miró hacia Jen, que nos seguía—. Señorita Gray, espere aquí fuera. Trataré con usted cuando llegue su padre.

Se quedó congelada a medio paso y de inmediato crucé una mirada con ella, apreté los dientes ante lo que la sola mención de su padre le hizo.

—Eso no será necesario, señor Truman. —Me acerqué a ella y sujeté su mano, entrelazando nuestros dedos e instándola a que me siguiera. De ninguna manera la dejaría a un lado—. Jen es de la familia y a su padre le ha surgido un contratiempo, de modo que nosotros nos haremos cargo de todo lo necesario.

Él me observó desconcertado y frunció el ceño al ver nuestras manos unidas. «Desafortunado incidente», mis pelotas... y luego pretendía menospreciar a la única persona que había impedido que aquel ataque fuese a más, pues podía meterse cualquier juicio que su estrecha mente estuviese emitiendo por el maldito culo.

Después de que cerrase la puerta y ocupase su lugar tras el escritorio, nos indicó que tomásemos asiento. No lo hice y tampoco Terry. En cambio, dejamos que Jen y Mia ocupasen las dos sillas y ambos nos situamos de pie, tras ellas. Algo curioso, si me lo preguntas, porque en cierto modo era como si estuviésemos tratando de enviarle al hombre el mismo mensaje y ese era que sin importar lo que dijese, estábamos allí con y para ellas y les guardábamos las espaldas.

Comenzó a relatar los hechos y a duras penas me contuve cuando escuché una versión edulcorada de lo que pocos minutos antes supe por boca de las chicas. Es más, ese pequeño mierdecilla lo había expuesto de tal manera que daba a entender que mi hermana no solo estaba de acuerdo con sus avances, sino que en cierto modo los había propiciado; lo único que reconoció fue golpear a Jen, accidentalmente por supuesto, y siempre después de que ella le hubiese atacado sin motivo ni provocación aparente. Jadeos, protestas y maldiciones susurradas salían de los labios de ambas, los cuales acallábamos con pequeños toques y apretones en sus delgados hombros. Creo que los dos ya sabíamos lo que estaba por venir, solo queríamos que el director acabase con su aburrida y estúpida perorata.

Me distraje momentáneamente cuando vi cómo Jen acariciaba con su mano la que Terry tenía apoyada en su hombro para mantenerla quieta y tranquila en el sitio. Fruncí el ceño y no fue hasta que ella gritó y casi saltó de su asiento que volví a lo que nos ocupaba.

—¿Tres días? —gritaba ella, fuera de sí—. ¿Tres días? Tiene que ser una maldita broma.

—Jen... esa boca —advirtió Mia.

—¡A la mierda mi boca! —protestó indignada—. ¡Este lameculos me está expulsando tres días del instituto! —Se deshizo del agarre de Terry y apoyó las manos sobre el escritorio acechando al director—. Me está expulsando tres días por evitar que ese pedazo de mierda violase a mi amiga. ¿Cuál será el castigo de Taylor, si puede saberse?

El tipo la miraba con el rostro enrojecido por la furia; nos miró a mi compañero y a mí, posiblemente esperando alguna intervención por nuestra parte, pero no pensaba dársela. Jen le había hecho una pregunta y quería saber qué tipo de pelotas tenía, aunque todo me hacía pensar que ningunas en absoluto.

—El señor Matthews no saldrá indemne de esto, será expulsado del centro durante una semana puesto que no podemos tolerar este tipo de comportamiento.

—¿Una semana? —chilló Jen. Necesitaba calmarla antes de que empeorase su situación.

—Jen, siéntate y cállate un momento.

—No se te ocurra darme órdenes, Sullivan —espetó señalándome con el dedo—. Esto es injusto y lo sabes. Yo no merezco que me expulsen durante tres días y la semana del otro imbécil es un chiste teniendo en cuenta lo que pretendía hacer.

Joder, no entendía que yo estaba de su parte.

—Siéntate un momento y cálmate.

Me miró con la más absoluta decepción escrita en su rostro. También había dolor. No importaba cuánto intentase Jen cerrar su expresión cuando trataba con la gente, por alguna razón, yo siempre fui capaz de leerla a la perfección.

Sacudió la cabeza antes de hablar.

—A la mierda tú y a la mierda todo esto.

Tras decir aquello, salió del despacho como una exhalación. Abrió la puerta con tal fuerza que esta rebotó contra la pared. El director la llamó en voz alta, pero ella no escuchó, ya había desaparecido dejando en su estela el dolor que proviene de sentirse incomprendida e injustamente tratada y, en este caso, eso era algo que estaba totalmente justificado. También me dolía por ella porque, como bien dijo momentos antes, aquello era inmerecido.

—Mia —insté a mi hermana con un movimiento de cabeza a que la

siguiera y acompañase. Sabía que la necesitaba y además era de las pocas personas que conseguía llegar a ella y apaciguarla.

Quería ir, lo veía en el modo en que estaba casi fuera de su asiento y en cómo observaba el lugar por el que había desaparecido, pero también sentí su aprensión cuando se acercó a mí.

—Por favor... —Miró nerviosa en derredor mientras susurraba junto a mi oreja—. Recuerda que me queda otro año más que estudiar aquí, no lo empeores para nosotras.

—Vete tranquila, *piccola*. —Besé su cabello, la acompañé hasta la puerta y cerré después de que saliera.

—Tengo que decir, señor Sullivan, que haría bien en alejar a su hermana de tan conflictivas compañías. —Sacudió la cabeza con fingida preocupación—. No dude que tendré una larga conversación con el señor Gray acerca del comportamiento de su hija.

Miré al tipo. Aunque ya había oído hablar de él, era la primera vez que nos veíamos y debo decir que coincidía con la imagen que me había hecho de él. Rondaba los cincuenta, aunque las profundas entradas en su cabello castaño y las arrugas que bordeaban sus oscuros ojos le hacían parecer mayor. Gotas de sudor no paraban de descender por su sien y bigote por más que se empeñase en secarlas con un anticuado pañuelo de tela. Su sobrepeso y prominente barriga me indicaban que ese hombre y su falta de afición por una vida saludable lo tenían peligrosamente cerca de sufrir un infarto en cualquier momento. El modo en el que trataba a Jen desde que llegó a su puesto estaba seguro de que no era una excepción, sino que disfrutaba haciendo alarde de su superioridad en cada momento que podía; probablemente durante sus años de estudiante fue la típica sombra a la que pocos hacen caso o incluso objeto de burlas por parte de sus compañeros y esa mierda de actitud dictatorial era su forma de resarcirse con el joven chico que un día fue.

Bien, pues no lo haría a costa de mis chicas.

—Usted no hará un carajo —espeté acercándome a su escritorio.

—¿Disculpe?

—Ya había escuchado hablar acerca de su actitud ante ciertas situaciones, y ahora veo que es incluso peor de lo que imaginaba. Esa chica —gruñí sin dejar de mirar a su rubicundo y sudoroso rostro—, la misma a la que ha expulsado durante tres días, es la única que ha evitado que mi hermana sea violada en el centro que usted dirige, señor Truman. Y usted acaba de castigarla después de que, además, haya sido golpeada por ello. —Apoyé los puños en su escritorio y me incliné hacia delante—. No conozco a la familia de ese chico ni las razones que le han llevado a actuar de forma tan cobarde, pero si se le ocurre tomar

represalias contra esas chicas después de que salga por esa puerta, le juro por Dios que pondré del revés todo el maldito instituto.

—Usted no puede hacer eso —replicó. Percibí el temblor y la duda en su voz.

¿Cómo demonios había llegado a una posición de autoridad un tipo así?

—Pruébeme —lo reté con una sonrisa—, y veamos qué pasa.

Le di una última mirada de advertencia y transcurridos unos segundos en los que en aquel despacho solo se escuchaba su agitada respiración, salí de allí con Terry pisándome los talones.

Encontramos a Jen y Mia en el aparcamiento, ambas apoyadas contra el capó de mi coche y en silencio, cada una sumida en sus pensamientos que, aunque estoy segura de que rondaban en torno a lo mismo, lo hacían de muy distinta forma porque mientras podía ver preocupación en el rostro de mi hermana, Jen se veía más que furiosa.

La entendía, joder.

Pero mucho me temía que parte de ese enojo estaba enfocado hacia mi persona al no comprender que lo que había ocurrido allí dentro era solo mi necesidad de ayudarla y evitar que agravase sus problemas.

Cuando llegamos hasta ellas me crucé de brazos, dirigí una mirada a mi amigo, quien enarcó las cejas, y supe que los dos habíamos estado pensando en lo mismo desde que descubriéramos lo sucedido aquel día.

—Hoy mismo comenzaremos con las clases de defensa personal —informé con un tono que no dejaba lugar para la discusión.

Pero, como siempre sucedía con ellas, la hubo. Por supuesto que la hubo.

—Sabes que odio la violencia —respondió Mia con voz tensa.

—¿Y cuándo se ha decidido eso exactamente? —inquirió Jen con sorna.

Ignoré a esta última y me enfoqué en mi hermana.

—Que no te guste, no implica que a veces no sea necesario. Todo lo que podáis aprender para defenderos en un futuro será bueno, ya sea que lo necesitéis o no.

Y, joder, esperaba que no.

—Te he hecho una pregunta, Sullivan —espetó Jen, entrecerrando sus rasgados ojos—. Responde y deja de ignorarme de una vez.

Suspiré. Estaba claro que no nos encontrábamos en mejores términos que antes. Abrí la boca para hablar, pero Terry se me adelantó.

—Jenna, lo único que estamos diciendo es que nos preocupamos por vosotras —dijo con esa voz calmada, con la tranquilidad y sosiego que lo caracterizaban—. Creemos que será mejor que estéis preparadas en caso de que en el futuro podáis encontraros en alguna clase de aprieto. Solo queremos que

seáis capaces de defenderos, eso es todo.

Observé cómo poco a poco su ceño fruncido desaparecía; sus labios, que hasta ese momento dibujaban un apretado mohín, comenzaron a alisarse hasta acabar en una suave y preciosa sonrisa, y todo para él.

Fue mi turno de mirar entre ellos con sospecha cuando Jen se acercó hasta él y acarició con suavidad su brazo.

—Lo entiendo y te lo agradezco. —Se puso de puntillas y depositó un tierno beso en su mejilla—. De todas formas, ya había pensado en tomar algunas clases, así que nadie mejor para enseñarme que tú.

Tras eso, la vi enlazar su brazo con el de mi hermana antes de que las dos se metieran en el coche.

Pero ¿qué mierda acababa de suceder?

Estaba molesto. No, joder, más que eso... estaba furioso. Apreté los puños a mis costados mientras sentía cada músculo de mi cuerpo en tensión, rechiné los dientes y no aparté la vista del coche, incluso si no conseguía distinguirla con claridad debido a los cristales polarizados. Ni siquiera quería empezar a analizar las distintas emociones e ideas que me atravesaban en ese instante.

No.

Sin embargo, me jodía sobremanera que cuando ambos estábamos sugiriendo lo mismo, yo obtenía desplantes y ceños fruncidos mientras que Terry conseguía sonrisas y suaves besos en la mejilla.

Giré la cabeza y fulminé a mi amigo con la mirada. Él, que hasta el momento seguía con una tonta sonrisa en su estúpida cara, percibió mi escrutinio.

—¿Qué? —inquirió con inocencia, sin entender una mierda.

Sin mediar palabra, gruñí, me encaminé hacia el coche y una vez dentro, cerré con fuerza.

¿Por qué? ¿Por qué demonios tenía que actuar así? ¿Por qué apreciaba su sugerencia, pero no la mía?

Y peor...

¿Por qué me importaba tanto?

Capítulo Siete

Diecisiete años...

—¡Quiero hacerlo con Terry!

Cuando el aludido levantó la mano, me detuve a medio movimiento y limpié el sudor de mi rostro mientras jadeaba intentando recuperar el aliento. Me giré y vi a Mia con las manos en las caderas, al más puro estilo de su *nonna*, y a Luke con los brazos cruzados sin inmutarse ni un ápice tras la exigencia de su hermana. Llevábamos varias semanas con las lecciones y, aunque siempre al comienzo de la clase ellos hacían una demostración, luego tocaba la parte práctica y ahí era donde acabábamos Mia con Luke y Terry conmigo. A nadie se le ocurrió sugerir un cambio, puesto que parecía el modo más lógico de hacerlo; puede que algún tiempo atrás yo misma lo hubiese hecho con tal de estar más cerca de él, para conseguir cualquier contacto por pequeño que este fuese, pero ya no. Me negaba a seguir suplicando por algo que me debía ser entregado libremente y por propia voluntad.

—Esto te lo pregunto más por querer satisfacer mi curiosidad que otra cosa —respondió él con ese tono que, aunque pretendía ser calmante, era capaz de desquiciarte—. ¿Por qué?

Mia lo miró con ojos desorbitados.

—¿Estás bromeando? —Luke enarcó las cejas y ella elevó aún más el tono—. ¡Porque eres un tirano y me pones de los nervios! —Tomó una respiración profunda y se llevó una mano al pecho intentando calmarse. Mordí una sonrisa, pues la entendía perfectamente—. Te amo, Luke, de veras que sí, pero me niego a seguir trabajando contigo. Eres un dictador insensible y me atosigas tanto que no consigo concentrarme en nada.

—Y tú quieres que este dictador atosigue a tu mejor amiga —declaró él.

Buen punto.

—¡Sí! —Enarqué las cejas y crucé los brazos. Ella me miró arrepentida—.

Quiero decir que no... ¡¡Arrrggghhh!! —Hizo un mohín—. Lo siento, Jen.

—Bah, no te preocupes.

Resté importancia al asunto y les di la espalda para ir a buscar mi botella de agua. No pensaba inmiscuirme en esa discusión de ninguna de las maneras. Además, teniendo en cuenta que Luke llevaba meses evitándome como si tuviera la peste, no tenía la menor duda de que se negaría a su petición.

Estaba dando un sorbo cuando, al cabo de unos momentos, su respuesta hizo que me quedase de piedra.

—Muy bien —concedió. Lo vi asentir a través del espejo y mirarme de reojo—. Cambio de parejas.

Escupí el agua en un ataque de tos y abrí los ojos todo cuanto pude.

—¡Y una mierda! —espeté—. Quiero quedarme con Terry, no tiene sentido hacer un cambio ahora que estamos tan bien acoplados.

Terry se llevó el puño a la boca, apenas reprimiendo la risa, Mia sonrió satisfecha, pero cuando vio que la fulminaba con la mirada, de inmediato cambió el gesto a uno arrepentido y Luke... Luke permanecía impassible, con el rostro en blanco sin dejar entrever nada de lo que pensaba o sentía en ese momento. Era enervante, maldita sea.

Aunque fijándome bien... Sí, ahí, un pequeño tic, la más ligera de las contracturas en su fuerte mentón y ojos ligeramente entornados. Oh, sí, le molestaron mis palabras.

Bien.

—Si un tipo cualquiera te ataca en la calle, dudo mucho que hayas tenido tiempo para acoplarte a él y así conseguir una mejor defensa.

Apenas pude contener el estremecimiento al escuchar su profunda voz mientras clavaba su verde mirada en mí.

Tenía razón, sí. La cuestión radicaba en que no quería estar cerca de él, *no podía* hacerlo después de semanas evitándolo con éxito.

—Mi hermano tiene razón.

«Muchas gracias, Sherlock», pensé.

—Solo dices eso porque no quieres seguir trabajando con él.

Orgullosa, vi sus mejillas enrojecer al tiempo que hacía un pequeño mohín. Sin embargo, no tuve mucho tiempo para regodearme antes de que el aludido hablase de nuevo.

—Supongo que fue un error de juicio por mi parte cuando te apodé «pequeña guerrera» hace todos esos años. —Me miró socarrón. ¿Qué pretendía?—. Entiendo que te asuste un verdadero desafío.

Imbécil presuntuoso.

—¡Oye! —protestó Terry con el ceño fruncido—. ¿Dónde demonios me

deja eso a mí?

—Bueno, creo que tu apodo te viene como anillo al dedo —repliqué con una sonrisa ladina. Lo evalué ladeando la cabeza y lo repasé de pies a cabeza deteniéndome más tiempo en cierta parte de su anatomía—. *Birdie*... Sí —asentí satisfecha—, es perfecto.

Mia dejó escapar una risita e incluso sin mirarlo percibí la confusión e interés de Terry por el tono de su voz cuando habló, pero no alejé en ningún momento la mirada de los ojos de Luke quien, a su vez, entrecerró los suyos y apretó la mandíbula, sin duda molesto por la alusión.

—Nunca me habéis explicado de dónde demonios salió ese apodo.

—No son más que cosas de niñas. —«Oh, respuesta equivocada, Luke». Mentiría si dijera que no me había molestado, ya que me dolió un poco que siguiera refiriéndose a mí en esos términos. Abrí la boca y señalándome con el dedo, advirtió—: Ni se te ocurra.

Por supuesto, lo ignoré y miré a Terry, que parecía más que entretenido.

—Verás, aquí tu amigo —señalé con la mano a Luke en un gesto vago sin ni siquiera mirarlo—, tuvo a bien darnos una lección acerca de sexo y anatomía masculina hace unos años.

Mia rio mientras su hermano murmuraba un frustrado:

—Joder...

—Por entonces teníamos trece años...

—Casi catorce —corrigió mi amiga.

—Cierto, gracias —asentí solemne, antes de continuar—. La cuestión es que debió escucharnos hablar acerca de unos chicos de clase, uno de ellos estaba interesado en Mia.

—Jonathon —suspiró ella soñadora.

—El mismo. —Sacudí la cabeza y le dirigí una mirada para que parase de interrumpirme—. De pronto, Luke entró en el dormitorio, cerró la puerta y comenzó una extensa diatriba acerca de los chicos y lo que estos quieren de las chicas cuando alcanzan cierta edad. Nos explicó todo acerca de los pajaritos y lo que pasaría con los suyos si se les ocurría intentar algo con alguna de nosotras.

—¿Pajaritos? —Terry parecía confundido.

Qué adorable.

—Ajá. —Asentí y señalé con la cabeza hacia su entrepierna—. Vuestros pajaritos.

Transcurrieron varios segundos en silencio durante los cuales mi hasta ahora compañero miraba entre los tres con las cejas enarcadas. De repente, prorrumpió en unas sonoras y profundas carcajadas sin poder contenerse más. Mia y yo lo seguimos. Luke, por su parte, nos miraba con un profundo ceño

fruncido murmurando maldiciones; con suerte, eso le enseñaría a no volver a llamarme niña. Algunas burlas, comentarios jocosos y malas miradas después, nuestro objeto de risas dio una fuerte palmada en el aire y nos instó a volver al trabajo. Con un nudo de aprensión me dirigí hacia él, temiendo y anhelando el tiempo que teníamos por delante y en el que sabía que íbamos a estar en un muy, muy cercano contacto.

—¿Era eso realmente necesario? —espetó mientras nos colocábamos en posición—. No te imaginas la mierda que me va a dar a partir de ahora con los malditos pájaros.

—Cosas de niñas, ya sabes —respondí con sequedad, evitando sus ojos.

Se quedó muy quieto, pero no respondió la puya y no dijo nada hasta que transcurrieron algunos segundos durante los cuales lo sentí perforándome con una intensa mirada.

—Muy bien. —Se aclaró la garganta—. Veamos lo que puedes hacer.

Respiré hondo y pronto comenzamos una particular danza en torno al otro poniendo en práctica todos los movimientos que Terry me había enseñado hasta el momento. Nuestros pies se deslizaban por las esterillas de la sala del gimnasio, sentía cada aliento suyo como si fuese el mío propio, cada gruñido cuando conseguía golpearlo era maná para mis oídos, no porque quisiera hacerle daño, sino porque quería demostrarle que podía hacerlo bien. Por estúpido que pueda resultar, quería que estuviera orgulloso de mí. Fui tan consciente de los lugares en los que nuestras pieles se tocaban y rozaban, que me arrepentí de las mallas y el pequeño top deportivo que vestía y que tan perfecto me parecieron en su momento para esas sesiones; de repente, necesitaba alguna barrera entre nosotros, cualquier cosa que lograra impedir despertar ese anhelo durante largo tiempo reprimido y que a medida que crecía no hacía más que acrecentarse, exigiendo atención, solicitando una solución y que acababa tornándose en frustración cuando no hacía más que ser ignorado. Supongo que me distraje, porque lo siguiente que supe fue que sus brazos se envolvían a mi alrededor desde atrás, apresándome como si de dos fuertes bandas de acero se trataran y de las que ni podía ni quería escapar. Cerré los ojos un instante, deleitándome en el hecho de que nuestros cuerpos estuviesen perfectamente alineados, en sentir su agitada respiración mientras su pecho subía y bajaba a causa de esta, pegado a mi espalda, en notar cada lugar en el que nuestras pieles resbaladizas por el sudor se tocaban, en el modo en el que su aroma me envolvía y acariciaba cada parte de mí, convirtiéndose en todo cuanto necesitaba para respirar, para vivir.

No fue algo planeado ni ensayado, no pretendía incomodarlo o provocarlo de ninguna forma, sencillamente parecía lo más natural por hacer y ni siquiera lo pensé antes de cerrar los ojos y dejar caer con suavidad la cabeza hacia atrás

para apoyarla en su hombro. Sé que no fueron imaginaciones mías cuando el agarre que mantenía sobre mí dejó de ser una maniobra de autodefensa-ataque y se convirtió en un verdadero y cálido abrazo. Sentí cómo sus brazos se tensaban casi de forma imperceptible, de ese modo tan peculiar que usamos cuando de verdad tenemos la necesidad de acercarnos más a la otra persona; noté el momento en el que descendió su cabeza, acariciando primero mi cabello con su mentón para después inhalar profundamente en un punto de mi cuello, justo bajo la oreja. Aquel instante resultó ser el más íntimo que había experimentado en toda mi joven vida porque, por primera vez, me permití soñar con que quizás Luke me quería tanto como yo a él; no se tiene ese tipo de acercamientos con cualquier persona y ni mucho menos con una hermana, ¿verdad? Pero, después de todo, ¿qué sabía yo? No tenía experiencia alguna en ciertos aspectos de la vida, de acuerdo, era solo un bebé en muchos sentidos. Sin embargo, creo firmemente que hay según qué cosas que solo... las sabes, ¿entiendes? No tienes más que sentirlas en lo más profundo de tu ser para que se conviertan en una certeza de esas que jamás se te ocurriría poner en tela de juicio. Y aquel abrazo... Ese abrazo es del tipo que se da entre dos personas que de verdad se quieren, que se necesitan.

De manera instintiva me arrebujé más, dejándome engullir por su gran cuerpo; ahora más consciente de todo él decidí arriesgarme y, de forma tentativa, subí una mano para acariciar el antebrazo que cruzaba mi pecho, mientras que la otra se movía por propia voluntad también para entrelazar nuestros dedos con la mano que se mantenía sujetando mi cintura.

Dios, pensé que mi corazón estallaría de un momento a otro.

Era demasiado, era mucho más de lo que llegados a ese punto esperé obtener y sin embargo también resultaba insuficiente. Quería llorar, quería gritar, quería sonreír y al mismo tiempo golpearlo porque él, ya sea que quisiera reconocerlo o no, estaba respondiendo a mí, a mis caricias, a ese íntimo contacto entre nosotros. Me moví, intentando de forma casi inconsciente pegarme más a él y fue entonces cuando noté el bulto que sobresalía y se clavaba contra mi espalda baja. No, no era fruto de mi imaginación. Luke estaba tan afectado por el contacto entre nuestros cuerpos como yo. Abrí los ojos y, casi como si hubiésemos estado sincronizados, nuestras miradas se cruzaron en el espejo que ocupaba toda la pared a nuestra derecha.

Fue una hermosa imagen la que me recibió.

Tan diferentes como la noche y el día, el yin y el yang, y, sin embargo, parecíamos encajar a la perfección. No sé cuántos segundos transcurrieron, pero ambos observábamos con morbosa curiosidad la imagen que reflejábamos; eso fue hasta que me removí y al sentir de nuevo su dureza clavándose contra mí,

cerré los ojos y emití un apenas perceptible quejido de placer. Aquello pareció despertarlo de golpe, puesto que se alejó como si estuviese en llamas.

Me giré para encararlo, ambos con la respiración agitada, en silencio. Yo, deseando que mis más profundos anhelos por fin se hubiesen hecho realidad, él, con dudas y remordimientos reflejados en su verde mirada.

Tormento, eso es lo que destacaba en su expresión.

—Tú...

Ni siquiera me dejó acabar.

—No —atajó. Apretó la mandíbula—. Vamos, ataque frontal.

¿Qué? ¿Estaba bromeando?

No, no lo estaba. De hecho, durante los siguientes diez minutos me pateó el trasero de todas las formas posibles hasta que me tuvo frustrada, agitada y, sí, enfadada.

Él no parecía sentirse mucho mejor.

»¡No estás concentrada! —Se tocó la sien y después señaló el suelo entre nosotros—. Recuerda, maldita sea... Llevamos semanas con esto.

Maldito fuera él, porque yo solo podía pensar en el momento vivido poco antes. ¿Cómo parecía tan inafectado? ¿Cómo podía permanecer tan frío?

—¡No puedo! —siseé acercando nuestros rostros—. Antes... Lo que ha... —Resoplé y me froté los ojos—. Dime que no ha sido mi imaginación. —Miré hacia su entrepierna con intención—. Dime que no lo has sentido.

—No sé de qué demonios estás hablando.

Cabrón.

—Eso no es más que una mentira y ambos lo sabemos.

Apretó la mandíbula y se cruzó de brazos.

—No —respondió impasible—, eso no es más que una reacción natural e involuntaria del cuerpo a causa del contacto, algo sin mayor trascendencia o importancia.

—Dudo mucho que tu cuerpo reaccionase del mismo modo con tu hermana —repliqué imitando su postura.

Ni siquiera sé por qué insistía tanto, era absurdo empujarlo de aquella forma, pero necesitaba que reconociese lo que ambos habíamos experimentado momentos antes.

Me dirigió una dura mirada y se frotó el rostro.

—No puedes decir ese tipo de cosas, Jen —suspiró y sacudió la cabeza—. Por el amor de Dios... No eres más que una...

—Si vuelves a decir que soy una niña, te voy a patear las pelotas.

—...Una niña —terminó como si yo no hubiese hablado.

Tenía los brazos cruzados y probablemente él no podría verlos, pero apreté

los puños con fuerza hasta que las uñas se clavaron en mis palmas de forma dolorosa. Necesitaba eso, la distracción, era el único modo de no saltar sobre él y golpearlo por ser un maldito cínico.

Miró hacia atrás para asegurarse de que Mia y Terry seguían concentrados en lo suyo y no nos escuchaban. Dio un paso hacia mí y bajó la voz mientras yo levantaba el rostro para encontrar su mirada.

»Pensé que si te daba tiempo para... —Resopló y cerró los ojos un instante mientras se pellizcaba el puente de la nariz—. Sé que probablemente ahora no lo entiendes —me miró y de verdad que parecía apenado—, pero tal como te dije aquel día, creo que esto no es más que...

Dejé de prestar atención.

Dejé de mirar sus ojos.

No necesitaba volver a escuchar las palabras que sabía saldrían de sus labios, aquellas que me producirían un agónico latigazo de dolor. Me negaba a asentir cuando repitiese que aquello no era más que algo pasajero o mi necesidad de buscar refugio en alguien fuerte, en la personificación de lo que cualquier niña consideraría un príncipe azul.

Preferí concentrarme en el pequeño grupo de pecas que salpicaban su nariz y mejillas.

Quince.

Quince hermosas pecas.

No necesitaba volver a contarlas puesto que ya lo había hecho infinidad de veces antes de ese día.

Es un número bonito, ¿verdad? Además, bastante significativo en la vida de una chica. Los dulces quince, ese momento en el que ya no te sientes tan niña y sí más mujer. O ¿eran los dulces dieciséis? No importaba, esa barrera quedó atrás hacía algún tiempo ya.

—Sé cuánto amas escucharte hablar —interrumpí su discurso y le di la espalda, colocándome en posición—. Pero creo que sería buena idea volver al trabajo.

Pasaron largos segundos durante los que solo se oían los murmullos, movimientos y risas de nuestros dos compañeros que, afortunadamente, permanecían ajenos a lo que allí ocurría. No me giré, tampoco busqué su mirada a través de ningún espejo, sino que permanecí de espaldas a él e incluso así podía sentir su confusión por el modo tan brusco de acabar con aquella absurda diatriba suya. El arrastre de pies fue la primera indicación, su calor y su esencia rodeándome me avisaron de que ya estaba preparado y en posición; no dijo una sola palabra, quizás agradecido de que hubiese sido yo misma quien acabó con la conversación ahorrándole así el mal trago. Poco sabía él que sería yo quien

tuviese la última palabra ese día, pero, por supuesto, lo haría a mi manera.

Lo siguiente sería que Luke me agarrase por detrás fingiendo ser un atacante y yo tendría que ejecutar las correspondientes maniobras para liberarme de él. Pero antes...

En cuanto me sujetó, en lugar de defenderme de inmediato, me eché más hacia atrás buscando su contacto, alineando nuestros cuerpos. Con cierta ternura coloqué las manos en sus antebrazos, que cruzaban por mi cuerpo, giré el rostro y nos observé en el enorme espejo a la izquierda; él hizo lo mismo y por unos instantes nos quedamos así, tan solo mirándonos, congelados hasta el punto de que casi olvidé mi propósito. Le sonreí ladina justo antes de rotar mis caderas en un delicioso círculo que me volvió más consciente aún de la erección que se adivinaba bajo sus pantalones de algodón; aspiró una brusca bocanada de aire justo antes de advertir en un gruñido:

—Jen...

No le di tiempo a acabar. Ejecuté los movimientos que me conocía de memoria.

Pisotón para distraer, codazo en el estómago que lo pilló por sorpresa y le arrancó un gruñido, cabeza hacia atrás —lástima que golpeé su mentón y no la nariz, es lo que ocurre con las diferencias de estatura—, y por último me giré para el golpe estrella: rodillazo en las pelotas.

Jodidamente satisfactorio.

Se puso de rodillas ahuecando la parte afectada, sus amadas nueces, eso, mientras su rostro enrojecía y me fulminaba con la mirada.

—Mierda, eso debe doler —murmuró Terry desde su posición. Se llevó la mano a la ingle como si de algún modo quisiera proteger las suyas. De momento estaban a salvo, al menos conmigo.

Puede que también me sintiera un poco culpable al verlo encogido de dolor en aquellas esterillas azules, pero fue su pequeño precio a pagar, llevaba mucho tiempo buscándolo y al fin consiguió una pequeña muestra de lo que podía obtener si seguía comportándose como un cobarde cretino conmigo.

—Luke, ¿te encuentras bien?

Ni siquiera miró a su hermana mientras ella, preocupada, se acercaba hasta él. No, porque mientras continuaba arrodillado ahuecando sus preciadas bolas, me fulminaba con la mirada.

—Pero... —jadeó y casi... casi me sentí un poco mal—. ¿Qué mierda ocurre contigo?

Bien sabía él lo que sucedía conmigo.

Si bien momentos antes me sentí satisfecha, ahora... ahora no había nada. Sí, pena. Pena porque ese día supe que él también sentía algo por mí, no solo por

su excitación, no. Fue... fue algo en el modo de abrazarme, no sabría cómo explicarlo, pero estaba ahí, ¿entiendes? Y me estaba matando ser consciente de que no pensaba hacer algo al respecto. Lejos de eso, volvió a tratarme como si no tuviese idea de nada. Y eso dolía.

—Supongo que eso ha sido mi cuerpo reaccionando por su propia cuenta.
Resopló y sacudió la cabeza.

—¡Por Dios, Jen! —Mia me miraba con los ojos muy abiertos—. Podrías haberle hecho daño.

—Creo que llegas tarde para eso —murmuró Terry, mirando entre nosotros dos.

—Me voy a casa.

Me giré no queriendo ver más a Luke.

—¿Qué?

—Espera unos minutos y te llevaré —se ofreció el siempre solícito Terry.

—Iré caminando —informé de espaldas a ellos. Comencé a recoger mis cosas y a meterlas en la bolsa de deporte—. Me vendrá bien el paseo.

—Pero tienes casi una hora caminando —protestó Mia. Ella me conocía y sabía a esas alturas que, si había tomado una decisión, nada me haría retroceder.

—Nos vemos en casa.

Justo antes de salir, miré hacia el espejo y encontré que Luke, aunque aún parecía un poco dolorido, ya se había enderezado y me observaba con una expresión difícil de descifrar. Puede que fuesen solo unos segundos, pero durante esa pequeña fracción de tiempo esperé a que dijese algo, a que reconociera que no era fruto de mi imaginación lo que allí había ocurrido, a que se disculpase por tratarme como a una estúpida niña.

Nada de eso ocurrió.

Sin más, me marché y lo último que vi de él fue que se pasaba la mano por su corto cabello y también me daba la espalda ignorando por completo mi marcha. Cuando salí, mi siempre fiel Shadow esperaba en la puerta.

—Vámonos de aquí, pequeño.

—¡Cógelo, chico!

Lancé uno de esos enormes huesos masticables que le había comprado a Shadow. Ni siquiera miró hacia el lugar en el que había caído el dichoso palito, no. Él me observaba con una atención que resultaba casi perturbadora, más que nada porque parecía sentir todo lo que me abrumaba o molestaba, de hecho, era como si lo asimilara como propio. Así estábamos, yo sentada en los escalones del porche y él frente a mí, con la cabeza ladeada y aquellos ojos —cada uno de un color distinto—, clavados en mí.

Suspiré, alargué la mano y de inmediato se acercó y la golpeó suavemente con su húmedo hocico. Mucho era lo que pasaba por mi mente aquellos días y solo cuando estaba junto a mi fiel amigo me sentía en relativa paz, o al menos todo lo tranquila que podía estar dadas las circunstancias. ¿Lo último? Esa misma mañana mi padre me había llamado por teléfono después de varios meses sin noticias suyas. Por supuesto no respondí y se desvió al buzón de voz donde dejó un mensaje que no pude resistirme a escuchar.

«Tenemos que hablar», fue todo cuanto dijo. No se interesó por mí, por cómo me iba o qué era de mi vida, no. Si por un maldito momento imaginó que lo llamaría o que iría a aquella casa que durante tanto tiempo fue mi prisión, bien podía esperar sentado. Nada tenía él que me pudiera interesar en lo más mínimo. Absolutamente nada.

Estaba perdida en mis pensamientos cuando, de repente, Shadow se tensó e irguió las orejas. Al levantar la vista vi que Luke acababa de aparcar junto a la acera. Si bien seguía molesta por su forma de enfrentar —o más bien, ignorar— lo que fuera que sentía por mí, no pude evitar que mi corazón aletease como un loco con su mera visión. Eso fue hasta que me di cuenta de que no estaba solo y no venía acompañado de Terry o de algún otro amigo, sino de una chica.

Se bajó del coche y yo, casi por inercia, continué acariciando el morro de mi pequeño amigo, quizás porque necesitaba mantenerme ocupada con algo. Daba igual lo molesta que estuviera con él, cuánto me irritasen a veces sus palabras y acciones o la ausencia de ellas, me bebí su imagen como un sediento en mitad del desierto. Cinco días desde la última vez que lo había visto y mi atracción hacia él no mermaba en lo más mínimo, si acaso, sucedía todo lo contrario.

Admiré su fuerte y tonificado cuerpo, sus piernas enfundadas en unos *jeans* desgastados, las Converse negras que tanto le gustaban y una camiseta también negra que abrazaba de una forma deliciosa cada músculo de su torso. Su cabello rubio oscuro lucía ahora incluso más corto, pero seguía manteniendo aquella barba de un par de días que, lejos de parecer descuidada, le daba un cierto aire macarra que me volvía loca y, ¿lo más desconcertante? Sus preciosos ojos, esos que eran mezcla de verde y pequeñas motitas doradas, estaban clavados en mí

con una intensidad que me hizo estremecer de pies a cabeza pese a la suave temperatura.

¿Por qué lo hacía? ¿Por qué me miraba así? No debería hacerlo si no quería mis atenciones, aquello solo daba lugar a más confusión y frustración por mi parte. ¿Acaso no se daba cuenta?

Se detuvo frente a mí, aún con nuestras miradas firmemente ancladas.

—Hola, Jen —saludó con su profunda voz. Y escuchar mi nombre pronunciado de aquella manera fue como una caricia.

Ni siquiera parecía molesto por el modo en el que golpeé su entrepierna la última vez que nos vimos. No había duda de que yo era la más rencorosa de los dos. Abrí la boca para responder cuando Shadow se removió. En ese instante en el que aparté la vista, mis ojos se desviaron hacia su coche, el mismo en el que lo esperaba su nueva conquista. Se me hizo un nudo en el estómago y cualquier intención que hubiese tenido de suavizar las cosas entre nosotros quedó más que relegada a un segundo plano.

¿Había venido para restregarme su agitada vida sexual en las narices? A la porra él y a la porra todo.

—Sullivan —murmuré con desidia sin ni siquiera mirarlo. Sabía cuánto le molestaba que lo llamase de ese modo. Casi tanto como *birdie*.

Suspiró de forma audible, de reojo vi cómo apretaba y destensaba los puños a los costados, y tomó una respiración profunda antes de hablar.

—Vengo a...

—Claro, claro. —Hice un indolente gesto con la mano, invitándolo a pasar... a su propia casa, nada menos—. Entra.

—Eres imposible, joder —murmuró molesto, justo antes de desaparecer tras la puerta.

¿Me gustaba pelear con él?

No.

Bueno, no siempre. Al menos no ese tipo de discusiones que venían de mi necesidad de buscar resarcirme de alguna manera siempre que me sentía dolida. Era solo otra forma más de protegerme. De algún modo tenía que salvaguardar mi ya maltrecho corazón.

El problema era que lo extrañaba como una maldita loca porque, aun sabiendo y siendo consciente de que no llegaríamos a nada, al menos antes tenía su cercanía, su amistad y preocupación; conversaciones, bromas y juegos... todo eso se había perdido. Ahora caminaba a mi alrededor en tensión, evitando el contacto directo y cuidando en exceso sus palabras. Quizás esa fuera la razón de que ante la mínima señal de emoción unos días atrás, me aferrase a ella como si mi vida dependiera de ello.

No sabía a qué había venido, no tenía ni la más remota idea puesto que ya apenas hablábamos desde el día en el que se me ocurrió abrirle mi corazón, pero mentiría si dijera que cuando la puerta del copiloto se abrió, la curiosidad por saber más de esta chica no ganó a la molestia de saber que compartiría con él algo que yo solo podía imaginar. Traté de aparentar tranquilidad y me mantuve distraída con Shadow mientras, de reojo, la vi caminar hacia mí.

—¡Hola! —saludó, cantarina. Jesús, tenía que ser una de esas—. ¿Te importa un poco de compañía?

De ninguna manera.

—Claro, siéntate.

¿Qué se suponía que le tenía que decir?

Un extraño silencio se instaló entre nosotras. Mi pequeño amigo la observaba como si no supiera qué hacer con ella y miraba entre las dos de forma un tanto extraña.

Percibí cómo la chica me estudiaba durante largos segundos antes de hablar.

—Tú no eres Mia, ¿verdad? —La encaré y sacudí levemente la cabeza. Ella sonrió brillante—. ¡Lo sabía! Por el modo en el que Luke me habló de ella no me dio la impresión de que fuese adoptada.

Creo que la mandíbula me llegó al suelo.

—¿Perdón?

—Bueno —continuó con esa irritante y chispeante voz suya, aunque ahora algo más moderada—, tus rasgos son... eh... —Frunció el ceño y dudó—. Eres diferente, ya sabes.

Hija de...

—Soy americana —respondí entre dientes, aunque o no lo notó o decidió ignorarlo. Basándome en los pocos instantes que llevábamos juntas, me inclinaba más por lo primero. Si se le ocurría llamarme china, la iba a golpear.

—Así que supongo que tú debes ser la amiguita de su hermana pequeña.

Bueno, aquello no paraba de mejorar.

—Soy Jen.

Aplaudió y brincó desde su posición sentada junto a mí.

—¡Y compartimos nombre! —Extendió la mano y a regañadientes la estreché—. Soy Jennifer, pero todos me llaman Jen.

Pues mira qué bien.

La observé, lo hice de verdad por primera vez y obtuve la respuesta a mi pregunta de qué demonios había visto Luke en ella. Supuse que no importaba lo absurda o poco interesante que la chica podía resultar, porque en realidad era muy linda. Era toda una belleza con largo y ondulado cabello castaño, piel clara

y unos enormes y preciosos ojos azules que chispeaban diversión. Supe que no hubo ninguna mala intención en lo que había dicho, sencillamente no filtró o siquiera pensó en sus palabras, pero saber que era la cita de Luke y lo que con toda probabilidad ocurriría entre ellos aquella noche, me llevó a odiarlos a ambos y actuar del modo en el que lo hice.

Transcurridos algunos segundos en silencio, me centré en Shadow y hablé con fingida indiferencia.

—Es admirable lo que estás haciendo, ¿sabes?

Le dediqué una suave sonrisa cuando ella me miró con la confusión dibujada en su rostro.

—No entiendo lo que quieres decir —respondió con el ceño fruncido.

—Bueno, desde que contrajo ese horrible herpes genital no lo ha tenido precisamente fácil con las citas. —Suspiré, simulando aflicción—. Todas las demás chicas salían espantadas en dirección contraria en cuanto les contaba lo de su problema. —Sacudí la cabeza—. Ni siquiera se detenían a valorar que se estuviera sincerando con ellas, solo se quedaban en lo superficial. Sin embargo, aquí estás y eso dice mucho en tu favor.

A medida que las palabras abandonaban mis labios, su rostro fue transformándose y dejando ver distintas emociones; desde la confusión hasta la sorpresa, acabando con el más puro y absoluto espanto. Tuve que apartar la mirada y volver a centrarme en mi pequeño amiguito o no podría retener las carcajadas.

Dios, Luke me iba a matar.

Pero era lo justo, ¿no? Él llevaba años destrozando cualquier posibilidad de que tanto Mia como yo tuviésemos alguna cita con chicos sin que estos estuviesen aterrorizados.

—Yo no... eh... —Parpadeó y sacudió la cabeza, como si intentase borrar alguna horrible imagen de su mente—. ¿Herpes... genital? ¿He entendido bien?

Casi sentí pena.

Casi, pero no tanto como para retractarme.

—¡Oh, Dios mío! ¿No lo sabías? —Mi turno para fingir horror. Negó y me llevé el puño al pecho—. Luke me va a matar —lloriqueé. En un gesto que pretendía dotar de dramatismo mi actuación, sujeté sus manos entre las mías a modo de súplica y bajé la voz—. No se lo digas, por favor. Él es un hombre honesto, estoy segura de que, en algún momento de la noche, antes de... ya sabes —miré hacia su entrepierna y ella pareció cerrarse como una almeja—, te lo habría contado. No lo dudo ni por un segundo.

Me observaba, pero parecía perdida en sus pensamientos mientras se mordisqueaba el labio. Finalmente asintió y suspiré aliviada, aunque en realidad

me importaba un bledo que se lo dijera o no. De hecho, contaba con ello.

—Puedes estar tranquila. —«Sí, seguro», pensé—. Sin embargo, ¿podrías decirme algo más? ¿Qué... qué clase de herpes? ¿Es muy contagioso?

No sabía cuánto más podría continuar con aquello sin reírme.

—Creo que ya te he dicho demasiado, no quiero meterme en líos — murmuré apartando la mirada.

—Tengo derecho a saber —respondió sin nada de aquella chispa inicial a la vista—. Confío en que me lo contará todo, pero me ayudaría mucho conocer lo que sepas al respecto.

El hecho de que no le sorprendiera que yo, «la amiguita de su hermana», tuviera una información de índole tan íntima y personal acerca de Luke, me resultaba casi inaudito.

—Esperarás a que él te lo cuente, ¿verdad? —Asintió, expectante. Muy bien, allá íbamos—. Es por eso por lo que tiene que venir cada día. —Señalé con la cabeza hacia la casa—. No sé qué tipo de herpes es, pero sí que lleva bastante tiempo tratando de deshacerse de él sin resultado. Parece que nada funciona. —Chasquéé la lengua y sacudí la cabeza—. Cada vez que cree que se ha librado de él... ¡Bang! —Aplaudí con fuerza y se sobresaltó—. Resulta que aún sigue ahí. Sin embargo, su abuela tiene muy buena mano con los remedios caseros.

—¿Remedios caseros?

—Ajá —asentí con una orgullosa sonrisa—. Ninguno de los que le recetaba el médico surtía efecto, así que su abuela decidió probar suerte. Parece que el ungüento que hizo para él al final está dando sus frutos.

—Vaya —sonrió con cierto alivio—, eso es genial. Significa que por fin se está curando y...

Ja.

—Por eso viene cada día a que su madre se lo ponga.

Abrió los ojos espantada y parpadeó.

—¿Perdón? Su madre... —Sacudió la cabeza—. ¿Qué?

—Bueno, ya sabes cómo son a veces los hombres —expliqué con un inocente encogimiento de hombros—. La señora Sullivan no confiaba en que lo estuviese haciendo bien, así que acordaron que él vendría cada día para que ella le untase bien con crema la zona afectada. —La pobre chica parecía querer salir corriendo de allí—. La señora Moretti, su abuela, también se ofreció a hacerlo, pero Luke pensó que eso podría resultar un poco incómodo.

Por Dios... Su expresión, esa mezcla de horror y repulsión mientras me observaba con los ojos abiertos como platos, no tenía precio. Qué pena que no tuviera mi teléfono a mano para immortalizar el momento, aunque habría resultado un tanto extraño hacerle una foto. Abrió la boca para hablar, ni siquiera

puedo imaginar lo que pensaba decir y tampoco pude averiguarlo puesto que en ese preciso instante la puerta de entrada se abrió y el involuntario protagonista de nuestra conversación salió al porche.

—¿Nos vamos? —preguntó dedicándole una suave sonrisa que quería para mí sola. Se estaba colocando bien la camiseta y el cinturón, y la chica, Jen, clavó los ojos en su entrepierna.

No pude más. Un bufido mezclado con risa emergió desde lo más profundo de mi ser y escondí el rostro entre mis brazos cruzados que descansaban a su vez sobre mis rodillas flexionadas.

—¿Todo bien? —inquirió ella. Por el rabillo del ojo vi que seguía observándole el paquete.

Jesús.

—Sí, solo tenía que solucionar algo con mi madre. —Luke miró hacia abajo también, buscando lo que tenía tan fascinada a su cita—. Jen, ¿te encuentras bien?

—Perfectamente, muchas gracias —respondí con una voz tan melosa como mi sonrisa. Frunció el ceño y me estudió con sospecha.

—Sí, me alegra oír eso. —Miró entre ambas—. Es que ella también...

—Se llama Jen —respondí contemplándolo con la cabeza ladeada—. Lo sé.

Por irracional que resulte, aquello me molestaba hasta lo indecible. Si pronunciaba ese nombre, debería ser dirigiéndose a mí. Si lo jadeaba, lo susurraba o incluso aparecía en sus sueños, siempre debería estar asociado a mi imagen. A la de nadie más.

Nuestros ojos se anclaron y una de nuestras silenciosas conversaciones tuvo lugar. Una llena de molestia, reproche y sospecha. Una que no podíamos verbalizar teniendo audiencia y que, de todas formas, él habría tratado de evitar a toda costa. Como siempre.

Poco después suspiró y bajó los escalones para situarse frente a ella al tiempo que le tendía la mano para ayudarla a levantarse. La chica observó aquella mano como si fuese una serpiente a punto de atacar.

—¿Qué? —inquirió Luke. Giró su extremidad buscando algo, lo que fuese que tenía a su cita en aquel extraño estado—. Jen, ¿te encuentras bien?

—¿Hablas con ella o conmigo?

—Con ella —respondió entre dientes y fulminándome con la mirada. Sonreí.

—Muy bien, muy bien. —Levanté las manos a modo de rendición—. Lo siento, solo me aseguraba.

—Será mejor que nos vayamos. —Jen, la otra Jen, se puso en pie

ignorando por completo a Luke y la ayuda ofrecida. Comenzó a caminar, en realidad se veía un tanto inestable, pero después se giró para mirarme con sus grandes ojos azules—. Que tengas una buena noche, Jen... —Sacudió la cabeza—. Ha sido un pl... eh, me alegro de haberte conocido.

—Lo mismo digo. —Sonreí y levanté la mano moviendo los dedos a modo de despedida—. ¡Pasad buena noche, chicos!

Luke frunció aún más el ceño. Bien sabía él lo extraño que resultaba que estuviese tan feliz al verlo con una cita. Borré la sonrisa en el preciso instante en que los perdí de vista y suspiré acariciando a Shadow cuando una voz a mi espalda me sobresaltó.

—Mi nieto ya había perdido esta guerra incluso antes de que comenzase. —La abuela de Luke, la señora Moretti, tenía una pícaro sonrisa dibujada en el rostro mientras se paraba a mi lado—. Solo necesita tiempo para darse cuenta de ello.

Mierda. Pillada.

—Eh... yo... —No había forma de justificarme—. Señora Moretti, verá...

—Lo he escuchado todo, *bambina*. —Señaló a la ventana a su espalda—. Estaba en la sala de estar. —Me levanté y quedamos frente a frente. Enmarcó mi rostro entre sus ajadas manos y, por alguna extraña razón, sentí unas tremendas ganas de llorar—. Sabes que se va a enfadar mucho, ¿verdad? —Asentí, ahora un poco más desinflada—. Eres una guerrera, querida Jen, y eres justo lo que mi nieto necesita, sin importar cuánto luche contra ello. —Sonrió con ternura—. *Gli uomini sono asini*.

Reí porque, tras escuchar cómo le repetía eso mismo en infinidad de ocasiones al señor Sullivan, ya conocía el significado. Solo que cuando se lo decía a él, lo remataba con un: «Y tú eres el rey de todos ellos, querido yerno».

—Sí, a veces los hombres son unos asnos.

—No te rindas —pidió con voz serena, mirándome a los ojos—. No imagino a nadie que lo pueda amar con más fiereza que tú, querida niña. Mi nieto no merece menos que lo mejor, al igual que tú. Solo sé paciente, todo llegará, ya lo verás.

Asentí y apreté con cariño sus muñecas cuando se inclinó para besarme en la frente.

Dios, adoraba a esa mujer.

Se sentó en la mecedora que había en el porche y Shadow se quedó tumbado a sus pies haciéndole compañía. Me fui a mi habitación —la habitación de Luke— y me tumbé en la cama pensando en las palabras de la señora Moretti. Sin apenas darme cuenta me quedé dormida. No supe cuánto tiempo había pasado antes de que un enojado y gutural rugido reverberase por toda la casa,

casi haciendo temblar los cimientos.

—¡¡Jen!! —Luke estaba fuera de sí—. ¡¿Dónde demonios estás?!

«Bueno, hora de bailar», pensé mientras me levantaba de la cama con un suspiro.

Capítulo Ocho

Luke, veintiséis años...

Iba a llamar a la puerta de mi antigua habitación, pero, cuando estaba a punto de hacerlo, me detuve con el puño en el aire. Las voces de las chicas, provenientes del dormitorio de Mia, hicieron que me congelase. Sus voces no, sino lo que estaban diciendo.

Despacio, con cautela, caminé y me paré tras la puerta entreabierta. No había duda de que aquello era una flagrante invasión de su intimidad... y me importaba una mierda.

—Pero, Jen, no deberías hacerlo así —dijo mi hermana con ese tono razonable que tan bien conocía.

—¿Quién lo dice? —inquirió la otra y, aunque no la veía, pude imaginar su postura desafiante. Sonreí—. Es mi cuerpo para decidir cuándo y con quién hacerlo y, cuanto antes me deshaga de ella, mejor.

Fruncí el ceño.

—Pero ¿por qué tanta prisa? Se supone que debería ser con alguien importante, con alguien a quien quieras, que también te quiera y que se preocupe por ti. No deberías precipitarte, no con esto, Jen.

Me incliné más hacia la puerta. No me gustaban los escenarios que se estaban dibujando en mi mente, pero necesitaba escuchar su respuesta.

Lejos de ese tono combativo que esperaba, cuando habló, su voz estaba teñida de anhelo. De dolor.

—Porque sé que eso jamás sucederá con la persona a la que quiero —musitó con voz derrotada. Cerré los ojos, desacostumbrado a escucharla de aquel modo—. Así que supongo que, si no puede ser con él, da igual siempre y cuando sea mi elección.

—¿Qué? ¿Quién es él? —La voz de mi hermana estaba teñida de sorpresa—. Nunca me has hablado de...

—Tampoco creo que Jonathon sea la mejor elección y mírate, contra cualquier pronóstico, has sido la primera en tener sexo de las dos.

Mi hermanita. Sexo. *Mi hermana* había dejado que algún imbécil le quitase su virginidad.

Hijo de puta...

—Jonathon es marav...

—¿Debería deshacerme de ello con un vibrador? —Magnífica técnica distractoria. Volvió al tono jugueteo que tan bien conocía—. No estoy segura de si todo esto de perder la virginidad se trata de romper el himen o de acostarte con un chico por primera vez, en cuyo caso lo del vibrador no serviría de nada.

Joder.

Apreté los puños a los costados y aguanté las ganas de entrar ahí.

—¡Oh, Dios mío! —Rio mi hermana—. Estás completamente loca.

Ambas se divertían por las disparatadas ocurrencias de Jen, aunque a mí no me hacían ni puta gracia. Pasaron unos instantes antes de que se calmasen y Jen hablase con una determinación que me hizo hervir la sangre.

—Locura o no, está decidido —aseveró y me erguí—. La noche del baile de graduación voy a tener sexo con Tommy.

Vi rojo.

Ni siquiera pensé en lo que hacía o en las repercusiones de actuar de una determinada manera. Golpeé la puerta entreabierta con el hombro con tal fuerza que se estrelló contra la pared e irrumpí en la habitación.

—¡Y un infierno lo harás!

Ambas se sorprendieron por mi intrusión; ignoré el chillido de Mia que se encogió en la cama como si esperase que saltara sobre ella en cualquier momento, sin embargo, mi mirada estaba clavada en una Jen que, desafiante, permanecía parada en mitad de la habitación vistiendo una de mis viejas camisetas de Nirvana. Y, joder, eso, unido al modo en el que me miraba —a pesar de que estaba furiosa—, hacían de ella la criatura más hermosa que jamás hubiese tenido delante.

Maldita fuera.

No debería estar imaginando esas piernas desnudas envueltas en torno a mi cintura, tampoco sus dedos acariciando mi nuca mientras nuestros alientos, jadeantes por el deseo y la desesperación, se entremezclaban. Nada de eso debería estar en mi mente. Pero lo hacía porque llevaba mucho tiempo lapidando los cada vez más evidentes sentimientos hacia ella bajo una gruesa capa de fingida indiferencia y escuchar sus palabras, su intención de acostarse con otra persona —un jodido niño repleto de hormonas hasta las orejas—, acabó con la determinación de la que tan orgulloso me solía sentir.

—¡Lucas! —Ignoré a mi hermana—. ¡No puedes entrar de ese modo en mi habitación sin llamar!

Ya trataría con ella el tema del sexo en otro momento.

Jen y yo manteníamos un duelo de miradas, ambos parados en mitad de la habitación con un par de metros como distancia de seguridad entre nosotros. Por supuesto, ella fue la primera en hablar y no estaba nada feliz.

—Y un infierno haré, ¿qué? —inquirió altanera. Y, joder, quería sacar un poco de sentido común de su terca cabeza.

—Si crees, por un maldito segundo, que me voy a quedar parado viendo cómo jodes tu vida con un imbécil cualquiera, es que no me conoces en absoluto.

—Lo que haga con mi vida no es asunto tuyo —espetó de vuelta.

—¿Qué demonios se supone que quieres demostrar? —gruñí y di un paso hacia ella, pero no se inmutó. En todo caso, se irguió aún más y puso los brazos en jarras—. ¿Acaso crees que conseguirás algo acostándote con un niño que no tiene ni la menor idea de lo que hace? ¿Que serás más mujer? ¿Más adulta?

—Seré lo que quiera ser y cuando decida serlo —respondió tensa, sin apartar la mirada. Desafiándome, como siempre—. No estoy haciendo daño a nadie...

—Te lo harás a ti misma, y lo sabes.

Ignoró mis palabras, como si ni siquiera me hubiese escuchado.

—...De manera que retrocede. —Me apuñaló el pecho con su delgado dedo índice—. Es mi vida y yo decidiré qué hacer con ella. Ni tú ni nadie más. Solo yo decido.

—De.Ninguna.Jodida.Manera.

Apreté tanto los dientes, que fue un milagro que no me los rompiera.

Hubo un cambio en su expresión. No sé definir ni explicar muy bien en qué consistió, pero, sin duda alguna, lo hubo. Si dos segundos atrás estaba furiosa conmigo por entrometerme en sus asuntos, ahora parecía contemplativa. Es la mejor palabra que se me ocurre para definirlo. Ladeó la cabeza y me observó, muy atenta, con un extraño brillo en sus oscuros y rasgados ojos que me estaba poniendo de los nervios.

A mí. Un hombre adulto.

Joder.

—¿Por qué? —Hizo la pregunta con suavidad, pero no se me escapó el toque de desafío, tanto en la postura como en la voz.

—Porque no es eso lo que quieres —repliqué, al tiempo que erguía la postura.

Ella, lejos de amedrentarse, pareció crecerse aún más.

—No puedes saber eso —negó y algunos mechones de su oscuro cabello le

cayeron sobre el rostro—. Dame una buena razón por la que no deba hacerlo.

Estaba muy acostumbrado a que Jen me retase. De hecho, sacarme de mis casillas era una de sus especialidades. También incomodarme, incluso cuando no lo pretendía y ni siquiera era consciente de ello. Porque, seamos claros, desde que tiempo atrás me confesara sus sentimientos hacia mí, comencé a ignorarla por una razón muy específica. Bueno, dos, en realidad.

La primera era que no deseaba alimentar esos supuestos sentimientos. Quería... *necesitaba* que se olvidase de ellos, joder. Que me viese del mismo modo que yo a ella, como familia, un hermano mayor y molesto gran parte del tiempo. Lo normal.

La segunda razón, para poner distancia, está directamente relacionada con la primera y ni siquiera sé cuándo asimilé lo que estaba ocurriendo. En nuestros espaciados y breves encuentros, comencé a fijarme en cosas en las que ningún hombre repara cuando estamos hablando de su hermana o de alguien por quien solo siente un amor fraternal. No soy ningún imbécil y siempre aprecié todas las cualidades que poseía, la admiraba por su fuerza y entereza, por el modo en el que afrontaba los problemas, por la fiereza con la que defendía sus ideales y peleaba por aquellos a quienes amaba. Todo ello, ese magnífico paquete envuelto en un carácter tan fuerte como pocos había visto, le había traído muchas dificultades a lo largo de su vida. Lo sé bien, pues fui testigo de muchas de ellas. Mis problemas comenzaron cuando no solo comencé a extrañar ver sus sonrisas, sino que me molestaba no ser yo el causante de ellas. Pensaba en ella, en cómo estaría o qué estaría haciendo más veces al día de las que me quería admitir a mí mismo. Me molestaba pensar que, quizás, estaba teniendo citas y, sí, lo admito, desde que ambas no eran más que unas niñas siempre las había protegido en ese sentido porque soy un hombre y sé que a ciertas edades solo pensamos con la bragueta así que, aunque sabía que todo ello era parte del proceso vital de cualquier persona, me negaba a cruzarme de brazos viendo cómo se aprovechaban de ellas. No, ese no era el problema. Lo era el hecho de que... maldita sea, estaba jodidamente celoso si me paraba a pensar en ella en ese tipo de situación con cualquier imbécil.

Estaba jodido.

La miré, en silencio. Negándome a darle la respuesta que ella esperaba. La que, al parecer, ambos conocíamos por más que me empeñase en negarlo.

—Dime por qué no debería hacerlo —repitió en voz baja.

—Porque no. —Fue todo cuanto pude decir.

—No es suficiente. —Dio un pequeño paso hacia mí—. Dime, ¿por qué?

No tengo ni puta idea de lo que habría dicho, probablemente algo de lo que, más temprano que tarde, me arrepentiría por muchas y distintas razones, eso

seguro. En cualquier caso, no pude comprobarlo, no sucumbí al exigente y al mismo tiempo suplicante tono de su voz ya que un fuerte carraspeo me devolvió a la realidad y al lugar en el que nos encontrábamos.

Me enderecé, retrocedí para poner más distancia entre nosotros y miré entre ambas antes de clavar otra vez una dura mirada en ella.

—No me pongas a prueba —sentencié, antes de dirigirme a mi hermana—. Tú y yo ya hablaremos en otro momento.

Sin otra palabra más, giré sobre mis talones y salí de aquella habitación sin haber cumplido el propósito de mi visita aquel día. Sí, fui a casa de mis padres principalmente porque había algo de lo que necesitaba hablar con Jen, pero, como siempre sucedía cuando de ella se trataba, nada salía como había planeado.

Maldita fuera.

Jen, diecisiete años...

Maldito presuntuoso e irritante imbécil...

Dos días.

Dos días habían pasado desde nuestro pequeño e inesperado encuentro y todavía me hervía la sangre cada vez que pensaba en ello. ¿Quién le había otorgado alguna autoridad para decirme lo que podía o no podía hacer? Aunque siempre había disfrutado sacándolo de sus casillas, fue dos días atrás cuando mi respeto hacia él menguó un poco. Por no ser sincero, por no decir en voz alta lo que sus acciones y sus ojos me estaban diciendo: estaba celoso. Aquella no era la típica actuación de sobreprotector hermano mayor, no. Era más. No se trataba de mis ansias o necesidad de obtener lo que durante tanto tiempo había esperado, es que... lo vi. No sé cómo ni cuándo, pero percibí un cambio en él que quizás para el resto del mundo podría pasar desapercibido, pero no para mí que conocía cada uno de sus gestos y expresiones.

Y, maldito fuera, quería golpearlo.

Shadow lloriqueó y empujó suavemente mi mano con el hocico. Como

siempre, percibía mi humor y ahí estaba para mostrarme apoyo y cariño. Lo acaricié y seguí caminando. No era solo Luke lo que me tenía en ese irascible y agrio estado de ánimo. No.

Ahora que estaba a punto de cumplir los dieciocho años, llevaba algunas semanas con una idea rondando mi mente sin cesar. No lo había comentado con nadie, aún no. Sabía que obtendría el apoyo de Mia y el resto del clan Sullivan, pero al no tener claro lo que haría o si llegaría a hacerlo, no quise poner a nadie en guardia.

Para al menos tener las opciones abiertas, había ciertas cosas que necesitaba recoger de la casa de George, ese ser que rara vez hizo las funciones de padre. Cosas que dejé atrás y que, de seguir adelante con mi idea, iba a necesitar. Pequeños detalles y recuerdos que atesoraba a escondidas y que amaba y odiaba a partes iguales porque me recordaban que, a pesar de que me amaron, no fue suficiente como para no considerarme prescindible.

Era viernes y sabía que, después del trabajo, ese era el día que dedicaba a quedar con sus amigos para tomar unas copas y jugar a las cartas. Afortunadamente, fueron pocas las ocasiones en las que tuve que lidiar con él llegando ebrio a casa, puesto que solía pasar los fines de semana con los Sullivan. Hoy no sería diferente, tenía toda la intención de entrar y salir de allí tan rápido como me fuese posible. Algo que también quería recuperar, pero que resultaría más complicado, era el coche. Nunca supe por qué lo guardó después de que ella se fuera ya que, conociendo su temperamento, lo más normal habría sido ver cómo lo quemaba allí mismo en el jardín de casa. No tenía ni idea de las razones que le llevaron a conservarlo, pero después de toda la mierda que había soportado, decidí que me lo llevaría y, puesto que no era el nombre de mi padre el que figuraba en la documentación, ni siquiera podía denunciarme por robo o allanamiento de morada.

Sí, ya había barajado en mi mente todos los posibles escenarios que podría enfrentar. Después de todo, conocía a ese cabrón mejor que nadie y sabía lo retorcido que podía llegar a ser, sin importar si era la vida de su propia hija la que estaba jodiendo en el proceso. Ese hombre solo se preocupaba por sí mismo. Nada más.

Un nudo de aprensión me atenazó el estómago en el momento en el que entramos a la calle y divisé la casa. Todo continuaba igual, me di cuenta cuando me detuve en la acera, justo ante la verja del jardín. Una mezcla de miedo y nerviosismo me tenía allí paralizada, sabiendo que en el momento en el que traspasara aquella barrera, no habría vuelta atrás. Tomé una profunda bocanada de aire y sonreí cuando mi querido Shadow pegó su costado a mi pierna haciéndome consciente no solo de su presencia, sino de su silencioso apoyo y

protección.

—Puedes hacer esto —murmuré en voz baja.

Él dio un corto y bajo gruñido con la vista clavada en la casa, como si estar allí le gustase tan poco como a mí y al mismo tiempo estuviese de acuerdo. Podíamos hacerlo.

Mientras cada paso me acercaba un poco más a aquella prisión que tiempo atrás había relegado a un oscuro rincón de mi mente, oraba interiormente para que mi llave continuase valiendo. Quizás, me di cuenta, no había pensado en todos los problemas logísticos que se me podrían presentar. Miré hacia el garaje, preguntándome si continuaría allí el viejo Ford de ella y, de ser así, si conseguiría llevarlo conmigo.

«Céntrate. Lo primero, es lo primero» me dije, desviando la vista hacia la puerta principal.

Apreté los dientes y me enfurecí cuando, a punto de insertar la llave en la cerradura, vi el temblor en mi mano. Era mayor, más fuerte y estaba mejor preparada para enfrentar situaciones difíciles y a cabrones como él. Aun así, fue como si de algún modo me hubiese retrotraído en el tiempo y volviese a ser aquella pequeña niña que no entendía por qué recibía golpes en lugar de abrazos, y desprecio en lugar de amor.

Shadow dio un bajo ladrido mientras me observaba con sus pequeños y redondos ojos —uno marrón y otro azul— y la cabeza ladeada. Le palmeé el hocico con suavidad y miré en derredor sintiéndome como una intrusa, una ladrona en su prop... no, espera. Supongo que me sentía así porque en realidad jamás consideré aquel lugar como mi hogar.

Y, una vez más, volvía a posponerlo.

—Entra y acaba de una maldita vez.

Ese clic al girar la llave me hizo sentir al mismo tiempo alivio y desconsuelo. Por lo poco que podía ver de la casa, todo continuaba igual e incluso olía del mismo modo: limpiador de limón, cera para muebles...

Silbé a mi compañero de cuatro patas cuando se adelantó dos pasos.

—Es mejor que te quedes fuera, amiguito. —Ladeó la cabeza y lo señalé con un dedo—. Él notará que has estado dentro y, por ende, sabrá que yo también he estado aq...

Casi se me sale el corazón del pecho cuando un estridente y agudo sonido estuvo a punto de perforarme los tímpanos. Mierda, ¡la alarma! ¿Cómo siquiera pude olvidarme de eso?

Desesperada, fui hacia la pared de la derecha donde se encontraba el panel de desactivación. Los dedos me temblaban, Shadow no ayudaba al no parar de ladrar y dar vueltas como un loco y yo... Yo estaba bloqueada, maldita sea.

¿Cuál era el código? Probé las primeras combinaciones que se me ocurrieron y ninguna funcionó, si no conseguía apagarla, pronto se daría aviso tanto a George como a la policía.

Estaba segura de que la clave era la que había introducido antes, pero no funcionaba.

—Vamos, Jen. —Cerré los ojos, tratando de centrarme. Nada vino. Estaba a punto de marcharme y darme por vencida, con la puerta casi cerrada a mi espalda, cuando se me ocurrió.

Tecleé el código y suspiré aliviada cuando un bendito y bienvenido silencio nos envolvió. Me llevé la mano al pecho, sintiendo los erráticos y acelerados latidos de mi corazón y, satisfecha, me agaché y froté entre mis manos el hocico de Shadow.

»Después de todo no es tan listo como se cree, ¿eh?

El muy cretino pensaba que yo era estúpida. Estaba segura de que la anterior clave de desactivación era la fecha en la que mi madre nos abandonó, la recordaba a la perfección, ¿adivinas por cuál la sustituyó? Exacto, la nueva coincidía con el día en el que Chuck y Luke me sacaron de aquella maldita casa por última vez. Supongo que lo hacía como alguna especie de recordatorio de las personas que ya no eran bienvenidas allí, no lo sé. Jamás acabé de entenderlo.

—Vamos, chico, espérame fuera. —Le palmeé el costado y, con ternura, lo dirigí hacia el porche. No se le veía muy feliz, pero obedeció—. Te prometo que saldré enseguida.

Cerré tras de mí y subí los escalones de dos en dos a toda prisa. Ni siquiera me detendría para ver los posibles cambios del lugar durante aquellos años. Entrar, rescatar mis cosas y salir. Fácil, rápido y limpio.

Cuando abrí la puerta de mi antigua habitación me estremecí al ver no solo el desorden —fruto, sin duda, de alguna búsqueda o rabieta llevada a cabo tras mi marcha—, sino la suciedad. El polvo recubría cada superficie a la vista, más partículas de polvo flotaban en el aire y los rayos de sol del atardecer que se colaban por la ventana hacían que se asemejasen a una mágica y cálida capa dorada proveniente de algún lejano mundo de fantasía. De esos con los que soñamos cuando somos niñas, los mismos que nos servían como refugio cuando todo lo demás a nuestro alrededor parecía desmoronarse. Ese hombre destruyó el único lugar dentro de la casa donde me sentía relativamente a salvo, mi guarida. Apreté los puños con rabia mientras miraba alrededor y veía las pocas pertenencias que dejé atrás esparcidas por el suelo, las fotos que guardaba también fueron rasgadas, todo inservible. ¿Por qué? ¿Por qué lo hizo?

Sé que no tenía sentido hacerme esa pregunta, de modo que me dirigí hacia el armario y comencé a apartar cajas de zapatos y ropa que se había descolgado,

orando porque no hubiese descubierto mi pequeño rincón secreto, aquel en el que atesoraba los recuerdos más valiosos, aquello que necesitaba recordar y el motivo por el que me encontraba allí ese día. Al fondo, justo en el rincón a la izquierda, clavé los dedos, ejercí presión en un extremo y, finalmente, el tablón cedió y se elevó lo suficiente como para poder quitarlo.

Suspiré aliviada cuando mis dedos palparon la pequeña caja oculta en su interior. Estaba intacta. Me senté sobre mis talones con una sonrisa, la abrí y, primero de todo, estaba el poco dinero que conseguí guardar cuando trabajé repartiendo periódicos y paseando a las mascotas del vecindario. Por supuesto, aquello me hizo ganarme una paliza pues, según su retorcida y enferma mente, aquello le hacía ver como alguien incapaz de cuidar y mantener a su familia, como si ya no me proveyera de todo cuanto necesitaba. Aparté el dinero y aparecieron distintos obsequios que Alda, la madre de Mia, me había regalado y a los que tenía un gran cariño. Fotos con Meisa, mi madre. Las lágrimas pugnaron por escapar de mis ojos cuando vi las imágenes porque se nos veía felices y, a pesar de lo que sucedió después o del infierno por el que mi padre la hizo pasar, ella parecía radiante al sostenerme entre sus brazos. Éramos dos calcos, ningún rasgo de mi padre se reflejaba en mí, razón por la cual supongo que siempre la acusó de haberlo engañado para atraparlo en un matrimonio y conseguir la nacionalidad americana. Como si ella lo necesitara. En sus ojos se reflejaba el amor de una madre por su hija y eso solo me dolía más porque alimentaba mi desasosiego ante su abandono. Jamás lo entendería. Jamás le haría eso a alguien a quien quisiera.

Pasé, con cariño y melancolía, las yemas de mis dedos por su rostro. Extrañándola, necesítandola. No importa cuánto me lo negase. Supongo que es algo que va incorporado en nuestro ADN, el conseguir el amor y aprobación de nuestros padres a pesar de lo bien o mal que nos traten. Los necesitamos.

Estaba devolviendo todo a su lugar, no muy segura de cuánto tiempo llevaba allí sentada en el suelo rodeada por recuerdos y preguntas sin respuesta, cuando una conmoción en el exterior —los furiosos ladridos de Shadow—, me devolvieron al presente. Cerré la pequeña caja de madera y fui hacia la ventana que daba al jardín exterior.

—Oh, mierda... —murmuré en voz baja.

El coche de mi padre estaba en el camino de entrada y Shadow ladraba como un loco, rodeándolo. Estuvo a punto de atropellarlo, de hecho, supuse que eso era lo que pretendía, pero mi chico fue más rápido. El coche amagaba con avanzar, se detenía y, de pronto, escuché la puerta del garaje abriéndose. Lo perdí de vista, así que supuse que había conseguido aparcar dentro.

Observé que Shadow se preparaba para pelear, con el lomo erizado, y

cuando vi a mi padre, también se erizó cada vello de mi cuerpo, pero por una razón bien distinta.

Miedo.

Un profundo temor, como hacía tiempo que no sentía, me embargó.

—No. No. No...

Mi padre sostenía en una de sus manos alguna especie de barra de acero, no lo sé. Lo que fuera, parecía pesado y perfecto para hacer daño.

Traté de abrir la ventana y luego recordé que el cabrón la había sellado tiempo atrás, solo otra forma de hacerme consciente de la prisión en la que me encontraba. Era imposible de abrir.

Los vi enfrentarse.

Shadow con la parte delantera ligeramente agazapada y él... él balanceaba aquella arma. Listo para apalearlo. Comencé a golpear el cristal, desesperada por detener lo que sabía que se avecinaba. No sé quién hizo el primer movimiento, no recuerdo mucho acerca de cómo comenzó, pero jamás olvidaré el aullido de dolor de mi querido amigo tras recibir el primer golpe.

—¡¡No!! —Aporreeé la ventana, desesperada—. ¡¡Shadow, no!!

Parecía aturdido, pero volvió al ataque. Se enfrentó al hombre que nos había torturado a ambos. Mi querido chico siempre lo odió, tenía buen instinto. Sin embargo, en esta ocasión sabía que, si no llegaba a tiempo, no tendría ninguna oportunidad. Escuché otro aullido y mi corazón pareció detenerse, temeroso del resultado final de aquel desigual enfrentamiento.

Vi cómo mi padre volvía a levantar aquella arma... y no esperé más, salí a la carrera. Ni siquiera recuerdo descender las escaleras, ni que aún aferraba entre mis manos aquella caja repleta de recuerdos cuando salí, pero lo que nunca olvidaré es la imagen que me recibió nada más abrir la puerta. Tampoco el sonido del último golpe que mi peludo amigo recibió.

Shadow, mi fiel y querido compañero, mi sombra particular, estaba tendido sobre el césped, completamente inmóvil. Creo que prácticamente volé para descender los escalones y llegar hasta él.

—No. No. No. No... —musitaba desesperada, al tiempo que me dejaba caer de rodillas junto a él.

«Por favor, por favor, por favor, no...», suplicaba en mi mente una y otra vez.

No podía perderlo. No a él y ni mucho menos así.

Me detuve a medio movimiento cuando estaba a punto de acariciarlo; a pesar de que tenía los ojos cerrados e incluso con los míos anegados de lágrimas, pude distinguir pasados unos segundos que su costado se movía, era apenas perceptible, pero respiraba.

—Shadow... —supliqué con voz enronquecida por la emoción y el miedo —. Mírame, pequeño, estoy aquí. —Emitió un bajo quejido que me rompió el alma—. Estoy contigo, amiguito.

La sangre salía de su hocico y, aunque a simple vista no se observaban más heridas abiertas, no dudaba que el daño era interno, lo cual solo acrecentó mi temor.

—Maldito chucho de mierda... —Ignoré a aquel cabrón, no era mi prioridad en ese preciso momento.

Con mucho cuidado, acaricié su hocico y bajo su oreja, tal como sabía que le gustaba. Apenas consiguió entreabrir un ojo, lloriqueó y meneó con suavidad la cabeza, lo justo para conseguir más contacto con mi mano. Conmigo. No sé cuánto tiempo pasamos en aquella posición, pero traté de hacerlo sentir seguro como tantas otras veces había hecho él conmigo en el pasado. Lágrimas silenciosas recorrían mis mejillas mientras miraba su ojo marrón y él, a su vez, me observaba con la devoción que siempre supe que sentía hacia mí. Me acerqué un poco más, pegándome lo suficiente como para no dañarlo. Quería que percibiera mi calor, mi protección, mi amor hacia él. A mí.

A medida que pasaban los segundos, su respiración se volvía más y más dificultosa y supe que cada vez le costaba más llevar el aire a sus pulmones. Todo se fue ralentizando hasta que, finalmente, cerró sus ojos para no volver a abrirlos más.

No estaba solo. Jamás sería una de las muchas sombras con las que nos cruzamos cada día e ignoramos. Cuando expiró su último aliento, cuando su corazón se detuvo, estaba con alguien que lo amaba, que intentó protegerlo, aunque, sin duda, falló. Me abracé a él, agarrando puñados de su suave pelo, hundí el rostro en su cuello y lloré. Lloré como no lo había hecho jamás en toda mi vida, derramando las más amargas y duras lágrimas que nadie pueda imaginar. Una mezcla de rabia, dolor y culpa salieron de mí en forma de un desgarrador grito que apagó cualquier sonido a mi alrededor. Pasaron algunos segundos —o minutos— hasta que recordé dónde me encontraba y quién era el culpable de todo aquello. Limpié todo rastro de dolor de mi rostro, deposité un beso en la cabeza de mi Shadow y, aunque ya se había marchado, confié en que mis palabras le llegasen.

—Te prometo que pagaré por lo que ha hecho —susurré con fiereza.

Cuando me levanté, sentía como si mil kilos hubieran sido colocados sobre mi espalda, pero supongo que solo se trataba del enorme peso que en ese momento soportaba mi alma herida. Nada más.

Clavé la vista en el ser frente a mí y ladeé la cabeza, analizándolo con una fría mirada. El tiempo había dejado huella en su rostro y cabello, añadiendo

alguna arruga más alrededor de sus ojos azules y también una considerable cantidad de canas a su pelo castaño, aun así, seguía siendo un hombre atractivo en sus cincuenta. Incluso parecía un buen tipo. Eso era, por supuesto, hasta que descubrí lo que se escondía tras esa engañosa fachada.

—Entrasteis sin permiso —acusó, mirándome con enojo.

Cabrón.

Tenía la respiración agitada a consecuencia, sin duda, de su reciente y desigual enfrentamiento. Abrí la boca para responder, pero un movimiento a su espalda atrajo mi atención. Una chica. Había una joven chica, no mucho mayor que yo, algunos metros más atrás, cerca del porche y, a decir verdad, no tenía muy buen aspecto: iba escasamente vestida, su largo cabello rubio carecía de brillo y, aunque parecía hermosa, las oscuras ojeras bajo sus ojos y una acentuada delgadez le restaban atractivo. Abrió los ojos alarmada cuando él, consciente de que ambas nos mirábamos, giró apenas la cabeza en su dirección para espetarle:

»Entra en la maldita casa de una vez.

No dijo ni una palabra antes de, con evidente nerviosismo, obedecer. Fruncí el ceño, preguntándome quién era, cuando algo más atrajo mi atención: el tubo, tubería metálica o lo que fuese que utilizó para golpear a Shadow, había quedado olvidado sobre el césped. Pensó que ya no la necesitaría más, supongo.

Avancé algunos pasos, pero me detuve cuando volvió a clavar sus fríos y vidriosos ojos azules en mí. La forma en que arrastró las palabras me confirmó que había estado bebiendo.

—¿Pensaste que podrías entrar a hurtadillas en mi casa sin consecuencias? —Apreté los dientes, pero no respondí. Ladeó la cabeza y me analizó con una sonrisa ladina que me heló la sangre—. Has crecido bien, Jenna. De hecho... —Se acarició el mentón—. Eres su vivo reflejo y seguro que también eres igual de zorra que ella.

Puede que alguien inteligente hubiese llamado a quien fuese para pedir ayuda. Se habría dado media vuelta e ignorado aquel vil ataque o, quizás, habría llorado y exigido saber por qué. ¿Por qué era incapaz de amar a su propia hija? ¿Por qué me odiaba tanto? ¿Por qué, después de todo lo que me había hecho, también me lo había quitado a él? Pero hacía ya tiempo que las respuestas a todas esas preguntas me importaban un carajo...Lo único que de verdad me afectaba era lo que acababa de hacer y yo sabía mejor que nadie cómo provocarlo, cómo conseguir que pagase por lo que había hecho, incluso si ningún castigo compensaba algo tan deleznable.

—Eres un hijo de puta, George.

Hablé en voz baja, tranquila. Con el tono más moderado que puedas

imaginar, mientras lo miraba a los ojos y veía cómo estos se encendían con una candente furia. La última vez que lo provoqué llamándolo por su nombre, me costó una paliza. Pero ya no más.

—Estúpida, pequeña malnacida...

—¿Qué? —provoqué con una sonrisa helada. Di otro paso más y solo tenía que agacharme para alcanzar la barra—. ¿Darás un espectáculo aquí? —Abrí los brazos, señalando a nuestro alrededor—. ¿Dónde todos puedan ver el retorcido cabrón que eres?

Eso terminó de hacerlo. En otro momento se habría contenido, pero no había duda de que aquel día estaba fuera de sí por las razones que fuesen. Cuando se abalanzó sobre mí me agaché esquivándolo y cogiendo el olvidado objeto de metal. Ni siquiera lo pensé, cuando giré y lo vi de espaldas a mí intentando recuperar el equilibrio después de agarrar solo aire... lo golpeé. Gritó y se arqueó antes de girarse para encararme.

—Dame eso —exigió, tratando de enmascarar el dolor. Alargó el brazo y movió los dedos—. Lárgate y no te denunciaré por entrar en mi casa sin permiso, pequeña delincuente.

A la mierda.

—Te olvidas de algo. —Movía la barra de forma despreocupada, hasta que vi a mi compañero tendido sin vida sobre el césped y también algunos mechones de pelo pegados en un extremo de aquella maldita arma—. Oficialmente, sigo viviendo aquí, cabrón.

Golpeé con fuerza su muñeca y ni siquiera me estremecí cuando escuché sus huesos crujir. El gritó. Lo hizo con el mismo dolor y desesperación que tantas veces escuché salir de mi madre. Con el mismo que yo experimenté en mi persona en el pasado y, de repente, todo acudió a mi mente en tropel. Cientos y miles de recuerdos, de golpes, insultos, susurros, encierros autoimpuestos buscando una falsa sensación de seguridad... Y el último, ese era el peor, los aullidos de Shadow, el sibilante sonido que hacía cuando intentaba llevar aire a sus pulmones, su última exhalación antes de que se apagase.

»¡¡Te odio!! —Le aticé en el hombro, aprovechando que estaba aún sorprendido por el anterior golpe—. ¡Te odio, te odio, te odio! —Volví a golpear una y otra, y otra vez.

Él, el muy cobarde, acabó encogido sobre el suelo tratando de protegerse de los golpes mientras que yo, con la voz rota, repetía lo mismo sin cesar. No veía nada. No escuchaba nada, ni siquiera a mí misma. De pronto, lo que se asemejaba a unas fuertes bandas de acero se envolvieron a mi alrededor aprisionando mis brazos a los costados y obligándome a soltar la barra. Grité y pateé cuando me izaron en el aire y mis pies abandonaron el suelo. Me sacudí

tratando de liberarme, pero todo esfuerzo parecía inútil. No sé cuánto tiempo transcurrió, pero algo desembotó mis sentidos y comencé a ser un poco más consciente de todo lo que me rodeaba. Incluyendo al hombre presionado contra mi espalda.

—Ssshhh —murmuró con los labios junto a mi oreja—. Nena, por favor, tienes que tranquilizarte.

—¡¡Suéltame!! —grité al borde de la histeria.

—Nena... Jen —se corrigió—. ¿Estás herida?

¿Qué?

Al principio no entendí por qué me preguntaba eso, hasta que analicé la escena frente a mí.

Vi a mi padre con un brazo encogido y pegado al pecho, sujetándolo con gesto de dolor. Sacudí la cabeza para apartar algunos mechones de cabello errantes de mis ojos y distinguí a Terry que, con sumo cuidado, clavó una rodilla en el césped junto a Shadow y, con ternura, palpó su cuello.

—No, no estoy... —Cerré los ojos y exhalé despacio—. Estoy bien.

—Muy bien, ahora cálmate, cariño... —Su agarre en mis brazos se aflojó lo suficiente como para que yo pudiera mover los míos y buscar con mis manos las suyas. Era como si me estuviese abrazando a mí misma, solo que era él quien me mantenía en aquella postura. No dudó en entrelazar nuestros dedos y apretarlos con ternura, proporcionándome el amor, la protección y la fuerza que en ese momento necesitaba. Aquel contacto, su calor, su cálido aliento acariciando mi mejilla, eran cuanto me mantenía en pie.

Terry levantó el rostro y nos miró con expresión sombría. No necesitaba escuchar las palabras, pues solo lo harían todo más real. Lo que yo misma había provocado por aquel estúpido intento de encontrar respuestas, de escarbar en un pasado que en nada cambiaría mi presente o futuro. Cuando clavó la vista tras de mí y sacudió la cabeza, supe que de verdad se había ido. No había marcha atrás. Luke me abrazó con más fuerza cuando mis piernas cedieron, giré el rostro y apoyé la cabeza en su hombro.

—Oh, Dios... —Saladas y cálidas lágrimas dejaban un amargo sendero en su recorrido por mis mejillas—. No, no, no... por favor...

—Cariño... —Acercó su rostro al mío y habló con voz ronca—. Lo siento mucho, Jen.

—Por favor... —supliqué, desgarrada por el dolor—. Devuélvemelo, Luke, por favor...

—Lo siento —repitió.

—Devuélvemelo... —rogué—. Lo necesito.

Y ahí, justo en mitad del jardín de un lugar que detestaba, a pocos metros

de un hombre que me había quitado demasiado y al que aborrecía, y acunada por el hombre al que amaba, me rompí. Nunca antes me había permitido esa muestra de debilidad ante nadie, siempre había reservado las lágrimas para mis momentos de soledad, pero en ese preciso instante no me importaba quién me viera, quién fuese testigo de mi dolor o lo que tuviesen que decir al respecto.

Con suavidad, Luke nos dejó caer hasta el césped, de modo que quedamos sentados con él ejerciendo de capa protectora, envolviéndome y velando por mí.

—Maldita sea —maldijo en voz baja, antes de levantar la voz y hablar con su barbilla rozando la cima de mi cabeza—. Terry, avisa a mi padre y llama a una ambulancia.

Su profunda voz retumbaba en su pecho y actuaba como un bálsamo calmante.

—Estoy en ello, amigo.

Tras un segundo de silencio, Luke escupió con voz dura:

—Y a ti ni se te ocurra moverte, pedazo de mierda.

Cerré los ojos y me dejé llevar.

No quería ver ni sentir nada más.

Nada, excepto al hombre que en ese momento me anclaba a la tierra. Ni siquiera podía permitirme pensar lo poco que aquella conexión duraría entre nosotros.

Era lo único que me quedaba.

Era todo.

Capítulo Nueve

Jen, casi dieciocho años...

Tras perder a Shadow de ese modo tan horrible, me sentía perdida. No solo por el agujero que su ausencia había cavado en mi corazón, sino también porque el sentimiento de culpa que cargaba desde entonces apenas me dejaba respirar con normalidad.

Al igual que sucede con las personas, siempre supuse que los animales, las mascotas, se cruzan en nuestro camino por una razón, algo tan poderoso que una vez nos ha tocado, somos incapaces de ignorarlo. Es casi mágica la conexión que puede establecerse entre dos seres tan diferentes físicamente y que ni siquiera pueden comunicarse, al menos, no una conversación entendida como tal. Es increíble la cantidad de amor que te dan y lo poco que piden a cambio, su feroz proteccionismo, la valentía con la que enfrentan cualquier peligro al acecho sin preocuparse por su propio bienestar. Yo tuve aquello y, al perderlo, una parte de mi corazón se quedó con él. Empleé el dinero que rescaté junto a aquellos recuerdos para pagar por su incineración y un lugar de descanso en un pequeño cementerio para mascotas cerca de Michigan Avenue. Conoció de primera mano la peor cara del ser humano, la sufrió y asumió en sus huesos también la indiferencia y las miradas recelosas, pero quise pensar que de algún modo cambié eso para él, incluso si no pude hacerlo tanto como me hubiese gustado. Por eso, deseé darle un lugar en el que descansar tranquilo y en paz, rodeado de los suyos, con una bonita lápida que reflejase el maravilloso ser que allí reposaba. Un sitio donde poder visitarlo y sentirlo cerca.

No debería haber sucedido, jamás.

Desgraciadamente, era algo que no podía deshacerse.

Tal como venía siendo costumbre los últimos días, estaba en mi habitación —el antiguo dormitorio de Luke en el hogar Sullivan—, sentada sobre la cama, con las piernas cruzadas al estilo indio y ojeando una y otra vez las cosas que

rescaté de mi... de la casa de mi padre. No solo fui a recogerlas porque fuesen importantes para mí, sino porque las necesitaría en caso de... no lo sabía. Supongo que quise tenerlas solo por si acaso.

Golpearon dos veces en la puerta cerrada y lo guardé todo antes de dejar que entrase. Resultó ser Alda, la madre de Mia. Estuvo pendiente de mí en todo momento desde lo ocurrido días atrás y viendo la suave y comprensiva sonrisa que llevaba en su rostro, supuse que continuaba en aquella especie de misión de «mamá osa». Le devolví la sonrisa y me moví para hacerle sitio junto a mí en la cama.

—¿Estás segura de que no quieres ir? —preguntó con ternura, colocando un mechón de cabello tras mi oreja—. Aún estás a tiempo.

Sacudí la cabeza.

—Completamente segura, prefiero quedarme en casa.

Esa noche era el baile de graduación y quizás pueda parecer exagerado o extremo, pero cancelé mis planes de asistir con el consiguiente berrinche de Tommy, por supuesto.

—Mia ha ido a tomar una ducha —informó y una punzada de culpa me atravesó por no estar tan entusiasmada como mi mejor amiga merecía.

Cuando le dije que no iría al baile, también ella estuvo a punto de cancelar su cita. Casi tuve que golpearla para que se quitase esa absurda idea de la cabeza. Así que me prometí que la ayudaría a prepararse y estaría allí para ella, sonriendo y animándola a divertirse. Aunque sabía que pasaría por su mente en más de un momento esa noche, porque esa era Mia.

—Ahora iré con ella.

Sonrió, me besó en la frente y miró hacia su regazo donde sus manos estaban entrelazadas. Cuando abrió una de ellas, lo que vi casi me cortó el aliento.

—Es algo en lo que he estado trabajando estos últimos días. —Me lo mostró y pasé con reverencia los dedos sobre aquella maravilla—. Creo que este es un momento tan bueno como cualquier otro para dártelo.

No era la primera vez que la señora Sullivan me regalaba algo de bisutería hecha por ella; esa mujer de verdad tenía un talento especial y creaba cosas preciosas. Pero aquello... aquello era absolutamente maravilloso. Puso la pieza en mis manos y cuando la levanté, los tenues rayos de sol del atardecer incidieron sobre los cristales dándole un aspecto asombroso. Era un colgante, pero no uno cualquiera. La delicada cadena era de plata envejecida, al igual que el contorno de la libélula que colgaba de ella, pero fueron los colores de las preciosas piedras que la decoraban los que atraieron mi atención. Hermosos cristales de color esmeralda y ámbar, esa mezcla que tanto me recordaba a los

ojos de su hijo y que coincidían con algunas pequeñas cuentas ensartadas a los lados de la pieza principal.

»En algunas culturas, las libélulas están relacionadas con el autodescubrimiento y la esperanza —explicó con voz suave—. Su vuelo a través del agua también simboliza la capacidad de ver más allá de lo que está en la superficie y ahondar en lo más profundo de aquello que tenemos delante.

Levanté la cabeza de golpe y la miré a los ojos. Sonrió.

«Ella me ve», pensé.

—Es absolutamente precioso, señora Sullivan —dije con un nudo de emoción—. Gracias.

Desestimó mis palabras con un gesto de la mano y me obligó a girarme después de recuperar el colgante.

—¿Dejarás de llamarme en algún momento señora Sullivan? Me haces sentir vieja, cariño.

Reí por lo bajo.

—No lo creo, me sale sin pensarlo siquiera.

—Ya, eso suponía —respondió apartando el cabello de mi cuello—. Bueno, tómalo como un pequeño regalo de cumpleaños adelantado. —Escuché el clic del cierre—. Aunque estoy segura de que el de Luke superará cualquier cosa que te tengamos preparada.

Acariciaba con reverencia el colgante, pero sus palabras hicieron que me congelase. Me giré.

—¿El regalo de Luke?

—¿Qué? —Abrió los ojos espantada.

—¿Qué regalo de Luke?

Murmuró algo por lo bajo que no entendí, antes de responder.

—Se supone que es una sorpresa.

Sí, pero venía de Luke. Y todavía faltaban unas semanas para mi cumpleaños.

Desde lo ocurrido con Shadow, se había mostrado más cercano y atento. No había ni rastro de la cautela que había exhibido a mi alrededor durante los últimos meses y no estaba segura de hasta qué punto aquello me reconfortaba porque, si bien es cierto que me molestaba la distancia que interpuso entre nosotros después de decirle lo que sentía por él, también extrañaba nuestros piques y la facilidad con la que todo surgía entre nosotros. Tanto lo bueno, como lo menos bueno.

—¿No podría darme una pista?

Se mordió el labio con la indecisión reflejada en sus ojos, tan parecidos a los de Mia.

—Ha estado trabajando mucho en ello —respondió y me desinflé como un globo—. Pero te diré lo que sí puedo hacer: hablaré con él para que te lo dé antes de tu cumpleaños, ¿qué te parece?

Bueno, algo era algo.

—Me parece estupendo, muchas gracias.

Los gruñidos del señor Sullivan nos llegaron por la puerta entreabierta justo antes de que se escuchase la tintineante y maliciosa risa de la señora Moretti. Nos miramos y ella suspiró al tiempo que me entró la risa.

—Será mejor que vaya a ver qué están haciendo esos dos.

Me palmeó la pierna y, mientras la veía caminar hacia la puerta, acaricié aquel precioso colgante y miré de soslayo la caja que descansaba sobre la cama. De repente, me di cuenta de que quizás después de todo no necesitaba buscar ninguna respuesta puesto que ya las tenía justo ante mis narices. Mi familia estaba allí, el clan Sullivan lo era. No necesitaba buscarla a ella para nada más.

—Señora Sullivan. —Se detuvo justo antes de cerrar la puerta y me miró—. Gracias.

Asintió, me guiñó el ojo y se marchó.

Sí, tenía todo lo que necesitaba. Casi.

Mia se marchó al baile cogida del brazo de un temeroso Jonathon que no dejó de reajustarse el cuello de la camisa y la pajarita bajo la siniestra y amenazadora mirada del señor Sullivan. Por otro lado, las mujeres de la familia estaban plétóricas y emocionadas por mi amiga, probablemente recordando el momento en el que ellas mismas estuvieron en su lugar. Era un momento único, sin duda, uno del que yo no tendría recuerdo alguno. Pero no era algo que me importase, porque otros vendrían, otros que marcarían mi vida de un modo u otro, y aquellos días llegué a la conclusión de que perder mi virginidad con cualquier niño de secundaria en una barata habitación de motel no era algo que quisiera rememorar ni a corto ni a largo plazo. Poco antes de que llegasen al coche de Jonathon, Luke se bajó del suyo con el ceño fruncido y llegó a tiempo de acercarse hasta ellos y decirle algo al chico en voz baja. Solo podía imaginar lo que estaba saliendo de sus labios cuando escuché a Mia chirriar:

—¡Lucas! ¡Eso ha estado fuera de lugar!

El señor Sullivan parecía satisfecho con los brazos cruzados sobre el pecho, mientras nosotras tres reíamos sin disimulo alguno desde nuestra posición en el porche de casa.

—Tan protector como su abuelo —suspiró la señora Moretti, sacudiendo la

cabeza.

El señor Sullivan frunció el ceño y se giró para mirarla.

—Digo yo que en algo se parecerá a mí mi propio hijo.

La abuela de los chicos ladeó la cabeza e hizo un gesto con la mano antes de darle la espalda.

—Afortunadamente para él, muy poco. Casi nada, diría yo.

Él le lanzó dagas por los ojos antes de seguirla y entrar en casa refunfuñando. La señora Sullivan sacudía la cabeza cuando los siguió.

—Son peores que los niños.

Esperó a que Luke llegase a nuestra altura para darle un beso y me palmeó el hombro con afecto antes de cerrar la puerta.

Estábamos solos por primera vez en no podía recordar cuánto tiempo.

—¿Tienes mi regalo?

—¿Cómo estás?

Ambos hablamos al mismo tiempo y sonrió. Permaneció en silencio, solo mirándome, de modo que tomé la palabra.

—Estoy bien. —Verdad a medias—. ¿Qué hay de mi regalo?

Sacudió la cabeza murmurando algo acerca de las mujeres de su familia y los secretos. Fruncí el ceño cuando lo vi bajar los escalones del porche; al ver que no lo seguía, se detuvo y me miró por encima del hombro.

—¿Quieres tu regalo o no?

Prácticamente volé sobre los escalones. Fruncí el ceño cuando comenzó a caminar y giró a la derecha al final de la calle.

—¿Adónde vamos?

—Cerca. —Fue todo cuanto dijo. Tan escueto...

Me alegró darme cuenta de que seguía siendo capaz de, incluso en mis peores momentos, sacar a relucir mis ganas de golpearlo.

Caminamos en un tranquilo y amigable silencio. Millones de ideas diferentes pasaban por mi mente y la emoción me tenía casi rebotando en mis pies. Le di la bienvenida a esos sentimientos después de la deprimente y amarga espiral de autocompasión de los últimos días.

Desaceleré cuando me di cuenta de hacia dónde nos dirigíamos.

—¿Vamos al garaje?

Llevaba las manos metidas en los bolsillos y tan solo me miró de reojo con una pícara sonrisa de medio lado dibujada en los labios.

No podía ser...

Los Sullivan no tenían el garaje en casa, sino que habían comprado uno en la calle de atrás. Se podía llegar hasta allí atravesando el jardín trasero y por una verja que daba a esa calle, sin embargo, Luke decidió tomar el camino largo.

Cuando por fin abrió el portón, y pese a que mi mente ya me había estado advirtiendo acerca de lo que podríamos encontrar, sentí que se me salía el corazón del pecho.

Era el viejo Ford Mustang de mi madre.

En cuanto Luke accionó la pequeña luz del techo y lo vi, no podía creerlo. Me acerqué con paso titubeante y lo admiré por primera vez en siete años. Cuando mi madre se marchó se llevó todo lo demás excepto a ese coche y a mí, puede que esa fuera la razón de mi empeño en recuperarlo. No tanto porque le hubiese pertenecido a ella, sino porque me negaba a dejarlo atrás. Sé que puede resultar absurdo puesto que pensarás que no era más que un coche, pero para mí simbolizaba más. El color cereza brillaba bajo la amarillenta luz de la bombilla y el olor a recién pintado era inconfundible.

—Lo has pintado —aprecié, acariciando el capó.

—Sí, estaba bastante deteriorado —explicó. Levanté la vista y se cruzó de brazos, observándome atentamente—. También le he puesto un motor nuevo, revisé el carburador y los frenos. —Se encogió de hombros como si no tuviese importancia—. Lo he puesto a punto y todo está bien, así que no debería darte ningún problema en absoluto.

Caminé hacia él, con la mano acariciando la carrocería y los ojos clavados en los suyos. Me detuve apenas a un par de metros de distancia, puede que menos. Hablaba de aquello como si no fuese nada y yo no sabía si él era consciente de lo que había hecho por mí, de todo lo que me estaba dando. Además...

—Eso son muchas horas de trabajo.

—No demasiadas.

—Bastantes. —Ladeé la cabeza—. ¿Cuándo lo hiciste?

Solo hacía poco más de una semana desde que...

—Después del trabajo, por las mañanas cuando estabas en clase... Eso es lo de menos, ¿te gusta?

Aunque no lo dejó entrever en la voz, no me perdí el pequeño atisbo de inseguridad que mostraron sus ojos al hacer la pregunta. Él había intuido que ese coche era una de las cosas que pretendía recuperar de aquella casa, ya que sabía que había pertenecido a mi madre, y quiso hacer eso por mí.

—Me encanta —musité.

¿Lo que más deseaba en aquel momento? Abalanzarme sobre él. No como algo sexual, sino por el simple hecho de sentirlo cerca. Quería rodear su estrecha cintura con mis brazos y sentir los suyos envolverse, quería su calor rodeándome y su aroma invadiendo cada parte de mí. Si tuviera que imaginar una jaula en la que vivir, sin duda sería la que su cuerpo me podría proporcionar;

de buena gana me quedaría ahí por el resto de mis días.

Di un pequeño paso hacia él.

Supe el momento en el que mi rostro le mostró todo lo que estaba sintiendo porque, de repente, su expresión adquirió una calidez que jamás vi dirigida hacia mí. Entreabrí los labios y me acerqué otro paso porque no estaba segura de si mis ojos me estaban jugando una mala pasada o de si todo lo acontecido me hacía ver lo que tanto quería, lo que tanto necesitaba, aunque en realidad no estuviese allí. Porque Luke me miraba como si yo también fuese todo lo que necesitaba en ese momento, lo único que quería.

Y no podía ser...

—¿Quieres dar una vuelta?

Parpadeé, sorprendida.

—¿Qué?

—Bueno. —Sonrió de medio lado y balanceó las llaves, que colgaban de su dedo índice, justo ante mi cara—. Ya que algún insensato finalmente te aprobó el examen de conducir, podemos dar una vuelta y ver qué tal se te da.

No estaba preparada para conducir ese coche, aún no, pero no se lo dije. No sabía si me provocaba a propósito, porque le nacía de forma natural o sencillamente porque estaba tratando de distraerme del momento que acabábamos de vivir, pero estaba segura de que él también lo había sentido, no tenía duda alguna.

Lo miré fijamente algunos segundos antes de arrebatarme las llaves y meterme en el coche. Necesité unos instantes para centrarme, acaricié el volante y me quedé paralizada cuando vi lo que colgaba del espejo retrovisor: una pequeña libélula, casi tan hermosa como la que decoraba mi cuello, pero con cristales de color rubí y ónix. La acaricié y miré a Luke que me observaba con expresión indescifrable, ¿sabía él lo que significaba la libélula? ¿Estaba tratando de decirme algo?

Señaló con la cabeza hacia el parabrisas, instándome a ponernos en movimiento. Tomé una respiración profunda y cerré los ojos cuando el motor cobró vida. Esta vez no conduje como una lunática, no. Lo hice despacio, saboreando el momento y su cercanía, aquel tranquilo silencio en el que nos sumimos mientras cada uno se abrigaba con sus propios y diferentes pensamientos, con música suave de fondo y la magnífica ciudad de Chicago como escenario. Al principio no tenía ningún destino en mente, pero finalmente me dirigí hacia Wooded Island y, una vez encontré el sitio perfecto en Osaka Garden, me detuve. Apagué el motor y, mientras alguna balada de rock sonaba en la radio, clavé la vista en el lago cuyas oscuras aguas permanecían en calma en contraposición directa con todo lo que sentía en mi interior.

Todo acudió a mí de repente y, aunque deseché recuerdos pasados que ya había revivido demasiadas veces como para contarlas, fue lo acontecido los últimos días lo que provocó que otro maldito nudo se formase en mi pecho. Shadow, su marcha. Cómo me enfrenté a mi padre sin importar nada más... mi padre, quien ahora estaba detenido y a la espera de juicio por inducción a la prostitución, corrupción y abuso de menores. Una vez que el señor Sullivan, los sanitarios y demás agentes se presentaron allí, no tardaron mucho en descubrir que la chica, aquella joven chica de aspecto demacrado, no era más que una niña de dieciséis años a la que obligaban a prostituirse para clientes de un medio poder adquisitivo, entre los que se encontraba mi padre. Era una de tantas jóvenes provenientes de los bajos fondos a las que captaban, enganchaban a las drogas y después prostituían y vendían como si de ganado se tratase. Por supuesto, ellos jamás me habrían contado esto, solo fue algo que escuché una noche mientras Luke y su padre barajaban posibilidades y sospechosos. Creían que había mucho más de lo que a simple vista se veía, algo que ya de por sí era lo suficientemente grave, de modo que no quería ni imaginar qué más acabarían sacando a la luz. Siempre fui consciente de que compartía espacio y genes con un ser mezquino y despreciable, lo sabía, lo viví en mi propia piel cada vez que me insultó y golpeó. Pero descubrir hasta qué punto era un monstruo, aprovecharse y abusar de esa forma de niñas desesperadas... era demasiado difícil de asimilar incluso para mí.

Quizás me moví, puede que mi respiración se alterase o que sencillamente la conexión entre Luke y yo era tal que lo sintió. La cuestión es que me sobresalté cuando sentí sus dedos enlazarse con los míos sobre mi regazo. No habló ni preguntó nada, pero yo sabía lo que quería saber, ese «¿estás bien?» estaba dibujado por todo su rostro, así que respondí de todos modos.

—Todavía no, pero estoy trabajando en ello —contesté a la silenciosa pregunta, mirando hacia el lago—. Voy a estar bien.

—Y ahí está mi pequeña guerrera —murmuró con voz profunda.

Todos a mi alrededor me habían tratado los últimos días como si fuese un cristal precioso a punto de romperse, incluso él. Cierto es que yo no me sentía con mucho ánimo para nada, pero necesitaba volver a la normalidad y para ello necesitaba que ellos también lo hiciesen.

»Además del otro día, ¿alguna vez lo enfrentaste físicamente cuando...?

Apretó la mandíbula y sacudió la cabeza clavando la vista en el lago frente a nosotros, sin terminar de formular la pregunta.

—Cuando me pegaba, quieres decir —acabé yo por él.

Asintió sin mirarme. No supe si se le veía tan furioso porque odiaba las imágenes que acudieron a su mente o porque aún se sentía culpable por no haber

descubierto antes lo que sucedía entre aquellas cuatro paredes.

»Al principio, no —expliqué, con voz tranquila—. Piensa que solo tenía once años cuando me quedé sola con él, no era más que una niña que intentaba entender no solo por qué su padre hacía lo que hacía, sino la razón por la que su madre la dejó atrás sabiendo con el tipo de monstruo con el que la dejaba.

—No hay justificación ni excusa para ninguno de ellos —escupió, molesto y mirándome directamente.

—Lo sé —concedí—. Y lo entiendo ahora, pero en aquel entonces solo buscaba alguna respuesta que no fuera... —«Que no me querían», pensé—. La cuestión es que, cuando tenía unos trece años, comencé a plantarle cara. —Reí sin humor y sacudí la cabeza—. No era estúpida, sabía que físicamente me superaba por mucho, pero llegó un punto en el que me negué a seguir encorvándome cada vez que se lanzaba a por mí.

Asintió en comprensión, cuando ni mucho menos era lo normal en una niña a la que maltratan. O puede que lo considerase normal por tratarse de mí, no lo sé y tampoco se lo pregunté.

—¿Qué pasó? —Vi cuánto le costaba hacerme la pregunta. Este era un tema que nunca, *jamás*, había hablado con ninguno de ellos. Todos lo sabían y conocían lo básico, pero no lo comentábamos, no les expliqué absolutamente nada, ni a Mia ni a Luke. A nadie.

—Cuando peleaba, se volvía aún más determinado. —Dejé que viese en mi rostro y en mi voz el odio que sentía hacia aquel hombre—. Era como si le emocionara el hecho de que opusiera resistencia, aun siendo consciente de que no tenía nada que hacer contra él. Lo disfrutaba más, el muy cabrón. —Me encogí de hombros—. Por eso dejé de hacer lo que él quería, aunque ello fuese en contra de todo lo que yo soy.

—Incluso cuando parecía que te estabas rindiendo, seguías siendo mi pequeña guerrera.

«Mi pequeña guerrera».

Siempre pensé que era una de las cosas que más le molestaba de mí: que fuese tan combativa y terca, tan insolente y retardora, y que siempre estuviese metida en problemas. Pero escuchar el orgullo en su voz cuando pronunció esas palabras fue para mí el mejor regalo de cumpleaños que me pudiesen dar.

Aunque era bastante reciente, reconocí de inmediato la canción *A Thousand Years* de Christina Perri. Hacía poco que la había escuchado por primera vez, pero aquella letra me dijo tanto de lo que yo misma sentía que no podía evitar saborearla cada vez que la oía. Y hacerlo allí, en uno de los lugares que más paz me traía con vistas al lago, en ese preciso momento y junto a Luke, era más de lo que podía soportar. Nos quedamos ambos con las cabezas

recostadas contra nuestros respectivos asientos, tan solo mirándonos mientras la canción sonaba con suavidad en aquel reducido espacio. Apenas había iluminación suficiente, pero lo justo para ver sus claros ojos clavados en mí. A día de hoy, aún no sé decir quién se movió primero, quién cerró el espacio entre nuestros rostros e hizo que nuestros alientos danzasen y se entrelazasen con suavidad, pero lo siguiente que supe era que nos estábamos besando.

Comenzó con una dolorosa ternura que me desarmó, rozando con delicadeza su nariz contra la mía, para después acariciar con lentitud nuestros labios entre sí. El corazón me latía con fuerza y no quería abrir los ojos temiendo que, si lo hacía, todo se evaporaría con la misma rapidez con la que el humo se pierde con el viento. Hacía tanto tiempo que esperaba aquello, deseé vivir ese momento tantas veces a lo largo de los años, que no sabía cómo hacerlo o qué esperar, así que tan solo me dejé llevar.

Fue tierno, pero no tranquilo. Fue tentativo y también audaz. Suave y pasional. Había tal mezcla de emociones y sentimientos tras ese beso que me sentía mareada. Sentí su lengua acariciar con suavidad mis labios, no pidiendo permiso, sino demandando acceso. Y se lo di, por supuesto que se lo di. Posé una de mis manos en su rasposo mentón mientras nuestras lenguas bailaban y aquello solo pareció animarlo más. En un momento dado, rompió el beso, acunó mi rostro entre sus manos y se echó ligeramente hacia atrás, solo lo justo para poder mirarme a los ojos. Nuestras respiraciones eran demasiado fuertes y resonaban con intensidad en aquel pequeño habitáculo, el corazón me latía con la fuerza de un caballo desbocado, quería más. Lo quería todo y eso fue lo que traté de transmitirle sin palabras.

«No te detengas, ahora no».

«Esto no puede ser» pareció decir. Su rostro dibujado con una mezcla de anhelo y tormento.

«Puede ser lo que queramos que sea».

«Jen...».

Cuando vi cómo sacudía ligeramente la cabeza, musité:

—Luke... —suplicando y demandando por más.

Sus pulgares acariciaban mi rostro.

—Maldita sea...

Y en esa sencilla maldición murmurada había tanta tortura como determinación. No pude decir más antes de que sus labios se estrellaran contra los míos en un abrumador arranque de pasión. Apretó el agarre en mi rostro y se pegó más a mí, como si no tuviera suficiente mientras nos devorábamos y necesitase más cercanía, como si de algún modo se sintiera liberado. Y, por más inocente que te pueda sonar, a mí me emocionó pensar que esa especie de

liberación se debía a que llevaba tanto tiempo reprimiéndose como yo deseándolo.

Yo no tenía demasiada experiencia con los chicos, de hecho, continuaba siendo virgen, pero no necesitaba estar muy versada en esas lindes para hacerlo bien —o, al menos, eso fue lo que me dije—. Así que obedecí a mi cuerpo que sí sabía lo que quería y, antes de poder pensármelo dos veces, me moví y, prácticamente, me lancé sobre él hasta que quedé a horcajadas sobre su regazo. Luke gruñó profundo en su garganta y sus manos comenzaron un excitante y desesperado viaje por mi cuerpo. Palpando, acariciando, explorando... conociendo. Era la primera vez que nos encontrábamos en esa situación y, sin embargo, se sentía como si llevásemos toda la vida haciéndolo, como si nuestros cuerpos hubiesen sido diseñados para acoplarse como dos partes de un todo. Y, como para demostrar esa teoría, cuando sus manos se anclaron a mis caderas, presioné, las roté y me molí contra su erección arrancándonos a ambos un gemido por aquella deliciosa fricción. Desesperada por más, me eché hacia atrás y me quité la camiseta. Hundió el rostro entre mis pechos y coloqué las manos en su cabeza, disfrutando de sus labios y su lengua en mi piel. Sentí sus dientes rozar cerca del filo del sujetador y arqueé la espalda ofreciéndole mejor acceso. Ofreciéndome toda yo.

Ni siquiera lo pensé porque fue algo que siempre tuve claro en mi mente, así que las palabras escaparon de mis labios, sin más.

—Luke. —Respiré mientras él acariciaba con la nariz entre mis pechos—. Quiero que sea esta noche. Quiero que seas tú.

Cuando se quedó congelado, y conociéndolo como lo hacía, supe que algo iba mal y que lo siguiente que saldría de sus labios era muy probable que no me gustase. Ojalá me hubiese equivocado.

—Joder —murmuró. Dejó el rostro en el mismo sitio, pero ahora sacudía la cabeza—. Joder, joder... Maldita sea.

El agarre en mis caderas se intensificó y no sabía si era porque quería mantenerme en el lugar o apartarme. En cualquier caso, no me moví y continué acunando su cabeza entre mis manos al tiempo que deposité un beso allí.

»No puede ser, maldita sea.

No me gustaba cómo sonaba eso, ni un poco, pero traté de permanecer tranquila.

—Está bien —intenté razonar—. No es el mejor lugar, estoy de acuerdo. Podríamos ir...

—No —interrumpió. Alzó el rostro y me miró a los ojos—. Cuando digo que no puede ser, me refiero exactamente a eso. Ni ahora ni mañana ni en ningún otro momento o lugar.

Enarqué las cejas y crucé los brazos. Fue breve, pero sus ojos se lanzaron hacia mis pechos ahora más elevados debido a la postura.

—¿Por qué no? Lo deseas tanto como yo y lo sabes.

Apretó la mandíbula.

—Hace una semana estabas hablando de acostarte con otro tipo del instituto.

Bueno, ahí llevaba razón.

—Porque pensé que sería imposible que ocurriese contigo.

—¿Pensabas acostarte con otro tío por simple despecho? —Rio sin humor. Se frotó el rostro y de inmediato extrañé sus manos en mi piel. Habló con voz amortiguada y la cara escondida entre sus manos—. Eso da igual. —Me clavó en el sitio con una mirada determinada—. Es que esto no está bien y no puede ser.

Resoplé y conté hasta cinco, no quería decir algo de lo que me pudiese arrepentir, pero es que el muy cretino me lo estaba poniendo más difícil con cada segundo que pasaba.

—¿Esto no está bien? ¿Cómo puedes decir eso? —inquirí exasperada y frustrada. Abrió la boca para responder, pero alcé una mano y no le di tiempo—. No, ¿sabes qué? Mejor no me respondas a eso. —Con movimientos enérgicos, volví a ponerme la camiseta—. Será mejor que regresemos a casa y hablemos mañana.

No sabía si era buena idea hablar cuando todo se hubiese enfriado, pero no se me ocurría nada más.

—Mañana... —Eché la cabeza hacia atrás y golpeé el respaldo al tiempo que cerraba los ojos—. Es domingo... Joder, de eso quería hablarte hace unos días.

—Bien, pues hablaremos mañana después de la comida, ahora es mejor dejarlo estar.

—No, no es mejor esperar a mañana —rebatí, tenso.

—Pues yo creo que sí lo es. —Tenía la mandíbula apretada y sabía que, de seguir así, acabaríamos discutiendo—. Y también creo que será mejor que me dejes conducir a casa.

—Ya, bueno... —Me costó Dios y ayuda porque quería quedarme donde estaba, pero abandoné su regazo y volví al asiento del conductor—. Tú crees muchas cosas y casi siempre estás equivocado, así que digamos que esta es solo una más de esas ocasiones en las que pretendes tener la razón cuando no es así.

Vi que quería hablar o, más probablemente, discutir. Pero acabábamos de vivir un momento excepcional y, aunque insatisfecha por el rumbo que había tomado nuestra noche, prefería no dar batalla en lo referente a lo nuestro por una vez y confiar en que Luke viese las cosas con otra luz al día siguiente. Al menos

eso esperaba.

No conduje como una lunática, pero tampoco con la serenidad que sentía en el camino de ida. Hicimos el viaje en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos. No sé si él veía algo, pero puedo asegurar que no tengo ni la más remota idea de cómo nos llevé a salvo a casa. ¿Has oído hablar del coma de conducción? Es ese extraño estado en el que, milagrosamente, manejas el coche viendo sin realmente ver mientras tu cabeza hace lo suyo. Pues eso fue lo que me ocurrió. Aparqué delante de casa, no queriendo ir al garaje y tener más tiempo a solas con él. Algo irónico teniendo en cuenta que siempre andaba buscando cualquier excusa para estar más cerca.

Paré el motor y, cuando estaba a punto de bajarme del coche, su profunda voz me detuvo.

—Jen, tienes que escuchar lo que tengo que decir.

Cuando lo miré estaba mortalmente serio y, aunque estuve a punto de ceder, negué.

—No —respondí mirándolo a los ojos—. Acabo de vivir una de las mejores noches de toda mi vida y tú has querido ensuciarlo diciendo que no está bien, Luke. —Su expresión cambió y vi el arrepentimiento en su rostro, pero continué—: Lo que sentimos no es algo extraño ni sucio, es real y es muy bueno, lo sé. —Me llevé una mano al pecho y tuve que apartar la mirada—. Así que solo te pido que me dejes saborearlo esta noche. Medita cuanto necesites y mañana podremos hablar más tranquilos.

Solté las llaves sobre su regazo para que él mismo las dejase en casa cuando se hubiese tomado su tiempo. No dije más ni le dirigí una segunda mirada o esperé a que respondiese, tan solo me fui.

Como bien dije, tendríamos el domingo para hablar.

Pero no esa noche.

Esa noche fue nuestra.

La primera realmente nuestra.

Capítulo Diez

Jen, al día siguiente...

Estaba inquieta.

Bueno, en realidad, no puedo decir que alguna vez haya sido la persona más sosegada del mundo, pero esa mañana estaba especialmente agitada.

Expectante. Nerviosa y ansiosa.

Y, por primera vez en mucho tiempo, no me asustaba lo que pudiese deparar el día porque en lo más profundo de mi ser tenía la certeza de que Luke sentía lo mismo que yo. Lo de la noche anterior era solo una muestra más de que se sentía igual que yo, de que llevaba tiempo reprimiéndose y negando unos sentimientos que a ambos nos resultaban más que evidentes, pero que estaban en continua batalla con lo que él consideraba correcto o incorrecto. Llevaba enamorada de él desde que podía recordar, así que podía entender que necesitase un tiempo para asimilar esta nueva situación que, aunque él no lo creyera, también resultaba nueva y desconcertante para mí.

Sería paciente, siempre y cuando estuviese dispuesto a dar un paso más porque, aunque no quería presionarlo, necesitaba avanzar.

No puse especial esmero a la hora de vestirme aquel domingo... Bueno, quizás dediqué un poco más de tiempo a que las ondas de mi cabello tuviesen un perfecto aspecto descuidado. Por lo demás, unos *jeans* ajustados, camiseta *Rock Brigade* de Def Leppard y mis Converse negras favoritas.

En mi camino hacia la planta baja me detuve en el dormitorio de Mia, pero ya no se encontraba allí, así que no me demoré más. Retazos de conversación y risas llegaron hasta mis oídos a medida que me acercaba a la sala de estar. En el momento en el que entré, como si fuésemos los polos opuestos de un imán, nuestras miradas se atrajeron y quedaron ancladas. Le dirigí a Luke una sonrisa pícaro, pero, no solo no me la devolvió, sino que apartó la mirada y vi cómo palpitaba un músculo en su mandíbula. Puede que hubiese debido mirar el

panorama general de la sala, saludar al resto, algo... pero es que cuando él estaba cerca, era inevitable que todo lo demás pasara a un segundo plano.

Mi error.

Porque de no ser así, habría visto a la chica que charlaba animadamente con el señor y la señora Sullivan. Chica a la que no había visto ni una sola vez en toda mi vida y que, mientras Mia se acercaba a mí y me hablaba acerca de no sé qué, terminó su conversación con una sonrisa y se dirigió hacia Luke. Mientras mi corazón bombeaba con fuerza intentando ignorar lo que mi cerebro trataba de transmitirle, viví aquellos pocos segundos en cámara lenta. Fue como estar esperando un inminente choque de trenes, algo que ves, que sabes que va a suceder y eres incapaz de apartar la mirada. De hecho, necesitas no apartarla. Tienes que verlo porque puede que ese sea el único modo de despertar a la realidad que es tu vida.

Vi cómo él se apartaba de la señora Moretti cuando se percató de que la chica lo llamaba. Observé cómo, cuando acortaron la distancia, ella posaba con cariño y familiaridad la mano en el pecho de él mientras le decía algo en voz baja. Luke respondió con una sonrisa en el mismo tono bajo y envolvió un brazo en torno a su cintura.

Después la besó.

La besó.

Nada que ver con lo que compartimos la noche anterior. No. Este fue un beso casto y dulce. De estos que hablan de intimidad y confianza, de dos personas que sienten la necesidad de compartir esas sencillas y naturales muestras de cariño en público y que se guardan todo lo demás para cuando están solos.

¡Crack!

Apreté los puños mientras sentía que en mi corazón aparecía otra pequeña grieta más. Y Dios, dolía.

Maldito fuera, cómo dolía.

En aquel momento, incluso sin tener todavía toda la historia de lo que estaba sucediendo, odié a Luke y reprimí el impulso de abalanzarme sobre él. Sobre ambos. Ni siquiera escuchaba con claridad lo que se hablaba a mi alrededor, todo eran sonidos ahogados por el fuerte retumbar de mis latidos y me pregunté si alguien más era capaz de escucharlo, de sentirlo. Si alguna de aquellas personas a las que tanto quería se daba cuenta de que me estaba desmoronando justo allí, ante sus narices.

«No, no lo hacen», pensé.

Sintiendo mi mirada, la tierna sonrisa de Luke se borró de un plumazo cuando alzó el rostro y nuestros ojos se encontraron. Apreté con más fuerza

hasta que las uñas se clavaron en mis palmas provocándome unas bienvenidas punzadas de dolor. Ninguno apartamos la mirada, sacudí la cabeza, dolida y decepcionada.

«Hijo de puta», quise decirle.

Aquel maldito músculo volvió a palpitar.

«Intenté decírtelo».

No respondí, ni siquiera traté de transmitirle nada más, sino que traté de dejar mi rostro en blanco, libre de toda emoción.

De repente, Mia apareció justo ante mí y me eché hacia atrás. Estaba hablando, pero no había escuchado ni una maldita palabra tan perdida como estaba en aquel duelo de miradas. Tuve que forzarme a mirarla e ignorar a Luke.

—¿Qué?

—¿Se puede saber qué te pasa? —La miré, impasible, y prosiguió desestimando el tema con un gesto de la mano y una sonrisa—. Da igual, supongo que solo estás siendo tú. —Entrecerré los ojos, pero ella ni lo notó. O solo me ignoró—. Decía que tienes que conocerla, es encantadora.

—¿A quién?

No sabía ni para qué preguntaba.

—¡A Alice! —En un parpadeo me llevaba de la mano hacia ellos. Mierda—. Además, tenemos tanto en común...

Desconecté de lo que decía porque a menos de dos metros se encontraba Luke aún con ese maldito brazo envuelto en torno a la cintura de la chica. Nuestros ojos volvieron a encontrarse y enderezó la postura, tenso, preparándose para cualquier batalla que pensara que le iba a presentar.

Me conocía demasiado bien.

—Alice —llamó Mia, con un suave toque en su brazo—. Esta es Jen. —Ella sonrió con dulzura y Mia hizo un gesto entre las dos—. Jen, te presento a Alice. La novia de Luke.

La novia de Luke.

¿Cuándo diantres había sucedido eso? La noche anterior estábamos desesperados el uno por el otro y en menos de doce horas había llevado a su novia a casa para presentársela a la familia.

Alice se adelantó con intención de besarme en la mejilla, pero eso era demasiado para soportar, así que veloz extendí la mano erigiéndola como barrera entre nosotras. No era muy dada a las muestras de cariño, aún menos con alguien a quien no conocía, así que ya no hablemos de la mujer que se estaba acostando con mi... con su novio.

Hijo de puta.

Ella se recuperó con rapidez de la sorpresa y me estrechó la mano con una

beatífica sonrisa en el rostro, yo no podía apartar los ojos de Luke y en los suyos... Estaba tan furiosa y dolida que ni siquiera puedo decir qué reflejaban los suyos en ese momento. ¿Arrepentimiento? ¿Pesar? ¿Lástima? No importaba.

—Me alegro mucho de conocerte por fin, Jenna —decía ella con entusiasmo—. He oído hablar muchísimo de ti.

No pensaba decirle que me llamase Jen. A ella no.

—Es curioso... —respondí con suavidad, aún centrada en Luke—. Hasta este momento, yo ni siquiera sabía que existías.

Cuando la miré, la sonrisa se había atenuado un poco, pero mantuvo la compostura no muy segura de qué significaban exactamente mis palabras. Luke lanzaba dagas por los ojos. La señora Moretti, que se encontraba a un par de pasos, murmuró un «*Mannaggia!*», dividida entre la risa y la sorpresa. La única que pareció no enterarse de nada fue mi dulce amiga Mia, que continuó hablando como si nada.

—¿Verdad? —Le fruncí el ceño por tanto entusiasmo—. Mi hermano se lo tenía bien guardado.

Sí, desde luego, muy bien guardado.

Ambas se mantuvieron ocupadas charlando sin percatarse de que nosotros dos no participábamos en la conversación. Cuando la señora Sullivan anunció que la comida ya estaba lista y todos se dirigieron a ocupar sus sitios, Luke y yo fuimos los últimos, no porque lo pretendiera, es solo que me movía en piloto automático y tardaba un poco más de lo normal en reaccionar a cuanto me rodeaba. Me sujetó por el brazo, intentando detenerme y traté de deshacerme de su agarre.

—¡Suéltame! —escupí, mirándolo.

—Tenemos que hablar —exigió con voz tensa.

—No tenemos que hacer nada —repliqué acercándome tanto que apenas dejé espacio entre nuestros cuerpos.

—Sí, sí que tenemos que hacerlo.

—Aparta tus manos de mí o tendrás que explicarle a tu novia por qué estás de rodillas en mitad de la sala de estar después de que te haya pateado los huevos.

Durante unos breves instantes nos sumimos en uno de nuestros habituales duelos de miradas. Con la mandíbula apretada y cierta reticencia, me soltó, pero en lugar de retroceder se acercó un paso más hasta que apenas unos pocos centímetros nos separaban.

—Sé que no es el mejor momento —advirtió en voz baja—, pero esa conversación va a suceder y no admito discusión al respecto.

Estábamos en esa situación precisamente porque había muchas cosas que

Luke no admitía, porque las estuvo negando durante demasiado tiempo, tanto a él como a mí. Pero eso no se lo dije. Tan solo lo miré a aquellos ojos que tantas cosas me dijeron a lo largo de los años, más de las que probablemente él pretendía transmitirme y que sin embargo supusieron señal suficiente como para que no desistiera en mi empeño de lograr que me viera. No solo a mí, sino a nosotros, a lo que podíamos ser si nos lo permitía, si tan solo se dejaba llevar.

Nunca pensé que cuando por fin lo hiciera, cuando se olvidase de reglas o tabúes y antepusiera sus deseos y sentimientos a todo lo demás, me dolería tanto. No hablo de arrepentimiento, eso jamás, sino de una profunda pena, de una desesperanza provocada por la misma persona en la que tantas de mis ilusiones se asentaban. Respiré y aquel aroma que siempre asocié con él se instaló en lo más profundo de mi ser para quedarse, como un recordatorio de lo que solo podría admirar desde la distancia.

Distancia, eso era, pensé.

No discutí, no dije ni una sola palabra porque acababa de dejar de debatirme entre saltar sobre él y besarlo, o golpearlo y gritar exigiendo respuestas. Exigiendo algo, lo que fuese que aplacase aquel dolor en mi pecho. Retrocedí un par de pasos sin dejar de mirarlo y después le di la espalda y fui a ocupar mi sitio en la mesa.

El primer percance ocurrió demasiado rápido porque cuando llegué, resultó que Alice estaba en la misma silla que hasta ese día yo misma venía ocupando. Mentiría si dijera que aquello no picó, que nadie la corrigiese o le dijera que podía sentarse en algún otro sitio. ¿Absurdo? Puede ser, pero ese día me sentía un poco superada por las circunstancias.

—Siéntate aquí, *bambina* —llamó la señora Moretti, palmeando el lugar junto a ella.

Sonreí y obedecí, en silencio, intentando por todos los medios comportarme como una buena chica, sin dar pelea ni provocar una guerra. Tan solo estando.

Luke se sentó y, dado el cambio de lugares, ese día en lugar de estar junto a mí, quedamos frente a frente. A decir verdad, él no parecía muy cómodo con la situación tampoco, pero que se jodiera. Él era el responsable de aquello.

La comida transcurrió entre risas, anécdotas y muchísimas ganas de conocer a la mujer que había conseguido enamorar al soltero por excelencia de la familia. Resultó que Alice se había graduado en la universidad el año anterior y trabajaba como profesora en una guardería, trabajo que amaba. Como también amaba a los niños. Mia estaba entusiasmada no solo porque tenían formas de ser muy similares, sino porque también compartían su amor por la docencia. Los señores Sullivan sonreían y se mostraban comunicativos y muy interesados en

saber más de aquella chica, aquella mujer que todo apuntaba a que en un tiempo pasaría a formar parte de la familia. Fue la señora Moretti quien en más de una ocasión me lanzó alguna mirada comprensiva o colocó la mano en mi pierna, reconfortándome, como si fuera consciente de lo difícil que estaba siendo aquel día para mí. Cuando estaban a punto de servir el postre, llegó Terry y se unió a nosotros como uno más, porque en realidad lo era y además ya era costumbre que llegase para tomarlo con nosotros.

Bendita hospitalidad la de los Sullivan.

Hubo un momento en el que Alice contaba alguna anécdota vivida con Luke en una de sus citas y, tras ver la sonrisa con la que él la observaba, la miré. De verdad la miré por primera vez y se me cayó el alma a los pies por distintas razones. Por un lado, era preciosa y seguro que también el tipo de chica popular en el instituto y que jamás pasaba desapercibida, porque a su cabello rubio, ojos azules y bonita figura había que sumarle una personalidad dulce y amable. En definitiva, era todo lo opuesto a mí y si Luke se había enamorado de ella y tenían una relación lo suficientemente seria como para llevarla a casa, era imposible que me amase a mí o que tuviésemos la más mínima oportunidad, máxime, teniendo en cuenta que la mayor parte del tiempo lo sacaba de sus casillas y que uno de los propósitos de su vida parecía ser el criticar cada paso que daba o decisión que tomaba.

Por otro lado, después de verla y escucharla, de saber quién era y que venía para quedarse, intenté odiarla, quise encontrar algo en ella, una excusa, lo que fuera para poder rechazarla, y ni siquiera eso me puso fácil cuando, con genuino interés, preguntó por mí y por mi vida, por mis planes para la universidad y el futuro inmediato.

Con frases escuetas y educadas, respondí. Después de todo, aunque ella era en parte responsable de mi desazón aquel día, si era sincera conmigo misma no podía culparla por enamorarse de Luke.

Miré a mi alrededor, a las personas que conformaban «mi familia» y que lo eran todo para mí... lo único que tenía, y me di cuenta de que por más que los amase, por más que ellos me quisieran a mí, en realidad no era parte de ellos. No del todo. A lo largo de mis casi dieciocho años de vida había batallado con muchas cosas. Enfrenté el abandono de mi madre. Soporté el desprecio y los golpes de mi padre. Encaré las burlas y desdén con respecto a mi aspecto y procedencia, e incluso lo hice cuando dichas burlas iban dirigidas a otras personas. Afronté la indiferencia de Luke con respecto a mis sentimientos y, peor, vi cómo él negaba unos sentimientos y atracción que para mí eran tan claros como el día.

Siempre peleando, batallando, aguantando... siempre por y para los demás,

para defender o demostrar lo que fuera aquello en lo que creyese... y estaba cansada. Porque siempre era la que acababa quedando en un segundo plano, la olvidada y fácilmente descartable. Quería hacer algo por y para mí, no para demostrar algo a los demás, sino porque sí. Porque quería y me lo merecía. Porque estaba cansada. Sin más.

Las palabras salieron de mis labios incluso antes de que hubiese terminado de procesar el pensamiento o las repercusiones de lo que iba a decir.

—Me marchó.

Quizás fue sensación mía, pero pareció como si todo se hubiese detenido en un instante. Incluso Mia, que charlaba animada con su recién descubierta cuñada, me miró con el ceño fruncido. Nadie habló en un principio, hasta que la señora Sullivan rompió el silencio.

—Bueno, cariño —dijo, con la dulzura que la caracterizaba—. Si no te sientes bien, no tengas problemas en marcharte antes.

Sentí los ojos de la señora Moretti clavados en mí y la miré. Algo sucedió entre nosotras, una especie de tácito entendimiento y, a regañadientes, asintió con una pesarosa sonrisa dibujada en su rostro. Aquello solo me lo hacía más difícil, pues adoraba a aquella mujer.

—No, yo... eh... —Me aclaré la garganta—. Lo que quiero decir es que me marchó de aquí. —Ni siquiera quise mirar a Luke, en cambio, me dirigí a su madre—. Me voy.

Varias cosas sucedieron a la misma vez. El señor Sullivan frunció el ceño, Mia jadeó sorprendida y comenzó a lanzar una pregunta tras otra, su madre abrió mucho los ojos sorprendida, Alice se mantuvo en silencio mirando entre unos y otros sin saber muy bien cómo reaccionar, Terry miraba a Luke en busca de algo y Luke... Luke no me decepcionó, en absoluto.

—¿Qué demonios quieres decir con eso? —inquirió en un gruñido, apoyando los puños apretados sobre la mesa. Por fin lo miré—. ¿Adónde se supone que vas a ir?

No me perdí el modo en que Alice, su novia, posaba una de sus manos sobre su brazo, aplacándolo.

Me estaba rompiendo.

Lo ignoré.

—¿Qué pasa con el instituto? —preguntó el señor Sullivan. Parecía un poco consternado y de inmediato me sentí mal.

—Solo faltan un par de semanas para la ceremonia de graduación. —Me encogí de hombros—. Teniendo en cuenta que he aprobado todo con buenas notas, no es que me preocupe especialmente esa parte.

Sobre todo, desde que yo no tenía una familia propia que acudiese a

vitorear orgullosa cuando recogiese mi diploma.

No tenía ni idea de a quién o hacia dónde mirar y, no sé por qué, mis ojos acabaron dirigiéndose hacia la persona que se sentaba junto a mí. Quizás porque siempre había sentido una conexión especial e inexplicable con la señora Moretti, fue la primera cuya aprobación busqué. Entendimiento y tristeza brillaban en sus ojos, también aceptación y eso hizo que aquel maldito nudo de aprensión que me comprimía el estómago menguase un poco.

—Te apoyaremos en lo que sea que decidas hacer. —Posó una de sus ajadas manos con dulzura en mi mejilla, mirándome a los ojos—. Pero, niña, sabes que aquí siempre tendrás un hogar al que regresar.

Apreté los labios y asentí, emocionada. Puede que nadie más se percatase, pero no se me escapó el hecho de que utilizó el término «hogar» en lugar de casa. Casas hay muchas, yo misma había vivido en una la mayor parte de mi vida, pero aquel jamás fue mi hogar, ni de lejos. En el primer caso es solo un sitio más, sí, uno en el que habitar y compartir espacio con otras personas. En el segundo, imaginaba calidez, risas, el aroma a café por las mañanas y las discusiones acerca de quién acaparaba durante más tiempo el baño.

Ella siempre me había entendido. Me veía.

—Tienes que estar bromeando —gruñó un ofuscado Luke—. Eres menor, vives aquí y eres nuestra responsabilidad...

—Jamás he sido nada tuyo... —espeté, cansada de que se sintiera con derecho a cuestionarme.

—Hijo —advirtió el señor Sullivan.

—...Y, además, cumpliré los dieciocho en unos pocos días. —Volví a encogerme de hombros, lo cual solo parecía encenderlo más—. Así que supongo que con eso se acaba cualquier otro impedimento que se te pueda ocurrir.

—¿Qué me dices del dinero? —Abrí la boca y volví a cerrarla. ¡Mierda!—. Imagino que, ya que tienes tan claro que te marchas, tendrás todo bien atado.

El muy cretino se veía demasiado satisfecho.

No, en absoluto. No había pensado ni planeado nada, excepto...

—Pensilvania —respondí—. Creo que mi madre podría estar allí, y en cuanto al dinero...

—El dinero no es un problema —atajó su padre. Lo miré.

—No pretendo que me den dinero para el viaje, señor Sullivan. —Me sentía incómoda con tantos ojos clavados en mí—. Estoy segura de que entre lo que tengo ahorrado y...

—No, cariño —me interrumpió la madre de Luke—. Chuck, bueno... —Dejó escapar una risita y miró a su marido al tiempo que unían sus manos sobre la mesa—. Mi marido puede ser muy persuasivo cuando quiere, e hizo ver a tu

padre que había ciertas responsabilidades de las que tenía que hacerse cargo.

Miré entre ellos sin entender ni una palabra de lo que decían.

—Una manutención —aclaró él.

Los miré en absoluto *shock*. ¿Ellos le habían cobrado dinero a mi padre a cambio de tenerme viviendo en su casa? No sé si el horror de aquella revelación se reflejó en mi rostro, pero algo debieron ver, puesto que el señor Sullivan se apresuró a aclarar lo que quería decir.

—Hemos guardado ese dinero para ti, cariño —explicó con una ternura que difícilmente asociarías con él la mayor parte del tiempo—. Es tuyo, es lo menos que te mereces después del modo en el que te trató ese pedazo de mierda...

—¡Papá! —regañó Mia.

Terry rio con suavidad y sacudió la cabeza.

—Muy bien, esa bola de estiércol —corrigió, lanzando una mirada a su hija que a su vez lo observaba con el ceño fruncido—. Lo que quiero decir es... —Clavó sus claros ojos en mí—. Jen, ese dinero es tuyo. Pensábamos contártelo cuando te graduases para que decidieras qué hacer con él. Imaginamos que quizás lo querrías para la universidad, pero ya eres adulta, de modo que tú decides.

Tenía que salir de aquella habitación.

Varios segundos transcurrieron en los que el silencio era tal que habrías sido capaz de escuchar un alfiler caer. Traté de transmitirle a aquel hombre el inmenso amor y gratitud que sentía hacia él, lo más parecido a un padre que tendría en toda mi vida. Gruñón, generoso, agudo, protector y fuerte, ese era Chuck Sullivan.

—Gracias —musité, mirando aquellos ojos tan parecidos a los de su hijo.

Apreté con suavidad la mano con la que la señora Moretti sujetaba la mía, la señora Sullivan sonrió con cariño cuando pasé por su lado y cuando llegué al cabeza de familia, envolví desde atrás los brazos en torno a él y lo besé en la mejilla, apoyando la barbilla sobre su hombro.

—Gracias por todo, señor S —murmuré en voz baja.

Él me palmeó las manos que descansaban sobre su pecho con suavidad.

—Eres de mi familia, Jen —respondió—. Y yo siempre cuido de los míos.

Asentí antes de volver a besarlo y me fui sin mirar a nadie más.

Desde las escaleras podía escuchar a Luke protestar, aduciendo que era una locura que me permitiesen hacer aquello.

Bien poco me importaba lo que tuviese que decir al respecto.

La tarde fue intensa, por decir algo. Sobre todo, por la cantidad de emociones que batallaban en mi interior.

Preferí quedarme en mi cuarto, ordenando mis cosas y también mis ideas. La familia permaneció en la sala charlando y riendo, ofreciendo a Alice la cálida bienvenida que merecía; por supuesto, lo entendí y agradecí puesto que no me apetecía mucho la compañía. Sin embargo, como era de esperar, Mia no tardó en hacer acto de aparición con mil y una preguntas escapando de sus labios, necesitando saber más, queriendo entenderme y también acompañarme.

—No puedes hacer eso —aduje, sentada frente a ella en la cama—. La universidad comenzará en unos pocos meses y tu padre se volvería loco si te lo pierdes.

Abrió mucho los ojos cuando por fin la implicación de mis palabras le llegó.

—Pero... pero ¿no estarás aquí para el comienzo de las clases? —Sacudí la cabeza, en silencio—. No puedes hablar en serio, ¿es una completa locura! ¿Cuánto tiempo piensas estar fuera?

Buena pregunta, ¿cómo responder a algo que ni yo misma sabía?

No se trataba de algo que hubiese planeado, sencillamente lo sentía como algo que tenía que hacer. Que necesitaba hacer.

—No lo sé —respondí con sinceridad.

Suspiró y, transcurridos unos segundos, asintió antes de abalanzarse sobre mí y envolverme en un apretado abrazo. No dijo más, poco después se marchó dejándome a solas con mis pensamientos, pero no me perdí el hecho de que cuando abandonaba el cuarto, se limpiaba una lágrima de la mejilla. Por nada del mundo quería ser quien le hiciese daño.

Aún estaba en *shock* por la revelación de lo que el señor Sullivan había conseguido para mí, ni en un millón de años habría imaginado algo así y ni mucho menos que mi padre hubiese aceptado tal trato. No tenía ni idea de cuánto dinero estábamos hablando, y para ser sincera, me revolvía el estómago utilizar cualquier cosa sabiendo que provenía de aquel patético ser, pero no veía otra opción y supuse que, en cierto sentido, me lo había ganado. Lo único que de momento tenía claro era que necesitaba alejarme de allí lo antes posible. No estaba hablando de hacerlo al día siguiente, primero pondría todo en orden. Aunque ya me habían aceptado en la universidad de Chicago, lo pospondría durante un tiempo o incluso podía solicitar un traslado. No lo sabía y solo el tiempo lo diría.

Una vez que reordené lo que ya estaba en orden y no me quedaba más por hacer, a menos que pensara en preparar las maletas, me senté en la cama con la caja en mi regazo. Nada más abrirla, aparecieron fotografías en las que estaba

con Shadow, fueron la última adición a mi pequeño cofre de recuerdos puesto que quería tenerlo conmigo allá donde fuera; estaba segura de que habría disfrutado con el viaje que tenía planeado. Fui sacando el resto hasta que llegué a lo que buscaba: la carta de despedida de mi madre. La encontré poco antes de que los Sullivan me llevaran con ellos, de hecho, fue ese descubrimiento lo que desató la furia de mi padre la última vez que tuvo la oportunidad de ponerme las manos encima. Fue pura casualidad que diese con ella. En la carta, enviada casi dos años después de que mi madre desapareciera, ella explicaba las razones que la llevaron a marcharse, me pedía perdón y prometía que, una vez tuviese todo en orden y algo que ofrecerme y con lo que pelear contra mi padre, volvería a por mí. Sobra decir que aquello jamás sucedió y yo necesitaba respuestas, quería saber por qué. Entendía que más allá de las razones o desesperación que la llevaron a marcharse, el fondo continuaba siendo el mismo, y ese era que me dejó atrás, me abandonó. Sin más.

La dirección era de Pensilvania y, aunque ya había transcurrido el suficiente tiempo como para que ella se hubiera marchado, tenía que intentarlo.

Through Glass de Stone Sour se escuchaba de fondo en la pequeña radio que descansaba sobre la mesa de estudio. Adoraba aquella canción.

Estaba tan perdida en mis cosas que el sonido de la puerta al cerrarse me sobresaltó. Levanté la mirada y allí estaba Luke, imponente, hermoso y cabreado, por supuesto. Suspiré mientras devolvía todo a su lugar y cerraba la caja; él cruzó los brazos y se apoyó contra la puerta cerrada, supe que intentaba parecer casual y también que falló en el intento de forma estrepitosa. No hablé, no dije ni una palabra, sino que permanecí sentada en la cama con las piernas cruzadas al estilo indio y mirándolo, perdiéndome en aquellos ojos mezcla de verde y miel que me volvían loca y que a su vez destilaban enfado. Le dejé tiempo para que pusiera voz a lo que había venido a decir pues sabía que no se sentiría satisfecho hasta que lo dejase salir. Y, por supuesto, no me decepcionó cuando transcurridos unos instantes habló.

—No puedes dejarlo todo y largarte porque estés enfadada —declaró con su profunda voz. Me tensé, pero lo dejé acabar—. Eres lo suficientemente adulta como para responsabilizarte de tus decisiones y no actuar a la ligera sin medir las consecuencias de tus actos. —Sacudió la cabeza—. No es así como funcionan las cosas, Jen.

Si no era capaz de entender la razón de mi marcha, es que era más tonto de lo que pensaba.

—No me voy porque esté enfadada —respondí, mirándolo directamente a los ojos—. Y, si eso es lo que crees, es que no me conoces en absoluto.

—Pues entonces explícamelo —exigió. Descruzó los brazos y dio un paso

adelante. Cuando permanecí en silencio, suspiró y se frotó el rostro con fuerza —. Mira, ya sé que no he hecho las cosas bien, ¿de acuerdo? Debí hablarte acerca de Alice sabiendo lo que sentías por mí...

—No, debiste hacerlo antes de meter tu lengua en mi boca —repliqué con mi temperamento emergiendo.

Apretó los dientes, molesto, pero se recompuso rápido e ignoró la pulla.

—Fue a eso a lo que vine el día que os sorprendí a ti y a Mia hablando acerca del baile de graduación —explicó. Vi cómo cerraba los puños ante el recuerdo y sacudió la cabeza—. Después sucedió todo el asunto con tu padre y Shadow y... No lo sé, joder, no pensé que fuese el mejor momento.

Claro, porque nunca existe un buen momento cuando sabes que vas a romper el corazón de alguien, supuse.

—Ahora ya no importa, Luke. —Tragué el amargor ante lo siguiente que tenía que decir—. Te felicito, es hermosa y parece una buena chica.

No es que fuese mentira y, precisamente por eso, escocía más.

—No me digas eso, maldita sea. Esta no eres tú.

De verdad parecía determinado a hacerme pelear con él. Me levanté, sintiéndome en cierto modo en inferioridad desde mi posición en la cama. Si íbamos a discutir, lo haríamos en igualdad de condiciones.

—¿Y qué demonios esperas que diga, Luke? —Me adelanté un paso, ofuscada—. ¿Esperas que monte un espectáculo? ¿Quieres que grite? ¿Que te dé más excusas para llamarme niña? ¿Qué es lo que quieres?

—Quiero que te quedas.

—¿Qué? —No podía estar hablando en serio.

—No te vayas. —Se acercó un paso más, apenas dejando espacio entre nuestros cuerpos—. No tiene por qué ser así. Lo de anoche no tiene por qué cambiar nada.

Retrocedí.

—Lo de anoche lo cambia todo. Que me besaras, lo cambia todo —expliqué, intentando transmitirle lo que sentía—. Que por una vez te dejases llevar sin pensar en si está bien o mal y solo te dedicases a sentir, lo cambia todo. —Señalé con la cabeza hacia la puerta—. Ella lo cambia todo.

—Lo de anoche fue...

—¿Un error? —terminé por él.

Sacudió la cabeza, y de verdad parecía atormentado.

—Jamás debería haber sucedido.

Maldito imbécil testarudo.

—Pero lo hizo. Sucedió y por más que quieras, no puedes deshacerlo. —Había algo que necesitaba preguntar—. ¿La amas?

Vi cómo palpitaba un músculo en su mandíbula.

—Las cosas no siempre son blancas o negras, y, además... —Se cruzó de brazos—. Eso no está relacionado con el hecho de que te quieras marchar.

Gruñí.

—¡Tiene todo que ver! —Acabé con la distancia que nos separaba, hasta que prácticamente quedamos nariz con nariz—. Dime que no me quieres. —Lo reté, mirándolo a los ojos—. Mírame y dime que no te sientes atraído por mí, que lo de anoche no significó nada. Dime que son solo las imaginaciones de una niña en busca de un héroe que la rescate de su vida.

—No lo entiendes, eso no...

¡A la porra! Era Luke quien no lo entendía y me dispuse a demostrárselo.

Antes de siquiera pensarlo dos veces o de darle tiempo a reaccionar, me lancé hacia él. Envolví los brazos alrededor de su cuello y lo besé. Muchos escenarios diferentes podrían haberse dado en ese momento, pero no me decepcionó cuando respondió de inmediato. No es solo que reaccionase, es que se encargó de avivar y encender lo que en principio solo era un impulso, una necesidad de demostrarle que lo que había entre nosotros era real, que él lo sentía igual que yo. Un profundo gruñido emergió de su garganta cuando no solo le di acceso, sino que mi lengua salió al encuentro de la suya y ambas danzaron en la más hermosa y sensual de las batallas luchando por el poder, demostrando que se conocían y que querían más, que aquello era poco, que no era más que el principio. Sus brazos, que no supe cuándo se enlazaron en torno a mi cintura, desaparecieron y en su lugar sentí sus manos sujetar mi trasero con fuerza y, como si ya lo hubiésemos hecho miles de veces, en el mismo impulso él me izó y yo rodeé su cintura con mis piernas. Lo siguiente que supe fue que mi espalda chocaba con fuerza contra la puerta de mi habitación, no como para hacerme daño, pero sí la suficiente como para conseguir que mi cuerpo se encendiese con la necesidad de obtener más y que un gemido lastimero escapase de mis labios. Una de sus manos ascendió y sentí sus dedos enredarse entre mi cabello con firmeza, acercándome más, manteniéndome en el lugar, haciéndose con ese control del que tan fanático era y mostrándome cuánto me necesitaba en ese momento. El aroma y el calor de su cuerpo me envolvían, convirtiéndose en todo lo que precisaba para vivir, porque bien podría haberme fulminado un rayo en ese instante que habría abandonado este mundo feliz y con partes de él tatuadas en mi alma por toda la eternidad.

Apreté el agarre en su cuello cuando mordisqueó mis labios y, al igual que la noche anterior, roté mis caderas buscando más fricción y arrancándonos a ambos un gemido que alcanzó cada parte de aquella estancia. Mi cuerpo vibraba, mi bajo vientre temblaba y se retorció demandando algo que no parecía llegar, y

a cada segundo que pasaba, me volvía más desesperada.

—Luke... —musité, mitad súplica y mitad exigencia—. Luke, por favor...

Jamás sabré en qué habría desembocado aquello si no hubiese abierto la boca. Puede que otros cinco minutos besándonos o puede que más. Quizás habríamos llegado hasta el final sin importarnos que el resto de la familia estuviera en la planta baja, ajenos por completo a lo que allí ocurría. Y también su novia.

Su novia... maldito fuera.

—Maldita sea... —exhaló, escondiendo el rostro en el hueco de mi cuello.

Su cálido aliento acarició mi piel y no pude evitar estremecerme. Transcurrieron varios segundos en los que tan solo se escuchaban nuestras aceleradas respiraciones. Posé una de mis manos en su mejilla y la otra en su nuca, acariciando su corto cabello y deleitándome con la forma en la que este se deslizaba entre mis dedos.

Sabía que, muy probablemente, no tendría otra ocasión para hacer aquello, de modo que me embebí del momento y de la sensación.

—Esta es la razón por la que tengo que irme de aquí.

Creo que lo hizo de forma inconsciente, pero sentí cómo apretaba los puños al tiempo que acariciaba con la nariz la expuesta piel de mi cuello, como si él también necesitase embriagarse de mi aroma. Me dejó en el suelo con suavidad, justo antes de retroceder un paso.

Era incapaz de apartar la mirada de él, no quería perderme nada, puesto que cuando mejor nos comunicábamos, cuando más llegaba a entenderlo, no siempre era por medio de las palabras. Sus ojos, sus labios e incluso su respiración eran capaces de decirme más que cualquier otra cosa. Pero no me miraba, sino que observaba algún punto de la puerta tras de mí, aunque estaba segura de que su mente se movía a un millón de kilómetros por hora.

Finalmente, sacudió la cabeza.

—Tienes mi palabra de que me mantendré alejado de ti.

Al principio lo miré en *shock*, no muy segura de haberlo escuchado bien.

—¿Estás bromeando? —chirrié. Me acerqué y lo pinché con el dedo índice en el pecho, y por fin levantó la mirada—. ¿Esa es tu solución? ¿Mantenerte alejado de mí? Incluso si lo consiguieras, cosa que dudo por razones obvias, eso no arregla nada. No borra lo que sentimos el uno por el otro.

—No puedes poner tu vida en *stand by* por algo pasajero. —Me inmovilizó con una dura mirada—. No puedes marcharte, Jen.

Hijo de perra.

¿Pasajero? Ni siquiera tenía el valor suficiente como para negar o confirmar mis palabras en cuanto a lo que sentíamos y, sin embargo, se

consideraba con la autoridad suficiente como para pedir... exigir algo. Y además catalogarlo.

—No me voy por ti. —Retrocedí mirándolo a los ojos y crucé los brazos—. Me marchó porque en este momento necesito quererme más a mí. Porque tengo que anteponer lo que necesito, lo que es mejor para mí, antes de lo que siento por ti. Porque, si no lo hago, acabarás destrozándome. Porque aún no me has dado una buena razón para quedarme. —Nos quedamos en silencio, observándonos. Él, midiendo y pensando acerca de su siguiente paso. Yo, esperando, como siempre—. Ya, eso es lo que pensaba. —Sacudí la cabeza, decepcionada. Porque en el fondo siempre esperas que ese «algo» llegue—. Y ahora —murmuré, dándole la espalda y caminando hacia la cama—, te agradecería que salieras de mi habitación. Me gustaría estar sola.

—Te recuerdo que esta sigue siendo mi habitación.

Me congelé a medio camino y me giré sin poderme creer que hubiese dicho aquello.

—Ya. —Apoyé las manos en mis caderas con los brazos en jarras—. Y supongo que yo solo soy la chica que vive aquí de prestado. Muy bien, Sullivan —espeté—, has dejado claro tu punto.

—Mierda, Jen. —Ofuscado, se pasó las manos por el pelo y después se frotó el rostro con fuerza—. Sabes que eso no es lo que pretendía decir.

—Pero es lo que has dicho —respondí de vuelta—. Ahora, o te largas tú, o lo hago yo. —Me miró en silencio y me enervé. Estaba cansada de esos malditos silencios—. Decídete de una maldita vez.

Asintió, antes de dar media vuelta para salir de allí.

Con la mano en el picaporte y a punto de abandonar la estancia, se detuvo, aunque no volvió a mirarme.

—Esta conversación no ha terminado —advirtió—. Cuando los dos nos calmemos un poco, volveremos a retomarla. No pienso dejar que las cosas queden así.

Antes de que me diese tiempo a responder, se marchó.

El sonido de aquella puerta al cerrarse resonó en la habitación haciéndose eco del sonido de mi corazón al detenerse. Lo último que vi de él fue su espalda justo antes de desaparecer, no sus ojos, tal como me habría gustado.

En lo más profundo de mi corazón supe que aquel clic... aquel maldito clic cerraba mucho más que una puerta. También suponía el cierre a sueños, esperanzas y oportunidades. Era el cierre de una etapa. Aquel sonido ponía fin al «nosotros» que tantas veces imaginé, al que me aferré con uñas y dientes.

Y dolía.

Maldito fuera, cómo dolía.

Apretando los dientes, me tomé un momento para recomponerme y respiré hondo, sabiendo muy bien lo que tenía que hacer.

No sería por ella.

Tampoco por él.

En el fondo, ninguno de ellos lo merecía. No niego que, a su modo, me quisieran, pero el amor es más. Como también supe que era el momento idóneo para quererme más a mí misma. Para que Jenna Gray tomase las riendas de su vida.

¿Sería fácil? En absoluto.

¿Era lo mejor? Solo el tiempo lo diría. De momento, era lo único que sentía correcto. Necesario.

No tenía que consultarlo con la almohada, tampoco debía esperar a nada.

Quienes necesitaban saberlo, estaban informados. Y ahora solo se trataba de mí.

No tenía ni idea de si sería por un mes o quizás un año. Puede que más.

En algún momento volvería, esa fue mi única certeza.

De modo que, con la decisión tomada, me dirigí hacia el armario.

Aunque lo más importante ya lo tenía.

Determinación.

El resto, ya llegaría.

Luke...

Dos días.

Jen se marchó tan solo dos días después de aquel encuentro en mi... su habitación.

No esperó a vivir la ceremonia de graduación en el instituto, un momento único en la vida de todo adolescente.

Tampoco se quedó para celebrar su dieciocho cumpleaños en familia, era el

cuatro de julio y ella se autoproclamó independiente antes de que el día llegase. Me enfurecí con mis padres en mi afán de culpar a alguien por no haberla convencido para que esperase. Podrían haberlo hecho, podrían haberla obligado a quedarse hasta el mismo maldito día en el que cumplía los dieciocho y, legalmente, ya podría volar sola y hacer su propio camino. Eso al menos me habría dado un poco más de tiempo, ¿para qué? Ni puta idea, pero algo se me habría ocurrido. Eso seguro.

Me enfurecí con Mia por no convencerla. Ni siquiera mi hermana, tan dulce, sensata y reflexiva, su mejor amiga, su hermana... ni ella fue capaz de convencerla para que se quedara. Para que esperase.

No tenía ni la más remota idea de si, en caso de haber esperado un poco más, habría supuesto alguna diferencia. Pero me mataba no haber tenido la posibilidad de haber hecho las cosas de forma distinta.

Me quedé parado en mitad de mi antigua habitación, ahora la suya. O antes la suya. ¿Qué demonios importaba? La cuestión era que su esencia, cada parte de lo que ella era, inundaba cada rincón, pared o retazo de tela.

No quedaba nada de mí, todo era Jen.

Porque así era ella, como un maldito tornado que arrasa con todo a su paso, dejando una profunda huella en aquellos a quienes incluye entre su pequeño círculo de confianza. Es difícil entrar, no lo negaré, pero cuando lo haces... cuando consigues traspasar sus barreras, te sientes como un puto ganador. Yo no solo formé parte de ese reducido grupo, sino que, por alguna razón que jamás terminaré de comprender, me colocó en la cúspide de la pirámide, en un lugar que ni mucho menos me merecía.

Endiosado, por la niña que fue.

Sobrevalorado, por la mujer en la que se había convertido. Ese era yo, un penoso ganador de títulos por los que jamás luché. Que nunca aprecié.

«Era lo mejor», me repetí una y otra vez durante aquellos días.

Con las manos en las caderas, cerré los ojos y agaché la cabeza. Inhalé profundamente, dejando que el dulce aroma de la vainilla y el toque ácido de las fresas se arraigaran dentro de mí del mismo modo que ella lo había hecho. Aromas que representaban a la perfección la curiosa y deliciosa mezcla que era esa chica.

Reviví mis últimos momentos con ella. No la discusión, sino los buenos.

Los mejores que había tenido en mi maldita vida. Los únicos que no lograba sacar de mi cabeza por más que lo intentase, y aquello me estaba volviendo jodidamente loco. Yo no era ningún puto niño sin experiencia. Había tenido mis relaciones, algunas esporádicas, otras más duraderas, pero ahí estaban. Y jamás, nunca me había sucedido algo ni remotamente parecido.

Ni siquiera Alice era capaz de hacer sombra a algo que fue tan efímero que no tuve ni tiempo de asimilarlo. O puede que ahí estuviese el problema, en que sí, la conexión física fue tan impresionante como breve, pero lo nuestro nunca podría considerarse del mismo modo. Porque si me paraba a pensarlo y analizarlo detenidamente, fue gestándose a fuego lento con el transcurrir de los años. Puede que desde el mismo momento en el que me confesó sus sentimientos por primera vez, ya naciera algo que me negué a ver. A reconocer.

Suspiré, frustrado, y me froté la cara con fuerza.

Me estaba volviendo loco, joder.

No porque no supiera lo que quería. Ahora lo hacía. Pero, por un lado, me sentía como un puto pervertido al reconocer unos sentimientos y atracción por una niña... No, una chica de diecisiete años que ni siquiera había empezado a vivir. Era ocho años mayor que ella, la había visto crecer... Jamás debería haberme fijado en ella del modo en el que lo hice. Y por el otro... maldita sea, incluso si nos hubiera dado una oportunidad, si aquello salía mal, la destrozaría.

La dejaría sin nada, y no podía hacerle eso.

Sí, aquello era lo mejor para los dos.

Para todos.

Cuando giré para salir de la habitación, encontré a mi *nonna* parada junto a la puerta, con las manos entrelazadas delante de la barriga y una triste y conocedora sonrisa en el rostro.

—¿Echándola de menos?

Por supuesto que sí y lo sabía. Me detuve frente a ella.

—No tenía por qué irse de este modo —respondí, esquivando la pregunta—. No es la solución a sus problemas y pronto verá que se está equivocando.

Ladeó la cabeza y me observó con atención. Ella, tan intuitiva como era, cuando me miraba así me ponía de los nervios. Igual que cuando eres un niño que ha hecho alguna trastada y está a punto de que lo trinquen, pues así.

—Si ella cree que tiempo y distancia es lo que necesita, no debemos juzgarla.

—Jen es muy impulsiva —repliqué, molesto—. La mayor parte del tiempo no se detiene a pens...

—Estoy completamente de acuerdo con la decisión que ha tomado.

—¿Qué? —No sabía de qué me sorprendía.

—Sé que estás dolido, *il mio angelo*. —Me miró a los ojos y apreté la mandíbula. Joder, por supuesto que lo estaba—. Sé que duele que no se despidiera de ti, que no hayáis puesto en orden las cosas antes de que se marchase. —Posó una de sus manos en mi mejilla cuando se acercó más a mí—. Pero, Luke, cariño... solo tenías que mirar sus ojos para saber que esa chica

tenía el corazón roto y un alma que lloraba por su otra mitad.

Lo peor era que sabía que tenía razón. Sencillamente no quería verlo.

—Tienes que saber que jamás quise hacerle daño.

—Lo sé —asintió—. Pero recuerda: *gliocchi sono la finestra dell'anima*.

—Los ojos son la ventana del alma —traduje yo a mi vez, sabiendo que tenía razón.

—Exacto. —Me besó en la mejilla—. Es por eso mismo que al mirarte a los ojos, sé que tu alma está tan triste como la suya.

Y así, sin más, tras esas agoreras palabras, giró sobre sus talones y se marchó.

Agaché la cabeza y cerré los ojos.

Quise hacer lo correcto por Jen. Pensé que lo estaba haciendo, que era lo mejor para ella. Para ambos. Entonces, ¿por qué demonios dolía tanto?

Y lo más importante es que, viéndolo en retrospectiva, de haber sabido que pasarían cuatro largos años antes de que volviese, lo más probable es que me hubiese importado un carajo qué era correcto o incorrecto.

Porque cuatro años resultó ser demasiado tiempo.

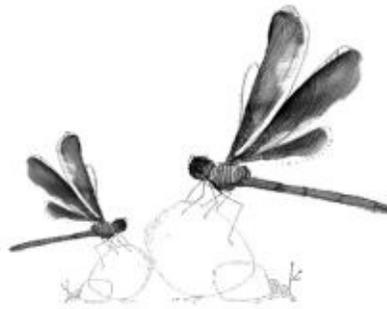
Incluso para mí.

II Parte

Recuerda...

«No hay tiempo ni distancia capaz de acabar con lo que está destinado a ser».

Jenna Gray.



«Por más que me empujes, siempre serás mía para proteger.

Incluso si no lo sabes. Si no lo entiendes».

Luke Sullivan.

Capítulo Once

Algunas semanas antes del tiroteo...

Tres, dos, uno...

Cerré los ojos y, a duras penas, logré contener el desesperado suspiro que trataba de escapar de mis labios. No solo fueron su peso y su calor los que abandonaron mi cama. Era él quien, una vez más, se alejaba de mí y al igual que en tantas otras ocasiones, me sentí impotente, sabedora de que poco o nada podía hacer o decir para retenerlo.

Ya ni siquiera estaba segura de querer intentarlo.

El aroma entremezclado de nuestras pieles y de lo que habíamos compartido momentos antes perduraba en las sábanas y en el aire a mi alrededor, envolviéndome como una cálida manta que se tornó en hielo en el instante en el que habló.

—No puedo hacer esto —masculló ofuscado.

Escuché el susurro de la tela mientras se vestía, pero aún me negaba a mirarlo. Quizás de ese modo me podría cubrir con la falsa sensación de que optaría por quedarse.

Tonta.

¿Cuántas veces tendría que ver su espalda mientras me abandonaba antes de reaccionar? ¿Antes de acabar con algo que anhelaba y temía a partes iguales?

—No puedo hacer esto —musité para mí misma repitiendo sus palabras, pero en un sentido completamente diferente. Apreté el agarre en la sábana y me tapé más con ella. No pensé que me hubiese escuchado, sin embargo, lo hizo.

—Eso hace dos de nosotros —respondió con voz tensa—. Me alegro de que, para variar, estemos de acuerdo en algo.

Abrí los ojos y clavé la vista en el agrietado techo de mi habitación. La poca serenidad que hasta el momento había tratado de mantener me abandonó de un plumazo. La frialdad de su declaración lo consiguió, fueron sus palabras las

que acabaron con el poco autocontrol que me caracterizaba, especialmente cuando se trataba de él.

De nosotros.

Me senté, asegurándome de mantenerme lo suficientemente cubierta. Por mucho que en otros momentos de mi vida hubiese tratado de distraerlo de esa forma, aquella no era una de esas ocasiones y tampoco necesitaba sentirme aún más expuesta de lo que ya lo hacía.

—Y, según tú, ¿en qué se supone que estamos de acuerdo? —Ya estaba completamente vestido, incluso se había colocado la cartuchera. Esa maldita cosa me volvía completamente loca y lo odiaba. Me aseguré de mirarlo a los ojos para así evitar devorarlo de otra forma que, con toda seguridad, acabaría restando fuerza a mi determinación.

Chasquéé los dedos para llamar su atención cuando, con el ceño fruncido, clavó la vista en mis ahora cubiertos pechos, como si no entendiera el porqué de mi repentino recato.

¡Ja!

—En que esto no tiene sentido. —Cruzó sus fuertes brazos y se apoyó contra la cómoda.

Que no tenía...

—¿Disculpa? —No daba crédito a lo que oía—. ¿Quién demonios te crees que eres? Yo no quería que me acompañases, ¿recuerdas? Fuiste tú —espeté señalándolo con el dedo— quien insistió en venir hasta aquí.

—Necesitábamos hablar —se defendió, molesto.

Y una mierda.

—Hablar, ¿acerca de qué? ¿De que no tenemos sentido? —Abrió la boca para responder, pero me adelanté—. ¿Ese era tu plan? Vienes a mi casa, echamos un polvo y así tienes la excusa perfecta para volver a sentirte culpable y echarme a un lado. —Sacudí la cabeza y clavé la mirada en la pequeña ventana de mi habitación—. Típico, aunque supongo que ya debería estar acostumbrada.

—Sabes perfectamente que no era eso lo que pretendía.

Sí, lo sabía, pero eso no hacía que el golpe doliera menos. Apreté los dientes y tomé una respiración profunda para intentar tranquilizarme; me negaba a desmoronarme delante de él, ya había tenido suficiente de eso a lo largo de los años y no podía hacerlo más.

—Luke, ¿qué quieres de mí? —Me sentí estúpida por lo pequeña que sonaba mi voz, pero eso era lo que él me hacía. Tan pronto me elevaba hasta que sentía mis dedos rozar las estrellas, como me hacía descender hasta quemarme en el mismísimo centro de la tierra.

Estaba agotada y lo que sea que ocurriera entre nosotros, necesitaba quedar

claro y definido cuanto antes, por lo que ese momento, esa noche, era tan buena como cualquier otra.

Abrió la boca para decir algo y, del mismo modo, volvió a cerrarla sin emitir sonido alguno. Apartó la mirada y clavó la vista en la misma ventana en la que lo había hecho yo momentos antes. Ya había anochecido y, por más que intentase evitarlo, no podía dejar de admirar su perfil iluminado por la plateada luz que se colaba por el cristal. La nariz recta, el fuerte mentón en el que ya se vislumbraba el rastro de barba de un par de días, los ojos, que desde aquel ángulo se veían casi cristalinos al trasluz... Era hermoso, en todos los sentidos. Y, por más que me doliera, no me arrepentía de quererlo como lo hacía.

—Yo... —Se pasó la mano por la cabeza y recordé cómo lucía con el cabello más largo. Lo extrañaba—. Joder, no lo sé.

—Eres tú quien ha dicho que tu intención al acompañarme hasta casa era hablar. —Me levanté, envuelta en la sábana y me acerqué hasta él—. Habla conmigo, Luke. Lo que sea que hayas estado pensando acerca de nosotros, solo dilo de una vez.

Permanecía en la misma postura y yo solo quería deslizar mis brazos alrededor de su cintura y no soltarlo jamás. Porque si era sincera conmigo misma, estaba aterrorizada. Llevábamos demasiado con aquella especie de danza macabra y era consciente de que todo estaba a punto de resolverse, eso era algo que tenía claro desde hacía algún tiempo. Para bien o para mal, aquella situación era insostenible, al menos para mí.

Giró el rostro y cuando me encontré con su mirada, no supe discernir las emociones que sus ojos transmitían; puede que no quisiera hacerlo. Solo sé que me observaba con intensidad, miraba mi rostro como si estuviese tratando de memorizar cada rasgo, como si no quisiera perderse detalle alguno o tratase de guardarlos para más adelante y aquello, ese simple gesto, lejos de reconfortarme, me sabía a despedida.

—Creo que lo mejor... —Suspiró y yo contuve la respiración.

—¿Qué?

Pasaron unos segundos que se me hicieron eternos.

—Creo que lo mejor es que dejemos de vernos durante un tiempo.

No podía estar escuchando aquello, tenía que ser una broma.

—¿A qué, exactamente, te refieres con «dejar de vernos»?

—Me refiero a lo que acaba de ocurrir —explicó con voz moderada—. Deberíamos evitar este tipo de situaciones hasta que...

Me estaba poniendo de los nervios.

—Hasta que, ¿qué?

—Hasta que decidamos si es conveniente seguir adelante.

Lo miré en *shock*.

—¿Conveniente? —Dejé escapar una risa, aunque no había nada de humor en ella—. Lo más conveniente, ¿para quién? —Clavé mi dedo en su pecho, me encontraba más que molesta en ese momento—. Porque déjame decirte que hace mucho tiempo que tengo claro lo que quiero, eres tú quien no para de poner trabas continuamente. Me escondes, ocultas lo nuestro, ¿te avergüenzas de mí? ¿No soy lo suficientemente buena para los estándares de Lucas Sullivan? No entiendo por q...

—¡Lo estoy haciendo por ti, maldita sea! —estalló, enderezando la postura.

Fruncí el ceño.

—¿Por mí? —No entendía una maldita palabra de aquello. Suspiré e hice acopio de paciencia—. ¿De verdad crees que manteniendo lo nuestro como tu pequeño y sucio secreto me haces un favor?

—Nunca. —Se enderezó y dio un paso adelante, acechándome, hasta que nuestros cuerpos se rozaron—. *Jamás* vuelvas a referirte a ti misma de esa forma, ¿me oyes? Eres muchísimo más que eso para mí y ambos lo sabemos.

Sí, pero al parecer, no lo suficiente como para arriesgarse.

Ahucó mi rostro con una mano al tiempo que colocaba la otra en mi cadera. Estaba molesta, como casi siempre me ocurría con él, pero era incapaz de alejarme de su contacto. Lo necesitaba tanto como el aire para respirar y hubo muchos momentos a lo largo de los años en los que me odié a mí misma por ello. Miré sus ojos, una extraña y maravillosa mezcla de verde y miel, un color tan poco definido como lo era nuestra relación. Amaba perderme en ellos porque sin importar cuánto tratase de apartarme, eran ellos y lo que me transmitían los que me instaban a no desistir, a no rendirme con él. Con nosotros.

La molestia que evidenciaban momentos antes por mis últimas palabras pronto fue sustituida por algo que odiaba incluso más que sus dudas con respecto a nosotros: compasión.

—Entonces, ¿qué? —Apretó la mandíbula y presioné por respuestas—. Dilo de una vez, Luke.

Vi el debate, la lucha que libraba por decir lo que necesitaba incluso si no quería hacerlo. Bajó la mano que ahuecaba mi rostro en una lenta caricia por la piel de mi cuello, el hombro y, finalmente, se desvió lo suficiente como para posarse en el centro de mi espalda, donde la tinta de mi tatuaje dejaba claro quien era yo y lo que no esperaba de él. Atesoraba cada ocasión que Luke aprovechaba para acariciarlo, sentía como si de algún modo no solo estuviese reconociendo lo que yo quería decir, sino que lo aceptaba.

Que lo entendía.

Cerré los ojos un segundo, disfrutando de aquel dulce contacto.

—¿Por qué no le has hablado a Mia de lo nuestro?

Abrí los ojos de golpe y lo miré.

—¿Qué? —¿Adónde iba con esto?

—Es tu mejor amiga, ¿por qué no se lo has contado? —Enarqué las cejas porque bien sabía él la razón de mi hermetismo en lo que a nosotros se refería. Lo hacía por él, siempre por él.

—Sabes que me está matando no poder hablarlo con ella. —Abrió la boca para replicar, pero levanté una mano y lo interrumpí—. Aunque creas que amo el sonido de tu voz tanto como tú, te agradecería que dejases de dar rodeos y fueses directamente al grano.

Suspiró y se pasó una mano por el rostro.

—Lo que estoy tratando de decir es... —masculló algo ininteligible antes de continuar—. Quiero decir que si hacemos esto, si seguimos adelante, cabe la posibilidad de que lo nuestro no funcione.

—¿Y? —Continuó mirándome con intensidad—. Si no lo intentamos, jamás sabremos qué habría ocurrido, no quiero quedarme solo con las posibilidades y los «y si». Ya he pasado por ahí, Luke. Ya hicimos eso.

—Pero ¿dónde nos quedaríamos de ser así? —Posó las manos en mis hombros en una especie de caricia que, aunque supuse que pretendía tranquilizarme, tuvo el efecto contrario—. ¿Dónde te dejaría a ti?

Me quedé petrificada, puede que incluso dejase de respirar. Di un pequeño paso atrás hasta que dejó caer las manos a sus costados, necesitando interponer entre nuestros cuerpos cierta distancia. Cada uno lo hacía a su modo, porque puede que yo me estuviese alejando físicamente, pero él llevaba años haciéndolo en el plano emocional.

—Explícate. —Aunque suponía lo que quería decir, necesitaba escuchar las palabras.

Crucé los brazos a la altura del pecho, aferrando con más fuerza la delgada capa de hilo en torno a mí, erigiéndola como alguna especie de escudo en un vano intento de amortiguar el golpe que ya sabía que estaba por venir.

No estaba segura de si era compasión, dolor o indecisión lo que reflejaban sus ojos mientras escrutaba mi rostro; buscando qué, no lo sé, pero sea como fuere, me estaba matando.

—Eres tan parte de mi familia como se puede ser —explicó con su profunda voz de barítono—. Eres la mejor amiga de mi hermana, mis padres te quieren como a otra hija más, estás en cada celebración, comida o evento, y mi *nonna*... —Sonrió, pero me sentí incapaz de devolverle el gesto—. Bueno, ella te adora.

—Continúa —grazné, segura de hacia dónde se dirigía.

Exhaló con fuerza sin apartar en ningún momento la mirada.

—Y si lo nuestro no funciona, por nada del mundo querría poner a las personas que quiero en una situación que no solo resultaría incómoda, sino en la que de alguna forma tendrían que tomar partido de un modo u otro, porque tan difícil como sería que nos evitásemos el uno al otro, resultaría aún peor tener que compartir espacio continuamente. —Sacudió la cabeza y apretó la mandíbula—. Eso los mataría. —Dio un paso hacia mí—. *Me mataría.* —Ahuecó mi rostro con una de sus manos mientras yo clavaba la vista en la cómoda que había a su espalda, aunque realmente no veía nada—. No quiero hacerte eso, Jen. No podría soportarlo.

Porque, a fin de cuentas, ellos eran su familia.

No la mía. Al menos no biológicamente hablando, aunque yo los sintiera de ese modo en cualquier otro sentido y en todos los que realmente contaban.

Luke continuó hablando, pero yo no escuchaba sus palabras, no podía. No, después de lo que acababa de decirme. Desde que comenzó a hablar, temí escuchar este tipo de declaración abandonar sus labios. ¿Acaso creía que yo no había pensado eso mismo en algún punto del camino? Miles de veces. ¿Me asustaba? No, me aterrorizaba. Pero a pesar de todo, de los peores escenarios que mi mente fue capaz de conjurar, yo seguía apostando por él. Por nosotros. Quizás el problema radicaba en que yo esperaba encontrar en él la misma determinación, las mismas ganas e ilusión que me embargaban al imaginar una vida, un futuro juntos. Sin embargo, durante años solo encontré trabas por su parte; para él, siempre había alguna razón por la que no podíamos estar juntos y nunca, jamás me dio algo que le hubiese hecho ver las razones por las que *sí* deberíamos intentarlo.

Y no podía más. Estaba tan, tan absolutamente cansada que ni siquiera se me ocurrió discutir con aquel estúpido razonamiento. Él pensaba que al alejarme, una vez más, estaba haciéndome un favor; bien, pues quizás había llegado el momento de que fuese yo quien hiciese algo por mí misma, incluso si ello suponía rasgar mi ya herido corazón en el proceso. Desde luego, no sería la primera vez y ambos lo sabíamos. Elevé el rostro y lo miré. Vi sus labios moverse mientras continuaba hablando, pasé mis dedos por su rasposa y fuerte mandíbula y, por un instante, me perdí en aquellos claros ojos que llevaba años amando y apenas evité que los míos se llenasen de lágrimas al ser consciente de lo que tenía que hacer.

—Se acabó, Luke.

Mis palabras apenas fueron poco más que un susurro, pero parecieron sonar con la suficiente fuerza como para que él se detuviera a media frase. Me

miró con intensidad antes de hablar.

—¿Qué? —Se enderezó—. ¿De qué estás hablando?

Era curioso que momentos antes le pareciese bien que dejásemos de vernos —en el sentido bíblico de la palabra—, pero cuando era yo quien ponía punto y final a lo nuestro, la idea le resultase inconcebible.

—He estado esperándote durante la mitad de mi vida, pero ya no puedo seguir haciéndolo. *No quiero* seguir haciéndolo. —Continué acariciando su mandíbula y sentí cómo apretaba los dientes a causa de mis palabras—. Creo que es momento de que ambos avancemos... por separado.

—Espera un maldito segundo. —Dio un paso atrás rompiendo el contacto entre nosotros—. No me refería a algo definitivo.

A duras penas contuve la amarga risa que sentía cosquilleando en mi garganta.

No, él siempre lo dejaba en el aire.

Siempre como una posibilidad, pero sin llegar a convertirlo en una realidad. Una vida a medias, así lo sentía. Porque mientras lo amaba más de lo que jamás podría explicar con palabras, no llegaba a vivir. No teníamos una relación, pero tampoco me sentía capaz o preparada para intentar algo con otra persona. Porque estaba él, siempre él.

Y necesitaba saber.

—Bien, pues yo necesito algo definitivo. —Decidí jugármela—. O estamos juntos o no lo estamos.

—Las cosas no son tan fáciles —replicó.

Cruzó los brazos ya preparado para la pelea.

—Sí, lo son. No me salgas con esa mierda acerca de tu familia. —Las palabras dejaron un sabor amargo en mi lengua—. Esto se trata de nosotros, somos tú y yo. Ahora, en esta habitación. —Quería tocarlo más que nada—. Tienes que decidir.

Necesitaba que lo hiciera.

Quería y temía una respuesta. Sabía que estaba apostando demasiado. Quizás él pensaba que solo era otra vez más, otro ultimátum que el viento barrería y se perdería al igual que las estaciones lo hacían. Por eso se me cayó el alma a los pies cuando, con suavidad, sacudió la cabeza. Supe lo que se avecinaba antes de que abriese la boca.

—No es tan fácil, Jen.

—Solo porque tú lo haces complicado.

—Joder, ¿acaso has escuchado una palabra de lo que te he dicho antes?

Me envaré.

—¿Crees que no lo sé? —repliqué furiosa—. ¿Crees que no he barajado

todas las posibilidades? —Lo apuñalé en el pecho con mi dedo índice—. Ellos también lo son todo para mí, sois...

—Sigue siendo mi familia —respondió con voz suave.

Y siempre lo elegirían a él.

No lo dijo, pero tampoco era necesario. ¿De verdad pensaba que yo no me daba cuenta de eso? Pero esa respuesta... sus palabras... Joder, fueron un puñetazo en las entrañas. Un choque de frente con la realidad de lo que realmente era mi vida. Y si él no pensaba apostar por nosotros, por mí, ¿qué podía esperar del resto?

—Márchate, Luke. —Di un paso atrás y aparté la mirada mientras aferraba con fuerza la sábana.

—Jen... —Alargó la mano intentando alcanzarme, pero no quería que me tocara. No podía permitirlo. No, si no quería desmoronarme.

Que me condenasen si se me ocurría derramar una sola lágrima frente a él.

—Vete. —No se movió y me crispé—. ¡Lárgate de una maldita vez! ¡Fuera! —Vi palpar el músculo en su mandíbula cuando apretó los dientes, probablemente mordiendo una réplica que avivaría la pelea—. ¡Fuera de mi casa!

Lo miré y, aunque sabía que seguiría formando parte de mi vida, aunque era consciente de que lo quería durante tantos días como viviese, lo sentí como un adiós. Porque en cierto modo lo era.

Suspiró y, molesto, cogió la chaqueta de cuero de la pequeña silla del rincón y se marchó obsequiándome una vez más con la vista de su espalda mientras me quedaba sola en aquel pequeño apartamento al que llamaba hogar, pero que no acababa de sentir como tal. Aunque no cerró con demasiada fuerza, no con la misma que yo habría empleado dadas las circunstancias, el clic de la cerradura al encajar resonó con potencia en la quietud de la noche, haciendo que me estremeciera.

Sola.

Me sentía tan sola que dolía. Cerré los ojos y tomé varias respiraciones profundas para intentar calmar el errático latido de mi dolorido corazón. Odiaba a los pusilánimes y a quienes vivían haciendo de la autocompasión casi un deporte, sin embargo, no negaré que aquella noche experimenté uno de los momentos más tristes y aterradores de toda mi vida.

Pero cuando encendí la luz del baño y miré mi reflejo en el pequeño espejo sobre el lavabo no pude evitar preguntarme, ¿por qué?

¿Por qué no? ¿Por qué no arriesgarse? ¿Por qué no hacerlo por mí? ¿Por qué no se había quedado? ¿Por qué era tan condenadamente difícil elegirme?

Las mismas preguntas que llevaba haciéndome desde niña, solo que

enfocadas en diferentes personas. Estaba cansada de ser siempre la que se quedaba esperando, de ser la que quedaba atrás, olvidada.

Mi largo cabello oscuro estaba suelto y ligeramente revuelto tras el íntimo momento compartido con Luke, labios llenos, ojos rasgados... rasgos exóticos, los llamarían algunos. Pero desde que no era más que una niña, alguien que no entendía que la raza, el color o la nacionalidad podían suponer una diferencia, me sentía fuera de lugar. No pertenecía a ninguna parte; ciertamente no pertenecía a quienes en teoría conformaban mi familia, ni a mis padres ni a mis abuelos. A nadie. Para algunos de ellos era una absoluta desconocida, porque así lo quisieron o porque ni siquiera intentaron acercarse, no con el suficiente ahínco. Para otros, como mi madre, fui parte de la causa de su padecimiento, un simple obstáculo que necesitaba salvar en pos de alcanzar su tan ansiada libertad, algo que dejar atrás. Alguien a quien olvidar. Para otros, como el engendro en el que se personificaba mi padre... Bueno, mejor no hablar de él. Fue mi carcelero, mi torturador, mi particular tormento durante demasiado tiempo.

Nunca tuve ese sentido de pertenencia, esa serenidad que experimentan quienes están en casa. No, hasta que un día alguien vio más allá de mis escudos y no le importó en lo más mínimo que yo tratase de echarla, de alejarla de mí. No, hasta que conocí a los Sullivan quienes no solo me acogieron, sino que me hicieron sentir una más. Otra pieza del puzzle que era su familia, alguien querido, apreciado. Por alguna extraña razón me aceptaron, me eligieron y Luke tenía razón cuando dijo que yo era tan parte de ellos como se podía ser. Jamás me hicieron sentir diferente ni fuera de lugar y quizás ahí radicaba el problema. Me lo creí. Asimilé, interioricé y me aferré con fuerza a ese amor que desde un primer momento me ofrecieron sin pedir nada a cambio y también los hice míos. Mi familia. Porque yo también los elegí y no fue una cuestión de desesperación o falta de opciones, es solo que cuando los conocí fue como si finalmente todo encajase en su lugar, como si por fin estuviera donde necesitaba estar.

Con la visión borrosa a causa de las lágrimas reprimidas, llegué a la conclusión de que, por más que me doliera, no era solo de él de quien necesitaba alejarme, sino que en cierto modo necesitaba comenzar a labrarme mi propio camino. Tras volver a casa, a mi Chicago y a ellos, supongo que me dejé llevar, olvidé o relegué a un alejado rincón de mi mente las razones que me llevaron a apartarme de todo lo que amaba y me proporcionaba seguridad tiempo atrás. Y, con cierto temor, me di cuenta de que me había convertido en esa mujer dependiente a la que aborrecí durante años y que siempre me prometí que jamás sería. Aunque siempre quise hacer todo por mi cuenta, a pesar de que nunca pedí ayuda por más que la necesitara y aun así la encontré, me quedaba la

tranquilidad de saberme respaldada y querida por ellos. Porque nunca abandonaban a los suyos, y yo lo era. No podía permitirme olvidar.

Cuatro años... cuatro largos años durante los cuales busqué sin terminar de hallar lo que necesitaba.

No fueron suficientes para evitarme caer a la primera oportunidad. Una primera vez, no fue necesario más.

Porque estaba destinado a ser, eso fue lo que pensé en su momento.

Pero, a veces, tienes que luchar contra ello para no perderte.

Capítulo Doce

¿No pelearías tú por aquello que quieres?

Las palabras de Mia resonaban en mi mente una y otra, y otra vez desde aquella conversación en el sofá. Era curioso que aquella noche yo le hubiese dicho que tuviera cuidado con Reed porque era un tornado que arrasaría con ella, cuando yo misma no había cuidado mi corazón con el suficiente ahínco. Pero la respuesta era sí, por supuesto que lucharía. Sin embargo, llega un momento en la vida de toda persona en el que debes decidir si el camino que una vez elegiste es el mismo por el que debes continuar, aquel que, en cierto modo, definirá tu destino. Nunca me arrepentiría de todo lo vivido, de cada nueva experiencia y momento íntimo robado a lo largo de los años. Luke ya era un hombre cuando a mí tan solo se me consideraba una niña, y una de las primeras lecciones que aprendí cuando asimilé que mis sentimientos hacia él eran cualquier cosa excepto fraternales fue que cuando crecemos, cuando nos hacemos adultos, nos olvidamos de que una vez tuvimos esa edad y que amamos a alguien que en ese momento constituía todo nuestro mundo. Lo sé porque así fue como trataron con lo que yo sentía. Cuando vemos a algún chico joven expresar ese tipo de amor, lo desestimamos aludiendo que solo se trata de un capricho pasajero propio de la niñez. Odio los clichés, de verdad que sí, probablemente debido a que yo soy el mayor de todos, pero tengo que decir esto: el amor y el corazón no entienden de edad, raza, sexo, religión o cualquier otra estupidez que se te pueda ocurrir.

Pasa, sin más.

A veces de forma gradual, poco a poco y casi sin ser consciente de ello; otras, es como un golpe del que por más que corras no te vas a librar. Pero a todos nos alcanza en un momento u otro. De modo que no se te ocurra menospreciar el amor de alguien más joven con el pretexto de que su falta de experiencia en la vida lo convierte en algo insustancial o con fecha de caducidad. Aparca a un lado ese cinismo con el que nos abrigamos en la edad adulta y párate a recordar ese momento en el que, pese a tu juventud, sentiste la clase de amor capaz de mover el mundo.

Porque ¿sabes qué? Me di cuenta de que amaba a Lucas Sullivan cuando

solo era una chica de trece años y, once años después, aquellos sentimientos seguían ahí, tan frescos, claros y brillantes como cuando soñaba con ser correspondida. Amada. No solo no se habían desvanecido, sino que crecieron al mismo tiempo que yo lo hacía, maduraron del mismo modo que yo lo hice. Porque sin importar nuestras diferencias y discusiones o el hecho de que fuese una de las personas más tercas e irritantes que había conocido en mi vida, también lo vi crecer y convertirse en un hombre magnífico.

Conocía de primera mano el inmenso amor que profesaba a su familia, la admiración que sentía hacia su padre, lo tremendamente protector que era con las mujeres Sullivan, la ferocidad con la que defendía aquello en lo que creía y la lealtad que demostraba a aquellos a quienes quería. Sí, él también se caracterizaba por luchar por aquello que quería, la pena era que cuando se trataba de mí, de nosotros, pasaba más tiempo luchando contra mí en lugar de hacerlo conmigo.

Suspiré, sacudí la cabeza y al alzar la mirada me detuve a medio paso cuando vi al objeto de mis pensamientos. Miré hacia atrás, a la ventana de Mia donde la luz permanecía encendida, para después volver a observar a Luke. Me recompuse y me acerqué hasta él. No puedo decir que me sorprendiera encontrármelo ahí, en realidad era tan típico de él que lo esperaba, el problema radicaba en que no era capaz de pensar racionalmente cuando lo tenía cerca, porque tan pronto sentía ganas de golpearlo, como de abalanzarme sobre él y devorarlo. Estaba apoyado contra su coche, con los brazos cruzados y observándome con una intensidad tal que erizó cada vello de mi traicionero cuerpo. No pude evitar comérmelo con la mirada, desde su corto cabello arenoso, sus ojos, la fuerte mandíbula en la que se adivinaba un delicioso rastro de barba, la cazadora de piel marrón y aquellos vaqueros oscuros que abrazaban de la forma más exquisita cada centímetro de sus poderosas piernas.

Varios latidos pasaron en silencio mientras nos mirábamos a los ojos antes de que uno de nosotros decidiera romperlo. Y, por supuesto, tuve que ser yo.

—Si has venido a comprobar cómo está tu hermana, puedes irte a casa, está perfectamente.

No pensaba dejar que subiera ahí ahora que por fin mi amiga estaba luchando por lo que quería. O eso esperaba. Desde luego, si el hombre al que quiero tira mi puerta abajo del modo en el que lo había hecho Reed... Bueno, me encargaría de recompensarlo de las más coloridas formas posibles.

Me observó con esos ojos claros y al ver que no respondía, bufé y me despedí con un gesto de la mano antes de echar a andar.

—¿Quién era?

Me detuve en seco. Giré y lo encaré.

—¿Disculpa?

—El tipo con el que estabas —aclaró con voz tensa.

A punto estuve de soltar una carcajada, no me podía creer su descaro.

De forma exagerada, me incliné hacia un lado y observé con atención el interior de su coche.

—¿Dónde dices que está la *barbie*? —Permaneció con los brazos cruzados y apretó la mandíbula con fuerza, pero en ningún momento dejó de mirarme a los ojos—. ¿Sabes? No tenía la menor duda de que seguirías adelante después de lo que te dije el otro día, pero reconozco que no deja de sorprenderme la facilidad con la que eres capaz de aparcar me a un lado al mismo tiempo que te crees con derecho de pedirme explicaciones.

—¿Celosa? —Sonrió ladino.

No hay duda de que esa era una de las ocasiones en las que quería golpearlo.

Fuerte.

—Vete a la mierda, Sullivan.

—¿Por qué?

¿Qué demonios había bebido?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué insultas a mi cita cuando es evidente que tú también estás haciendo tu vida?

Hijo de puta manipulador...

—No, lo que en realidad quieres saber es por qué estoy siguiendo adelante —escupí furiosa—. Lo que de verdad te molesta es saber que de no haberse cortado tu hermana con ese maldito vaso, mi noche habría acabado de forma muy diferente. —Me acerqué un paso—. La razón de que estés aquí ahora es que suponías que te estaría esperando mientras decidías si soy lo suficientemente buena y estoy a la altura de tus malditos estándares, entretanto tú seguías con tus costumbres.

Se enderezó y alcé la barbilla, no pensaba apartar la mirada y ni mucho menos dejarme amedrentar por él. Ya debería saberlo.

—Solo te pedí un poco de maldito tiempo. —Suspiró y se frotó el rostro con fuerza—. Jen...

Así no íbamos a ninguna parte, de modo que lo interrumpí.

—Te he estado esperando durante casi la mitad de mi vida, Luke. Tiempo es todo lo que siempre te he dado, incluso cuando no querías verlo, y mucho me temo que unos días, semanas o meses más no supondrán ninguna diferencia. —Sacudí la cabeza, cansada y decepcionada por volver siempre al punto de partida—. Es muy fácil, o me quieres y crees en nosotros, o no.

Lo miré expectante. No me perdí la tormenta que sus ojos reflejaban, pero aquello era algo que tenía que resolver por sí mismo. Incluso después del encontronazo en Mick's solo unas horas antes, aparqué su desplante y sus dolientes palabras a un lado. Ni siquiera estaba criticando que no me defendiera cuando su cita me llamó «china», solo quería que me diese algo.

—Ya te dije que las cosas no son tan sencillas. —Cerré los ojos. Sí que lo eran—. Aunque no lo creas, esto lo hago por ti, tenemos que valorar si...

—¿Ese tiempo para valorar y sopesar decisiones incluye citas y sexo con otras personas? —La imagen de aquella rubia y cómo se restregaba contra él destelló en mi mente—. Porque entonces debo admitir que esto del tiempo de reflexión se te da rematadamente bien.

—No es lo que crees —espetó. ¿Estaba molesto? ¿Él?

Increíble.

—¿Sabes qué? —Ya había tenido más que suficiente—. A la mierda tú, tu sentido del honor, de la responsabilidad y de lo que es correcto o incorrecto. He terminado con todo esto.

Aprovechando esa onza de coraje, me giré dispuesta a marcharme, pero me sujetó por el brazo y me obligó a encararlo.

—Ni mucho menos hemos acabado.

—Tienes razón —convine. Me puse de puntillas hasta que nuestros rostros quedaron a escasos centímetros—. No hay nada con lo que acabar porque ni siquiera nos diste la oportunidad de empezar.

Me dolió decirlo, tanto como ser testigo del cambio que sufrió su apuesto rostro a causa de mis palabras. Pasó de la determinación y la molestia, al dolor y la incredulidad.

—No digas eso, joder —murmuró con voz atormentada. Agachó la cabeza hasta que nuestras frentes casi se rozaban y cerró los ojos—. Solo un poco de tiempo, nena. Dame eso y te prometo...

—¿Qué?

No quería migajas con las que saciar mi hambre durante unas horas. Lo quería todo y, a esas alturas de mi vida, me había prometido que no aceptaría menos que eso.

Sacudió la cabeza y supe que mi pregunta no obtendría respuesta. De verdad que era estúpida en todo lo relacionado con él. Me sacudí tratando de deshacerme de su agarre, pero conseguí el efecto contrario porque me sujetó por ambos brazos y me acercó más a él. Nuestros cuerpos quedaron perfectamente alineados, incluso con la diferencia de estatura, no abrió los ojos, pero nuestras frentes estaban la una contra la otra, sentía cómo se movía su pecho a causa de su respiración agitada mientras su cálido aliento acariciaba mis labios

entreabiertos. Quería enmarcar su fuerte rostro entre mis pequeñas manos, acariciar su rasposa mandíbula y besarlo, alimentarme de su esencia hasta que nada más existiera, nada excepto nosotros. Sin embargo, aquello no me haría ningún bien porque ¿cómo era posible que ese hombre fuese mi todo cuando apenas me daba algo a lo que agarrarme? ¿Cómo, a veces, el hecho de amarlo hacía que me detestase a mí misma? No podía culparlo por cómo me sentía, ni mucho menos eso sería justo ni me sentía con la potestad suficiente como para condenarlo en ese sentido.

Mis sentimientos florecieron muy pronto, cuando apenas estaba dejando de ser una niña mientras que él ya se había convertido en un hombre, así que era lógico que tuviese que transcurrir un largo tiempo antes de que la posibilidad de que él me viese como algo más tuviera lugar. No, ese no era el problema, me di cuenta. Pero sí que él llevaba razón en lo que me dijo la última vez que estuvo en mi apartamento y, definitivamente, eso era algo a lo que tenía que comenzar a poner remedio.

Abrí los ojos y examiné cada centímetro de piel a la vista, cada uno de sus rasgos, los mismos que podría dibujar incluso a ciegas sin importar los años transcurridos; como si percibiera mi escrutinio, imitó el gesto y, durante unos segundos, nuestras miradas quedaron ancladas, marrón y verde, hablando en un silencio tan solo interrumpido por el suave mecer de las ramas de los árboles. Expresando miedo, desesperación, anhelo, deseo, amor... había tanto... Suspiré, temblorosa.

Un último beso, me dije. Una despedida, nada más.

Si todo lo que me iba a quedar de él eran recuerdos, no quería entre nosotros reproches, amargas palabras o celos. Me merecía más. Por esa razón, con su rostro aún entre mis manos, acaricié con suavidad sus mejillas con los pulgares y, con cierta aflicción por lo que ese momento representaba para mí, me puse de puntillas y me acerqué hasta que nuestros labios se rozaron. Los froté con suavidad, dejando que nuestros alientos se entremezclasen y me estremecí cuando ancló las manos a cada lado de mis caderas, en ese agarre tan seguro y posesivo que llevaba escrito «Luke Sullivan» por todas partes y que tan loca me volvía. Suavemente, acaricié con la lengua su labio inferior y entonces sucedió algo que me desarmó y me obligó a luchar contra las lágrimas: hizo pequeños círculos para que nuestras narices se rozasen con delicadeza en la más tierna y dulce de las caricias. Era un gesto que *a priori* podía parecer inocente, y lo era, pero para mí representaba esos momentos tras mi vuelta a Chicago en los que era la única concesión que nos permitíamos; tan inofensivo como intenso. Porque él siempre frenaba, y porque yo no saltaría si Luke no lo hacía conmigo. Siempre resistiendo, siempre luchando consigo mismo —y conmigo—, negándose más

por miedo, por creer que era incorrecto, por tratar de ser fiel a unos principios y creencias que él consideraba que estaría traicionando si admitía lo que realmente sentía por mí. Lo que yo desde siempre había sabido: que fuimos hechos para estar juntos.

Mordisqueé su labio inferior y cerré los ojos con fuerza cuando dejó escapar un sonido que estaba a medio camino entre el gemido y el gruñido, mientras envolvía sus fuertes brazos en torno a mi cintura para que no hubiese ni un solo centímetro de distancia entre nuestros cuerpos.

—Jen...

No sabía lo que pretendía decir, pero no quería escucharlo. Necesitaba eso, ese momento en el que solo éramos nosotros. Un hombre y una mujer que se conocían, se querían y se dejaban llevar sin importar nada más. No había familia ni amigos ni pasado y, ni mucho menos, reproches.

Luke y Jen.

No fue necesaria más persuasión por mi parte. Lo que comenzó siendo un dulce y tentativo contacto entre nuestros labios pronto se convirtió en más, muchísimo más. Envolví los brazos alrededor de su cuello y con una de mis manos acaricié su nuca, extrañando —como siempre— sentir su cabello enredarse entre mis dedos. Nuestras lenguas danzaron, se entrelazaron y conectaron, reconociéndose y dándose la bienvenida tras días de agónico alejamiento. No pude reprimir el gemido que escapó de mis labios y del que Luke se alimentó, cuando sentí sus manos vagar de forma errática por mi cuerpo. Era como si quisiera abarcar tanto que no sabía por dónde comenzar y, para ser sincera, saber que me deseaba de aquella forma me hacía sentir eufórica y desesperada al mismo tiempo. Él, con esa rectitud que lo caracterizaba, ni siquiera se preocupó por el espectáculo que estábamos dando frente al edificio en el que vivía su hermana y en plena calle. En cuestión de segundos —o puede que minutos—, el beso se fue tornando cada vez más feroz, más cargado de la necesidad que ambos sentíamos por estar cerca del otro. No importaba cuánto luchásemos contra ello, éramos tan inevitables como respirar.

Gemí cuando una de sus manos se enredó en mi cabello, ahuecando mi nuca, profundizando y controlando el beso; luché contra el impulso de envolver mis piernas en torno a sus caderas, era lo que más deseaba en ese momento, sin embargo, no lo hice. Percibí su erección contra mi bajo vientre y sentí cada parte de mí palpar, exigiendo ser saciada, rogando por sentirse en casa. No sé cómo lo hice, pero de algún modo reuní la fuerza de voluntad suficiente como para terminar con aquello, pues nada bueno conseguiríamos si nos dejábamos llevar por nuestros más bajos impulsos. Ya estuve allí e hice eso, y seguía igual que al principio.

—Para —rogué con aliento entrecortado.

Pero no lo hicimos, ninguno de los dos. Incluso después de mis palabras, ambos continuábamos rozando, mordisqueando, tentando con nuestras manos y labios, incapaces de mantenernos alejados el uno del otro.

—No puedo —musitó con voz atormentada.

—Debes.

Nos quedamos en la misma posición que antes de que aquel beso comenzase, con nuestras frentes apoyadas la una contra la otra, labios a un suspiro y rogando por ser saboreados, alientos entremezclándose en una intrincada lucha, dando y tomando. Todo a la vez.

Dios, era difícil.

Y, ¿sabes por qué? Porque en el fondo de mi alma siempre supe, o al menos eso quise creer, que acabaríamos juntos. No estoy hablando de un deseo —que también—, tampoco de los sueños de una niña, no. Se trata de algo que, sencillamente, sabes. Lo sientes, sin más. Mi futuro jamás fue algo que pudiese imaginar, demonios, desde que era tan solo una niña incluso mi presente era una incógnita, pero la única certeza, la constante que siempre permanecía inamovible y clara era Luke. Por eso me resultaba tan complicado desligarme de todo lo relacionado con él, porque no concebía que no formase parte de mis días.

¿Eso me convertía en una mujer dependiente? ¿En aquello que siempre me prometí que jamás sería? Puede ser, y fue por esa misma razón por la que me vi obligada a tomar la decisión de labrarme un camino diferente al que siempre tuve en mente, uno en el que él no apareciese. Al menos no de una forma tan directa. Si sentía aquello como estar desprendiéndome de una vital parte de mi ser, era otra cuestión completamente diferente.

Muchos latidos pasaron antes de que lograrse reunir la fuerza suficiente para hablar.

—No puedes pedirme eso —musité con los ojos cerrados, incapaz de mirarlo—. No es justo, lo sabes. Años... He estado aquí por y para ti durante años y aunque... —Tragué el nudo en mi garganta y sacudí la cabeza—. Siempre me tendrás, pero no así. No puedo seguir poniendo mi vida en espera por aferrarme a la esperanza de que algún día me quieras lo suficiente como para que todo lo demás deje de importarte. No quiero ser solo una opción, sino una elección hecha sin la menor duda.

No respondió. Ni una sola palabra más se dijo. Respiró hondo, sin romper el contacto en ningún momento, y decidí concederme aquella pequeña licencia. Aún me daba miedo mirarlo, perderme en aquellos ojos que tanto amaba, de modo que lo dejé estar y disfruté de aquella cercanía a la que no muy a menudo tenía acceso.

Instantes después, probablemente cuando terminó de asimilar mi declaración, posó las manos en mis hombros y nos separó lo suficiente como para poder observar mis ojos con atención. Y mientras él buscaba en mí no sé muy bien qué, yo libraba una ardua batalla contra las lágrimas puesto que de ningún modo podía retractarme de mis palabras. Y, lo que era más importante, no debía.

Esperé a que dijese algo, cualquier cosa. De hecho, llegados a ese punto, incluso habría dado la bienvenida a una de nuestras habituales batallas verbales. Abrió la boca dispuesto a hablar, pero en el último segundo lo debió pensar mejor porque con las mismas apretó los labios, sacudió la cabeza y dirigió la vista hacia algún punto por encima de mí. Sabía que no miraba nada, no realmente, solo estaba digiriendo mis palabras y lo que estas significaban para nosotros.

—Deja que te lleve a casa. —Fue todo cuanto dijo con su profunda y ronca voz.

Quise discutir, decirle que podría apañármelas por mí misma. Si soy sincera, estaba muy molesta porque en el fondo esperaba más lucha por su parte, y ser testigo de aquella sencilla rendición no hizo más que reafirmar mi propósito de poner distancia entre nosotros. Me merecía más, mucho más que eso. Me merecía a alguien que luchase por mí, a alguien que no dudase en hacerme saber lo importante que era para él. Y no se trataba de un absurdo afán de protagonismo porque, piénsalo, ¿quién no quiere saberse importante para la persona a la que ama? Eso es de lo que estoy hablando, nada más.

El viaje transcurrió en un tranquilo silencio en el que cada uno veía la ciudad pasar a través de los cristales mientras se sumía en sus propios pensamientos. Habría dado cualquier cosa por poder saber lo que pasaba por su mente en aquellos momentos, pero me tuve que conformar con apoyar la cabeza contra el respaldo del asiento, cerrar los ojos y escuchar *It's not over* de Daughtry, cuando lo que en realidad deseaba era golpearlo y obligarlo a reaccionar.

Malditos fueran él y su rectitud.

Minutos después, el coche se detuvo y cuando abrí los ojos la vista de mi edificio me recibió. No estaba demasiado mal, pero tampoco se trataba de un lugar en el que quisiera echar raíces. Vivía de alquiler en un pequeño apartamento en la 199 con Adam Street. En realidad, llamarlo apartamento era ser generosa en exceso, puesto que solo contaba con una pequeña sala de estar unida a la diminuta cocina, el baño y lo que apenas podría considerarse un dormitorio. Pero era suficiente, al menos de momento. Además, tenía cerca una librería, varias cafeterías y justo debajo un salón de tatuajes cuyo *sexy*

propietario hacía las delicias de todo el vecindario femenino. También las mías. Estaba enamorada pero no era ciega, por el amor de Dios.

Luke no detuvo el motor y ese gesto por sí solo ya me dijo cuanto necesitaba para salir de aquel vehículo lo antes posible: quería que me largase y que lo hiciese rápido, no tenía más que decir.

Bien, pues igual que con las tiritas, rápido e indoloro, ¿verdad?

Lo miré una última vez antes de marcharme y, aunque sé que él era consciente de mi atención, en ningún momento se giró hacia mí, de modo que me tuve que conformar con admirar su fuerte y perfecto perfil.

Me colgué el bolso al hombro, me bajé del coche y estaba a punto de cerrar la puerta cuando sentí la absurda necesidad de ser yo quien tuviese la última palabra.

Como siempre.

—Solo una última cosa —advertí—, asegúrate de que la persona con la que salgas no se dedica a insultar a tu hermana ni reírse de ella a sus espaldas. — Giró su atención hacia mí con un brusco movimiento y el ceño fruncido—. Porque si vuelve a ocurrir, iré a por ella y me importará una mierda de quién se trate o lo que puedas decir contra mí.

—Espera un mald...

Con una fría sonrisa y un firme golpe, erigí la puerta del coche como barrera entre nosotros y en pocas zancadas ya estaba en el callejón y subiendo la escalera exterior por la que se accedía a mi apartamento.

Escuché su puerta abrirse, sentí el calor de su mirada en mi espalda, pero no fue hasta que giré la llave en la cerradura y desbloqueé la puerta que me atreví a lanzarle una última mirada. Incluso desde aquella distancia y pese a la oscuridad, podía ver con total claridad sus ganas de hablar, de decir más, de no dejar que las mías fuesen las últimas palabras colgando entre nosotros después de dar por zanjado lo que fuese que éramos o lo que podríamos haber sido.

Pero ya no importaba.

Yo fui la primera en apartar la mirada, incapaz de soportar uno de nuestros duelos en aquel momento.

No fui la primera en rendirse, aunque sí la que tuvo que decir adiós. Porque eso también es el amor, saber cuándo abrir la puerta y despedirse, albergando en el más recóndito rincón de tu ser la pequeña esperanza de que te pidan que te quedes.

Pero eso no ocurrió.

Jamás me habría sucedido a mí.

Momento de avanzar, me dije.

Después, cerré la puerta tras de mí.

Capítulo Trece

—Lo que hablemos o dónde lo hagamos, no es de tu maldita incumbencia — espetó Luke. Sentí su furia atravesarme cuando Jeremy se colocó a mi lado y rodeó mis hombros con uno de sus fuertes brazos. Apenas le lanzó una desagradable mirada a él antes de volver a taladrarme con sus ojos verdes—. Esto es un asunto familiar, de manera que puedes largarte porque no pintas absolutamente nada aquí.

Cerré los ojos ante el recuerdo de la noche anterior. Puede que mi primer error fuera haber ido a Mick's acompañada de Jeremy, pero si íbamos a seguir cada uno adelante con nuestras vidas, teníamos que aprender a sobrellevar esos encuentros por el bien de todos. Por otro lado, no pude evitar acercarme para intentar mediar en la situación. Cuando vi a Reed hablar con Luke, la sonrisa sustituida por furia y el modo en el que después él y Mia se enfrentaban... no tuve la menor duda de que acababa de descubrir que su hermana y su mejor amigo estaban juntos. Conocía a Luke y aunque entendía el temor y la necesidad de proteger a su hermana, tenía que comprender que era una mujer adulta y muy capaz de tomar sus propias decisiones. Excepto si entre ellas figuraba Peter cretino Wachowsky.

No importaba cuántas horas hubieran transcurrido ni tampoco cuántas veces me hubiese repetido que, probablemente, aquello fue algo dicho sin pensar llevado por el calor del momento y por no saber cómo gestionar la situación que tenía delante. Reed y Mia, juntos. El mujeriego *woodpecker* Reed con la dulce y tierna Mia. Por supuesto que entendía sus reservas. De hecho, yo misma le cortaría las nueces a Reed si se le ocurría jugar con los sentimientos de mi amiga.

No podría comenzar a enumerar la cantidad de veces que Luke y yo habíamos discutido a lo largo de los años. Demonios, solo la noche anterior habíamos tenido un par de enfrentamientos y, aunque desde el instante en el que llegué a Mick's fue especialmente hiriente conmigo, no se trataba de algo que no pudiese manejar. A pesar de que en teoría habíamos dado por zanjado lo nuestro o, mejor dicho, yo lo hice la última noche que nos vimos, aún era como si

estuviésemos en alguna especie de limbo; un lugar desconocido en el que no sabíamos cómo actuar o etiquetar nuestra relación después de todo lo que habíamos vivido juntos. Cuando dijo que sentaría cabeza tras encontrar a una mujer que realmente mereciese la pena, a «la indicada»... Esa fue solo una de las muchas grietas que de forma consciente o involuntaria había hecho en mi ya dolorido corazón. Hubo muchas ocasiones a lo largo de mi vida en las que me sentí fuera de lugar, poco valorada e incluso me atrevería a decir que poco querida. Sin embargo, siempre hubo una constante en mi vida y esa era él. Él y el resto de la familia Sullivan. Después de lo que me dijo, llegué a pensar que de forma errónea me había inmiscuido en un asunto de familia en el que no pintaba absolutamente nada, como muy bien él se encargó de recalcar. Pero había pasado toda la noche dividida entre el hombre con el que tenía una cita y el hombre que ocupaba cada uno de mis pensamientos, además de mi corazón. Por eso, en el instante en el que vi a Reed rodear la cintura de Mia con sus brazos, no solo en señal de apoyo, sino dejando claro que ese era el lugar que quería ocupar, el que le correspondía, enfrentando la furia de su compañero y mejor amigo, supe que palabras no racionalizadas y probablemente dañinas serían dichas, algo que acarrearía posteriores arrepentimientos y disculpas. Lo que jamás imaginé fue que sería despachada de aquella terrible manera. Y, sí, aunque ya atisbaba en el horizonte alguna disculpa, eso no lograría borrar la sensación de desamparo que sentí en aquel momento. Ni siquiera sé cómo demonios conseguí salir de allí con la cabeza erguida y sin romperme en el camino. Y ¿sabes lo que ocurre? Que cuando de verdad quieres perdonar, pero te resulta imposible olvidar lo que ha motivado dicha disculpa, es porque algo dentro de ti, entre vosotros, se ha fragmentado de forma irreparable. No importa cuánto quieras decirte que lo has superado, que no pasa nada y que todo ha quedado atrás, siempre te preguntarás ¿por qué? ¿Por qué lo dijo? ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué a mí? ¿Por qué? ¿Por qué?

Sacudí la cabeza y me di una última mirada en el espejo antes de salir de casa. Estaba adelantando acontecimientos. No hubo ninguna llamada de madrugada, al despertar tampoco encontré ningún mensaje y la última persona con la que hablé fue Jeremy cuando nos despedimos en la puerta de casa; un hombre que no me conocía, que no sabía nada de mi vida ni de mi pasado y que no entendía por qué me habían afectado tanto esas palabras. Tampoco podía explicárselo, aún no, al menos.

—Oye, dulzura.

Sonreí, salté el último escalón y me tragué un suspiro cuando vi al propietario de esa voz. Solo había una persona a la que le permitía llamarme de ese modo sin que me entrasen ganas de patearle las nueces y ese era Mario, mi

vecino y dueño de Blood & Roses Inc. Un delicioso metro ochenta de hombre argentino con cabello y ojos como el chocolate por el que, curiosidades de la vida, no sentía atracción alguna. Regentaba el salón de tatuajes que quedaba justo debajo de mi apartamento y, la verdad, no entendía cómo era que aún no había intentado hacerse con mi piso para tenerlo todo unificado en un mismo edificio, pero en cualquier caso daba gracias por ello puesto que pagaba una miseria por el alquiler y de momento no podía permitirme ningún lugar más caro.

—¿Abres ahora? —Me acerqué y me besó en la mejilla.

Sí, ya sé que no era muy dada a las muestras de afecto y más si no se trataba de personas de mi entorno más cercano, pero Mario... él tenía algo. Desde el instante en el que lo conocí fue como si algo hubiese hecho clic, parecido a la primera vez que vi a Luke, pero en un sentido completamente diferente. No sé muy bien cómo explicarlo, pero era de este tipo de personas que te transmiten confianza, buenas sensaciones, de las que siempre quieres tener cerca. Si además resulta que el sujeto en cuestión es atractivo como el demonio, pero sin problemas de tensión sexual entre vosotros, es un plus.

Lo conocí poco después de regresar a Chicago tras casi cuatro años de ausencia. Acababa de mudarme, él ya tenía el salón de tatuajes abierto y solo unos días antes tuve un... bueno, un intenso encuentro con Luke. Una noche volvía a casa cuando un tipo borracho que andaba cerca de allí se puso demasiado pesado. Mario me echó una mano y se deshizo de él, dos días después me hizo mi primer tatuaje y el resto es historia.

—Sí, he tenido que adelantar algunas citas para conseguir algo de tiempo para mí esta noche. —Se pasó la mano por su cortísimo cabello e incluso con la cazadora de cuero, mis ojos captaron el modo en el que sus bíceps se abultaban con el movimiento—. Cinco universitarias de primer año —explicó compungido.

Reí. No pude evitarlo.

—¿Algún símbolo de infinito con el «mejores amigas para siempre»?

—Algo así. Creo. ¿Y sabes lo mejor?—Se acercó más con expresión divertida—. Según Jewell captó en alguna de las conversaciones, una de ellas se acuesta con el novio de otra.

Uh.

—Eso es una mierda.

—Tú lo has dicho —concordó y sacudió la cabeza. Dejó la moto aparcada en el callejón, a dos escasos metros de las escaleras por las que se accedía a mi apartamento y pegada a la pared. Ni siquiera se molestaba en ponerle un candado o algo por el estilo; era bien conocido en el barrio, de modo que solo a un loco o

a un estúpido se le ocurriría tocar lo que era suyo.

—¿Doble con crema y caramelo? —ofrecí. Había una cafetería justo enfrente y desde que nos conocimos siempre le llevaba el café al estudio; no me importaba puesto que, ya que recogía el mío, a él le hacía un favor y de paso charlábamos un rato antes de irme a clases.

—¿No te importa? —Sacudí la cabeza y él me pellizcó la barbilla con afecto—. *¡Sos una pequeña diosa!* —Fruncí el ceño al no entender una sola palabra, pero cambió de tema—. ¿Adónde ibas si puede saberse?

Me iluminé.

Después de explicarle que tenía mi primer turno en la clínica esa tarde, fui a la cafetería a por nuestros cafés. No pagué un solo centavo, nunca lo hacía. Mario se había asegurado de hablar con el propietario para que todos los pedidos que hiciera fuesen a su cuenta, así que lo menos que podía hacer ya que me invitaba era asegurarme de que tuviese su dosis de cafeína y caramelo cada día; eso sí, siempre que podía le llevaba algo para picar y lo compraba en algún lugar donde él no tuviese mano ni conociera al dueño. Además, disfrutaba mucho de su compañía. Ya me había despedido tras entregarle su bebida y me disponía a marcharme cuando me llamó justo antes de salir a la calle.

—¿Está todo bien, dulzura?

La verdad, me costó sonreír, porque nada más escuchar aquella pregunta los últimos acontecimientos acudieron a mí en tropel.

—Claro —mentí.

Me observó con la cabeza ligeramente ladeada, como si estuviera tratando de discernir hasta qué punto mi respuesta se correspondía con la realidad.

—Tus ojos... no brillan como normalmente lo hacen. —Negó con suavidad. Apreté los labios y le dediqué un triste amago de sonrisa—. Sé que no es de mi incumbencia, pero no olvides que estoy aquí para lo que necesites.

—No tienes que preocuparte por nada, Mario. Todo está bien —dije en un intento de convencerlo tanto a él como a mí misma.

—Generalmente, cuando una mujer dice eso es porque una catástrofe está a punto de suceder.

—Exagerado —reí. Ambos lo hicimos, cosa que agradecí.

—Hablo en serio, Jen. —Dio un paso hacia mí con expresión solemne—. Estoy aquí, sea lo que sea, puedes contar conmigo. Sin dudar.

—Lo sé. —Me acerqué a él para darle otro beso en la mejilla. Cerré los ojos cuando me abrazó, dejándome reconfortar por alguien conocido, cómodo—. Gracias. —Pasaron unos segundos en silencio y me aclaré la garganta—. Será mejor que me vaya si no quiero llegar tarde.

Tras desearnos buena suerte en el trabajo, me marché.

Tuve que coger dos autobuses para llegar a mi destino; no quedaba demasiado cerca de donde vivía, pero no me importaba, merecía la pena. Durante el trayecto, mi mente era un confuso lío de emociones y recuerdos, y no solo estaba furiosa, sino que comenzaba a estar cansada. De todo, especialmente de mí misma. Pero el problema radicaba en que, cuando desde que no eres más que una niña te aferras a algo, convirtiendo un deseo en lo que prácticamente se podría considerar una certeza, algo que te resulta tan obvio que jamás considerarías un resultado diferente, resulta harto complicado dejar de lado esas bases sobre las que has construido tu vida. Si te parece que lo que quiero decir es que forjé mi vida teniendo más en consideración los deseos o la situación de Luke que la mía propia, es que no me estoy explicando bien, pero es tan complicado de entender que incluso a mí me cuesta hacerlo a veces. No se trata de eso, siempre he cuidado de mí misma y de los míos, y considero que no he hecho un mal trabajo en ese campo.

Yo, que siempre fui una luchadora, ahora me veía con veinticuatro años y a apenas un semestre de conseguir mi título de auxiliar veterinaria, tenía mi pequeño apartamento, pagaba por mis cosas y, sí, posiblemente pasaría la mitad de mi existencia haciéndome cargo de los malditos préstamos estudiantiles, pero, sin duda, valía la pena; sin embargo, ahí estaba, con una vida sentimental en un perpetuo *stand by*... Era por eso que sabía que este trabajo supondría un punto y aparte en mi vida, en todos los sentidos, porque no solo conseguiría experiencia, sino que estaba segura de que me ayudaría a poner distancia; de acuerdo que al tratarse de un contrato de prácticas apenas si recibiría una remuneración económica medio decente, pero estaría trabajando en lo que amaba y, con suerte, al acabar la carrera conseguiría un puesto fijo en la clínica, ya sí con mi título bajo el brazo.

Sí, sin duda lo valía.

La clínica estaba situada en una zona bastante cercana a Lincoln Park, en la 398 con Sedgwick Street. Admiré la fachada en un moderno color antracita con un enorme escaparate de cristal biselado que desentonaba con los comercios que lo flanqueaban, tomé una respiración profunda y entré. La calidez interior contrastaba directamente con el moderno aspecto exterior, cómodos asientos de diversos colores, una enorme esterilla acolchada en el rincón derecho, algo pensado para que las mascotas se sintieran relajadas mientras esperaban su turno, paredes en gris oscuro que hacían resaltar el resto del colorido mobiliario y que estaban vestidas con cuadros de diferentes tamaños a lo largo y ancho del espacio; eran fotografías de animales, todas muy diferentes entre sí, me acerqué y... y cada una tenía en la esquina inferior derecha el nombre del animal. Mascotas, me di cuenta entonces, posiblemente pacientes del doctor Hazard.

Sonreí y me detuve a admirarlas, había perros, gatos, incluso alguna ave, desde cachorros hasta otros cuyos hocicos ya blanqueaban, signo indiscutible de su avanzada edad. Contuve el aliento cuando llegué a una... Dios, era... se parecía muchísimo a...

—¿Puedo ayudarte?

Me giré y vi a una chica tras el mostrador a la izquierda que me observaba con una brillante sonrisa en su rostro. Vestía un uniforme de color rosa y, por mi vida, que teniendo en cuenta el contraste de color con las paredes, no entendía cómo la había pasado por alto cuando entré. Claro que era más probable que acabase de aparecer de alguna de las dos puertas que había tras ella.

—Sí, he venido a...

—No traes mascota —apuntó. Mmm... odiaba que me cortasen, y más cuando apenas había abierto la boca.

—No, en realidad, yo...

—Así que supongo que debes ser Jenna Gray.

Apreté los dientes. ¿He mencionado que odiaba cuando me interrumpían de esa manera?

Sonreí, aunque lo que en realidad quería era ponerle un enorme esparadrapo en la boca para que me dejase hablar.

—Sí, he venid...

—¡Te estábamos esperando!

Joder.

Mal empezábamos.

Me pasé la mano por el cabello, me froté el cuello y, a duras penas, resistí el impulso de morderme las uñas, todo para evitar golpear su hermoso y dulce rostro contra el mostrador. ¿Brusca? Probablemente, pero ahí tenía ante mí a una de mis compañeras de trabajo, la típica rubia hermosa con una personalidad demasiado chispeante para mi gusto... De acuerdo, Mia también era así, muy burbujeante, pero eso no contaba porque... bueno, porque era Mia. Además, a ella también quise golpearla cuando la conocí.

Traté por todos los medios de mantener la sonrisa mientras me quedaba ahí, plantada en mitad de la desierta sala de espera, intentando acabar una maldita frase sin que me interrumpieran e ignorando los recuerdos que una de las fotografías me había traído a la mente.

—Veamos, como intentaba decirte... —Enarqué las cejas, esperando a que me cortase de nuevo. Solo sonrió tan brillante como una soleada mañana de mayo—. Soy Jenna Gray y hoy es mi pr...

—¡Tu primer día, lo sé! —terminó por mí con un entusiasmo desmedido.

Por el amor de todo lo sagrado, ¿no me dejaría acabar ni una maldita frase?

Mal comienzo, muy malo.

—Exacto —respondí entre dientes—. Es mi primer día y supongo que el doctor Haz...

—Oh, el doctor Hazard está acabando con una operación de urgencia que ha surgido a última hora —explicó, interrumpiéndome de nuevo—. Pero estarás conmigo mientras él termina, yo puedo contarte el funcionamiento de todo.

Pues mira tú qué bien.

Era nuestra primera toma de contacto y no quería sacar conclusiones precipitadas, tampoco hablaría muy bien de mí si no contenía mi lengua. No sacar conclusiones precipitadas, me repetí.

«No juzgues. No juzgues. Eso no está bien».

Abrí la boca para hablar, pero no llegué a pronunciar palabra alguna cuando una puerta a la espalda de la rubia se abrió y por ella salió un hombre. Estaba distraído, mirando algo en su teléfono, de modo que solo lanzó una mirada de reojo a la chica y ni siquiera reparó en mi presencia.

—¿A quién tenemos ahora, Lucy?

Oh, de modo que así se llamaba mi nueva amiga.

—¡Oh, Dios mío! —chilló con los ojos bien abiertos, expresión de espanto y las manos en el pecho. De forma instintiva, retrocedí un paso—. ¡Ni siquiera me he presentado!

Rio y el efecto de ese sonido fue como si alguien pasara las uñas por una pizarra.

—¿Presentarte? —inquirió el recién llegado con el ceño fruncido—. ¿De qué demonios estás hablando?

—No me refería a ti, tonto. —Le propinó un juguetón golpe en el pecho con su delicada mano mientras señalaba en mi dirección con la cabeza—. Estaba hablando con Jenny, nuestra nueva compañera.

A la mierda las primeras impresiones, no pensaba consentir que me llamase así.

El hombre, que también vestía uniforme —aunque este era de un color azul oscuro—, salió de detrás del mostrador y se acercó a mí con la mano extendida.

—Encantado de conocerte, Jenny. —Apreté los dientes, pero conseguí sonreír—. Soy Adam, bienvenida a nuestra humilde clínica.

—Solo Jen, por favor. —Mejor aclararlo cuanto antes.

—Perfecto, Jen. —Me dirigió una sonrisa encantadora—. ¿Has tenido tiempo de v...?

—Oh, entonces, ¿no puedo llamarte Jenny? —interrumpió Lucy.

—No.

—Es una pena —murmuró, observándome como quien trata de desentrañar

los misterios del universo—. Tienes cara de Jenny.

—Pues no lo soy.

—Solo quiero decir que...

—He dicho que no.

—Lucy —advirtió Adam, aunque lo hizo con cierto cariño.

Ella hizo el gesto de cerrar la cremallera sobre sus labios y a punto estuve de elevar una plegaria de agradecimiento al cielo. Adam me sonrió comprensivo, así que di por hecho que este tipo de situaciones no eran algo nuevo para él y eso no me suponía ningún consuelo en absoluto, puesto que, teniendo en cuenta mi escasa paciencia, ya atisbaba en el horizonte más de una discusión con aquella chica. El hombre frente a mí era bastante atractivo, rondando los treinta, supuse; con cabello castaño rojizo y unos brillantes iris color café, no dejó de mirarme a los ojos en ningún momento mientras me contaba que era el otro veterinario de la clínica junto con el doctor Hazard. Luego estaba Lucy, que era la recepcionista y se encargaba de casi todo lo relacionado con las citas, logística y mantenimiento del local, y ahora también estaba yo: la nueva auxiliar veterinaria.

Dios.

Estaba nerviosa y emocionada. Tanto, que creí que podría vomitar. Absurdo, ¿verdad? No era mi primer empleo. Sin embargo, sí era la primera vez que trabajaba en algo que realmente quería hacer, en lo que siempre quise hacer.

Adam era bastante amigable, de modo que no tardé mucho en sentirme cómoda junto a él. Estaba explicándome que aquella tarde estaba siendo inusualmente tranquila debido a que la habían reservado para algunos casos más... delicados, por así decirlo.

—Delicados, ¿en qué sentido? —Mejor ponerme al día cuanto antes.

—Bueno, verás, no se trata de algo por lo que preocuparse en exceso, pero las mascotas de hoy son...

—Especiales —terminó Lucy por él.

—Ya. —Le di una mirada rápida antes de devolver mi atención a Adam—. ¿Qué quier...?

—¡¡Apolo!! —bramó una voz masculina.

—Bueno y ahí viene nuestro siguiente paciente —canturreó Adam con sorna. Se giró hacia la puerta y lo seguí.

—Maldito y terco saco de pulgas... —Me enderecé, tensa, al escuchar esas palabras—. ¡Muévete, maldita sea!

No me gustaba nada que alguien hablase así a su mascota, pero cuando Lucy y Adam solo sonrieron, intenté relajarme. Solo un poco. Unos instantes después, entendí su actitud. Cuando abrieron la puerta y salimos a la calle, la

imagen que se presentó ante nosotros era de lo más cómica. Por no decir surrealista.

Un tipo, una gran mole que apenas podría considerarse un hombre y sí más un gigante hiperhormonado, estaba plantado en mitad de la acera, inclinado sobre un enorme perro con corto pelo azabache. Un gran danés, para ser más exactos. El rudo tipo tiraba de la correa atada al cuello del animal, pero este, lejos de inmutarse, permanecía tumbado sobre su espalda con las cuatro patas hacia el cielo y contoneándose mientras emitía unos sonidos a mitad de camino entre gemidos y bufidos.

—¿Qué tal todo, Gronk? —saludó Adam con una clara sonrisa en su voz.

—Este maldito cabrón me tiene arrastrándolo desde que salimos de casa —masculló dándole una mala mirada a su mascota—. Ninguna chuchería para ti si no mueves tu peludo culo, amigo.

Ante la amenaza, las orejas del can se enderezaron y miró a su amo con la cabeza ladeada. El tipo volvió a intentar que se levantara, pero no había manera, así que trató de tirar de más de sesenta kilos de terco animal pretendiendo meterlo en la clínica, arrastrándolo por la acera.

Reí, no pude evitarlo.

—Oye, colega... —Adam se acercó un paso, pero se detuvo cuando el perro gruñó—. Ya veo que hoy no tienes muchas ganas de verme.

—Te juro que el maldito cabrón sabe para lo que lo he traído.

Apolo lloriqueó, como si estuviese de acuerdo, y abrió aún más las patas. Lejos de ser una posición vulnerable, creo que el pobre animal solo estaba tratando de retrasar el momento de entrar a la clínica.

—¿Qué es lo que le sucede exactamente? —No dirigí la pregunta a alguno de ellos en concreto, solo esperaba que me respondieran. Miré a Apolo a los ojos y sonreí.

—Vamos a esterilizarlo —explicó Adam.

Oh.

—Ya veo —asentí en comprensión. Me puse en cuclillas junto al animal y lo tomé como una buena señal cuando no me gruñó—. Así que no quieres que toquemos tus bolitas, eh...

—¿Sus bolitas? —resopló su dueño, el tal Gronk—. Este cabrón es capaz de oler a una hembra en celo a millas de distancia —se quejó, señalándolo—. Ha destruido propiedad ajena, ha arrancado arbustos, destrozado mi casa y aterrorizado a mi anciana vecina.

—¿Su perra estaba en celo? —inquirí, aunque imaginaba la respuesta lógica.

—Sí —espetó taladrando a Apolo con la mirada—. Su chihuahua de dos

kilos y medio estaba en celo, pero creo que la asustó tanto que no volverá a tener la menstruación... la perra, quiero decir. —Se rascó su calva cabeza, contrariado—. Recibí una llamada en el trabajo avisándome de que había reventado la ventana de casa y estaba aporreando sin descanso la puerta de mi vecina con tal de llegar hasta esa maldita perra.

Me había arrodillado en el suelo a un metro escaso de Apolo y al escuchar sus palabras rompí a reír. Lo mismo sucedió con Adam y Lucy. Imaginar a esta especie de caballo canino aterrorizando a una anciana y su pequeño can por la necesidad de sexo...

—El instinto es algo muy poderoso —expliqué, mirando con simpatía al animal.

—Sí, bueno —rezongó su dueño cruzándose de brazos—. Su instinto me ha costado varias visitas de la policía de madrugada por culpa de los aullidos, eso por no hablar de los daños materiales que ha causado.

—Dejando eso a un lado, ¿suele tener problemas de comportamiento o agresividad?

Era importante tener todos los datos.

—Nada de eso. —Sacudió la cabeza y miró a su mascota con verdadero cariño—. Es el mejor compañero que se podría tener.

Pues ahí estaba. Sin duda había tomado la mejor decisión con respecto a la esterilización... que este pequeño gran chico lo comprendiera, era otra cuestión totalmente diferente.

—Oye, amiguito. —Acerqué el dorso de mi mano para que lo oliera y supiera que no pretendía hacerle daño alguno. Rozó su hocico contra mí y, casi de inmediato, cambió de postura y terminó tumbado sobre su costado, mirándome—. No queremos hacerte daño, lo sabes, ¿verdad?

Hay quien probablemente me consideraría una loca por hablar así con un perro, pero de lo que esas personas no se daban cuenta es de que los animales son mucho más sensibles y receptivos de lo que queremos ver.

Aún de rodillas en el suelo, me apoyé sobre mis antebrazos y acerqué mi rostro al suyo, aunque procuré mantener una distancia prudencial.

»Tu compañero solo quiere ayudarte. —Golpeó con suavidad mis manos con el hocico y lloriqueó—. Vamos, levántate —animé con una sonrisa—. No se lo pongas más difícil. Todo va a estar bien, te lo prometo.

No estoy segura de cuánto tiempo pasó, pero sí que permanecimos en aquella misma postura el tiempo suficiente como para que mis rodillas comenzasen a resentirse por estar clavadas en la dura acera. Las personas pasaban a nuestro alrededor, probablemente mirándonos como si hubiésemos perdido el juicio, después de todo, estaba hablando con un perro que pesaba más

que yo. En algún momento, permitió que me acercase más y acabé por acariciar su frío y húmedo hocico mientras él no apartaba sus ojos de los míos. No se trataba de ninguna competición de poder, nada de eso. Se trataba de confianza, de hacerle saber que estaba bien, que había verdad en cada palabra que había pronunciado incluso si él no las había terminado de entender. Porque al final, los ojos, las miradas, dicen mucho más que la voz.

Sonreí cuando, con un gemido lastimero, se puso en pie.

Dios, era enorme. Aunque cuando hundió la cabeza en el hueco de mi cuello, me pareció más un oso que un dios. No hacía mucho honor a su nombre, la verdad.

—Increíble —exhaló Gronk, su dueño, mirando entre nosotros con los ojos bien abiertos.

Apolo permanecía frente a mí, sobrepasándome en altura y peso y, sin embargo, esperando a que le diese instrucciones. Resultaba asombroso que estuviese confiando en mí tan solo unos minutos después de nuestro primer contacto.

Me levanté y el perro irguió las orejas. Atento. Esperando.

Sonreí y acaricié su cabeza.

—Vamos adentro, chico. —Palmeé su lomo y lo insté a ponerse en movimiento—. Todo está bien.

Gronk abrió la puerta de la clínica y observé cómo, a medio camino entre el alivio y la sorpresa, vio a su mascota caminar ante él sin la menor resistencia, sin que nadie tirase de su cadena. Me disponía a seguirlos al interior cuando reparé en la mirada de admiración que me estaba dedicando Adam.

—¿Qué? —Me detuve frente a él esperando el veredicto.

Me observó con atención durante algunos segundos, con los brazos cruzados y la cabeza ladeada, hasta que por fin me dedicó una sonrisa y apoyó la mano en mi hombro antes de dirigirnos hacia el interior de la clínica.

—Bienvenida al equipo, Jen.

«Sí, inspiré hondo, bienvenida».

La tarde fue... bueno, esa tarde fue una auténtica pasada. Todo. Es increíble cuánto eres capaz de aprender y absorber cuando te apasiona lo que haces. El doctor Hazard, mi jefe, era un tipo absolutamente encantador y profesional, puede que un poco serio a veces, pero eso no le restaba atractivo y además no podía evitar quedarme observándolo embelesada cuando hablaba o me explicaba algo, tenía esa clase de magnetismo que te atrapa, incluso cuando

no hay pretensiones o aspiraciones de conseguir algo más. Tal era mi caso. Adam, por otro lado, siendo tan competente como el anterior, era mucho más ocurrente y divertido, más asequible, por así decirlo. No sé, resultaba muy fácil estar junto a él. Y en cuanto a Lucy, bueno, no dudaba que terminaríamos por llevarnos bien, o al menos yo acabaría por tolerarla en el mejor de los casos; de momento, aunque no pretendía ser una perra fría y sin corazón, prefería mantener una distancia prudencial sin dejar de lado la cortesía y un trato cordial. Pero es que me ponía nerviosa tanto chispeo y saltito y gritito y... todo.

Algo que me llamó muchísimo la atención fue el hecho de que la clínica permaneciese de guardia para casos de urgencia dos noches por semana; me informaron de que con el tipo de contrato que yo tenía no estaba obligada a estar con ellos, de hecho, Lucy tampoco lo estaba y sin embargo acudía a trabajar esas noches. Llegamos al acuerdo de que esa semana, hasta que me pusiera al día con todo y me sintiera un poco más cómoda, no iría a los turnos de noche. No podía esperar a que pasaran esos días y vivir la otra parte del trabajo.

Mientras me cambiaba el uniforme en la sala de descanso donde estaban las taquillas, no pude evitar sonreír. Ya sé que aún no tenía mi título y que esto era, al menos en principio, solo algo temporal, pero no podía evitar sentirme entusiasmada. Más que eso. ¿Sabes esa emoción cuando parece que por fin todo comienza a encajar donde debe? Esta era tan solo una de las muchas piezas del tablero en el que, de algún modo, veía reflejada mi vida, pero por algo se debía empezar, ¿no? Y, sí, puede que hubiese tardado más tiempo de lo esperado, pero lo estaba haciendo. Poco a poco, desde el mismo día en el que cumplí los dieciocho años, fui deshaciéndome de todo aquello que restaba sentido a mi vida, y comencé por liberarme de unas cadenas que me aprisionaban y que pretendían subyugarme y mantenerme en un constante estado servil y sumiso por medio del miedo. Del dolor. De intentar anular y borrar mi esencia, quien yo era.

Pues, ¿sabes qué? Estaba malditamente orgullosa de mí misma y me importa bien poco cómo suene.

Constancia y lucha, esas eran las premisas por las que me regía.

¿El resto de lo que aún faltaba por encajar? Bueno, el tiempo lo diría.

La sorpresa del día la puso Jeremy.

Enarqué las cejas sorprendida cuando vi una llamada perdida y un par de mensajes que llegaron poco después ante mi falta de respuesta. Me invitaba a salir a tomar algo esa misma noche. La verdad era que no sabía si volvería a tener noticias de él porque, seamos realistas, solo nos habíamos visto dos veces y ambas acabaron en desastre. La noche que nos conocimos le di plantón para irme con Mia después de que se cortase con aquel vaso roto, la verdad es que el hecho de que mi amiga necesitase un hombro amigo sobre el que llorar fue la excusa

perfecta para largarme de allí. Sabía lo que buscaba un tipo como él y no estaba preparada para tomar ese tipo de decisión. La segunda noche fue la del encontronazo con Luke en Mick's. Ni siquiera era yo misma después de aquello, apenas si le hice caso o escuché alguna palabra de lo que dijo; por todo lo que sé, pude estar de acuerdo con que me sacrificase en algún ritual satánico. Sí, las dos veces nos besamos, tonteamos e incluso algunos días habíamos intercambiado mensajes, pero nada más. Ninguna invitación o proposición para salir, nada que me hiciese suponer que tenía algún interés más profundo en mí. Lo cual me parecía perfecto... y ese era justamente el problema, me di cuenta.

Jeremy era un tipo atractivo, *sexy*. Quizás no la clase de hombre en la que me fijaría en un primer momento, por ser de la clase más musculoso o de sonrisa fácil, demasiado encantador, no sé si me explico. Puede que al ser yo más retraída y desconfiada me costara fijarme en alguien así. De modo que el hecho de que me hubiese relajado pensando que ya no había posibilidad alguna de que algo sucediera entre nosotros era la primera señal de que, sin ser consciente de ello, volvía a esperar por algo que probablemente seguiría sin llegar y tenía que deshacerme de esa especie de yugo que yo misma me había autoimpuesto.

Dije que sí.

Le di la dirección y, cuando salí de mi turno, me sorprendió verlo ya esperando en la acera, apoyado contra su coche. ¿He dicho que era *sexy*? Porque lo era, y mucho. Cabello rubio, ojos marrones, era un hombre fuertemente construido, pero claro, teniendo en cuenta que era entrenador personal, debía serlo y mantenerse en buena forma.

—Hola —sonreí, caminando hacia él.

—Hola, nena.

Escuché la risita de Lucy cuando Jeremy, sin yo esperarlo, enroscó los brazos en torno a mi cintura y me besó. No hablo de un dulce toque de labios, no. Me refiero a un beso en toda su expresión, dientes rozando, lengua buscando entrada. ¿Invasivo? Quizás, o puede que yo lo sintiera así porque era algo que no me esperaba. ¿Estábamos en ese punto de una relación? Lo dudaba mucho, por eso no tardé en romper el contacto una vez superada la sorpresa inicial y lo miré con el ceño fruncido, a lo que él solo respondió con una sonrisa capaz de derretir los polos.

Ugh.

—Oye, Jen, vamos a ir a tomar algo a un local que no queda muy lejos de aquí. —Me giré para mirar a Adam, que nos sonreía con expresión amistosa mientras el doctor Hazard cerraba la clínica—. ¿Os apetecería venir?

Sí, mucho.

—En realidad, ya tenemos planes.

Jeremy apretó su agarre en mi cintura y lo miré sin poder creerme que hubiese respondido por mí.

—¿No me digas? —inquirí, molesta.

Aparté su mano y me giré para enfrentarlo con los brazos cruzados. ¿A qué demonios venía aquello? Él ladeó la cabeza, observándome con confusión.

—Pensé que habíamos quedado para cenar.

Abrí la boca y la cerré. Sí, era cierto que había aceptado su invitación para cenar, pero... Mierda, ¿qué? No me gustaba que hubiese respondido por mí de aquella forma, con tal vehemencia, cuando ni siquiera conocía a mis compañeros de trabajo. Demonios, ni siquiera me conocía a mí más allá de un par de encuentros casuales y algunos besos aquí y allá. Pero me había prometido a mí misma que debía darle... darnos una oportunidad, explorar nuevos territorios, diferentes opciones, comenzar de nuevo lejos de aquello en lo que a lo largo de los años me había acomodado.

«Un nuevo comienzo» me repetí una y otra vez mentalmente mientras él me observaba con atención.

Iba en contra de todo cuanto yo era ceder de aquel modo a lo que en cierto sentido consideraba una demanda sutilmente disfrazada, pero tampoco quería sacar conclusiones precipitadas cuando apenas estábamos comenzando a conocernos.

Tomé la decisión en pocos segundos. Casi sin pensar.

—¿Tal vez el próximo día? —sugerí con una sonrisa cuando me giré hacia Adam.

—Claro —aceptó solícito.

Me despedí de todos y los vi caminar por la acera mientras conversaban, sintiéndome un poco celosa porque quería estar ahí, con ellos.

Joder.

¿Eso me hacía una terrible persona?

Me mordí la uña del pulgar. Tal vez por esa razón nunca había tenido una relación seria. Puede que hubiese proyectado en Luke aquello para lo que en realidad jamás había estado preparada porque, seamos realistas, hay personas que sencillamente no están hechas para vivir en pareja. Son almas solitarias, sin más. Y se puede ser feliz así, ¿cierto?

Entonces, ¿por qué seguía trayendo a Luke a colación?

¿Por qué sabía que de haber estado él allí, en ese momento no me importaría lo más mínimo dónde estuvieran mis compañeros? Y peor, sabía que él nunca habría respondido por mí, sino que habría accedido y querido conocer a mis compañeros de trabajo.

Maldito fuera.

«Un nuevo comienzo, un nuevo comienzo». Quizás, si me repetía ese mantra las suficientes veces, acabaría por interiorizarlo y creérmelo.

Me obligué a dejar de observar a las tres figuras que se alejaban de nosotros y me giré para mirar a Jeremy.

—Muy bien, ¿dónde vamos?

Sonrió. Volvió a besarme —algo que de nuevo no esperaba— y puso la mano en mi espalda baja para guiarme hacia su coche.

Borré de mi mente cualquier recuerdo o pensamiento que no estuviera enfocado en él y en hacer de aquella noche algo memorable, y me dejé llevar.

Entonces, ¿por qué algo que quería sentir correcto, parecía tan erróneo?

Capítulo Catorce

Luke

Me estaba volviendo jodidamente loco.

Me incliné hacia delante, apoyé los codos sobre el escritorio y me froté el rostro. Con fuerza.

¿Qué mierda estaba mal conmigo?

¿Por qué demonios le hablé como lo hice?

Me sentía como un auténtico cabrón. Porque lo era, joder.

Pagué con ella el no saber gestionar la buena nueva: Reed y mi hermana estaban juntos.

Aquellas palabras que le dije... aquellas malditas palabras, el modo en el que la traté, la desgarrada mirada que me dedicó, como si fuese imposible, como si quisiera creer que me había escuchado mal. Todo eso no paraba de dar vueltas en mi cabeza durante aquellos días.

Pero ¿lo peor? ¿Lo que de verdad me estaba matando?

Su aceptación, la suavidad con la que respondió a mi estúpido desplante, el modo en que irguió los hombros y parpadeó con la esperanza de que nadie viese el excesivo brillo en sus ojos, cómo me dio la espalda y salió de Mick's sin mirar atrás ni una sola vez. Erguida, cabeza alta... una pequeña guerrera. Era una puta tortura, porque esa no era Jen. No. Mi Jen, la misma que conocía desde que era solo una niña, era inteligente y aguda, una mujer que no dudaba en vestirse de ironía cuando la ocasión lo requería, una pequeña descarada que vivía para retarme continuamente, una luchadora que jamás se retiraba sin dar pelea. Por eso mismo me destrozaba ser testigo de aquella especie de rendición que reflejó su rostro la última vez que la vi.

Lo último que quería era que se rindiera, en ningún aspecto de su vida. Aún menos en lo que a nosotros se refería. De ninguna manera, joder.

—Sullivan, echa un vistazo a esto.

Taladré con la mirada a mi compañero mientras se sentaba tras su escritorio, que quedaba justo frente al mío. Habían pasado días y las ganas de golpearlo no desaparecían, al contrario, creo que nuestras diferencias, unidas a la tensión por el trabajo y a lo ocurrido con Jen, solo hacía que estas aumentasen. Pero es que... maldita sea, él, Reed, mi amigo y compañero, se estaba acostando con mi hermanita, joder. No había píldora más difícil de tragar.

Cerré los ojos y apreté la mandíbula, esa imagen no era una que quisiera imaginar siquiera.

Observé la carpeta de color manila, pero no hice amago por abrirla. No tenía la cabeza para toda esa porquería con la que estábamos tratando últimamente.

—Solo dime qué coño pasa ahora. —Lancé la carpeta en su dirección y me retrepé en mi silla al tiempo que me pasaba la mano por el pelo.

Me fulminó con la mirada, de ese modo que solía utilizar para amedrentar a otros tipos, aunque bien sabía él que me importaba una mierda.

Volvió a lanzarme la jodida carpeta, esta vez con más fuerza, y la atrapé justo a tiempo de evitar que me golpease la cara. Maldita sea, si quería pelea, la tendría.

—Trágate ese puto berrinche infantil, Sullivan —espetó, inclinándose hacia delante y cruzando los brazos sobre el escritorio—. Estoy hasta las pelotas de tu actitud, así que déjame decirte algo para dejar las cosas claras de una vez por todas: te guste o no, Mia y yo estamos juntos y, aunque esto no sea de tu incumbencia, no se trata de algún rollo pasajero. —Apreté los dientes y crucé los brazos. Le cortarían los huevos si se le ocurría tratarla como al resto de sus aventuras—. Ella está destrozada por tu culpa, así que más te vale ir haciéndote a la idea de lo nuestro, porque ambos estamos en esto a largo plazo y no pienso dejar que jodas lo mejor que me ha pasado en la vida solo porque no eres capaz de ver lo que tienes delante de tus narices.

Lo miré. Lo hice con atención.

Confiaba en ese hombre con todo lo que era y sabía cuánto valor tenían esas palabras viniendo de él. Puede que de haberlas dicho otro, me hubiesen importado una mierda. Pero estábamos hablando de Reed y no era la persona más comunicativa del mundo, así que eso debía contar para algo. Además, sabía que con el aprecio que sentía por mí y por mi familia, él jamás se arriesgaría a joderlo por un simple polvo. Un polvo... —Cerré los ojos—. Me costaba un mundo asociar eso con mi hermana pequeña. Una a la que adoraba y a la que le estaba haciendo daño de forma deliberada.

Joder, parecía que últimamente no era capaz de hacer nada bien con las personas que más me importaban. Hablaría con ella, la echaba de menos y no

soportaba saber que la estaba dañando de cualquier forma. Pero antes...

—¿Qué es esto? —Me aclaré la garganta sin hacer mención a sus últimas palabras y por fin cogí la carpeta.

Llámalo una especie de tregua si quieres.

—Algo que te interesa —respondió tras unos segundos de silencio en los que sentí que no dejaba de mirarme con atención.

Abrí la carpeta y me quedé paralizado.

Ahí estaba.

La fotografía del puto tío con el que Jen había estado saliendo: Jeremy Kingston. Mis ojos barrieron con rapidez su ficha policial, la maldita fotografía y todos los cargos por los que alguna vez... más de una vez, había sido requerido o detenido.

Pero ¿qué cojones...?

—¿Qué mierda es esto? —No pregunté, sino que exigí una respuesta. Mientras esta llegaba, seguí leyendo todo, sin querer que algo de lo que pesaba sobre sus espaldas quedara atrás.

Alteración del orden público, posesión de drogas, asalto en primer grado, altercados domésticos... Ese imbécil era una puta joya.

¿Sabía ella siquiera con quién estaba pasando el tiempo?

Por supuesto que no.

—La ficha policial del tipo con el que se está viendo Jen —respondió con un encogimiento de hombros casual que rivalizaba directamente con la dureza de su mirada. No tenía la menor duda de que Reed ya lo había leído.

—Ya sé lo que es —escupí, a cada segundo más cabreado—. Lo que te estoy preguntando es por qué la tienes tú.

Enarcó las cejas y estaba a dos segundos de levantarme y sacudirlo, cuando por fin habló.

—He pensado que... —Sacudió la cabeza con una sonrisa de mierda—. No, espera. En realidad, todo el mérito es de Terry, él es quien lo ha investigado y ha conseguido eso para ti. Creyó conveniente que lo tuvieras cuanto antes.

El bueno de Terry.

—¿Por qué? —Volví a clavar la vista en los documentos que tenía delante.

—¿Por qué, qué? —Poco nos iba a durar la tregua si continuaba tocándome las pelotas.

—Déjalo de una maldita vez, Reed. —Cerré la carpeta y golpeé la mesa con ella. Me incliné hacia delante y lo miré a los ojos—. ¿Cómo es que Terry lo ha investigado? ¿Ha escuchado algo? ¿Qué?

La verdad es que yo mismo tenía intención de hacerlo, porque sí. Ese era yo. No había una sola persona con la que Jen se hubiera relacionado que no

hubiese pasado bajo mi radar. ¿Exagerado? Probablemente. ¿Un poco acosador? No, jamás se es lo suficientemente precavido, e incluso siéndolo, las cosas suceden. Así que al carajo.

Mi compañero se reclinó en su asiento y cruzó los brazos manteniéndome la mirada.

—Dijo que tenía un mal presentimiento con ese tío —respondió con voz tensa—. Algo acerca de su comportamiento o de algo que escuchó y sobre el modo en el que le habló a Jen, no lo sé. —Ladeó la cabeza. Sentí cómo me atravesaba con la mirada mientras yo volvía a abrir la maldita carpeta—. La verdad es que yo te habría dejado que trabajaras tu culo para averiguar el nombre del tipo, pero aquí la prioridad es ella. Así que a la mierda.

Tenía razón.

No sabía el nombre porque, de hecho, las dos personas que podrían proporcionármelo en aquel momento no me hablaban. Dos de las mujeres más importantes de mi vida y ambas dolidas conmigo.

«Qué desastre, joder». Cerré los ojos.

Cuando los abrí, las primeras palabras que vi fueron «altercados domésticos» y me enfurecí al tiempo que un escalofrío me recorrió la espina dorsal. De ninguna manera permitiría que acabase metida en algo así.

Otra vez, no. Ella, no.

De forma inevitable, recordé la primera vez que de verdad fui consciente de la realidad de su vida. El momento en el que vi las marcas en su bonito rostro, el labio partido... Apreté los dientes. ¿Cómo demonios fue a acabar con un tipo así, joder?

La respuesta era más que obvia: por mi maldita culpa.

Por apartarla, por mantenerla en la oscuridad. Por permitir que, primero mis miedos, y después mi vena protectora tomasen el mando. Dejé que prejuicios y un erróneo sentido de lo que está bien o mal decidiesen por mí en lugar de detenerme a pensar, ser egoísta y tomar lo que verdaderamente quería.

Las cosas entre nosotros podrían ser muy diferentes desde que volvió a Chicago dos años atrás. Ni siquiera quería pensar en el día que decidió marcharse, pero no pude evitar recordar la primera vez que volvimos a vernos.

Las risas llegaban hasta el pasillo de entrada y, entre ellas, reconocí la de Jen. Apreté los dientes con la mirada clavada en la sala de estar, aunque no veía un carajo. Solo la escuchaba a ella.

Estaba... joder, estaba perdido. Dolido. Y cabreado... jodidamente

cabreado con ella. Me sentía como un niño inexperto, tímido, y eso no tenía ningún sentido. ¿O sí?

Cuatro.

Cuatro putos años desde que se marchó, el mismo tiempo que hacía que no la veía. Sí, alguna vez Mia me enseñó fotos que Jen le envió o incluso las que se hicieron juntas en las ocasiones que se vieron. Porque, por supuesto, fui la única persona con la que rompió todo contacto. Por completo. Mi hermana viajó alguna vez para verla, y lo mismo ocurrió a la inversa, pero Jen se las ingenió tan bien que siempre que ella venía a Chicago, coincidía con alguna de mis escapadas en vacaciones.

Aquello me volvió loco.

Cada.Puta.Vez.

«No nos avisó de que vendría», me decían cuando exigía saber por qué nadie me había informado de su visita.

«Quería sorprendernos», explicaba mi nonna.

Ya. Si algo tenía claro, era que con Jen no existían las casualidades y era más que evidente que no quería saber absolutamente nada de mí. Y, maldita sea, eso escocía. Porque no hubo un día en el que no pasara por mi mente. Quería saber si había encontrado aquello que buscaba, si estaba bien, si era feliz... si me guardaba rencor. Supuse que la respuesta a esto último ya la tenía en su silencio y en el modo en el que se había desentendido de mí y de cualquier asunto relacionado conmigo. Mi decisión con respecto a un «nosotros» continuaba siendo la misma: era imposible. Impensable. Pero eso no significaba que dejase de preocuparme por ella, de cuidarla.

Roté el cuello y di la bienvenida a un satisfactorio crujido, tal era la tensión acumulada desde que supe que había vuelto a la ciudad para quedarse. Entré decidido al comedor y no vi a nadie, joder, ni siquiera sé si llegué a saludar. Creo que no, porque mis ojos fueron directos a Jen y no había manera en el infierno de que pudiera despegarlos.

Era ella, pero no.

Más mayor, más mujer. Jodidamente preciosa.

La risa por algo que mi nonna le había dicho murió en sus labios en el mismo momento en el que me vio. Apreté los puños mientras nos mirábamos directamente y lo que sea que estuviese pasando entre nosotros fue bruscamente interrumpido por mi padre al saludarme.

«Ni un maldito mensaje», quise reprocharle.

«Hola a ti también, Sullivan» pareció responder, burlona.

Sí, seguía siendo Jen. Y, maldita sea, la había echado de menos.

Fruncí el ceño cuando la vi sentada junto a mi nonna. Ella siempre

ocupaba el asiento junto a mí en la mesa, excepto en la última comida familiar que compartimos. Aquel día, Alice ocupó ese lugar, así que supuse que Jen se había agenciado un nuevo asiento y, conociéndola como lo hacía, era su modo de darme una figurada patada en las pelotas y hacerme saber que no olvidaba el modo en el que la había relegado a un segundo plano.

—Jen —saludé escueto sin dejar de mirarla a los ojos.

—Me alegro de verte, Sullivan. —Cualquiera lo diría. Entorné los ojos, molesto, pero decidí no replicar.

Apenas había puesto el culo en la silla, cuando mi nonna soltó:

—¡Lucas Aldo Sullivan! —Enarqué las cejas y esperé la bronca. Era de esperar cuando me llamaba así—. ¿Crees que ese es modo de recibir a nuestra Jen? Te hemos educado mejor que eso, salúdala como merece.

Miré fijamente a mi abuela quien, a su vez, lucía una beatífica sonrisa en la cara. Estaba a punto de replicar cuando vi cómo Jen giraba la cabeza con un latigazo para observarla con una mezcla de temor e incredulidad.

Sonreí ladino y me tragué las palabras antes de levantarme. El resto conversaba de forma animada, excepto la abuela que no perdía detalle, y Jen y yo que nos manteníamos la mirada mientras rodeaba la mesa para llegar hasta ella. Miró hacia arriba y, cuando no se movió, la sujeté por el brazo para levantarla con suavidad. Observé sus ojos con atención, no queriendo perderme nada, retrotrayéndome a momentos pasados y deshaciéndome del anhelo que muchas veces tomó el control cuando quise volver a verlos.

—Bienvenida a casa —dije en voz baja, solo para nosotros.

Tardó en responder unos segundos durante los cuales no dejó de observarme. Como si estuviese buscando algo.

—Gracias —asintió—. Es bueno estar de vuelta.

Amagó con volver a sentarse, pero la retuve y la atraje hacia mí para estrecharla en un abrazo. En principio se tensó, pero me importaba un carajo. Lo necesitaba. Aspiré aquella mezcla de vainilla y fresas que era ella y que había extrañado como un puto loco, más de lo que quería reconocerme a mí mismo.

Dije que lo nuestro era impensable, ¿verdad?

Joder.

Cuando apreté un poco más los brazos a su alrededor pareció rendirse y respondió envolviendo los suyos en torno a mi cintura. No se me escapó el suspiro que salió de sus labios. Nos separamos, nos miramos y, sin decir más, volvió a ocupar su sitio, de modo que hice lo propio tratando de espabilar y recordándome que seguía furioso con ella por no haber recibido ni una maldita palabra suya en casi cuatro años.

Cuatro.Putos.Años.

La comida transcurrió con normalidad... Bueno, todo lo normales que las cosas podían ser en casa y, por supuesto, con Jen como homenajead y protagonista. Apenas si intercambiamos alguna frase. Aunque hubiese intentado entablar conversación, ella se las arreglaba muy bien ignorándome o desviando el tema si alguien sacaba a colación algún recuerdo del que ambos fuésemos protagonistas. Sobra decir que aquello solo consiguió encender más mi temperamento. Poco después de que Terry llegase, hubo un momento en el que Jen fue al baño y decidí aprovechar que el resto estaban distraídos para... acorralarla, emboscarla. Llámalo como quieras, para mí era un necesario acercamiento en busca de respuestas que me satisficieran lo suficiente como para calmar mi ánimo. Estaba en el pasillo, al acecho, y en el momento en el que la puerta del baño se abrió, no le di tiempo a reaccionar: me interpuse en su camino obligándola a retroceder, cerré a mis espaldas y eché el cerrojo. Cuando la miré, tenía las manos en las caderas y lanzaba dagas por sus rasgados y oscuros ojos.

Joder, también había extrañado eso.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —demandó, molesta. Dio un paso atrás en el pequeño espacio que era el baño, poniendo distancia entre nosotros.

—Tenemos que hablar.

—No, no tenemos. —Se cruzó de brazos y ya se atisbaba una discusión en el horizonte.

—¿Cómo te fue en Pensilvania?

—¿Qué? —chirrió—. ¿Para eso nos encierras en el baño? Podrías habérmelo preguntado en...

—¿Dónde? —la interrumpí y me acerqué un paso—. Dime cuándo y dónde se supone que te debía preguntar por ello, Jen, por cualquier otra cosa. No he sabido nada de ti en casi cuatro años.

—Podrías haberme contactado en cualquier momento.

—Lo intenté —repliqué entre dientes—. Cambiaste tu número de teléfono.

—Sí, lo hice —afirmó y ladeó la cabeza—. ¿Siquiera intentaste conseguir mi nuevo número? —No pude responder a eso, pues ambos sabíamos la respuesta. Asintió, satisfecha—. Ya, eso supuse, y crees que acorralándome ahora conseguirás, ¿qué? Porque déjame decirte que no entiendo a qué viene esto.

Estaba equivocada en cuanto a las razones de que no me pusiera en contacto con ella.

—Intentaba respetar tus deseos —aclaré.

Sacudió la cabeza y rio sin humor.

—¿De verdad? ¿Desde cuándo? —Prácticamente acabó con la distancia entre nosotros y me pinchó en el pecho con su dedito—. ¿Crees que los estás respetando ahora? ¿Crees que me conoces o sabes lo que quiero? Este solo eres tú anteponiendo lo que quieres o necesitas a todo lo demás.

—Pues cuéntamelo —pedí.

Crucé los brazos y me apoyé contra el lavabo. Jen enarcó las cejas y me miró con los labios entreabiertos, como si no pudiera creer lo que estaba escuchando. Pasados unos segundos, se recompuso.

—Muy bien, ¿de verdad quieres saberlo? —continuó, ofuscada, sin esperar respuesta alguna—. Sí, encontré a mi madre y, adivina qué... La primera vez que la vi cargaba en brazos a su hija de dos años. Había rehecho su vida, estaba casada y con una nueva familia, de modo que ni siquiera me acerqué a ella. Pero me vio al otro lado de la calle. —Me mató escuchar cómo se agrietaba su voz—. Al menos pude darme la satisfacción de mandarla al diablo cuando intentó hablar conmigo. Aunque tampoco creo que le importase. —Se encogió de hombros—. Supongo que soy así de prescindible.

—Jen, lo...

Me acerqué a ella, pero antes de que pudiese tocarla, retrocedió.

—Ni se te ocurra —gruñó—. No quiero ni necesito tu maldita compasión, Sullivan. —Enderezó los hombros—. Querías saber, ¿recuerdas? —Apreté los dientes, pero asentí dejando que sacara lo que fuese que llevaba dentro—. Pensilvania, Williamsport y Johnstown son los lugares donde he vivido. Trabajé de cualquier cosa que encontraba, desde una gasolinera, dependienta en una pastelería, hasta pasear mascotas o camarera. —El primero me enfureció por el peligro que implicaba en las noches, el último me sorprendió puesto que Jen y el trato con la gente...—. El último año y medio he estado en Indiana, asistiendo a la universidad. Echaba de menos Chicago, Mia y yo hablamos mucho de pequeñas acerca de cómo sería, así que quería vivir con tu hermana su último año de universidad, de modo que solicité el traslado y aquí estoy. Fin de la historia.

Se cruzó de brazos y se apoyó contra la pared. Esperando. Preparándose para el juicio. Pero no pensaba hacerlo.

En silencio, no solo la observé, sino que la admiré. Su fuerza, su valentía y la magnífica mujer en la que se había convertido pese a todas las trabas que tuvo que sortear a lo largo de su vida. Quería abrazarla, reconfortarla. Quería que me mirase como solía hacerlo años atrás, pero supuse que ese era un privilegio que había perdido hacía mucho, puesto que no supe cuidarla ni valorarla como merecía. No aprecié el regalo que me ofrecía y se escapó.

Y, joder, dolía reconocerlo. Todo.

No necesitaba que se marchase cuando lo hizo porque de ese modo acabaría dándome cuenta de lo que realmente sentía por ella, no. Si la alejé de mí, fue precisamente porque cuando me volví consciente de que no se trataba de un inocente amor fraternal, no supe cómo gestionarlo. Me cagué de miedo. Porque era Jen, porque era demasiado joven, porque por un sinfín de razones lo nuestro era algo abocado al más absoluto fracaso. Y ahí estábamos de nuevo. O, al menos, yo lo hacía.

No tenía ningún derecho a exigir explicaciones.

Ninguno.

—Lo siento. —Fue todo cuanto pude decir.

Asintió, me miró algunos segundos y, finalmente, pasó rozándome y descorrió el cerrojo antes de abrir. Creí que se marcharía sin decir más, pero como casi siempre me ocurría con ella, me equivoqué. Lanzó una mirada por el pasillo, en la dirección de la que provenían las voces, antes de centrarse en mí.

—No me despedí de ti porque no podía —explicó señalando el suelo con un dedo y la pasión que la caracterizaba—. De haberlo hecho, me habría quedado y necesitaba marcharme. Tenía que alejarme de ti, lo sabes tan bien como yo. —Agaché la cabeza, mirando hacia el suelo y asentí—. No quieras echarme la culpa de nuestro distanciamiento. —La miré y abrí la boca dispuesto a replicar, pero se adelantó—. Sí, me marché. Sí, cambié mi número de teléfono, pero solo tenías que preguntar a cualquiera de tu familia para conseguirlo, Luke. Es solo que elegiste no hacerlo y, créeme, respeto eso. Tomaste tus propias decisiones. —Se encogió de hombros y suavizó la voz—. Soy muy joven para estar tan cansada y me merezco a alguien que luche no solo conmigo, sino también por mí. La elegiste —susurró y cada músculo de mi cuerpo entró en tensión—. Tengo derecho a hacer lo mismo sin que me cuestiones ni intentes hacerme sentir culpable.

No respondí, ¿para qué? Clavé la vista en la pared frente a mí y poco después cerró la puerta a su espalda con una suavidad que rivalizaba directamente con la fuerza y pasión de las que solía hacer gala.

Tenía razón en cada maldita cosa que había dicho. Solo era que las razones por las que me mantuve alejado no eran ni mucho menos las que ella probablemente creía, pero supuse que el momento para las explicaciones ya había pasado. Pensé que esa puerta al cerrarse era un suave, aunque alto y claro, «jódete».

Pero, como siempre, ya debería saber que con Jen nunca debía dar nada por sentado.

—¿Piensas sacarte el palo del culo en algún momento o seguirás jugando un poco más al indignado?

La burla de Reed me devolvió al presente y, gracias joder, porque no necesitaba recordar más el pasado. Ya tenía suficiente en mi plato con lo que lidiar.

—Sigo bastante cabreado —declaré. Aunque él ya lo sabía, por supuesto. Lo miré mientras golpeteaba el escritorio con el bolígrafo. Se levantó y se puso la chaqueta.

—Lo sé, compañero.

—¿Y?

—¿Y qué? —Enarcó las cejas y se encogió de hombros, como si nada. Estaba a segundos de golpearlo, joder—. ¿Esperas que me disculpe? ¿Que retroceda? —Solo lo miré en silencio y su actitud despreocupada cambió en décimas de segundo a algo más oscuro. Se inclinó, apoyando los puños sobre el escritorio—. Déjame decirte que estarás un muy largo tiempo cabreado, y no porque yo en algún momento dé marcha atrás, sino porque al final te darás cuenta de que esto va completamente en serio. Cuando ese día llegue y, créeme, llegará, verás que has sido un completo gilipollas que ha perdido el tiempo y que no solo ha jodido a su amigo, sino que además ha hecho daño a su hermana pequeña, una de las personas más importantes de su vida. Dicho esto, haz lo que quieras, me importa un carajo.

Con esas últimas palabras, dio media vuelta y se largó.

Joder.

Me pasé la mano por la cabeza.

¿Estaba siendo un capullo? Probablemente.

Conocía a mi amigo, sabía que nunca hablaba a menos que las palabras significasen algo. No era un tipo que hiciese promesas porque sí, cuando se comprometía con algo, lo hacía de verdad, hasta el final. Pero, maldita sea, estábamos hablando de mi hermana pequeña y aunque ya fuese una mujer de la que me sentía tremendamente orgulloso, no podía evitar esa necesidad de cuidarla, de protegerla. Siempre lo había hecho, con las dos. Sabía que era absurdo, solo tienes que ver lo bien que resultó eso con el imbécil de Peter por más que se lo advertí. También le fallé a Jen infinidad de veces en ese sentido. Mi madre siempre decía que la vida está para vivirla, con sus buenos momentos y también con los errores y tropiezos incluidos; llevaba razón, lo sabía, pero pedirme que no me inmiscuyera en según qué situaciones era como intentar tapar el sol con un dedo. Imposible.

Por otro lado... Había metido la pata.

Todo lo que había hecho en los últimos días resultó ser una cagada

monumental desde el mismo momento en el que dañé a las mismas personas a las que pretendía proteger. Que mis intenciones fuesen buenas, me di cuenta con un suspiro, no significaba que el modo de intentar lograrlo fuese el acertado.

A la mierda.

Si un hombre debía caracterizarse por algo, debía ser por tener la capacidad de reconocer sus errores. Y yo me había equivocado. Aunque también tenía mis propias razones para actuar como lo hice.

Me levanté y, a grandes zancadas, alcancé a Reed en la calle cuando estaba a punto de subirse en el coche. Enarcó las cejas con deje burlón cuando me situé ante la puerta del acompañante, quedando los dos frente a frente con el vehículo como barrera.

—Eso ha sido rápido —murmuró con sorna.

—Prefiero invertir mi tiempo en otras cuestiones —repliqué siguiendo la broma.

Sacudió la cabeza con una sonrisa, asintió y, sin más, ocupamos nuestros correspondientes sitios.

Pasados unos segundos de trayecto, con la música *rock* como compañía y mientras cada uno iba sumido en sus propios pensamientos, por fin habló.

—Ella también estará allí.

Ni siquiera tenía que preguntar. Ese tipo era más observador de lo que nadie podía imaginar. De hecho, tampoco hablamos ni discutimos acerca de hacia dónde ir, ambos sabíamos que el lugar elegido era Mick's.

—Ya. —¿Qué coño esperaba que le dijera?

—No es por meterme donde no me llaman...

—Pues entonces no lo hagas —espeté mirando las calles pasar por mi ventana.

—Pero creo que deberías solucionar lo que sea que haya...

—He dicho que no te metas, joder.

Continuó como si no me hubiese escuchado. Qué ganas de tocarme las pelotas, maldita sea.

—... Entre vosotros. —Sacudió la cabeza—. Hay tanta tensión que cualquier día os va a estallar en la cara y salpicará a todos a vuestro alrededor.

—¿En serio? —Me giré hacia él. Nunca habíamos tratado ciertos temas. Simplemente era... no lo sé, no lo hacíamos. Punto—. ¿Ahora te has vuelto un experto en relaciones? ¿Quieres que tengamos una de esas charlas de corazón a corazón?

—No estoy muy seguro de que quieras conocer los pormenores de mi relación con tu hermana —rezongó con una sonrisa de mierda que quería borrar.

Joder, no.

—Ni se te ocurra...

Rio y sacudió la cabeza.

—Ni de coña, amigo.

Se hizo el silencio. Cada uno sumido en sus propios pensamientos. Los míos siempre derivando hacia la misma persona. Me estaba volviendo loco.

—No sé qué demonios hacer —reconocí en un arranque de sinceridad—. Ella es... —Me pasé la mano por la cabeza y cerré los ojos.

—Todo —finalizó Reed por mí en voz baja—. Entiendo lo que sientes, porque eso es tu hermana para mí, quiero que lo sepas.

Maldita sea, Jen era eso y más. Puede que no se lo demostrase tal y como ella necesitaba, como merecía. Pero lo era. Es solo que, tal como parecía ocurrir siempre entre nosotros, ella sacaba sus propias conclusiones juzgando de forma errónea un comportamiento que yo tampoco me molestaba en explicarle. Parecía todo un maldito bucle, como si estuviésemos condenados a tropezar con la misma piedra una y otra vez.

Ahora era consciente de que era yo quien debía mover ficha. Era yo quien tenía que poner las cartas sobre la mesa, y comenzaría por mostrarle el tipo de persona que era el hombre con el que estaba saliendo.

Pero estábamos hablando de Jen.

No sería un camino de rosas.

Y me lo merecía.

Capítulo Quince

Lo supe antes de verlo.

Era lo que siempre me ocurría con él y maldita fuera esa extraña conexión que parecía tirar de mí cada vez que estábamos cerca.

Continué bailando con Mia y Brooklyn, fingiéndome ignorante de su presencia, desechando el escalofrío que me recorrió de pies a cabeza al sentir sus ojos clavados en mí como algo sin importancia. Porque lo sabía. No necesitaba mirarlo para saber que en ese momento me taladraba o devoraba —no sabía cuál — por el espectáculo que estábamos dando mientras bailábamos *The shoop shoop song*. La diversión de instantes antes fue rápidamente reemplazada por aprensión y era en momentos como ese que me aborrecía a mí misma por ser tan blanda en todo lo relacionado con él. No importaba ser consciente de que mi caso no era algo excepcional, la diferencia radicaba en que había vivido de primera mano lo que la debilidad en ese sentido puede hacer con una persona. Sin apenas darte cuenta, acabas convirtiéndote en una sombra de lo que un día fuiste, no ves más allá de tu miseria y dolor, estás tan concentrada regodeándote en la autocompasión que incluso olvidas cómo amar y proteger a quien te lo da todo tan solo esperando que estés ahí para ella. Porque el corazón de un niño no entiende de egoísmo, lo tienes en tus manos desde el mismo instante en el que ve la luz por primera vez, ese en el que vuestras pieles se tocan y el latido de tu corazón y tu calor son todo cuanto necesita para sentirse seguro, protegido.

Créeme, sé de lo que hablo porque fui esa niña; la ignorada y fácil de olvidar por quien más debía ser tenida en cuenta y, sin embargo, «notada» por quien quería que la ignorase.

Me prometí que jamás me convertiría en ese tipo de persona. Y, aunque en el pasado fallé de forma estrepitosa al tratar de mantener esa promesa, puede que ya fuese el momento de demostrar hasta qué punto estaban cambiando las cosas.

Continué bailando y cuando acabó la canción, salí de detrás de la barra y me cuidé mucho de no pasar ni remotamente cerca de donde Luke se encontraba hablando con Mia. Me alegraba por ellos, sabía cuánto se amaban y que la distancia impuesta por ese terco y sobreprotector hombre durante los últimos

días los estaba matando. Guiñé un ojo a Reed y salí disparada hacia el otro extremo de la barra, cerca de donde Mick estaba apostado controlando todo cuanto sucedía en su bar.

—¡Hola, jefe! —Lo besé en la mejilla y gruñó, aunque en el fondo no le molestaban esas muestras de afecto tanto como fingía. De hecho, le encantaban. Quizá por esa misma razón, pese a no ser yo misma muy dada a ellas, con él me permitía esa licencia.

—No soy tu jefe —farfulló, mirándome de reojo. Reí y pedí a Brooklyn otros dos *Cherry Bomb*.

—Oh, vamos, es casi como si lo fueras —rezongué, apoyando uno de mis brazos sobre la barra y giré para quedar frente a él—. Eres el dueño y señor de todo esto —hice un gesto con la mano abarcando el lugar—, y además te encanta. No lo niegues.

Arqueó una gruesa ceja pelirroja hacia mí.

—Si de verdad tuviese tanta voz y mando por aquí... —Cruzó sus robustos brazos y se recostó contra la pared—. No os habría dejado dar semejante espectáculo con tal de no escuchar los gruñidos de Sullivan.

—¡Bah! —Reí y desestimé su comentario con un gesto de la mano—. No sois más que dos inofensivos osos gruñones. Además... —Puse las manos en mis caderas, ladeé la cabeza y le sonreí altanera—. No me negarás que todo esto está mucho más animado después de nuestro baile.

—Ajá —coincidió echando una mirada en derredor, antes de clavar la vista en mí—. Pero yo no me refería a Chuck. Es el otro Sullivan el que querrá mis pelotas, aunque me importa una mierda lo que diga un polluelo que es incapaz de mantener a su mujer junto a él.

Me quedé petrificada.

Para nada esperaba esas palabras y menos viniendo de Mick. Sí, sabía que era un tipo muy observador, de hecho, creo que es un rasgo distintivo de cualquier persona que se dedique a lo mismo que él. Pero eso...

—Creo que con la edad comienzas a desvariar —sonreí, incómoda.

Si lo distraía lo suficiente, quizás no pensaría en Luke y en mí. Tampoco es que hubiese un nosotros y precisamente por eso no necesitaba ese tipo de suposiciones por parte de nadie. Ya no.

—Por supuesto —convino, al tiempo que miraba tras de mí—. Entonces imagino que no se trata más que de otro desvarío de viejo gruñón si te digo que ahora mismo el joven Sullivan te está taladrando con la mirada. —Mierda. De forma inconsciente me erguí, cada músculo de mi cuerpo en tensión. Supongo que no conseguí enmascarar la alarma en mi expresión, cuando remató con una sonrisa ladina—: Y que se dirige hacia aquí.

—Maldita sea —murmuré por lo bajo.

—Aquí tienes, cariño. —Brooklyn llegó con las bebidas y no le di tiempo a que las dejase en la barra antes de prácticamente arrebatárselas de las manos.

—Jen.

Cerré los ojos al escuchar su voz a mi espalda. Cuando los abrí, ella continuaba frente a mí, observándome con la cabeza ladeada y una expresión extraña antes de mirar a Luke por encima de mi hombro.

No tengo ni idea de lo que vio en mis ojos, no sé si advirtió mi desesperación por salir de allí o si llegué a transmitirle algún mensaje silencioso puesto que apenas nos conocíamos y no sabía nada sobre mí, pero me apretó la mano con suavidad antes de plasmar una brillante sonrisa en su rostro.

—¿Qué te sirvo, cielo?

—Estoy bien, gracias —respondió con tono impaciente—. Jen...

Me aparté en cuanto posó la mano en mi hombro, sin ni siquiera mirarlo.

—No.

—Maldita sea, Jen...

—¿Estás seguro, cariño?

En otro momento me habría molestado escuchar que otra mujer lo llamaba así, pero Brooklyn estaba ejerciendo de amortiguador. Podía llamarlo como quisiera.

—Sí, estoy seguro —contestó con impaciencia.

Continué tratando de abrirme paso entre el gentío que abarrotaba el local y no transcurrió ni un segundo antes de que sintiera su abrumadora presencia a mi espalda.

—Tenemos que hablar.

Me detuve, pero no me volví para mirarlo. No podía, maldita sea.

—No, no tenemos que hacer nada. —Giré el rostro lo justo para que viese mi perfil y sintiera mi determinación, no solo en mi voz—. Entre tú y yo ya está todo más que dicho.

—¡Al infierno si lo está! —espetó justo antes de sujetar uno de mis brazos con suavidad, aunque también con firmeza—. Esto es importante así que, te guste o no, me vas a escuchar.

Me estremecí.

No por sus palabras o porque me sintiera amenazada de ningún modo. Sencillamente, es que él me hacía eso. Su cercanía, su voz, el contacto entre nuestras pieles. Todo.

—Suéltame.

—Jen...

—He dicho que me sueltes, Luke —amenacé, y bien sabía él que no me

importaba montar un espectáculo si era necesario—. Si no lo haces, acabarás de rodillas aquí mismo después de que te haya pateado las pelotas.

—No lo creo —replicó con una mezcla de furia y burla que me enervó.

—No sería la primera vez.

No lo miré, pero podía imaginar su expresión en ese momento a la perfección. Mirada dura, mandíbula apretada, fosas nasales dilatadas... Sí, seguro que cualquiera que lo observara en ese momento estaría viendo justo eso. Un tipo muy cabreado, sin duda.

Ninguna novedad cuando estábamos cerca el uno del otro.

Me soltó, sí. Por supuesto que lo hizo.

Pero era como una pesada sombra respirándome en el cuello. Siempre queriendo controlarlo todo, siempre creyéndose con la potestad suficiente como para decidir por mí. Al llegar hasta donde se encontraban Reed y Mia encontré a mí amiga enganchada a su hombre prácticamente como un koala, escalando por la enorme y magnífica mole que era él. Y yo necesitaba respirar, maldito fuera, porque Luke me estaba asfixiando.

Cuando Reed se ofreció a llevarme a casa, ya me encontraba casi al límite de lo que mis nervios podían soportar después de que la susodicha sombra me quitase la copa para evitar que bebiera más. Me quitó el *Cherry Bomb*. ¿Te lo puedes creer? No quería estar cerca de Luke y ni mucho menos quería que me llevase a casa, pero cuando vi el modo en que se enfrentó a su compañero no me quedó más remedio que ceder. Acababan de volver a estar en buenos términos tras descubrir su relación con Mia, esa misma noche los hermanos habían hecho las paces... de ninguna manera quería ser el motivo de una nueva discusión entre ellos.

Por más que quisiera patearle las nueces por ponerme en esa tesitura. El muy imbécil.

Después de que mi amiga y su chico se marcharon no pude aguantar mucho más. Luke tampoco parecía sentirse mejor y menos cuando en distintas ocasiones me vio sacar el teléfono del bolsillo trasero del pantalón. Llegaron varios mensajes, todos de Jeremy. Mentiría si dijera que aquello no me sorprendió, puesto que no estábamos en ese punto de una relación. En realidad, no tenía ni la menor idea de en qué punto nos encontrábamos, pero lo que sí tenía claro era que esa forma de «control» no me gustaba en lo más mínimo. No era algo que tuviese la intención de soportar en mi vida, aunque puede que solo estuviese sacando conclusiones precipitadas. Teniendo en cuenta que me excitaba más junto a un Luke distante y cabreado que besándome con un hombre rematadamente *sexy*, ya no sabía qué demonios me estaba ocurriendo. En ningún aspecto.

Cuando no pude soportarlo más le pedí a Brooklyn mi cazadora de cuero, que habían guardado en un hueco tras la barra a buen recaudo. Me encaramé a la barra reposapiés para alcanzarla, pero no la soltó, sino que me retuvo y la miré con las cejas enarcadas. Estaba más seria de lo que en el poco tiempo que la conocía la había visto.

—¿Seguro que estarás bien? —inquirió, señalando con la cabeza a alguien tras de mí.

No necesitaba girarme para saber que se refería a Luke. Maldita sombra. No sabía qué creía que ocurría, pero tampoco quería que lo prejuizgase sin conocer la historia.

—No es lo que crees, Brooklyn.

Se encogió de hombros.

—No quiero entrometerme en los asuntos de nadie, Jen —aclaró, y sus ojos adquirieron un brillo extraño—. Pero soy bastante... intuitiva en ciertos aspectos. —Apoyé los brazos sobre la barra y me incliné para escucharla mejor. Ella imitó mi postura—. Te veo. Eres divertida y fuerte, pero también estás dolida e insegura. —Sacudió la cabeza. Apreté los dientes porque había golpeado demasiado cerca, maldita sea—. No hagas nada que no quieras hacer y nunca, jamás, permitas que ningún hombre dicte el modo en el que debes vivir tu vida.

Me permití unos segundos para mirarla. O, mejor dicho, para verla. Porque tenía la sensación de que con aquella preciosa mujer que lucía el estilo *pin up* como pocas, estábamos pasando mucho por alto. Tras la dulce sonrisa, la picardía y los guiños se escondían unos ojos que hablaban de muchas experiencias pasadas que le facilitaban el detectar según qué cosas que, probablemente, el resto pasaban por alto.

Pero ese no era mi caso. Ni mucho menos.

—Este es solo Luke siendo... —Gruñí y puse los ojos en blanco—. Bueno, siendo un dolor en el culo, pero ese es él. No te preocupes, todo está bien.

Asintió, algo más convencida.

—¿Me dejas tu teléfono un momento?

Aquello me sorprendió, pero no dudé.

—Claro.

Tecleó algo y me lo devolvió con una sonrisa de disculpa.

—Si necesitas alguna vez lo que sea, ahí tienes mi número. —Me dio un rápido beso en la mejilla e hizo un gesto con la mano al tiempo que soltaba una suave y ronca carcajada—. También es mi patética excusa para tener algún contacto en esta ciudad. No conozco a mucha gente, pero me gustas.

Al principio me quedé un poco en *shock*. No me gustaban mucho las

muestras de afecto —ya lo he dicho— y menos con desconocidos, pero... me gustaba Brooklyn. Así que ni lo pensé dos veces antes de buscar en la agenda y llamarla para que también grabase el mío. Recordé el día que conocí a Mia. El modo en el que se acercó a mí ofreciendo más que nadie que hubiese conocido en mi corta vida y siendo despreciada por una chica que estaba triste y furiosa con el mundo. Aquella niña con las muñecas rebosantes de brillantes pulseras me dio una familia. Me dio más que nadie. No cometería ese error dos veces y menos cuando era consciente de lo complicado que resultaba dar ese tipo de salto arriesgándote a ser desechado.

—Te acabo de llamar —expliqué con un guiño—. Así que ya tienes mi número también.

—Pasa buena noche, cariño —asintió con una sonrisa y un pícaro guiño.

—Tú también —me despedí.

Bajé de un salto y no había acabado de ponerme la chaqueta cuando sentí la mano de Luke en mi espalda baja, esperando para guiarme hacia la salida.

Estaba tan impaciente por salir que no se despidió de nadie. Hice un gesto de adiós hacia Terry que me guiñó un ojo a modo de despedida —o ánimo, no lo sabía— y mordí una sonrisa cuando escuché la voz cantarina de Brooklyn a nuestra espalda:

—¡Buenas noches, hombretón!

Se rompió el contacto entre nosotros cuando él se detuvo en seco, sin duda sorprendido por la efusividad de sus palabras. E incluso a pesar de mi pésimo estado de ánimo, no pude evitar reír cuando escuché a Tucker.

—¿Por qué demonios no me dices a mí esas cosas?

Las risas y burlas se apagaron en el instante en el que salimos a la fría noche de Chicago y la puerta se cerró a nuestra espalda. En un principio dejé que me guiase porque no sabía dónde estaba aparcado el coche. O eso fue lo que me dije a mí misma. Pero en el momento en el que lo vi, me removí e interpose la distancia suficiente como para sentirme, en cierto sentido, a salvo.

Absurdo.

Nunca quise tener que ponerme a salvo de él.

En el momento en el que nos acomodamos en nuestros respectivos asientos, aún no había arrancado el coche cuando no pudo —o no quiso— contenerse más.

—Jen...

—Conduce —atajé, mirando por mi ventana hacia la solitaria calle.

—Maldita sea, esto es importante.

Giré el rostro hacia él, furiosa.

—Insististe en llevarme a casa y eso es lo que vas a hacer. Nada más ni

nada menos, Sullivan.

Me taladró con la mirada y con la luz de la farola cercana incidiendo sobre la luna delantera, no me perdí el modo en el que palpitaba el músculo de su mandíbula.

Maldita sea, ¿suena muy loco si digo que incluso eso me excitaba?

No peleó ni discutió más. Pasados unos segundos en los que mantuvimos un duelo de miradas, gruñó, resopló y puso en marcha el coche. Por más que quisiera ignorarlo, no podía evitar lanzar miradas de reojo a cada instante. En varias ocasiones lo vi no solo apretar la mandíbula, sino sacudir la cabeza, abrir y cerrar la boca... como si quisiera hablar y estuviese haciendo un esfuerzo titánico por contenerse o, más bien, buscando las palabras adecuadas para iniciar una conversación que no acabase en guerra. Algo difícil, pues cargábamos mucho a nuestras espaldas. Bueno, decidí acabar con su miseria y cuando más resuelto parecía, conecté la radio a todo volumen. *Mz Hyde* de Halestorm resonaba con fuerza por los altavoces y resistí el impulso de poner los ojos en blanco.

«Sí, bienvenido a mi pesadilla», pensé.

Creo que aún no se había detenido el coche del todo cuando ya me había desabrochado el cinturón y abría la puerta para salir de allí lo antes posible. Cerré de un golpe y lo dejé maldiciendo como pocos otros podrían. No había llegado al callejón para acceder a las escaleras, cuando me retuvo sujetándome por el brazo.

—¿Quieres hacer el favor de parar de una maldita vez? —Me giró para que lo encarase—. Tenemos que hablar, Jen.

Furiosa, me deshice de su agarre y de un manotazo aparté el pelo que me tapaba la cara.

—Te lo dije antes y lo repito ahora: tú y yo no tenemos nada de lo que hablar —espeté pinchándole con el dedo en el pecho—. Estoy cansada de esto. Siempre hablas. Siempre quieres hablar, hablar y hablar... Escucho tu voz. ¡Pero nunca dices nada, joder!

Nos quedamos allí, frente a frente, con las respiraciones agitadas, como los toros a punto de salir al rodeo. Y supongo que en cierto modo eso éramos. Dos bestias preparándose para embestir y esquivar, para sacudirse de encima aquello que les molestaba. Todo lo que los subyugaba.

—Te guste o no, me vas a escuchar —respondió con su profunda voz.

Se cruzó de brazos y, al igual que ocurría con su hermana, eso ya era señal suficiente para salir corriendo de allí pues se avecinaba pelea. El problema radicaba en que yo no era de las que corría, así que embestí.

—¿Es una disculpa lo que voy a escuchar? —Frunció el ceño—. ¿Una

declaración de amor eterno, quizás? ¿Me vas a decir que ya estás listo?

Se frotó el rostro con fuerza y gruñó.

—Maldita sea, este no es el momento para hablar de eso...

—Por supuesto que no —repliqué con sorna.

Nunca lo era.

—¡Se trata de Jeremy! —escupió su nombre con asco.

Me quedé muy quieta. Supuse lo que se proponía. Llevaba años haciéndolo.

—No te atrevas, Luke. No empieces con es...

—¡Es un jodido maltratador, Jen! —Me quedé en *shock*, momentáneamente muda por la sorpresa y, por supuesto, se aprovechó de ello—. ¿Tienes la más remota idea de con quién estás saliendo? Ese tío tiene antecedentes por casi cualquier cosa que se te pueda ocurrir... —Dio un paso hacia mí, pero no retrocedí—. Y tú esperas que me eche a un lado mientras tiras tu vida por el maldito retrete. —Tomó una respiración profunda, sacudió la cabeza y bajó el tono—. No puedo hacerlo, no puedes pedirme eso.

—¿Qué...? —Me aclaré la garganta. Se me formó un nudo que apenas si me permitía respirar—. ¿Lo investigaste?

—Sí... No —rectificó—. Terry lo hizo, pero eso es lo de menos.

—¿Terry? —Dios, estaba lenta—. ¿Por qué...? —Sacudí la cabeza—. En realidad, eso da igual. ¿Cuáles eran los cargos de los que se le acusaba exactamente?

Necesitaba saber.

—¿Qué demonios importa eso?

No podía estar hablando en serio. De inmediato relegué la impresión a un segundo plano y me envaré.

—¿Que qué demonios importa? —Fue mi turno para acecharlo—. ¿Qué importa? —Mi voz se elevó y volví a pincharlo con el dedo—. Es mi vida de la que estamos hablando, ¡por supuesto que importa! No soy estúpida, Luke. Sé cómo funciona el mundo, he vivido de primera mano la crueldad de quien se supone que debería amarte, así que deja de darme lecciones y de joder mi vida, ¡maldito seas!

—¿Eso es lo que crees?

—¿Qué?

—Que intento joder tu vida.

Enseguida me sentí mal al ver la desgarrada expresión de su rostro. Pero necesitaba que, para variar, se pusiera un poco en mi pellejo.

—Te he amado incluso desde antes de entender qué significaba lo que estaba sintiendo, Luke. —Sacudí la cabeza—. Cuatro años... me marché durante

cuatro años esperando que algún día me llamase tu hermana para decirme que te casabas. Pero cuando la llamada llegó, fue para contarme que habíais terminado.

—¿Y por qué no volviste entonces?

Maldito ciego.

—Porque seguías teniendo la capacidad de romperme —expliqué. Nunca hablamos de esto antes. No así—. No estaba preparada para ti, de hecho, si soy sincera conmigo misma, no sé si algún día lo estaré lo suficiente como para compartir espacio contigo y no sentir que me estoy ahogando.

Cerró los ojos con el ceño fruncido y expresión atormentada. Maldijo por lo bajo y lo siguiente que supe fue que me sujetaba por los brazos, descansó su frente sobre la mía y nuestros cuerpos estaban tan perfectamente alineados que no corría ni una sola gota de aire entre ellos.

—Nena... —exhaló—. No quiero que sientas eso. En todo caso, quiero ser yo quien te robe el aire de la misma manera que haces tú conmigo, pero de un modo completamente diferente al que estás mencionando ahora.

Cerré los ojos y me dejé acariciar por sus palabras, por su cálido aliento en aquella fría noche de Chicago.

—Tienes que dejar de hacerme esto. —Intenté apartarme, pero me retuvo—. Por favor. No puedo seguir haciendo lo mismo una y otra vez. —Me eché hacia atrás lo suficiente para mirarlo a los ojos, que ahora me observaban con atención—. Es imposible que logre avanzar.

Dejó pasar unos segundos en silencio, con ese maldito músculo en su mandíbula palpitando sin cesar. Apartó la mirada hacia otro lado antes de volver a clavar sus verdes ojos en mí.

—¿Y si te digo que no quiero que lo hagas?

—¿Que no haga qué?

—No quiero que avances —declaró. Rompí el contacto y me crucé de brazos—. Tienes que... ¡joder! —Retrocedió y se pasó la mano por el pelo con fuerza—. Estas últimas semanas... si te he apartado, no ha sido por las razones que tú crees.

Entorné los ojos.

—¿Las razones que *yo creo*? Yo no creo nada —repliqué, molesta—. Sé lo que tú te has encargado de dejarme claro una y otra vez. Tu miedo a que no saliera bien, a que yo me quedase sin familia... —Sacudí la cabeza y levanté la voz—. No, sin *tu* familia. Entendí exactamente lo que me dijiste, Luke. Ni más ni menos. Así que no se te ocurra darle la vuelta a todo esto como si fuese mi culpa por malinterpretar tus palabras. —Me miró en silencio y me enervé aún más—. ¡Explícamelo, maldita sea! Porque me da la sensación de que no es más que el miedo a que otro te quite tu juguete ahora que sabes que estoy viendo a

alguien.

—Sabes que no es así —escupió—. Nunca lo ha sido.

Dio un paso hacia mí, pero retrocedí.

—Cuando se trata de ti ya no sé nada.

—Sí que lo sabes. —Me crucé de brazos y esperé a esa explicación. Resopló—. Solo he intentado protegerte.

Juré por Dios que si no dejaba de dar rodeos, le iba a golpear las nueces.

—Deja que yo me encargue de Jeremy, desp...

—No se trata de él —atajó, furioso—. Te estaba protegiendo de mí, de mi trabajo. —Fruñí el ceño, sin entender hacia dónde iba—. Sabes que llevamos meses con esta investigación acerca del CSG, también eres consciente de lo jodidamente difícil y cuesta arriba que está resultando todo. —Asentí. Aunque no me hablaba mucho de ello, sabía lo suficiente—. Quería alejarte de su punto de mira.

Tenía que estar entendiéndolo mal.

—¿Qué?

—Creemos... —Sacudió la cabeza y rectificó, sin dejar de mirarme a los ojos—. *Sabemos* que nos están controlando casi tanto como nosotros a ellos. Cuando comenzamos a sospechar que alguien de dentro probablemente les estaba pasando información, decidí que lo mejor sería alejarte de mí. —Bajó la voz y cuando se acercó estaba tan absolutamente petrificada que ni me moví—. Solo intentaba protegerte, Jen.

Lo observé con incredulidad.

Lloré. Después de la última noche que pasamos juntos, lloré pensando que de verdad lo nuestro no tenía solución, pensando que no me quería lo suficiente como para creer en nosotros.

Furiosa, lo pinché con el dedo en el pecho al tiempo que lo acechaba y mi voz se elevaba.

—Maldito imbécil y presuntuoso sabelotodo tocapelotas...

—Deja el maldito dedo de una vez, Jen —advirtió.

—¡No dejo nada! —grité y levanté los brazos, exasperada—. ¿No lo entiendes? No puedes tomar ese tipo de decisiones por mí y esperar que esté bien con eso. Así no es cómo funcionan las cosas, Luke. Soy yo quien tiene que elegir. No puedes darme la espalda cuando mis sábanas todavía huelen a ti. —Me tapé la cara con las manos y tomé una respiración profunda—. No puedes hablarme como hiciste hace unos días en Mick's y esp...

—Lo siento. —Acunó mi rostro entre sus grandes manos y buscó mis ojos—. Siento en el alma lo que te dije, sabes que no es cierto. Eres mi familia.

Sabía que era sincero en sus palabras, sin embargo...

—No, no lo soy. —Sujeté sus muñecas antes de apartarlas con suavidad y tomar distancia—. Llevabas razón, porque si lo fuera no me apartarías a la mínima oportunidad o inconveniente. —Abrió la boca para hablar, pero me adelanté—. No me quieres contigo, pero tampoco soportas la idea de verme con otro hombre. Al final, resulta que soy la única perjudicada aquí. —Estaba cansada. Tan cansada...—. Sigo sola, Luke y no quiero estarlo más. Si para remediarlo tengo que arrancarte de mi vida, te juro por Dios que lo haré, porque me niego a seguir con esta especie de danza macabra.

—Te acabo de explicar...

—Sí, lo has hecho —reconocí—. Y por más nobles que consideres las razones que te llevaron a actuar así, para mí no eres más que otro hombre tomando decisiones por mí, sin detenerse a pensar qué es lo que quiero yo. *Lo que elijo yo.*

Se quedó allí, arrebatadoramente hermoso, con la mandíbula apretada y los puños a los costados mirándome en silencio. Supuse que ya estaba todo hablado, al menos por mi parte. De modo que, sin esperar respuesta, giré sobre mis talones y caminé con paso decidido hacia mi apartamento.

—Gracias por traerme a casa, Luke.

Capítulo Dieciséis

Luke

Como el maldito imbécil que era me quedé allí parado, justo en la entrada del callejón, y la vi desaparecer tras la puerta de su apartamento. Sabía que era bastante probable que en ese mismo instante me estuviera maldiciendo de todas las formas que se le pudieran ocurrir. También era consciente de que, una vez más, le había hecho daño.

Me adentré un poco más y ni siquiera pensé en el frío, la humedad o el hedor de un contenedor cercano, no. Me apoyé contra la pared de ladrillo que quedaba justo enfrente, crucé los brazos y clavé la vista en la pequeña ventana ahora iluminada de su sala de estar. Medio sonreí al imaginarla con el limpiador en una mano y el trapo en la otra, intentando desestresarse, reorganizando sus ideas o planificando el mejor modo de cortarme los huevos. Me importaba una mierda si pensaba en eso siempre y cuando no derramase ni una lágrima más, menos, si yo era el causante de estas.

Porque me mataba saber que le hacía daño, joder.

Eché hacia atrás la cabeza con un golpe seco y cerré los ojos. Lo estaba haciendo por su bien, me repetí, solo trataba de protegerla de toda la mierda que estaba seguro de que podría venírsenos encima de un momento a otro. Porque no lidiábamos solo con el CSG, el problema radicaba en que, si nuestras sospechas eran ciertas, habría personas de las altas esferas involucradas, del tipo que harían cualquier cosa para proteger su nombre y reputación. *Cualquier cosa*. Comenzando por amenazar a nuestras familias. Era muy probable que ya nos tuviesen bajo el radar, razón por la cual traté de que se me viese junto a Jen lo menos posible. ¿Conseguía ponerla a salvo con ello? No tenía ni puta idea, probablemente no, puesto que relacionada sentimentalmente conmigo o no, era parte de nuestra familia. De nuestros amigos. De quienes nos reuníamos en Mick's en cada oportunidad de la que disponíamos. Y, en ese preciso momento,

me di cuenta de que la aparté de mí para nada. Además, ¿quién mejor para protegerla que yo? Y, joder, Reed y Mia estaban juntos también.

—Mierda —murmuré golpeando la cabeza contra los ladrillos—. Eres gilipollas, Sullivan.

Volví a mirar hacia la ventana. La luz continuaba encendida y apreté los puños, respiré hondo y me dije que no era el momento de subir ahí. Porque lo que de verdad quería... *lo único que quería*, era besarla hasta que me doliesen los labios, que envolviese esas largas y firmes piernas suyas alrededor de mis caderas, enterrarme en ella y no salir de ahí hasta que tuviésemos que comer para no morirnos de hambre. E incluso entonces, de buena gana me movería con ella colgada de mí. Esa era la desesperación con la que la quería, la misma que en ocasiones me llevó a actuar como un completo cabrón y la que me hizo apartarla, posponiendo siempre para después lo nuestro.

Si bien llevábamos años con aquel baile, fue durante los últimos meses cuando más se recrudeció. Si alguna vez escucho a alguien decir que el sexo no tiene por qué cambiarlo todo entre dos personas, le palmearé la espalda y sentiré pena por esa pobre e ignorante alma.

Cerré los ojos y retrocedí a unos meses atrás, a la primera vez.

Al momento en el que me reconocí a mí mismo que, en lo que a nosotros se refería, jamás habría vuelta atrás. Y, de hecho, no quería que la hubiese.

Me detuve en el callejón y miré hacia la ventana de su apartamento. Estaba en casa de mis padres cuando la nonna mencionó que Jen estaba montando algún mueble que había comprado y que seguramente le vendría bien un poco de ayuda. Podría decir que fue casualidad que lo dijera estando yo presente, de no ser porque cuando lo hizo me miró directamente a los ojos con esa sonrisa que para quienes no la conocieran podría ser la misma imagen de la inocencia, pero que para mí era pendenciera y provocadora. Porque, aunque la adoraba, esa también era Antonella Moretti.

Sabía que en el momento en el que Jen me viese, el escenario más probable sería que me cerrase la puerta en las narices. Seguíamos igual que años atrás. Conmigo molesto la mitad del tiempo y con ella retándome, provocándome continuamente. Nada había cambiado.

Bueno, algo sí.

Comencé a admitirme a mí mismo mi necesidad de verla, de olerla y escuchar su voz incluso si era cuando me insultaba. Continué con mis citas y mi

trabajo, pero ahora no era yo quien interponía una distancia segura entre nosotros. Era como si no pudiese evitar gravitar hacia ella y ahora que yo me acercaba, Jen retrocedía. Y eso me tenía como un puto loco cada vez que estábamos cerca. También cuando estábamos lejos, qué carajo. No entendía si me alejaba porque aún me odiaba por todo lo sucedido con Alice, si lo hacía porque todavía sentía algo por mí y tenía miedo de repetir el pasado, o si sencillamente le importaba tan poco que no quería tenerme cerca.

Llamé y cuando abrió la puerta... joder, era... era Jen, maldita sea. Manos en las caderas y ojos entrecerrados con sospecha o molestia, no lo sabía. Pelo recogido en un alto moño desordenado con mechones cayendo sobre su hermoso rostro, una holgada camiseta negra de tirantes que dejaba poco a la imaginación y unos shorts que me permitieron ver sus largas y firmes piernas desnudas. Era preciosa.

Mi entropierna de inmediato se puso en guardia.

Joder.

No podía dejar de mirar esas malditas piernas.

Era un hombre de piernas y las suyas eran jodidamente perfectas.

—¡Eh, Sullivan, aquí arriba! —Chasqueó los dedos frente a mi cara y la miré a los ojos—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido a echarte una mano.

—¿A echarme una...? —No la dejé acabar. Pasé junto a ella y entré a la diminuta sala de estar—. ¿Dónde demonios crees que vas?

La ignoré y paseé la mirada por el lugar. Era ridículo, joder. De algún modo consiguió hacerlo acogedor, pero no debería estar en un sitio así. Y menos sola.

—Esto es un desastre. —Miré los tableros, clavos, tornillos y demás materiales. Busqué las instrucciones, tenían que estar por algún lado.

—¡Oye, Sullivan! —Aquel grito fue el predecesor de un sonoro portazo—. Mírame y deja de ignorarme... aunque eso se te dé de fábula —masculló bajando el tono.

Sí, sin duda íbamos a pelear.

Suspiré, hice acopio de paciencia, giré para encararla y me crucé de brazos.

—Te lo he dicho, he venido a echarte una mano.

—No te la he pedido —replicó—. Ni tampoco la necesito, así que muchas gracias, pero ya puedes marcharte a... —Frunció los labios y sacudió una mano, como quien espanta a una maldita mosca—. Bueno, a lo que sea que hagas con tu tiempo libre. No me importa.

Terca y orgullosa mujer del demonio.

—Maldita sea, Jen. —Me acerqué un par de pasos—. ¿Tan difícil es aceptar ayuda? Ni siquiera tienes que pedirla puesto que ya te la estoy ofreciendo de buena gana.

—No te necesito.

—No estoy diciendo que lo hagas, joder. Pero no eres más débil por reconocer que no sabes montar un estúpido mueble.

Enarcó las cejas.

—Oh... ¿Y tú sí que sabes hacerlo? —inquirió con sorna.

Seguramente mejor que ella, pero no se lo dije puesto que me gustaban mis pelotas intactas. Suspiré y me froté la cara con fuerza. Esa mujer siempre conseguía dejarme descolocado.

Le hice la pregunta que me carcomía desde mucho tiempo atrás.

—¿Todavía me odias?

Abrió los ojos sorprendida.

—¿Qué? —Retrocedió un paso y cruzó los brazos—. ¿Se puede saber a qué viene eso ahora?

—Es la única razón lógica que se me ocurre para que seas tan combativa cada vez que me tienes cerca, porque de otro modo, no logro entenderlo.

En silencio, me miró a los ojos unos instantes antes de hablar.

—Por supuesto que no te odio, Luke —respondió con más suavidad de la que esperaba—. Nunca lo he hecho, incluso si en algunos momentos deseé hacerlo.

—Entonces explícamelo —exigí, dando otro paso que me acercase más a ella—. Dime por qué demonios, después de pasar cuatro años fuera haciendo Dios sabe qué, vuelves y sigues peleando y alejándome todo cuanto puedes. Supuse que podríamos tener una relación normal, como antes de... —Me callé, prefiriendo no mencionar el asunto—. Pero te aseguro que me lo pones condenadamente difícil.

No tengo ni la menor idea de si fue lo que dije o el modo en el que lo hice porque con Jen nunca podía estar seguro de nada, pero de repente toda la suavidad de su respuesta anterior se esfumó de un plumazo y me dejó ante una mujer preparándose para la batalla, una que entrecerró los ojos justo antes de clavarme el dedo en el pecho.

Jodido dedito.

—¿Otra vez con eso? ¿Cuántas veces piensas sacarlo a colación? —Se acercó hacia mí tratando de intimidarme, lo cual resultaba gracioso teniendo en cuenta nuestras diferencias físicas—. ¿Qué tiene que ver el tiempo que estuve fuera con el modo en el qu...?

—Tiene que ver... —interrumpí molesto. Fue mi turno para imponerme

físicamente, pero ella no retrocedería. Jamás lo haría—. Que no sé qué demonios hiciste durante ese tiempo, ni con quién estuviste, ni si estabas bien o mal, si necesitabas algo. Te encargaste de dejarme a un lado. —Levanté los brazos, irritado—. Te comunicaste con todos, absolutamente con todos, ya fuese mediante llamadas, mensajes o Skype. Te aseguraste de venir de visita cuando sabías que no estaría cerca, incluso...

—¿Y qué demonios importa eso? —gritó.

—¡Importa, maldita sea! —Me pasé la mano por el pelo—. Me dejaste a un lado, Jen.

—Dudo mucho que me guardases luto durante esos años —replicó con sorna. Sacudió la cabeza—. ¿Qué esperabas de mí? ¿De verdad pretendías que continuase como si nada?

Mierda, por más que me molestase, tenía razón. Y la entendía, pero...

—De acuerdo —concordé—. ¿Y ahora?

—Y ahora, ¿qué?

Sin darnos cuenta, nos habíamos ido moviendo en el transcurso de la discusión, de modo que cuando volvió a dar un paso atrás, su espalda topó contra la puerta de entrada. Aproveché y coloqué los brazos a ambos lados de su cabeza, enjaulándola, recluyéndola hasta que me diese una respuesta satisfactoria.

—Sabes perfectamente de qué estoy hablando —repliqué—. No te hagas la tonta, Jen. No te pega.

Entornó sus rasgados ojos hasta que no fueron más que dos brillantes rendijas.

—¿Se puede saber a qué has venido? —Volvió a pincharme en el pecho—. ¿Qué quieres que te diga, Luke? —¿Quieres...

—Deja el maldito dedo quieto de una vez —interrumpí, pero siguió como si nada.

—...una declaración de amor? ¿Esperas que diga que todavía te quiero?

—Quiero la verdad —espeté, bajando la cabeza para que nuestras miradas quedasen al mismo nivel.

Me observó en silencio. Mis ojos, cada parte de mi cara, como si estuviese buscando algo, aunque no tenía ni idea de qué o de si lo encontraría. Seguro que solo fueron unos pocos segundos, pero durante esa breve pausa me di cuenta por primera vez de la música que se oía de fondo. Conocía la canción, y ya había escuchado antes esa versión del Not Strong Enough de Apocalyptica cantada junto a Brent Smith. Escuchar la letra en ese preciso momento, fue igual que recibir una tanda de golpes, aunque mucho más esclarecedor. Porque éramos nosotros.

Sacudió la cabeza y supe que no, no había encontrado en mí aquello que buscaba.

—Tú no quieres la verdad —respondió—. No verías la verdad ni aunque te golpeasen con ella porque, de hecho, siempre la tuviste delante e hiciste como si nada. —Se enderezó y acercó su rostro al mío hasta que nuestras narices casi se rozaban—. Pero se te da condenadamente bien fingir y mirar hacia otro lado. ¡Así que no me digas que eso es lo que buscas! Lo que tú quieres es...

Lo que yo quería era a ella.

Joder, hacía tanto que la quería que era un milagro que no me hubiese vuelto loco a esas alturas.

No la dejé terminar. Porque aquello era un maldito bucle, repitiendo lo mismo una y otra vez, discusión tras discusión.

Acuné su ovalado y precioso rostro entre mis manos y la besé. Fue como un choque de trenes. En un primer momento se resistió e incluso me golpeó en el hombro para, acto seguido, rodear mi cuello con sus brazos y encaramarse a mí de un salto. Gruñí cuando envolvió aquellas perfectas y firmes piernas en torno a mi cintura y me moví para que su espalda quedase apoyada contra la puerta. Nos besamos como dos desesperados, igual que unos sedientos que tras vagar durante años por el desierto, por fin se encuentran ante el oasis. Pero aquello era más. Aquello era como tener todo el puto océano concentrado en el pequeño cuerpo de una sola mujer. Y yo quería bebérmelo todo.

Me deshice de su camiseta sin que apenas nos separásemos un segundo, solo lo justo para sacarla del camino. Éramos una mezcla de labios, lenguas y dientes, y aquel beso era como nosotros: una mezcla explosiva, algo capaz de fulminarte tanto si eras protagonista como un mero espectador, porque había atracción y deseo, fuerza y amor, pero también la desesperación y angustia que ambos estuvimos reprimiendo y guardando durante años. Todo eso, esa mezcla que podía ser tan rara como magnífica, podía resultar aterradora incluso para un tipo como yo.

Cuando comenzó a tirar con ansia de mi camiseta, supe que era el momento de trasladar aquello al dormitorio. Me negaba a que la primera vez que estuviese dentro de ella fuese contra una puerta, quería tomarme mi tiempo, me lo merecía. Se lo debía a ella.

El sitio era tan pequeño que ni siquiera tuve que preguntar, así que me dirigí hacia la única puerta que había junto a la sala de estar y en el momento en el que me adentré en el dormitorio, no perdí el tiempo. Me acerqué a la cama y la dejé sobre ella con suavidad, permitiéndome un momento para admirar su magnífico cuerpo. Sin dejar de mirarme a los ojos, pasó las manos tras su espalda y se deshizo del sujetador. La conocía tan bien que no hacía falta ser un

genio para saber que la lentitud con la que lo hizo era señal de que me estaba retando a que la detuviera, a que pusiera fin a aquello antes de que no hubiese marcha atrás. Y, joder, de ninguna manera pensaba hacerlo.

Sin prisa, sin dejar de observar sus ojos, me deshice de la ropa hasta que quedé totalmente desnudo frente a ella. Jen tenía los labios entreabiertos y la respiración acelerada que hacía que su precioso pecho se elevase y cayese, provocándome, pidiéndome atención. Así que lo hice. Me incliné sobre ella, con los brazos a cada lado de su cabeza, enjaulándola entre mi cuerpo y la cama. Rocé mis labios contra los suyos en una pequeña burla que alimentase su deseo y paseé la nariz por su cuello en una lenta caricia descendente. Sonreí cuando vi cómo se erizaba su piel a pesar del calor, ambos gemimos cuando llegué a su pecho y, tras un par de caricias con la lengua, me metí el pezón en la boca y succioné con la suficiente fuerza como para que su espalda se arquease y un lloriqueo desesperado resonase en la habitación. Pasé al otro pecho para repetir la acción, mientras mis manos le prodigaban atención a cualquier parte que pudiesen alcanzar, porque quería tocarlo todo. Quería memorizar cada parte de ella y no tenía ni puñetera idea de por dónde comenzar a hacerlo. Continué bajando por su cuerpo, dejando una estela de besos en aquella suave piel que olía a vainilla y fresas. Saqué del camino los shorts y la ropa interior y, por más trillado o exagerado que esto pueda sonar, a punto estuve de salivar en cuanto tuve su cuerpo perfecto y deliciosamente desnudo ante mí, ofreciéndoseme como un maldito banquete. Y yo tenía tantas ganas de saborearla, que ni siquiera sabía por dónde empezar. No hubo una parte de ella que no besara, lamiera o mordisqueara. Y, créeme, estaba ansioso y más que preparado para enterrarme en lo más profundo de ella, pero estábamos hablando de Jen. La misma que durante años me amó, primero en silencio y después desde la misma distancia que yo interpusé entre nosotros en mi afán de hacer lo correcto por ambos. La misma a la que había extrañado como un puto loco desde que se marchara de Chicago y, sí, puede que volviera a la ciudad, pero no volvió a mí. Bien podrían seguir existiendo esas novecientas millas de distancia entre nosotros, porque yo la sentía igual de lejos.

De nuevo ascendía por sus muslos con un objetivo muy claro en mente cuando, de repente, giró y quedó tumbada sobre su estómago. Al principio no lo vi, puesto que mi atención de inmediato fue a parar a aquel perfecto y redondeado trasero suyo. Pero cuando lo vi... cuando me percaté de los rastros de tinta en el centro de su espalda, primero fruncí el ceño y aparté su pelo para poder estudiarlo bien y después me quedé jodidamente petrificado. Aspiré una bocanada de aire con brusquedad y paseé las yemas de mis dedos con reverencia sobre aquellas palabras.

«No necesito ser salvada».

«Soy la heroína en esta historia».

Se las había tatuado en sentido vertical, justo en el centro de la espalda, una sobre otra. No necesitaba preguntar su significado. No solo lo entendía, sino que muy probablemente yo era el responsable de que sintiera la necesidad de tatuarse aquello como un recordatorio de las palabras que un día le lancé a la cara. Una burda excusa para sentirme mejor al ignorar lo que ella sentía por mí. Que estaba en busca de un puto héroe que la salvara de su vida, le dije. Valiente gilipollas que no reconoció que cualquier hombre querría ser rescatado por ella, eso es lo que fui.

Me arrodillé dejando su pequeño cuerpo entre mis piernas, acaricié una vez más aquel rastro de tinta que tanto significaba para ella y, tras apoyar los antebrazos sobre la cama, me incliné y besé con reverencia cada letra. Cada palabra. Porque tenía razón, no necesitaba que la salvaran puesto que siempre fue y siempre sería mi pequeña y valiente guerrera. Sentí cómo se estremecía con cada roce de mis labios y cuando miré hacia arriba, me di cuenta de que tenía el rostro completamente oculto entre las sábanas. Me moví y la giré con suavidad para poder ver sus ojos.

—Lo siento —dije en voz baja, apartando mechones de su cabello.

Apretó los labios y asintió, en silencio. Iba a decir algo más, pero sujetó mi rostro y me obligó a descender más sobre ella para besarme y, por supuesto, con mucho gusto me dejó invadir por su lengua. Si eso era lo que quería, me dejaría conquistar.

Pronto todo se tornó en más. Más calor, más pasión y muchísima más desesperación. En ambos se percibía una codicia como nunca antes había sentido y, joder, aquello me tenía tan mareado como si estuviésemos hablando de la noche que perdí mi virginidad.

Bajé la mano y busqué ese punto entre sus piernas. Ese dulce lugar que la hizo gemir en mi boca y que me enardecí aún más, si es que eso era posible.

—Luke... —gimoteó. Joder, escuchar esa súplica saliendo de sus labios... —. Oh, Dios... —lloriqueó retorciéndose entre mis brazos. Aumenté el ritmo, como también lo hizo su humedad, que me dijo lo excitada que estaba—. Luke, por favor...

La siempre combativa y fuerte Jen, tan entregada y suplicando... Joder.

—¿Qué te pasa, mi pequeña guerrera?

Paseé la lengua por sus labios entreabiertos. De inmediato, abrió los ojos y me fulminó con la mirada al tiempo que me clavaba las uñas en los hombros.

—Deja de jugar de una maldita vez, Sullivan.

No pude evitarlo. Reí. Una profunda carcajada, justo antes de volver a

devorar aquellos deliciosos labios y callar sus protestas con un beso que nos dejó a ambos sin aliento. Maldita sea, yo estaba tan necesitado como ella o incluso más. Así que no perdí tiempo en levantarme y buscar la cartera entre la ropa desparramada por el suelo. En cuanto me hube puesto el condón, ella ya estaba preparada en la cama, esperando, sin vergüenza ni pudor alguno con los brazos extendidos sobre su cabeza y dedos entrelazados entre sí, rodillas flexionadas y piernas entreabiertas.

Y, Dios, era perfecta.

Me coloqué sobre ella, soportando el peso sobre mis antebrazos que ahora descansaban a cada lado de su cabeza. Me acomodé entre sus piernas y roté las caderas dejando que sintiera mi miembro jugando en su entrada mientras nos mirábamos a los ojos. Pasaron unos segundos en silencio, hasta que ella lo rompió.

—No se te ocurra preguntarme si estoy segura. —Esas palabras fueron acompañadas por sus piernas enroscándose en torno a mis caderas.

Sacudí la cabeza y me adentré un poco más en ella. Seguí tanteando y empujando con suavidad hasta que no pude contenerme más y de una firme estocada, quedé profundamente enterrado en su interior.

Gimió y apretó mis hombros.

—Joder... —murmuré, al tiempo que entraba y salía de su cuerpo—. Esto debería haber sido mío siempre.

Abrió los ojos y me fijó con una dura mirada.

—Siempre lo ha sido.

Agarré un puñado de su cabello y fui acelerando el ritmo poco a poco. Con la otra mano sujeté las suyas por encima de su cabeza, con los sonidos de nuestros sudorosos cuerpos encontrándose y los gemidos que ambos nos negamos a guardar como banda sonora en aquella pequeña habitación.

—Maldita sea, Jen... —Estaba cerca, tan cerca... Y ella no paraba de apretarse en torno a mí, necesitaba que llegase ya o quedaría como un imbécil—. Eres perfecta.

—Cállate —gimió.

Ahí estaba ella.

Aceleré el ritmo, la intensidad, todo... Joder, si pudiera me habría metido dentro de ella, pero era imposible estar más unidos de lo que lo estábamos en ese momento.

—Jen... —medio murmuré y tal vez sonó a súplica, no tengo ni la menor idea, solo puedo decir que estaba desesperado y a punto de correrme.

Embestí con más fuerza y me tragué su gemido cuando llegó al orgasmo, apretándome con fuerza y casi llevándome al borde la locura. Gruñí en su boca

y colapsé sobre ella cuando yo también llegué, aunque me cuidé de no dejarme caer por completo sobre ella.

Escondí el rostro en el hueco entre su cuello y el hombro y, aún jadeante, comencé a besar con suavidad su piel. Ella apretó el agarre de brazos y piernas en torno a mí y, aunque no sé cuánto tiempo pasamos en esa postura, puedo decir que estaba en el maldito Valhalla.

Poco después no me quedó más remedio que levantarme para deshacerme del condón. Salía del baño cuando su siguiente pregunta hizo que me detuviera en seco.

—¿Y ahora qué? —Me observaba con la cabeza ladeada y el cabello revuelto. Estaba sentada, apenas cubierta por la sábana y abrazando sus rodillas flexionadas.

Me detuve en seco.

No lo sabía, aquello había sido tan repentino para ella como para mí. Aunque siendo sinceros, puede que fuese yo quien con más ahínco lo propiciara.

—No lo sé —respondí, comenzando a vestirme—. Te aseguro que esto no ha sido algo premeditado ni que entrase en mis planes.

La miré cuando no respondió. Tenía los ojos entrecerrados y los labios fruncidos.

Joder, ¿y ahora qué? Me repetí a mí mismo su pregunta, atisbando una pelea en cuestión de segundos.

—¿Premeditado? —inquirió justo antes de elevar el tono—. ¿Que no entraba en tus planes?

—Uoh, uoh, uoh... —Alcé las manos, tratando de aplacarla—. Eso no es lo que quería decir.

—Ya —replicó y se levantó en toda su maldita gloria desnuda—. Porque contigo nunca nada es lo que parece.

Me volvía jodidamente loco esa mujer. En todos los sentidos.

Me dije a mí mismo que uno de los dos debía actuar como la parte más racional y sensata en ese momento.

—Jen —suspiré y me froté el rostro—. Acabamos de vivir algo magnífico...

—Que tú te acabas de cargar de un plumazo —me interrumpió.

«Paciencia, Sullivan».

—Cuando digo que no entraba en mis planes —continué como si ella no hubiese hablado—, quiero decir exactamente eso. Del mismo modo que supongo que tampoco entraba en los tuyos, pero eso no significa qu...

—Nunca lo has entendido y nunca lo vas a hacer, Luke. —Sacudió la cabeza, aún desnuda y con los brazos cruzados frente a mí—. No se trata de tenerlo planeado o no, es una cuestión de...

Resopló y negó con la cabeza, mirando hacia la ventana a mi espalda.

—¿Una cuestión de qué?

Quería entenderla.

—Ha habido muchos momentos a lo largo de mi vida en los que dudaba acerca de todo —respondió con voz suave—. Dudaba acerca de quién era o hacia dónde ir, de cómo hacerlo bien... todo, Luke. —Dio un paso hacia mí—. Cuando eso me ocurría, solo necesitaba mirar tus ojos para saber dónde quería estar y todo lo demás dejaba de importar. De eso es de lo que se trata. —Parpadeó, pero no me perdí el brillo en sus ojos—. No quiero ser solo algo conveniente o que se adecúe a tus planes ni tampoco una opción más entre un millón. —Retrocedió y volvió a apartar la mirada—. Quiero ser una elección, tu elección.

No sé por qué demonios me quedé callado cuando aquellas palabras, la forma en que las dijo y su mirada a punto estuvieron de ponerme de rodillas allí mismo. Pero eso es lo que nos ocurre a veces, que las palabras nos fallan en los momentos más trascendentales de nuestra vida. O quiero pensar que ese no era el día en el que debían ser dichas. No lo sé, joder. La cuestión es que malentendió mi silencio y, una vez más, la cagué con ella.

Sí es cierto que, si me detenía a analizarlo todo con detenimiento y lógica, había muchos contras a tener en cuenta, y a la cabeza se encontraba el hecho de que era la mejor amiga de mi hermana y parte importante de mi familia, pero, además, ¿qué pasaría si lo nuestro no funcionaba? ¿Qué pasaría con ella?

No sé si vio todas aquellas dudas y preguntas reflejadas en mi cara, porque ni siquiera me dio opción a hablar.

»Da igual, supongo que no importa. —Me dio la espalda y comenzó a recoger su ropa—. Será mejor que te marches, Luke.

Joder, no.

—Jen, esp...

—No —atajó. Se dirigió hacia el baño y me lanzó una mirada por encima del hombro—. Creo que ya he esperado lo suficiente.

—Ni siquiera me has dejado explicarme, maldita sea.

—Porque no necesito que lo hagas.

Cerré los ojos, conté hasta diez y suspiré.

—Muy bien —accedí—. Te dejaré tranquila por el momento, pero ten por seguro que esta conversación no ha terminado.

—Esta conversación no se volverá a repetir, Sullivan.

Apreté los dientes.

—Eso ya lo veremos.

Con esa amenaza colgando en el aire, le di la espalda y salí de su

habitación.

Y, sí, por supuesto que esa conversación se repitió. También todo lo sucedido aquella tarde, aunque de diferentes formas, posturas y en otros lugares. Porque con nosotros... con ella, todo era siempre nuevo, excitante e inesperado. Yin y yang.

Sacudí la cabeza, jodidamente molesto conmigo mismo.

Ella tenía razón cuando decía que siempre era yo quien ponía trabas a lo nuestro, lo que no sabía era que estas últimas semanas lo había hecho con el único propósito de protegerla de mi trabajo, de criminales que no dudarían en ir a por ella solo para joderme. Pero si hubiese sido sincero...

Cuando la luz se apagó esperé unos minutos más antes de largarme de allí, pero no pensaba irme a casa puesto que sabía que sería imposible dormir. No, con tanto dando vueltas en mi cabeza.

Sí, ya sé que teníamos demasiados frentes abiertos, pero ¿qué demonios importaba uno más?

Servir y proteger, ¿verdad? Pues eso era lo que pensaba hacer, ni más ni menos. De modo que me fui a escarbar un poco más en la vida de ese maldito gilipollas.

Jeremy Kingston.

Capítulo Diecisiete

Decir que todos nos volvimos un poco locos después de que Ben y Mia fuesen atacados a la salida del instituto sería el eufemismo del año. No, del siglo.

Los Sullivan eran un clan unido, siempre remando juntos sin importar las circunstancias. Y, sí, digo clan porque una vez que entrabas en esa casa te convertías en uno más, te lo daban todo de ellos sin preguntar, sin exigir y sin esperar contraprestación alguna, solo amor y confianza, nada más. Y aquellos malnacidos no es que fuesen a por el eslabón más débil, sino al que todos y cada uno de nosotros adorábamos y protegíamos, porque era como el candado de una cadena en la que el resto éramos simples eslabones. Recuerdo que cuando la señora Moretti me llamó para contarme lo ocurrido, se me cayó el alma a los pies y creo que nunca en toda mi vida había estado más asustada o preocupada.

Atacaron a Mia. Una de las mejores personas que había conocido jamás, una mujer dulce y generosa como pocas, siempre más preocupada por los demás que por ella misma. Intentaron hacerle daño. A ella y a un joven chico que ahora también formaba parte de nuestra familia, y eso era inadmisible. No conocía al otro chico que los había ayudado, Rafe creo que se llamaba, pero le estaría eternamente agradecida por ello y no veía el momento de conocerlo para poder decírselo en persona. Puede que incluso le diese un beso.

Solo he intentado protegerte.

Las palabras de Luke no dejaban de resonar en mi mente una y otra vez.

Al principio creí que no se trataba más que de otra patética excusa para mantenerme alejada, para continuar dejando lo nuestro en ese extraño limbo en el que cada día que pasaba me sentía más y más perdida. Pero ¿después de lo de Mia? Comencé a pensar que había dicho la verdad y, conociéndolo como lo hacía, no dudaba que creyese estar haciendo lo correcto. Pero de lo que él no se daba cuenta era de que una vez más había metido la pata y fui yo quien pagó las consecuencias. El mejor modo de protegerme no es mantenerme al margen y dejarme vivir en la ignorancia. Tampoco lo es mentir e inventar una excusa acerca de por qué lo nuestro no puede ser aludiendo a las mismas razones que sé que siempre te han refrenado y mantenido en una maldita jaula porque, si haces

eso, te creeré. No me resultará extraño puesto que no es la primera vez que escucho esas palabras salir de tus labios, sin embargo, dolerá como el demonio y, ¿qué ocurrirá? Que me rendiré, que dejaré de pelear y comenzaré a buscar aquello que necesito y que creo que me merezco en otros hombres. Y me enfadaré cuando no lo consiga por tu puñetera culpa.

—Tú y yo tenemos un serio problema —murmuré mirando hacia mi entrepierna.

Miré alrededor para asegurarme de que nadie me había visto. Estaba en casa de los Sullivan para la comida del domingo y sería un poco raro que alguien me pillase hablando con mi... eh, vagina. Pero era verdad que tenía un problema. Ahora andaba con pies de plomo en lo concerniente a Jeremy tras descubrir lo de sus antecedentes. Sí, ya sé todo lo relacionado con la presunción de inocencia, pero no pensaba jugármela, no con algo así, y en ese sentido confiaba en Luke a ciegas. La cuestión es que incluso antes de tener esos datos no conseguía excitarme y reconozco que fue un hombre más que paciente en ese sentido. Nos besamos, acariciamos, pero simplemente... no. La excitación, ese pellizco en el bajo vientre y la necesidad de arrancarle la ropa a mordiscos no llegaba. En su lugar, yo tenía una cuevecita hueca y necesitada de la atención de un terco y protector policía que me volvía loca. En todos los sentidos.

Puede que mi vagina y mi corazón fuesen tan selectivos que hubiesen decidido ignorar por completo a mi cerebro y lo que este demandaba hasta quedar prácticamente cortocircuitado. ¡Qué sabía yo!

La comida transcurría con normalidad, bueno, toda la normalidad que podía haber en esa casa, e incluso Terry se nos unió antes de lo habitual. Creo que quería aprovechar la cantidad de manjares dispuestos para el banquete ahora que contábamos con la presencia de Reed, Ben y la pequeña Sadie.

La señora Moretti pareció recordar algo de repente y se dirigió a su hija, la madre de Mia.

—Alda, cariño, te dejé los papeles que me pediste en tu dormitorio, sobre la cómoda.

—Oh, bien —sonrió la señora Sullivan—. ¿Por fin funciona la impresora?

La señora Moretti se había aficionado a la informática, decía que encontraba cosas la mar de interesantes y recetas típicas de otros países, así probábamos comidas nuevas.

—Ese cacharro del demonio me ha declarado la guerra —gruñó ofuscada. Sonreí y le palmeé la mano en señal de apoyo.

—Abuela... —regañó Mia al escucharla maldecir.

—Tuve que ir a una biblioteca —continuó explicando, como si no hubiese oído a su nieta—. Pero no te preocupes, me vino bien el paseo.

Cuando vi al señor Sullivan enarcar una ceja, imaginé que se avecinaba tormenta.

—Querida suegra, ¿no crees que deberías buscarte un *hobby* más acorde a tu edad?

La señora Moretti se detuvo con el tenedor a medio camino de su boca.

—¿Y eso sería...?

—No sé —respondió este, retrepándose un poco en la silla y con sonrisa socarrona—. Algo de punto, macramé... cosas más simples para personas mayores que no te compliquen la vida.

Miré entre ellos y cuando vi a la señora Moretti observarlo con ojos entrecerrados y con sonrisa pícaro, no había que ser un genio para saber que aquello no iba a quedar así.

—Alda, cariño... —La señora Moretti sonrió con dulzura cuando habló con su hija e ignoró a su yerno—. Esos papeles que te traje, ¿podrías explicarnos qué es eso del kung-fu vaginal?

Acto seguido, se metió un tenedor de puré de patatas en la boca. Como si no acabase de decir aquello en mitad de una comida familiar. Yo solté una carcajada y varias cosas sucedieron al mismo tiempo. Ben se tapó la cara y sus hombros se sacudieron de risa, el señor Sullivan a punto estuvo de atragantarse con la comida que tenía en la boca, Terry se mordió el puño reprimiendo una carcajada como la mía, Mia murmuró un:

—Jesús...

Al tiempo que Reed miraba la escena alucinado y Luke espetaba contrariado:

—No quiero escucharlo.

—¿Vaginal? ¿Eso es como la vagina triste de Jen?

Ajá, sí... ahí estaba nuestra pequeña Sadie, siempre tan atenta a los detalles.

Fue como si todos hubiesen olvidado aquello de lo que momentos antes conversaban y ahí estábamos, expectantes. La señora Sullivan, siempre inmersa en esa bendita y envidiable nube de felicidad en la que vivía, sonrió.

—Oh, nada —rio—. Es algo acerca de lo que me habló mi amiga Missy, unos ejercicios para fortalecer el suelo pélvico.

—¿No me digas? —inquirió la señora Moretti.

Por su tono, tuve la sensación de que ella ya sabía lo que ponía en esos papeles y lo que significaban.

—Sí, no solo es algo recomendable para prevenir las pérdidas de orina —continuó explicando, mientras el resto permanecíamos en *shock*—, es que además ayuda a mejorar las relaciones de pareja. Verás, cuando el hombre se...

—¡Alda! —interrumpió el señor Sullivan en un gruñido.

—Mamá, de verdad que hay cierta información que prefiero no escuchar —rogó un Luke descompuesto—. Jamás.

Ben agachó la cabeza, muy concentrado en la comida de su plato. Reed se reía entre dientes y Mia observaba a su madre con curiosidad, y no dudé ni por un segundo que le preguntaría acerca de aquello más adelante.

—¿Ves, querido yerno? —preguntó con sorna la señora Moretti, mirando al cabeza de familia—. Parece ser que hay actividades que a ti tampoco se te dan del todo bien.

Terry se carcajeó sin disimulo alguno y sacudió la cabeza.

—Joder... adoro a esta familia, en serio.

Sí, yo también.

Entonces, algo se me ocurrió.

—Oiga, señora Moretti. —Me acerqué a ella y bajé la voz—. ¿Ha leído algo acerca de vaginas deprimidas?

Ella me miró y, en lugar de reírse como habría sido de esperar, me palmeó la mano y dijo con tranquilidad:

—Cariño, no creo que exista tal cosa, pero tu cuerpo se cerrará a todo, excepto a aquello que realmente quiere hasta que se lo des.

Y así, tras aquellas agoreras palabras, volvió a su comida.

Luke y yo nos buscábamos, al tiempo que manteníamos la distancia. Era algo difícil de explicar. En mi caso lo hacía por seguridad, porque necesitaba ese espacio para poder poner todo en perspectiva y en el suyo... no tenía ni idea, jamás tenía nada claro con él.

De todas formas, esa tarde tampoco le di mucha opción, puesto que tuve el tiempo justo de tomar el postre antes de marcharme a la clínica. Sí, en domingo. Pero iba a vivir con mis compañeros por primera vez una tarde-noche de guardia y no me podría sentir más emocionada. Terry se ofreció a llevarme hasta allí y ni me lo pensé dos veces antes de aceptar. Por lo general, siempre era Luke quien me llevaba o traía a los sitios, así que supongo que su ceño fruncido y mandíbula apretada eran indicativo más que suficiente de cuánto le había molestado aquella oferta por parte de su amigo.

Durante el viaje charlamos de todo y de nada, se interesó por mi trabajo y sonrió mientras yo le explicaba todo con un entusiasmo como pocas veces antes había sentido. Pero es que ese era nuestro Terry, con él todo resultaba fácil y

cómodo. No en un sentido aburrido, sino en ese que es apacible y tranquilizador, con el que te sientes protegida, cuidada y querida. Apreciada.

Detuvo el coche junto a la acera y no fue hasta que estaba a punto de bajarme del coche que me retuvo sujetándome la mano. Hizo una mueca y suspiró antes de comenzar a hablar.

—Escucha, no digo que se lo tengas que poner fácil a Sullivan, ¿de acuerdo? —Fruncí el ceño y me giré hacia él en el asiento—. Solo te pido que te pongas un poco en su lugar, sabes cómo es. —Abrí la boca para discutir, pero levantó la mano para acallarme—. Créeme, sé que eso no lo exonera de culpa, pero te lo haya dicho o no, ese hombre te ama.

Abrí los ojos sorprendida.

—Yo no... eh... —Sacudí la cabeza. Sus palabras me dejaron fuera de combate—. Eso no... nosotros no... —Maldita sea—. Creo que te equivocas, Terry.

—Jen, cariño... —Sonrió y unos preciosos hoyuelos aparecieron en sus mejillas—. Que decida no inmiscuirme en los asuntos de los demás, no significa que no me dé cuenta de las cosas. —Chasqueó la lengua y dejó escapar una suave y ronca risa—. Llevo años viéndoos bailar y, para ser sincero, sé que eres perfecta para él. No conozco a otra persona capaz de volverlo tan loco como tú. En todos los sentidos, además. —Sujetó mi mentón y me obligó a mirarlo cuando giré el rostro—. Únicamente piensa en protegerte a cualquier costo. Solo digo que lo tengas en cuenta y le hagas ver su error, pero no cierres la puerta, ¿de acuerdo?

Jesús, Terry...

—Gracias —musité y nos abrazamos.

No había nada sexual, sino el tipo de intimidad y seguridad que te proporciona un mejor amigo, un hermano. Nada más. Y de verdad agradecía aquellas palabras porque el no poder hablar con nadie acerca de mi relación con Luke me impedía conseguir un poco de guía, cualquier ayuda que me orientase un poco.

Cuando hablé, sentí el retumbar de su pecho contra mi oreja.

—Y no te quepa duda de que yo también haré lo que sea necesario para protegeros. —Me separé para mirarlo al escuchar la seriedad y determinación en su voz—. También sois mis chicas, mi familia y jamás me quedaré a un lado mientras alguien intenta dañaros.

—Lo sé, Terry. —Volví a abrazarlo y lo besé en la mejilla antes de susurrar —: Gracias, todo esto significa mucho para mí.

Lo miré y, de no estar enamorada de Luke, supe sin lugar a duda que Terry sería la pareja perfecta para cualquier mujer. Su cabello rubio oscuro, aquellos

ojos castaños que pese a ser los de un hombre tenían un tinte aninado... todo, era el paquete completo por dentro y por fuera.

Estaba a punto de cerrar la puerta del coche tras despedirnos, cuando volvió a hablar.

—Una cosa más. —Me agaché para mirar dentro. La seriedad en su rostro hizo que me congelase—. No quiero decirte lo que debes o no debes hacer, pero sería mejor que te mantuvieras alejada de ese tipo al que estás viendo.

—¿Jeremy?

—Jeremy Kingston, ese tipo no me gusta y creo que puede ser peligroso, Jen.

Se me heló la sangre. Luke podía resultar a veces demasiado suspicaz o excesivo en sus juicios y valoraciones, pero que Terry me estuviese diciendo aquello...

—No te preocupes, lo haré —prometí.

Asintió satisfecho.

—Si te da problemas o notas algo raro, avísame. A cualquiera de nosotros. —Su rostro se ensombreció—. Porque si se le ocurre tocarte un solo pelo, yo mismo le cortaré las pelotas.

Vale.

Supongo que lo ocurrido con Mia y Ben aún nos tenía a todos un poco al límite.

—No te preocupes —lo tranquilicé—. Hablaré con él la próxima vez que lo vea. Después de saber lo de sus antecedentes, no quiero a alguien así cerca de mí.

Asintió y le dediqué una pequeña sonrisa antes de cerrar y verlo desaparecer calle abajo.

No me gustaba prejuzgar o sacar conclusiones precipitadas, pero, como digo, confiaba en Terry y en Luke. Confiaba en lo que decían aquellos informes que habían conseguido y eso, junto con mi instinto, era más que suficiente.

De todas formas, por más que yo hubiese querido forzar algo entre nosotros, mi cuerpo no lo quería.

Eran cerca de las nueve de la mañana cuando caminaba hacia casa. Adam me acercó en su coche, pero le pedí que me dejase en la esquina de mi calle, así podría pasar por una cafetería cercana a recoger algo para desayunar y llevarle a Mario su dosis de caféina.

Me sentía un poco rota, desesperanzada... no se me ocurre otra palabra

para describirlo. Tenía una mezcla de sentimientos extraña. El domingo al anochecer recibimos una llamada de urgencia, nos necesitaban en una redada. La policía acababa de asaltar un almacén y habían desarticulado una red de peleas ilegales de perros, cuando eso ocurría siempre contaban con la asistencia de personal cualificado proveniente de la unidad de rescate animal y, en caso de ser necesario, de la clínica veterinaria de urgencia más cercana.

Mientras esperaba a que me preparasen el pedido para llevar, no pude evitar recordar lo acaecido la noche anterior.

La única que se quedó en la clínica fue Lucy para poder atender cualquier aviso de la zona y para tenerlo todo listo en caso de ser necesario. El doctor Hazard iba en cabeza, siguiendo las indicaciones de algunos policías, seguido de cerca por Adam y por mí. A priori, solo parecía un almacén normal, con cajas y materiales varios de mecánica apilados en los laterales del lugar, pero a medida que nos adentramos un poco más, me di cuenta de que habían movido algunas estanterías y dejado al descubierto una enorme y pesada puerta de metal.

Halógenos blancos colgaban del techo dando a la estancia un aspecto fantasmal. El hedor a heces y putrefacción me golpeó con tal fuerza que sentí la bilis elevarse por mi garganta. Me tapé la boca y la nariz con la mano, y fue entonces cuando vi rastros de sangre en el suelo de cemento. Una cacofonía de gemidos lastimeros y gruñidos llegaban hasta nosotros y yo... yo estaba aterrorizada por lo que nos íbamos a encontrar.

—Lo siento, lo olvidé con las prisas.

Adam me tendió una mascarilla. Ya llevábamos los guantes puestos y maletines con lo básico de primeros auxilios preparado, especialmente calmantes. Muchos de ellos. Seguimos avanzando hasta una puerta abierta más pequeña también de metal y fue ahí cuando por primera vez en mi vida tuve una muestra real de cómo luciría el infierno en la tierra. Era una pequeña, fría y húmeda estancia con paredes y suelo recubiertos de cemento, y aquí el olor era realmente insoportable. Los ojos se me aguaron no solo por esa especie de acidez que flotaba en el aire viciado, sino por la escena que se presentó ante mí. Había jaulas y más jaulas apiladas a los lados y no solo eso, sino que incluso había alguna colocada sobre otra de manera que los orines y heces del perro que estaba encerrado en la jaula superior caían sobre la de abajo.

Era una escena absolutamente aterradora, inhumana... dantesca.

Paseé la mirada por aquellas pequeñas celdas de metal. Había algunos

perros que permanecían tumbados e inmóviles, probablemente muertos o a punto de exhalar su último aliento.

—Hijos de puta —escupió Adam con furia—. Cualquier condena no será suficiente.

No, no lo sería. Me quedé allí, petrificada. Paralizada por el horror, el asco y el más absoluto y profundo odio hacia el ser humano que puedas imaginar. Por cosas como aquella, cada día aborrecía más al hombre y amaba más a los animales.

Maldito dinero. Maldita codicia.

—Jen, ven aquí —llamó el doctor Hazard—. Necesito que me eches una mano.

Y así, sin más, me puse en movimiento, preparada para hacer lo necesario.

Varias horas después estábamos todos exhaustos. El resultado final de la noche no fue bueno, puesto que ese tipo de animales rara vez pueden convivir en paz con otros perros, ya no hablemos de familias. Es muy difícil lograr una reinserción a menos que sean cachorros o jóvenes porque, al final, es para lo que los han criado: pelear, herir, matar. Eso es todo cuanto conocen, nada más: o luchas o mueres. Tres de ellos ya habían fallecido como resultado de graves heridas infectadas e inanición. Otros dos, los que parecían más tranquilos, fueron sedados y tratados de algunas de sus heridas en el lugar hasta que llegasen al refugio donde el veterinario podría encargarse de ellos y valorar la gravedad de sus lesiones. El resto, cuatro perros, tuvieron que ser anestesiados dado su estado de agitación para posteriormente ser puestos en cuarentena. Todos sabíamos cuál sería su final más probable, pero siempre quedaba esa pequeña luz al final del túnel, como diría Mia. Ese pequeño atisbo de esperanza de no darse por vencido con ellos.

El problema vino con las dos últimas jaulas. En una de ellas había un macho, un precioso rottweiler que, o bien era muy joven o estaba desnutrido... probablemente ambos. No tenía aspecto de haber sido utilizado en peleas, aún. En su mirada se veía una mezcla de miedo, desconfianza y fuerza que me encogió el corazón, pero lo más importante fue que cuando me acerqué no se lanzó hacia los barrotes, su primer instinto no fue atacar y eso era algo muy positivo. En la jaula contigua, una hembra preñada y con aspecto horrible. Estaba demacrada.

—Las utilizan solo para criar —explicó Adam—. Cuando ya no les sirven más, las usan para entrenar a otros perros.

Sí, no necesitaba más explicación que aquella.

Después de mucho discutir con el responsable de la unidad de rescate del ayuntamiento, el doctor Hazard se negó a que se llevasen a la hembra aludiendo

que estaba a punto de parir, morir o ambos si no se la atendía correctamente.

—No os estoy llamando incompetentes —explicó—. Lo único que digo es que ya tenéis bastante con lo que lidiar por el momento. Tengo los medios, el transporte y la clínica, así que dejad que nos encarguemos nosotros. Esa perra apenas respira y será un milagro si llega viva, al menos dejad que lo intentemos por ella y por los cachorros.

—¿Qué pasa con él? —pregunté a Adam en un susurro sin dejar de mirar a aquel joven perro. Había algo en él que me tenía hipnotizada y supuse que a él le ocurría lo mismo, puesto que no me quitaba el ojo de encima.

—Creo que conseguiremos a la hembra, pero a él se lo llevarán para valorar su estado físico y mental, y si es considerado apto, será puesto en adopción.

Acerqué el dorso de la mano a los barrotes y me olisqueó. Ni un solo gruñido ni dientes, nada. Desconfiado, pero curioso.

Con cierta reticencia, me levanté del suelo cuando llegó el momento de irnos.

—Hasta pronto, chico —me despedí. No sé por qué lo hice así, con esas precisas palabras, pero fue lo que me salió.

—¿Todo bien, cariño?

Volví al momento tras la pregunta de Mario.

—Sí, es solo... —Me detuve en la puerta de su estudio, ya a punto de salir a la calle—. Ha sido una noche complicada.

Cuando cruzó los brazos y enarcó las cejas le conté lo sucedido y el hecho de que no me podía quitar a aquel perro de la cabeza.

—Bueno, sabes adónde se lo han llevado —razonó con una media sonrisa—. Así que tienes muy fácil encontrarlo y ver cómo se encuentra.

—Sí, supongo que tienes razón.

—¿Quién sabe? —sonrió burlón—. Puede que dentro de unos días vengas a traerme el café acompañada por una enorme bestia negra.

Por primera vez en horas, sonreí.

Pero dicha sonrisa se congeló cuando giré para entrar en el callejón y vi quien me esperaba al pie de las escaleras que daban a mi apartamento.

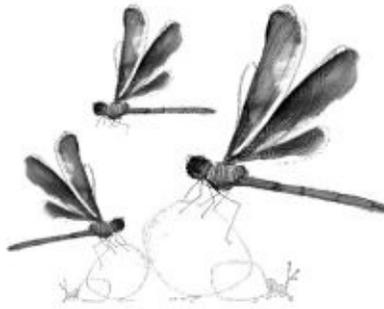
Jeremy.

Parte III

Libres...

«Cuando te acaricia con una mirada y besa cada parte de ti con sus dedos. Cuando no se esconde. Cuando admira tu fuerza y tu valentía, pero es consciente de que necesitas ese abrazo que sin palabras te diga: “te tengo”. Eso es amor. Es él».

Jenna Gray.



«El único modo de que salga huyendo es si tú vienes de la mano conmigo. Porque estoy aquí. Porque eres tú. Siempre has sido tú».

Luke Sullivan.

Capítulo Dieciocho

Luke

La misma noche del tiroteo...

Estaba jodidamente cansado.

Cuando vi el número de Mick's destellar en la pantalla, pensé que sería el jefe para interesarse por lo ocurrido, pero no. Brooklyn no me proporcionó mucha información, tan solo me dijo que Jen estaba allí y que debía pasar por el bar cuanto antes.

No pregunté más.

En cuanto me fue posible, salí disparado de comisaría.

Fue extraño abrir la puerta y no ser recibido por la música a todo volumen, las conversaciones, las risas y el entrecuchar de cristal. En cambio, me encontré un local en calma, con *Dream On* de Aerosmith sonando con suavidad y a un Mick apoyado contra la barra con los brazos cruzados y el ceño fruncido... nada nuevo en él. Liam estaba tras la barra con los brazos apoyados sobre esta y Brooklyn permanecía de pie junto a Jen, que estaba sentada en un taburete.

Antes de poder adentrarme más e ir junto a mi chica, Mick avanzó hasta quedar frente a mí cortándome el paso.

—¿Cómo está nuestro muchacho? —se interesó en voz baja y desprovista de ese gruñido al que tan acostumbrados nos tenía.

Y es que, de algún modo, Mick era tan parte de nuestra familia como nosotros de la suya. Joder, nos conocía desde que no éramos más que unos adolescentes tocapelotas.

—No lo sé —respondí e inspiré hondo—. De momento se encuentra

estable y es todo cuanto sabemos. Solo nos han dicho que, aunque en principio lo peor ha pasado, tenemos que esperar y ver cómo evoluciona en las siguientes horas.

Asintió, cruzó los brazos y agachó la cabeza un momento antes de volver a mirarme.

—Saldrá de esta, estoy seguro —aseveró y supe que trataba de convencernos a los dos—. Estoy aquí para cualquier cosa que necesitéis, no hace falta que te lo diga.

—Lo sé, viejo gruñón. —Le palmeé el hombro y traté de distender el ambiente—. Ahora si no te imp...

Me retuvo sujetándome por el brazo cuando ya caminaba en dirección a Jen.

—No sé qué demonios ha ocurrido ahora —medio murmuró, medio gruñó—. Pero esa chica está bastante cabreada. Y triste.

Fruncí el ceño.

¿Qué demonios había sucedido en ese poco tiempo desde que la dejé en el hospital?

—Solo hace un par de horas que la vi y te aseguro que estaba perfectamente.

Enarcó sus gruesas cejas pelirrojas y cruzó los brazos.

—«No se te ocurra llamar a ese imbécil insensible» —recitó con una sonrisa y sacudió la cabeza—. Esas son sus palabras, no las mías, joven Sullivan. No sé qué le habrás hecho, pero no está bien.

—¿Por qué das por sentado que he hecho algo?

Rio por lo bajo y me palmeó la espalda con la fuerza suficiente como para que todo mi cuerpo se sacudiera.

Joder.

—Hijo... algún día aprenderás que cuando se trata de mujeres, nosotros siempre tenemos la culpa de todo. —La señaló con la cabeza y repitió—: *Siempre*.

Bueno, momento de hacer control de daños.

—Iré a ver qué ocurre—murmuré.

Casi tropecé cuando lo escuché hablar a mis espaldas.

—Buena suerte, *birdie*.

Me detuve, apreté los dientes y conté hasta diez recordándome que estábamos ahí porque al parecer había hecho algo lo suficientemente grave como para molestarla. Pero, maldita sea, les había contado la anécdota del pajarito.

Me acerqué y cuando Liam me miró con una sonrisa, hice un gesto pidiendo silencio puesto que Jen aún no se había percatado de mi presencia allí y

quería escuchar lo que estaba diciendo antes de que se volviera loca y saltara sobre mí. Sí, no tenía ni la más remota idea de qué ocurría, pero la conocía lo suficiente como para saber que antes de hablar, mi chica sacaría las uñas. No esperaba menos de ella.

Brooklyn me miró y enarcó una ceja, pero con rapidez volvió a centrarse en una Jen que arrastraba las palabras al hablar.

—Él empuja y... y emp-puja. —Me apoyé en la barra justo detrás de ella y crucé los brazos. Jen tenía un codo apoyado también sobre esta y creo que solo mantenía la cabeza erguida debido a que su mejilla descansaba sobre su puño—. ¿Sabes? Creo... creo que siempre ha pensado que si no... si lo... lo nuestro no funcionaba, acabaría convirtiéndome en una indígena.

Enarqué las cejas, a mi izquierda escuché a Mick gruñir una risa acompañada de «maldita chica loca» y las expresiones de Brooklyn y Liam oscilaban entre la sorpresa, la risa y el tratar de mantener la compostura en deferencia a su amiga ebria.

—Eh... Jen, cariño. —Liam acarició su brazo con afecto—. ¿Indígena?

—Sí —gruñó ella—. Ese idiota seguro que pensó que acabaría si-riendo una indígena. —Sacudió la cabeza y agitó los brazos—. Como si yo no pudiera valerme por mí misma.

Loca mujer del demonio.

Estaba agotado, cabreado y jodidamente preocupado por el estado de mi amigo y aun así, a pesar de toda la mierda que quedaba por resolver, Jen conseguía hacerme sonreír. Aunque me cuidaría de que no me viera hacerlo. Quería mis bolas a salvo y esa mujer parecía tener fijación con ellas.

—Cielo. —Brooklyn cepilló el cabello de Jen y la miró con una sonrisa—. ¿No querrás decir que pensaba que te convertirías en una indigente?

No pude evitarlo y reí por lo bajo.

«Joder», me froté el puente de la nariz y cerré los ojos un segundo.

Solo podía ver a pequeños pigmeos lanza en mano por las calles de Chicago con Jen a la cabeza.

—Eso es lo que he dicho —respondió confusa. Parecía aletargada. Todos lo dejaron estar y no la corrigieron. Bien por ellos—. ¿Sabes lo peor? —continuó con su ebrio discurso—. Que aunq-que es un imbécil... es un maldito dios en la cama y no es justo que lo haga tan bien.

No pude evitarlo, enderecé la espalda y sonreí como un maldito y orgulloso imbécil. No podía estar tan enfadada si seguía reconociendo que era un as en la cama.

—¿No me digas? —inquirió Liam con tono tan interesado como burlón.

Me miró con las cejas enarcadas y me lanzó un beso.

Estaba rodeado de pirados.

—Sssííí —asintió Jen—. Te agarra del culo y te empotra contra la puerta como... como... gggrrr. —Se estremeció y yo me erguí. Solo me faltó hinchar el pecho como un maldito pavo real. Infantil, lo sé. Pero cualquier hombre disfruta cuando su mujer presume de esa forma de él—. Es el mejor que he tenido. —Fruñí el ceño. No quería pensar en otros—. Bueno, excepto por ese tipo de Pensilvania que hacía esa cosa con la leng...

Suficiente.

—Nena.

En cuanto puse la mano en su espalda saltó del taburete como si la hubiesen electrocutado y de no ser por Brooklyn, habría acabado en el suelo.

—¡Vaya! —Me fulminó con la mirada—. Pero si está aquí el hombre de la noche... ¿qué digo? ¡Del año!

Vale, no esperaba que me lo pusiera fácil. Les había contado lo del pajarito, así que supongo que sí debía estar bastante cabreada.

Iba a hablar, pero se me adelantó.

»No me puedo creer que me lo hayas vuelto a hacer.

Aunque seguía arrastrando las palabras, se la entendía perfectamente.

—Nena... —suspiré, no estaba para acertijos. No estaba para nada, joder—. Explícame qué he hecho en estas horas en las que, por cierto, ni siquiera te he visto y podr...

—No me llames nena —escupió furiosa.

—Jen...

—¡No me llames Jen!

No es que quisiera alterarla más, pero...

—¿Cómo se supone que debo llamarte entonces?

Abrió la boca, la cerró y miró hacia la barra. Mick llegó y comenzó a hablar con ella mientras se quejaba de que le habían quitado su bebida. Otra vez.

Liam se inclinó para hablarme en voz baja sin que Jen lo escuchase.

—Hace rato que le cortamos el suministro y tampoco es que haya bebido demasiado. —Rio—. Es muy escurridiza, mientras nosotros estábamos ocupados recogiendo se metió tras la barra y se enganchó a la botella de tequila.

No me sorprendía en lo más mínimo.

—Venga, Jen, nos vamos a casa.

La sujeté por el brazo, pero de un tirón se escabulló.

—No pienso ir a ninguna parte contigo, ¡maldito infiel y mentiroso!

—¿Qué? —Brooklyn entrecerró los ojos hacia mí.

—¿De qué estás hablando? —inquirí yo a la vez. Estaba cansado y perdido y... joder, yo qué sé.

—¿Se puede saber qué has hecho? —Ese fue Mick.

—No me ayudes —le gruñí antes de mirar a Jen—. ¿Se puede saber de qué demonios estás hablando?

—Alice —pronunció su nombre con lentitud, como si le costase decirlo—. Sé que estáis juntos.

Mierda.

—¿Has vuelto con Alice? —Ese fue Liam.

—¿Quién es Alice?

—Sullivan... —Mick sacudía la cabeza.

Y la mía estaba a punto de estallar.

—Muy bien, ¡silencio todos de una vez, joder! —Sorprendentemente, lo hicieron—. No sé de dónde te has sacado eso...

—Vino al hospital —explicó. Se acercó y comenzó a pincharme con su maldito dedito en el pecho—. Estaba aterrorizada porque la llamaron para decirle lo ocurrido esta noche. ¡Te estaba buscando loca de preocupación!

—Deja el dedito, Jen.

Sujeté su mano, pero no la solté.

—Lo has vuelto a hacer. —Sacudió la cabeza y sus ojos se aguaron—. Y con ella, de nuevo.

Me mataba verla así. A pesar de que se resistió, acuné su rostro entre mis manos y la miré a los ojos antes de bajar la voz. Aunque no estuviésemos solos, necesitaba esa sensación de intimidad.

—Nena, no te he mentado y no estoy con Alice.

—Pero ella...

—No —atajé—. No, Jen. Te estoy diciendo que no.

Iba a discutir, lo veía. No hacía falta ser un genio para saber que las conclusiones a las que había llegado, unidas a la decepción, el dolor, el alcohol y que estábamos hablando de Jen, eran una combinación explosiva. Como sabía que en su estado no habría forma de hacerla entrar en razón. Así que hice lo más lógico dadas las circunstancias: me agaché, sujeté sus piernas y me la cargué al hombro.

—¿Qué estás haciendo, Sullivan? —La ignoré mientras me golpeaba la espalda con sus pequeños puños—. ¡Bájame! ¡Suéltame ahora mismo, bruto neandertal!

Me despedí del resto con un gesto de la mano por encima del hombro y salí sin mirar atrás.

Peleó y peleó sin parar. Continuó haciéndolo incluso cuando ya la tenía dentro del coche y con el cinturón puesto. Vi que iba a desabrocharlo cuando la señalé con el dedo.

—Ni se te ocurra —amenacé.

Apretó los labios y me miró unos segundos en silencio hasta que, con un resoplido, dejó caer la espalda contra el asiento y se cruzó de brazos. Sonreí. Era Jen.

Pain de Three Days Grace sonaba de fondo en la radio. Le dejé unos minutos por si quería ser ella quien tomase la palabra, aunque la experiencia me decía que esa conversación sería mejor tenerla cuando el alcohol hubiese abandonado su sistema. Como solo se dedicaba a ver pasar la ciudad a través de su ventana, me expliqué.

—Entre Alice y yo no hay nada desde hace años, Jen. Aquello acabó hace mucho. —Silencio. Terca, terca mujer—. No sé por qué ha ido esta noche al hospital, te aseguro que no tengo ni l...

—¿Me estás diciendo entonces que no habéis vuelto a veros?

Vale, tenía que andar con cuidado aquí.

—No, no es eso lo que estoy diciendo.

Le eché una ojeada y ahora por fin me miraba, aunque no lo hacía con cariño. Ni mucho menos.

—¡Entonces sí os estáis viendo!

Mierda.

—Sí, pero no por las razones que crees. —De reojo la vi envararse en el asiento y levanté un dedo para silenciarla. Dedo que ella apartó de un manotazo, por cierto—. Necesitaba que me ayudase con algo, bueno... —me corregí—. No a mí exactamente, pero la cuestión es que le pedí ayuda, nada más. Es el único motivo por el que la he visto alguna vez durante estas últimas semanas.

Vi los engranajes girar en su cabeza y casi podría jurar que incluso los escuché.

—Entonces, ¿no...?

—No.

—¿Con qué necesitabas que te ayudase?

Suspiré, ella siempre tan suspicaz.

—Tú mejor que nadie sabes lo importante que es a veces querer mantener tus asuntos privados, ¿verdad? —A regañadientes, asintió—. Pues esta no es mi historia para contar, nena, y por más que quiera no puedo explicarte las razones que me llevaron a ver a Alice. Solo puedo pedirte que confíes en mí cuando te digo que no hay nada entre nosotros.

Giró para mirar a través de la luna delantera y la vi tragar.

—No siempre es bueno mantener los secretos para uno mismo —musitó sin mirarme.

Supe perfectamente lo que estaba recordando porque yo también lo hacía,

y me dolía y enfurecía tanto como el mismo día que lo descubrí.

—Este no es de ese tipo de secretos, te lo prometo.

Transcurrieron varios segundos en silencio y ya casi habíamos llegado cuando volvió a hablar.

—Muy bien —concedió—. Yo... confío en ti.

Enarqué las cejas.

—¿Ya está? ¿Así de fácil?

No sé por qué tentaba a la suerte.

Aparqué en el camino de entrada y detuve el motor, pero no me moví más que para mirarla.

—Si quieres podemos comenzar una pelea por esto, Sullivan, sabes perfect...

Me lancé sobre ella, sujeté su rostro y la besé antes de hablar con nuestros rostros a pocos centímetros y mirándola a los ojos.

—Se acabó, Jen, no quiero pelear más —murmuré—. Ya hemos tenido suficiente de eso.

No había pasado ni un segundo cuando ella tomó la iniciativa y nos besábamos de nuevo. Pero este fue un beso pausado, nada que ver con la desesperación de otras ocasiones. Había calor, pero también aceptación, la tranquilidad de saber que todo está bien. Que estás donde y con quien debes y quieres estar. No había ninguna lucha de poder, tan solo dos guerreros disfrutando de un momento de calma entre tanta tempestad como tenían que enfrentar demasiado a menudo. Dos guerreros sintiéndose libres.

—Estamos en tu casa —apuntó en un susurro. Asentí—. ¿Por qué estamos aquí?

—Porque pensé que esta noche tendría que dormir solo y te quiero en mi cama. —Sujeté su nuca y la atraje hacia mí—. Te necesito conmigo.

Tan solo asintió con una de las sonrisas más suaves que le había visto desde que la conocí. Ninguna palabra más se dijo. En silencio y agarrados de la mano, entramos y nos dirigimos al dormitorio. Nos desnudamos tranquilos, sin prisas ni pretensiones de más. Como si hubiésemos repetido aquel ritual cada noche, cómodos. Cuando ambos nos quedamos en ropa interior me miró expectante. Y aquí puede que pienses que fui un completo gilipollas por no aprovechar la oportunidad y el banquete que se me ofrecía en bandeja de plata, pero que sea un hombre no significa que solo sea capaz de pensar con la polla. Puede que te sorprenda, pero también sentimos, nos desmoronamos y a veces necesitamos sentir el calor de la persona a la que amamos. A veces necesitamos sostener porque eso no solo nos da la sensación de fuerza al sabernos protectores, sino que también nos sentimos en paz. También precisamos apoyo

de vez en cuando y dejar de demostrar que somos fuertes. También necesitamos una muleta de vez en cuando. Y aunque no había llegado a ese límite, sí es verdad que estaba un poco sobrepasado por las circunstancias.

Estaba cabreado porque alguien nos la había jugado, porque un operativo perfectamente trazado y sin cabos sueltos no resultó ser tal, y todo porque, probablemente, alguien de nuestro entorno nos había traicionado de la peor y más rastrera forma posible. Estaba más que furioso porque esos cabrones habían atacado a mi hermana dos veces en el lapso de pocos días.

Estaba triste y preocupado porque no sabía cómo saldría Terry de esta. Sí, tenía la certeza de que lo conseguiría, pero esa noche habían sucedido muchas cosas que sabía que a mi amigo no le serían fáciles de olvidar. Ni de lejos.

Y estaba, joder... Estaba cansado. De todo. No solo me refiero al aspecto físico, que también. Hablo de que, sin importar lo mucho que peleásemos, era como si nunca avanzásemos lo suficiente como para erradicar toda la mierda que nos rodeaba.

Así que, sí, por supuesto que deseaba a Jen. Más que a ninguna otra cosa en el mundo, pero esa noche necesitaba algo más.

—Solo quiero que me dejes sostenerte.

La luz de la farola entraba por la ventana y vi sus ojos clavados en los míos, asimilando mis palabras, mi petición. Asintió y tras ponerse una de mis camisetas, nos acostamos. Estaba de lado y me coloqué detrás de ella, disfrutando del modo en el que nuestros cuerpos parecían encajar a la perfección.

Llevábamos así varios minutos, en silencio, y por un momento pensé que se había dormido hasta que su voz resonó con suavidad en la noche.

—¿Seguirás viéndola?

No necesitaba preguntar. Y la entendía, de verdad que sí. Por eso, dijera lo que dijese, no pensaba discutir con ella.

—Pídemelo, Jen.

Puede que fuese egoísta o cómodo decir aquello, pero quería que ella dejase salir lo que le estuviese rondando por la cabeza. Apreté el agarre que mi brazo mantenía en su cintura y ella entrelazó nuestros dedos.

Suspiró.

—Confío en ti, Luke... *Necesito* confiar en ti —se corrigió—. Pero, Alice... —Hundí la nariz en su pelo cuando sacudió la cabeza—. Es solo que ya la elegiste una vez...

—No la elegí sobre ti.

—Lo hiciste, por las razones que fuesen, *la elegiste*, y necesito que entiendas que ni puedo ni quiero competir contra ella.

La entendía. Pero lo que ella no sabía era que no me quedé con Alice porque mis sentimientos hacia ella fuesen más fuertes. No fue así.

Fue una cuestión de miedo. De querer hacer lo correcto por mí y por ella. De no saber gestionar lo que desde tiempo atrás sentía que había entre nosotros, porque seamos francos, no surgió de un día para otro, sino que fue cociéndose a fuego lento. Y en el mismo momento que reconocí lo que estaba pasando, peleé contra ello con todas mis fuerzas porque creí que... Joder, no lo sé. Ni yo mismo puedo explicarlo sin parecer un completo imbécil.

Sí, quise a Alice.

Sí, elegí quedarme con ella. Por las razones equivocadas, pero lo hice.

Pero ahora que por fin había decidido dejar de esconderme, por primera vez en mi vida me sentía... liberado. Era como aspirar una profunda bocanada de aire después de estar sumergido bajo el agua mucho tiempo. Tu pecho se expande, tus pulmones se llenan y le dan la bienvenida a ese respiro, a esa libertad.

Y era una sensación jodidamente magnífica.

Así que no, Jen no tenía absolutamente nada que temer. Y tampoco haría algo que sabía que la dañaría, no quería ser yo la persona que le causara sufrimiento.

No más.

—No tienes que preocuparte por eso, nena —respondí besando su cuello—. Todo está bien.

Y lo estaba.

Pero no tenía ni idea de todo lo que estaba aún por venir.

Capítulo Diecinueve

¿Sabes esa sensación de alcanzar una meta y no saber qué hacer una vez has llegado a ella?

Pues era exactamente como me sentía yo. Llevaba tantos años amando a Luke desde la distancia, esperándolo y deseando que lo nuestro se convirtiera en una realidad, que ahora que por fin había llegado el momento no tenía ni la menor idea de cómo actuar o gestionar todo lo que estaba ocurriendo. Era una locura. Pero de las buenas. De las que tienen tu corazón acelerado y un pellizco de emoción en el estómago, constantemente. Y era abrumador.

Aquella mañana me desperté, por primera vez, envuelta en su calor. Con sus brazos rodeándome, mi cabeza sobre su pecho escuchando el fuerte latir de su corazón y nuestras piernas entrelazadas. Éramos la más deliciosa maraña de extremidades que puedas imaginar. Sí, habíamos dormido juntos antes y tuvimos sexo en muchas ocasiones, pero siempre acabábamos en tragedia antes de poder saborear lo sucedido. Éramos dos personas con fuerte carácter y a eso súmale mi mecha corta. Quizás se debía a mis ansias por avanzar, puede que solo estuviese siendo yo, no lo sé, la cuestión es que el noventa y nueve por ciento de las ocasiones acababa sola y cabreada.

Sin embargo, la noche anterior fue diferente a todo lo vivido anteriormente. No hubo sexo, no hubo esa pasión desenfrenada ni la desesperación por tocarnos después de días o semanas reprimiéndonos como siempre ocurría, no. Solo fuimos un hombre y una mujer que se necesitaban, prestándose calor, fuerza y amor en unos oscuros y complicados momentos. Solo fuimos dos personas queriéndose en silencio.

Cuando nos despertamos, lo que comenzaron siendo unos besos suaves y lánguidos, pronto pasaron a ser algo más. Relegué a un profundo rincón de mi mente todo lo ocurrido la noche anterior y ni siquiera me preocupé por si me olía mal el aliento. Solo podía concentrarme en él, en el modo en el que la luz del sol que se colaba por la ventana incidía en su piel, en cómo sus músculos se ondulaban mientras se movía sobre mí, dentro de mí. Acaricié su fuerte mentón cuando apretaba los dientes a causa del placer. Dejé que su aliento me abanicase

y me perdí en sus ojos verdes, porque era Luke y porque por primera vez en trece años lo sentí total y completamente mío. Entregado. Jamás sometido o rendido, después de todo era un guerrero, un hombre fuerte y protector. Pero sí es cierto que por fin me había cedido una parte de él que jamás había entregado a nadie más, estaba segura de eso.

Gemí, mordí, besé y acaricié cada parte de él a mi alcance y también las que para el resto permanecían ocultas, y cuando lo sentí acabar dentro de mí, puedo decir que jamás, en toda mi vida, había experimentado tal sensación de plenitud.

Tras ducharnos juntos, me dirigí hacia la cocina mientras él se vestía y, por supuesto, se notaba que era un Sullivan y amaba la comida, porque estoy segura de que pocos hombres solteros tienen una cocina tan bien surtida como la suya.

Hizo unas llamadas, la primera de ellas para preocuparse por el estado de Terry, y después nos sentamos a desayunar. Estaba preocupado por su amigo y lo entendía, todos lo estábamos porque lo queríamos con nosotros, porque era un buen hombre y tenía que salir de esta. *Saldría de esta*, estaba convencida. Para cambiar un poco de tema, le conté la asistencia que habíamos hecho aquel domingo por la tarde cuando tuve mi primera guardia en la clínica. Le hablé de lo que nos encontramos al llegar, del estado deplorable del lugar y, aún peor, de los pobres perros que tenían allí encerrados.

—Por desgracia —dijo, sacudiendo la cabeza con disgusto—, ese tipo de situaciones son más habituales de lo que crees. —Sujetó mi mano por encima de la mesa—. Ojalá pudiera decirte que no tendrás que enfrentar eso más, pero ambos sabemos que el mundo no funciona así. El dinero manda y esas peleas de perros mueven muchísima pasta en apuestas.

Sí, lo sabía. Pero desde ese rescate había algo que no podía sacarme de la cabeza, le conté lo de aquel perro, el cachorro de rottweiler.

—No puedo dejar de pensar en él —finalicé tras relatarle lo sucedido—. La manera en la que me miró y reaccionó a mí fue tan... —Suspiré por los recuerdos y sacudí la cabeza—. No lo sé, puede que solo sean imaginaciones mías, nada más.

—Jen. —Me miró a los ojos—. Aunque reconozco que en ciertos aspectos puedes ser de lo más fantasiosa, dudo mucho que este sea el caso. Tienes... —Se detuvo buscando las palabras—. No lo sé, tienes ese algo especial a la hora de relacionarte con los animales, llámalo sensibilidad o instinto, da igual. Tienes un don. —Me apretó la mano—. Si tan preocupada estás por él, puedo llevarte a verlo cuando quieras. Estoy seguro de que no nos pondrán impedimentos.

Me mordisqueé la uña del otro pulgar mientras valoraba su ofrecimiento. Quería aceptar e ir a verlo, pero me conocía lo suficiente como para saber que

había muchas posibilidades de que saliera del refugio con aquel perro bajo el brazo. Bueno, caminando junto a mí más bien, ya me entiendes.

—Tu padre me matará si llego a su casa con otra mascota para que acojan —reflexioné.

Enarcó las cejas y se retrepó en la silla justo antes de echar la cabeza hacia atrás y dejar salir una profunda y ronca carcajada. Sin poder evitarlo, reí también. Aunque hablaba totalmente en serio, el señor Sullivan acabaría por echarme de allí a patadas puesto que, por más que él hubiese estado en contra de acoger más animales, su esposa y la señora Moretti jamás podrían decir que no, y lo cierto es que no quería ponerlas otra vez en aquella tesitura.

—Creo que es mejor dejar que acabe de adaptarse a tu última buena obra. Ciertamente, el pequeño Lucifer.

—Llevas razón —concedí al fin.

Su siguiente pregunta me sorprendió.

—¿No has pensado en comprar un coche ahora que tienes trabajo? —Levantó las manos anticipándose a lo que fuera que pensaba que yo le iba a responder, pero ¿qué imagen tenía ese hombre de mí?—. No es que me importe llevarte a los sitios siempre que quieras, es solo una cuestión de autonomía. Sé cuánto te molesta depender de los demás.

Entorné los ojos antes de dar un mordisco a la tostada. Llevaba razón, pero aún no era el momento, así que tras tragar el bocado me encogí de hombros.

—En primer lugar, al ser un contrato de prácticas gano una miseria. Una vez tenga el título, si me renuevan en la clínica, todo cambiará. —Di vueltas al vaso de zumo sin mirar a Luke—. Pero, además, si tuviera el dinero no sería para comprar uno nuevo, sino para arreglar mi viejo Ford.

Uno, dos, tres...

—¿Qué? —gruñó—. Pensaba que lo habías vendido y ahora me entero de que vas a pie a todas partes, cuando resulta que solo necesita unos arreglos. —Frunció el ceño e iba a responder cuando se me adelantó—. La verdad es que eres un maldito peligro al volante. —Uhhh... Abrí la boca, pero no me dio tiempo a decir nada—. ¿Se puede saber dónde está? Y, ¿por qué demonios yo no sabía que aún lo conservabas?

—Tú y yo no hemos sido precisamente comunicativos, ¿recuerdas? —repliqué con burla—. De todas formas, tampoco es para tanto. —El músculo en su mandíbula comenzó a palpar—. Fue solo... —Suspiré—. En realidad, un amigo se ofreció a pagar por los arreglos e incluso me dio facilidades de pago, pero le dije que no. —Me encogí de hombros antes de dar otro mordisco—. Al final accedí a que me lo guardase en un garaje que tiene cerca de mi apartamento hasta que encuentre otra solución.

Y de eso hacía ya dos años. Quizás era el momento de librarlo de él.

—¿Un amigo? —preguntó suspicaz—. ¿Qué clase de amigo? —Ni siquiera me dejó responder el muy...—. Tiene que ser muy especial para hacerte ese tipo de favores y, ¿cómo exactamente esperaba que le pagases?

Ahí estaba, siempre tan desconfiado. ¿Quién diantres se creía que era?

—¿Estás insinuando que le he pagado con sexo a Mario por guardarme el coche?

Palideció ligeramente antes de fruncir el ceño.

—¿Mario? ¿El mismo Mario del salón de tatuajes que hay debajo de tu apartamento?

¿Qué importaba eso?

—El mismo.

—Oh, bien entonces.

¿Qué?

—No, no está bien —espeté. Me levanté y apoyé las manos sobre la mesa—. Acabas de insinuar que pago los favores con sexo.

—Nena, lo siento. —También se levantó y vino hacia mí. Me sujetó por la cintura y lo fulminé con la mirada—. No era eso lo que quería decir y lo sabes.

—Ya, pero es justo lo que has dich...

Me acalló con un beso. Y, Dios, debía estar ablandándome porque apenas si opuse resistencia. No sé, quiero pensar que aún estaba poniéndome al día con todos los besos que me había perdido durante años. Cuando ya creía que aquello acabaría en el dormitorio con nosotros desnudos... otra vez, Luke se encargó de asesinar el momento arrojándome un cubo de agua helada a la cara.

—Hay algo más sobre lo que aún no hemos hablado y es importante.

La seriedad en su voz de inmediato me puso en guardia. No es que mi hombre fuese un rayito de sol, pero lo conocía tan bien que sabía que era significativo y, muy probablemente, desagradable.

—Suéltalo —pedí cruzándome de brazos.

Se movió para apoyar el trasero contra la mesa donde acabábamos de comer y me atrajo hacia sí, de modo que quedé entre sus piernas.

—Jeremy Kingston.

Mierda.

—¿Qué pasa con él?

—Te lo dije —gruñó—. Es peligroso y no quiero q...

—No estoy con él.

—Eso ya lo suponía —replicó mirándome altanero. Odiaba cuando hacía eso—. No estaríamos aquí si así fuera. —Mordí el «lástima que tú no fueses así en el pasado» que quería soltarle. No quería ponerme a la defensiva—. Lo que

quiero saber es cuándo fue la última vez que lo viste y si te ha ocasionado algún tipo de problema, por pequeño que sea.

Me mordí la uña del pulgar y aparté la mirada.

—Bueno, no fue bonito.

No quería mentirle, maldita sea. La experiencia me decía que nada bueno podía salir si comenzábamos una relación ocultando cosas, por pequeñas que estas fuesen.

Sentí que cada parte de él se tensaba.

—¿Qué pasó? —Me mantuve en silencio y se impacientó—. Jen, dime ahora mismo qué demonios sucedió con ese tipo.

Odiaba cuando utilizaba ese tono exigente conmigo, lo sabía y aun así seguía haciéndolo. No es que quisiera obedecerle, ni mucho menos, pero en mi último encuentro con Jeremy me asusté como hacía años que no me sucedía. Por primera vez en mucho tiempo, volví a sentirme pequeña. Y lo odié con toda mi alma. Rememoré el momento en el que tras rescatar a los perros de aquel almacén y llevarle a Mario su café, giré la esquina del callejón y me encontré de frente con él.

Estuve a punto de perder el paso cuando lo vi allí parado. Para nada me lo esperaba y menos un lunes a esas horas de la mañana. Era cierto que el día anterior, y también durante la noche, había recibido un par de llamadas y numerosos mensajes suyos que no había respondido. Pero la advertencia de Terry seguía dando vueltas en mi cabeza y además... Además es que, por más que quisiera, no podía acostarme con él para demostrarme ¿qué? ¿Que podía estar con otro hombre que no fuese Luke? No necesitaba a Jeremy para eso, sabía perfectamente que podía puesto que era algo que ya había hecho en el pasado tras marcharme de Chicago. E incluso tras mi regreso. Era absurdo alargar algo que ya tenía fecha de caducidad y con lo que no acababa de sentirme cómoda.

Tomé una respiración profunda y retomé el paso cuando él también se puso en movimiento para ir a mi encuentro.

—Buenos días.

—Te llamé anoche. —Vaya, directo al grano.

—Creí que te había dicho que tenía trabajo en la clínica.

Frunció el ceño.

—No recuerdo que me dijeras nada de eso —replicó con voz fría—. Pero, aunque lo hubieses hecho, no creo que sea tan difícil responder a un maldito

teléfono.

Uoh, alto ahí. ¿Qué demonios estaba pasando? Por primera vez lo observé con atención. No había ni rastro de esa sonrisa fácil que solía lucir, tenía el cabello revuelto y ojeras, mandíbula apretada y, en definitiva, parecía muy, muy cabreado. No pensaba consentir que nadie me hablase de ese modo, y menos un hombre al que apenas conocía de algo más que de un puñado de citas y besos aquí y allá.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—No, la pregunta aquí es, ¿qué pasa contigo y dónde coño te metes últimamente?

Aquello debía ser alguna especie de broma, porque no tenía sentido alguno.

—No te debo ninguna explicación en absoluto —espeté.

Iba a poner los brazos en jarras hasta que recordé el café. Dejó salir una risa de lo más desagradable antes de volver a ponerse serio.

—¿Quién coño te crees que eres, eh?

No podía estar escuchando esa mierda.

—No. —Lo señalé con el dedo—. ¿Quién te crees que eres tú para hablarme así?

Cometí dos errores: bajé la guardia y olvidé que estaba tratando con un hombre al que no conocía y que, por todo lo que sabía, era peligroso. Lástima que me di cuenta demasiado tarde, cuando me agarró el dedo con fuerza y lo retorció lo suficiente como para arrancarme un jadeo.

—Soy el tipo que ha estado aguantando tu mierda y ni siquiera hemos follado —gruñó a escasos centímetros de mi rostro—. Y estoy seguro de que te has rozado más con ese maricón de mierda que conmigo.

Liam, tenía que estar hablando de él. Y, además, ahora que lo tenía tan cerca, percibí el olor a alcohol en su aliento; de hecho, dado su aspecto, era muy probable que ni siquiera hubiese dormido.

—No hables así de él —escupí con furia, soltándome de su agarre—. Y ni se te ocurra tocarme otra vez, maldito pedazo de mierda.

Dio un paso amenazante hacia mí y no sé qué me poseyó. Supongo que el instinto de supervivencia porque me sentía en peligro. No sé si asustada es la palabra adecuada, pero sí lo más cercano que se me ocurre para definir cómo me sentía. Así que ni siquiera pensé cuando le lancé el café a la cara. La sorpresa le duró solo un par de segundos en los que retrocedí con cautela, interponiendo entre nosotros toda la distancia posible.

—Te vas a arrepentir de esto, maldita zorra...

Se lanzó hacia mí, pero antes de que llegase a tocarme, una voz hizo que

ambos nos congelásemos. Aunque de formas muy diferentes.

—Si se te ocurre dar un paso más, te arrancaré las pelotas —amenazó Mario a mi espalda.

Jamás lo había escuchado tan furioso como ese día. Respiré hondo y seguí retrocediendo sin quitarle la vista de encima a Jeremy quien, a su vez, observaba a Mario por encima de mi hombro. ¿Podrían haber comenzado una pelea allí mismo? Por supuesto que sí, pero, por las razones que fuesen, mi ex lo que fuese decidió batirse en retirada, aunque no sin ser quien tuviera la última palabra.

—Volveremos a vernos muy pronto —amenazó sibilante cuando pasó junto a mí.

Ni siquiera me había girado para mirar a mi salvador o la marcha del otro. Me sentía petrificada, asustada, sorprendida y furiosa, todo a la vez. Aunque este último era el que más predominaba. Furiosa con ese imbécil sobrehormonado. Conmigo misma por no saber reaccionar, por empequeñecer a la mínima señal de violencia cuando nunca, jamás se lo había permitido a nadie. Ni siquiera a George, de hecho, fue el primero al que me enfrenté. Quise pensar que se trataba de la sorpresa unida al cansancio y a todo lo vivido la noche anterior.

Suspiré temblorosa, justo antes de enderezar la espalda, sonreír y girarme hacia Mario.

—Ese cobarde hijo de puta te amenaza, ¿y no me lo dices? —gruñó Luke apretando el agarre en mi cintura. Y, Dios, estaba sexy cuando se cabreaba.

—Es que no creo que haya que darle más importancia de la que tiene. —Desestimé el tema con un gesto de la mano—. Me amenazó, mi amigo intervino, él se marchó. Fin de la historia.

—¡Y una mierda, fin de la historia! —Vale, ya no estaba tan sexy. O sí—. ¿Cómo puedes ser tan imprudente?

No, definitivamente su atractivo menguaba con cada palabra que salía de su boca.

—¿Imprudente, yo?

—¿Te gusta más insensata? ¿Inconsciente?

—¡Alto ahí, WikiSullivan! —Di un paso atrás y levanté la mano cuando lo vi abrir la boca para replicar—. Para empezar, siempre me las he arreglado bastante bien por mi cuenta sin necesidad de acudir a ti a la menor señal de

problemas. —Le tapé la boca cuando fue a interrumpirme—. Aún no he acabado —apunté—. Y, para terminar, no es más que un cretino enfadado, Luke, y si pensara que de verdad puede hacer algo contra mí, serías el primero en saberlo. Pero con todo lo sucedido con tu hermana, los chicos trasladándose a casa de tus padres, vuestra investigación y nosotros no estando en los mejores términos... —Suspiré—. ¿Qué querías que hiciera?

¿No entendía que no quería ser una carga?

Me apartó la mano y parecía algo más tranquilo. De hecho, ni aunque mi vida dependiese de ello habría podido dejar de mirar sus ojos. La preocupación, determinación y amor que vi reflejado en ellos casi me arrancó un suspiro. Casi.

—Eso es lo que todavía no entiendes. —Sacudió la cabeza antes de acunar mi rostro entre sus manos—. Es lo que jamás has comprendido: no estás sola, Jen. Nunca lo has estado. Da igual en qué esté trabajando, qué otras cosas surjan a nuestro alrededor o si te maldigo en arameo por cualquier locura o estupidez que se te haya ocurrido hacer. Estoy aquí, siempre lo he estado y siempre lo estaré. Todos nosotros. No eres débil por pedir ayuda, maldita sea. —Apoyó su frente contra la mía—. Casi me quitan a mi hermana, mi mejor amigo está en el hospital debatiéndose entre la vida y la muerte... Sé que eres fuerte, siempre lo has sido, pero, por favor, no dejes que el orgullo dicte tu camino.

Luke no era un hombre posesivo. Jamás lo fue. Sencillamente era un hombre que, no solo quería, sino que necesitaba saberse el protector de todos a su alrededor. No importaba tu edad, experiencia o sexo, eso era lo de menos. Es que formaba parte de él y nunca se libraría de ello. ¿Podía ser asfixiante? Para mí a veces sí lo era. Quizás porque fue a dar con una mujer sumamente terca e independiente, algo que no acababa de casar demasiado bien con su proteccionismo y esa necesidad de tener el control, el mando.

Sí, no había duda alguna de que íbamos a tener un viaje de lo más entretenido. Tenía razón en que demasiadas cosas habían sucedido en nuestro entorno en las últimas semanas, así que decidí ceder —solo un poquito—, por el bien de su paz mental.

—Muy bien —accedí—. Si veo cualquier cosa extraña o vuelvo a tener noticias de él, serás el primero en saberlo. Pero a cambio tienes que prometerme que no me mantendrás en la oscuridad. No más omisiones ni mentiras, ese no es el modo de protegerme, Luke. —Me miró en silencio—. Si tú cumples con tu parte, yo cumpliré con la mía. Esto es algo que debe ir en las dos direcciones.

—Te lo prometo —dijo en voz baja y ronca.

—Te lo prometo —repetí.

—Gracias. —En cuanto sentí sus manos en mis glúteos, no lo dudé y me encaramé a él enroscando mis piernas en su cintura. Me abrazó con fuerza—. No

olvides que estamos juntos, nena.

No pude evitar mover mis caderas en cuanto sentí su miembro a través del pantalón de algodón presionar contra mi centro. Delicioso. Y codiciosa yo, pero tenía mucho con lo que ponerme al día.

—Mmm —murmuré cuando mordisqueó mis labios—. Estamos j... ¡Oh, mierda!

—¿Qué? —se sobresaltó por mi grito.

—Mierdamierdamierda.

No podía dejar de farfullar aquella palabra una y otra vez.

—Jen, ¿se puede saber qué demonios ocurre?

—Tu hermana.

Enarcó las cejas y agachó la cabeza para mirar donde nuestros cuerpos se tocaban.

—No sé si es el mejor momento para hablar de ella a menos, claro está, que sea realmente importante.

—Me va a matar. —Me miró sin comprender y me expliqué—. Anoche descubrió que estamos juntos.

—¿Y?

Dios, era obtuso el hombre.

—Que se va a enfadar cuando descubra que tú y yo llevamos tiempo viéndonos a escondidas.

Rompió a reír el muy cretino y sacudió la cabeza divertido.

—Nena, mi hermana es la persona más dulce y comprensiva que conozco —respondió aún sonriente—. Estará feliz por nosotros y lo sabes.

—Sí, supongo que tienes razón.

—Por supuesto que la tengo —asintió y me mordisqueó el labio inferior.

Magnífica distracción.

—No te acostumbres, Sullivan. De aquí en adelante seré yo quien siempre tenga la razón.

—Ajá... —murmuró—. Lo que tú digas.

—Así me gusta. —Comenzamos a besarnos cuando caí en la cuenta de algo—. Espera un momento.

Dejó caer la cabeza con un resoplido.

—Jesús, Jen, y ahora ¿qué?

—¿Yo no soy dulce y comprensiva? —Entrecerré los ojos cuando me di cuenta de que contenía la risa—. Has dicho que tu hermana es la persona más dulce y comprensiva que conoces, entonces ¿qué se supone que soy yo?

No es que negase que Mia fuese así, que lo era. Solo necesitaba... aclarar ciertos conceptos. Suavizó la sonrisa antes de responder, aunque no perdió ese

tono de listillo que a veces me sacaba de quicio.

—Tú eres un precioso y maravilloso dolor en mi culo la mayor parte del tiempo. —Me sujetó la muñeca cuando iba a golpearlo en el hombro—. Pero no cambiaría ni un solo pelo de tu cabeza, Jen. Quiero que te quede claro, no te querría más de ninguna otra manera.

El «te quiero» que pugnaba por escapar de mis labios también estaba reflejado por toda su hermosa cara, de modo que era imposible que me enfadase con él. Además, tenía razón. Solía ser un dolor en su trasero y me encantaba serlo.

¿Éramos diferentes? Mucho.

Yin y yang. Noche y día.

Prudencia y osadía.

Formalidad y audacia.

Pero por fin comenzaríamos a descubrir un nosotros. Juntos. Sin vergüenza, miedo o tener que escondernos.

Y no podía esperar.

Capítulo Veinte

Es curioso, pero, aunque hacía casi catorce años que formaba parte de los Sullivan, por primera vez me sentía cohibida. No era que tuviera miedo de que no aceptasen lo nuestro, ni mucho menos. Sabía que estarían felices por nosotros. Además, tanto la señora Moretti como la señora Sullivan fueron conscientes desde años atrás de que algo ocurría entre nosotros; siempre supieron ver mis sentimientos hacia Luke y digo más, incluso me alentaron a no cejar en mi empeño de obtener más de él. Cada una a su manera, pero ambas lo hicieron. El señor Sullivan y Mia, por otro lado... Bueno, quizás fueron los más sorprendidos por todo esto. En comisaría estaban revolucionados y con los nervios crispados por lo sucedido en el operativo y, especialmente, porque uno de sus compañeros había estado a punto de perder la vida. En ese lapso de cuarenta y ocho horas, Terry por fin estuvo despierto y fuera de peligro y todos —especialmente Tucker— volvimos a respirar con normalidad. Luke y Reed, aunque estaban aliviados por su amigo, no podían dejar de lado esa sospecha que les agujijoneaba la mente sin cesar, y esta era que alguien cercano a ellos, puede que incluso otro policía del Distrito 9, los había traicionado. Esperaba por su bien que estuviesen equivocados, porque no quería ver la devastación en sus rostros si dichas sospechas se confirmaban.

Con todos los informes, pesquisas y demás formalismos, durante esos dos días no nos vimos, sino que nos limitamos a llamadas y mensajes. Resultó harto complicado compaginar su trabajo con mis clases en la universidad y las prácticas en la clínica.

Era jueves y, después de las dos clases que había tenido esa mañana, pasé para comer con los Sullivan. Estaba en la cocina charlando con la señora Moretti cuando sentí que unos brazos me envolvían con fuerza desde atrás. Abrí los ojos y en un principio me tensé, desacostumbrada como estaba a tales muestras de afecto en público.

Me sentía avergonzada, por el amor de todo lo sagrado. Yo... avergonzada.

—Relájate, nena —musitó Luke con los labios pegados a mi mejilla. Seguro que sabía lo que estaba pensando—. Seguimos siendo nosotros, nada

más.

Inspiré hondo, posé una mano sobre las suyas que estaban entrelazadas en mi cintura y traté de relajarme. Pero era difícil.

—Un poco de tiempo de adaptación no habría estado mal, Luke —susurré girando el rostro para mirarlo—. Ni siquiera hemos hablado con ellos sobre el tema.

Bueno, yo sí que lo había hablado con Mia, por supuesto, pero no con el resto de la familia.

—¿Y sobre qué se supone que debemos hablar, *bambina*?

Pensaba que la señora Moretti estaba distraída hasta que se giró para mirarnos con una sonrisa pícara mientras se limpiaba las manos con un paño de cocina. Esa mujer debía tener ojos en la nuca y superoídos.

—Jen cree que debemos explicar esto —señaló Luke con tono burlón y apretando el agarre en mi cintura. Estaba a dos segundos de levantarme y sacudirlo.

Su abuela rio con regocijo y sacudió la cabeza.

—*Il mio angelo...* —Sonrió acercándose a la mesa donde nos encontrábamos—. Jen siempre ha sido tu mujer. Lo único que ocurre es que estabas demasiado ciego para verlo, de hecho, me estaba planteando si necesitabas una buena tunda para espabilar. —Chasqueó la lengua—. Supongo que tienes en ti más cosas de tu padre de las que pensaba.

En ese momento justo entraba el señor Sullivan en la cocina.

—Te estoy escuchando, querida suegra.

Ella le sonrió altanera antes de darle la espalda y volver a su comida.

—Cuento con ello, querido Chucky.

Reí por lo bajo no queriendo calentar más los ánimos entre esos dos, pero él me dirigió una mirada que era mitad molestia y mitad tormento.

—Esto es culpa tuya —me acusó—. Ahora me llama como a ese maldito muñeco todo el tiempo. —Sacó dos cervezas de la nevera y le tendió una a Luke. Fruncí el ceño al ver el intercambio—. Desde que te escuchó decirlo, lo encuentra de lo más divertido.

Ignoré la pulla y me centré en lo importante.

—¿No hay cerveza para mí?

—Agua —espetó—. Te estás acostando con mi hijo y por tu culpa me llaman como a un maldito muñeco loco, así que tomarás agua.

¿De verdad acababa de decirme aquello?

—Pero...

—Tienes razón, papá —intervino Luke con burla—. No soy más que un títere en las manos de esta insaciable mujer.

—Te voy a golpear las bolas si no te callas, Sullivan —amenacé girándome hacia él.

De verdad... de verdad que no estaba preparada para hablar en esos términos con su familia. Nuestra familia. Lo que fuese, maldita sea. Y él lo estaba haciendo como si estuviésemos de copas entre amigos. ¿Dónde demonios estaba el Luke sensato y formal?

La señora Moretti dejó de remover la comida y se giró hacia el cabeza de familia con los brazos en jarras.

—Chucky, dale una cerveza a mi chica —exigió con los ojos entornados.

—Vamos, *nonna*, ¿dónde queda la preocupación por tu nieto?

Muy bien, lo estaba pidiendo a gritos.

Fulminé a Luke con la mirada antes de sonreírle a su abuela con dulzura.

—Señora Moretti —interrumpí el duelo de miradas con su yerno—. ¿Alguna vez le he contado la anécdota de Luke con los pajaritos?

Ella me devolvió la sonrisa, pero de inmediato sentí cómo me tapaban la boca y casi al mismo tiempo la señora Sullivan entró en la estancia con Sadie cogida de su mano.

—¿Qué os traéis entre manos? —preguntó sonriente, como siempre.

Bendita inocencia la de ambas.

—Le decía a tu marido que no debería beber tanto —intervino la señora Moretti.

Gruñí una risa ahogada por la mano que aún me tapaba la boca y sentí a Luke aguantar la carcajada también.

—Cariño, sabes lo que ha dicho el médico.

Jesús, incluso reñía con cariño.

—Ese maldito matasanos me retiraría el oxígeno si de él dependiera.

—Cuida tu lenguaje delante de la niña, Chucky.

—Deja de llamarme así —gruñó él, fulminando a la señora Moretti.

Estaba distraído, por lo que a su esposa no le resultó para nada difícil arrebatarme la cerveza de las manos. Se dirigía hacia el fregadero cuando la llamé.

—Oh, no la tire, señora Sullivan. —Le tendí la mano—. Yo me la tomaré, sería una pena desperdiciarla.

Ella me sonrió al tiempo que me entregaba la cerveza de la discordia. Pobre hombre, ni siquiera llegó a dar un sorbo.

—Gracias, cariño —sonrió—. Toda tuya.

La señora Moretti se veía terriblemente satisfecha antes de hablar y volver a su comida.

—Por favor, que alguien avise a Ben para que baje mientras esperamos a

que Reed y Mia lleguen.

—Ya voy yo —me ofrecí tras dar un buen trago a la cerveza. No pude evitar la risa cuando, mientras abandonaba la estancia, escuché a la señora Sullivan decir a su marido:

—Cariño, tú tomarás agua. Es lo más sano.

Jesús.

Mientras subía las escaleras escuchaba en la distancia las carcajadas de Luke, los gruñidos de su padre y a la pequeña Sadie parlotando.

Bendita casa y bendita familia.

Aún sonriente, me dirigí hacia mi antigua habitación... la de Luke, bueno, de los dos. La puerta estaba abierta casi en su totalidad, de modo que ni siquiera pensé en golpear.

—Oye, Ben, vam...

La sonrisa se borró de mi rostro de un plumazo. El chico estaba escondiendo algo bajo el colchón y cuando me escuchó se giró con rapidez, con una expresión de culpa y espanto dibujada en su joven y bonito rostro.

—Hola —saludó nervioso—, no te escuché venir.

Entorné la puerta tras de mí y me acerqué a él. Furiosa. ¿Qué demonios estaba escondiendo?

—¿Qué guardas ahí? —inquirí con los brazos en jarras.

—Nada.

—A mí me parece algo.

—No es nada, Jen —repitió.

Y quería creerlo, pero dado su coqueteo con el CSG no podía jugármela y menos si estaba haciendo algo ilegal bajo el techo de los Sullivan. No dudaba de que era un buen chico, lo sabía, pero incluso los buenos tropiezan a veces.

—Ben. —Di un paso hacia él—. Quiero confiar en ti, pero me lo pones muy difícil si actúas como si fueras culpable.

Me observó durante unos segundos en silencio antes de suspirar y, con un resoplido, volver a sacar lo que había escondido bajo el colchón. Fruncí el ceño cuando me tendió un cuaderno apaisado y una carpeta.

—Adelante —murmuró, molesto—. Todo tuyo.

Ahora me sentía mal. Pero también era curiosa, de modo que mientras él me taladraba con la mirada y se cruzaba de brazos, abrí el cuaderno y comencé a hojear las páginas. Y lo que vi... lo que vi me dejó sin palabras. Me dirigí hacia la cama y me senté.

Se trataba de un cuaderno de bocetos y los había de todas las formas y colores que te puedas imaginar, era una absoluta maravilla. Continué pasando las páginas y admirando el increíble talento de aquel joven chico, mientras percibí

cómo comenzaba a inquietarse con cada segundo que el silencio se alargaba.

—Ben esto es... —Me miró expectante y sonreí—. Es increíble, ¿se puede saber por qué lo escondías? —No le di tiempo a hablar antes de reñirlo—. Pensé que estabas haciendo algo ilegal.

Enarcó las cejas.

—¿Por tener algo escondido bajo el colchón?

—¿Qué querías que pensara?

—Podría haber sido porno —arguyó con media sonrisa.

Abrí la boca y la cerré. Ahí me había pillado porque tenía toda la razón. Lo vi nervioso y de inmediato salté a los peores escenarios que mi mente fue capaz de conjurar. Sacudí la cabeza... porno. Ya, bueno eso era algo que mejor dejaría que tratase con Mia. O con Reed, me encantaría saber cómo se desarrollaría esa conversación.

—Eso no responde a mi pregunta, ¿por qué lo ocultas como si fuese algo malo? —Levanté el cuaderno y lo señalé—. Esto merece ser exhibido, Ben.

De inmediato se rascó la nuca y apartó la mirada pareciendo incómodo. Suspiró y se sentó en la cama junto a mí antes de recuperar su cuaderno.

—En realidad, esa es la idea. —Fruncí el ceño y se explicó—. ¿Prometes que no dirás nada de lo que te cuente?

Uh, eso me sonaba demasiado familiar. Observé con atención sus ojos marrones y me identifiqué tanto con lo que vi reflejado en ellos que por esa misma razón me sorprendí cuando me escuché responder:

—No puedo hacer eso, Ben. —Estábamos lado a lado y giré un poco en la cama para poder mirarlo mejor—. Pero sí te prometo que si estás en problemas, haré todo cuanto esté en mi mano para ayudarte. —Solo me miró en silencio, buscando algo en mis palabras que lo ayudase a decidir qué hacer—. Confía en mí, todo estará bien.

Chasqueó la lengua y sacudió la cabeza con una media sonrisa.

—No estoy acostumbrado a verte tan seria —resopló antes de recomponerse y adoptar una actitud más sombría—. Es que... —Se revolvió el cabello con una mano—. Siento que estoy viviendo aquí de prestado y solo quiero ganar algo de pasta para colaborar con los gastos que ocasionamos mi hermana y yo y, si es posible, ahorrar algo para independizarme en cuanto pueda.

Me dejó sin palabras. Miré con atención a aquel joven chico que se sentaba junto a mí y me di cuenta de que había más similitudes entre nosotros de lo que a simple vista podía parecer. Sí, es cierto que, afortunadamente para él, hubo ciertas cosas que no vivimos de la misma forma. Pero entendía muy bien esa sensación de estar fuera de lugar sin importar cuánto amor te profesaran las personas a tu alrededor, el no sentir que perteneces al sitio en el que estás.

—Pero sabes que los Sullivan os quieren, Ben, y además ellos jamás aceptarán que les des dinero a cambio de estar aquí. —Supuse lo que diría la señora Moretti al respecto y sonreí—. De hecho, los ofenderás si siquiera se te ocurre sugerir tal cosa.

—Créeme, lo sé —gruñó ofuscado, e imaginé que algo debió mencionar en algún momento a la familia y dicha conversación no salió como él esperaba—. Pero necesito hacer algo y esto... —Levantó el cuaderno entre nosotros—. Esto podría ayudarme a conseguir algo de dinero de forma legal, eso es todo.

Medité un segundo sus palabras.

—¿Qué habías pensado exactamente?

—No lo sé. —Alzó los brazos, exasperado—. Aún no soy mayor de edad y además les prometí a Reed y Mia que acabaría el instituto, por lo que es difícil encontrar un trabajo en el que gane lo suficiente, pero que no me quite tiempo de los estudios. —Volvió a mostrarme el cuaderno—. Esto es lo único que sé hacer, Jen. Es lo único en lo que soy bueno.

Me conmovió la desesperación en su voz. Siempre intentaba estar ahí para cuidar de los míos y no había duda de que ahora Ben y Sadie formaban parte de ese reducido círculo, pero es que, además, lo entendía.

Lo veía.

Comprendía perfectamente esa necesidad de saberse útil y autosuficiente, de sentir que sobrevivirás sin importar lo que pase o las bolas curvas que te lance la vida y, créeme, las personas como nosotros por lo general acabamos esquivando golpes más a menudo de lo que nos gustaría. Ese joven chico había perdido a la que a todas luces era su madre, la única que realmente contaba como tal, y tan acostumbrado como siempre estuvo a luchar y mantener a su familia unida y a flote, ahora se encontraba con las manos atadas, viviendo en una casa con personas que, aunque los acogieron a él y a su hermana de buena gana, no acababa de sentir como suyos. Ya no era él de quien dependía su hermanita pequeña, la misma a la que amaba por sobre todas las cosas. Y se sentía incapaz, inútil.

Mirando sus ojos, poniéndome en su pellejo y recordando que una vez fui igual que él... que, de hecho, aún continuaba siéndolo, una idea comenzó a tomar forma en mi mente. Lo hablaría con Mia, por supuesto, después de todo era su pupilo, por así decirlo. Pero no tenía ninguna duda de que me dejaría ayudarlo sin interferir, que seguiría mostrando confianza tanto en mí como en él.

—Muy bien. —Le palmeé la pierna con afecto y, con suavidad, le arrebaté el cuaderno—. Se me ha ocurrido una idea y además sé que Mia estará de acuerdo, pero necesito hablar con alguien más y mostrarle lo que puedes hacer.

Paseó la mirada del cuaderno a mí con cierta sospecha, pero también había

esperanza.

—Eh... no es por parecer desagradecido ni nada por el estilo, pero ¿estás segura de que es una buena idea?

Fruncí el ceño.

—Por supuesto que es una buena idea. —Me erguí, aunque me cuidé de no sacar pecho. Hormonas adolescentes y todo eso—. Yo siempre tengo ideas magníficas. —Entorné los ojos cuando vi que reprimía la risa—. ¿Qué?

Se rascó la barbilla a medio camino entre la incomodidad y la burla.

—Bueno, supongo que esto no acabará en algo parecido a aquella vez que intentaste subastar en eBay una pelota de los Cubs a cambio de un alargador de pene para Luke, ¿verdad?

Lo miré en *shock*. ¿Quién demonios le había hablado de aquello? ¡Si era solo un niño! Vale, era algo más que un niño, pero no creí que necesitara conocer la historia.

Me aclaré la garganta y adopté una pose lo más digna posible.

—¿Quién...? —Sacudí la cabeza—. Déjalo, no importa. Pero, para tu tranquilidad, te diré que no, no será nada parecido a aquello. —Apreté los labios cuando lo vi reprimir la risa—. Además, Luke siempre ha sido seguidor de los White Sox —me justifiqué—, no creo que hubiese lamentado mucho la pérdida de esa pelota.

Sin poder aguantarse más, el puñetero chico se agarró el estómago al tiempo que prorrumpía en sonoras carcajadas. Me quité unas pelusas invisibles del pantalón, me levanté y me imitó, aún riéndose.

—Dime una cosa, ¿es verdad que incluiste una foto suya junto a la de la pelota? —Me removí y volví a apretar los labios antes de asentir. Rio más fuerte y sacudió la cabeza—. Joder, esta familia es la leche.

—¿Interrumpo?

Me puse la mano sobre los labios y ni siquiera intenté retener la carcajada cuando vi a Luke parado en la puerta, mirándonos como si hubiésemos perdido la cabeza.

Jesús... viéndolo en retrospectiva, me di cuenta de toda la mierda que me había aguantado a lo largo de los años con más serenidad de la que se le podría pedir a cualquiera en sus circunstancias. Cuando frunció el ceño y cruzó los brazos, supe que era el momento de acabar con aquello puesto que no creí que quisiera recordar dicha historia. Entrechoqué mi hombro contra el de Ben y susurré:

—Ya vale.

El chico sacudió la cabeza, inspiró hondo y se recompuso antes de mirarme a los ojos y musitar:

—Gracias.

Entonces me dejó completamente descolocada cuando me abrazó. Era la primera vez que lo hacía conmigo. Normalmente era la dulce y buena de Mia quien recibía ese tipo de muestras de afecto mientras que conmigo solo se dedicaban a bromear, jugar y charlar. Quizás por eso tardé unos segundos en devolverle el gesto y susurrar para que solo él me escuchase:

—Sé un poco paciente, ¿de acuerdo? —Me miró a los ojos y asintió—. Pronto tendré noticias para ti, te lo prometo.

Aún no había hecho nada por él, pero sentí una maravillosa sensación de aleteo en el estómago cuando lo vi salir de la habitación tras palmearle a Luke el hombro con afecto. Es lo que viene de lo que dije antes, el saberlo útil y ser consciente de la confianza que alguien más está depositando en ti.

—¿A qué ha venido todo eso? —inquirió Luke, entornando la puerta a su espalda.

Ladeé la cabeza y me encogí de hombros.

—Había algo que lo tenía un poco preocupado y voy a echarle una mano, eso es todo.

De inmediato frunció el ceño.

—No lo meterás en problemas, ¿verdad?

Puse los brazos en jarras. Maldito hombre desconfiado...

—¿Qué demonios crees que voy a hacer?

—Precisamente el no saberlo es lo que me pone un poco nervioso. — Caminó hacia mí y ancló las manos en mi cintura—. A veces puedes ser...

—¿Encantadora? —terminé por él.

—Imprudente —corrigió. Rio cuando lo golpeé en el hombro—. Aunque lo otro también. —Besó mi cuello y eché hacia tras la cabeza concediéndole acceso—. Y sexy. —Gemí cuando mordisqueó el lóbulo de mi oreja—. Y jodidamente deliciosa. —Raspó con los dientes un delicioso camino en el hueco entre mi cuello y hombro.

Dios lo deseaba como una loca.

No tenía el pelo lo suficientemente largo como para tirar de él, pero lo agarré por la nuca hasta que elevó el rostro y me lancé a por sus labios. En el momento en el que estos conectaron, dejamos de ser dos seres racionales para convertirnos en algo completamente diferente; en dos criaturas que ansiaban fusionarse en una sola, que necesitaban sentir, tocar, tentar, lamer y besar cada parte del otro hasta quedar impregnados en su esencia. Me sujetó por el trasero y de forma automática acabé encaramada a él, con las piernas envueltas con fuerza alrededor de su cintura y rotando las caderas en busca de más fricción, puesto que el bulto que se clavaba en mi centro a través de la ropa era muy difícil de

pasar por alto.

Un profundo y ronco gruñido emergió de su garganta, lo cual solo consiguió encenderme más.

—Cierra la puerta —rogué en un gemido desesperado.

Creo que fue algo más instintivo que otra cosa cuando nos giró y lo siguiente que supe fue que mi espalda golpeaba contra la madera de la puerta haciendo que esta se cerrase con un ruido seco. Continuamos besándonos como dos enajenados, como si estuviésemos recuperando todas las veces que nos perdimos en el pasado aun cuando ambos lo deseábamos más que nada. Y es que así era exactamente, estábamos poniéndonos al día.

—Joder, no podemos hacerlo —murmuró con los labios pegados a mi piel, besando, lamiendo... desdiciendo con sus actos las palabras que salían de sus labios—. Toda la familia está ahí abajo esperando para comer, nena.

Gemí. Lo necesitaba tanto que dolía.

—Por favor, Luke —susurré—. Lo haremos rápido, te lo prometo.

Se quedó quieto antes de depositar un último beso en mi cuello y mirarme a los ojos.

—No lo quiero rápido, Jen —declaró con voz profunda. Rozó su nariz contra la mía—. Quiero tomarme mi maldito y dulce tiempo saboreando cada parte de ti. —Cerré los ojos y me dejé abanicar por su cálido aliento. Lamió mi labio inferior—. Hemos tardado demasiado en llegar hasta aquí por estupideces... —Tiró del labio entre sus dientes y abrí los ojos cuando se separó negándome los suyos—. Así que lo quiero lento, intenso... —Jadeé cuando su erección se clavó en mi centro con un certero y seco golpe de sus caderas—. Fuerte. —Apoyó la frente contra la mía y suspiré temblorosa—. Quiero comer cada parte de ti y enterrarme en este pequeño y precioso cuerpo tuyo y no salir de él en horas. Días. —Ahuecó mi mejilla con una mano y me obligó a mirar aquellos preciosos ojos verdes. Me dio un beso que me robó el aliento y la cordura—. Demonios, viviría dentro de ti si pudiera. —Esa maldita lengua acariciando mis labios otra vez—. Así que de momento nos olvidaremos de los rapiditos, ¿te parece bien?

La cabeza me daba vueltas.

—Ajá... me parece perfecto —susurré sumisa.

Sumisa. Yo.

—Magnífico —asintió antes de volver a besarme, antes de que su lengua invadiera mi boca con la pasión y la fuerza de quien se sabe al mando. Y, maldito fuera, eso me excitó aún más—. No los hagamos esperar más, vamos a comer.

Me dejó en el suelo y me palmeó con fuerza el trasero antes de guiñarme

un ojo y salir de la habitación silbando. Me quedé mirando a la nada y apoyé la mano contra la pared junto a mí para mantenerme en pie, porque estaba tan excitada y sentía las piernas tan temblorosas que no tengo ni la más remota idea de cómo estaba aún en pie y no desplomada en el suelo hecha un montón gelatinoso.

Por el amor de todos los señores del sexo...

Y ese... ese maldito hombre salió de allí silbando como si nada. Como si no estuviera en absoluto afectado. Ni siquiera lo vi recolocarse el paquete al muy idiota, ¿acaso no se le notaba? Porque te aseguro que ese tamaño era difícil de ignorar.

Cerré los ojos y rememore sus palabras. Lo que quería hacerme. La oscura y sensual promesa que había salido de sus labios.

Me mordí el labio y sonreí excitada y ansiosa por que llegase la noche para que cumpliera todas y cada una de aquellas promesas.

Luke era rematadamente *sexy* en su peor día, pero esa versión mandona de él que acababa de experimentar...

Vale, estaba muy, muy encendida.

Y ahora debía hacer como si nada y bajar a comer con el resto de la familia.

Maldito fuera ese hombre.

Capítulo Veintiuno

Luke

Terminé la llamada y cerré los ojos.

Tenía que serenarme, joder. No podía entrar a visitar a Terry en ese estado, era lo último que necesitaba mi amigo con la mierda que tenía encima.

Pero es que todo parecía enredarse cada vez más. Por un lado, teníamos a ese imbécil llorón de Wachowsky y a Nelson, el ayudante del fiscal del distrito, ambos en prisión provisional por su supuesta implicación con el CSG... ¿Supuesta? Mis pelotas. En lo que a mí concernía, bien podrían coger la presunción de inocencia y metérsela por el culo. No habíamos desentramado todo, un hecho del que éramos más que conscientes, pero sí que teníamos las pruebas suficientes como para poder meter entre rejas a esos cabrones durante una larga temporada. De hecho, algunos de los detenidos la noche del tiroteo estaban comenzando a cantar como canarios. Fueron los menos, puesto que los lazos de hermandad en ese tipo de bandas son tan fuertes como el acero, pero siempre hay eslabones débiles y esos suelen ser los chicos recién iniciados que ni siquiera son miembros de pleno derecho cuando ya están a punto de que les cuelguen entre cinco y diez años de condena. También está el miedo, ese poderoso y traicionero enemigo que en estos casos puede hacer que calles con tal de no enfrentar las represalias que sabes que vendrán, aunque ello suponga estar a la sombra durante años o llevarte al otro extremo y hacerte soltar cualquier información a tu alcance a cambio de protección y una reducción de la pena. La cuestión era que la redada, pese a que terminó en desastre, se saldó con la detención de un número considerable de peones, algunos muy versados y otros jodidamente verdes y asustados, solo teníamos que proceder con cautela y firmeza. El problema radicaba en que, al haber nombres relativamente importantes implicados, los mandamases no hacían más que jodernos. Era como si pretendiesen barrer toda la mierda bajo el felpudo, como si no hubiera pasado

nada. Como si el puto ayudante del fiscal del distrito no estuviese implicado... y lejos de ser un simple obrero, era uno de los capataces al mando. Lo normal sería que el propio fiscal pusiera aún más empeño en que la ley recayese sobre ellos con toda su fuerza puesto que su ayudante, su hombre de confianza, lo había hecho quedar como un maldito estúpido entre quienes sabíamos de su implicación. Se estaban cuidando mucho de que la noticia no saltase a los medios, pero solo era cuestión de tiempo que sucediera. De momento todo lo que sabían era que estaba bajo arresto, pero no conocían los cargos de los que se le acusaba. Intuíamos que había más, mucho más que aún tenía que ver la luz y, para ser sincero, estábamos algo paranoicos al respecto porque no sabíamos si los muros contra los que nos topábamos eran interpuestos por una cuestión de prudencia para que no nos volviésemos locos a la hora de destapar todo el asunto, o porque las mismas personas que nos los ponían en el camino eran parte implicada en toda esa mierda. No sería de extrañar, vistos los últimos acontecimientos. Y otra cosa más que no podíamos olvidar: alguien cercano nos había traicionado. Estábamos seguros de eso puesto que no había ningún otro modo de que supieran que íbamos a por ellos la noche de la redada. Y lo sabían... Nos estaban esperando, joder. Y nosotros acabamos convirtiéndonos en los cazadores cazados.

Pillaríamos a esa maldita rata más pronto que tarde.

Y ahora esto... esta llamada que terminó de minar la poca paciencia que tenía aquellos días.

Puto Jeremy Kingston.

Comenzaba a pensar que no era ninguna casualidad que se hubiese fijado en Jen y eso me tenía tan cabreado como acojonado. No podía tenerla vigilada las veinticuatro horas, los siete días de la semana. Solo tendría que hablar con ella, exponerle mis sospechas y la mierda que poco a poco íbamos descubriendo, y rogar al cielo que me hiciera caso y fuese prudente cuando yo no estuviera a su lado. Joder, ya podía imaginar cómo iría esa conversación.

Me froté la cabeza. Ya cruzaría ese puente más tarde, me dije.

Llamé a la puerta y ni medio minuto después, apareció la señora White ante mí. Parecía cansada y preocupada, pero también vi cierto alivio al percatarse de que era yo quien se encontraba allí.

—Luke, cariño... —Me abrazó y respondí al gesto antes de besarla en la mejilla—. Me alegro mucho de verte y Terry estará muy feliz también de que estés aquí.

—También me alegro de verla, señora White. —Cerró la puerta tras nosotros y permanecimos en el pasillo un momento más—. ¿Cómo se encuentra nuestro paciente?

Suspiró y miró en dirección a la sala de estar, desde donde se escuchaba el sonido de la televisión. Sacudió la cabeza y clavó en mí aquellos ojos marrones tan parecidos a los de su hijo.

—No lo sé. —Sacudió la cabeza—. Cuando estábamos en el hospital supongo que me sentía tan aliviada de que estuviese bien y vivo que no lo noté al principio. —Comenzó a retorcerse las manos—. Pero ahora... no es él. Mi Terry nunca ha sido un chico callado ni retraído, tú lo sabes mejor que nadie. —Asentí, entendiéndola perfectamente—. Por más que le pregunto, apenas consigo arrancarle frases completas, Luke. —Colocó la mano sobre mi brazo y apretó con suavidad—. ¿Qué pasó aquella noche?

Apreté los dientes porque demasiadas cosas sucedieron durante la redada. Sufrí al ver el dolor en sus ojos y escuchar aquella desesperación propia de una madre que no termina de encontrar a su hijo, pero no era mi historia para contar.

—Solo debe darle un poco de tiempo, señora White. —Acaricié la mano que mantenía en mi brazo y la apreté con suavidad—. No puedo hablarle de algo que es enteramente suyo, pero sí le diré que Terry es más fuerte de lo que muchos creen y estoy seguro de que lo superará, es solo que... —Suspiré—. No lo sé, supongo que necesita llegar a un acuerdo con ciertas cosas que pasaron durante el tiroteo.

Me observó en silencio y traté de transmitirle la tranquilidad y confianza que yo mismo tenía puestas en la recuperación de mi amigo. Después de todo, estaba allí, ¿verdad? Pensamos que moriría en nuestros brazos cuando intentábamos detener la maldita hemorragia mientras llegaban los refuerzos y la ambulancia, después tampoco sabíamos si lograría salir de la mesa de operaciones y, contra todo pronóstico, lo hizo. Así que, sí, sabía que mi amigo se repondría. Todo llegaría.

Cuando asintió, conforme con mis palabras de ánimo, volví a besarla en la mejilla y me adentré en la sala de estar mientras que ella se dirigía hacia la cocina.

Mi amigo estaba sentado de lado en el sofá, con la pierna escayolada extendida y, aunque miraba la televisión, algo me dijo que en realidad le importaba un carajo lo que estuviesen emitiendo en aquel momento. Me lanzó una mirada e hizo una mueca que apenas era una sonrisa.

—Hola, Luke —murmuró.

Le palmeé el hombro cuando pasé a su lado y me senté en un sillón junto a él.

—¿Qué pasa, amigo? —Se encogió de hombros con la vista al frente—. Tienes un aspecto de mierda, si me permites decirlo.

Enarcó las cejas y me miró.

—Da igual si te lo permito o no, ya lo has dicho. —Sacudió la cabeza—. Eres penoso dando ánimos... *si me permites decirlo*.

Reí por lo bajo y volví a palmearlo cuando devolvió su atención a la puñetera televisión. Me levanté y cogí el mando a distancia para apagarla. Intentó arrebátarmelo, pero poco tenía que hacer contra mí dado su estado. Sí, igual era un cabrón por aprovechar la ventaja, pero me importaba un carajo. Estaba preocupado.

Decidí romper el silencio con algo ligero.

—Después de Año Nuevo te estamos preparando algo especial en Mick's.

Miró su pierna y después a mí con la ceja arqueada.

—No estoy en condiciones para ninguna fiesta. Además... para ser sincero, no me apetece demasiado.

Me retapé en el sillón y crucé los brazos.

—Me importa una mierda lo que digas, Terry, vendrás a esa fiesta incluso si tengo que llevarte yo mismo en brazos.

Me observó unos segundos antes de sacudir la cabeza con un gruñido exasperado y pasarse las manos por el pelo con fuerza. Sabía que había ciertas cosas que necesitaba dejar salir antes de que se enquistaran e hicieran más daño.

—Habla conmigo, Terry —pedí.

Preferí ir directamente al *quid* de la cuestión y a lo que me había llevado hasta allí. Sí, por supuesto que lo había visitado cada día tanto en el hospital como en casa, pero era algo más que su recuperación física lo que me inquietaba.

Él suspiró y apretó la mandíbula con fuerza. Me incliné hacia delante, apoyé los codos sobre las rodillas, entrelacé las manos y esperé. No tenía ninguna prisa, no pensaba moverme de allí hasta saber que estaba bien o, al menos, que se encontraba en el camino de conseguirlo.

—Cuando me desperté en el hospital... —Cerró los ojos y sacudió la cabeza—. No lo sé, no tenía ni idea de dónde estaba o qué demonios estaba pasando. Creí... —Me miró—. Por un momento llegué a pensar que estaba muerto, aunque dudo mucho que el cielo huelga a desinfectante.

Reí con suavidad.

—Yo también lo dudo.

Se recompuso de inmediato.

—La noche de la redada... os recuerdo a mi alrededor, Luke. —Su voz bajó varias octavas—. Todavía os escucho hablándome, a Tucker exigiéndome que abriera los putos ojos. A ti taponándome la herida y tratando de detener la hemorragia, y al maldito Reed gritando y maldiciendo mientras se ponía delante de nosotros como un maldito escudo humano. —Sacudió la cabeza—. También a McCoy... Tuck ni siquiera tuvo tiempo de levantarse después de que yo lo

noqueara, cuando ese chico ya me estaba poniendo a cubierto. —Se tocó la sien con un dedo—. Está todo aquí.

—Tiene agallas el novato, eso es cierto. Aunque pensé que Reed lo golpearía cuando se negó a buscar otra posición más segura. —Suspiré y miré el suelo un momento antes de reconocer—: Estuvimos muy cerca.

No hablaba de estar cerca de conseguir nuestro objetivo de aquella noche, no.

Somos hombres adultos, somos policías y, como tales, somos más que conscientes de los peligros que enfrentamos cada maldito día. No se trata solo de algo que sabemos o asumimos, sino que nos lanzamos a ello con los ojos bien abiertos y de forma más que deliberada. Porque al igual que sucede con el resto de las profesiones, el ser policía es vocacional. Tienes que sentirlo y amarlo para poder hacerlo bien. No sin miedo, eso jamás, porque esa pequeña llama de temor es lo que a veces puede salvarte la vida cuando estés en la línea de fuego. Pero es que... maldita sea, nuestro trabajo puede resultar jodidamente duro y penoso cuando tienes que hablar con los padres de un chico asesinado o una niña violada. Es... nadie tendría que explicarle a una mujer que no volverá a ver a su esposo porque algún mierda quería su dinero para otra dosis. No es fácil, y ni mucho menos bonito, que todos esos recuerdos se queden grabados en tu memoria y, créeme, lo hacen. Hay muchas cosas que jamás se superan ni se olvidan, tan solo aprendes a vivir con ellas y sigues adelante.

No se trata de que no te afecten, somos humanos y como tales es imposible no sentir. Te enfadas, te frustras, te asustas y también te entristeces, del mismo modo que después de días especialmente jodidos necesitas mucho más a esa persona que te espera en casa y que ama tu profesión tanto como a ti. Porque lo viven todo indirectamente a través de ti y es ahí cuando más necesitas dar y recibir el tipo de abrazo que os alimente a ambos.

Porque así es como funcionamos. Así es como funciona yo.

Y pensando en eso, me di cuenta de algo que quería más que nada: a Jen. No solo en mi cama, sino en mi casa, en mi vida. Quería ese maldito olor a vainilla en cada rincón y habitación.

—Estuvimos malditamente cerca.

Las palabras de Terry me devolvieron al momento.

—Escucha, sé que está siendo duro y que has pasado por una experienc...

—No me vayas a joder ahora con una charla para alguien con estrés postraumático, Sullivan —rio sin humor y sacudió la cabeza—. No se trata de eso, es... —Se frotó la cara con ambas manos—. Dieciséis años, Luke —espetó con voz ronca—. Maté a un niño de solo *dieciséis años*.

Lo vi apretar la mandíbula. Lo sabía desde esa maldita noche, solo estaba

esperando a que ese día llegase e incluso antes de que lo dijera, ya podía escuchar sus palabras en mi mente. Tenía un discurso preparado para consolarlo llegado el momento, pero es que estábamos hablando de Terry, mi amigo de toda la vida. Otra parte importante de mi familia y, a todas luces, mi hermano. Lo conocía lo suficientemente bien como para saber que, sin importar lo que saliera de mi boca, él no dejaría de castigarse por ello. El bueno de Terry.

—Mírate —exigí con suavidad y señalé con la cabeza hacia su pierna—. Podrías no estar aquí, amigo. —Sacudí la cabeza y lo miré a los ojos—. Casi te mueres, Terry. *Creímos* que morirías —me corregí de inmediato—. No asesinaste a un niño de dieciséis años, sino que cumplías con tu deber y defendías tu vida y las nuestras. —Me incliné hacia delante antes de gruñir—: Es una maldita tragedia que un chico tan joven muera, y que Dios me perdone, pero si ese es el precio que hay que pagar a cambio de que sigas aquí con nosotros, no lo lamento en absoluto. Lo único que siento es que tengas que llevar esa carga sobre tus hombros porque eres uno de los mejores hombres que he conocido en mi vida.

De fondo se escuchaba a su madre trasteando en la cocina, mientras nosotros nos observábamos en silencio. Hasta el momento, no había tenido que afrontar algo ni remotamente parecido, pero entendía cómo se sentía. Lo había vivido indirectamente a través de mi padre y, en el caso de Terry, puede que otro hombre llegase a un acuerdo con lo sucedido mucho antes, pero sabía que él necesitaría un largo tiempo hasta encontrarse en ese punto. Porque, aunque amaba y protegía a los suyos con ferocidad y era leal y protector como el que más, él poseía un tacto y mano izquierda de la que, por ejemplo, Reed y yo carecíamos. Él empatizaba y nosotros gruñíamos y dábamos órdenes. Supongo que por eso las chicas lo adoraban mientras que a nosotros nos mandaban al carajo más a menudo que no.

Vi el tormento grabado en su expresión, la barba de varios días y los ojos brillantes. Cuando apartó la mirada, no tardó dos segundos en morder los nudillos de uno de sus puños al tiempo que su cuerpo comenzaba a sacudirse con un llanto silencioso que me destrozó ver.

Ni siquiera me lo pensé.

Me senté en el brazo del sofá, quedando más alto que él, y le palmeé la espalda antes de abrazarlo con fuerza. Somos hombres, sí. Pero también nos caemos, sentimos, amamos, sufrimos y lloramos porque, ante todo, somos humanos. Jamás hay que avergonzarse por ello y quien diga lo contrario es un auténtico gilipollas que no sabe lo que es vivir.

No sé cuánto tiempo pasamos así, él llorando y yo agrietándome un poco más al sentir su dolor, pero no rompí el abrazo porque, como dije antes, a veces

lo hacemos para dar fuerza a la otra persona y, aunque no seamos conscientes de ello, al mismo tiempo eso nos sirve como refuerzo al sabernos el pilar en el que alguien más se apoya.

Aunque no lo parezca, acaba convirtiéndose en una especie de *quid pro quo*.

—No sé cómo demonios vivir con esto, Luke —murmuró en voz baja y con la frente apoyada en mi hombro. No quería mirarme, lo sabía.

Apoyé la mano en su nuca y lo palmeé con tacto.

—No puedo decirte que lo vayas a olvidar, amigo. —Sabía que eso sería imposible—. Pero mejorará con el tiempo, te lo prometo.

No había nada más que pudiera decirle, así que supuse que eso y mi silencioso apoyo tendrían que bastar por el momento.

Cuando levanté la cabeza, encontré que la señora White estaba parada en el vano de la puerta con lágrimas recorriendo sus mejillas y un paño apretado entre sus puños mientras veía a su hijo desmoronándose.

Tardó unos segundos en mirarme y sonreír temblorosa al tiempo que articuló un silencioso «gracias».

Asentí, antes de ver cómo se marchaba en silencio, del mismo modo en que llegó.

Y mi amigo... bueno, él se repondría, estaba seguro de eso. Mientras ese momento llegaba, lo dejé derramar sobre mi hombro aquellas lágrimas que esperaba que fuesen liberadoras para él.

Algo que aligerase el peso que cargaba.

Entré en comisaría y ya estaba en plena ebullición incluso antes de escuchar nada más, pero es que estaba resultando un día jodidamente complicado.

Vi a Reed y me planté ante su mesa, ni siquiera pensé en sentarme en mi silla que quedaba justo frente a la suya, no. Pero la maldita llamada que me había hecho antes de ver a Terry me había dejado con los nervios crispados.

—Dime lo que tienes —exigí.

Me quité la cazadora de cuero, la lancé sobre mi mesa y me crucé de brazos esperando. Él, el maldito imbécil, enarcó las cejas.

—Hola a ti también, compañero.

Gruñí.

—Reed, te aseguro que no es el mejor puto día para que jodas conmigo. —

Apoyé las manos sobre su escritorio y me incliné hacia delante—. Estamos hablando de Jen, *mi Jen*, así que dime ahora mismo qué coño has encontrado y deja de tocarme los huevos.

Me miró y supe que estaba pensando en mi hermana y en que, probablemente, él montaría un pollo de proporciones épicas si estuviésemos hablando de ella y su seguridad.

—¡¡McCoy!! —El aludido casi se cae de su silla antes de mirarlo—. Ven aquí un momento.

Fruncí el ceño, ¿por qué coño llamaba al novato?

—¿Qué ocurre? —preguntó mirando entre nosotros y cruzándose de brazos. Sin amilanarse. Me gustó. Cuando Reed estaba cabreado, la mayoría huía de la escena, pero él no.

—Cuéntale a Sullivan lo mismo que nos dijiste antes a Tuck y a mí.

El tipo asintió antes de mirarme y me preparé.

—Vi el expediente de Kingston cuando Tucker hablaba con Reed acerca de él —comenzó—. Fuimos juntos a la universidad y, aunque no compartíamos clases, lo conocía. Todos en el campus lo hacían. —Hizo una mueca de asco—. Era famoso por las fiestas en la casa de su fraternidad y entre las chicas... bueno, digamos que no pasaba desapercibido.

—Continúa —pedí. O exigí, yo qué sé.

—Ese tipo estaba metido en mucha mierda, eso era un secreto a voces entre la mayoría de los estudiantes, pero siempre conseguía escaparse de todo. —Descruzó los brazos y se enderezó con la mandíbula apretada—. En una de sus famosas fiestas se le fue la mano y la chica a la que violaron entre varios de sus amigotes interpuso una denuncia. —Hijo de puta—. Yo mismo la acompañé a hacerlo.

—La conocías bien —deduje.

Estaba furioso, creo que los tres lo estábamos, incluso si Reed ya había escuchado la historia antes de que yo llegara.

—Era mi amiga, ella... —Por primera vez lo vi afectado y supuse que era alguien más importante de lo que nos estaba contando, pero era su historia—. No pasó nada, Sullivan. ¡Nada, joder! El rector, la policía... todos miraron hacia otro lado, maldita sea.

Nos estábamos desviando.

—¿Qué pasó con Kingston? —indagué—. ¿Por qué le resultó tan fácil librarse de algo así?

Vi —y puede que se escuchasen sus dientes rechinar— cuando apretó la mandíbula y me miró fijamente.

—Porque a veces el mundo favorece a quien no lo merece, pero tiene la

suficiente pasta como para callar bocas. —Dio un paso hacia mí—. A ella la destrozaron y la universidad tan solo le dio un permiso para ir a casa sin ser penalizada por faltar a clase.

Rio sin humor, como si aún no se creyera lo ocurrido pese a haberlo vivido. Y lo sentía por él y por su chica... o amiga, lo que fuese, pero debíamos centrarnos.

—¿Cómo consiguió librarse de algo así, McCoy? —repetí, perdiendo la paciencia.

Me miró fijamente largos segundos antes de responder.

—Porque el poder manda, Sullivan —escupió con asco—. Y Kingston es el sobrino del exalcalde Willis.

Lo observé, tratando de asimilar ese nuevo dato. Miré a Reed, que asintió con la mandíbula apretada y expresión sombría.

Hijo de perra.

Capítulo Veintidós

Luke estaba de lo más raro.

No es que normalmente fuese un rayito de sol, pero había algo que lo carcomía. Lo sabía. Por otro lado, teniendo en cuenta los últimos acontecimientos y la porquería con la que estaban teniendo que lidiar en el trabajo, tampoco es que fuese de extrañar.

Pero en lo referente a nosotros estaba... no lo sé. Puede que fuese una loca percepción mía, pero teniendo en cuenta que durante años me mantuvo a un brazo de distancia y que no hacía más que encontrar razones por las cuales lo nuestro no podía ser, me resultaba extraño que ahora me quisiera en su casa continuamente. Y luego decían que yo era impulsiva y pasional...

Pasamos casi de un extremo a otro sin puntos intermedios, era normal que me sintiera un tanto desconcertada, ¿no?

Sin ir más lejos, esa misma noche.

Año Nuevo pasó y, por supuesto, lo celebramos en familia, tranquilos. Bueno, todo lo tranquilos que podíamos estar en esa casa. Luke no estuvo tanto como hubiéramos querido, pero el deber mandaba y lo entendía. No tenía por qué gustarme, pero formaba parte de él y es algo que debes tener más que asumido cuando comienzas una relación con un policía. Para ese día los chicos habían organizado una fiesta de bienvenida para Terry. Cuando le preguntaron a Mick si le importaría celebrar dicha reunión a puerta cerrada en Mick's para nuestro chico, se limitó a enarcar una de sus gruesas cejas pelirrojas, gruñir y darnos la espalda antes de alejarse sin pronunciar una sola palabra, lo cual significaba que estaba encantado con la idea, por supuesto.

Así que ahí estaba, ataviada con unos calcetines gruesos y un enorme jersey beige de lana con un aún más grande cuello en el que cabrían perfectamente dos cabezas, mientras observaba mi ropa para la noche extendida sobre la cama de Luke; también mis cosas de aseo estaban en el baño donde él tomaba una ducha en ese momento. Me mordí la uña del pulgar y fui a la cocina a beber un poco de agua antes de acabar de arreglarme. Dormía con él casi cada noche, excepto las que tenía que trabajar e incluso en esas ocasiones me había

pedido que me quedase en su casa para ser lo primero que viese al llegar allí. No era que estuviese intentando boicotear nuestra relación, y menos ahora que tenía lo que siempre había querido, pero no era normal esa necesidad que parecía tener de mantenerme sobre su regazo constantemente. Porque no lo era, ¿verdad? Comenzó por pequeños detalles, como sugerirme que dejase un cepillo de dientes y cosas básicas de ese tipo para no tener que andar siempre llevando y trayendo todo. Después vino algo que fue... bueno, imagina que llevas una muda extra para cambiarte a la mañana siguiente y cuando vas a recuperar tus cosas para marcharte, te dice que las está lavando. Esto se repitió un día tras otro, de manera que ahora tenía casi la misma cantidad de ropa en mi casa que en la suya; fue como si de algún modo estuviera pidiendo que lo invadiera de forma silenciosa y aquello me tenía contrariada porque conmigo siempre, *siempre*, es mejor ser directo. Y él, por las razones que fuesen, no lo estaba siendo, sino que tomaba terreno de forma subrepticia, poco a poco, sin prisas, pero sin exigir, pedir o decir lo que realmente quería.

Tan perdida estaba en mis pensamientos que no lo escuché llegar y me sobresalté cuando metió la cabeza bajo el jersey y mordisqueó mi espalda baja. Me giré con un chillido, pero él ni siquiera se inmutó, de modo que sus labios ahora estaban en mi vientre.

—¡Sal de ahí! —Reí, palmeando su cabeza a través del material.

Gruñó, sujetó mis muslos y me izó en el aire, de manera que ahora era mi pecho el que recibía las atenciones de sus deliciosos labios. Eché hacia atrás la cabeza con brazos y piernas fuertemente envueltos alrededor de su cuello y caderas.

»¿Qué estás haciendo? —murmuré disfrutando de la sensación.

—Quiero un poco de Jen antes de tener que compartirme esta noche. —Me llegó su voz ahogada.

Él no veía absolutamente nada, por eso me sorprendió cuando echó a andar y —suponiendo que quería llevarnos al dormitorio— comencé a darle indicaciones. Ni siquiera caminaba despacio, ya que incluso a ciegas parecía conocer perfectamente el camino y, con lo obsesivo que podía ser en ciertos aspectos, no me extrañaría en lo más mínimo que tuviera medido cada paso en caso de un asalto a su casa o algo así. Íbamos por el oscuro pasillo, tan solo iluminado por las guirnaldas de luz que colocamos como decoración navideña, y de no ser porque no podía ver su apuesto rostro, habría resultado casi mágico al estar rodeados por esas suaves lucecitas.

Probablemente no era algo muy recomendable, pero aún no habíamos llegado al dormitorio cuando metí la cabeza por el cuello del jersey y quedamos cara a cara. Segundos después se detuvo e imaginé que ya habíamos llegado... o

no. No tenía ni idea y tampoco me importaba demasiado. Estábamos ambos escondidos dentro de mi enorme jersey y rozó mi barbilla con la nariz antes de mirarme a los ojos, mientras nuestros alientos se entremezclaban.

—Hace un poco de calor aquí dentro, ¿no? —apunté con un mohín.

No rio como yo esperaba que hiciera, sino que sacudió la cabeza.

—A mí me parece perfecto.

Se quedó observándome muy serio, cada parte de mi rostro. Pasaba de los ojos, a las cejas, la nariz, los labios... era como si estuviera tratando de grabar y memorizar cada rasgo, como si no quisiera perderse nada.

Ladeé un poco la cabeza.

—¿Qué ocurre, Luke?

A través de la lana se percibía el tenue y cálido resplandor de las guirnaldas navideñas y nos quedamos así, conmigo encaramada a él —como siempre—, mientras me miraba fijamente a los ojos durante unos segundos y apretaba la mandíbula antes de responder.

—Quiero que te quedes aquí.

Fruncí el ceño.

—De acuerdo —convine—, no pensaba volver a casa esta noche. Además, ya me q...

—No —atajó muy serio—. Quiero que te quedes aquí conmigo, esta noche y todas las demás.

—¿Qué?

Resopló y sacudió la cabeza con una sonrisa jugando en sus labios.

—Para ser tan lista, te está costando entenderlo. —Apretó el agarre en mi cintura—. Vente a vivir conmigo, Jen.

Lo miré en *shock*.

Abrí la boca, solo para volver a cerrarla. Aquello era lo que siempre había querido y esperado, y lo tenía ahí. Me lo estaba poniendo fácil, no solo eso, me lo estaba sirviendo en bandeja de plata y ahora que estaba ocurriendo, no sabía qué diantres hacer con ello. ¿Lo quería? Por supuesto, más que a nada. Pero mentiría si dijera que no me estaba asustando. Un poquito.

—Yo... Yo... —«Céntrate, Jen». Sacudí la cabeza lo poco que el reducido espacio me lo permitía—. ¿Te importaría salir de mi jersey y dejarme en el suelo para poder hablar como dos personas normales?

—No.

—¿No?

—Eso he dicho. —Cerró los brazos a mi alrededor con fuerza, uniendo más nuestros cuerpos si es que eso era posible—. Di lo que tengas que decir así como estamos, no quiero que te escapes.

Entrecerré los ojos, pero cuando lo vi enarcar las cejas, supe que hablaba totalmente en serio. Además, me gustaba estar así.

—Es... —Traté de reorganizar mis ideas—. Escucha, ya paso aquí casi cada noche y no veo razón para precipitar las cosas cuando solo estamos empezando. No quiero correr demasiado y estropearlo todo.

—Nena, nos conocemos desde hace más de diez años y ya he visto todo lo que necesito saber de ti. —Sacudió la cabeza—. No hay nada que me vayas a enseñar que me pueda asustar porque ya te he visto en tus mejores y peores momentos. Creo que ha llegado el momento de que nos demos más.

Me mordí el labio... maldito fuera por decir las palabras adecuadas y hacerme dudar.

—Precisamente porque hemos tardado mucho en llegar hasta aquí —razoné—, no entiendo a qué viene tanta prisa. Eres... —Hice un gesto con la mano, pero con la maldita lana ninguno veíamos nada fuera de esa pequeña burbuja—. Eres tú, eres Luke. ¡Tú no eres impulsivo ni atrevido! Eres...

—¿Me estás llamando aburrido?

Gruñí y entrecerré los ojos.

—No le des la vuelta a mis palabras, Sullivan. —Tras unos segundos chasquéé la lengua—. Pero no me puedes negar que eres un poco demasiado... prudente.

—Maldita sea... —Rio con ganas—. A esto es a lo que me refiero, Jen. —La sonrisa seguía brillando en su rostro, pero ahora su voz tomó un cariz más serio y profundo—. Quiero esto, lo que somos, y quiero encontrarlo cada día al volver a casa. Nos quiero a nosotros de todas las maneras posibles. —Apoyó su frente contra la mía—. *Te quiero* a ti, nena.

Aspiré una bocanada de aire, temblorosa. Sentí el corazón latir acelerado y golpear contra mi pecho con la fuerza de cien tambores de guerra, solo que, por primera vez, no estaba ante ninguna batalla en la que me la estuviera jugando. Apreté los labios y luché contra las palabras. Quería decirlas, no porque sintiera la necesidad de que las tuyas no quedasen colgando en el aire, sino porque de verdad lo sentía. Lo amaba con cada parte de mí, y él lo sabía. Pero aún podía recordar la primera vez que le dije que lo quería y eso no es algo que apartas con facilidad como si nada.

—Luke... —musité.

—Lo entiendo —atajó—. Lo sé, Jen. —Me miró a los ojos y sentí su mano acariciar la piel desnuda de uno de mis muslos—. Sé lo que sientes y no necesito que lo digas ahora, hazlo cuando estés lista. Te quiero —repitió con convicción—. Solo prométeme que lo pensarás.

¿Cómo decir que no? Era un milagro que no me hubiese derretido ya en

sus brazos.

I Love You de Royal Bliss se reproducía desde el iPod colocado en su base sobre la cómoda.

Asentí antes de acercar mis labios a los suyos. Comenzó siendo un beso lento y tranquilo, uno cargado de aceptación, el de dos personas que saben que volverán a repetir ese mismo ritual millones de veces más, pero que quieren disfrutar de *ese beso* en concreto. Porque no hay dos iguales. No volvería a haber otro beso después de que Luke me hubiese dicho por primera vez que me amaba. Eso no volvería a suceder mientras ambos nos escondíamos del resto del mundo en el interior de un enorme jersey y tampoco habría unas cálidas guirnaldas navideñas iluminándonos. Era un beso para atesorar, porque jamás se repetiría.

No pasó mucho tiempo hasta que, como siempre ocurría con nosotros, todo se convirtió en más. Más pasión, más calor, más necesidad, más ganas. Más.

Roté las caderas buscando fricción y gruñó apretando el agarre en mis muslos. Maldito fuera, necesitaba salir de ese maldito jersey no solo porque me faltaba el aire, sino porque había algo que necesitaba hacer. Pero cuando él comenzó a caminar, supe que sus planes involucraban una cama. Comencé a retorcerme entre sus brazos y en el instante en el que aflojó un poco, me deslicé por su cuerpo como si fuese una barra de *pole dance*. Lo hice despacio, estirando los brazos sobre mi cabeza y dejando el material atrás, de manera que —una vez me hube quitado los calcetines— al final quedé de rodillas en el suelo tan solo vestida con un *culotte* de encaje negro. Luke acababa de salir de la ducha cuando me encontró en la cocina, así que solo vestía unos bóxers blancos. Cuando se deshizo del enorme jersey, bajó la mirada hacia mí y, si no hubiera estado ya de rodillas, el calor y el amor que vi en su rostro me habrían acabado dejando en esa posición.

—Joder —murmuró acariciando mi barbilla con ternura—. Eres preciosa.

Giré el rostro y besé su palma.

—Estas serán las únicas ocasiones en las que me verás de rodillas, Sullivan —respondí con voz sedosa y apretando su erección en mi mano—. Así que disfrútalo.

Pasé la lengua por la cabeza, justo antes de metérmela en la boca. Siseó y agarró un puñado de mi cabello.

—En realidad... —gruñó con voz ronca, mientras salía y entraba con lentas estocadas—. Me gustaría pensar que podré verte así a menudo.

Despacio... muy despacio y succionando con fuerza, fui dejándolo salir de mi boca. Levanté la mirada y me encontré con sus ojos. Volví a lamer la punta antes de hablar.

—Quizás deberías replantearte lo que dices cuando mis dientes están tan

cerca de algo tanpreciado y sensible, cariño.

Lo estaba bombeando en mi mano mientras hablaba y, para dejar aún más claro lo que quería decir, me metí la punta en la boca y raspé suavemente justo antes de succionar con fuerza. Cuando lo miré me encontré con una de las imágenes más eróticas que había visto en toda mi maldita vida. Él con la cabeza echada hacia atrás. La nuez de Adán de Luke moviéndose mientras un profundo gruñido emergía de su garganta. Cada fibra y músculo de su magnífico cuerpo estaba en tensión y parecían ondularse bajo aquella cálida y escasa iluminación, el puño que mantenía en mi cabello se apretó todavía más haciendo que escociera un poco, aunque no lo suficiente como para quejarme. Tal era su desesperación. Su necesidad.

Y yo le estaba haciendo eso a alguien tan poderoso como él.

Nadie más.

Dejé de jugar y volví a metérmelo en la boca, acariciando sus testículos, masajeándolos. Lamiendo, raspando y succionando aquella parte de él. Arañando su tonificado estómago y arrancándole quejidos de placer. Quise tomarlo absolutamente todo de él, pero, como siempre, Luke tenía otros planes. De repente, me sujetó por los brazos y me levantó, y lo siguiente que supe fue que mi cuerpo rebotaba sobre la cama.

—Me toca.

Aquellas dos simples palabras encerraban una oscura promesa que me habría hecho apretar los muslos, de no ser porque apenas dos segundos después se acomodó entre mis piernas antes de invadir mi cuerpo de la más deliciosa de las maneras.

Dijo que quería un poco de Jen antes de tener que compartirme con el resto. Y lo hizo, por supuesto que sí, pero no tomó un poco porque siempre tuvo cada parte de mí. Desde aquel día en el aparcamiento de la escuela cuando por primera vez me sacó de problemas, fui suya.

Y eso no cambiaría jamás.

El ambiente en Mick's era de lo más distendido. A las fiestas navideñas había que sumarle la recuperación de Terry y que allí nos sentíamos en casa. Estoy segura de que no había más de veinticinco o treinta personas entre familia, amigos y algunos de los chicos de comisaría. Incluso el joven Ben decidió quedarse allí un rato más después de que la señora Moretti se fuera a casa a descansar con Sadie. Aún no había encontrado una solución para el chico, tal

como le prometí, pero Mario —que era la persona con la que necesitaba hablar — había viajado a su país para pasar las fiestas, faltaban dos días para que volviera y estaba segura de que tendría muy buenas noticias para el muchacho. Fruncí el ceño cuando lo vi hablando por teléfono y, con quien fuera que estuviera hablando, parecía molesto.

—Oye, extraña.

Mia golpeó su hombro contra el mío antes de entregarme un delicioso *Cherry Bomb*.

Aún me sentía culpable por no haberle hablado jamás acerca de mis sentimientos hacia Luke y todo lo que después había sucedido entre nosotros. Y la maldita lo estaba usando contra mí.

—Deja de hacer eso —medio gruñí, medio supliqué.

Se colocó frente a mí con el ceño fruncido.

—Que deje de hacer, ¿qué? —Mia no sabía fingir y parecía sinceramente confundida.

—De meterte conmigo por lo de Luke —aclaré.

Al principio no cambió su expresión, hasta que unos segundos después se formó una bien redonda O en sus labios y comenzó a sacudir la cabeza con una sonrisa marca Mia.

—¡Nada de eso! —rio. Pareció repensar lo que iba a decir—. Bueno, sabes que habría preferido que me hablaras de ello, pero... —Sacudió la cabeza—. Te digo extraña porque siento que últimamente no nos vemos lo suficiente.

Y ahí estaba, otro aguijónazo de culpabilidad. Porque llevaba razón y yo también la echaba de menos, pero entre las prácticas, la universidad y todo lo de Luke... Vale, no tenía excusa. Pero ella tampoco.

—Bueno, pues tendremos que remediarlo —sonreí pícaro—. Además, no soy la única que ha estado ocupada. De hecho... —Ladeé la cabeza, evaluándola—. No sé cómo puedes caminar con esa especie de luna de miel porno que te has montado con Reed.

Reí hasta que vi la cara de espanto de mi amiga al observar algo por encima de mi hombro y, antes de poder preguntar, escuché un sonido ahogado. O puede que un gruñido, no lo sabía.

Me giré y allí estaba el señor Sullivan, mirando entre ambas con una expresión que oscilaba entre la consternación, la molestia y el más absoluto y crudo horror que se pueda dibujar en el rostro de una persona.

—Eh, señor S... —comencé, pero él cerró los ojos y levantó una mano para silenciarme.

Por supuesto, obedecí y me coloqué junto a mi amiga, que se mordía el labio luciendo tan avergonzada como culpable.

—Hijo de puta —murmuró Chuck. Paseó la mirada por el local hasta que entrecerró los ojos al encontrar lo que buscaba—. Os veo en un momento, chicas. —Sin más palabras, nos dio la espalda justo antes de tronar—: ¡¡Reed!!

No pude evitar reírme ante el estupor de mi amiga.

—No tiene gracia, Jen —regañó. Pero incluso ella no pudo evitar la sonrisa.

—¡Oh, vamos! —desestimé con un gesto de la mano—. Sí es gracioso, nena. A estas alturas tu padre ya debería tener asumido que no eres virgen e incluso si lo hubieras sido... —Señalé con la mano hacia el lugar donde se encontraba su hombre—. Míralo, nadie en su sano juicio le negaría su cerecita a semejante espécimen.

—Le has dicho que vivo en una continua película porno —replicó con voz plana.

—Ah, ah. —Negué con la cabeza, señalándola—. Te lo estaba diciendo a ti, él ha sido un oyente no esperado e indirecto, nada más.

Me miraba con expresión en blanco, hasta que enarqué una ceja y ambas rompimos a reír sin poder evitarlo ni un segundo más. Se limpiaba una lágrima cuando suspiró y señaló con la cabeza a su padre y a Reed, quien lucía un poco incómodo. O mucho. Seguro que no quería imaginar lo que el señor Sullivan le estaría diciendo en ese momento.

—Será mejor que vaya a rescatarlo.

—Uhhh... déjalo un poco más —sugerí. Me fulminó con la mirada y me encogí de hombros—. ¿Qué? Todos los chicos con los que salimos debían pasar por el filtro Sullivan, no veo por qué él debe ser diferente.

—Y mi hermano, ¿qué filtro se supone que debe pasar?

—Dudo mucho que tu padre quiera tener esa conversación con él —reí.

—Cariño, tú también eres una Sullivan, no lo olvides.

Guiñó un ojo, risueña, antes de dar media vuelta y meterse de lleno en su particular misión de rescate. Ajá, pensé mirando hacia ellos, ni loca me metería en esa conversación.

Vi a Mick palmear la espalda del chico nuevo. Con fuerza. Al parecer, en el momento en el que le dijo que era de origen irlandés pasó a convertirse en su mejor amigo.

Localicé a Luke y nada más ver la tensión en su postura y el gesto preocupado de Tucker, me acerqué hasta donde estaban. Cuando llegué a su lado, rodeó mis hombros con su brazo, acercándose más a él; iba a preguntarle qué ocurría, pero vi su mandíbula apretada y busqué aquello que observaba. Terry estaba en su silla de ruedas y, aunque no lucía mal, sí era cierto que no parecía él, no del todo. Los señores White le hablaban, pero no aparentaba estar

muy interesado en lo que le decían mientras tomaba un sorbo de lo que supuse sería bourbon en un vaso corto.

—Cariño. —Escuché a su madre—. ¡Es ridículo! Mírate, pasará un tiempo hasta que puedas valerte por ti mismo, es mejor que te quedes en casa.

Su padre también habló, aunque no entendí lo que dijo. Tucker parecía incómodo cuando habló justo a mi derecha.

—Bueno... —Se rascó la nuca—. Si se va a sentir más cómodo en su casa, a mí no me importaría echarle una mano en lo que haga falta.

Terry lo fulminó con la mirada antes de escupir molesto:

—Cállate de una maldita vez, Tuck.

Y, por increíble que parezca, lo hizo. Retrocedió un paso y sacudió la cabeza pareciendo dolido, tanto con la situación como con las palabras de su amigo. Me sentí molesta en su nombre y, aunque quería a Terry como a mi hermano y sabía que estaba atravesando un momento complicado, no me gustó que le hablase así a su amigo sabiendo lo culpable que este se sentía por todo lo sucedido durante la redada. El espacio que Tuck dejó al marcharse pronto fue ocupado por Brooklyn que, con los brazos cruzados, observaba la escena sin perder detalle. Y yo estaba allí, sin saber qué demonios hacer. Sentía la necesidad de Luke de intervenir, de tranquilizar a los señores White y de meter un poco de sentido común en la cabeza de su amigo. Los padres incluso llegaron a sugerir que, si tan empeñado estaba en volver a su casa, quizás la mejor solución sería contratar a alguien que lo ayudase.

Entonces, como soy yo —y no es necesario que diga más—, se me ocurrió una idea maravillosa que pensaba exponer... justo cuando quien menos lo esperaba se me adelantó.

—Disculpen que me entrometa —terció mi nueva amiga dando un paso adelante—. Yo estoy buscando otro trabajo que compaginar con este, él... —señaló con la cabeza a Terry y ya no volvió a apartar la mirada—necesita a alguien que le ayude durante un tiempo con las cosas de casa y además nos conocemos de aquí. —Se encogió de hombros con una preciosa sonrisa—. Quizás sería la solución perfecta para todos.

Sus padres se miraron con una conversación silenciosa, sin negarse a ello, pero tampoco pareciendo muy convencidos. Brooklyn cruzó los brazos y se enfrentó a Terry con una ceja enarcada y mirada retadora, mientras este a su vez la observaba fijamente, casi sin pestañear diría yo. Miré entre ellos, preguntándome qué demonios estaba pasando.

—Verás... —comenzó la señora White.

—Brooklyn —terminó por ella, con voz amable.

—Brooklyn —sonrió la madre de Terry—. Es muy considerado por tu

parte, pero no creemos que...

—Estás contratada —atajó Terry con decisión, aún con la vista clavada en nuestra chica.

Enarqué las cejas e incluso me pareció que Luke daba un respingo. Cuando lo miré parecía un poco confundido, pero se limitó a sacudir la cabeza y encoger los hombros. Muy bien, pues mejor no meternos ahí.

Brooklyn asintió y tras despedirse de los presentes, giró y me guiñó un ojo, pícara, antes de susurrarme:

—¿Qué te parece si animamos esto un poco?

Oh, me gustaba. De inmediato me envaré y Luke advirtió:

—Jen.

—Oh, vamos... —Le palmeé el pecho con suavidad—. Todo está bajo control, no te preocupes, cariño.

Gimió y cerró los ojos.

—Nena, por favor, esas palabras tienen justo el efecto contrario.

Reí y lo besé en los labios.

—Vuelvo enseguida.

—¡Ey, jefe! —llamó Brooklyn, pero este la ignoró.

—¡¡Oye, Micky!! —grité aún más, encaramándome ya sobre la barra.

Cuando se giró, me fulminaba con la mirada y el entrecejo fruncido mientras el señor Sullivan soltaba una sonora carcajada.

—Maldita sea, Jen... —gruñó, pero de inmediato lo interrumpí.

—Vamos, pon nuestra canción, ¡que se note que estamos de celebración!

—No vuelvas a llamarme así y no sé cuál demonios es...

Lo ignoré mientras voceaba llamando a mi amiga, que ya se dirigía hacia nosotras con una sonrisa.

—¡¡Vamos, Mimi!!

Ella se detuvo en seco a pocos metros.

—Odio que me llames así, lo sabes.

—Maldita sea —protestó el señor Sullivan—. A este ritmo acabará por convertirnos a todos en puñeteros muñecos.

—Al menos el mío no va despeinado —acicateó Mick a su amigo.

Incluso sobre las charlas y la música, escuché la tintineante risa de su esposa mientras lo besaba en la mejilla.

The shoop shoop song de Cher comenzó a sonar y le lancé un beso a Liam, que sonrió y meneó las cejas a su jefe.

Brooklyn, Mia y yo gritamos emocionadas con los brazos en alto.

—Cielo santo. —Tucker nos contemplaba a las tres extasiado—. Voy a tener mi propio *Coyote Ugly*. —Se giró para dirigirse a Mick—. Tienes que

instaurar un día oficial para esto, Mick. —Lo miró fijamente—. *Hazlo...* Tienes que hacerlo por mí.

—Esa de ahí arriba es mi mujer, Tuck —gruñó Luke, lanzándome una mirada capaz de derretir los polos. Guiñé un ojo, me lamí el labio despacio y reí cuando se removió en el sitio.

—Y la mía —espetó Reed.

Tuck, que se había quedado en medio, miró de uno a otro antes de clavar la vista en Brooklyn con una sonrisa pícaro.

—Recuerda, cariño —dijo ella con voz *sexy* y señalándose el dedo anular de la mano izquierda.

Mia y yo rompimos a reír al mencionar la canción que le dedicó en su momento para mantenerlo a raya. Cuando Tucker echó hacia atrás la cabeza con un gemido atormentado, supe, sin lugar a duda, que él también lo recordaba.

Giré la cabeza, aún riéndome, mientras comenzábamos nuestro baile, cuando me di cuenta de que Terry estaba en su silla de ruedas mirando fijamente a Brooklyn.

Aquello me sorprendió, pero ni mucho menos pensaba meterme ahí.

No, no.

Bueno, igual en otro momento podía preguntarle a ella. Otro día.

Pero esa noche era nuestra.

De los amigos.

De nuestro chico, Terry.

De la familia del Distrito 9.

Capítulo Veintitrés

Dos días después de la fiesta en Mick's Mario estaba de regreso, tal como dijo.

Para que luego hablen de la eficiencia alemana, ¡ja! Aunque era mucho más relajado que Luke, estaba segura de que cuando se conocieran más a fondo, se llevarían de perlas. Porque sí, ya se habían visto alguna vez después de que Luke y yo hubiéramos... estado juntos, pero sus interacciones fueron tan breves como espaciadas en el tiempo y, la verdad, lo prefería así.

Aún tenía que comentar con mi amigo argentino todo lo de Ben y, teniendo en cuenta las fiestas y tantos días como hacía que no nos veíamos, decidí darle una sorpresa. Así que ahí estaba, de camino a una cafetería cerca de Horan Park que preparaba los mejores *muffins* y donas de toda la ciudad de Chicago; ese día no tenía clases, así que decidí darnos un homenaje mientras nos poníamos al día. Me gusta comer, disfruto haciéndolo, así que en ese aspecto conocía algunos lugares muy, muy buenos.

Cuál fue mi sorpresa cuando, tras girar la esquina, vi caminando por mi misma acera a Brooklyn. De inmediato sonreí. Me gustaba esa chica. Era sincera, directa y divertida, no se andaba con dobleces y cuando miraba sus ojos podía ver que escondía mucho más de lo que *a priori* dejaba entrever, pero eso era otra historia.

Ambas nos detuvimos justo ante el escaparate de la cafetería.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Cómo tú por aquí?

Reímos porque no solo hablamos a la vez, sino que casi dijimos lo mismo. Señalé con el pulgar hacia el local a mi derecha. Ella enarcó las cejas con una sonrisa pícara.

—*Muffins* —ofrecí como explicación.

Gimió con expresión de placer e incluso se mordió el labio.

—Dios, sí... Aquí preparan los dulces más deliciosos que he probado.

Le cedí el paso mientras sujetaba la puerta para pasar.

—Que no te escuche decir eso la señora Moretti —reí.

—Sí —coincidió—, ya me han dicho que es una mujer de carácter.

—Eso sería el eufemismo del año —murmuré por lo bajo.

Y era verdad, ya podía imaginarla preparando dulces como una loca con tal de demostrar que los suyos eran los mejores, mientras el señor S salivaba sabiendo que jamás llegaría a probarlos. Pobre hombre, a día de hoy sigo pensando que desde que le sacaron el azúcar alto, jamás se habían preparado tantos postres en esa casa.

En cuanto entramos al local los aromas de la canela, la vainilla y el café me envolvieron como la más dulce y deliciosa capa que puedas imaginar. Unidos a los paneles de madera en las paredes y los cómodos asientos alargados alrededor de cada mesa, hacían de él un lugar casi perfecto donde esconderse del mundo. Nos colocamos a la cola, esperando a que llegase nuestro turno. Al principio estuvimos en silencio hasta que, por supuesto, me picó la curiosidad.

—¿Qué estabas haciendo por aquí? —Enarcó una ceja y aclaré—: Además de conseguir un buen desayuno, claro está.

Me miró con una media sonrisa en sus labios color cereza y chasqueó la lengua antes de responder.

—Vivo a un par de manzanas. —Apartó la mirada y observé su perfil—. En realidad, Terry se trasladó ayer a su casa, así que hoy es mi primer día como su empleada. —Se encogió de hombros—. Supuse que estaría bien llevarle algo que le endulzase un poco el carácter.

Vaya, sí que se había dado prisa en salir de casa de sus padres. Entonces algo de lo que dijo...

—Espera, ¿nuestro Terry? —Asintió con las cejas enarcadas—. Pero si es uno de los hombres más amables y encantadores que he conocido.

Ella, tan segura de sí misma como parecía siempre, mostró sin querer cierta incertidumbre.

—Sé que es tu amigo y no era mi intención criticarlo, ni mucho menos —aclaró con voz suave y mirándome a los ojos, antes de suspirar y sacudir la cabeza—. Es solo... créeme, también lo he conocido. No tanto como tú, obviamente, pero sí que vi algo en él diferente al resto.

—Sé lo que quieres decir —la interrumpí con una sonrisa pícara—. De los cuatro amigos, es el único al que nunca he sentido la necesidad de golpearle las nueces hasta que le asomaran por la boca.

Brooklyn me miró en *shock* un par de segundos antes de romper en una sincera y muy sonora carcajada que llamó la atención de varios clientes. Incluso la chica que estaba delante de nosotras en la cola no pudo evitar reír y vi que sus hombros se sacudían, a pesar de que trató de disimularlo con una tos.

—Por Dios... —Brooklyn me miraba como si fuese alguna criatura tan

extraña como divertida—. Me gustas, Jen. De verdad que sí.

Sonreí y le palmeé el brazo.

—El sentimiento es mutuo, Brooky.

—No me llames así —replicó de inmediato y mi sonrisa se ensanchó.

—Ahora me gustas más aún. —Parecía que iba a abrir la boca para preguntar a qué me refería, pero la espanté con un gesto de la mano. Había algo que me interesaba más—. Estábamos hablando de Terry.

Me observó con ojos entrecerrados un momento antes de hablar.

—Sí, bueno, lo que trataba de decir antes es... —Meditó sus palabras un segundo y sacudió la cabeza—. Creo que tiene mucho rondando su cabeza en este momento. El Terry que yo he conocido es encantador, divertido, atrayente y... —Se calló al ver mi expresión pícaro. Se aclaró la garganta—. Ahora, sin embargo, es como si de algún modo estuviese apagado, retraído. —Sacudió la cabeza y parecía realmente apenada—. Mucho más ceñudo y melancólico, nada parecido al hombre que era antes de esa maldita redada.

Y tenía razón, lo sabía.

Era algo que Luke y yo habíamos comentado y que, a pesar de tenerlo realmente preocupado por su amigo, confiaba en que con algo de tiempo y paciencia acabaría resolviendo. De momento, solo podíamos estar ahí para él.

Iba a responder, pero las dos chicas justo detrás de nosotras no paraban de parlotear sin cesar. Y lo hacían en voz demasiado alta porque al parecer sentían la imperiosa necesidad de compartir con el resto de los clientes lo atractivo que era un tal Thomas y el carísimo bolso con el que una de ellas pensaba hacerse. Las fulminé con la mirada, pero de inmediato giré hacia delante cuando la camarera llamó a la chica tras la que estábamos esperando turno. Ya casi nos tocaba y no pude evitar salivar mientras escaneaba el expositor de dulces.

Brooklyn se frotaba las manos, al parecer tan ansiosa como yo por degustar los postres.

—¿Crees que la gorda de ahí delante dejará algún dulce para los demás?

La venenosa y dañina pregunta fue hecha con sorna por una de las chicas que estaba detrás y, por supuesto, en voz lo suficientemente alta como para que medio local las escuchase.

—Dios, espero que sí —respondió la otra con sorna—. Yo en su lugar solo tomaría agua con limón.

Vi cómo la postura de la aludida cambiaba en un parpadeo y sus hombros se encorvaban. Creo que incluso la vi suspirar. Sí, he dicho bien. No es que la escuchase, sino que en los movimientos de su cuerpo pude verlo, del mismo modo que casi podía ver también las lágrimas de vergüenza que estarían anegando sus ojos.

—Creo que con el café será suficiente, Karen —dijo a la camarera con voz suave y tímida.

—Hijas de la grandísima puta... —murmuré ya girándome hacia ellas.

Me sorprendió cuando Brooklyn me agarró del brazo deteniendo lo que iba a ser una pelea en toda regla. La miré y me di cuenta de la rigidez de su postura, la mirada dura y brillante... Sí, parecía tan furiosa como yo me sentía. Negó con la cabeza y articuló un silencioso:

«Espera».

A pesar de no llevar muy bien el que me diesen órdenes, la curiosidad pudo conmigo y decidí obedecer y ver qué se le había ocurrido.

Era nuestro turno y cuando la chica de delante se marchaba con la cabeza gacha y café en mano, mi amiga puso la mano en su espalda deteniendo la espantada con suavidad.

—Disculpa. —La chica giró y miró entre nosotras pareciendo insegura—. ¿Podrías esperar un momento? Creo que necesitaremos que nos eches una mano con algo —aclaró con esa sonrisa que se había ganado a cada parroquiano en Mick's.

A cada segundo que pasaba me sentía más intrigada, así que sonreí a la chica, quien asintió.

—Por supuesto, no hay problema.

—Perdona, eh... Karen, ¿verdad? —Cuando la camarera asintió, Brooklyn continuó—: Perfecto, Karen, tengo una pregunta, ¿estos son todos los postres disponibles ahora mismo?

Hizo un gesto abarcando todo lo del expositor.

—Eh, sí —respondió la camarera con el ceño fruncido—. Bueno, y también esa bandeja de *muffins* de ahí —indicó, señalando a su espalda. Por Dios... parecían pequeños bocados de cielo—. Ha sido una mañana bastante ajetreada, así que hasta dentro de un par de horas no saldrá ninguna hornada nueva.

—¡Perfecto! —Aplaudió con excesivo entusiasmo antes de girarse para encararme—. ¿Qué te parece? —inquirió señalando con la cabeza hacia los dulces.

A pesar de la sonrisa pícara, había una dureza en su mirada muy difícil de pasar por alto. Oh, sí, estaba tan furiosa como yo. No puso voz a la idea que se le había ocurrido, pero tampoco fue necesario porque la pillé de inmediato.

Por todos los santos vengadores... casi tengo un orgasmo al darme cuenta de que acababa de encontrar a mi compinche ideal, pero con cabello caoba. Y mucho más diplomática, debo reconocerlo.

—Dale duro, nena —sonreí con malicia.

Asintió antes de volver a encarar a la camarera.

—Muy bien, Karen —sonrió—. Nos los llevamos todos.

—¿Perdón? —La camarera parecía estupefacta y la chica a la que habían insultado nos observaba con ojos desorbitados.

—Nos los llevamos todos —repitió—. Tómame tu tiempo para prepararlo, no hay prisa.

Un jadeo indignado provino de nuestra espalda.

—¡No puede hacer eso!

—Pues parece que acaba de hacerlo —repliqué con voz azucarada, mirando a aquella rubia oxigenada de arriba abajo—. Estoy segura de que ahora podrás disfrutar de esa agua con limón que tango te gusta.

Volvió a jadear y la otra amiga tomó la palabra ignorándome y mirando a Karen.

—Pero no puede dejar un local como este sin existencias, ¿verdad? — Parecía muy molesta. Bien.

La camarera, que también había escuchado sus comentarios hacia la otra chica, apenas si podía contener la sonrisa.

—Bueno, no hay nada escrito que diga que no pueden comprar todo cuanto quieran. —Se encogió de hombros—. Si esperáis un par de horas, tendréis el placer de probar una hornada recién hecha.

—¡¡Dos horas!! —exclamaron al unísono, bastante enojadas, debo añadir—. No pienso volver a poner un pie en este agujero infecto...

Y así, entre maldiciones y aspavientos, salieron del local dejando al resto con una sonrisa. Ya sí que no pude reprimir la carcajada.

Karen nos guiñó un ojo.

—Muy bien, iré a preparar vuestro pedido.

No era que me sobrara el dinero y estaba segura de que a Brooklyn tampoco, puesto que cuando Terry la contrató estaba buscando trabajo para conseguir ingresos extras, pero estaba segura de que iba a ser una de las mejores inversiones que haría en mi vida. Esa sensación quedó confirmada cuando miré a la chica por la que empezó todo aquello y vi el brillo en sus ojos mientras nos observaba.

—Eso es... —Se aclaró la garganta—. Gracias, no teníais por qué hacerlo, pero gracias.

—Siempre he odiado a los abusones —expliqué.

—Y yo el agua con limón —dijo Brooklyn con un guiño—. Me produce acidez.

Las tres rompimos a reír.

Quince minutos después dejamos a aquella chica, Bella, en la cafetería

repartiendo algunas donas y *muffins* entre los clientes. Después de todo, no era justo para el resto quedarse sin comer por culpa de aquellas dos harpías. Bueno, y por nuestro sentido de la justicia, claro está. Brooklyn y yo salimos cada una cargada con dos cajas. Desde luego íbamos a tener suministro para unos cuantos días. Teníamos que tomar direcciones opuestas, ella para ir a casa de Terry, que vivía a solo un par de manzanas de la casa de Luke, y yo para dirigirme a Blood& Roses Inc. a ver a Mario.

—Bueno, ahora que sé que casi somos vecinas, espero verte un poco más, y no solo cuando vayas a Mick's.

Habló con ligereza, pero no olvidé cuando me comentó que no conocía a nadie en la ciudad. La misma noche que, sin apenas conocerme, intervino pensando que Luke me estaba dando problemas. Y, sí, por supuesto que nos veríamos más a menudo. Me gustaba esa chica.

Asentí y le guiñé un ojo.

—Dalo por hecho. —Quizás no debería meterme, pero...—. Y ten paciencia con Terry, ¿de acuerdo? Solo es un buen hombre atravesando un momento complicado.

—Lo entiendo —respondió—. Y lo haré, pero el hecho de que haya decidido regodearse en la autocompasión, no significa que vaya a aguantarle ninguna mierda.

Fruncí los labios aguantando la risa.

Joder, Terry no tenía ni idea de lo que se le venía encima.

—Tengo la impresión de que os vais a divertir.

Ladeó la cabeza, pensando.

—Ya veremos.

Tras esas palabras, me guiñó un ojo y echó a andar en dirección contraria.

Accedí al jardín delantero de los Sullivan con una sonrisa enorme. Había tenido un día magnífico en todos los sentidos. Primero fue el encuentro con Brooklyn, después una charla con Mario gracias a la cual iba a poder darle unas muy buenas noticias a Ben y para rematar... Dios, no podía esperar a que lo vieran.

Llamé y unos segundos después la señora Sullivan me recibió con una sonrisa que acabó en un:

—¡Cielo santo, Jen!

—Lo sé, ¡lo sé! —Estaba tan emocionada que prácticamente daba saltitos al entrar en casa.

Yo, dando saltitos. Inaudito, pero cierto.

—Esto sí que es una sorpresa —comentó feliz y con ojos chispeantes.

Justo entrábamos a la sala de estar y me disponía a explicarle todo, cuando el señor Sullivan bramó:

—¡¡Por todas las brasas del infierno!! —Di un respingo, sorprendida, al tiempo que él se levantaba del sillón con Brutus en brazos—. De ninguna maldita manera, Jen. ¡No!

Abrí la boca para explicarme, cuando la señora Sullivan dijo con tono tranquilizador:

—Chuck, cálmate.

—¡Ni se te ocurra, Alda! —advirtió señalándola con el dedo.

—Reformula lo que acabas de decir, cariño —replicó ella con tono dulzón y una ceja enarcada.

—Cierto. —Se aclaró la garganta—. Lo siento mucho, nena. —Me miró—. Jen, cariño, te quiero. Eres mi hija, pero en esta casa ya cohabitamos las suficientes personas y mascotas, y me niego a admitir a un nuevo inquilino.

Apenas contuve la risa.

Por Dios, pensaba que...

—No. —Negué y acaricié el hocico de mi nuevo amigo, que no se separaba de mí ni un milímetro—. No, no, no... él... —Bajé la vista hacia mi chico—. Se llama Thor y es mío, solo quería presentároslo.

El señor Sullivan frunció el ceño sin terminar de parecer convencido.

—¿No lo traes para que lo acojamos?

—No —sonreí.

Era normal que pensara eso. Pobre hombre y bendita familia.

—Bien —asintió—. Estaba a punto de decirle a Alda que estás más delgada.

Cerré los ojos.

—¿Es que no comes bien últimamente? —La señora Sullivan apareció ante mí, escrutándome con una genuina preocupación—. Chuck tiene razón, estás más flaca, cariño. No te preocupes. —Me palmeó la mejilla con afecto—. Te prepararé algunos guisos para que recuperes pronto lo que has perdido.

El señor S articuló un silencioso:

«Lo siento».

Ya, seguro que sí.

Aquella tarde cuando fui a la clínica, le conté a Adam que no conseguía sacarme de la cabeza a ese perro desde la noche del rescate. Fue... no lo sé, no

podría ponerlo en palabras y, aunque lo hiciera, tampoco estoy segura de que me entendieras. Era el modo en el que me miraba, todo lo que transmitían sus ojos, la tranquilidad con la que se acercó a mí pese al caos que nos rodeaba. Fue que, quizás, sencillamente lo vi, al igual que me ocurrió tantos años atrás con Shadow. Adam se ofreció a acompañarme al centro municipal donde lo habían trasladado y cuando volví a verlo, lo supe. Ni siquiera tenía que pensarlo, se vendría a casa conmigo. Teniendo en cuenta que sabían quiénes éramos no hubo impedimento alguno, solo tuve que rellenar los formularios y poco más. Todos los informes en cuanto a su conducta eran favorables por lo que afortunadamente corrió mejor suerte que la mayoría de sus compañeros de infierno y a él sí que se le consideró apto para la adopción. No importa que los Rottweiler sean considerados una raza potencialmente peligrosa o agresiva, siempre he tenido claro que, sí, puede que por su naturaleza sean más propensos a determinadas conductas, pero todo depende de en qué manos caigan. Dale a un perro un poco de amor y arrasará el mundo por ti si es necesario. Jamás he visto criaturas más desinteresadas que ellos. Excepto a Mia, claro está.

Sí, era cierto que no se me permitía tener animales en casa, pero tenía intención de aceptar la oferta de Luke, por lo que eso no sería un problema. Solo debíamos apañárnoslas con cuidado durante unos días.

—¿Has pensado algún nombre? —preguntó Adam cuando nos dirigíamos hacia el coche.

Tras subirlo en la parte trasera nos quedamos mirándonos.

—Thor —respondí aún sin mirar a mi compañero y centrada en mi nuevo amiguito.

—¿Como el dios nórdico?

—Sí, pero no cualquier dios —repuse yo, acariciando su hocico—. Estaba considerado como el más fuerte de todos los dioses, un protector.

Igual que mi joven Thor.

Antes de que la señora Sullivan pensara en algo más de comida que prepararme, decidí salir de allí.

—¿Está Ben en casa?

—Sí, está arriba en su habitación. —El señor S intentaba contener a Brutus, que gruñía sin cesar mientras mi querido Thor lo observaba como si de una mosca se tratase.

—Pórtate bien, amiguito. —Palmeé su cabeza con cariño y fui a buscar al chico. Estaba deseando darle las buenas noticias.

Una vez llegué al pasillo de arriba, reduje el paso al escuchar hablar a Ben, seguramente por teléfono y, con quien fuera que estuviera hablando, estaba entre preocupado y furioso. Me detuve a escuchar junto a su puerta entreabierta.

—Mia ha confiado en mí. Igual que Reed —decía en un furioso susurro—. Demonios, toda la familia confía en mí, no puedo hacerles esto. —Enderecé la espalda y agudicé el oído. Hijo de...—. Maldita sea, Rafe... ¡Eso es una mierda y lo sabes! —Pausa—. Sí, te entiendo, pero si me pillan no sé l... —Pausa mientras el otro hablaba—. Muy bien. —Suspiró—. Iré, pero no sé si llegaré con tiempo suficiente.

Y yo sí que había escuchado más que suficiente.

Sin pensarlo un segundo más, irrumpí en la habitación cerrando la puerta tras de mí con tal fuerza que el estruendo hizo que Ben diera un brinco y se le cayera el teléfono al suelo. Ni siquiera le di tiempo a hablar cuando ya avanzaba hacia él, furiosa. No, más que eso estaba... estaba... ¡aaarrggghhh! Estaba lívida, maldita sea.

—Tú... —Lo señalé con el dedo—. Pequeño mierdecilla mentiroso, ¿así es como les pagas? —No quería gritar, pero me planté ante él—. ¿Así es como agradeces lo que están haciendo por ti y por tu hermana?

Levantó las manos en rendición.

—Escucha, Jen, no es lo qu...

—Si se te ocurre decir que no es lo que parece, te cortaré las bolas con un cascanueces —amenacé en un siseo—. Dios santo, esto le romperá el corazón a Mia —murmuré cerrando los ojos—. ¿Cómo se te ocurre hacerles esto? ¿Eh? ¡Dios santo! —Levanté los brazos, tan exasperada como furiosa—. Y yo que venía a decirte que te había conseguido un trabajo estupendo.

—¿Me conseguiste trabajo? —preguntó esperanzado—. ¿Dónde? ¿Haciendo qué?

Lo fulminé con la mirada.

—No es el mejor momento para hablar de eso después de lo que has hecho. Se cruzó de brazos y enarcó una ceja.

—¿Qué se supone que he hecho exactamente?

Se le veía tan seguro que abrí la boca y volví a cerrarla. ¿Qué había hecho? Tenía razón en que no tenía ni la más remota idea, tan solo podía agarrarme a lo poco que había escuchado de su conversación, pero es que eso para mí era más que suficiente.

—Tú mismo lo has dicho —repliqué a la defensiva—. Estás a punto de romper la confianza de esta familia. No lo digo yo, sino tú.

Suspiró y pareció desinflarse.

—Pero no es algo que haya hecho yo, Jen —aclaró—. Precisamente estoy

intentando evitar que mi mejor amigo se meta en un lío del que después no sea capaz de salir.

Parecía sincero y realmente preocupado. Si algo me había enseñado la experiencia, era a no sacar conclusiones precipitadas. Vale, muy bien.

—¿Rafe? —adiviné.

—Sí, él... —Se frotó la cara con fuerza y gruñó antes de hablar—. Tienes que prometerme que no dirás nada de esto a nadie.

Uh, magníficas últimas palabras. Ya conocía muy bien esa canción.

—Sabes que no puedo hacer eso, Ben.

—Pues entonces, lo siento, pero no puedo contártelo.

Gruñí.

Maldito chico terco... Me recordaba mucho a mí misma en demasiados aspectos. Lo observé y no tuve ninguna duda de que hablaba en serio, y yo jamás podría cargar en mi conciencia si les ocurría algo a él o a su amigo, si estaba en mi mano ayudarlos.

Sabía que muy probablemente me arrepentiría en algún momento, aun así...

—Muy bien —convine porque necesitaba saber—. Tienes mi palabra.

Me miró a los ojos en silencio durante algunos segundos, calibrando hasta qué punto estaba siendo franca, estaba segura. Le devolví la mirada, directa y sincera, sin titubear. Le había dado mi palabra y la mantendría, maldita sea.

—Rafe es... —Se frotó la cara y resopló—. Tiene una situación complicada en casa, ¿de acuerdo? Está desesperado por salir de ahí, pero necesita pasta para poder hacerlo. —Mierda—. Un tipo le ofreció algo de dinero fácil.

Jamás hay dinero fácil. No, sin sacrificar algo por el camino.

—¿Cómo va a conseguir este dinero?

Pasé junto a él y me senté en la cama, pues tenía la sensación de que lo iba a necesitar.

—Peleando. —Cuando fruncí el ceño, aclaró—: Luchas clandestinas. Según le dijo, podría conseguir un buen pellizco si ganaba. —Sacudió la cabeza—. Ya lo ha hecho dos veces, y es verdad que ganó bastante pasta con las apuestas, pero lo de esta noche...

Tanto odiaba que me interrumpieran, como que me dejasen a medias.

—Lo de esta noche, ¿qué? —Me miró, indeciso—. Ben, habla de una maldita vez.

—Esas peleas mueven mucha pasta, Jen. —Levantó los brazos, exasperado y giró sobre sí mismo antes de volver a clavar sus ojos marrones en mí—. No me preguntes qué interés tiene ver luchar a gente como nosotros, pero así es. La

pelea de esta noche es contra el campeón invicto de Chicago y es... —Gruñó. Me estaba poniendo de los nervios—. Es...

—Es, ¿qué?

—Mucha de la gente que se mueve en ese ambiente pertenece al CSG —explicó—. Incluido el luchador al que Rafe se enfrentará esta noche.

Hijo de...

Me tapé el rostro con las manos y gemí.

Maldito fuera.

Y me había hecho prometer que no diría nada. Había confiado en mí y yo le había dado mi palabra.

Pero sabía de lo que era capaz el CSG. Terry era prueba de ello, Mia era prueba de ello, casi los perdimos. E incluso el mismo Ben lo había vivido en primera persona cuando los atacaron al salir del instituto aquel día. Pero sabían qué botones tocar, cómo aprovechar esas pequeñas grietas que el miedo y la desesperación cavan en muchos de nosotros y que nos empujan hacia aquello que siempre hemos rechazado. Así de angustiados estamos.

Y es como si lo olieran. Como si fueran capaces de percibir que estamos al borde, que haremos lo que sea. *Cualquier cosa*.

Siempre me había considerado una mujer valiente, o al menos una que era capaz de enfrentar sus miedos. Por supuesto que me asustaba lo que Ben me estaba contando, pero eso no significaba que fuese a darle la espalda.

—Maldita sea... —Volví a gemir, aún sin mirar al chico.

—¿Jen?

—¿Dónde es?

—¿Qué?

Lo fulminé con la mirada y con una decisión ya tomada.

—La pelea, ¿sabes dónde tendrá lugar? —Tardó unos segundos, pero asintió—. Muy bien, pues vámonos.

Me puse en pie y lo pasé de largo, pero él se quedó allí, mirándome sin comprender. O no queriendo hacerlo, no lo sé.

—¿Qué?

—¿No me has oído? —espeté girando para encararlo—. Si quieres ayudar a tu amigo, más vale que muevas el culo y me sigas.

—¿Qué vamos a hacer exactamente? —inquirió ya descendiendo por las escaleras.

Ja. Ni yo misma lo sabía.

Llegamos a la sala de estar y la imagen que nos recibió era... bueno, cuanto menos curiosa.

Thor descansaba sobre su espalda, con las patas abiertas y mirando hacia el

cielo, mientras el pequeño Lucifer, que se había encaramado sobre él, daba pequeñas lamidas a su hocico. El señor Sullivan, con un todavía gruñón Brutus entre sus brazos, observaba toda la escena desde el sillón con el ceño fruncido.

En otro momento puede que me hubiese reído.

—Oiga, señor S, ¿podría prestarme su coche?

Levantó la cabeza y clavó sus ojos en mí.

—¡No! —Salté y lo miré sorprendida. Se aclaró la garganta, luciendo arrepentido—. Quiero decir... Jen, cariño, no creo que sea una buena idea.

Ben rio a mi espalda y lo fulminé con la mirada. Se relajó de inmediato, por supuesto.

—Claro que es una buena idea, se lo devolveré enseguida.

—Pero es que...

—Ni siquiera notaré que lo he tocado —prometí con una beatífica sonrisa.

La duda se reflejaba en sus rasgos. También el miedo.

—Vamos, Chucky —acicateó la señora Moretti, pasando junto a mí—.

Préstale el coche a nuestra Jen.

La ignoró y se centró en mí, aunque era difícil de pasar por alto el tic en su ojo.

—¿Adónde vais?

Vale, esta era la parte que menos me gustaba: mentirle.

Pero era por una buena causa, así que supuse que eso contaba para algo.

—Solo a hacer algunos recados —sonreí—. Le prometo que volveremos enseguida.

Meditó mis palabras durante algunos segundos, hasta que finalmente asintió. Con reticencia. Mucha.

Pobre hombre.

—De acuerdo —accedió a regañadientes—. Aunque a mí no me importaría llevaros.

Sonreí, guiñé a la señora Moretti y ya desde el pasillo, grité:

—No se preocupe, señor S, ni siquiera notaré que me lo he llevado.

Hice un gesto a Ben para que me siguiera y cogí las llaves del mueble de la entrada, donde siempre las dejaba, al tiempo que le escuchaba gritar:

—Por el amor de Dios, ¡no me digas que no me preocupe!

No quise darle tiempo a que se arrepintiera, así que salimos de casa a los pocos segundos. Además, el tiempo corría en nuestra contra según lo que el chico me había contado.

Era curioso que yo, que siempre era la que acababa metiéndose en líos, estuviera acudiendo al rescate de otro chico. Alguien que, por todo lo que sabía, probablemente estaba huyendo de algo similar a aquello que yo escondía al resto

del mundo cuando era incluso más joven que él.
Y con el CSG implicado, nada menos.
Dios... Luke se iba a enfadar.
Muchísimo.

Capítulo Veinticuatro

Luke

Estaba a dos putos segundos de destrozar aquel tablón del demonio.

Eran tantos los detenidos, los sospechosos contra los que ya teníamos pruebas de cargo suficientes como para meterlos entre rejas una buena temporada y las posibles conexiones de muchos de ellos con terceros a los que aún teníamos que investigar más a fondo, que aquello parecía un maldito panal de abejas.

Fotografías, nombres, líneas de tiempo, puestos... todo, joder. Y tenía la sensación de que no habíamos desentrañado ni la mitad de toda la mierda que subyacía bajo la superficie. Decir que estábamos cabreados y frustrados habría sido el puñetero eufemismo del año, porque el hecho de que no parásemos de toparnos con trabas una y otra y otra vez solo conseguía alimentar nuestras sospechas de que altos cargos o nombres muy conocidos en la sociedad de Chicago estaban de mierda hasta el cuello. Y eso, lejos de desalentarnos, solo nos volvía más determinados.

Súmame a todo eso los ataques personales que habíamos sufrido y éramos como malditas bombas de relojería esperando explotar de un momento a otro, y estaba seguro de que cuando eso sucediera, no iba a ser bonito. Ni mucho menos.

Estaba observando algunas de las fotografías: Nelson, el ayudante del fiscal. El maldito subdirector Endelson, también a algunos de los miembros «honoríficos» del CSG y... joder, estaba seguro de que había mucho que se me escapaba. Sí, entendía la captación de chicos para la venta de drogas y como chivos expiatorios, pero algunos de esos mencionados miembros no estaban relacionados con el tráfico de estupefacientes, aunque sí con otras actividades ilegales tanto o más graves. Nos faltaban cosas, pero ¿cuáles? ¿Quiénes?

—Joder —murmuré pellizcándome el puente de la nariz.

Estaba bloqueado y dudaba que llegado a ese punto consiguiera sacar algo en claro de toda esa mierda. Me estaba poniendo la cazadora para marcharme cuando Rosswell me interceptó.

—Oye, Sullivan, espera un momento.

«Maldita sea, y ahora, ¿qué?».

Solo quería recoger a Jen, conseguir algo de cena y relajarme con su pequeño cuerpo junto al mío.

—¿Qué pasa? —Fruncí el ceño cuando me tendió unos documentos. Miré de estos a él—. ¿Teníamos algo pendiente? No recuerdo haberte pedido...

Me callé en cuanto vi el nombre y mis ojos comenzaron a escanear como locos todo lo que allí ponía. Kingston. Volví a sentarme.

—Tienes razón, tú no lo hiciste —explicó, ajustándose las gafas de pasta negras sobre el puente de la nariz—. Pero Reed me encargó esto hace un par de días, es solo que hasta ahora no había tenido tiempo. —Cruzó los brazos—. ¿Sabías que tu compañero es un matón? —Lo miré enarcando las cejas—. Porque lo es, tengo millones de cosas que hacer y él llega gruñendo y exigiendo que dé prioridad a algo que, francamente, no s...

—Ross —interrumpí. No tenía tiempo para sus desvaríos—. ¿Podrías decirme qué has encontrado?

Suspiró, ofuscado, y cogió una silla giratoria cercana —la del mencionado matón, según él— para sentarse a mi lado.

—Bueno, este tipo es una joya. No solo por toda la mierda que carga a sus espaldas... —Golpeó con el dedo índice los documentos—. Sino porque tiene las suficientes conexiones como para haber conseguido librarse de todo en lo que alguna vez lo han pillado y barrerlo bajo la alfombra durante años.

—Sobrino del exalcalde Willis —recordé. Difícil olvidar ese dato, por supuesto.

—Exacto, solo que por aquel entonces era el alcalde Willis. —Enarcó las cejas y se retrepó en el asiento—. ¿Imaginas el escándalo si todas las fechorías de Kingston hubieran salido a la luz?

Por supuesto que podía puesto que, aunque no fuese su tío quien estuviese cometiendo los delitos, si estos eran lo suficientemente graves podrían incluso haberle costado el cargo en las siguientes elecciones a las que, por supuesto, también se presentó y ganó. Solo hacía dos años que había salido del ayuntamiento.

Hojeé por encima los documentos y me sorprendió mucho ver que había recopilado incluso las visitas al maldito dentista.

—Joder, Ross, reconozco que da un poco de miedo que hayas conseguido todo esto. —Lo miré y parecía más que satisfecho—. ¿Cómo demonios lo haces?

Lo que ese hombre no fuese capaz de desenterrar, nadie más lo haría, así que no me sorprendía en lo más mínimo que Reed le hubiese encasquetado el encargo. Demonios, incluso a pesar de la baja calidad de las grabaciones, fue él quien consiguió aclararlas lo suficiente como para que no hubiese dudas en cuanto a la identidad de quienes allí aparecían. ¿Después de eso? Obró su magia y extrajo todo cuanto existía, por algo era el mejor técnico informático de la maldita ciudad.

—Un mago jamás revela sus secretos, Sullivan. —Sonrió antes de cambiar el semblante por completo—. Pasa las dos primeras páginas, ahí es dónde está lo que creo que más te puede interesar.

Y así lo hice. Él permaneció en silencio, dejándome asimilar lo que mis ojos veían reflejado en aquellos putos papeles.

Maldito cabrón...

Tenía de todo, desde los típicos altercados sin mayor importancia de cualquier estudiante en la universidad hasta cargos por violación, agresiones, tráfico de estupefacientes, asalto con agravantes...

—¿Inducción a la prostitución?

Pero ¿qué demonios era todo aquello?

—Lo que estás leyendo, Sullivan —asintió—. Hubo un par de chicas, al menos que sepamos, que lo denunciaron junto a otros tipos, acusándolos de drogarlas y venderlas.

—¿Estudiantes? —Era mi suposición más lógica—. Y explícame eso de que las vendieron.

—Presas fáciles y al alcance de la mano —explicó. Se inclinó hacia delante, apoyando los codos sobre las rodillas y entrelazando los dedos—. Después de que los primeros escándalos lo salpicasen, llegó un punto en que las cosas se volvieron más difíciles de ocultar por la gravedad de las mismas. Las noticias corren como la pólvora, especialmente las de este tipo y...

—Y entonces el tito Willis intervino —adiviné.

Me miró, molesto por haberlo interrumpido, pero no se quejó.

—Después de que la primera chica los denunciase a él y a otro amigo por abusos sexuales, fue el turno de la caballería y, ¿qué crees que ocurrió?

No lo sabía, joder, y tampoco estaba para adivinanzas.

—Ross —advertí.

Señaló los documentos con un gesto de cabeza.

—Dinero y sexo —aclaró—. Dos poderosos caballeros capaces de mover el mundo, incluso si su función principal es encubrir otros actos tan deleznable como los que ellos mismos propician.

—Rosswell, haz el puñetero favor de ir al grano.

—Muy bien, muy bien... —cedió con los brazos en alto y suspiró—. Como te decía, se metió en algunos problemas sin mayor relevancia, cosas típicas de universitarios, podríamos decir. Pero cuando comenzó a emocionarse, cuando empezó a ir a más... —Sacudió la cabeza y se inclinó hacia delante—. Muchos favores tuvieron que ser pedidos y mucho dinero entregado bajo la mesa para que nada trascendiera, pero como siempre sucede con estas cosas, la avaricia acabó tomando el control.

—¿Por parte de quién? —No estaba seguro de seguirlo.

—¿Cuál es la primera persona a la que acudes cuando el escándalo tiene lugar dentro de la universidad?

—Al rector —razoné.

Y, maldita sea, ya podía sentir la sangre hirviendo.

—Exacto, ¿seguido de quién? —Esa pregunta fue hecha con un tono mucho más oscuro y furioso—. ¿Quiénes se encargan de investigar una agresión? ¿O la violación en grupo de una chica? ¿A quién llamarías para que te protegi...?

Levanté la mano para silenciarlo y cerré los ojos.

—Hijo de puta... —murmuré frotándome la cara con fuerza—. A la policía —asentí a regañadientes—. Untaron a la policía para encubrir las pruebas y silenciar a los testigos.

Afirmó con un movimiento seco de cabeza.

No es que aquello fuera ninguna sorpresa o algo de lo que no hubiéramos sido testigos con anterioridad. Como Ross mismo dijo, la avaricia es un mal poderoso capaz de infectar al mejor de los hombres y que, desgraciadamente, está demasiado extendido por nuestra sociedad. Y todos podemos sucumbir en un momento u otro, en las cosas más nimias que puedas imaginar y a las que normalmente no le das importancia, pero que, si te detienes a analizar con detenimiento, verás que aquello solo lo hiciste porque querías más, porque sí. No por necesidad. El problema radica en que, dependiendo del tipo de persona que seas, serás capaz de apartarte o no. Porque cuando toca a cierto tipo de personas, dicho mal no deja de crecer y crecer con la fuerza de una mala hierba, sus raíces se extienden hasta acabar tocando cada parte de su ser, infectando absolutamente todo a su paso y, llegados a ese punto, no hay retorno posible. Tampoco redención. No hay justificación ni excusa que valga para defender según qué actos.

Es por eso por lo que el solo hecho de pensar en policías, compañeros o mentores implicados en semejantes hechos, me tenía el estómago revuelto, joder.

Servir y proteger, eso se suponía que hacíamos.

Los buenos, eso se suponía que éramos.

Vi pasar a McCoy y le hice un gesto para que se acercase; una vez lo hizo, en silencio, volví a ordenarle sin palabras que tomase asiento. Frunció el ceño, pero obedeció. Me caía bien el chico y además conocía a Kingston desde la universidad, así que quizás le sonara algo de lo que Ross estaba contando.

El informático lo miró, dudoso sobre si continuar o no, pero asentí y no tardó en retomar la palabra.

—Escucha esto, Sullivan. —Apoyó los codos sobre las rodillas—. Una vez que se presentaron las primeras denuncias formales y que Willis intervino, el rector vio un filón, una manera de sacar más ventaja y no solo económica. Ahí es donde entran las chicas y el amigo de Kingston. —Tanto el novato como yo nos inclinamos hacia delante, imitando la postura de Ross. Atentos a cada palabra que decía—. El amigo de tu chica...

—No es nada suyo —gruñí.

Ross apretó los labios antes de continuar.

—Bien. —Se aclaró la garganta—. Como decía, si bien Kingston siempre se inclinó más por la fuerza bruta, su amigo, Traynor, prefería el uso de drogas para incapacitar a sus víctimas y pasar más desapercibido. Teniendo en cuenta que el rector era conecedor de los cargos por los que ambos habían sido denunciados...

—Aproveché para sacar tajada y conseguir chicas —terminé por él—. Las denuncias jamás llegarían a ninguna parte, las chicas eran silenciadas e ignoradas, o incluso enviadas de vuelta a casa. —El novato se irguió en su asiento con la mandíbula apretada—. Y Kingston y... —Recordé algo y volví a revisar los documentos que me dio Ross—. Hijo de puta. —Me levanté y fui hacia el tablón—. ¡¡Maldito hijo de perra!!

—Debo decir —habló Ross a mi espalda— que, aunque admiro mucho tu facilidad de palabra, necesitare algo más que eso para comprender de qué diantres estás hablando.

—Eric Traynor. —Golpeé con el puño sobre su imagen en el tablón—. Él no estaba en la escena la noche de la redada, no que supiéramos, pero tenemos sospechas de que está metido de lleno en la organización del CSG. —Sacudí la cabeza, girándome hacia mis compañeros—. No, *sabemos* que está metido ahí, pero es un cabrón escurridizo y muy bien protegido.

—¿Y dices que este tipo es amigo de Kingston? —inquirió McCoy con la vista clavada en la fotografía del tipo. Asentí—. Recuerdo al otro, pero no a este. Sentí la bilis subir por mi garganta.

Recordé lo que Jen me contó de la última vez que lo vio, las amenazas que le dirigió y aunque ella, tan incauta como podía ser a veces, no le hubiera dado mayor importancia, yo sabía que no eran palabras vacías. Conocía a los tipos

como él y jamás dejaban algo a medias, menos, si se sentían despreciados de alguna manera. El orgullo mandaba y por todo lo que ya sabía de él, Kingston estaba muy lleno de él.

Ahora, más que nunca, estaba seguro de que no había sido casualidad que se fijase en ella. No porque no fuera preciosa y pudiera tener a cualquier tipo a sus pies, sino porque las conexiones con Traynor y el CSG indicaban que aquello no fue más que otro modo de llegar a nosotros. A mí. Y, si algo tenía claro en esta vida, es que en el tipo de trabajo que yo hacía, las casualidades rara vez existen.

Giré hacia el tablero y justo bajo el nombre de su amigo incluí el de Kingston. No necesitaba fotografía alguna para recordar la cara de ese pedazo de mierda. Volví a mirar a mis compañeros mientras sacaba el teléfono del bolsillo interior de la cazadora.

—Ross, buen trabajo. —Asintió y clavé la vista en el otro—. Novato, quiero qu...

—McCoy —espetó con firmeza—. O Aiden, como prefieras. Pero estoy hasta las pelotas de escuchar eso de novato. —Enarqué las cejas—. Tenemos casi la misma edad y el hecho de que haya ingresado en el cuerpo más tarde no significa que tenga que aguantar según qué mierda.

Bueno, debo decir que mi respeto por él creció muchos puntos porque la mayoría solo obedecían sin rechistar. Además, aquello no era insubordinación, tan solo un hombre reclamando su lugar, nada más. Después de todo, la jerarquía manda y siempre querían estar a buenas con los superiores. Sin querer, mi labio se curvó en una irónica sonrisa pensando que me encantaría ver cómo le decía esas mismas palabras a Reed, alias *el Matón*, según Rosswell.

—Muy bien, Aiden... —Enarqué las cejas. Prefería McCoy, pero así no le daba el gusto de llamarlo como él quería—. Localiza a Tucker y dile que mueva el culo hasta aquí. —Asintió—. Después de que lo pongáis al día de todo lo que tenemos, quiero que Tuck y tú seáis la puta sombra de ese tipo. Lo quiero absolutamente todo, sin excusas.

Sin más palabras, me puse en marcha.

—¿Adónde vas tú? —preguntó Ross a mi espalda en voz alta.

—A encontrar a mi chica... —murmuré, furioso. Preocupado. De todo, joder—. Y a pedir algunos favores.

Ese cabrón se acercó a Jen para tocarme los huevos. Para hacernos daño tanto a mí como a ella... especialmente a ella, joder. Y sabía que no estaba a salvo. Que me colgasen si consentía que ese pedazo de mierda se aproximase a menos de diez metros de ella.

Busqué el número que necesitaba en la agenda. Hora de tirar de contactos a

los que jamás habría recurrido en otras circunstancias.

Sonó varias veces hasta que por fin escuché la voz al otro lado de la línea.

»Terry, tenemos que hablar...

Capítulo Veinticinco

—¿Podrías aflojar un poco?

Miré al chico sentado junto a mí y volví a subir el volumen de la música que él acababa de bajar... por no sé cuántas veces ya.

—Si queremos llegar a tiempo de evitar que Rafe se meta en problemas, no —repliqué—. Esta es la velocidad perfecta.

—Al menos deja la maldita música en paz y céntrate en la carretera.

Volvió a bajar el volumen y gruñí.

—Así me centro mucho mejor, créeme. —La subí.

—¿Me estás diciendo que te centras más con *Staring At The Sun* sonando a todo trapo? —gritó sobre la música. De acuerdo, puede que Offspring no fuese la elección más acertada, o sí, no tenía ni idea. Pero cuando arranqué el coche me saltó *Yellow Submarine* de The Beatles y estaba segura como el demonio de que necesitaba más que eso, de modo que busqué otra cosa.

Esa era perfecta porque me ponía las pilas, me impedía pensar en Luke y en la bronca que de seguro me llevaría cuando descubriera lo que había hecho y... no lo sé, sencillamente me relajaba. Curioso, lo sé, pero esa era yo.

—Ajá —asentí, observando su aterrorizado rostro—. Me ayuda a centrarme.

Él tenía los nudillos blancos por la fuerza con la que presionaba el salpicadero y los ojos clavados en la luna delantera.

—¿Que te ayuda a...? —Me vio observándolo—. ¡A mí no! ¡¡No me mires a mí, Jen!! —gritó fuera de sí—. ¡Mira la carretera, joder!

—Bien, bien. —Levanté las manos en rendición—. Tranquilo. No maldigas tanto, chico.

—¡¡Y no sueltes el volante!! —Volví a mirarlo con las cejas enarcadas—. ¡Que no me mires!

Bueno, parecía que estaba un poco nervioso.

Estábamos en el West Side en dirección al lugar que Ben me había indicado en Logan Square. Por lo que sabía, buscábamos un almacén y donde estábamos ahora había muchos. Demasiados. Y yo era horrible siguiendo las

malditas indicaciones del GPS.

—Cuéntame un poco acerca de tu amigo Rafe.

—¿Qué? —Apartó la vista de la calle y me miró. Gimió cuando me vio observándolo—. Jen, te contaré lo que quieras, pero te lo pido por favor, céntrate en la carretera.

A pesar de que nada de lo que estaba sucediendo era gracioso, no pude evitar reírme porque cada vez que conducía un coche surtía el mismo efecto en las personas que me acompañaban.

—Tienes mi palabra.

Calló durante algunos segundos antes de hablar.

—Rafe es... Bueno, digamos que está tan jodido como yo antes de que los Sullivan nos acogieran a Sadie y a mí. Él... —Suspiró—. No es mi historia para contar, pero tampoco es ningún secreto que su viejo le pega. —Apreté los labios. Hijo de puta—. Es curioso que ahora siempre estemos juntos, porque al principio no nos soportábamos.

—Entiendo eso, Ben —sonreí—. Yo al principio tampoco soportaba a Mia.

—¿En serio? —Entendía su sorpresa, porque todo el mundo amaba a Mia—. Pero si ella es... Es genial, ya sabes.

—Lo es —convine—. Pero cuando la conocí yo estaba tan jodida como Rafe. Eso me hacía una personita muy cabreada con el mundo y ver a alguien tan... No sé, Mia es dulce y feliz y... todo lo que yo no era, así que intenté darle la patada.

Se hizo el silencio durante algunos segundos. No sabía por qué le contaba aquello puesto que no era algo de lo que hablase, con nadie. Es solo que me sentía muy conectada con Ben y ahora, en cierto sentido, también con Rafe. Había más similitudes entre nosotros de lo que a simple vista cualquiera pudiera apreciar.

—Sí, también entiendo lo que dices —rio—. Intenté lo mismo con ella, pero es terca como una mula. —Bajó la voz con las últimas palabras—. Y gracias al cielo por ello o no sé qué habría sido de nosotros.

Y llevaba razón. Porque no sabía qué habría sido de mí si...

—Continúa —grazné tras aclararme la garganta.

—Como te decía, antes no nos soportábamos, pero Mia intervino y, además, él nos echó un cable cuando nos atacaron aquel día a la salida del instituto. —Lo recordaba y desde entonces tenía ganas de conocerlo para agradecerle lo que había hecho—. No sé cómo ni cuándo pasó, pero un tipo llamado King se fijó en él y lo reclutaron para estas peleas.

—¿King? —Fruncí el ceño.

—Sí, algún imbécil que se hace llamar el Rey. —De reojo lo vi sacudir la

cabeza—. La cuestión es que Rafe está desesperado por salir de casa y decidió probar.

Entendía al chico, de verdad que sí. El miedo, el dolor y la desesperación nos llevan a hacer cosas inimaginables y siempre estaban los buitres que parecían oler la sangre y sabían aprovechar la situación. No justificaba a los primeros, pero sí condenaba a los segundos y más cuando iban a por chicos jóvenes.

—Tú también quieres salir de casa —le recordé.

—Sí, pero no estoy desesperado y además tú prometiste ayudarme a conseguirlo. —Me emocioné al saber que confiaba en mí, en la promesa que le había hecho—. Hablamos de alquilar algo juntos llegado el momento, por compartir gastos y todo eso.

—Y lo haréis —prometí—. Pero esta no es la manera.

—Lo sé —convino—. Eeerrrhhh... Jen, ¿nos hemos perdido?

—No.

—¿Seguro? —Parecía un poco temeroso—. Te lo digo porque es la tercera vez que pasamos esa señal luminosa.

Sí, ya sabía que habíamos pasado tres veces por el mismo sitio, maldita sea.

—¿Sabes qué aspecto tiene el lugar de la pelea?

Gimió, ignoró mi pregunta y se centró en el maldito GPS. Y, sí, de no ser por él probablemente habríamos pasado la noche entera dando vueltas sin rumbo. Una vez encontramos la nave en cuestión y aparcamos lo suficientemente cerca, nos dirigimos a la parte trasera, por donde Rafe le había indicado que debíamos acceder al interior.

—No estoy muy seguro de que podamos entrar ahí —dijo mientras nos acercábamos a la puerta.

—Tú déjame hablar a mí. —Golpeé tres veces, pausando, para seguir con otros dos golpes. Ridículo. Sin embargo, cuando se abrió la puerta di gracias al cielo por las casualidades—. ¿Gronk?

El enorme tipo frunció el ceño en un principio para después escrutarme con una mezcla de reconocimiento y desconfianza.

—¿Jen? —inquirió con incredulidad y esa profunda voz de barítono—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Ben miraba entre nosotros con el ceño fruncido.

—¿Cómo está Apolo? —Decidí ignorar su pregunta y desviar un poco el tema. Quizás de ese modo accedería con más facilidad a ayudarnos.

—No ha vuelto a aterrorizar a mi vecina. —Sonrió sacudiendo su calva cabeza—. Así que supongo que eso es un gran avance.

La luz interior del almacén incidía sobre él y su ropa oscura otorgándole un aspecto más que intimidante. Supuse que era el vigilante o portero o... algo por el estilo. No era de extrañar, puesto que era una enorme masa de músculos, de ojos oscuros y cabeza rapada. Sin embargo, había sido testigo del amor que sentía por su compañero perruno y alguien que cuida tanto a su mascota no puede ser una mala persona, ¿verdad? Al menos eso quería pensar.

—Sí que lo es —coincidí con lo que esperaba que fuera una sonrisa de mil vatios, dulce e inocente—. Escucha... —Me aclaré la garganta—. Necesitamos que nos dejes pasar.

—No sé qué esperas encontrar aquí —replicó de inmediato cambiando su actitud de forma radical. Ahí estaba el matón—. Pero no puedo hacer eso, aquí no hay nada para vosotros.

Nos miramos a los ojos. Ambos sabíamos la verdad. Yo conocía lo que sucedía en el interior de aquel lugar, y él estaba seguro de que yo me encontraba en el sitio correcto a pesar de no tener ni idea de las razones que me habían llevado allí. Vi la disculpa en su rostro, pero también dureza y determinación, ambas necesarias para hacer... lo que fuera que él hiciera.

Bueno, el tiempo corría en nuestra contra y no podía malgastarlo en tonterías.

—Escúchame, Gronk. —Di un paso hacia él e ignoré a Ben que, haciendo de guardaespaldas, se pegó a mí todo cuanto pudo—. Sé perfectamente lo que ocurre ahí dentro y quiero estar aquí tanto como tú quieres que esté. —Odiaba esos malditos juegos de palabras—. Ahí hay un chico que está a punto de jugarse la vida en una maldita pelea, si es que no lo está haciendo ya. No creo que seas un mal tipo. —Avancé otro paso—. Pero si no me dejas entrar ahí ahora mismo, sacaré el teléfono y en pocos minutos esto estará plagado de policías y acabarás con tu trasero en la cárcel. —Me observó en silencio—. Déjanos pasar, Gronk. Por favor.

Largos segundos pasaron tan solo interrumpidos por el sonido de vehículos y el ladrido de algún perro. Cuando creí que tendría que buscar la forma de colarnos sin ser vistos, suspiró y se hizo a un lado antes de abrir más la puerta metálica que nos daba acceso al interior.

—Seguro que me arrepentiré de esto. —Sacudió la cabeza.

—No lo harás, te lo prometo.

Ben medio rio a mi espalda y lo fulminé con la mirada.

—Lo que sea que tengáis que hacer, que sea rápido.

Habíamos avanzado unos cuantos pasos, cuando pensé en algo y me giré hacia él.

—Oye, Gronk. —Me miró en silencio tras asegurar la puerta—. Puede que

no sea esta noche, pero te recomiendo que no vuelvas más a este lugar.

Entendía lo que le estaba diciendo. Apretó la mandíbula y me observó, sabiendo que pensaba denunciar lo que allí ocurría. Finalmente asintió y me hizo un gesto con la cabeza para que continuásemos nuestro camino.

Después de que nos diera las indicaciones nos adentramos en aquel lugar. En principio parecía solo una nave industrial más. Después de atravesar toda la longitud del edificio nos dirigimos hacia el lateral izquierdo, allí otro gorila guardaba una puerta. No nos puso impedimento alguno pues imagino que supuso que si Gronk nos había dejado pasar, todo estaba correcto. No me perdí el hecho de que llevaban pinganillos, probablemente para permanecer comunicados en caso de problemas. Y ahí estaba yo, sintiéndome como la protagonista de una película de espías y con el corazón a punto de salirse del pecho.

Jesús.

Descendimos por unas escaleras y tuvimos que hacer un par de giros, aquello parecía un maldito laberinto. Cuando por fin llegamos al núcleo de aquel lugar, me quedé sin habla. Ben permanecía a mi lado, hombro con hombro, y ambos mirábamos estupefactos la imagen que se nos presentaba. Aquello parecía un maldito estadio de boxeo, solo que más arcaico. Mucho más salvaje.

Decenas —¿quizás cientos?— de espectadores, algunos en pie y otros sentados, jaleaban y gritaban a los dos hombres que, en el interior de una enorme jaula de metal, luchaban entre sí. Olía a alcohol, tabaco y sudor entremezclado con perfume barato. Mis ojos escaneaban el lugar tratando de asimilar todo, miraba, pero en realidad no veía absolutamente nada. Solo pude centrarme en aquella enorme jaula, donde un tipo con corte de pelo mohawk golpeaba sin piedad a un joven chico que a duras penas se mantenía en pie y cuyo rostro, incluso desde la distancia, no parecía más que una masa sanguinolenta.

Hijos de puta, no era más que un niño.

—Hijo de puta... —Ben se hizo eco de mis pensamientos—. Lo va a matar.

—Supongo que ese es tu amigo Rafe, ¿no?

En silencio y con la mandíbula apretada me miró y asintió antes de volver a clavar la vista en aquella especie de *ring*. Percibía su furia e impotencia como propias, eso era una lucha desigual y todos lo sabíamos. Muy probablemente Rafe acabaría muerto y viendo aquello, no tenía duda de que algunos otros habrían caído antes que él. Si esta gente lo tenía bien montado, y todo apuntaba a que sí, después no tenían más que deshacerse de un cuerpo o abandonarlo en cualquier callejón. Solo otro chico más de los bajos fondos que habría muerto como consecuencia de mezclarse con la gente equivocada. Cada vez admiraba más a Mia. Y a Reed. Maldita sea, a todos los que me rodeaban.

—Tenemos que sacarlo de ahí, Jen. —La voz de Ben era una mezcla de temor y furia. Una súplica o una exigencia, todo mezclado.

Y lo sabía. Pero ¿cómo?

—Piensa, Jen... —murmuré para mí misma—. Piensa, piensa, maldita sea.

Me frotaba las manos, las piernas no dejaban de moverse, no podía parar y mi mente era un confuso torbellino de ideas descabelladas mientras paseaba la mirada de un lado a otro de aquella enorme sala o almacén, lo que demonios fuera. Y entonces, algo se me ocurrió. No tenía ni idea de si tendríamos de nuestro lado la suerte que tanto necesitábamos, pero debíamos probar.

—¿Jen? ¿Qué vamos a hacer?

Lo cogí de la mano y comencé a abrirme paso arrastrándolo tras de mí por entre la gente que taponaba la entrada. Conseguí acercarnos hacia una de las paredes laterales y continuamos avanzando pegados a esta. Bueno, ¿qué íbamos a hacer? No podíamos entrar en esa maldita jaula y sacar al chico sin más, ojalá fuese tan sencillo. Nos noquearían a los dos en el tiempo que se tarda en decir nuez. En un punto, noté que el suelo se inclinaba en sentido descendente y que al final del pasillo por el que íbamos había unas enormes puertas dobles también de metal. Bueno, pues ahí estaba nuestro destino. Casi habíamos llegado cuando caí en la cuenta de algo. Me detuve en seco y Ben chocó contra mi espalda.

—Mierda —murmuré.

—¿Se puede saber adónde vamos? —inquirió ansioso—. Tenemos que sacar a Rafe de ahí antes de que lo maten.

Maldito chico impaciente.

—Eso es lo que estoy tratando de hac... —Las palabras murieron en mis labios cuando me giré hacia él, porque mis ojos captaron algo que ni mucho menos esperaba.

Jeremy.

Jeremy estaba sentado en primera fila, rodeado de otros tipos y observando la pelea con atención y una engreída sonrisa en su estúpida cara mientras acariciaba el muslo desnudo de una chica que, probablemente, era incluso más joven que Ben. Apenas veía su rostro de perfil, pero no me perdí la cantidad de maquillaje que usaba y cómo su cuerpo parecía mecerse de forma involuntaria. No era la única pues, ahora que me fijaba, algunas más estaban repartidas en semejante situación entre los tipos más cercanos a ese cretino.

—¿Qué pasa? —Ben siguió la dirección de mi mirada—. Hijo de puta, es ese.

—¿Qué?

—King. —Señaló con la cabeza hacia mi ex—. Ese y el tipo junto a él son los dos con los que vi un día hablando a Rafe. Son bastante conocidos en las

calles.

Sí, a mí también me resultaba muy conocido uno de ellos.

Jeremy giró la cabeza y soltó una carcajada antes de responder a algo que el tipo a su lado había dicho. Me moví para quedar oculta tras Ben, si él estaba detrás de todo esto, lo último que necesitábamos era que me viera allí. Traté de centrarme en lo que había pensado hacer.

Fuego.

—Necesitamos fuego —le dije a Ben. Me miró con el ceño fruncido por encima del hombro.

—¿Para qué? —Sacudió la cabeza—. Déjalo, no me lo digas.

Miró a nuestro alrededor y cuando se puso en movimiento, me agarré a su chaqueta y me pegué a él como si fuera su sombra. Habló con un tipo y ni siquiera levanté la cabeza, me mantuve oculta hasta que volvió a echar a andar. Cuando pasábamos a la altura de Jeremy me moví y quedé entre la pared de cemento y Ben. Me cogió la mano y, con rapidez para no ser vistos, atravesamos aquellas malditas puertas que parecían cada vez más lejanas. Había una pequeña antesala con paredes y suelo de cemento, halógenos alargados en el techo daban un aspecto aún más tétrico al amplio pasillo con tres puertas a la izquierda y otra al final del mismo. Miré hacia arriba, buscando y ahí estaba. Lo sabía.

—Vamos. —Caminé unos pasos y me detuve con la vista clavada en el techo.

Cuando Ben se percató de lo que observaba, silbó bajo.

—La vas a liar bien gorda, lo sabes, ¿verdad? Puede que haya una estampida de gente para salir de aquí.

—¿Se te ocurre algo mejor? —inquirí con las manos en las caderas. No respondió—. Ya, eso suponía. Vamos, levántame, tenemos que darnos prisa.

Moví la mano para que me diera el mechero que había conseguido y lo hizo.

Me miró unos segundos, inseguro. Finalmente, resopló y accedió sujetándome por los muslos juntos, de manera que mi trasero quedaba pegado a su hombro. Acerqué la llama al *sprinkler* contra incendios y aparté el rostro, puesto que no quería que me golpease demasiado duro al agua cuando comenzase a salir.

Solo unos pocos segundos y el dispositivo explotó rociando agua sobre nosotros. De inmediato unas luces rojas comenzaron a parpadear y los gritos de la gente se escucharon a través de las puertas. Bien.

Con la respiración acelerada y el corazón latiendo como cien caballos a la carrera, volvimos a salir y nos adentramos en el más puro y absoluto caos que puedas imaginar.

»¡¡No te separes de mí!! —grité sobre el escándalo que nos rodeaba.

Vi al tipo mohawk saliendo de la jaula y el muy cabrón ni siquiera parecía tener un maldito rasguño. Tendido en el centro del *ring* estaba Rafe, y esperaba por Dios que aún estuviese vivo. Tenía que estarlo o no me lo perdonaría jamás. ¿Habría sido todo más rápido si hubiera avisado a Luke? ¿A la policía? Lo dudaba, puesto que ellos no podían irrumpir en los sitios así porque sí, habríamos perdido un tiempo precioso. Donde estábamos apenas encontramos resistencia puesto que el gentío huía despavorido hacia las puertas por las que habíamos entrado. Teníamos que aprovechar la confusión. Subimos unas escaleras y entramos en la jaula. Ambos nos arrodillamos junto a él y lo primero que hice fue tomarle el pulso. Suspiré.

—Gracias a Dios.

—Tenemos que sacarlo de aquí cuanto antes —apremió Ben.

Sí, sí, sí, lo sabía.

Yo no era demasiado grande o fuerte, pero seguro que entre los dos lo conseguiríamos. Lo sentamos y tras colgarnos cada uno un brazo alrededor de nuestros hombros, lo levantamos arrancándole un gemido de dolor y a nosotros un gruñido por el esfuerzo. Malditos chicos, eran enormes.

Bajamos de allí lo más rápido posible y nos dirigimos hacia la marabunta de personas que taponaban la puerta. Estábamos empapados de pies a cabeza, arrastrábamos con nosotros a un chico medio inconsciente y mechones de cabello mojados se adherían a mi cara impidiéndome ver bien. Avanzamos cuanto pudimos, abriéndonos paso a codazos hasta que nos encontramos justo en el centro, rodeados de personas que gritaban y trataban de ponerse a cubierto del agua con manos y chaquetas.

Malditos estúpidos.

—Vamos, vamos, vamos... —No conseguía ver nada por entre la maraña de gente. Solo que la puerta estaba cada vez más cerca.

—No creo que pasemos muy desapercibidos —gritó Ben, con mechones mojados pegados sobre su frente.

Lo sabía, pero no tenía ni idea de qué otra cosa hacer. Quizás las puertas que habíamos visto en aquella antesala... Miré hacia atrás con una idea descabellada rondándome la mente y me congelé cuando allí, en el centro de la sala y empapado de pies a cabeza, vi a Jeremy con los ojos clavados en mí. Parecía furioso, muy, muy furioso. Tenía sus fuertes brazos cruzados a la altura del pecho, las piernas separadas y una irónica sonrisa se dibujó en sus labios cuando nuestras miradas se cruzaron. Parecía un soldado, uno en reposo, pero con ganas de entrar en batalla, y el hambre que su rostro reflejaba consiguió que un escalofrío me recorriera de pies a cabeza. Casi podía ver los planes que tenía

para mí correr por su mente.

Mierda.

Asintió con esa maldita sonrisa aún dibujada en su boca y no pude soportarlo más. Aparté la mirada y empujé y empujé con más fuerza para abrirnos paso. No tengo ni la menor idea de cuánto tiempo tardamos, pero me pareció una eternidad hasta que por fin salimos a la fría noche de Chicago y mis pulmones parecieron funcionar por primera vez en horas. Rafe intentaba colaborar, pero el pobre chico estaba destrozado, así que prácticamente lo llevamos a rastras hasta que conseguimos entrar en el coche. Ben se subió con él en el asiento trasero y yo me puse al volante.

Salí de allí con un chirrido de los neumáticos. Teníamos que llegar a un hospital.

Mi teléfono, que había dejado olvidado sobre el soporte del manos libres, se iluminó y el nombre de Luke destelló en la pantalla. Lo ignoré. ¿Qué podía decirle?

Conducía como una lunática y el hecho de reconocerlo es solo el indicativo de lo arriesgado de la situación. No podía dejar de mirar el retrovisor, pendiente de cualquier cosa extraña. Como si fuese a notarlo, ¡ja! Veía el preocupado rostro de Ben, escuchaba los gemidos lastimeros de Rafe y la maldita pantalla del teléfono no dejaba de iluminarse. Si algo tenía mi hombre, es que era insistente como el que más.

—Luke sigue llamando —apuntó Ben, como si yo no lo supiera.

—Lo sé —respondí limpiando unas gotas de agua de mis pestañas para ver mejor.

—Puede que debas responder y contarle lo que pasa.

Reí sin humor.

—No, nada de eso. —Hice un brusco giro a la izquierda y el coche se sacudió—. Se pondrá histérico y comenzará a gritar, así que mejor lo llamo cuando lleguemos al hospital. Ahora necesito centrarme en el camino y en llegar al cuanto antes.

—Ya, sobre eso... —Se aclaró la garganta—. Jen, me encantaría cumplir los dieciocho, así que igual deberías ir un poco más despacio.

—¡¡No puedo ir más despacio!! —grité fuera de mí—. Llevo a un chico malherido en el asiento trasero del coche prestado del padre de mi novio, que además es policía y se va a cabrear mucho conmigo cuando sepa lo que he hecho. —Lo miré por el retrovisor—. Jeremy me ha visto, sabe que he estado ahí y me vio cargando a Rafe, así que no tengo ninguna duda de que me culpa de todo lo ocurrido. Y... —Suspiré, aún con la adrenalina corriendo por cada parte de mi ser—. Esto es una mierda, Ben. Estamos en muchos problemas.

—¿Jeremy?

—Kingston —rectifiqué—. King, así es como vosotros lo conocéis, supongo.

Pasados unos segundos, respondió con voz firme.

—Hablaré con Luke, le explicaré lo que ha ocurrido.

—No —repliqué. ¿Por qué sentía ganas de llorar? Los nervios, el miedo, no lo sabía—. Deja que sea yo quien se encargue de él, es lo mejor, créeme.

Me dirigí hacia el hospital Saint Elizabeth, fue el primero que se me ocurrió que estaba más cerca de donde nos encontrábamos. Nos faltaban poco más de tres manzanas para llegar cuando por el retrovisor vi un coche acercándose a toda velocidad hacia nosotros. Comencé a mirar los demás espejos como una loca, apreté el volante y pisé el acelerador. Sí, nos seguían.

—¿Qué ocurre? —Ben miraba por la luna trasera y supongo que al ver al otro vehículo zigzaguear, sacó sus propias conclusiones—. Mierda...

—Ya casi estamos —dije tratando de consolarnos a todos.

Segundos después nos sacudimos hacia delante cuando nos golpearon por detrás. Aumenté el agarre, tratando de mantener el control sobre el coche.

—Si salgo con vida de esta, prometo no volver a meterme en líos.

—Jen, escuchar eso no me consuela.

Uh.

—Lo siento, creí que estaba pensándolo para mí misma.

—Pues no lo hiciste.

Gruñí y aceleré más cuando tras girar —milagrosamente— una esquina, por fin vislumbré las luces del hospital. Miré por el retrovisor, sintiéndome aliviada cuando el otro coche redujo la velocidad, pero fue distracción suficiente como para que no me diese tiempo a frenar y evitar la boca de incendios a un lado del edificio. Chocamos y, aunque podría haber sido peor, estábamos vivos.

El capó se arrugó y un enorme chorro de agua salía disparado hacia el cielo. Dios, cuando el señor Sullivan viera lo que había hecho con su coche... Gemí antes mirar hacia los chicos.

—¿Estáis bien?

—Vivos —respondió Ben, que mantenía bien sujeta la cabeza de su amigo sobre el regazo.

Lo que yo decía, estábamos vivos. Y eso era suficiente, al menos de momento.

Hasta que hablase con Luke.

Capítulo Veintiséis

Luke

Estaba lívido.

Hablar de furia ni siquiera rozaba cómo me sentía.

No sé cuántas veces llamé a Jen sin obtener respuesta, lo cual, con toda la mierda que acabábamos de descubrir, me hizo pensar lo peor. Fui a su apartamento, hablé con el tatuador, llamé a Mia... Todo. Y lo único que descubrí fue que había pedido prestado el coche de mi padre antes de salir de casa acompañada por Ben.

¿Imaginas todos los escenarios que aparecieron en mi mente? De todo, joder. De todo.

Además, Tucker y su nuevo y provisional compañero tampoco lograban dar con el paradero de Kingston.

Y luego ella tuvo a bien llamarme y, con el mismo tono que empleas para hablar del tiempo, decirme que habían tenido un pequeño accidente y que estaban en el hospital. ¡Oh! Y que quizás debería traer a Reed y Mia conmigo cuando viniera.

Maldita mujer del demonio... El día menos pensado me iba a provocar un ataque cardíaco.

Como había chocado contra una boca de incendios, ya había agentes en el lugar cuando llegué allí que me pusieron al tanto de lo sucedido. Gruñí cuando vi el estado en el que había quedado el coche de mi padre. Él adoraba ese trasto, así que no quería estar delante cuando lo descubriera, aunque también era su culpa por dejárselo a una mujer que era un maldito peligro al volante. Algo por todos conocido, además.

Ella no me dijo mucho por teléfono y lo único que sabía era que traían a un chico herido. Una vez que conseguí saber dónde encontrarlos, caminé como un maldito poseso sin mirar a nadie, con Reed junto a mí y Mia agarrada de su

mano y prácticamente corriendo para mantenerse al ritmo de nuestras largas zancadas.

Demasiadas visitas al hospital últimamente, maldita sea.

Cuando las puertas automáticas se abrieron vi a Jen al final del pasillo, caminando ida y vuelta mientras se mordisqueaba la uña del pulgar. Ben, que permanecía sentado en una de esas incómodas sillas, nos vio y la avisó, por lo que detuvo su paseo y clavó aquellos preciosos y rasgados ojos en mí.

«Está bien, joder. Está bien».

Jen estaba bien, gracias a Dios por los pequeños favores.

Aceleré y cuando vino a mi encuentro, aunque parecía un poco recelosa, la icé esperando que ella hiciera justamente lo que obtuve: su pequeño cuerpo envuelto en torno al mío, brazos alrededor de mi cuello y piernas apresando mis caderas. Enredé los dedos de una mano en su cabello cuando escondió el rostro en el hueco de mi cuello y la sujeté por la nuca.

No me perdí las manchas de sangre en su ropa y el hecho de que estaba empapada de pies a cabeza, pero *estaba bien*, joder. Eso era lo importante.

Dejé que el alivio de saberla a salvo fluyera y puede que debiera haber esperado a que la furia menguase antes de hablar con ella, pero tenía que saber. Unos pocos segundos de tranquilidad no fueron suficientes y menos cuando vi a Reed y Mia acercarse al joven Ben, quien lucía pálido y preocupado mientras con rápidos movimientos de sus manos les hablaba en voz baja.

—¿Por qué no respondías al teléfono? —Apretó el agarre en mi cuello—. Jen, ¿qué demonios ha ocurrido esta noche? ¿Y quién está herido?

—Te vas a enfadar —murmuró con los labios pegados a mi piel—. De hecho, te vas a enfadar mucho.

Mal comienzo. Además, ya estaba enfadado, pero mejor no mencionarlo, al menos de momento. Aprovechando el agarre en su nuca, tiré de ella hacia atrás para poder mirarla a los ojos.

—Cuéntamelo.

Apretó los labios, pero finalmente asintió. Aunque no se veía demasiado convencida.

—Será mejor que te sientes.

Joder, íbamos de mal en peor si me decía eso. Suspiré y obedecí, pero lejos de soltarla como ella esperaba, no permití que se alejase, sino que quedó sentada a horcajadas sobre mí.

Aquella postura no duró mucho una vez que empezó a relatar todo lo ocurrido desde que Ben le contó el problema en el que se había metido Rafe. No sé si fue mi expresión o el modo en el que de forma involuntaria mis músculos se tensaban, puede que ella misma aún estuviera con un ligero subidón después

de haber jugado a *Spy Game* y necesitara moverse, pero la cuestión es que mantuve los ojos clavados en las baldosas viendo sus pies moverse de ida y vuelta mientras paseaba sin cesar. Y hablaba también sin cesar. Mia y Ben se mantuvieron en silencio y tan solo Reed le lanzó alguna pregunta, siempre en modo policía.

—Creo que eso es todo —murmuró, parada frente a mí—. Sí, eso es todo.

Reí sin humor, sacudí la cabeza y me froté la cara con fuerza.

—Eso es todo —repliqué en voz baja, antes de levantarme con la sangre hirviendo en mis venas y bramar—: ¿Eso es todo?! ¿Y ya está?

—No se te ocurra levantarme la voz —respondió con los brazos cruzados y fulminándome con la mirada.

Lo que me faltaba.

—Mentiste a mi padre, alguien que te quiere y confía en ti...

—No le mentí.

—Obviaste la verdad y eso también es mentir, Jen —gruñí—. Te llevaste contigo a un menor de edad a un antro ilegal, rodeados de criminales y demás morralla para, en teoría, rescatar a otro menor de edad...

—Rafe ya tiene los dieciocho —se defendió.

—Deja de interrumpirme de una maldita vez —espeté, fuera de mis casillas—. Para rescatar a otro chico cuya vida pende de un hilo ahora mismo, te saltaste todas las normas de tráfico habidas y por haber, y te metiste en una persecución a toda velocidad por las calles de Chicago para, finalmente, acabar empotrándote contra una boca de incendios y de paso destrozar el coche de mi padre. —Tomé una respiración profunda que de poco sirvió—. ¿Me he dejado algo?

—Tal como lo pintas... —respondió transcurridos unos segundos durante los cuales nos mantuvimos la mirada.

—Yo no pinto nada, expongo los hechos tal y como me los has contado tú misma.

Sacudió la cabeza.

—No es así, Luke —respondió con voz tensa—. No siempre es todo blanco o negro.

—Sí —repliqué, irguiéndome sobre ella—. Contigo es exactamente así. Desde siempre, desde que no eras más que una niña te has lanzado sin pensar en las consecuencias de tus actos. —Comencé a pasear ahora que ella estaba quieta, pero necesitaba dejar salir toda esa... esa frustración—. Eres demasiado imprudente y temeraria, y el problema no es solo que te importe un carajo tu vida, sino que en el proceso también pones en riesgo las de todos los que te rodean, como mi hermana o Ben o ese otro chico. —La miré y levanté los brazos

ofuscado—. ¡¡Tienes que madurar de una maldita vez, Jen!! Se supone que eres una mujer adulta, joder... Estas son el tipo de cosas que siempre me...

Apreté los labios, no queriendo decir algo de lo que probablemente me arrepentiría, pero, por supuesto, ella no podía dejarlo estar.

—Continúa —me retó, cuadrándose como la pequeña guerrera que era—. El tipo de cosas que, ¿qué?

No quería, joder... no quería hacerle daño, pero era incapaz de pensar con claridad. Y estaba cabreado. Mucho. También asustado al pensar en lo que podría haber ocurrido. Permíteme decirte que esa es una combinación muy peligrosa.

—El tipo de cosas que siempre me hacían replantearme si de verdad estabas preparada para una relación adulta y normal.

—¡Lucas! —intervino mi hermana, por primera vez, en pos de su amiga.

Jen ni siquiera la miró, tan solo levantó una mano pidiéndole silencio sin apartar los ojos de mí ni un maldito segundo. Puede que para el resto pareciera impasible, pero, yo que la conocía bien, vi el cambio en su expresión, en esos ojos que nunca podían ocultarme el dolor que sentía y que nadie más veía.

«Vete a la mierda», parecían decir.

«Lo sabes, eres demasiado imprudente» repetí, rechinando los dientes y con esos mil escenarios aún dando vueltas por mi cabeza.

Apretó los labios y sacudió la cabeza, antes de mirar a Mia.

—Tengo que recoger a Thor y explicarle a tu padre... —Suspiró y se frotó la frente—. Tengo que decirle lo que ha ocurrido con el coche, ¿te importaría llevarme?

—Por supuesto que no —accedió mi hermana sin pensarlo ni un segundo.

¿Pensaba largarse sin más? ¿Y quién demonios era Thor?

—Estamos hablando. —La retuve por el brazo cuando intentó pasarme de largo, como si ni siquiera estuviera allí. De un brusco tirón, se soltó.

—No, no lo hacemos.

—Sí, lo hacemos. —Ya no me quedaba paciencia, maldita sea—. Así es como resuelven las cosas las personas adultas, por extraño que te parezca.

Me había pasado de la raya, lo sabía. Por eso mismo no es recomendable hablar cuando los sentimientos están tan cerca de la superficie que casi puedes palparlos.

—No, Sullivan, ¡tú eres el único que está hablando! —escupió, echando fuego por los ojos y clavándome el dichoso dedito en el pecho—. Yo ni siquiera he tenido la posibilidad de explicarme cuando tú ya me habías juzgado y condenado, como siempre. —Sacudió la cabeza y retrocedió un paso—. Sé que soy impulsiva —reconoció en voz baja—, puede que también imprudente y que

seguramente debería haberte llamado en cuanto supe lo que ocurría, pero solo intentaba hacer lo correcto.

—Que tus intenciones fuesen buenas, no justifica el modo en el que has actuado esta noche.

—Tienes razón —asintió—. Pero lo que no entiendes es que no estoy tratando de justificarme, tan solo quería que tú, el hombre al que a... —Apretó los labios y sacudió la cabeza, tragándose en el último segundo lo que había estado a punto de decir. Las mismas palabras que escuché por última vez tantos años atrás—. Solo quería que me escuchases, Luke. Que me consolaras porque, aunque no te lo creas, yo también he pasado muchísimo miedo esta noche. Pero parece que esa consideración la tienes con cualquiera, excepto conmigo. Siempre ha sido así y ya estoy cansada de todo esto.

Intentó pasar de largo y volví a retenerla. Joder, ahora me sentía culpable. Seguía cabreado, pero con esa maldita culpa oprimiéndome el pecho. Ese era el efecto que tenía ver a Jen rindiéndose en una de nuestras escaramuzas verbales. Porque ella jamás desistía. Era una de las personas más firmes, valientes y tercas que había conocido en mi vida.

—Espera un momento —pedí, inspirando hondo.

Pero ella sacudía la cabeza incluso antes de que hubiese terminado de hablar.

—Me voy a mi casa —replicó tensa—. Ya he tenido más que suficiente por hoy.

—Tenemos que hablar de lo sucedido —dije, haciendo acopio de paciencia—. No puedes esconderte a la primera señal de problemas.

Me miró en silencio durante algunos segundos antes de romper a reír. De reojo vi a Mia sacudir la cabeza, e incluso escuché a Reed murmurar:

—Te estás enterrando tú solo, compañero.

—¿Esconderme? —Se soltó de mi agarre de un tirón y levantó la voz—. ¡¿Esconderme?! Desde los once años... —Vuelta con el maldito dedo en el pecho—. He estado aquí desde que tenía once puñeteros años, así que discúlpame si he llegado a mi límite. Escuchas a todos, excepto a mí. Eres paciente y comprensivo con cualquiera, excepto conmigo. —Sacudió la cabeza y me fulminó con la mirada—. Yo ni siquiera paso por el juicio cuando ya he sido condenada, así que escúchame bien: ¡que te jodan, Sullivan!

Y, sin más, echó a andar. Me froté la cara, más perdido que nunca con respecto a... todo... a todo, joder. Mia pasó junto a mí y me lanzó una mirada molesta al tiempo que decía:

—Qué manera de meter la pata, Lucas —bufó—. Si te viese la *nonna*...

Ya, solo faltaba que mi abuela decidiera intervenir.

Reed me palmeó la espalda con más fuerza de la necesaria y se detuvo a mi lado.

—Joder, Sullivan...

—No quiero escucharlo —escupí.

—...La has cagado a base de bien, compañero —me ignoró—. Vas a tener que entregarle tus pelotas en bandeja de plata para que te perdone.

—No necesito que me des ánimos. —Me aparté un paso de él y me pasé la mano por el pelo. Ahora a la mezcla de alivio, miedo y furia había que sumar la culpa. Porque sí, me sentía culpable.

—No era eso lo que pretendía. —Clavó la vista en el pasillo por el que las chicas habían desaparecido y borró aquella maldita sonrisa de su cara—. No te preocupes, me aseguraré de que llegue a casa sana y salva. —Bajó la voz y sacudió la cabeza—. Y sin que ninguna de las dos se meta en problemas, a poder ser.

—Te lo agradezco, hermano. —Le devolví la palmada amistosa en la espalda antes de que echase a andar.

Y me quedé allí, sintiéndome como un imbécil...

—Eres un imbécil.

Miré a mi derecha, casi me había olvidado de que Ben estaba allí. Enarqué las cejas y me enderecé, pero, cuál fue mi sorpresa cuando el chico, lejos de amilanarse o arrepentirse de lo que me había dicho, pareció crecerse incluso más. De hecho, no te lo creerás, pero incluso dio un paso amenazante hacia mí.

—Cuidado con lo que dices, Ben —advertí—. Te aseguro que este no es el mejor momento para tocarme las narices.

—Ella solo intentaba ayudarnos —explicó, tenso como la cuerda de un arco y a menos de medio metro de mí—. La obligué a prometerme que no se lo diría a nadie, así que solo cumplía con su palabra mientras nos echaba un cable.

—Podríaís haber muerto, Ben. Tu amigo... —Señalé, furioso, hacia la zona donde los médicos se estaban ocupando de él en ese momento—. Ha estado a punto de morir.

—Sí, y de no ser por ella a estas alturas ya estaría muerto. —Sacudió la cabeza y rio sin humor—. Lo único que le preocupaba en todo momento era tu reacción cuando te enterases de lo ocurrido, y ahora lo entiendo. Parece que ya está acostumbrada a que la trates así.

Me envaré.

—¿Quién demonios te crees que eres? —Me erguí sobre él—. ¿Crees que me conoces? ¿O a ella? —Lo señalé amenazante—. Hazte un favor y métete en tus propios asuntos.

No sé si lo siguiente que dijo era una muestra de valor o poco sentido

común, pero, en cualquier caso, no se lo guardó.

—Mia es mi asunto. Tu familia es mi asunto. —Señaló hacia las puertas automáticas y espetó—: ¡Jen es mi asunto! Me ha conseguido el mejor empleo que podría haber imaginado, se ha preocupado por conocerme cuando no tenía por qué, se ha interesado por mis problemas y se ha jugado el cuello por mí aun sabiendo lo que se le vendría encima, mantuvo su promesa y ayudó a un chico al que ni siquiera conoce. —Sacudió la cabeza—. Y es jodidamente triste que solo reciba reproches a cambio. Me importa una mierda si esto te parece bien o mal.

Después de eso, me dio la espalda y fue hacia los asientos que más lejos quedaban de mí. Tenía un puto nudo en el estómago, en el pecho, en todas partes.

Por un lado, me sentía aliviado al saber que Ben quería a mi familia, a mi chica, tanto como para importarle un carajo las consecuencias de plantarme cara de esa manera. Sea como fuere, no tenía la menor duda de que con el tiempo acabaría convirtiéndose en un muy buen hombre, uno al que cualquiera querría tener a su lado. Ya lo era, de hecho. Y no pude evitar una pequeña sonrisa por lo que la vida, las casualidades y mi hermana estaban trayendo a nuestra casa.

Jen era prueba de ello.

Jen.

Fui demasiado duro con ella, como siempre.

El chico tenía razón. Todos la tenían, incluido yo, porque nadie podía negarme que fue estúpido y arriesgado lo que habían hecho. Solo Dios sabe lo que les podría haber ocurrido.

Y, sí, Reed también tenía razón el muy cabrón cuando me dijo que tendría que entregarle mis bolas en bandeja. Ya podía ver la sonrisa de Jen cuando me disculpase.

Aunque ella también tendría que hacerlo por jugársela de esa manera sin contar con nadie.

Maldita mujer del demonio.

Ben me miró y asentí en señal de que todo estaba bien entre nosotros, gesto que correspondió con uno igual. Se quedó allí a la espera de buenas noticias con respecto a su amigo y, antes de marcharme, le pedí que me avisara con cualquier novedad. Alguien vendría a hacerle compañía, pero no lo quería por ahí solo con toda la mierda que teníamos encima.

Saqué el teléfono y marqué.

—Terry... Dime que tenemos algo.

Era el momento de pedir favores.

El momento de conseguir información.

Con lo que habíamos descubierto esa noche, era el momento de hacer caer

a más miembros del CSG.

Momento de ir a por ese cabrón de Kingston.

Capítulo Veintisiete

El señor Sullivan se tomó bastante bien todo el asunto del coche, dadas las circunstancias.

En realidad, estaba tan preocupado y a la vez aliviado por el hecho de que hubiésemos salido ilesos, que incluso le molestó que no dejase de disculparme. Ni siquiera se enfadó porque le hubiese engañado para que me lo prestase y todo ello, en lugar de tranquilizarme, me hizo sentir incluso más culpable de lo que ya lo hacía después de las palabras de Luke.

Luke...

Forget About The Blame de Lzzy Hale y Trans-Siberian Orchestra sonaba en la radio mientras acariciaba la cabeza de Thor sobre mi regazo y veía pasar las calles de mi querida y fría Chicago a través de la ventana. Reed y Mia hablaban en voz baja, pero no prestaba atención a nada y tampoco estaba muy dispuesta a participar en ninguna conversación. No podía dejar de dar vueltas a las palabras que me había dicho.

En principio puede parecer algo absurdo y a lo que no habría que dar mayor importancia, pero para mí lo eran todo porque, en cierto modo, llevaba razón. También porque provenían de él. De cualquier otra persona me importaría un bledo, le enseñaría el dedo corazón y le daría la espalda antes de alejarme con estilo. Pero jamás pude hacer eso con él, había algo que siempre fallaba en esa pequeña lista. Lo peor de todo era que tal y como él lo exponía, daba la sensación de que siempre andaba buscando problemas, que me gustaba meterme en ellos. Y eso era lo más alejado de la realidad que había. Esto puede sonar trillado, pero siempre consideré que cuando ese tipo de cosas me sucedían, no se trataba más que de una desastrosa combinación que incluía mi temperamento, mi odio por las injusticias y los matones, y el estar en el lugar equivocado en el momento equivocado. O quizás era el correcto, según se mire, supongo. Es por eso por lo que digo que en cierto modo llevaba razón e incluso podía entender cómo se veía mi comportamiento desde fuera, pero si Luke esperaba que me sentara en casa mientras veía a los demás enfrentar solos tormentas que podían arrasarlos, es que no me conocía en absoluto. Dijo que me veía, a mí, Jenna

Gray, con lo bueno y con lo malo, lo mejor y lo peor, sin embargo, declaraciones como la de esa noche me hacían dudar de si eso era en absoluto cierto.

Puede que mi forma de enfrentar ciertas situaciones no fuese la más adecuada. Pero no siempre puedes elegir el modo en el que te gustaría, a veces solo puedes reaccionar y, sí, admito que yo podía ser imprudente o temeraria en muchas ocasiones. Quizás debería pensar dos veces antes de hablar, pero no conocía otra manera de manejar las cosas. Por ejemplo, lo de esa misma mañana en la cafetería con Brooklyn... Dios, eso solo había ocurrido unas horas antes y parecía haber transcurrido una semana, así de física y emocionalmente agotada estaba.

Suspiré y cerré los ojos, absolutamente drenada, no queriendo plantearme dónde nos dejaba todo lo ocurrido a Luke y a mí. Ya habían sido demasiadas idas y venidas a lo largo de los años y no podía más. No era una cuestión de esconder la cabeza tal y como él dio a entender, sino de algo tan sencillo como que estaba cansada de pelear. De hacerlo contra él, contra su cuadriculada forma de verlo todo, del blanco y el negro sin nada entre medias. Cansada de tener que justificarme o excusarme continuamente por todo, por ser yo.

El coche aminoró y cuando abrí los ojos, Reed se había detenido justo delante del estudio de Mario. Miré hacia el callejón, viéndolo ahora de un modo muy diferente desde que pasaba casi todas las noches en casa de Luke.

Maldito fuera ese hombre.

—Gracias por el viaje, chicos. —Metí el rostro entre los asientos y Mia se acercó para besarme en la mejilla. Palmeé el hombro de Reed—. Hablamos mañana.

—Te acompañaré.

Bufé.

Hombres locos y sobreprotectores.

—Son quince metros, *woodpecker*. —Sonreí cuando lo vi apretar la mandíbula por el apelativo—. Ni siquiera yo puedo meterme en problemas al recorrer esa distancia.

Giró en el asiento para encararme, con uno de sus brazos apoyado sobre el volante.

Joder, ese hombre era *sexy* sin ni siquiera intentarlo. No era de extrañar la luna de miel porno que tenían montada.

—Le prometí a Luke que no te perdería de vista.

—Ya lo hemos discutido, Reed —repliqué, cansada—. No pienso quedarme en casa con vosotros y tampoco tiene sentido que te pegues a mí como si fueras mi sombra. Todo está bien.

Mentira, nada estaba bien.

—La última vez que alguien dijo algo parecido —replicó lanzando a Mia una mirada de reojo—, estuvimos a punto de perderla.

Ella se sonrojó y enarcó las cejas, mirándome sonriente.

—A mí me parece una buena idea que pases la noche allí.

Fruncí el ceño.

Traidora que solo pretendía desviar la atención, eso era.

—No me ayudes, Mimi, haz el favor.

—Sabes que odio que me llames Mimi —replicó molesta.

—Bien, tú dejas de decirme lo que debería o no hacer, y yo no volveré a llamarte así. —Reformulé mis palabras—: Al menos esta noche, claro está.

Enarqué una ceja y sonreí cuando hizo un mohín y asintió en acuerdo. Me conocía, sabía que una vez había dicho que me quedaría en mi casa no había forma humana o divina de hacerme cambiar de parecer.

—He dicho que te acompaño y no admito discusión —insistió Reed.

Tercos, tercos hombres.

Lo miré, con su mandíbula apretada y sus brillantes ojos azules cuya dura mirada decía que haríamos lo que él decía, ni más ni menos. Pero yo no era Mia, y si ni siquiera ella le hacía caso...

—Muy bien, *woodpecker* —sonreí, melosa. Frunció el ceño aún más—. Puedes seguir aquí insistiendo en bajar del coche y acompañarme, algo que... —chasquéé la lengua— no tiene sentido alguno y no vas a hacer, puesto que no pienso moverme, o puedes dejar que me baje, que presente a Mario y Thor, y me marche a casa mientras tú pones rumbo a vuestro apartamento, para acto seguido empotrar a mi amiga sobre cada superficie disponible hasta que se quede afónica.

Pasaron algunos segundos en silencio durante los cuales Reed y yo nos mantuvimos la mirada, hasta que Mia habló.

—Bueno... —comenzó con voz baja y ronca—. Mario está justo ahí y, a decir verdad, me suena mucho mejor la segunda opción. —Suspiró y sacudió la cabeza—. Ethan, ambos sabemos que no se moverá del coche hasta que accedas, así que ríndete de una vez.

Me crucé de brazos sin dejar de observarlo. Incluso de reojo vi cómo Thor miraba entre nosotros, esperando a ver hacia qué lado se inclinaba la balanza.

Por increíble que parezca, lo hizo hacia el mío.

—Muy bien —cedió en un gruñido bajo—. Saludas y te acompaña hasta la puerta. —Me señaló con un dedo que quise retorcer—. No sales sola a la calle, ¿me escuchas? Bajo ningún concepto. —Le habría dicho un par de cosas acerca de dónde podía meterse las órdenes y ese maldito dedo, pero estaba cansada, así que asentí—. Hablo en serio, Jen, y quiero escuchar salir de tu boca que harás

caso de lo que te digo.

Gruñí, ofuscada.

—Sí, sí, sí —respondí, ya bajando del coche y esperando a mi amiguito canino—. Entendido, *woodpecker*.

—¡¡Deja de llamarme así!! —gritó, para después murmurar—. Joder, Sullivan no se va a aburrir, eso seguro.

Cerré con un golpe seco y entorné los ojos. Lo miré a través del cristal y él me hizo un gesto con la cabeza señalando hacia el callejón, a lo que yo respondí negando y con otro gesto similar le indiqué que se pusiera en marcha. No sé por qué demonios estaba tan malditamente terca, era como si sintiera la necesidad de llevarle la contraria por sistema, una pequeña llama de rebeldía avivándose sin razón alguna. Solo porque sí. Negó con la cabeza y cuando vi la expresión resignada de Mia decidí ceder, un poco al menos. Me despedí con un gesto y fui hacia el estudio de Mario para, tal como le prometí, presentarle a mi nuevo compañero. Reed se marchó, por fin, y transcurridos unos minutos en los que mis dos amigos, el humano y el perruno, parecieron congeniar a las mil maravillas, decidí marcharme a casa.

¿El primer problema? Nada más entrar y ver la expresión con la que Thor me observaba, caí en la cuenta de que ni siquiera le había comprado cuencos para la comida o el agua, tampoco un colchón en el que dormir, aunque eso era lo de menos porque podía apañármelas de forma provisional con algo de lo que tenía por casa. Pero es que ni siquiera tenía comida que ponerle. No es que se me hubiera olvidado... Bueno, sí, lo olvidé por todo lo sucedido con Ben y Rafe. Pero la verdad era que después de que los Sullivan lo conocieran, tenía la intención de pedirle a Luke que me acompañase a comprar todas esas cosas.

Después de decirle que aceptaba su oferta de irme a vivir con él.

Me froté los ojos con el talón de las manos y apreté los labios.

«Qué manera de irse todo a la mierda en tan pocas horas».

Gemí y me dije que ya pensaría en eso mañana. De momento, no me quedaba más remedio que volver a salir.

Nos acabábamos de conocer, solo nos habíamos visto dos veces y teníamos que adaptarnos el uno al otro, pero por increíble que parezca, solo necesitaba mirar a Thor o hacerle un gesto con la cabeza para que me entendiera. Demonios, estaba segura de que comprendía cada palabra que le decía.

Había una pequeña tienda a un par de calles que permanecía abierta veinticuatro horas, de modo que para ahorrarme problemas o angustia por tener que dejarlo en la calle, hablé con Mario —otra vez— para que lo cuidase mientras yo compraba lo básico para pasar la noche. Aunque tenía un horario más o menos fijo, a veces hacía excepciones con algunos clientes y cerraba algo

más tarde para poder atenderlos, y ese era uno de esos días. No tenía el mejor aspecto para ir a ningún lado con manchas de sangre en la ropa, mechones de cabello ondulados y disparados en todas direcciones, y una terrible expresión de agotamiento, pero poco me importaba. En pocos minutos estaba de vuelta y al pasar ante el escaparate y no verlos, imaginé que estarían en alguna de las salas interiores, así que decidí dejar las compras y luego volver a por mi chico.

Nada más atravesar la puerta de casa, supe que algo iba mal.

Ya sé que siempre me quejaba de lo minucioso y concienzudo que era Luke en... bueno, en todo, pero a mí me ocurría lo mismo, solo que en lo concerniente a la limpieza y el orden de las cosas dentro de casa. Fue algo adquirido desde que vivía con George, un modo de escapar y sentir que tenía el control sobre una pequeña parte de mi vida, aunque esto fuese mi habitación, mi lugar seguro.

En un primer momento no le di demasiada importancia al hecho de encontrar la luz encendida, después de todo lo acaecido habría sido normal que olvidase apagarla al salir de casa. Mi primer error fue no hacer caso de mi instinto y adentrarme más para dejar las llaves y las bolsas sobre la encimera de mi pequeña cocina. Miré en derredor, buscando algo, no sabía qué, solo... *algo*. Agucé el oído, pero no se escuchaba nada más que los sonidos propios de la calle, los mismos que me acompañaban desde que me mudé allí, tampoco había ningún olor extraño, nada. Cerré los ojos y suspiré, con unas terribles ganas de llorar por la tensión acumulada y la carga emocional de las últimas horas.

—Relájate, Jen —susurré, inspirando hondo—. Estás paranoica, maldita sea.

Sacudí la cabeza y volví a coger las llaves. Ya me marchaba cuando algo que para cualquier otro habría pasado desapercibido me hizo detenerme en seco.

La puerta de mi dormitorio estaba cerrada.

Yo nunca, *jamás*, cerraba la puerta. Solo lo hacía en contadas ocasiones cuando estaba molesta o quería darle con ella a Luke en las narices, pero el resto del tiempo permanecía abierta o, como máximo, entornada. Otra manía adquirida, quizás porque cuando vivía con él siempre debía mantenerla cerrada para tener esa sensación de seguridad. Ahora quería sentirme segura manteniéndola abierta, porque nadie me acechaba ni amenazaba. Me quedé allí, a medio camino de mi dormitorio y la salida, completamente petrificada mirando esa maldita puerta cerrada. El corazón me latía con tanta fuerza que era un milagro que no se me hubiera salido del pecho, un escalofrío me recorrió de pies a cabeza y, al recordar lo ocurrido en aquel agujero del que sacamos a Rafe y la ladina sonrisa de Jeremy, sentí auténtico pavor. Porque alguien había entrado en mi casa. Porque alguien, posiblemente, aún se encontraba allí.

Quería mirar tanto allí dentro como necesitaba salir de casa. Sin apartar la mirada, comencé a retroceder apretando las llaves en mi puño. Cuando llegué a mi objetivo, aún sin girarme, giré el pomo y abrí la puerta hacia la libertad y la seguridad que la calle me ofrecía. Ese fue mi segundo error porque, de repente, un cuerpo presionó contra mi espalda y una enorme y fría mano me tapó la boca. Comencé a forcejear y supongo que el ruido fue suficiente como para llamar la atención del no deseado visitante que esperaba agazapado en mi habitación. El hombre tras de mí me empujó y trastabillé hacia delante al mismo tiempo que Jeremy se acercaba a mí y que la puerta se cerraba con un sonoro portazo a mi espalda. De rodillas en el suelo y con mechones de cabello cayendo sobre mi rostro, aparté los ojos de mi ex para mirar quién más nos acompañaba. No conocía a aquel tipo absolutamente de nada, pero recordaba haberlo visto solo unas horas antes, y puede que en otras circunstancias me hubiera resultado incluso atractivo, pero en ese momento solo veía una sonrisa sibilina y unos ojos azules que me observaban con malicia. Vestía *jeans* y un abrigo negro, y se apoyó contra la puerta con los brazos cruzados y postura indolente. Tranquilo, relajado, sabiéndose en superioridad de condiciones.

¿La verdad? Estaba total y absolutamente aterrorizada, pero traté de impedir que se reflejara en mi rostro y le mantuve la mirada.

Ladeó la cabeza, recorriéndome de arriba abajo.

—Es bonita, aunque las has tenido mucho mejores —dijo con sorna mirando a Jeremy, que continuaba a mi espalda—. Aunque algo bueno se podría sacar de ella, eso seguro.

—Era parte del trabajo. —Mi ex caminó rodeándome y apenas lanzando una mirada de reojo en mi dirección hasta quedar junto a su amigo, actuando como si yo ni siquiera estuviera allí—. Pienso cobrarme mi cuota. —Se encogió de hombros y me miró—. Después es tuya para hacer lo que quieras.

Recordé las chicas que los acompañaban en aquel antro.

Y una mierda. Con miedo o sin él, me negué a continuar sintiéndome más inferior de lo que la situación ya dictaba, así que me levanté.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —inquirí con la espalda recta, la cabeza alta y fulminándolo con la mirada.

Jeremy enarcó las cejas y se miraron entre ellos antes de prorrumpir en sonoras carcajadas.

—Ya sabía que eras una pequeña cosita con carácter —respondió risueño y apreté los dientes—. Pero no estás en situación de hacer preguntas. —Dio un paso hacia mí, cambiando de registro de forma radical a algo mucho más aterrador y amenazante—. Esta noche me has jodido.

—Nos ha jodido —rectificó su amigo—. Había mucha pasta en juego.

—Nos —asintió—. ¿De verdad pensaste que no habría consecuencias? ¿Sabes acaso quiénes somos? ¿Las personas que hab...?

—Me importa una mierda —repliqué, furiosa—. Utilizasteis a un niño como si no fuera nada.

—Le ofrecimos un trato y eligió libremente. —Se encogió de hombros—. Oferta y demanda, Jen. Dinero. Así son las cosas, así funciona el mundo.

—No —escupí, siendo yo quien daba ahora ese paso—. Así funciona tu mundo, imbécil sobrehormonado.

No lo vi venir. No tuve tiempo de reaccionar o tratar de esquivarlo, algo.

Un momento estaba de pie y al siguiente el lado izquierdo de la cara me palpitaba y ardía a causa del golpe que me acababa de propinar; lo hizo con tal fuerza que acabé en el suelo, apoyándome sobre mis manos y saboreando sangre en mi boca.

Cabrón.

Pero era incapaz de quedarme callada.

—¿Te sientes mejor, hijo de puta? ¿Esto es lo que te pone? —Me aparté algunos mechones de la cara y volví a levantarme—. Supongo que demostrar lo fuerte que eres es tu manera de compensar una polla pequeña.

Su amigo rio, él, sin embargo, envolvió con fuerza una mano alrededor de mi garganta restringiendo la entrada de oxígeno en mis pulmones. Agarré su muñeca, tiré y arañé, pero aquello solo pareció volverlo más determinado a demostrar quien mandaba allí. Intenté no entrar en pánico y recordar todo lo aprendido en las clases de defensa personal que Luke y Terry nos dieron a Mia y a mí. Ya no era aquella niña indefensa, maldita sea... Jamás lo sería.

Ese imbécil me hablaba, pero fue como si algunos de mis sentidos se hubieran desconectado para que el resto de mí fuese capaz de acumular la fuerza suficiente como para salir de aquel atolladero en el que, para variar, no me había metido yo sola. Sabía que en cuestión de cuerpo a cuerpo no tenía nada que hacer, sin importar lo imprudente que me consideraban a veces, aquello era una obviedad. Además eran dos contra uno, imposible, inviable. Lo único que se me ocurría era crear una distracción suficiente como para quitármelo de encima unos segundos y conseguir llamar la atención de Mario o de cualquier otra persona que pasara por la calle en ese momento. Dado el poco margen de maniobra del que disponía, fui a por un movimiento muy básico que consistió en girar ligeramente el cuerpo hacia un lado, levantar el brazo derecho por encima del suyo que me mantenía prisionera y con toda la fuerza que logré reunir, clavar y golpearlo con el codo, primero en la muñeca y después en la nariz. Cuando se cubrió el rostro con una mano dio un paso atrás tomado por sorpresa y fue suficiente como para que le clavase la rodilla en las pelotas. Gritó, gimió y me

maldijo en voz baja mientras su amigo se ponía en movimiento, murmurando:

—¡Hija de puta!

Finté hacia la derecha, esquivando a ambos y tirando una pequeña mesita para que lo frenara. Agarré lo primero que pillé a mi alcance, una figura de un perrete con sombrero y fumando un puro, una pena, pero era lo suficientemente pesada como para romper la ventana que daba a la calle. Estaba casi ahí, a punto de lanzarla, cuando sujetaron mi brazo desde atrás y caímos con aquel enorme cuerpo sobre el mío. Grité cuando me golpeé la cara contra la esquina de la mesita y, a pesar del mareo inicial, fui consciente tanto de la sangre que recorría mi rostro como de los insultos y la agitada respiración de ese imbécil junto a mi oreja y, sí, también de Jeremy mientras se acercaba a nosotros.

—Vas a pagar por todo, maldita zorra —escupió. Y a pesar del miedo y el dolor, reí al ver cómo se sujetaba la entrepierna cuando su amigo me giró, dejándome tumbada sobre mi espalda—. ¿Crees que es gracioso? —Hincó una rodilla en el suelo junto a mí y agarró un puñado de mi cabello con fuerza para acercar nuestros rostros—. Veremos si te sigues riendo después de que te haya follado por cada agujero que tienes. Puede que incluso Eric y yo lo hagamos a la vez, ¿qué te parece? —Estaba a dos segundos de vomitar. Lo fulminé con la mirada y le escupí en su estúpida cara, lo cual me ganó otro fuerte revés de su mano.

—Que te jodan.

—No, cariño. —Lamió mi mejilla y asqueada, ni siquiera pude apartarme—. Eres tú quien va a ser jodida —susurró junto a mi oreja—. He estado semanas aguantándote para llegar a tus amigos y no he sacado ni una mierda... como si tuvieras un coño de oro, maldita china estúpida.

Me había utilizado para llegar a Luke, a los chicos. Hijo de puta, ¿me había llamado...?

Formé una garra con la mano y con un grito que incluso a mí me erizó la piel, le arañé la cara. Pero aquel patético intento de ataque acabó tan rápido como comenzó, porque tras la sorpresa inicial, sujetó mi muñeca y volvió a golpearme, esta vez dejándome en el suelo incapaz de hacer más.

—No conviene que dañes mucho la mercancía, King —dijo su amigo con tono aburrido. Sonaba cerca, aunque no era capaz de ubicarlo.

Porque sí, porque podía, volvió a abofetearme.

—Cabrón —musité, aunque o no me oyó o decidió ignorarme.

—Te sorprenderías de lo que algunos enfermos quieren —respondió al tal Eric—. De todas formas... —Se me heló la sangre cuando sentí sus manos en mis pantalones. Abriendo, tirando...—. Si no conseguimos un buen precio por ella, siempre podemos regalársela a los muchachos del CSG para que se

diviertan un poco. —Comenzó a dar tirones bruscos para bajar los pantalones, ya estaban a medio muslo—. Así los mantenemos contentos, ya sabes lo básicos que son. De momento... —murmuró clavando los dedos en mis piernas—. Voy a cobrarme todo lo de hoy.

El otro hizo un sonido de acuerdo, aunque había tal maremoto de sensaciones en mi interior que no puedo decir si llegó a hablar algo más o no. Solo era consciente de los *jeans* bajando por mis muslos, de cómo mi cuerpo se sacudía con brusquedad con cada tirón. Percibí a la perfección cómo agarraba mi ropa interior para deshacerse de ella también. Y yo estaba sola, mareada y a medio camino entre el pánico, la furia y las ganas de vomitar o llorar, no lo sabía, porque todo estaba a la par. Sí es cierto que, a pesar del abotargamiento que dominaba mi cuerpo, me enfurecí conmigo misma por verme en esa situación, aunque ni mucho menos la hubiera provocado o buscado. Pero años atrás me prometí que nunca, *jamás*, volvería a permitir que ningún hombre me amedrentase y ahí estaba, tan indefensa... otra vez.

No.

Moví la mano arrastrándola por el suelo, buscando algo, lo que fuera, porque bien podía congelarse el infierno antes que dejar que me tomasen sin pelear. Jeremy se cernía sobre mí con una sonrisa engreída y con la oscuridad y la excitación brillando en sus ojos castaños, creyéndose vencedor en aquella batalla. Por fin mis dedos palparon algo duro, era... maldita sea, era aquella figura del perro con el puro, la misma que perdí antes de que su amigo me noquease. Con las yemas, apenas tocándola lo suficiente, traté de acercarla hasta conseguir un buen agarre; tampoco podía mover mucho el cuerpo o lo notaría. Su amigo Eric ni siquiera nos prestaba atención, lo escuché trasteando en la cocina, supongo que tomándose una cerveza o algo para picar, a la espera de que le llegase el turno para violarme y golpearme él mismo.

Hijos de puta.

Jeremy ya estaba desabrochándose los pantalones y estuve a punto de vomitarle encima cuando vi la erección libre de restricciones. Apreté los labios y me tragué un gruñido acompañado de bilis.

—Si acercas eso a mí... —grazné—, no sé cómo, pero juro por Dios que te la arrancaré y se la daré para comer a mi perro.

Él rio. El muy cabrón se rio de mí, mientras se masturbaba con aquella maldita cosa rozando mi estómago. Apreté el perro en mi mano, lista para golpearlo en la cabeza con él.

—Es el destino—respondió con una estúpida sonrisa, y me observó con la cabeza ladeada—. Solo fue una maldita suerte que te estuvieras tirando a aquel poli. Reconozco que al principio no te reconocí, pero es curioso el sentido del

humor que tiene el destino.

Se suponía que era yo quien debería estar desvariando por la traumática situación, no él.

—No te había visto jamás en toda mi vida hasta hace unas semanas, cretino.

Frunció los labios y chasqueó la lengua.

—No —coincidió—. Pero yo a ti sí. —Fruncí el ceño, ¿desde cuándo nos investigaban?—. Oh, fue mucho antes de que tus amigos polis se metieran con la gente equivocada —respondió como si me hubiera leído la mente—. En realidad, hace unos cuantos años... cuando tu papá intentó venderte.

Perdí el agarre sobre el perro. ¿Qué diantres acababa de decir?

Capítulo Veintiocho

Luke

—Señor White —suspiré y sacudí la cabeza, cerrando la carpeta que me había entregado momentos antes—. Esto es increíble, no sé cómo podré agradecerérselo.

—No digas tonterías, hijo —rio y desestimó mis palabras con un gesto de la mano—. Estoy encantado de ayudar y más tratándose de algo así. —Se retrepó en el sillón—. Ha sido como volver a los viejos tiempos.

El padre de Terry, ahora retirado, fue en su momento uno de los más importantes y conocidos periodistas de investigación del *Chicago Tribune*. Un gran número de políticos lo temían y admiraban a partes iguales puesto que no había nada que no fuera capaz de desenterrar, no había un hombre con más contactos que él, ya fuera en las altas o bajas esferas, no importaba. Esto le supuso ser víctima de un sinfín de amenazas contra él y su familia, pero jamás se amedrentó ni se ocultó. Nunca aceptó soborno alguno a cambio de guardar la información en un cajón bajo llave. Era un hombre íntegro, recto y justo. Igual que su hijo.

A pesar de no estar pasando por su mejor momento, Terry no pudo ocultar una orgullosa sonrisa cuando miró a su padre.

—¿Cómo lo ha conseguido con tan poco margen de tiempo? —Aún seguía alucinado con la rapidez con la que lo había hecho todo.

El señor White, tan parecido a Terry en muchos aspectos—aunque con muchas más canas— arqueó una de sus cejas y tamborileó los dedos sobre el sillón.

—Jamás se desvelan las fuentes, Luke.

—Cierto, cierto —reí y levanté las manos en rendición—. Lo lamento.

—Pero utilízame siempre que quieras, por favor. —Se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre las rodillas—. Desde que me retiré, me aburro como una

ostra.

Terry y yo reímos y comenzamos a bromear a costa de su padre, hasta que le sonó el teléfono. Hablaba con el señor White hasta que Terry, con semblante serio, me preguntó:

—Luke, ¿dónde está tu teléfono?

Palpé la chaqueta que había dejado sobre el brazo del sillón en el que me sentaba y cuando lo saqué solo vi la pantalla negra. Sin batería.

—Está muerto. —Se lo enseñé.

—Es Reed —informó. Iba a preguntarle algo más, pero levantó una mano pidiendo silencio—. ¿Qué? —Se enderezó de golpe y clavó la mirada en mí antes de gruñir—: ¿Cuándo? —Joder, me estaba poniendo de los nervios—. Ahora mismo vamos para allá.

Colgó y solo me miró en silencio con la furia desdibujando sus facciones.

—Terry, dime de una vez qué demonios está pasando —exigí.

—Es Jen, creo que llegamos tarde con esa información.

Podría jurar que se me paró el corazón. Me levanté.

—¿Qué coño estás diciendo?

—La han atacado en su apartamento —explicó en un gruñido—. Tuck y el novato ya están allí, y Reed y tu hermana van de camino.

Hijos de puta.

Lo sabía. Lo sabía...

—¡¡Joder!! —bramé, pasándome la mano por el pelo—. Mierda...
¡¡Joder!!

Golpeé el respaldo del sillón con fuerza tratando de dejar salir aquella furia que había tomado el control.

En automático, me puse la chaqueta, sin pensar, sin nada... Solo la veía a ella herida. Y sola, joder. La dejé sola cuando mi instinto me gritaba lo contrario, le puse vigilancia queriendo darle espacio y no fue suficiente. La habían atacado en su propio apartamento.

—¿Cómo podemos ayudar? —El señor White también se puso en pie, mirándome.

—Nada —respondí, ofuscado—. No lo sé, pero tengo que irme ahora mismo.

—Voy contigo.

No sin esfuerzo, Terry se levantó del sofá con la determinación en sus palabras y en su voz.

—No —atajé, cogiendo la carpeta—. No sabemos lo que ha pasado y no puedo esperar ni un segundo más, Terry.

—He dicho que voy contigo —insistió.

No podía lidiar con eso, joder, estaba con los nervios desquiciados y tenía que llegar a Jen.

—Y yo he dicho que no —gruñí girándome hacia él—. Todavía no puedes caminar y en tu estado solo me retrasarás.

Solo lo observé un segundo, la mirada dura y mandíbula apretada, pero enseguida me respondió con un seco asentimiento al que correspondí tanto a él como a su padre antes de salir corriendo de allí. Él solo quería ayudar, quería a Jen como a una hermana pequeña y la conocía desde hacía los mismos años que yo. Además, esa necesidad de proteger formaba parte de él. Sabía que había sido brusco e hiriente, y también que mi amigo no se lo merecía, pero jamás en toda mi vida había estado más aterrado. Creo que incluso superaba a cuando me enteré del ataque a mi hermana.

Siempre llevaba la luz policial en mi coche, incluso si normalmente íbamos en el de Reed, así que la conecté y conduje como un puto lunático. Mirando sin ver, oyendo sin escuchar. Era como estar en un túnel en el que al final podías ver ese pequeño punto de luz y tu único objetivo era llegar hasta allí, no importa cómo, solo llegar. Jen era ese puntito. Ni siquiera sabía cómo estaba, joder. Terry solo había dicho que la habían atacado y que llegábamos tarde, nada más. No pregunté porque lo único que podía pensar era en llegar hasta su casa.

Cogí el teléfono para llamar a Tucker y al ir a pulsar vi la pantalla negra, olvidé que estaba sin batería.

—¡Mierda! —grité y lo lancé al asiento del copiloto.

Llegué en tiempo récord, no podría estimar cuánto tardé exactamente, pero como el demonio que nunca había corrido tanto. Vi las luces, el coche de Reed y un par de agentes manteniendo a los curiosos a raya. Casi me estampo contra la fachada del edificio contiguo al de Jen en mi prisa por llegar, creo que ni siquiera apagué el motor, pero sí que dejé el coche medio subido en la acera con la luz de emergencia destellando sobre el salpicadero. Creí escuchar la sirena de la ambulancia a lo lejos.

Corrí y cuando entré en su casa, la escena era... joder.

Kingston y el otro tipo estaban tumbados en el suelo, con las manos esposadas a la espalda, y Tuck y el novato se cernían sobre ellos sin quitarles el ojo de encima. Mario y un perro estaban a su lado, y el can permanecía tan quieto que podrías pensar que era una jodida estatua de no ser por el bajo gruñido que emitía mientras también los vigilaba. En cuanto me adentré más en la estancia, me miró y enseñó los dientes.

—Tranquilo, chico. —El tatuador le palmeó el lomo con afecto—. Es de los buenos.

Que intentase detenerme el maldito chucho si se atrevía.

Ya lidiaría después con esos dos cabrones. Miré a la izquierda y ahí estaban Reed y mi hermana, él en cuclillas hablando en voz baja y ella con lágrimas recorriendo sus mejillas. El sofá y sus cuerpos no me permitían ver más. Avancé y ahí estaba, tendida en el suelo, inmóvil.

Ella, que nunca podía estarse quieta.

Apreté los dientes y contuve el aliento. Su cara, necesitaba ver su hermosa cara. En cuanto llegué hasta ellos la expresión de mi amigo era de pura furia y Mia me miró con los ojos enrojecidos sin poder aguantar un sollozo justo antes de que Reed la estrechase contra él. Me arrodillé junto a mi mujer, necesitando tocarla y con miedo de hacerlo.

Tenía el rostro bastante golpeado, un ojo ya comenzaba a amoratarse, el labio partido y restos de sangre saliendo de la nariz y de un pequeño corte en el pómulo.

—Aunque está inconsciente, parece que respira con normalidad —dijo Reed en voz baja y tensa.

Asentí.

Con suavidad, acaricié su frente y cabello, acercando mi cara a la suya todo cuanto pude sin llegar a tocarla.

—Abre los ojos, nena. —Joder, estaba a punto de romper a llorar allí mismo—. Mírame, Jen. *Abre esos bonitos ojos tuyos y mírame.*

Que lo hiciera, aunque fuese para decirme que odiaba que le dieran órdenes. Incluso quería que me clavase ese jodido dedito en el pecho. Lo que fuese. *Algo.*

Pero no se movió, no respondió y ni mucho menos me miró. Inspiré hondo e hice un escaneo del resto de ella y fue ahí cuando me di cuenta y dejé salir todo el aire de golpe. Tenía el pantalón desabrochado y apenas cubriéndola como era debido.

Mi hermana vio dónde tenía los ojos clavados.

—Ella... ella estaba... —explicó en un sollozo ahogado. Por el rabillo del ojo la vi sacudir la cabeza—. No quería que la vieran así, se lo volví a poner lo mejor que pude.

No.

No, joder no.

Apoyé los puños en el suelo, pegados a su costado. Bajé la cabeza hasta rozar levemente la frente sobre su estómago. Y lo sentí.

El miedo seguía ahí, por ella, por lo que habría pasado y lo que aún tendría que enfrentar cuando despertase, pero subyacía bajo una cada vez más gruesa capa de odio y furia. Eran estas dos emociones las que a cada segundo crecían más y más hasta no dejar nada más dentro de mí, tan solo un negro vacío que se

lo tragaba todo. Levanté la cabeza y solo veía su rostro golpeado y aquel jodido botón desabrochado.

No.

Los paramédicos estaban allí y pedían espacio para trabajar.

—Luke. —Ese era Reed. Lo ignoré—. Sullivan, tienes que moverte y dejar que la atiendan.

Rocé los labios sobre la frente de Jen, justo antes de acercarlos a su oreja.

—Lamento no haberte protegido —susurré—. Jamás sabrás cuánto lo siento, nena.

—Lucas —llamó mi hermana.

Asentí y me levanté.

De inmediato los dos técnicos sanitarios se pusieron a trabajar en ella. Pero aún no despertaba y yo necesitaba ver sus ojos. No la había protegido. No lo hice en el pasado y tampoco ahora. Aun sabiendo lo necesario sobre esos cabrones, la dejé sola cuando lo que debería haber hecho era esposarla a mí y llevarla a mi casa a rastras si era necesario.

Y estaban ahí...

En otras circunstancias jamás habría atacado a alguien en inferioridad de condiciones y que no pudiera defenderse, pero en ese momento me importaba todo una mierda. Dos hombres adultos habían emboscado a mi mujer en su casa cuando se encontraba sola y vulnerable.

Quería matarlos.

Quería destrozarlos poco a poco con mis propias manos

Giré y avancé hacia ellos. No lo pensé. Con toda la fuerza que pude reunir, di una patada en el costado al primero que encontré y este resultó ser el tal Traynor. Gritó y trató de encogerse sobre sí mismo, pero la postura y las esposas a su espalda apenas le dejaban margen de maniobra. Al moverse Kingston para ver qué ocurría vi que tenía el pantalón flojo alrededor de sus caderas. Desabrochado.

Vi rojo.

Como si no fuese más que una maldita pluma, agarré puñados de su jersey por la espalda y lo levanté, pasando por encima de su gritón y quejica amigo.

—Ven aquí, hijo de puta —gruñí, con su estúpida cara a un par de centímetros de la mía.

Lo golpeé con tal fuerza que el crujido de su nariz al romperse fue alimento para la furia que en ese momento recorría mis venas. Se tambaleó, pero no lo solté, sino que volví a golpearlo con más fuerza si cabía, esta vez en el estómago.

—No puedes hacer... —masculló, pero no lo dejé acabar.

—¿Esto? —Otro golpe a su sangrante y destrozada nariz—. ¡¡Mírame hacerlo, cabrón!!

Escuchaba alboroto a mi espalda, gritos e incluso al perro gruñendo. Manos tiraban de mis hombros tratando de apartarme de aquel cabrón hijo de puta, pero aún no había terminado. Nunca lo haría.

—Sullivan, tienes que parar. —Ese era Tucker a mi espalda.

Gruñí y tiré para deshacerme de su agarre y me negué a soltar a Kingston. Necesitaba más. Supongo que la mezcla de furia y adrenalina me dieron algún tipo de fuerza extra, porque, aunque Tuck intentaba contenerme —y él no era un hombre pequeño—, no pudo evitar que volviera a golpear al tipo por cuya cara ya corrían pequeños regueros de sangre. Finalmente, tiraron de mí con la suficiente fuerza como para que lo soltase y él trastabillase hacia atrás hasta chocar con la pared a su espalda y caer desmadejado al suelo.

Reed apareció en mi línea de visión, pero yo no podía apartar la mirada de aquel cabrón. Me revolví furioso.

—¡¡Suéltame!! —bramé, desesperado por seguir golpeándolo—. ¡¡Te voy a destrozar, hijo de puta!! ¿Me oyes? —Incluso herido como estaba, esbozó una medio sonrisa que me hirvió aún más la sangre.

—Sullivan —Reed me hablaba, pero lo ignoré una vez más.

—¿Te ríes?! —grité y me resistí con más desesperación a la sujeción de Tucker—. Cuando acabe contigo no te reconocerán ni siquiera en el infierno, cabrón.

—¡¡Luke!! —Mi amigo y compañero me sujetó la cara y se colocó a solo un palmo de mí, obligándome a prestarle atención—. Tienes que parar de una jodida vez o acabarás perdiendo tu placa.

—Me importa una mierda —siseé, furioso porque no me entendiera.

—Lo entiendo —replicó, cabreado. Me sujetó la nuca y pegó nuestras frentes—. Joder, lo entiendo mejor que nadie, hermano. —Cerré los ojos al recordar el ataque contra Mia—. Que te echen del cuerpo y acabes con el culo en prisión no es la solución, Luke. —Apretó el agarre una fracción—. Con esa placa, del lado de la ley, es como mejor podrás conseguir justicia. Tú mismo lo dijiste: hagámoslo bien, compañero. Tenemos que seguir las normas. —Acercó los labios a mi oreja, todavía manteniéndome sujeto por el cuello y, furioso, siseó—. Te juro por Dios que no descansaremos hasta dismantelar todo el puto CSG y a cualquiera mínimamente relacionado con ellos. Pondremos toda la maldita ciudad del revés si es necesario, pero acabaremos con ellos. —No estaba bien, no sabía si llegaría a estarlo, pero asentí y me miró—. Bueno, ahora vámonos. Jen te necesita.

Jen.

Miré a mi alrededor, pero no estaba allí.

—¿Dónde demonios se la han llevado?

Tucker por fin me liberó y Reed me observó con fijeza.

—No te preocupes, Mia ha ido con ella en la ambulancia. —Me froté la cara. Yo debería estar con ella—. En tu estado tampoco te habrían permitido acompañarla, así que vendrás conmigo en el coche.

—Tengo mi maldito coche ahí fuera. —Llegaría más rápido, seguro.

—He dicho que vendrás conmigo y no hay más que hablar.

Ni siquiera me quedaban ganas para golpearlo o mandarlo a la mierda. Tucker, el novato y otro par de agentes recién llegados entraron y se llevaron a los dos detenidos. Ahí fue cuando la realidad de la situación me golpeó. Sentí que se me aguaban los ojos.

—La violaron, Reed —lloré, sin poder evitarlo un segundo más—. Esos hijos de puta la violaron.

—No lo sabemos —replicó, imprimiendo a sus palabras la suficiente seguridad como para aliviar la carga que ambos sentíamos.

—No sé... —Me tapé la cara—. Joder...

Mi amigo me envolvió en un fuerte abrazo y me palmeó la espalda antes de murmurar en voz baja:

—No pienses ahora en eso. Vámonos al hospital y esperemos al diagnóstico de los médicos. —Se echó hacia atrás y me miró—. Si el momento llega, ya cruzaremos juntos ese puente, pero ahora mismo Jen te necesita.

Sorbí, me limpié la cara y asentí, decidido, pero también avergonzado. No por llorar o por haberme desmoronado delante de alguien, sino porque mi amigo llevaba razón en que no podía adelantar acontecimientos.

Mi pequeña guerrera me necesitaba.

Estaba tan perdido que Reed fue quien se cercioró de que Tuck se ocupase de mi coche y de poner todo en orden en la escena. La escena... esa era la maldita casa de Jen, joder.

Terry, que no había dejado de llamar durante un buen rato, por fin fue puesto al tanto y prometió encontrarse con nosotros en el hospital. Brooklyn y su padre estaban con él.

Durante el trayecto, mi compañero me puso al tanto de todo cuanto había descubierto hasta el momento en el que yo llegué. Parece ser que el perro —que acababa de enterarme que era el Thor que mencionó Jen—, fue el primero en dar

la voz de alarma. Según Mario, hubo un momento en el que el can comenzó a gemir y gruñir, moviéndose sin cesar, intranquilo; poco después se percató de los ruidos que provenían del apartamento de Jen, que quedaba justo sobre el estudio de tatuajes, y se puso en marcha. Thor atacó a Traynor manteniéndolo a raya, mientras Mario se hacía cargo de Kingston. Intentó localizarme, pero mi puto teléfono le salía apagado, así que probó con Reed, y ahora me alegraba de haberle dado en su momento nuestros números y de que mi compañero fuese tan aficionado a los tatuajes. Cuando Reed se hizo el tatuaje con el que consiguió que mi hermana se deshiciera en un charco babeante, fue Mario el artífice, aunque el diseño fue cosa de Ben. Irónico que ambos acabasen de descubrirlo ahora que lo iba a contratar para que continuase haciéndole algunos diseños y que le vendiera otros que Jen le mostró de su portafolio. La cuestión es que Tucker y McCoy, que estaban de ronda por la zona tal como les ordené que hicieran, fueron alertados de inmediato y todo lo demás es historia.

No sé cuánto tiempo pasamos en el hospital, pero pareció una eternidad. Mia ya nos estaba esperando con los ojos enrojecidos y retorciéndose las manos, aunque una diminuta sonrisa apareció en su rostro cuando nos informó de que durante el trayecto Jen había despertado y parecía más o menos lúcida. Poco a poco el resto fueron llegando. Mamá se quedó en casa con la pequeña Sadie, no queriendo someter a la niña a esa situación, pero papá, Ben y la *nonna* se negaron a quedarse atrás. Todos estaban preocupados, pero quien sin ninguna duda estaba peor era mi abuela, quien quería a Jen como si fuera su propia nieta y, una vez más, hacía gala de aquella extraña y casi mágica conexión que tenían la una con la otra. Tal como prometió, Terry llegó acompañado de Brooklyn y su padre, y pasados unos minutos me senté en una de las sillas junto a él, que permanecía en la silla de ruedas.

—Siento lo que te dije antes, amigo.

Y era cierto, ahora en frío y viéndolo en retrospectiva, fui un cabrón con él cuando solo pretendía ayudar.

—Lo entiendo. —Sacudió la cabeza y me palmeó la espalda—. Habría actuado del mismo modo en tu situación, Luke, y además... —Se encogió de hombros—. Tenías razón, ahora mismo soy poco más que un inútil que ni siquiera puede valerse por sí mismo.

Fruncí el ceño y lo miré. De inmediato giró la cara con la mandíbula fuertemente apretada y la vista clavada en un punto fijo. Seguí la trayectoria y me di cuenta de quién era su objetivo: Brooklyn.

—En primer lugar —dije inclinándome hacia delante hasta apoyar los codos en las rodillas—. No se te ocurra volver a referirte a ti mismo de ese modo.

—Es la verdad.

—Y una mierda —repliqué molesto—. Te hirieron y aún estás convaleciente, solo es cuestión de tiempo que vuelvas a estar en forma. —Asintió, aunque sabía que no estaba escuchando ni una maldita palabra. Decidí cambiar de táctica, viendo quien tenía toda su atención—. Y, hablando de estar en forma, ¿qué tal os estáis llevando Brooklyn y tú?

Eso lo consiguió.

—¿Qué?

—Brooklyn —indiqué señalándola con un gesto de cabeza—. Pareces muy interesado en ella.

Bufó y sacudió la cabeza.

—Supongo que debes estar en *shock* por todo lo sucedido. —Inspiró hondo y gruñó—. Esa mujer me está volviendo loco, Sullivan.

—Me doy cuenta de ello —sonreí por primera vez.

—No, no es lo que crees. —Lo vi apretar los puños sobre sus piernas—. Ella es... es... ¡Joder! —explotó, aunque se cuidó de no gritar—. Se supone que está para ayudarme y no deja de dar órdenes, si le pido algo, me dice que mueva el culo y lo consiga yo mismo.

Apreté los labios para no reír.

—Bueno, supongo que es un modo de motivarte —sugerí.

—Me ha quitado todas las cervezas y el alcohol. —Enarqué las cejas. Bien por Brooklyn, porque Terry bebía demasiado últimamente—. Y no solo eso... se pasa el día cantando de aquí para allá y cuando no tiene nada que hacer o mientras espera a que la comida esté lista, se pone a coser. —No pude evitarlo y reí—. ¡A coser, Sullivan! Voy encontrando cristalitos, cuentas y botones esparcidos por toda la maldita casa.

Cuando giré la cara Brooklyn nos observaba, o más bien taladraba a Terry con una fulminante mirada como si hubiera escuchado cada palabra, aunque sabía que a la distancia a la que nos encontrábamos eso era imposible. Me miró y le guiñé un ojo antes de sonreírle con aprobación, gesto que ella devolvió antes de volver a entornar los ojos en dirección a mi amigo y darnos la espalda. Algo me decía que ahí había más de lo que me estaba contando, pero no tuve tiempo de preguntar puesto que un médico se dirigía directo hacia nosotros.

De inmediato me levanté y lo abordé, desesperado por noticias.

—¿Cómo está Jen, doctor?

Una vez se hubo asegurado de que éramos su familia directa, procedió a informarnos.

—La señorita Gray se encuentra despierta y estable en este momento. Tiene numerosos golpes y contusiones, y también un esguince en su muñeca

derecha del que ya nos hemos ocupado y que deberá llevar en cabestrillo durante algún tiempo. —Apreté los dientes. Quería volver a golpear a esos hijos de puta—. Suponemos que la pérdida de conocimiento pudo deberse a alguno de los golpes o por lo traumático de la situación, en ese sentido pueden estar tranquilos porque todas las pruebas salieron bien. Por lo demás y dentro de la gravedad del ataque que ha sufrido, está bien y su estado no reviste gravedad. De hecho... —Se frotó el mentón—. Aunque aún está ligeramente conmocionada, también diría que de bastante mal humor.

Mia emitió un ruido que era mitad risa y mitad sollozo mientras la *nonna*, tras suspirar aliviada, murmuraba:

—Esa es mi chica.

El médico respondió alguna pregunta más que mi padre y Mia hicieron, pero no decía lo que yo tanto necesitaba saber, de modo que no me quedó más remedio que preguntar.

—¿Nada más? —Él me miró confundido—. ¿Ningún otro dato importante que necesitemos saber acerca del ataque?

—Lo siento, señor...

—Luke Sullivan —aclaré.

—Lo siento, señor Sullivan, pero me temo que no le entiendo.

Me froté la cara, desesperado. No sabía cómo demonios preguntarle aquello. Cuando miré a mi hermana supe que ella sabía exactamente lo que quería saber, pero no fue ella, sino Reed, quien acudió en mi rescate.

—Doctor, lo que mi compañero intenta preguntar es... —Se aclaró la garganta—. Nos gustaría saber si la señorita Gray sufrió algún tipo de agresión sexual.

No hubo ni un segundo de silencio antes de que escuchase a mi abuela jadear mientras mi padre escupía un furioso:

—¡¿Qué?!

El médico rápidamente comenzó a sacudir la cabeza en negación.

—No, nada de eso. —Me lanzó una mirada comprensiva—. Parece que se defendió bien antes de que la policía acudiese en su ayuda.

Después de esas palabras no escuché nada más.

Jen estaba bien. Estaba bien y no la habían violado.

Apoyé las manos sobre las rodillas y agaché la cabeza, intentando hacer llegar el aire a mis pulmones.

—Joder... —musité.

Sentí una mano en mi espalda y no sabía de quién era, pero tampoco importaba.

No es que me hubiese importado que la violaran en el sentido de... joder,

es difícil de explicar. Para mí ella habría seguido siendo la misma, siempre lo sería sin importar qué. Pero de haber ocurrido, la destrozaría. Jen era una de las personas más fuertes que había conocido en mi vida, pero pasó tanto tiempo a merced de la voluntad de otros, que era lo único de lo que huía, lo único que rechazaba. Por eso no tenía duda de que, si la hubieran asaltado de esa manera, las heridas tardarían muchísimo tiempo en sanar. Eso, si es que alguna vez lo hacían.

Aunque supongo que es algo en común para todas las personas que lo han sufrido.

Cuando me incorporé, el médico continuaba hablando, pero apenas escuché nada aparte de sus últimas palabras.

—En unos minutos les avisará la enfermera para que puedan pasar a verla. —Se mostraba comprensivo, aunque también firme, preocupado por su paciente —. Pero les recomiendo visitas breves y procuren no atosigarla, ha pasado por mucho y necesita descansar.

Le agradecemos por todo y esperamos.

Me mataban aquellas malditas esperas. Sí, él nos había dicho que estaba bien, pero necesitaba comprobarlo por mí mismo.

Una vez que la enfermera llegó y nos indicó cuál era su habitación, no hubo dudas ni discusión con respecto a quién sería la primera persona en entrar a verla. De modo que la seguí hasta una puerta blanca.

Cuando se marchó, cerré los ojos, tomé una respiración profunda y entré.

Capítulo Veintinueve

Miré la vía que salía de mi brazo y resoplé.

Lo bueno era que no solo me habían puesto suero, sino también drogas. Muchas drogas. Vale, en realidad eran analgésicos, pero viene a ser lo mismo puesto que me mantenían tranquila ya que me dolía todo, incluso el cabello. Especialmente la muñeca, que ahora mantenía vendada a causa de un esguince y que debería tener así durante una temporada. Una inútil, eso sería en los próximos días porque iba a necesitar ayuda para casi todo y lo odiaba. ¿Cómo diantres esperaban que me las arreglase de ese modo? Lo único que se escuchaba en aquella aséptica habitación además del pitido de la máquina, eran mis pensamientos.

Entendía que los médicos quisieran mantenerme al menos un día en observación, pero aquello era ridículo, no lo necesitaba. Solo quería ir a casa. Eso contando con que pudiera hacerlo, porque no tenía ni idea de cómo estaban las cosas o si de momento se me permitía entrar.

Cerré los ojos, sintiéndome estúpida porque aquello era lo de menos. Estaba viva, bien y a salvo. No me hicieron daño, al menos no del modo en el que ellos querían, pero mentiría si dijera que las revelaciones de la noche no me habían dejado algo más que desubicada, al margen de la mala opinión que siempre me había merecido George.

Esperaba que ese maldito ser ardiera en el infierno.

Sí, ser, porque ni siquiera se le podía catalogar como hombre al muy cabrón.

Escuché el chirrido de la puerta y abrí los ojos para, acto seguido, contener la respiración por la imagen que tenía ante mí.

Ahí estaba él, la única persona a la que quería... no, *necesitaba* ver. Dio un par de pasos, pero se mantuvo a distancia, con las manos en los bolsillos del pantalón, los labios entreabiertos como si quisiera hablar y esos preciosos ojos verdes clavados en los míos. No desvió la vista de mí en ningún momento, y bien sabía yo que estaba hecha un desastre a pesar de no tener un espejo a mano. Por primera vez desde que podía recordar, Luke parecía inseguro. Y eso era algo

que jamás habría asociado con él. Nunca. Siempre, desde bien joven, fue audaz, contundente, resuelto y seguro. Alguien que necesitaba estar al mando, controlando todo a su alrededor, protegiendo y cuidando de los suyos. Por eso ser testigo de esa pequeña vacilación al entrar en la habitación y encontrarse frente a mí, hizo que el corazón se me encogiera un poco más en el pecho. Porque, sí, yo también me sentía de ese modo después de todo lo sucedido.

Transcurrieron largos segundos durante los cuales tan solo nos dedicamos a mirarnos en silencio a los ojos y sentí la necesidad de tranquilizarlo.

«Estoy bien», quise decirle.

Apretó la mandíbula y sacudió la cabeza.

«No, no lo estás. Mira lo que te han hecho».

Hombre terco.

«Estoy aquí, Luke».

«Jamás me perdonaré por...».

—No —atajé en voz alta y firme—. No es culpa de nadie y ni mucho menos voy a permitir que cargues con una responsabilidad que no te corresponde. De un modo u otro habría ocurrido, pero estoy aquí y eso es lo que cuenta.

No me dio tiempo a reaccionar antes de tenerlo junto a la cama, prácticamente encima de mí, enmarcando mi rostro con una ternura infinita y rozando sus labios contra los míos. Es curioso cómo unas manos grandes y fuertes como las suyas pueden ser capaces de tocarte con tal dolorosa dulzura, jamás dañando, sino sosteniendo. Amándote con un simple y pequeño roce.

Apoyó su frente contra la mía y cerró los ojos.

—Jamás, *en toda mi vida* había sentido tanto miedo como cuando te vi en... —dijo en voz baja y torturada.

Exhalé un aliento tembloroso y me aferré a sus muñecas.

—Estoy aquí, Luke —repetí.

—Siempre mi pequeña guerrera —musitó.

Apreté los labios al recordar todo lo ocurrido en mi apartamento, porque en ningún momento me sentí como una guerrera. Al contrario, fue como retrotraerme en el tiempo y volver a ser esa pequeña niña indefensa, incapaz de hacer más por sí misma. Y, al igual que en ese entonces, George tuvo mucho que ver.

—Hay algo que tengo que contarte.

Fue casi imperceptible, pero supongo que estábamos tan conectados y era tan consciente de él y todo lo que lo rodeaba, que por eso mismo no se me escapó el modo en el que tensó los músculos tras escuchar mis palabras.

—Si es sobre lo que esos cabrones intentaron hacerte... —Se echó hacia

atrás para poder mirarme a los ojos y me mató un poco más ver la expresión angustiada en su apuesto rostro.

Tenía ojeras y los ojos enrojecidos, y no tuve la menor duda de que aquella noche había sido un infierno para él. Acaricié con las yemas de mis dedos su rasposo mentón. Apaciguándolo a él y alimentándome yo también con ese pequeño contacto.

—Se trata de George —aclaré.

—¿Qué? —Frunció el ceño—. ¿Qué pinta tu padre en todo esto?

Tomé una respiración profunda y traté de poner en orden todos los datos que había descubierto. Además, por increíble que parezca, sentí que debía mantenerme en calma porque cuando Luke escuchase la historia se iba a volver completamente loco. Y, sí, para variar era yo quien debía serenarlo llegados a ese punto.

—Siéntate —insté, palmeando la cama y haciéndole sitio.

—Eso no puede ser bueno —murmuró, mirándome con sospecha.

Intenté cruzar los brazos, pero me detuve cuando la vía en mi brazo tiró recordándome que tenía una aguja ahí clavada. Sin embargo, me mantuve firme y enarqué una ceja, lo cual también dolió, hasta que con un suspiro obedeció.

Muy bien, allá íbamos.

O no.

Abrí la boca para hablar, de verdad que sí, pero volví a cerrarla incapaz de emitir palabra. No era fácil relatar aquello y ni mucho menos admitir el poco valor que daba a tu vida tu propio padre, incluso si ya había quedado más que patente la clase de bestia que podía ser.

Cerré los ojos y volví a inspirar hondo cuando sentí que Luke apretaba mi mano con suavidad.

—Jen...

—Quiso venderme. —Sacudí la cabeza—. Prostituirme, no lo sé exactamente.

—¿Qué? —gruñó.

—Cuando... —Me aclaré la garganta—. Antes de que sucediera lo de Shadow, George intentó ponerse en contacto conmigo. Me dejó un par de mensajes diciendo que teníamos que hablar, pero teniendo en cuenta... —Sacudí la cabeza—. Bueno, todo, la verdad es que no le di mayor importancia.

—No nos dijiste nada —aseveró.

—¿Qué se suponía que tenía que decir? —Se frotó el rostro y supe que se estaba conteniendo—. La cuestión es que, no sé muy bien cómo, pero de algún modo mi pad... George, llegó a contactar con Jeremy o gente de su entorno, no lo sé. ¿Recuerdas la chica que había en su casa el día que Shadow murió? —

Asintió y continué—. Parece ser que no solo tenía gusto por chicas jóvenes, sino que también tenía deudas de juego. Deudas bastante importantes y pensó que podría utilizarme como moneda de cambio.

Lo que aún no llegaba a comprender, además de cómo llegaron él y Jeremy a conocerse, era cómo se le ocurrió que podría hacerme desaparecer o usarme de aquel modo sin que los Sullivan lo descubrieran. Chuck no habría descansado hasta dar conmigo. Ninguno de ellos lo habría hecho.

—Si ese hijo de puta no estuviera muerto... —escupió Luke levantándose de la cama y comenzando a pasear de ida y vuelta—. Lo asesinaría yo con mis propias manos.

—Puedes ponerte a la cola —murmuré, apoyando la cabeza sobre la almohada.

Pocos meses después de que ingresara en prisión, algo sucedió. Una reyerta o un ajuste de cuentas, no lo sabía, pero la cuestión es que lo asesinaron. Y no sé qué dice esto de mí, pero no sentí absolutamente nada cuando me lo dijeron. Nada, excepto alivio y el deseo de que no hubiera sido rápido, sino lento y agónico. Era lo menos que se merecía.

Puesto que cuando me marché cambié de número de teléfono, fue el señor Sullivan quien me informó acerca de lo ocurrido y puedo decir sin temor a equivocarme que él tampoco lamentó su muerte ni un poquito.

—Willis —musitó de pronto y lo miré—. El exalcalde Willis es tío de Kingston y acabamos de descubrir que ya ocultó este tipo de cosas cuando su sobrino estudiaba en la universidad. —Se detuvo y me clavó una intensa mirada—. ¿Sabes si tu padre lo conocía? ¿Alguna relación de trabajo con él, amigos de la universidad...?

Sacudí la cabeza, algo confusa.

—No tengo ni la menor idea, apenas sabía lo justo acerca de George. —E incluso eso era demasiado, pensé—. En cualquier caso... —continué, porque no quería guardarme nada—. Hasta donde sé, lo intentó con bastantes ganas y de ahí el que tratase de contactarme para vernos. Les dio fotos mías. —Recordé mi habitación destrozada, las imágenes desparramadas—. Aunque era algo que no podía saber con certeza, les vendió que yo era virgen para incrementar mi valor. —Reprimí las ganas de vomitar al repetir aquello—. Jeremy ya me conocía, Luke —aclaré, sintiéndome como una estúpida—. No fue casualidad que estuviera en Mick's ni que se acercase a mí porque él quer...

—Quería llegar hasta mí —terminó por mí con voz tensa y cerrando con fuerza las manos—. Todo esto es por la puta investigación que tenemos en marcha.

—Sí —asentí.

Era consciente de que, sin yo confirmarlo, él solo había llegado a sus propias conclusiones, pero, aun así, necesité decirlo. No me sorprendió en lo más mínimo su reacción.

Se encogió sobre sí mismo con los puños apretados presionados contra su frente y rugió. Ese sonido, esa especie de grito era una mezcla de frustración, odio y desesperación propia de alguien que se sentía estúpido. De un hombre que siempre necesitaba estar controlando todo cuanto le rodeaba, cuidando, protegiendo y que, por unas u otras razones, dejó escapar las señales que tenía ante sus propias narices. Un sonido que me erizó la piel por todo lo que encerraba y que me hizo desear poder levantarme y abrazarlo.

—¡¡Hijo de puta!! —En ningún momento me miró, sino que se enderezó para encarar la pared y golpearla con los puños—. Lo voy a matar...

—Luke.

—Juro por lo más sagrado que lo mataré con mis propias manos.

Apreté los dientes cuando me senté más derecha en la cama.

—¡¡Luke!! —Se quedó quieto, pero no se enfrentó a mí—. Lucas Aldo Sullivan, mírame.

Se giró y me taladró con una mirada que era mitad tortura y mitad furia.

—Si lo hago... —respondió en voz baja y tenebrosa—. Si de verdad te miro, no habrá Dios ni ley que me impidan ir a por esos cabrones y matarlos ahora mismo. —Dio unos pasos hacia mí—. A la mierda las consecuencias.

Ese no era él. No era el Luke responsable y juicioso que conocía. Sabía que aquellas palabras no eran más que el fruto de la furia y la frustración que sentía. De la impotencia. Pero eso no impedía que necesitara apaciguarlo de algún modo.

—Recuerda lo que le dijiste a Reed. —Le eché en cara lo que él mismo me había contado—. Acógete a las normas y al procedimiento, acata las leyes y no pierdas de vista el objetivo.

Apretó la mandíbula y apartó la mirada.

—Es jodidamente complicado hacer lo que se supone que es correcto cuando solo quiero... —Cerró los ojos y se frotó la cara con fuerza—. Maldita sea.

—Lo sé —convine en voz baja.

Se quedó quieto un momento, casi petrificado, y cuando me miró sus ojos reflejaban tanto comprensión como culpa. Porque tantas veces intenté hacer lo correcto... tantas veces creí que lo estaba haciendo, aunque los métodos quizás no fuesen los adecuados y acabé en problemas. Las mismas veces que él me condenó y abroncó.

Durante algunos segundos nos observamos en silencio, antes de que con

paso lento caminase hacia mí y repitiera la acción anterior, enmarcando mi rostro entre sus grandes y fuertes manos. Apoyó su frente contra la mía, nuestras narices apenas rozándose en el más suave de los toques.

—Mi pequeña guerrera —exhaló, dejando que su cálido aliento me acariciase—. Te amo, Jen. —Se echó hacia atrás para mirarme a los ojos y, por un momento, me perdí en aquel precioso verde y miel—. Te amo más que a nada y te prometo que jamás volveré a permitir que te hagan daño.

Me aferré a sus muñecas y acaricié su piel con mis pulgares, sintiendo su fuerte pulso latir bajo la yema de mis dedos.

Las palabras pugnaban por escapar de mis labios, pero esa pequeña llama de temor continuaba ahí, latente. Quemando cualquier posibilidad de hacerlo, recordándome las cenizas que quedaron tras usar aquel cartucho tantos años atrás.

—Por más que quieras, esa es una promesa que no puedes cumplir.

Apretó la mandíbula.

—Puedo y lo haré. —Terco, terco hombre—. Te prometo que esto no va a quedar así —gruñó, fijándome en el sitio con una dura mirada—. Si es necesario, pondré del revés toda la maldita ciudad, pero no descansaré hasta dar con todos y cada uno de esos cabrones y asegurarme de que obtienen lo que se merecen. Y, en cuanto a Kingston y su amigo Traynor...

Suficiente.

—Estoy muy cansada —musité.

—Mierda... Lo siento, nena. —Me besó con suavidad en la frente y sentí sus labios moverse contra mi piel—. Tienes razón, después de todo lo que has pasado este no es el momento para hablar de eso. —Besó mi nariz, la mejilla, rozó con una ternura infinita la zona cerca de mi ceja donde sabía que tenía una fea herida—. Dios —susurró—, no veo el momento de llevarte a casa.

Apreté los labios y me tragué el nudo en mi garganta que apenas me dejaba respirar, antes de apartarlo con suavidad para poder mirarlo a los ojos.

—No, no lo entiendes. Estoy cansada de luchar, Luke —aclaré y él frunció el ceño—. No estoy segura de poder continuar haciéndolo.

—Yo no... —Sacudió la cabeza y bajó la voz—. No estoy muy seguro de saber a qué te refieres.

Y aquello no me sorprendía en lo más mínimo, precisamente, ese era el problema.

—Llevo peleando toda mi vida y he llegado a un punto en el que tengo que decir basta —expliqué y no era para nada fácil—. Necesito... *Quiero* parar. Peleé contra mi padre, lo hice contra los abusones y cualquier injusticia, pero, sobre todo, peleé contra ti y también por ti. Por nosotros. —Sacudí con suavidad

la cabeza y apenas podía reprimir las ganas de llorar. Todo era demasiado—. Es sencillamente que estoy cansada, Luke, y ahora mismo no puedo hacerlo más.

Él me miraba, muy atento. Asimilando mis palabras y lo que estas podían significar para nosotros y nuestro futuro. Escaneó cada parte de mi rostro, buscando algo o tratando de no perderse nada. No lo sé.

—No te estoy pidiendo que lo hagas —respondió con suavidad y voz ronca.

Sacudí la cabeza. Aquello era tremendamente difícil, tanto como cuando elegí abandonar la ciudad años atrás.

—Cuando descubriste lo sucedido con Ben y Rafe ni siquiera lo pensaste dos veces antes de condenarme. —Abrió la boca para replicar, pero levanté la mano para silenciarlo—. Entiendo que fue imprudente y arriesgado y que, probablemente, debí llamarte y pedir ayuda.

—Sí, debiste hacerlo —interrumpió.

—Pero se lo prometí —continué, queriendo que me entendiera—. Le di mi palabra a ese chico de que no contaría nada de lo que él me dijera y, tratando de mantener mi promesa, no vi otra salida en ese momento más que ayudarlo. —Sacudí la cabeza con suavidad—. Y tú me condenaste y me apartaste a un lado, Luke. Ni siquiera intentaste ponerte en mi pellejo un momento, nada. —Bajé la voz hasta casi convertirla en un susurro—. Estoy cansada de ser considerada prescindible o un problema.

Nos quedamos allí, observándonos en silencio, y yo no sabía cuánto más podría soportar antes de desmoronarme.

—¿Entonces?

Por supuesto que él necesitaba las palabras, maldito fuera.

—Entonces... necesito espacio. Poner todo en perspectiva, no lo sé —respondí y tuve que apartar la mirada—. Lo único que tengo claro es que no puedo hacerlo contigo a mi lado, así que lo mejor será que nos demos un tiempo alejados el uno del otro hasta averiguar qué es lo mejor para ambos y si tenemos un futuro juntos.

El silencio que nos envolvía en ese momento resultaba casi asfixiante y yo, que siempre me había considerado valiente, temía mirarlo. Pero, finalmente, no me quedó más remedio que hacerlo.

Y era... Dios, era hermoso. Su mandíbula con aquel rastro de barba de un par de días, sus labios, su nariz y aquellas quince pecas que tan bien conocía desde que solo era una niña y sus ojos... aquellos preciosos ojos que en ese momento estaban clavados en los míos con una intensidad abrumadora. Sin embargo, su expresión no dejaba entrever absolutamente nada. Fue como si se hubiera cerrado y guardado todo lo que pensaba o sentía bajo llave.

Con suavidad, sujetó mi barbilla entre su pulgar e índice antes de acercarnos rostros y decir en voz baja:

—Te amo, mi pequeña guerrera.

Tras aquellas palabras, me besó con ternura en los labios y se levantó.

Lo último que vi de él fue su espalda justo antes de que abandonase la habitación y cerrase la puerta tras de sí y aquel clic... ese maldito clic resonó con la fuerza de un trueno en la silenciosa estancia, compitiendo directamente con el crack de mi corazón al agrietarse un poco más. Una vez más.

Me llevé las manos al pecho, al estómago. Apretando, intentando aliviar lo que sentía como un dolor físico, pero ¿qué esperaba? Él solo había hecho lo que yo misma le había pedido. Quería espacio y me lo dio; quería distancia y se alejó; entonces, ¿por qué sentía que no podía respirar? ¿Por qué me estaba ahogando?

Sin poder soportarlo ni un segundo más, me tapé la cara y me retrepé sobre la almohada antes de romper en un silencioso y desgarrador llanto. Dejándome bañar por mis propias y saladas lágrimas, envolviéndome en una capa de dolor y desesperación. De autocompasión, lo mismo que durante toda mi vida rechacé de pleno, pero eso es hasta que te toca. Hasta que llega el momento en el que no eres capaz de ver nada más allá de tu propio tormento.

Acababa de echar a la otra mitad de mi alma de aquella habitación de hospital.

Y dolía.

Maldita sea, cómo dolía.

Dos días.

Me mantuvieron en aquel maldito hospital durante otros dos días.

No volví a ver o a saber nada de Luke y, pese a que él solo se estaba limitando a cumplir mis deseos, mentiría si dijera que no dolía. Siempre le importó un carajo lo que yo quisiera o demandaba y ahora elegía hacerme caso... eso solo era otra muestra más de mi buena suerte.

Reed y Mia me recogieron en el hospital para ayudar a que me instalase en su apartamento. Al menos durante unos días. Al hecho de que llevaba el brazo en cabestrillo por culpa de mi esguince, súmale que aún no podía volver a mi

apartamento más que para recoger unas cuantas cosas. Ni siquiera quería pensar en el aspecto que debía tener después de todo lo sucedido. Además, la familia Sullivan al completo se negó a que me quedase sola y, puesto que en casa ya cohabitaban las suficientes mascotas y personas —como el señor S recalcó en su momento—, decidimos... no, *decidieron* que la mejor solución era que me quedase con mi amiga. Teniendo en cuenta lo protectora y atenta que era, además del gruñón hombre con el que vivía, no dudaba que los siguientes días iban a ser de lo más entretenidos. Para los tres.

—Tú no hagas nada —instruyó Mia desde el asiento delantero—. Solo dime dónde están las cosas que quieres llevarte y yo me encargaré de todo.

Uh... con lo poco que me gustaba que nadie tocase mis cosas. Dios, aquello estaba abocado al más absoluto fracaso.

—Creo que podré apañármelas, Mia.

—No, no puedes. —Giró en el asiento y se asomó, mirándome con los ojos entrecerrados—. El objetivo de todo esto es ayudarte, así qu...

—Exacto —aclaré, mirando por la ventanilla—. Ayudarme, no volverme loca.

—¡Podrías hacerte daño en la muñeca! —exclamó y reprimí un gemido—. El médico ha dicho qu...

—El médico recomendó reposo, pero sigo teniendo otra mano útil.

—Eso no es hacer reposo.

—Sí, lo es —repliqué entrecerrando también los ojos hacia ella—. Si no muevo la mano afectada.

—Maldita sea —murmuró Reed, agarrando con fuerza el volante—. Quince malditos minutos y ya me estáis volviendo jodidamente loco.

—¡Esa boca, Ethan!

—Joder —espetó este, mirando a mi amiga de reojo.

No pude evitarlo y reí. De hecho, aún continuaba haciéndolo cuando me bajé del coche y los escuché a mi espalda farfullando. Pero la sonrisa murió en mis labios cuando, al girar la esquina del callejón, vi lo que allí me esperaba.

Luke.

No, no solo Luke.

Era un Luke apuesto a rabiar, con los brazos y tobillos cruzados en una postura que quería aparentar tranquilidad y el trasero apoyado sobre el capó de mi viejo Ford Mustang que ahora se veía reluciente y a punto. Y sentado junto a él, casi rozando sus piernas estaba...

—¿Qué le has puesto a mi perro? —inquirí con incredulidad.

De inmediato, Thor vino hacia mí para saludarme y no pude evitar la sonrisa cuando vi el enorme lazo rojo que le había puesto en el lomo y que

bajaba rodeando su panza. Mi amigo canino lloriqueó, emocionado, y lamió mi mano buena antes de que me enderezase para mirar al artífice de aquello.

Escuché a Mia jadear a mi espalda, sorprendida.

—¡Oh, Dios mío!

Acto seguido, Reed llamó a Thor y, en voz baja y tranquilizadora, le pidió a mi amiga que se relajara un poco y no interrumpiera. Ni siquiera los miré, no podía apartar los ojos del hombre frente a mí. Pero aquello me dijo quién estaba metido en el ajo y quién no tenía ni idea de nada de lo que íbamos a encontrar al llegar allí.

Inspiré hondo antes de caminar hacia él.

—Hola —musité, antes de detenerme a un par de pasos de él.

—¿Cómo te sientes? —Se preocupó de inmediato. Directo al grano, como siempre.

—Bien. —Hice una mueca y levanté la muñeca dañada—. Bueno, un poco inútil... y desesperada, pero por lo demás, bien.

Asintió, con una pequeña sonrisa jugando en sus labios justo antes de cambiar la expresión a una más seria. Yo no podía dejar de mirar entre él y el coche.

—Jen...

—¿Qué significa...? —Sonreímos al hablar los dos a la vez y me hizo un gesto para que continuase—. ¿Qué significa todo esto?

Tampoco pensaba andarme por las ramas.

—Es tu regalo de bienvenida —ofreció por toda explicación.

Hombre exasperante.

—Sí, eso ya lo veo —repliqué—. Pero ¿cómo lo has conseguido? Lo tenía...

—Mario —terminó por mí. Chasqueó la lengua, hizo una mueca y se frotó la nuca—. Bueno, digamos que tu amigo no me es tan desconocido como podrías pensar.

Uh.

Entrecerré los ojos hacia él.

—Explícate.

—Me conoces. —Enarcó las cejas, casi burlón, diría yo—. ¿De verdad pensabas que dejaría que vivieras aquí sola sin alguien que te echase un ojo por mí?

Abrí la boca y la volví a cerrar.

—¡No me lo puedo creer!

Mentira. Por supuesto que podía, estábamos hablando de Luke, por el amor de Dios. Hombre sobreprotector e irritante como pocos.

—Es un viejo conocido de algunos de los muchachos. —Se encogió de hombros con ese aire indolente que solo me daba ganas de golpearlo en las nueces—. Solo le pedí que estuviera atento, nada más.

Maldito Sullivan... y maldito Mario. Inspiré hondo puesto que no quería discutir sobre eso, al menos de momento. Había algo que me interesaba aún más.

—¿Qué estás haciendo aquí, Luke?

De inmediato, su expresión cambió a algo más intenso justo antes de enderezarse y dar dos pasos más cerca de mí.

—Ya te he dado el suficiente espacio.

—¿Qué?

—Me has escuchado perfectamente.

Apreté el puño de la mano buena.

—Sí, pero el otro día te dije q...

—Sé lo que me dijiste y llevabas razón. —Se acercó un poco más. Alcé el rostro cuando lo sujetó con ternura entre sus manos y nos miramos a los ojos—. Lo entiendo, Jen. *Te veo* —apuntó y sujeté con fuerza una de sus muñecas—. No será un camino de rosas y estoy seguro de que discutiremos y nos volveremos locos el uno al otro más veces de las que estaremos en calma, pero este soy yo peleando por nosotros. Por ti. —Rozó sus labios contra los míos—. A partir de ahora lucharemos juntos, nena.

—Eso es... —Maldito nudo, estaba de regreso.

—Una vez me dijiste que habías estado esperándome durante la mitad de tu vida. Creo que ambos ya hemos esperado lo suficiente —murmuró con nuestros alientos entremezclándose—. Ahora, yo te pregunto, ¿qué planes tienes para el resto de tu vida?

Me eché hacia atrás con un latigazo, más que sorprendida por sus palabras.

—¡¡Pero es demasiado pronto para hablar de matrimonio!! —chirrié, olvidando como siempre filtrar las palabras antes de hablar.

Mia jadeó otro «Oh, Dios mío», Reed murmuró algo que no entendí y Luke me miró con los ojos muy abiertos antes de prorrumpir en sonoras y profundas carcajadas al tiempo que sacudía la cabeza. Me besó con fuerza, aún con la sonrisa en sus labios.

—Maldita sea, seguro como el infierno que no va a ser un viaje aburrido, nena.

Fruncí el ceño.

—¿No me estabas pidiendo matrimonio?

Sacudió la cabeza.

—No, pero de haberlo hecho, tu respuesta sería el equivalente a cortarme las pelotas y tirármelas a la cara.

Madre de Dios, qué metedura de pata.

—Yo... yo lo siento mucho.

Sacudió la cabeza, divertido.

—No lo sientas, cariño. —Envolvió los brazos en torno a mi cintura y me izó con cuidado para no dañarme y que nuestros rostros quedasen al mismo nivel. Mis piernas se envolvieron en torno a su cintura—. Esta eres tú, imprudente e impulsiva. —Mordisqueó mi labio inferior—. Me vuelves loco, pero no te querría diferente.

Asentí y le acaricié el rostro con una mano antes de moverla hacia la nuca y dejar que su corto cabello se deslizase entre mis dedos.

—Te amo, Luke —susurré por primera vez en tantos años. Pero ya sin temor, en voz baja, sí, pero segura de que por fin era real y de que esas palabras no me serían lanzadas a la cara, sino apreciadas y valoradas. Atesoradas. Tanto como lo era yo por él.

—Te amo, Jen.

Cuando nos quedamos abrazados, apoyé la barbilla sobre su hombro y mis ojos de inmediato fueron atraídos hacia la libélula que colgaba del espejo retrovisor de mi viejo Ford. Los cristales en color escarlata y ónix a juego con la carrocería y con nosotros: impulsividad y prudencia, fuerza y pasión. No éramos dos complementos perfectos, sino una sola alma dividida en dos cuerpos diferentes. Cuando dejé el coche a buen recaudo guardé ese colgante en un pequeño joyero en mi apartamento, y me pregunté en qué momento Luke lo había recuperado.

El otro, el que hacía juego con sus ojos, siempre me acompañaba colgando de mi cuello. Pero ya no, debí perderlo durante la pelea con Jeremy. De forma inconsciente acaricié la piel que ahora se sentía desnuda tras haberle sido arrebatada mi más preciada joya. Miré hacia la puerta de mi apartamento cuando, de repente, aquella preciosa libélula apareció justo ante mis ojos.

Paseé la mirada del colgante a los ojos de Luke, que me observaban con cariño y una conocedora sonrisa.

—¿Cómo...?

—La recuperé de tu apartamento después de verte en el hospital —explicó. Me depositó en el suelo con suavidad y me giró para que le diese la espalda—. Sé cuánto significa para ti. —Cerré los ojos y exhalé aliviada al sentir el clic del cierre y su reconfortante peso sobre mi piel—. Ahí está... —Me giró hacia él—. Mucho mejor así.

—Gracias —musité.

—Jamás me las des —replicó antes de besarme—. Estoy aquí y no pienso ir a ninguna parte, mi pequeña guerrera.

—Más te vale recordar estas palabras, Sullivan —amenacé, divertida. Thor llegó golpeando nuestras piernas y reí al mirarlo—. De verdad le has puesto un enorme lazo rojo a mi perro.

—No ha sido fácil, créeme. —Miró al animal con cierta aprensión y este a su vez dejó caer la lengua por un lado de la boca, casi como si se estuviera riendo de él—. Y es nuestro perro, Jen.

Asentí.

—Nuestro.

Él sonrió al no encontrar discusión, tomándolo como una aceptación de nuestra nueva situación, de lo que estaba por venir.

—Recojamos tus cosas y vámonos a casa.

De la mano, nos dirigimos hacia las escaleras que subían hasta mi pequeño apartamento. Mi antiguo apartamento, puesto que al parecer iba a mudarme. Definitivamente, además.

La decepcionada voz de Mia a nuestras espaldas nos hizo soltar una carcajada.

—Pero, entonces, ¿no hay boda?

—Nena, no presiones —murmuró Reed.

—Oh, vamos... —Se escuchó un golpe—. Suéltate las nueces, Ethan, esto no es ninguna indirecta para ti.

—No metas mis nueces en esto —masculló él.

Reí por la bajo.

Porque, sí, tal como dijo Luke, no dudaba de que el viaje sería poco menos que movido.

Pero era normal. Formábamos parte del clan Sullivan, después de todo.

Amábamos a policías.

Amábamos a los chicos del Distrito 9.

Epílogo

Luke

Algunas semanas después...

Fulminé a mi compañero con la mirada cuando, en su prisa por entrar en *mi casa*, me empujó con tanta fuerza como para hacerme tropezar.

—Claro, hombre... pasa —mascullé, cavando un agujero en su espalda.

—Necesito llegar al baño —murmuró sin ni siquiera mirarme—. Ahora mismo.

Tras soltar eso, salió prácticamente a la carrera hacia el pasillo sin ni siquiera reparar en las chicas, que estaban sentadas en la sala de estar que quedaba a la derecha. Llevaba dos días escuchándolo quejarse y lloriquear por una maldita gripe intestinal, entendía que estuviese enfermo, pero bien podría haberse quedado en casa para que mi hermana lo aguantase. No yo.

Tras el portazo, me deshice de la chaqueta y dejé las llaves en el panel de la entrada. Suspiré y me froté la cara, queriendo quitarme de encima también todo el cabreo y la frustración que arrastraba por culpa del trabajo. Amaba ser policía, es lo que era, lo que conocía y a lo que siempre había aspirado desde que no era más que un niño y mi padre aún me llevaba en brazos.

Pero, aunque me cueste reconocerlo, estaba jodidamente cansado.

También motivado.

Una combinación extraña, lo sé.

Por un lado, cuanto más escarbábamos, más conscientes nos volvíamos de toda la mierda que nos rodeaba. Ya fue un golpe en la cara descubrir la implicación del ayudante del fiscal, abogados y profesores en todo este entramado. Que tipos como Kingston o Traynor estuvieran en el ajo no era

ninguna sorpresa. No eran más que unos matones de tres al cuarto acostumbrados a hacer lo que les salía de las pelotas y dejar la mierda atrás para que otros la limpiasen. Bueno, pues se acabó. Veríamos qué tan bien se las arreglaban entre rejas. De momento, ambos estaban en prisión provisional sin fianza por cargos de allanamiento de morada, asalto, agresión e intento de violación. A todo eso se sumarían las peleas clandestinas, inducción a la prostitución, tráfico de estupefacientes y una larga lista que parecía no acabar. Pero, para ello, teníamos que seguir trabajando duro y no sería fácil, puesto que sabíamos perfectamente que el exalcalde Willis estaba —o estuvo en algún momento— implicado en toda esa mierda. Necesitábamos dar con las chicas que habían caído en sus redes, niñas desesperadas y a las que pensaron que nadie echaría de menos o a las que jamás creerían si denunciaban lo que les estaban haciendo. También éramos conscientes de que habría chicos, muchachos como Rafe, que habrían corrido su misma suerte. Probablemente algunos murieron y sus cuerpos fueron abandonados haciendo pensar a la policía que se trataba de algún asalto o ajuste de cuentas entre bandas. Si lográbamos encontrar una conexión no solo les daríamos el descanso que se merecían a ellos y a sus familias, sino que conseguiríamos procesar a algunos de los implicados por cargos de homicidio e incluso corrupción de menores.

Necesitaríamos la colaboración de ese chico, el amigo de Ben, pero lo haríamos bien, de modo que él no saliera perjudicado de ninguna manera puesto que era mayor de edad y podría terminar siendo procesado también. Sí, las leyes están para cumplirlas, pero si algo había aprendido de Jen era que había muchas maneras de hacer lo correcto, incluso si estas a veces no eran las habituales o no encajaban dentro del procedimiento.

El señor White, el padre de Terry, estuvo más que encantado de colaborar con nosotros cuando se lo pedí. Si alguien era capaz de desenterrar cualquier cosa, por pequeña que esta fuera, era él. Teniendo en cuenta que era un hombre de acción y que su hijo había resultado herido como consecuencia de nuestra investigación y por ende, de todos aquellos implicados en el entramado de corrupción y el CSG, no lo dudó ni un segundo antes de comenzar a mover hilos.

Terry... mi amigo no estaba atravesando su mejor momento. Brooklyn y él... bueno, parecían estar en un constante baile de voluntades y debo decir que la chica se las estaba arreglando bastante bien para mantenerlo... vivo. Es la mejor palabra que se me ocurre para definirlo, ya que después de todo lo sucedido no era el mismo. Tiempo, me dije. Eso era lo que necesitaba, además de una motivación lo suficientemente fuerte como para ponerlo en movimiento y esa mujer parecía serlo.

Cerré los ojos y me pellizqué el puente de la nariz. Demasiadas incógnitas,

preocupaciones y mierda que explotaría de un momento a otro.

Relajé los hombros y entré a la sala de estar donde las chicas charlaban en voz baja sentadas una frente a otra en el sofá con la canción *Home* de Daughtry sonando de fondo.

—*Piccola*. —Sonreí cuando me apartó la mano de un golpetazo tras revolverle el cabello—. Hola, nena.

Besé a Jen y mi sonrisa se atenuó cuando la vi morderse la uña del pulgar y mirarme inquieta. Fruncí el ceño, observándola con atención, aún inclinado sobre ella y nuestros rostros a pocos centímetros.

—Pensé que volverías más tarde —apuntó. Y ese fue todo mi saludo.

—También me alegro de verte —repliqué con sorna.

Me enderecé y crucé los brazos. Algo ocurría, estaba seguro.

Thor apareció golpeando mis piernas con suavidad, aunque con la suficiente fuerza como para apartarme y colocarse junto a Jen para que esta lo acariciase. Incluso el perro me echaba a un lado en mi propia casa.

—Lo siento —respondió con aire culpable—. Es solo que me ha sorprendido, nada más.

Se levantó y envolvió los brazos en torno a mi cintura. Acaricié su espalda, tratando de reconfortarla y darle tiempo para que me dijese lo que fuera que la preocupaba. Porque la conocía, no quería presionar por más que mis instintos me estuvieran gritando para que lo hiciera.

—¿Dónde está Ethan? —inquirió mi hermana de pronto.

—Oh, bueno, pues ese llorón quejica está en... —Hice un gesto de la mano cuando mi compañero entró en la estancia—. Aquí lo tienes.

Mia se giró en el sofá para mirarlo sobre el respaldo.

—Cariño, te ves un poco verde —observó ella con voz suave—. ¿Todavía no te sientes mejor?

Sí era cierto que tenía incluso peor aspecto que cuando llegamos y eso era mucho decir. Jen, todavía aferrada a mí, volvió la cabeza para mirar al recién llegado.

—¿Estás...? —Reed se aclaró la garganta. Vi que mantenía uno de sus puños fuertemente cerrado, aferrando algo en él—. Mia, ¿estás... tú...?

Joder, nunca lo había visto así.

—Ethan, me estás poniendo nerviosa —replicó ella poniéndose en pie—. Estoy, ¿qué?

Cuando mi amigo abrió la mano y vi lo que allí sostenía, me quedé jodidamente petrificado.

—¿Tú, estás...? —Sacudió la cabeza—. Mia, ¿vamos a ser padres?

—¿Qué? ¡¡No!! —chirrió mi hermana antes de llevarse una mano al pecho

y jadear emocionada—: ¡¡Oh, por Dios bendito!!

Cuando dijo eso, se giró hacia nosotros y juro por lo más sagrado que se me paró el corazón al escuchar a Jen musitar:

—¿Estoy embarazada?

Pero... ¿qué demonios...?

—¿Nena? —¿Había entendido bien?

La vi moverse, como en trance, antes de dejarse caer a plomo sobre el sofá.

—Jenna —susurró mi hermana, apartando con cariño algunos mechones de cabello de su rostro—. Cariño, vas a ser mamá.

Miré a mi compañero quien a su vez clavó los ojos en mí y parecía haber recuperado algo del color normal.

—He hecho pis en ese palito —murmuró Jen con la mirada perdida.

—Joder... —Reed soltó el objeto en la mesita y se limpió la mano en el pantalón.

Cretino.

—¿Nena?

Me acuclillé frente a ella, sujeté su rostro y lo giré para poder ver sus bonitos ojos. Necesitaba confirmación.

—Voy a ser madre —susurró temblorosa y con los ojos anegados de lágrimas—. Yo no sé... —Intentó sacudir la cabeza, pero mi agarre se lo impedía—. No he tenido... —Se aferró a mis muñecas casi con desesperación—. Yo no sé cómo ser una mamá, Luke.

—Sí que las has tenido —dijo Mia con ternura—. Lo sabes.

Estaba de acuerdo.

—Si mamá y la *nonna* te escuchasen decir eso, se enfadarían mucho.

—Pero yo no soy como ellas ni como Mia —respondió haciendo caso omiso—. No sé si sabré hacerlo.

Me estaba matando verla de ese modo, tan vulnerable y perdida.

Nos acerqué más y quedé arrodillado en el suelo, entre sus piernas. La besé con suavidad antes de hablar con la confianza que me otorgaba el conocerla tan bien.

—Escúchame bien —exigí con tacto y fiereza—. Eres preciosa. Eres una de las personas más fuertes que he conocido en toda mi vida. —Acaricié sus mejillas con los pulgares sin dejar de mirarla a los ojos—. Eres leal, protectora y amas con una pasión como pocas veces he visto. No tengo ninguna duda de que vas a ser una madre maravillosa, Jen.

Pasaron algunos segundos en silencio durante los cuales no dejamos de mirarnos. Poco después escuché arrastre de pies y el clic de la puerta al cerrarse. Estábamos solos.

Finalmente asintió y, conociéndola como lo hacía, me mató ver una solitaria lágrima caer por su mejilla, porque sabía que debía estar muy afectada por la noticia para que aquello sucediera.

Apoyé la frente contra la suya.

—Lo siento —dijo poco después.

Me eché hacia atrás para mirarla.

—¿Por qué demonios te disculpas?

—Porque esto no entraba en los planes. —Sorbió por la nariz y sacudió la cabeza—. No lo sé, supongo que después del ataque con tanto medicamento y antibiótico y... —Gruñó, y eso era más ella—. Maldita sea, no lo sé. Supongo que debió romperse el ciclo de los anticonceptivos o algo así, ni siquiera lo pensé cuando volvimos a tener sexo y deberí...

Maldita mujer loca.

La besé con fuerza en los labios para callarla.

—Recuerda que esto es cosa de dos, nena. Un bebé no se hace solo —repliqué con seguridad—. Y que se congele el infierno si no acabas de hacerme el hombre más feliz sobre este maldito mundo.

—¿De verdad? —inquirió sorprendida.

—De verdad.

Se mordió el labio y cerró los ojos al tiempo que inspiraba profundamente.

—Muy bien —asintió, ahora más segura—. Supongo que lo iremos descubriendo juntos.

—Juntos.

Y, joder, no mentía cuando le dije que me había hecho el hombre más feliz del maldito mundo. Era la absoluta verdad. Porque, sí, puede que fuese precipitado e inesperado, pero iba a tener un hijo con ella. Con Jen. Y por fin, por primera vez desde que podía recordar, todo parecía encajar en su lugar.

—Tu madre se volverá loca cuando se entere.

—Y la *nonna* —le recordé, aunque sabía que la tenía muy presente.

Río por lo bajo.

—Tu padre estará feliz de que sea un nieto y no otra mascota lo que le lleve esta vez a casa.

La miré en *shock* un momento antes de romper en carcajadas.

Loca. Mi mujer estaba jodidamente loca.

—Te amo. —La besé aún riéndome.

—Te amo —respondió, envolviendo los brazos en torno a mi cuello.

La agarré con fuerza por los muslos y me levanté.

—De momento, vamos a celebrarlo como solo nosotros sabemos.

Murmuró algo ininteligible mientras me dirigía a largas zancadas hacia el

dormitorio, con ella aferrada a mí como un koala y nuestras lenguas ya batallando y entrelazándose.

No mentía al decirle que era feliz.

No trataba de tranquilizarla mientras yo me cagaba de miedo por dentro.
No.

Esa noticia, el saber que un bebé crecía en su interior, fue solo otra pieza que encajó en su lugar desde que me permití amarla como quería. Como ella se merecía.

Desde que me reconocí a mí mismo que no habría otra persona capaz de ocupar su lugar.

Fue entonces cuando de verdad saboreé la verdadera libertad.

No es una cuestión de hacer lo que te venga en gana, sino de ser sincero contigo mismo. De deshacerte de los yugos con los que tú mismo te has mantenido preso durante años. De olvidarte de unas consecuencias que ni siquiera sabes si alguna vez llegarán a menos que te la juegues.

Porque tienes que apostar.

Tienes que arriesgar.

Y eso, amigo mío... en eso consiste la liberación.

En respirar.

En vivir.

Fin

¿Quieres un poco más?

Brooklyn

Acaricié con ternura su oscuro y corto cabello, dejándome mecer por el suave ronroneo del autobús que nos llevaba hasta nuestro nuevo destino.

Chicago.

¿Por qué esa ciudad? No estoy segura. Necesitaba poner la mayor distancia posible, era lo suficientemente grande como para poder pasar desapercibidos y, además, la llamaban la Ciudad del Viento, ¿verdad? Era perfecto, porque yo necesitaba esas corrientes de aire para barrer mi pasado bien lejos.

Me permití cerrar los ojos cuando vi que estábamos a punto de llegar a la estación donde deberíamos bajarnos. Solo durante unos segundos, un momento para respirar y recomponerme antes de descender por las escalerillas hacia mi... *nuestra* nueva vida.

Poco más de quinientos dólares y dos maletas, eso era todo cuanto poseíamos. ¿Tenía miedo? No, estaba aterrorizada. Porque no se trataba solo de mí, sino que había una personita que me amaba y que me seguía sin dudar. Ambos éramos el mundo del otro, de modo que ese amor, esa confianza junto con mi ingenio, mis manos para trabajar y hacer lo que fuese necesario, deberían darnos la oportunidad de labrarnos una vida.

Un futuro.

Uno en el que no debíamos tener miedo ni escondernos. Donde poder gritar y escuchar música bien alta. Cantar, reír, bailar. Uno en el que el único cerrojo que echaríamos sería el de la puerta del baño y donde no tendría que preocuparme por si olvidé guardar mi costurero.

Había hecho lo correcto, lo sabía. Pero eso no significaba que la incertidumbre y el temor a lo desconocido no me robasen al aire.

Era más de medianoche cuando, con un silbido, el autobús se detuvo y los pocos pasajeros que nos acompañaban comenzaron a levantarse de sus asientos.

Mi pequeño descansaba tumbado de lado, ocupando la mayor parte del escaso espacio del que disponíamos y con la cabeza apoyada sobre mi regazo. Lo sacudí con cuidado para no sobresaltarlo y me incliné hacia delante antes de susurrar junto a su oreja:

—Wyatt —llamé con ternura. Nada—. Cariño, despierta, ya hemos llegado.

Gimió, pero no se movió. Sonreí.

»Creo que he visto el reflejo de una espada láser al pasar.

Se enderezó con tal ímpetu que fue un milagro que no me golpease la nariz con la cabeza.

—¿Qué? —inquirió desesperado, mirando hacia todas partes—. ¿Dónde? ¿Dónde está?

A pesar de que estaba más dormido que despierto, resultaba de lo más entrañable cómo ciertas palabras conseguían ponerlo en movimiento.

Hice un mohín y chasqueé la lengua.

—Lo siento mucho —respondí, cepillando su cabello con los dedos—. Creo que debí confundirme con algunas señales de ahí atrás, porque justo pasamos unas obras y...

Gimió.

—Oh, vamos, Av...

—Chist... —lo silencié con un bajo siseo—. Recuerda lo que te dije.

Bostezó y asintió.

Reprimí un gemido porque estaba segura de que serían muchas... muchísimas, las ocasiones en las que tendría que recordarle lo que ya habíamos hablado una decena de veces. Lo palmeé con suavidad en el muslo y le hice un gesto para que se pusiera en pie ahora que en el vehículo tan solo quedábamos nosotros y el conductor.

Bajamos, recogimos nuestras escasas pertenencias y le abroché bien el abrigo cuando me arrodillé ante él. Le bajé el gorro de lana y enmarqué su rostro entre mis manos.

—¿Qué pasa? —preguntó con aquella voz inocente, cuando solo me limité a mirarlo a los ojos.

Sacudí la cabeza y sonreí, aunque estaba segura de que ni siquiera a él pude engañarlo.

—¿Recuerdas lo que hablamos? —Asintió, pero necesitaba escucharlo. Era demasiado importante—. Dímelo, Wyatt.

—Mamá —gimió, lastimero—. Por favor, estoy muy cansado.

Apreté los labios.

—Dímelo y nos iremos.

Bostezó y se frotó los ojos con uno de sus puñitos.

—Eres Brooklyn y venimos de Idaho y...

Asentí, conforme y orgullosa porque no se olvidase de nada a medida que seguía recitando aquello que le había repetido hasta la saciedad a lo largo de nuestro viaje.

Tendría que recordárselo, era un niño después de todo. Pero saldría bien.

Estaríamos bien.

—Muy bien —sonreí, cerrándole bien el abrigo en torno al cuello—. Ahora vámonos, pequeño Yoda.

Estaba bastante agotado, puesto que ni replicó a nuestra pequeña broma.

—¿Adónde vamos?

Suspiré agarrando nuestras maletas.

—Si te apetece, podemos buscar algún sitio en el que com...

—¡¡Sí!!

Dios, me sentí culpable. Tan tarde y, a pesar del sueño, ni siquiera me dejé acabar ya pensando en la comida.

—Muy bien —concordé—. Comamos y después iremos a dormir.

Y, así, con una maleta en la mano derecha y ambos sujetando el asa de la otra, comenzamos a caminar en una fría noche de octubre en la ciudad de Chicago.

Con nuestras respiraciones y pasos como banda sonora.

Con nuestros corazones latiendo al unísono.

Con nuestras vidas en dos maletas y un futuro incierto. Pero con un futuro por delante... eso era lo importante.

Lo demás, ya vendría.

De momento, sí, tenía miedo, pero también un pellizco de emoción en el estómago.

Estábamos en Chicago... y me moría por saber lo que aquella ciudad podría ofrecernos.

Continuará...

Playlist

- ❖ Forget About The Blame — Lzzy Hale y Trans-Siberian Orchestra
- ❖ Baby Just Let Me Go — Chlara
- ❖ Dream On — Aerosmith
- ❖ Hemorraghe (In my Hands) — Fuel
- ❖ My Favorite Game — The Cardigans
- ❖ A Thousand Years — Christina Perri
- ❖ Make It Rain — Ed Sheeran
- ❖ Pain — Three Days Grace
- ❖ Make Me Wanna Die — The Pretty Reckless
- ❖ Bury Me With My Guns — Bobaflex
- ❖ Mz. Hyde — Halestorm
- ❖ Not Strong Enough — Apocalyptica Ft. Brent Smith
- ❖ Bounce — Emphatic
- ❖ Staring at the Sun — Offspring
- ❖ Home — Daughtry
- ❖ How Could You? — Saliva

- ❖ I Love Yoy — Royal Bliss
- ❖ It's Not Over — Daughtry
- ❖ Through Glass — Stone Sour

Agradecimientos

Esta parte no es fácil, pero tengo claro que voy a empezar contigo.

Tú, que estás leyendo estas líneas, eres una de las personas que ha hecho posible que esta historia, esta segunda entrega de Chicago Cops, vea la luz. Así que jamás podré agradecértelo lo suficiente. Solo espero que hayas disfrutado del viaje y que sigas acompañándome a lo largo del camino.

Papá y mamá, no hay palabras para agradeceros todo lo que habéis hecho por mí. Especialmente tú, mamá. Mi lectora más entusiasta, mi mayor fan y también crítica. A vosotros, que os habéis olvidado de vuestros más que merecidos ratos de tranquilidad y los habéis cambiado por dos pequeños revoltosos, gritos, juguetes, risas y tardes más que entretenidas porque, como me decíais: «tú lo que tienes que hacer es escribir». Todo lo que diga es poco porque merecéis mucho más. Os quiero.

Carol, mi amiga, mi sweetie. Gracias por tu sinceridad, tanto si me gustaba como si no. Por las llamadas, los mensajes, por la increíble paciencia de la que has hecho gala durante la corrección de este manuscrito. Por preocuparte por mí y por tantas y tan hermosas sorpresas. Por amar a mis chicos casi tanto como yo. Hay mucho de ti aquí, pero de lo que no hay ninguna duda es de que uno de los capítulos lo inspiraste tú. Una imagen, un comentario inocente en una conversación de *whatsapp*: esos fueron los detonantes. Ese momento entre Luke y Jen es tuyo. Gracias por cuidarme y por quererme tanto y tan bonito. Es recíproco, lo sabes. Te quiero, mi chica.

A mis critis, por el apoyo, las risas, por todo lo que hemos compartido y lo que nos queda por hacer. Os quiero muchísimo a las dos, pero no puedo no hacer mención especial a Marien. Por esta maravillosa portada, porque si como amiga no tienes precio, como profesional vales millones, nena. Gracias por los montajes y las sorpresas en connivencia con Carol, por quitarte tu tiempo para arrancarme sonrisas en días grises. Conozco pocas personas tan desinteresadas y generosas como tú. A ti y a Beilla os quiero en mi vida, siempre. #LoveYouCritiFlower.

A mi Yasnaia, mi medio limón. Una vez me preguntaron por qué no decir

eso de «media naranja», ¿sabes cuál fue mi respuesta? Las naranjas son muy dulces y, aunque nosotras también, tenemos ese puntito ácido que solo da el limón, ese que te hace entornar el ojo pero que acabas queriendo repetir. Gracias por todos estos meses, por las risas, las confianzas, la complicidad, por la brutal sinceridad. Mi lectora Cero, mi amiga, te quiero mucho. #SoloLoQueSuma.

Mi querido *churriboy*, Martín (sí, con su tilde bien colocadita). No diré la palabra que tanto te incomoda, te lo prometo. Por los abrazos quitapenas y las necesarias patadas en el trasero, por creer en mí cuando tanto me costaba hacerlo, por no dudar. De tus manos salió la reseña más hermosa que me han hecho nunca, de un autor de CiFi y novela negra, nada menos. Por los empujones y las lágrimas de paz en días oscuros. Por escuchar a esta pejuguerita que a veces no sabe cuando callar. Por ser y por estar. Por lo que vendrá. Da igual si hay cosas que solo sabes decir con música, porque el mensaje llega, así que sigue hablando y hazlo bien alto. Somos complicidad, risas y piques, pero también somos cariño, una tranquila y sincera amistad. Por todo ello y más, un beso enorme. #DreamOn.

A ti, mi Nuri. Eres el perfecto ejemplo de compañerismo en este mundillo. Has estado incluso cuando yo no había pedido la ayuda. Gracias por ser mi particular faro cuando más perdida estaba, por los consejos y por tanta y tan necesaria ayuda. Hace mucho tiempo que descubrí a la autora que me cautivó. Ahora he conocido a la mujer y compañera y eres incluso mejor. Te adoro, ya lo sabes. Por un largo camino que recorrer juntas.

Ana (mi Analí) y Chari, solo puedo decir que os quiero muchísimo a las dos. Sois uno de los tantos regalos que la literatura me ha dado y no veo el momento de poder abrazaros otra vez. Ningún viaje es lo mismo sin vosotras.

Y por último, pero no menos importante, mención especial a mis chicas de Mick's. Sois un grupo de loquitas encantadoras. Arrancáis sonrisas incluso en los peores y más bajos días. Contagiáis vuestro entusiasmo por la literatura, por la vida. Y, sí, puede que incluso por los péndulos. No quiero dejarme a nadie atrás así que prefiero no nombraros para no meter la pata, no vayamos a liarla. Gracias por los cafés, las risas y las bromas, pero, sobre todo, gracias por querer tanto a mis chicos. Y a mí. Por darme la oportunidad y hacerme un huequecito en vuestras vidas. Por recomendar esta historia y la de Reed y por darme la mano y llevarme a lo más alto. Sois la leche y os adoooooro. Lo digo en serio.

Hay más personas que me han ido acompañando a lo largo de esta travesía. Desconocidas que me dieron la oportunidad y pasaron a ser algo más. Que dedicaron maravillosas palabras a la historia de mis chicos, que me abrieron la puerta y me invitaron a un café y una deliciosa charla. No puedo decir cuántos

mensajes he recibido, los ánimos, las ansias por saber más, por conocerme... eso ha sido mucha gasolina para esta novata indie, os lo aseguro.

Por supuesto que hubo quien al no ver este barquito naufragar, prefirió navegar lejos. Lo entiendo. A ti también te doy las gracias porque hay lecciones que jamás olvidaré.

Si estás aquí, si continúas a mi vera y te apetece caminar junto a mí, te diré una cosa.

Bueno, dos.

En realidad, serán tres.

La primera, es que al escribir estas palabras me doy cuenta de lo increíblemente afortunada que soy. De las personas tan preciosas que tengo en mi vida (y en mi corazón) y de lo caprichoso que es el destino.

¿Las otras dos?

Gracias... ¡¡Nos vemos en Mick's!!

Sobre la autora



Nacida en Jaén en 1983, la música, la literatura y su amor por los animales han sido siempre unas constantes en su vida.

Su primera publicación fue el relato finalista “Mi Luz” en la Antología Solidaria, «Roja, Paraíso Literario» (2017). Después siguió con la primera entrega de la Saga Chicago Cops, Reed. Rendición (Abril 2018). Recientemente cuenta con un relato de Género Z en la Antología Benéfica «Fuera de Tiesto», en la que ha participado junto a otros 47 autores de distintas nacionalidades en un proyecto de lo más loco. Luke. Liberación es la segunda entrega de la Saga Chicago Cops (Enero 2019)

¿Dónde puedes encontrarla?

Facebook: Sara Halley

Instagram: @sarahalley83

También puedes enviarle un e-mail a: sara83146@gmail.com

Oh, ¿lo mejor de todo? Puedes encontrar tu propia versión virtual de Mick's en Facebook, donde podrás conocer a muchas y maravillosas personas que te sacarán sonrisas. Encuéntranos en: Café con Sara Halley en Mick's.

¡Nos leemos!